

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA  
DEPARTAMENTO DE HISTORIA ANTIGUA**



**TESIS DOCTORAL**

**Comunidades protohistóricas de las zonas  
orientales de la Meseta Sur. Su formación y  
transformación: Pozo Moro como sublimación de  
las elites ibéricas**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**Ignacio Prieto Vilas**

DIRECTOR

**Wagner, Carlos G**

Madrid, 2017



# UNIVERSIDAD COMPLUTENSE MADRID

Comunidades protohistóricas de las zonas orientales de la Meseta Sur.

Su formación y transformación:

Pozo Moro como sublimación de las elites ibéricas

Autor: D. Ignacio Prieto Vilas

Director: D. Carlos G. Wagner

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**



# UNIVERSIDAD COMPLUTENSE MADRID

Comunidades protohistóricas de las zonas orientales de la Meseta Sur.

Su formación y transformación:

Pozo Moro como sublimación de las elites ibéricas

Autor: D. Ignacio Prieto Vilas

Director: D. Carlos G. Wagner

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**

**Dpto. de Historia Antigua**





## DEDICATORIAS Y AGRADECIMIENTOS



## DEDICATORIAS Y AGRADECIMIENTOS

5

Quiero dedicarles este trabajo a MIS PADRES. Por su cariño incondicional, por su confianza y por su paciencia.

El momento ha llegado

También tengo una dedicatoria muy especial para mi hermano MANUEL, que siempre ha tenido palabras de cariño, ánimo y buenos consejos.

A mi FAMILIA, en general, porque considero que es uno de los pilares básicos en la Vida.

A ALICIA; parecía imposible pero has visto la finalización. No lo habría conseguido sin tu ayuda. Gracias por sacrificarte y renunciar a tanto y por dar tanto Amor. Te Quiero

A BAGHEERA.....por tanto cariño incondicional

A mis AMISTADES, que siempre han estado allí “Contra Viento y Marea”

Y, por supuesto....a Euterpe

Gracias al director del trabajo, D. Carlos González Wagner,  
por haber confiado ciegamente en mí.

Gracias a D. Martín Almagro-Gorbea

Gracias a Dña. Rubí Sanz Gamo

## ÍNDICE



DEDICATORIAS Y AGRADECIMIENTOS	5
ÍNDICE	9
RESUMEN	15
REVIEW	16
1. INTRODUCCIÓN	19
2. PLANTEAMIENTOS GENERALES DEL ESTUDIO	23
2.1. JUSTIFICACIÓN DEL TRABAJO EMPRENDIDO	23
3. CARACTERIZACIÓN GEOGRÁFICA E HISTÓRICA	31
3.1. EL ESPACIO GEOGRÁFICO	31
3.2. LA “REGIÓN NUCLEAR”	33
3.2.1. GEOLOGÍA	34
3.2.2. CLIMATOLOGÍA	36
3.2.3. OROGRAFÍA	36
3.2.4. HIDROGRAFÍA	37
3.2.5. VEGETACIÓN	39
3.3. EL ÁMBITO ADMINISTRATIVO SUPRA-PROVINCIAL	41
3.3.1. LAS REGIONES ANEJAS	41
3.3.2. BREVE CARACTERIZACIÓN HISTÓRICA DE LA ZONA	43
3.3.3. LAS “MICRO-REGIONES”	45
3.3.4. LAS “MICRO-REGIONES” DE LA REGIÓN	46
3.3.5. LA DIVISIÓN COMARCAL APLICADA	51
4. ASPECTOS CRONOLÓGICOS DEL ESTUDIO	57
4.1. DISGRESIÓN SOBRE LAS CRONOLOGÍAS Y PERIODIZACIÓN	57
4.2. CRITERIOS TEMPORALES	61
4.3. EL MARCO CRONOLÓGICO: JUSTIFICACIÓN	68

4.3.1. EL BRONCE FINAL	71
4.3.2. LA I EDAD DEL HIERRO	74
4.4. BREVE HISTORIOGRAFÍA DE LAS PERIODIZACIONES “MARCO”	77
<b>5. ASPECTOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS</b>	<b>85</b>
5.1. INTRODUCCIÓN A LOS ASPECTOS TEÓRICOS	86
5.2. ENFOQUES TEÓRICOS BÁSICOS	92
5.3. ASPECTOS METODOLÓGICOS	101
5.4. TRABAJO DE CAMPO Y GABINETE	106
5.5. PRINCIPALES OBJETOS DE ANÁLISIS	106
5.6. EL MÉTODO HIPOTÉTICO-DEDUCTIVO	108
<b>6. EL ESTADO DE LA CUESTIÓN</b>	<b>113</b>
6.1. ANTECEDENTES EN LA INVESTIGACIÓN	113
6.1.1. D. JOAQUÍN SÁNCHEZ JIMÉNEZ	114
6.1.2. MARTÍN ALMAGRO-GORBEA	115
6.1.3. JUAN JOSÉ BLÁNQUEZ PÉREZ	116
6.1.4. FRANCISCO JAVIER LÓPEZ PRECIOSO	117
6.1.5. LUCÍA SORIA COMBADIERA	118
6.1.6. FERNANDO LÓPEZ PARDO	119
6.2. CONGRESOS Y ENCUENTROS	119
6.3. SITUACIÓN ACTUAL	120
6.3.1. DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA (I)	120
6.3.2. DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA (II)	128
6.3.3. DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA (III)	130
6.3.4. DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA (IV)	131
6.3.5. DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA (V)	131
6.3.6. EPIGRAFÍA Y NUMISMÁTICA	132
<b>7. EL POBLAMIENTO DEL SUDESTE DE LA MESETA: EDAD DEL BRONCE</b>	<b>135</b>



7.1. ASPECTOS CRONOLÓGICOS	135
7.1.1. COGOTAS I	135
7.1.2. EL BRONCE DE LA MANCHA	138
7.1.3. EL SURESTE PENINSULAR	148
7.1.4. LA ALTA ANDALUCÍA	151
7.1.5. EL “BRONCE VALENCIANO”	151
7.1.6. LOS CAMPOS DE URNAS	153
7.1.7. EL SO. PENINSULAR Y EL BRONCE FINAL ATLÁNTICO	154
7.2. DISCUSIÓN CRONOLÓGICA	155
7.3. ANTECEDENTES DE CLASIFICACIONES	159
7.3.1. LOS CRITERIOS	159
7.3.1.1. TIPOLOGÍA POBLACIONAL	162
7.3.1.2. ¿VACÍOS POBLACIONALES?	192
7.3.2. NECESIDAD DE CLASIFICACIÓN TIPOLÓGICA ACTUALIZADA	195
7.3.3. LA OCUPACIÓN DEL TERRITORIO	197
7.3.3.1. LOS ASPECTOS ECONÓMICOS	198
7.3.3.1.1. A) LA AGRICULTURA	200
7.3.3.1.1.1. PRODUCTOS AGRÍCOLAS	203
7.3.3.1.2. B) GANADERÍA	205
7.3.3.1.2.1. FAUNA DOMÉSTICA	205
7.3.3.1.3. C) ACTIVIDADES CINEGÉTICAS	207
7.3.3.1.3.1. FAUNA SALVAJE	207
7.3.3.1.4. D) ACTIVIDADES ARTESANALES	208
7.3.3.1.4.1. VEGETALES/TEJIDOS	208
7.3.3.1.4.2. EBÚRNEA	209
7.3.3.1.5. E) METALURGIA	209
7.3.3.1.6. F) COMERCIO E INTERCAMBIO	221
7.3.3.2. LOS ASPECTOS SOCIALES	222

7.3.3.2.1.	RELIGIÓN	222
7.3.3.2.2.	ARTE	222
<b>8.</b>	<b>POBLAMIENTO DURANTE LAS ÚLTIMAS ETAPAS DE LA E. DEL BRONCE</b>	<b>227</b>
8.1.	YACIMIENTOS SELECCIONADOS	228
8.1.1.	BARRANCO DEL CABEZO DEL MORO	229
8.1.2.	CERRO DE EL CUCHILLO	230
8.1.3.	EL ACEQUIÓN	234
8.1.4.	LA FUENTE DEL ESPINO-1	236
8.1.5.	CERRO DEL CASTILLO	237
8.1.6.	EL CASTELLÓN	238
8.1.7.	CAMARILLAS 1/EL TESORICO	245
8.1.8.	EL AMAREJO GRANDE	246
8.1.9.	LOS TORILES-1	249
8.1.10.	EL PEÑÓN DE PEÑARRUBIA	250
8.1.11.	EL CASTILLO DE SOCOVOS	252
8.2.	FASES FINALES DE LA PREHISTORIA RECIENTE	254
<b>9.</b>	<b>LA I EDAD DEL HIERRO</b>	<b>265</b>
9.1.	CONCLUSIONES	302
<b>10.</b>	<b>EL COMPLEJO FUNERARIO MONUMENTAL DE POZO MORO</b>	<b>307</b>
10.1.	ACLARACIÓN TERMINOLÓGICA	307
10.2.	UNA BREVE INTRODUCCIÓN	310
10.3.	CONTEXTUALIZANDO POZO MORO	312
10.3.1.	EL YACIMIENTO: SITUACIÓN	312
10.3.2.	OROGRAFÍA	312
10.3.3.	EL CLIMA	314
10.3.4.	EL SUELO Y SU APROVECHAMIENTO	317
10.3.5.	EL POZO DE AGUA	320

10.3.6.SU RELACIÓN CON LAS VÍAS DE COMUNICACIÓN	322
10.3.6.1. VEREDA REAL DE CUENCA A CARTAGENA	322
10.3.6.2. LA VÍA <i>COMPLUTUM-CARTHAGO NOVA</i>	323
10.3.6.3. LA VÍA HERAKLEA	324
10.3.6.4. LA VÍA BOLBAX-POZO MORO	325
10.3.6.5. LA VÍA CÁSTULO-SAITI	325
10.3.6.6. LA VÍA JÁTIVA-CÁSTULO	326
10.3.7.CONCLUSIONES SOBRE LA SITUACIÓN DEL YACIMIENTO	326
10.4. DATOS DE SU DESCUBRIMIENTO	329
10.5. NIVELES ESTRATIGRÁFICOS	333
10.6. EL CONJUNTO FUNERARIO MONUMENTAL	336
10.6.1.RESTOS HALLADOS <i>IN SITU</i>	340
10.6.2.LAS PROPUESTAS DE RECONSTRUCCIÓN	346
10.6.2.1. EL PRIMER MONTAJE	346
10.6.2.2. SEGUNDA PROPUESTA	358
10.6.2.3. LA TERCERA PROPUESTA	360
10.6.2.4. NUEVA PROPUESTA (ANEXO 1)	361
10.6.3.ASPECTOS ESCULTÓRICOS	362
10.6.3.1. LAS FIGURAS DE LEONES	362
10.6.3.1.1. EL LEÓN NOROCCIDENTAL	363
10.6.3.1.2. EL LEÓN NORORIENTAL	365
10.6.3.1.3. EL LEÓN SURORIENTAL	368
10.6.3.1.4. EL LEÓN SUROCCIDENTAL	371
10.6.3.1.5. OTROS FRAGMENTOS DE LEONES	373
10.6.3.1.6. ANÁLISIS DE LOS LEONES	377
10.6.3.2. LOS BAJORRELIEVES	381
10.6.3.2.1. PROPUESTAS DE RECONSTRUCCIÓN	381
10.6.3.2.2. LA ESCENA DEL LADO OESTE	382

10.6.3.2.3.	LA ESCENA DEL LADO NORTE	394
10.6.3.2.4.	LA ESCENA DEL LADO ESTE	404
10.6.3.2.5.	LA ESCENA DEL LADO SUR	409
10.6.3.2.6.	SILLAR CON BAJORRELIEVES SIMÉTRICOS	417
10.6.3.3.	LOS ALTORRELIEVES	419
10.6.3.4.	OTROS FRAGMENTOS EN ALTORRELIEVE	422
10.6.3.5.	OTROS PEQUEÑOS FRAGMENTOS	426
10.6.4.	EL TALLER DE POZO MORO	429
10.6.4.1.	PROCEDENCIA DE LOS ARTESANOS	429
10.6.5.	APROXIMACIÓN A SU CONDICIÓN SOCIAL	436
10.7.	RESTOS DEL AJUAR	438
10.7.1.	LA CÍLICA ÁTICA	442
10.7.2.	EL LÉCITO ÁTICO DE FIGURAS NEGRAS	448
10.7.3.	EL ENÓCOE	451
11.	NUEVAS PROPUESTAS	457
11.1.	CONCLUSIONES	469
12.	CONCLUSIONES	475
13.	BIBLIOGRAFÍA	483
ANEXO 1		

**RESUMEN:** El objetivo principal de nuestro trabajo es mostrar la Génesis de la Cultura Ibérica durante el Bronce Final y la I Edad del Hierro en el Sureste de la Meseta Sur. Es en esos momentos cuando se pueden rastrear muchos de los elementos culturales que serán sus signos de identidad. El punto de llegada será el “Complejo Funerario Monumental” de Pozo Moro como ejemplo de la sublimación de las elites por medio del nuevo lenguaje escultórico que se les brinda. Para posibilitar su realización haremos una exposición de los criterios espacio-temporales empleados en nuestra tarea, centrando nuestro estudio en comarcas naturales para contextualizar mejor la documentación. Metodológicamente centraremos nuestra atención en la importancia de las terminologías y denominaciones empleadas, criticando argumentadamente y con ejemplos los abusos en que no pocas ocasiones caemos los investigadores creando y complicando tipologías en lugar de consensuar los criterios dentro de la disciplina. Incluiremos un breve apartado historiográfico sobre los principales investigadores de los temas que trataremos. Abordaremos en primer lugar la Edad del Bronce como generalidad para mostrar los cambios y/o perduraciones de los aspectos principales de esta etapa histórica al llegar el Bronce Final y la I Edad del Hierro. Propondremos una modificación de la periodización y sistematización cronológica de las etapas finales de la Edad del Bronce, elevando el marco cronológico y defendiendo para nuestra zona de estudio la individualización de un Bronce Tardío. Entre los resultados, veremos que nuestra propuesta se ajusta mejor a la documentación arqueológica y poblacional de la que se dispone, además de contextualizar mejor la situación con las regiones anejas. Para las etapas históricas tratadas se realiza un análisis a través de lo conocido en una selección de yacimientos que nos ofrecerán una imagen de esas sociedades. En ese análisis se aportarán, en ciertas ocasiones, novedades o puntualizaciones que han surgido con y durante la elaboración de nuestro estudio. Entre otras cosas se evidenciará el cambio en el ritual funerario desde los primeros momentos de la I Edad del Hierro, que establecerá la norma funeraria exclusiva de la posterior Cultura Ibérica. A lo largo de la I Edad del Hierro, por medio de los yacimientos seleccionados serán evidentes las variadas influencias que cristalizarán a lo largo de esta etapa histórica. Por último se expondrán los resultados del estudio integral del “Complejo Funerario Monumental” de Pozo Moro por medio del estudio de sus aspectos arquitectónicos y escultóricos. Ese estudio aporta importantes novedades relacionadas con la metrología y modulación del monumento, con su nueva propuesta de montaje y con la secuencia e interpretación del programa iconográfico presente en él. Entre las conclusiones más importantes está la identificación del mitema oriental que se narra visualmente a través de episodios de distintos ciclos mitológicos, aunque íntimamente relacionados entre sí. Aportamos la clave para comprender su utilidad social para la elites, en este caso a través de la persona en honor de quien se erige ese monumento, aunque los principales beneficiados serán los miembros de su linaje, que contarán con un imponente argumento legitimador de sus prerrogativas a través de lo material, el “Complejo Funerario Monumental” con el edificio turriforme como *ónfalos*, y de lo simbólico e ideológico.

REVIEW: The main goal of our research is to approximate to the Genesis of the Iberian Culture during the Late Bronze Age and the Iron Age in the southeast of the southern Mancha. At that time is when we can trace many of the cultural elements that are its signs of identity. The climax, the arrival point will be the "Complejo Funerario Monumental" of Pozo Moro as an example of the sublimation of the elites through new sculptural language. To facilitate its implementation we will make a presentation of the spatio-temporal criteria employed in our task, focusing on "Comarcas naturales" to better contextualize the documentation. Methodologically we tend our attention to the importance of terminology and designations employed, criticizing the abuses that not infrequently many researchers commit through creating and complicating "types" instead of agreeing criteria within the discipline. We will include a brief section about the main historiographical researchers of the topics discussed. We first address the Bronze Age as a whole to illustrate changes and processes that affect the main aspects of this historic step to reach the Final Bronze and Iron Age I. We propose an amendment to the chronological periodization and systematization of the final stages of the Bronze Age, rising the timeframe and proposing the identification of a so called Late Bronze Age. Among the results, we see that our proposal is better adjusted to the archaeological documentation and sites distribution which. For historical periods treated through an analysis of the known it takes place in a selection of sites that offer us a picture of these societies. This analysis will result providing, when required, news or remarks that have emerged during the process of our study. Among other things, the change will be evident in the funeral ritual from the early stages of the Iron Age, which established the exclusive rule of the subsequent funerary rituals in Iberian Culture. Throughout the Iron Age, through selected fields will be apparent that the various influences crystallize along this historic stage. Finally the results of the comprehensive study of the "Monumental Tomb Complex" Pozo Moro through analysing its architectural and sculptural aspects will be presented. This analysis provides important new features related to metrology and modulation of the monument. A new assembly will be proposed and a new reconstruction and identification proposal for the frieze, along with its interpretation, compressed on the iconographic program. Among the most important findings is the identification of the eastern mytheme that was visually represented through various episodes of various mythological cycles, though closely related among them. We provide the key to understanding its social utility for the elites, in this case by the person after whom this monument is erected, but the main beneficiaries will be members of his lineage, which will have an imposing legitimating argument of its prerogatives through the evidence, the "Monumental Tomb Complex" with the tower building as its ónfalos, and the symbolic and ideological meanings.

## 1. INTRODUCCIÓN





## 1. INTRODUCCIÓN

Nos enfrentamos a la introducción a nuestra investigación con la sensación de que ahora es cuando empieza de verdad la asimilación de todo el trabajo realizado.

Hemos tratado de aportar nuevas vías de investigación, partiendo desde lo más básico, que es buscar o proponer un consenso en torno a la terminología empleada, hasta la siempre complicada interpretación en clave social de un elemento cultural tan señalado como es un monumento que no encuentra parangón en nuestra Península Ibérica ni en el Mediterráneo Antiguo en los momentos cronológicos en los que se inserta.

Nuestra investigación nos ha hecho respetar aún más el trabajo de los demás.

En las siguientes páginas centraremos nuestra atención en las etapas históricas que desembocarán en lo que se conoce convencionalmente en la investigación como “Cultura Ibérica”, que los historiadores y arqueólogos hemos tomado como “barniz unificador” de distintas “Culturas Ibéricas” que muestran muchas concomitancias pero a la vez interesantes y señaladas diferencias.

Comenzando con una contextualización crono-espacial y un posicionamiento teórico, profesional y personal, rendiremos cumplido agradecimiento a todos quienes nos han precedido y quienes siguen al pie del cañón volcando toda su pasión en el estudio de la HISTORIA.

En nuestro trabajo abordaremos e ilustraremos la gran diferencia, tanto cuantitativa como cualitativa, de la documentación con la que contamos; las carencias, las ventajas, los sinsabores y las alegrías son las que añaden interés a cualquier disciplina.

Ese trabajo se enfoca a comprender los procesos históricos, las bases que desembocarán en un poso cultural que nos legará unos ejemplos máximos de la exaltación propagandística de las elites ibéricas por medio del empleo de nuevas herramientas puestas a su servicio, como será el Arte a través de la arquitectura y la escultura. Estas elites utilizarán incluso un lenguaje iconográfico que no les es propio en absoluto para establecer y mantener sus privilegios y prerrogativas.

Confiamos en haber cumplido con nuestro cometido.....

Procedamos pues.....



## 2. PLANTEAMIENTOS GENERALES DEL ESTUDIO



## 2. PLANTEAMIENTOS GENERALES DEL ESTUDIO. JUSTIFICACIÓN.

### CRITERIOS ESPACIO-TEMPORALES

23

*“En realidad,  
antes de empezar hay que reflexionar  
y una vez que se haya reflexionado  
actuar a su debido tiempo”*  
(Salustio, *La conjuración de Catilina*, I)

El tema elegido para este trabajo de investigación, tal y como se refleja en su título, se centra en la Protohistoria de las comunidades humanas que poblaron la zona suroriental de la Meseta Sur. Se trata, por tanto, de los momentos formativos de la Cultura Ibérica en dicho territorio. Consideramos en total acuerdo con otros investigadores que, en cuanto a metodología, para conocer una cultura hay que conocer su proceso formativo<sup>1</sup>.

Nuestra Memoria de Licenciatura, “El monumento funerario de Pozo Moro: una revisión obligada”<sup>2</sup>, supuso nuestra primera

aproximación tanto al marco geográfico como al marco histórico que nos ocupan. Fue durante la realización de la misma que se despertó en nosotros el interés por abordar un estudio amplio de las dinámicas culturales que desembocaron en el nacimiento de la Cultura Ibérica como una totalidad y de la Cultura Ibérica en el sureste de la Meseta Sur en particular.

### Justificación del trabajo emprendido

Naturalmente tenemos la certeza de que las razones que justifican nuestro trabajo son muchas, el interés, de gran calado y su necesidad, grande. El interés principal de nuestra Tesis radicará en el análisis de los procesos formativos de una cultura, la Ibérica, que en el marco geográfico escogido aún siguen resultando muy poco conocidos.

Es por ello que nuestro primer capítulo de estudio, **Capítulo 3**, será el del marco

---

<sup>1</sup> Blánquez Pérez 1999: 273.

<sup>2</sup> Trabajo de investigación defendido el 22 de Junio de 2000 en el Dpto. de Hª. Antigua de la U.C.M. ante un tribunal formado por D. Martín Almagro-Gorbea, D. Juan Blánquez Pérez y D. Fernando López Pardo, éste último director del trabajo aludido y director, así mismo, de la Tesis Doctoral que aquí se presenta.

geográfico al cual limitaremos nuestra investigación, delimitación que consideramos necesaria para contextualizar correctamente toda la documentación histórica que manejaremos.

Asumimos las “comarcas naturales”, que definiremos dentro de ese primer capítulo, como primer ámbito de contextualización geográfica de toda esa documentación. A partir de éstas abordaremos un estudio más general de la zona del sureste de la Meseta Sur, que comparte, en nuestra opinión, unas mismas características culturales que la individualizan. En ningún estudio general previo al nuestro se ha aplicado este proceso de análisis geográfico<sup>3</sup>.

En relación con los aspectos geográficos también realizaremos una contextualización histórica de la zona desde el primer tercio del s. XIX hasta nuestros días, ya que en ese lapso de tiempo es cuando se han fijado las delimitaciones administrativas actuales que deberemos analizar y “criticar” para aproximarnos de la manera más ade-

---

<sup>3</sup> Es cierto, como expondremos más adelante, que algunos estudios sí han empleado las “comarcas naturales” para el análisis contextualizado de la documentación arqueológica conocida pero, sin embargo, no profundizan más allá de una contextualización muy generalista y de poco calado dentro de un marco geográfico mayor que estaría ocupado por comunidades humanas que compartían unas mismas características culturales. Únicamente la Tesis Doctoral de Soria Combadiera (2000) termina por mostrarnos una imagen del poblamiento durante la etapa histórica del “Ibérico Pleno” que toma como base el espacio geográfico de las comarcas naturales del territorio de la actual delimitación administrativa de la provincia de Albacete. No obstante, su propuesta queda deslucida a nuestro parecer por el hecho de no emplear en sus conclusiones aspectos tan importantes como la distribución de las etnias, que sí analiza previamente, o la lengua, o las fuentes clásicas. Desde nuestro punto de vista, los aspectos principalmente geográficos terminan por condicionar su análisis.

cuada a la geografía “antigua” de esos territorios.

Por otro lado, hasta el momento no ha sido publicado ningún estudio amplio, ni específico ni general, para la zona que hemos seleccionado que comprenda de manera integrada el marco cronológico elegido por nosotros en nuestra investigación, el Bronce Final y la I Edad del Hierro. Es por ésto que en la investigación general peninsular de estas etapas, la zona del sureste de la Meseta sigue siendo una gran desconocida.

Los estudios realizados hasta el momento son meritorios pero escasos y de resultados reducidos.

Por ello, el marco cronológico del trabajo, **Capítulo 4** de nuestro estudio, se centrará, tal y como ya hemos mencionado, en los períodos históricos del Bronce Final y la I Edad del Hierro de la zona, en cuyos momentos finales ya encontramos perfectamente conformados bastantes de los elementos característicos e identificativos de la llamada Cultura Ibérica.

El **Capítulo 5** estará dedicado a los aspectos teórico-metodológicos que actuarán de “cimientos” de nuestro análisis y conclusiones.

Los resultados de la investigación histórica dependerán obligatoriamente de los planteamientos previos y las herramientas de análisis empleados y hemos considerado necesario explicitar aquellos que han guiado nuestro estudio.

A su vez, la determinante importancia de planteamientos teóricos de destacadas investigaciones referentes a la Edad del Bronce y Mundo Ibérico que analizaremos en nuestro trabajo necesitan de una expli-

tación de nuestros propios planteamientos de cara a la discusión y crítica que realizaremos de las mismas.

El **Capítulo 6** recogerá un “Estado de la Cuestión” del tema que nos hemos propuesto estudiar, gracias al cual podremos ejemplificar claramente tanto nuestros conocimientos como las aportaciones que incluiremos, *a posteriori*, en nuestra redacción.

Del mismo modo esperamos que ese capítulo sirva de homenaje a la labor investigadora de quienes nos han precedido y que han sentado las bases que nos han permitido profundizar en nuestra investigación.

De manera especial rendiremos homenaje a D. Fernando López Pardo, quien fue nuestro estimado profesor durante la carrera y Director de esta Tesis Doctoral desde el año 2.000 hasta el desgraciado momento de su fallecimiento, en Diciembre de 2.010.

Analizadas esas meritorias aportaciones de los investigadores que nos han precedido, podremos observar que aún son muy numerosas las dudas respecto a las dinámicas culturales previas que desembocarán en los elementos que consideramos identificativos de la Cultura Ibérica del Sureste de la Meseta Sur. Uno de los fines buscados en este trabajo es aportar algo de luz a la oscuridad de nuestro desconocimiento de esas dinámicas.

Con objeto de realizar una aproximación más completa, remontaremos nuestro análisis a períodos cronológicos anteriores a aquellos tomados como centro de nuestra investigación. La razón de ello es la de proponer una nueva sistematización cronológica de las etapas pre y protohistóricas en la zona objeto de estudio que consideramos

necesaria en la actualidad englobando los avances de la investigación de las últimas dos décadas.

El **Capítulo 7** estará centrado en la convencionalmente denominada “Edad del Bronce” y los distintos períodos cronológicos en los que convencionalmente se ha dividido, desarrollando en él diversos aspectos tales como la aparentemente abrupta transición entre la distribución cuantitativa y espacial del poblamiento, diferencias tipológicas y constructivas de los yacimientos, la aparición de objetos metálicos y de los procesos metalúrgicos, paleoambiente, etc., entre otros.

Abordaremos la, en nuestra opinión, incoherencia existente entre la relación cultural material documentada y características socioeconómicas con la denominación indiscutiblemente aceptada para esta etapa histórica.

Propondremos la necesidad de subdividir una primera fase “Calcolítica” de transición entre el “Neolítico Final” y unas fases siguientes más claramente centradas en una verdadera “Edad del Bronce”.

En ocasiones encontraremos intentos dentro de la investigación de identificar una primera fase dentro de la “Edad del Bronce” –que sería denominada “Bronce Antiguo”– con una etapa “Calcolítica”, juntando y empleando ambos términos de manera sinónima pero sin argumentos de peso que apoyen esa dualidad terminológica para referirse a un mismo período histórico ni excesivo convencimiento en su uso.

Más bien da la impresión de que ese comportamiento refleja una incapacidad o miedo de librarse de la pesada carga terminológica tradicional que aún seguimos

arrastrando en muchos ámbitos de la investigación histórica.

Así, en el **Capítulo 8** nuestra atención se dirigirá a esos momentos finales de la Edad del Bronce, conocidos convencionalmente como “Bronce Tardío” y “Bronce Final” o “Bronce Reciente” dependiendo de la línea investigadora que lo aborde<sup>4</sup>.

También incluiremos la discusión en torno a la posible existencia de una etapa de transición previa al “Bronce Final”, que para determinados territorios recibe el nombre de “Bronce Tardío”, y que nosotros estimamos que puede ser identificada e individualizada en nuestra zona de estudio.

El “Bronce Tardío” y el “Bronce Final” son unas etapas cronológicas muy poco estudiadas en el marco geográfico que nosotros propondremos, contando únicamente con algunos escasos y meritorios trabajos.

Aprovecharemos para analizar los estudios más recientes y completos sobre este período histórico en el marco geográfico de nuestro trabajo, que realmente estaba muy necesitado de un análisis en profundidad pero que, en nuestra opinión, han prescindido de importante documentación que impide unas conclusiones plenamente válidas.

Analizaremos las similitudes y diferencias con los momentos inmediatamente

---

<sup>4</sup> La identificación e individualización del “Bronce Tardío” no se ha propuesto para todos los territorios; es común hablar de “Bronce Tardío” cuando se investiga el SE. de la Península Ibérica pero en otros muchos territorios no se considera su existencia como etapa histórica que sigue al “Bronce Pleno” y precede al “Bronce Final” (ver al respecto el capítulo 7 de nuestro trabajo).

anteriores a partir de lo expuesto en el capítulo previo y profundizaremos en aquellos cambios que nos permitan abordar el período cronológico posterior, la “I Edad del Hierro”, fase final de nuestra investigación.

A continuación, el **Capítulo 9** lo dedicaremos, por tanto, al análisis y estudio de la “I Edad del Hierro”. Dentro de este período histórico trataremos de manera directa la “Génesis” de la conocida como “Cultura Ibérica”.

Es exactamente en este momento en el que observaremos cómo se generalizan la inmensa mayoría de los elementos culturales que identificamos como “ibéricos” o relativos a la “Cultura Ibérica” propia de nuestro marco geográfico.

Una vez abordado el momento de formación de la “Cultura Ibérica” dedicaremos el siguiente capítulo, **Capítulo 10**, al conjunto arquitectónico monumental de Pozo Moro (Chinchilla de Montearagón), que hemos considerado como un ejemplo paradigmático de la sublimación de todos esos elementos culturales a los que hemos aludido previamente.

En el **Capítulo 11** ofreceremos nuestra más reciente propuesta de identificación, reconstrucción, secuencia e interpretación de las escenas del programa iconográfico presente en el cuerpo inferior del edificio turriorme de “Pozo Moro”

Por último, el **Capítulo 12** recogerá las conclusiones principales de nuestro estudio.

Como se podrá observar a lo largo de nuestra exposición argumental, la atención investigadora precedente apenas ha fijado su interés en abordar periodizaciones fun-



cionales y ajustadas a los avances producidos en los últimos veinte años que nos ayuden a un mejor análisis de los procesos históricos. Esta tarea aquí la hemos asumido como propia.

Dado lo ambicioso del tema a investigar y a pesar de las aportaciones que pueda incluir nuestro estudio, es obligado señalar que un gran número de dudas planteadas desde su inicio aún quedarán pendientes de esclarecimiento al final de nuestra investigación. No obstante, creemos que otras sí quedarán encauzadas en una buena dirección para su conocimiento y permitirán avanzar en el futuro próximo en el desarrollo y progreso positivo de nuestro análisis histórico.

Con motivo de ofrecer posibles nuevas vías a la investigación del tema aquí tratado, y dadas ciertas dificultades y carencias con las que nosotros mismos nos hemos encontrado a la hora de preparar y redactar estas páginas, trataremos de simplificar y sistematizar, al final del mismo, distintas visiones, más o menos favorables, del futuro de la investigación decantándonos por incluir estrategias metodológicas y prácticas que contribuyan a dirigir nuestros pasos hacia posiciones aún más fructíferas desde el punto de vista de los resultados y avances en la información y documentación disponibles.

Para ello, hemos incluido como último capítulo del estudio la discusión sobre las previsiones de futuro de la investigación. De este modo, una vez vistos los antecedentes previos a nuestro estudio y las propias hipótesis y conclusiones que aquí defendemos, creemos que resultará más clarificadora nuestra propuesta para encauzar posteriores análisis de la documentación.

El proceso de elección del marco espacio-temporal así como la explicitación y justificación, o si se prefiere autoreconocimiento, teórico-metodológico, trae consigo una serie de problemas, dificultades y cuestiones que deben ser abordados. Entre ellos, destaca la selección de los criterios espacio-temporales empleados en el análisis.

En relación con nuestro análisis y sus cimientos teórico-metodológicos de base, no cabe duda de que los parámetros espacio-temporales conforman la base de la investigación histórica.

En palabras de Topolsky:

*“Al margen de cómo interpretemos los hechos históricos [...], cada hecho tiene sus determinantes espacio-temporales”<sup>5</sup>.*

Mejor que el término “*determinantes*” nosotros emplearíamos el término “*condicionantes*”, pero en lo esencial nos mostramos totalmente de acuerdo con su afirmación.

Sin embargo, nunca debemos minusvalorar que de la propia interpretación que realizamos los historiadores de esos contextos espacio-temporales se derivará una diferente consideración de los hechos históricos analizados.

Valga esta breve digresión teórico-metodológica como introducción a los capítulos que siguen.

---

<sup>5</sup> Topolsky 1982: 184.



### 3. CARACTERIZACIÓN GEOGRÁFICA E HISTÓRICA DEL MARCO ESPACIAL



### 3. CARACTERIZACIÓN GEOGRÁFICA E HISTÓRICA DEL MARCO ESPACIAL

#### *El espacio geográfico*

Entrando ya en los criterios de selección que hemos empleado para nuestro estudio, comenzaremos por señalar aquellos que nos han permitido la acotación del espacio físico al que se circunscribirá la investigación: el espacio geográfico. Esta acotación será, por fuerza, arbitraria; con objeto de poder abarcar el estudio de un territorio geográfico tan amplio como el que nos ocupa, éste deberá ser dividido en “regiones” para ser analizado de forma coherente<sup>1</sup>; de lo contrario el marco espacial sería inabarcable.

No obstante, estas “regiones” deben presentar gran coherencia intrínseca y ser claramente funcionales.

Primero, por tanto, realizaremos un análisis geográfico e histórico de pequeñas porciones territoriales, que aquí denominaremos “micro-regiones”, coincidentes con las comarcas naturales, o porciones de éstas, incluidas en el ámbito de estudio, para, posteriormente, emplear la información resultante como elemento de análisis de las características generales, tanto coinciden-

tes como divergentes, del contexto macroespacial de estudio, formado por varias “regiones”.

Varias “micro-regiones” se englobarán en una o varias “regiones”. Ésto es así porque distintas “regiones” limítrofes comparten porciones de una o varias “micro-regiones”, como veremos a continuación.

Del mismo modo, resultará evidente que todas las denominadas “regiones” que en mayor o menor medida tienen cabida en este estudio presentan en numerosas ocasiones claros puntos de relación directa a nivel viario. Esta relación viaria será otro factor de gran importancia a la hora de analizar los procesos históricos de las comunidades protohistóricas asentadas en las distintas “micro-regiones” y “regiones” abarcadas. Así pues, todas estas similitudes, diferencias, particularidades y puntos de contacto también contribuirán a ilustrar, justificar y fundamentar mejor nuestro estudio del ámbito espacial escogido y las sociedades humanas que lo ocuparon en el pasado.

La base del análisis se centrará, tal y como ya se mencionó previamente, en territorios funcionales y coherentes tanto desde un punto de vista geográfico como histórico.

Somos conscientes de que afrontar un proyecto de investigación de ámbito geográfico supra-provincial/inter-provincial siempre presupone de antemano una tarea ambiciosa y no exenta de problemas. La

---

<sup>1</sup> “Región”: “Porción de territorio determinada por caracteres étnicos o circunstancias especiales de clima, producción, topografía, administración, gobierno, etc.” (*Diccionario esencial de la lengua española de la Real Academia Española*, Edit. Espasa Calpe, Madrid, 2006: 1271).

amplitud espacial del territorio y sus distintas características orográficas, geológicas, hidrográficas, etc., son aspectos que contribuyen a complicar la labor del investigador, que ve, a su vez, cómo los límites actuales entre términos municipales, provincias e incluso comunidades autónomas añaden trabas a su trabajo.

Así, en los últimos años hemos podido asistir a una exacerbada reivindicación del patrimonio arqueológico por parte de Comunidades Autónomas, provincias e incluso términos municipales y localidades concretas que dificultan enormemente la labor del investigador que aspira a embarcarse en una investigación geográficamente amplia. Los trámites administrativos y las propias políticas dictadas por las administraciones autonómicas (promoción de la elaboración de cartas arqueológicas por términos municipales, p.ej.) provocan farragosas gestiones para acceder a la documentación necesaria para la realización de los estudios.

Teniendo en cuenta este primer inconveniente, hemos seleccionado un territorio que consideramos bien articulado en sí mismo, tanto geográfica como históricamente, y con una clara entidad<sup>2</sup>; del mismo modo, hemos procurado que la metodología aplicada en este trabajo contribuyese a dar coherencia al contexto espacial escogido y minimizase los posibles elementos “distorcionadores” de nuestro análisis.

Es evidente que el espacio geográfico al que hacemos referencia es el del pasado. Los procesos naturales y antrópicos que se

han producido/sucedido en la zona concreta de estudio han alterado en mayor o menor medida el aspecto y características concretas de este espacio geográfico desde la Antigüedad, a la que referimos nuestro análisis, hasta nuestros días. En lo posible hemos procurado remitirnos a ese espacio “antiguo”<sup>3</sup>, evitando anacronismos propios de épocas distintas a las estudiadas. No obstante, también emplearemos referencias y documentación modernas siempre y cuando contribuyan a ilustrar de forma más correcta el marco espacial de nuestro análisis y explicitando siempre su carácter anacrónico.

Comenzaremos, a continuación, por la explicitación del marco geográfico al que limitaremos nuestro análisis. No queremos pasar por alto la razón primera de la elección de este marco para nuestra investigación. Esta razón se asienta en el paso lógico que optamos por dar al concluir nuestra Memoria de Licenciatura. Durante el proceso de investigación que dio como fruto aquel trabajo tuvimos la oportunidad de comenzar a familiarizarnos tanto con el espacio geográfico que aquí tomamos como ámbito espacial de estudio, como con abundante documentación básica y especializada y profesionales cuyas investigaciones se centraban en dicho ámbito.

<sup>2</sup> “Colectividad considerada como unidad” (*Diccionario esencial de la lengua española de la Real Academia Española*, Edit. Espasa Calpe, Madrid, 2006: 588)

<sup>3</sup> “Antiguo” en cuanto a término cronológico.



FIGURA 3.1: Vista gral. del marco espacial seleccionado, marcado por un círculo.

Éste incluye fundamentalmente el sudeste de la Meseta Sur, así como pequeñas porciones de las zonas geográficas colindantes (Fig. 3.1).

Este amplísimo territorio creemos que engloba una serie de características geográficas e históricas comunes y de diversidad suficientes como para plantear un estudio referido a las comunidades protohistóricas que habitaron en él que proporcione información de enorme interés para las investigaciones de las zonas particulares afectadas.

Pasaremos a esbozar unos breves antecedentes históricos y evolución territorial de las “regiones” a las que referimos nuestro análisis y a destacar sus principales características geográficas, labores que consideramos necesarias para contextualizar el ámbito histórico-geográfico escogido.

El eje articulador de nuestro trabajo será la delimitación administrativa actual de la provincia de Albacete, que será denominada a lo largo de nuestro análisis: “Región nuclear”.

## La “Región nuclear”

Éste es el término que emplearemos principalmente a lo largo de nuestro trabajo

Esta “Región nuclear” viene a coincidir *grosso modo* y a ocupar casi en su totalidad el espacio geográfico denominado “Sureste de la Submeseta Sur”<sup>4</sup>.

Junto a la “Región nuclear” estudiaremos otras “Regiones anejas” que la circundan y que pueden compartir con ésta una o varias “micro-regiones”.

Ésta es la manera que consideramos más válida de contextualizar los propios procesos culturales de nuestra zona de estudio: ilustrándolos con aquellos que se producen en los territorios que la circundan.

La provincia de Albacete, o “Región nuclear”, se localiza en el sureste de la Meseta Sur de la Península Ibérica, y se encuentra rodeada por las provincias de Cuenca, Ciudad Real, Jaén, Granada, Murcia, Alicante y Valencia (Fig. 3.2).

<sup>4</sup> Límites geográficos similares ya han sido empleados anteriormente en destacadas investigaciones a las que desde aquí remito y en las cuales se encuentran plasmados suficientes argumentos justificadores de su elección como marco de estudio; véase al respecto López Rozas 1987: 338-340; Blánquez Pérez 1990a; *id.* 1992a: 236; *id.* 1992b: 132; *id.* 1993: 112; *id.* 1995: 329.



FIGURA 3.2: Mapa de la provincia y las provincias limítrofes

Los límites provinciales de la “Región nuclear” ocupan un total de 14.924 km.<sup>2</sup>.

Desde el punto de vista geográfico este territorio no se caracteriza por unos rasgos homogéneos naturales<sup>5</sup>.

### Geología<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Sánchez Sánchez 1982: 93

<sup>6</sup> Realizaremos aquí únicamente un esbozo general de las características geológicas del marco geográfico, sin entrar en detalles respecto a los recursos minerales del territorio. Éstos serán tratados de manera pormenorizada más adelante.

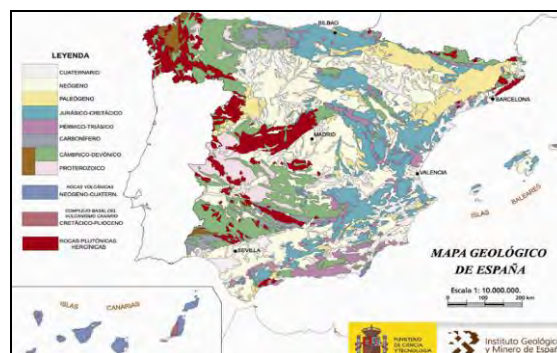


FIGURA 3.3: Mapa Geológico de España

Teniendo en cuenta en primer lugar las características geológicas, el área que aproximadamente ocupa la “Región nuclear”, “corresponde a una zona elevada enmarcada entre dos zonas deprimidas ocupadas por dos cuencas sedimentarias con características y evoluciones diferentes: al Norte la Cuenca Ibérica y al Sur la Cuenca Bética”<sup>7</sup>.

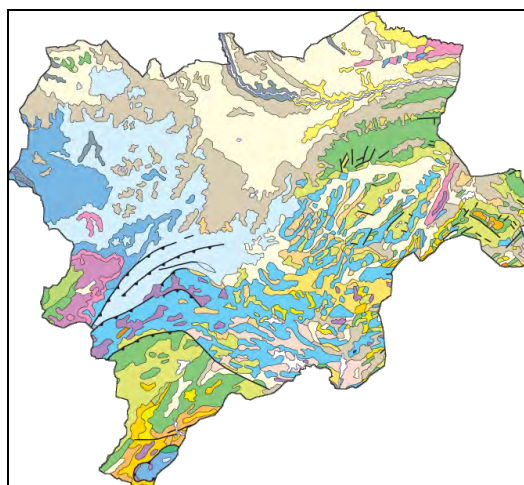


FIGURA 3.4: Mapa geológico de la provincia de Albacete

<sup>7</sup> Arias, Jiménez, Martín-Chivelet y Vilas 1994: 10, 12 Figura 3.



En el aspecto estructural, se pueden encontrar capas totalmente horizontales, como la zona de Chinchilla, en contraposición a otras capas casi verticales o incluso invertidas, como el caso de la alineación Montea-legre-Alpera.

Este aspecto está condicionado por la historia geológica desde el comienzo del Mesozoico hasta la actualidad<sup>8</sup>.

Esta “Región” puede ser dividida en cinco unidades morfoestructurales, que siguiendo un recorrido similar al de las agujas de un reloj, empezando desde el Norte Geográfico, serían las siguientes (Fig. 3.5)<sup>9</sup>:

I- *La unidad de Los Llanos de Albacete y el Corredor de La Mancha*, de relieve prácticamente llano y formada por grandes depresiones rellenas de materiales geológicos del Mioceno medio-Plioceno que conservan su posición original de sedimentación.

II- *La unidad de Chinchilla-Ayora-Villa de Ves*, con un relieve de “muelas” y unos materiales geológicos mesozoicos prácticamente horizontales aunque con una importante fracturación vertical.

III- *La unidad de Pozo-Cañada-Pétrola-Almansa*, con un relieve de pequeñas

elevaciones sobre planicies con humedales de carácter salino. Los materiales geológicos son mesozoicos, aunque con extrusión de materiales salinos triásicos, los cuales, al disolverse, crearon cubetas que posteriormente han sido rellenadas por materiales plio-cuaternarios, dando lugar a llanuras.

IV- *La unidad de Alcaraz-Hellín-Calar del Mundo*, que muestra los mayores relieves de la Provincia, por desplazamiento y acumulación en período de compresión tectónica de los materiales depositados durante el Mesozoico en el denominado “Surco Bético”.

V- *La unidad de Lezuza-Munera-Ossa de Montiel*, con un relieve moderado en el que destacan los materiales del Jurásico en una posición casi horizontal.

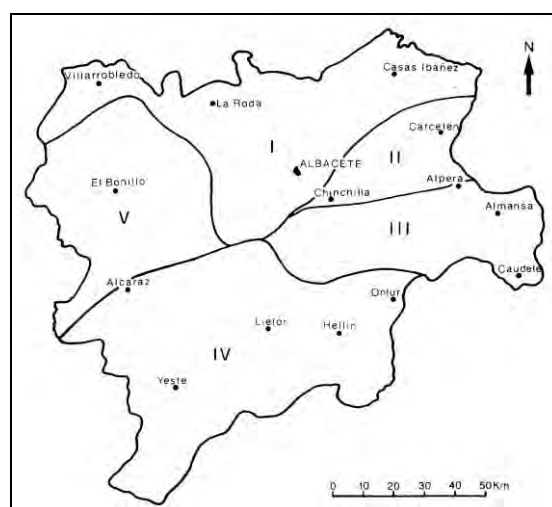


FIGURA 3.5: Unidades morfoestructurales de la “Región nuclear” (según Vilas 1991: 34)

<sup>8</sup> Vilas Minondo 1991: 33.

<sup>9</sup> Vilas Minondo 1991: 33-34.

## Climatología

La zona que ocupa nuestra “*Región nuclear*” cuenta con unas realidades climáticas variadas que podemos englobar dentro del tipo “templado Mediterráneo de matiz continental”<sup>10</sup>.

Las características generales son períodos estivales secos y cálidos con máximas registradas de 42 °C junto a períodos invernales secos y muy fríos con mínimas registradas de hasta -25 °C.

Las zonas más húmedas se localizan en la zona suroccidental, la más montañosa y la que cuenta con una mayor pluviosidad.

Encontramos en esas zonas montañosas de mayor altura un tipo climático, variación del anterior, que recibe el nombre de clima “templado Mediterráneo de Montaña”.

Podemos considerar esta región como la más árida de toda Castilla-La Mancha y se constituye como una zona de transición a las áridas tierras murcianas, en especial el campo de Hellín.

No obstante, tal y como diferenciamos previamente, las zonas más áridas de la “*Región nuclear*” se localizan en el sector suroriental y central, mientras que en la zona suroccidental este aspecto es menos acusado<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Blázquez Pérez 1995a: 9.

<sup>11</sup> Sánchez Sánchez 1982: 39 y ss.

## Orografía

El gran contraste paisajístico es una de las características más señaladas. Así, desde el punto de vista del relieve, presenta zonas que pueden ser consideradas totalmente planas<sup>12</sup>, junto a otras de relieves abruptos y elevaciones importantes, tales como la Sierra de Alcaraz. Tampoco faltan zonas que podríamos denominar “intermedias”, donde extensas planicies están salpicadas con ligeras elevaciones que dan como resultado un relieve ondulado; estas zonas “intermedias” son las que ocupan una mayor extensión superficial en la provincia (Fig. 3.6)<sup>13</sup>.



FIGURA 3.6: En esta imagen se aprecian las distintas zonas orográficas de las que participa la “*Región nuclear*”.

<sup>12</sup> Por ejemplo la zona conocida como los Llanos de Albacete, principalmente en torno a la propia capital, en la cual el desnivel del relieve es de apenas 30 m. a lo largo de distancias superiores a los 35 km. (Sánchez Sánchez 1982: 24 y ss.).

<sup>13</sup> Vilas Minondo 1991: 33

*"[...] a caballo entre Castilla, País Valenciano y la Comunidad Murciana el 'Sureste Meseño' es, a la vez, Mancha, Sierra y Llano[...]"*<sup>14</sup>.

Se trata a todas las consideraciones de una provincia de "interior".

La orografía del terreno es uno de los múltiples aspectos que contribuyen a determinar la localización de los asentamientos poblacionales, cuyas necesidades van variando con el tiempo y así también la distinta elección o mantenimiento de sus emplazamientos.

Estas mismas características orográficas son las causantes de la existencia de importantes "corredores naturales" que, a través de nuestra "*Región nuclear*" ponen en comunicación la Alta Andalucía, el interior de la Meseta y las costas orientales de la Península, lo cual ha hecho que este territorio haya venido generalmente siendo considerado un territorio "de paso"<sup>15</sup>.

### **Hidrografía**

Basándonos a continuación en los aspectos hidrográficos, tan relacionados con la geología, el relieve y la climatología, también encontramos una gran complejidad y variedad.

<sup>14</sup> Blázquez Pérez 1992a: 236.

<sup>15</sup> Tal consideración debe ser rechazada por simplista; ver: Blázquez Pérez, 1992b: 122; *íd.*, 1993: 112; *íd.*, 1995c: 239.

El territorio de estudio incluye **cuatro cuencas fluviales** (Fig. 3.7)<sup>16</sup>:

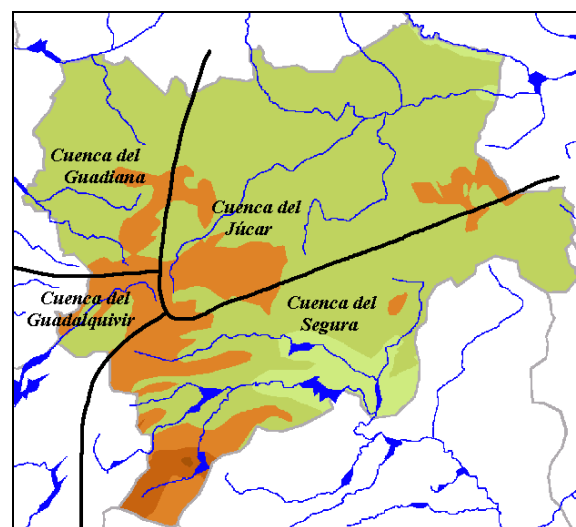


FIGURA 3.7: Las cuencas fluviales de la "*Región nuclear*"

- Cuenca del Júcar
- Cuenca del Segura
- Cuenca del Guadiana
- Cuenca del Guadalquivir

Las dos primeras, junto con ser las más amplias, pertenecen a la vertiente mediterránea, mientras que las otras dos pertenecen a la vertiente atlántica.

Los distintos cursos fluviales que recorren la provincia actúan como importantes articuladores del paisaje, como suele ocurrir en general con todos los recursos hidrológicos.

<sup>16</sup> Sánchez Sánchez 1982: 69 y ss.

En otros trabajos previos de otros investigadores se ha resaltado la importante repercusión de la cuenca fluvial del Guadalquivir en el desarrollo histórico de nuestra “*región nuclear*” a pesar de ser la de menor tamaño de todas<sup>17</sup>. También tendremos ocasión de analizar la importancia cultural de los demás cursos fluviales y sus cuencas para la génesis de la Cultura Ibérica en la “*Región nuclear*” de nuestro estudio.

Sin embargo, amplias zonas del territorio de estudio presentan una red hidrográfica no formada en las cuales la escasa esorrentía superficial determina la presencia de lagunas y charcas<sup>18</sup>. Es posible advertir por ello la existencia de diversas **cuencas endorreicas** que se reflejan claramente en numerosos topónimos que “salpican” el territorio provincial.

Este endorreísmo está íntimamente relacionado con el típico endorreísmo continental manchego<sup>19</sup>. Muchos cursos fluviales son de escasa caudalidad (tipo rambla) y la intensa evaporación unida a la gran capacidad de filtración de los suelos determinan la inexistencia o desecación de cauces y corrientes superficiales así como, por el contrario, el afloramiento de lagunas, charcas y humedales, tal y como ocurre en la zona conocida como los Llanos de Albacete. Muchas de estas lagunas son de agua salada, aspecto que conviene tener presente dada la importancia de la sal en la antigüedad.

<sup>17</sup> Blánquez Pérez 1993a: 113. Esta cuenca tan sólo representa el 1,22% del total (Blánquez Pérez 1995a: 12).

<sup>18</sup> Cirujano, Montes y García 1988.

<sup>19</sup> Sánchez Sánchez 1982: 69 y ss.

Otros sectores donde se documentan claramente estas características endorreicas se encuentran al Este de Chinchilla de Montearagón y en la cuenca de Almansa. Sería la alternancia de niveles geológicos calizos, margo-calizos, margosos, dolomíticos, yesíferos, calizos lacustres y conglomerados, todos ellos de desigual potencia y extensión, la que posibilita en algunos casos la infiltración y en otros el encharcamiento en relación directa con el grado de permeabilidad de cada uno de los niveles<sup>20</sup>.

Esta presencia/ausencia de recursos hídricos necesariamente repercute en la distribución de los asentamientos humanos y, del mismo modo, los cauces fluviales, y las lagunas y humedales endorreicos, tanto de aguas dulces como saladas, deben ser tenidos en cuenta para analizar el trazado de vías de comunicación, cañadas pecuarias, cazaderos, zonas de pesca fluvial, etc., así como las repercusiones de los contactos con otras zonas y la entrada/salida de productos comerciales en/desde la provincia.

La actuación antrópica ha originado profundos cambios en los aspectos hidrológicos provinciales, determinando la desecación de amplias zonas pantanosas principalmente localizadas en las inmediaciones de la capital, al Oeste de la misma<sup>21</sup>. También en la zona de Caudete-Villena se tiene constancia de la antigua existencia de una laguna desecada en tiempos de Carlos IV<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> Sánchez Ortega 1995: 170

<sup>21</sup> Principalmente la realización del Canal de María Cristina (1805-1829)[Senent Alonso 1975; López Bermúdez 1978; Morcillo 2003].

<sup>22</sup> Mención en Pérez Amorós 1997: 133.

Junto a la desecación de zonas pantanosas, la implantación de cultivos extensivos de cereal, remolacha azucarera y otros productos agrícolas de suficiente rentabilidad económica ha ocasionado profundos cambios en la distribución y características de la vegetación, así como de la fauna.

Interesante también, en relación con las aguas subterráneas es la existencia de afloramientos en forma de fuentes naturales, en ocasiones termales, que a menudo deberán ser tenidas en cuenta en relación tanto con el aprovisionamiento como con aspectos y lugares rituales<sup>23</sup>. Del mismo modo, el aprovechamiento de las aguas subterráneas es posible rastrearlo en ciertos yacimientos dentro de la zona de estudio datables en la Edad del Bronce, en los cuales la presencia de cuevas con afloramientos naturales de agua en la base de construcciones pétreas de planta circular que ocupan una posición destacada dentro del espacio poblacional se han relacionado tradicionalmente con el aprovisionamiento del agua<sup>24</sup>.

## Vegetación

A la hora de centrarnos en este apartado conviene primeramente diferenciar entre “vegetación actual” y “vegetación potencial”<sup>25</sup>.

<sup>23</sup> Jordán Montes y Conesa García 1992; Jordán Montes 1992; Jordán Montes y García Cano 2002; Ruiz Bremón 1989.

<sup>24</sup> Este tema será tratado de forma más amplia en apartados posteriores.

<sup>25</sup> Llorach *et alii* 2000: 20.

La “vegetación actual” se define como aquella existente en un territorio como consecuencia de las distintas influencias de la actividad humana, mientras que la “vegetación potencial” es aquella existente en un territorio antes de comenzar la actividad humana.

Lógicamente, la “vegetación potencial” únicamente puede ser conocida a través de datos paleobotánicos, que por desgracia son escasísimos en el ámbito de nuestra “Región nuclear” y limitados a unos pocos yacimientos concretos<sup>26</sup>.

En este caso es la “Biogeografía”, y en especial la “Fitogeografía”, la ciencia que estudia la distribución geográfica de las especies y comunidades vegetales.

La “Región nuclear” objeto de este estudio se encuadraría dentro de las siguientes unidades biogeográficas, que de forma general podemos considerar del “dominio floral mediterráneo”<sup>27</sup>:

- ◆ Reino Holártico
  - Región Mediterránea
    - Subregión Mediterránea occidental
      - Superprovincia mediterráneo-Iberolevantina
        - Provincia Castellano-Maestrazgo-Manchega

<sup>26</sup> Alcaraz y Sánchez-Gómez 1988; Broncano 1989: 240; Blánquez Pérez y Olmos Romera 1993: 89-90; Grau Almero 1994: 187-189; Llorach *et alii* 2000.

<sup>27</sup> Sánchez Sánchez 1982: 89.

- Provincia Valenciano-Catalano-Provenzal
- Provincia Murciano-Almeriense
- Superprovincia Mediterráneo-Iberoatlántica
  - Provincia Luso-Extremadureense
  - Provincia Bética

Lógicamente, la variedad vegetal es muy amplia, aunque entre las generalidades podemos destacar un predominio de la serie de vegetación del carrascal o encinar (*Quercus Rotundifolia*) variando en función de la humedad y temperatura de cada zona el tipo de vegetación asociada.

Así, de la degradación de los carrascales encontraremos mayor volumen de arbustos y matorrales tales como el lentisco, el romero, la retama o el esparto, de gran importancia en la antigüedad tal y como analizaremos más adelante.

También abundan muchos otros ejemplos de la familia *Quercus*, como el roble, el coscojo o el alcornoque.

Encontramos, a su vez, muchas veces asociados a los carrascales la sabina albar (*Juniperus Thurifera*) o el enebro (*Juniperus Oxycedrus*) y en puntos altos de montaña es el pino blanco (*Pinus Clusiana*) la especie mayoritaria.

En la actualidad podemos distinguir cuatro zonas principales de vegetación natural<sup>28</sup>:

- ◆ La Mancha: el área más degradada por acción antrópica. Quedan “manchones” de encinas, pinos y matorrales.
- ◆ Campo de Hellín y Tobarra: área de matorral con “manchones” de encinas y pinares.
- ◆ Sierras del Suroeste: área principalmente de pinares, con intercalaciones de matorral desarbolado y zonas aisladas de encinar.
- ◆ Vertiente norte de la Sierra de Alcaraz y Campo de Montiel: área de encinares y “manchas” de sabinar.

---

<sup>28</sup> Sánchez Sánchez 1982: 89.



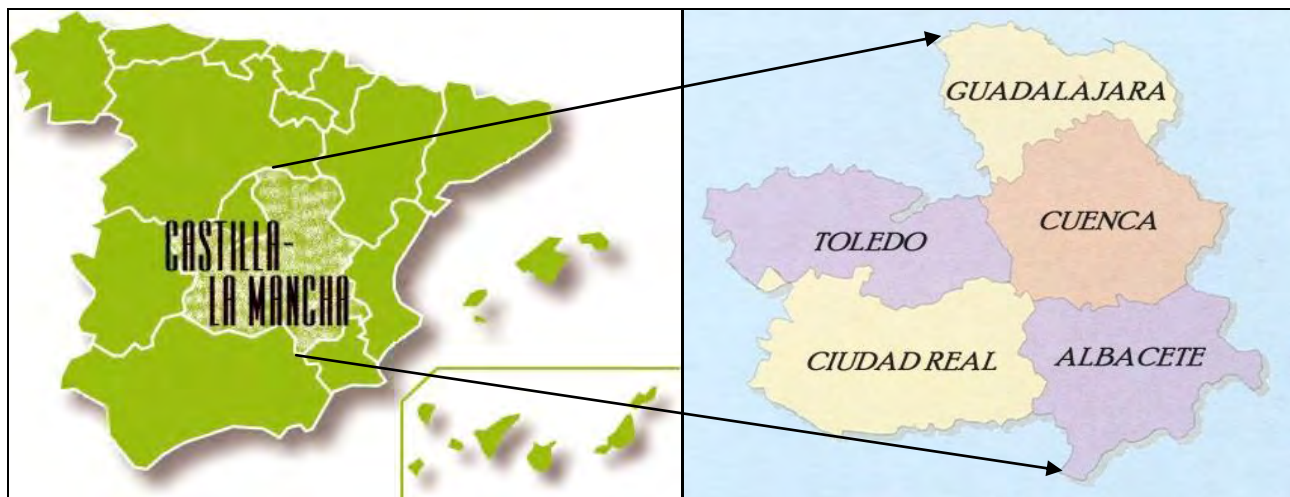


FIGURA 3.8: Localización de la Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha en el conjunto autonómico actual.

### ***El ámbito administrativo supra-provincial***

Administrativamente, este territorio o “*Región nuclear*”, se incluye dentro de la Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha, que incluye cinco provincias:

- Albacete
- Ciudad Real
- Cuenca
- Guadalajara
- Toledo

Este territorio viene a ocupar prácticamente en su totalidad la Meseta Sur peninsular.

La provincia de Albacete ocupa su zona suroriental, lindando con las Comunidades Autónomas de Andalucía, Murcia y Valencia.

La situación geográfica de la actual provincia de Albacete, ha servido en muchas ocasiones para considerarlo, incluso aún hoy en día, un territorio “retardatario” en

su desarrollo histórico frente a otros territorios limítrofes, consideración que nos encargaremos de refutar con suficientes argumentos de peso.



FIGURA 3.9: Localización de la provincia en el conjunto autonómico español

### ***Las “Regiones anejas”***

Pasando a continuación a las demás zonas, o “*Regiones anejas*”, que centrarán nuestro análisis iniciaremos nuestro recorrido en la zona septentrional del marco

espacial escogido e iré siguiendo el sentido de las agujas del reloj.

Por ello, la siguiente zona estudiada será la parte meridional de la actual provincia administrativa de Cuenca. Hemos escogido esta parte meridional porque geográficamente muestra elementos comunes con la zona septentrional de la provincia de Albacete y, como posteriormente veremos, esa relación también es apreciable en la cultura material de las comunidades pre y protohistóricas asentadas en esos territorios, tal y como resulta lógico en territorios anejos con fácil comunicación viaria.

Los límites escogidos para el presente estudio de esta zona meridional están comprendidos entre el límite administrativo con la provincia de Albacete y la localidad conquense de Iniesta, a unos 12 km. al norte de ese límite provincial. El marco espacial seleccionado incluye dos comarcas naturales claramente diferenciadas: La Manchuela conquense, al Este, y La Mancha conquense, al Oeste.

La siguiente zona abordada será el área occidental de la provincia de Valencia. Esta zona incluye algunos términos municipales que en la división provincial realizada por Javier de Burgos (1833) fueron originalmente incluidos dentro de la provincia recién creada de Albacete, como sería el caso de Requena, aunque posteriormente serían segregadas de la misma e incluidas en la provincia de Valencia<sup>29</sup>. Así, también será de enorme interés para este estudio el término municipal de Ayora, lindante en sus

---

<sup>29</sup> Ver apartado “Breve caracterización histórica de la zona de estudio”.

límites occidentales con los términos municipales albacetenses de Alpera y Almansa.

A continuación se encuentra el área occidental de la provincia de Alicante. Centraremos nuestra atención en una comarca que cuenta con una importante tradición investigadora para sus fases tanto prehistóricas como protohistóricas. Se trata de la comarca del Alto Vinalopó, principalmente el término municipal de Villena, de gran relación con los términos municipales albacetenses de Almansa y Caudete, e incluido originalmente también en la provincia de Albacete con la división de Javier de Burgos.

Siguiendo el recorrido propuesto se localiza el área noroccidental de la provincia de Murcia; por un lado se analizará la comarca del Altiplano de Jumilla-Yecla, al E. y SE.<sup>30</sup>, y por otro los términos municipales de Calasparra y Moratalla, al Sur.

A continuación, el área nororiental de la provincia de Granada. La zona de la Altiplanicie septentrional, principalmente la Sierra de La Sagra y el Pasillo de Caravaca.

La zona nororiental de la provincia de Jaén, coincidente con la Comarca de la Sierra del Segura.

Y finalmente, centraremos nuestra atención en el área oriental de la provincia de Ciudad Real: La comarca del Campo de Montiel y la comarca de La Mancha ciudadrealense.

---

<sup>30</sup> En esta comarca se incluyen los TT.MM. de Jumilla y Yecla.



## **Breve caracterización histórica de la zona de estudio**

Comenzaremos por el eje articulador de nuestro estudio: la provincia de Albacete. Es una realidad geográfica de gran complejidad. En la actualidad este territorio pertenece administrativamente a la Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha, extendiéndose por la zona suroriental de la misma y señalando su límite con las Comunidades Autónomas de Andalucía, Murcia y Valencia.

Pero este hecho no fue siempre así. Convendrá remontarse al momento histórico de creación de la organización territorial de España basada en provincias para comenzar nuestro recorrido por la historia más reciente del territorio en estudio<sup>31</sup>.

Fue en 1833 cuando el entonces ministro de Fomento, D. Javier de Burgos, recibió el encargo de la reina regente, María Cristina, de establecer una nueva división provincial de España. Esta necesidad de reformar la Administración Territorial ya fue una constante de los sucesivos gobiernos desde finales del s. XVIII. Lo que se buscaba era sustituir “el conglomerado de territorios y administraciones locales y comarcales del Antiguo Régimen [...] por un sistema uniforme y racional”.

La división sugerida por Javier de Burgos recogía propuestas apuntadas en la división de prefecturas proyectada por el ré-

gimen de José Bonaparte (1810), en las previsiones de la Constitución de Cádiz (1812) y, sobre todo y principalmente, en la división ordenada por el régimen constitucional de 1820.

El proyecto de la nueva organización territorial, elaborado únicamente en 20 días, fue aprobado por Real Decreto el 30 de Noviembre de 1833.

Los criterios empleados para delimitar los nuevos territorios fueron claramente ahistóricos, a pesar de que la intención última del proyecto era aunar aspectos administrativos, demográficos, geográficos, económicos e histórico-culturales. El resultado fue una división desproporcionada y falta de homogeneidad.

Sin embargo, esta nueva división supuso una evidente mejora respecto a la organización del Antiguo Régimen, puesto que estableció la elegibilidad de cargos y la participación electoral de los ciudadanos.

Dentro del conjunto de las cuarenta y nueve provincias de nueva creación nuestro interés en este momento se centra en la provincia de Albacete, que tomaba como base territorios del antiguo reino de Murcia, de La Mancha y de la circunscripción conquense, siendo englobada, en la teoría, dentro de los límites del Reino de Murcia.

Junto con los nuevos límites señalados se dictaminó que la capital de la nueva provincia sería trasladada desde Chinchilla de Montearagón a la villa de Albacete<sup>32</sup>.

---

<sup>31</sup> Fusi 1989; Garrigos 1995; Martínez Díez 1981; Escudero 1995; Panadero Moya 1984: 37-52; Vilar Martínez 2004: 383-389; Jaén Sánchez 2003: 129-162.

---

<sup>32</sup> En 1862, por Real Decreto la villa de Albacete pasaría a tomar el título de ciudad.

En años posteriores al Real Decreto, el recién creado territorio provincial experimentó sucesivos y destacados cambios: en 1836 Villena, originalmente integrado en la provincia, pasa a depender de Alicante. En 1846 se incluyó el ayuntamiento de Villarrobledo, previamente perteneciente a Ciudad Real.

La provincia de Albacete con su delimitación actual, tal y como la conocemos, quedó definitivamente establecida en 1851 con la segregación de Requena y la inclusión de ésta en la provincia de Valencia.



FIGURA 3.10: la provincia de Albacete en el contexto provincial peninsular actual.

Avanzando en el tiempo, y situándonos en el año 1978, con motivo de la elaboración de la Carta Magna de la Constitución Española, la Administración Territorial experimentó un nuevo cambio al establecerse la división en Comunidades Autónomas.

Sería en 1982, el día 17 de Agosto, cuando junto con la creación de la Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha la provincia pasó a formar parte de este territorio desligándose de Murcia.

Administrativamente hablando, la provincia de Albacete se encuentra dividida en 88 términos municipales (Fig. 4.11).

Estos 88 términos se engloban dentro de siete partidos judiciales, cuya última ordenación se remonta al año 1989; estos partidos judiciales son los siguientes:

- **Albacete:** Incluyendo 16 términos municipales.
- **Alcaraz:** Incluyendo 17 términos municipales<sup>33</sup>.
- **Almansa:** Incluyendo 9 términos municipales.
- **Casas-Ibáñez:** Incluyendo 20 términos municipales.
- **Hellín:** Incluyendo 13 términos municipales.
- **La Roda:** Incluyendo 8 términos municipales.
- **Villarrobledo:** Incluyendo 4 términos municipales.

<sup>33</sup> Debemos añadir el término de “Comunidad de Cotillas y Villaverde de Guadalimar”, que sería el decimotavo término, aunque no es reconocido como tal dentro del partido judicial.

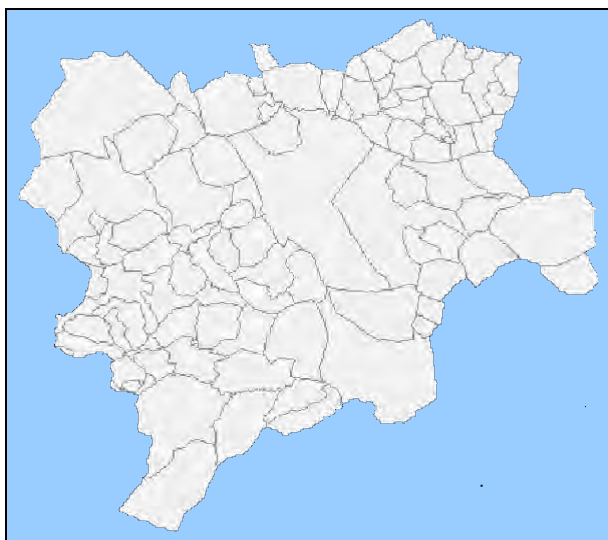


FIGURA 3.11: Los 88 términos municipales de la provincia

### **Las “Micro-regiones”**

De cara al estudio general del ámbito geográfico elegido hemos considerado hacer un análisis, en primer lugar, limitado a las comarcas naturales en las que puede ser dividido el territorio, ya que nos mostramos de acuerdo con las opiniones dentro de la investigación de que ésta debe ser abordada a partir de categorías territoriales operacionales de escala macroespacial<sup>34</sup>.

Las comarcas naturales son unidades fisiográficas que comparten rasgos comunes y son, la mayor parte de las veces, fácilmente delimitables. En muchas ocasiones coinciden, a su vez, con áreas culturales, aunque éstas evidentemente pueden desarrollarse

<sup>34</sup> Para la zona estudiada, p.ej.: Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994; Jordán Montes 1992; Jover Maestre 1999: 68, 186; Sanz Gamo, López Precioso y Soria Combadiera, 1992; Sánchez Sánchez 1982: 19.

en espacios físicos que rebasen los límites administrativos convencionalmente aceptados.

Junto a estas comarcas y subcomarcas naturales nosotros introduciremos otra comarca, o más bien, subcomarca, no natural pero sí funcionalmente operativa.

Emplearemos, por tanto, una división comarcal que denominaremos “mixta”.

En otras palabras, la delimitación última del área principal de estudio que aquí se ofrece es, necesariamente, la de los límites provinciales, aún teniendo en cuenta que las propias comarcas superan generalmente estas “fronteras” impuestas.

En este punto se nos podría acusar de incumplir alguna de las afirmaciones expuestas con anterioridad, al emplear delimitaciones espaciales modernas; permítasenos profundizar un poco más en nuestras motivaciones al elegir los límites propuestos para justificar tal elección.

Frente a otras posiciones en las que bajo una apariencia de marcos geográficos desligados de los actuales se observan análisis centrados de forma implícita en el territorio de una comunidad autónoma y/o provincia, creemos más honesto aclarar desde el principio que por cuestiones funcionales y prácticas este estudio se centra de forma principal en las comarcas naturales incluidas dentro de los actuales límites administrativos de la provincia de Albacete, con la única excepción de una subcomarca no natural pero que funcionalmente ayudará a nuestro análisis.

Así, y resumiendo, nuestro proceder ha partido de unos ámbitos geográficos comarcales (*Micro-regiones*) para, a continuación, proceder a un estudio generalizador

de todo el marco elegido (*Región nuclear y Regiones anejas*).

Estamos seguros de que obrando así contextualizaremos mejor los distintos procesos históricos dentro de sus marcos espaciales inmediatos, con una más profunda y directa repercusión, pero del mismo modo proporcionaremos una visión más amplia que nos ayudará a conocer la “evolución” cultural de las comunidades protohistóricas asentadas en la extensión global de la provincia de Albacete, centrándonos de forma general en una zona, ya estudiada con anterioridad por otros investigadores de reconocido prestigio, y definida convencionalmente como el “sureste de la Meseta” y sus zonas colindantes<sup>35</sup>.

### **Las “Micro-regiones” de la “Región nuclear”**

Dentro de las investigaciones relativas a la generalidad de los territorios englobados en nuestro estudio, únicamente para las provincias de Cuenca y Albacete existen antecedentes de propuestas de división comarcal, aunque por desgracia referidas exclusivamente a la distribución espacial y análisis de materiales arqueológicos muy concretos, con las lógicas limitaciones que un estudio tan específico supone<sup>36</sup>.

Trabajos posteriores similares no han seguido una metodología parecida de con-

---

<sup>35</sup> Blázquez Pérez 1990a; *id.* 1992a: 236; *id.* 1992b: 132; *id.* 1993: 112; *id.* 1995: 329.

<sup>36</sup> Díaz-Andreu 1990 y 1994; Sanz Gamio, López Precioso y Soria Combadiera, 1992.

textualización comarcal, desaprovechando, en nuestra opinión, la oportunidad de ir unificando tanto el conocimiento existente sobre la amplia documentación arqueológica con la que actualmente contamos como planteamientos metodológicos que contribuyan a un mejor y más rápido acceso y procesamiento de la información<sup>37</sup>.

Consideramos así, que es necesaria una primera aproximación contextualizada dentro de un marco comarcal del territorio de cara a un posterior análisis más amplio que incluya todo el ámbito provincial y supraprovincial.

De este modo intentaremos proporcionar una base desde la que se puedan abordar futuros estudios y análisis pormenorizados. Somos conscientes de que pasar del ámbito comarcal al provincial supone, en muchas ocasiones, extrapolar conclusiones basadas en datos concretos para una zona a todo el territorio provincial con la intención de ofrecer una visión más completa.

Este hecho puede conllevar una cierta “distorsión” de la documentación al aplicarse en contextos que no son exactamente los propios a ella, pero nuestra propia intención personal de reducir a su mínima expresión estas posibles “distorsiones” y el avance de la investigación contribuirán a ir ajustando mejor en el futuro cada una de las piezas con las que trataremos de encajar, interpretar y conocer el “rompecabezas” de los aspectos culturales de las sociedades protohistóricas de la “Región nuclear”.

---

<sup>37</sup> Soria Combadiera y García Martínez, 1996.

Como punto de partida comenzaremos mencionando la división comarcal geográfica de J. Sánchez Sánchez, centrada en las características geomorfológicas de la provincia, y que analizaba las unidades de relieve identificables en la misma<sup>38</sup>:

- **Tierras altas de Chinchilla, Pétrola y Carcelén (1):** Parte de la zona central-oriental de la región.
- **Campo de Hellín y Altiplano de Almansa (2):** La zona suroriental y oriental de la región, respectivamente.
- **Sierras de Alcaraz y del Segura (3):** Ocupan toda la zona suroccidental de la región.
  - **Sierra de Alcaraz**
  - **Sierra del Segura**
- **Campo de Montiel (4):** La zona occidental de la región.
- **La Mancha de Albacete (5):** Ocupa tanto la zona norte de la región como parte de la central.

<sup>38</sup> J. Sánchez Sánchez 1982: 24 y ss. Esta división comarcal fue tomada como referencia para otras más actuales, ya centradas en los aspectos arqueológicos e históricos de la provincia (R. Sanz Gamio, F.J. López Precioso y L. Soria Combadiera 1992: 27 y ss.).

Esta división comarcal incluía tanto aspectos de geografía física como de geografía humana actual, por lo cual no puede considerarse una división de comarcas puramente naturales.

Más recientemente se han dado nuevas propuestas de división comarcal, tales como la geográfica de Castilla-La Mancha realizada por Miguel Panadero y Félix Pillet en 1999, que divide comarcilmente Castilla-La Mancha por encima de tradiciones históricas y de las mismas provincias.

Dicha división distribuye las comarcas geográficas en tres tipos: de llanura, de transición y de sierra.

En la provincia, se contarían seis comarcas (Fig. 3.10):

- **La Manchuela (1):** Comarca de transición. Comprende exclusivamente los municipios situados entre el Júcar y el Cabriel.
- **Corredor de Almansa (2):** Comarca de transición. Comprende la Altiplanicie de Almansa y partes de las comarcas históricas de la Mancha de Montearagón, de la Manchuela y de los Campos de Hellín.
- **El Campo de Hellín (3):** Comarca de transición. Comprende la comarca histórica de los Campos de Hellín, exceptuando Fuente-Álamo.
- **Sierras de Alcaraz y Segura (4):** Comarca de sierra. Supone la fusión

de las comarcas históricas de la Sierra de Alcaraz y de la Sierra del Segura.

- **Campo de Montiel (5):** Comarca de transición. Se corresponde en su parte albaceteña con la mayor parte del Campo de Montiel albaceteño.
- **La Mancha (6):** Comarca de llanura. Comprende las comarcas históricas de la Mancha Alta albaceteña y partes de la Mancha de Montearagón y el Campo de Montiel albaceteño.

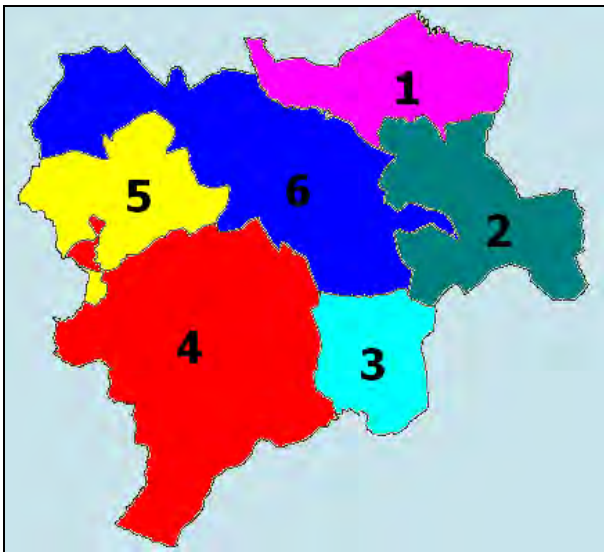


FIGURA 3.12: División comarcal de Panadero y Pillet (1999)

Otra propuesta de división comarcal reciente es la basada en las “Mancomunidades”, realizada con ocasión de la necesidad de estructurar la provincia en zonas para la obtención de ayudas de la Unión Europea (programas LEADER y PRODER).

Para ello se realizó una división “mixta”, basada en parte en la historia, en parte en la geografía, y en parte también en la necesidad de crear comarcas de tamaños y poblaciones similares.

Esta división es la que goza en la actualidad de una mayor difusión, incluso como división comarcal, y es la usada preferentemente en los catálogos turísticos provinciales.

Las comarcas de la provincia de Albacete según esta división son siete:

- **La Manchuela (1):** Identificada con la Comarca histórica dentro de los límites provinciales, excepto los términos de Tarazona de la Mancha y Villalgordo del Júcar.
- **Monte Ibérico y Corredor de Almansa (2):** Supone la fusión de la Altiplanicie de Almansa y la Mancha de Montearagón (excluidos Albacete y La Gineta).
- **El Campo de Hellín y Tobarra (3):** Identificado con la Comarca histórica.
- **Sierra del Segura (4):** Supone la fusión de la Sierra del Segura histórica y la cuenca del río Mundo, históricamente vinculada a Alcaraz.
- **La Sierra de Alcaraz y el Campo de Montiel (5):** Supone la fusión del



Campo de Montiel albaceteño y la Sierra de Alcaraz “meseteña” (la no perteneciente a la cuenca del río Mundo).

- **La Mancha del Júcar-Centro (6):** Comprende los municipios de Barrax, Fuensanta, La Gineta, Minaya, Montalvos, La Roda, Tarazona de la Mancha, Villalgordo del Júcar y Villarrobledo.
- **Albacete capital (7):** Comprende exclusivamente el Municipio de Albacete, dado el gran volumen poblacional con que cuenta, principalmente por estar incluida la ciudad de Albacete, capital de la provincia.

El problema de esta división comarcal es su escasa coherencia geográfica e histórica, pues entre otras cosas se buscaba crear comarcas de parecido volumen demográfico y dando como resultado comarcas absolutamente artificiales como la de Albacete (capital), la de La Mancha del Júcar-Centro o la fusión marcadamente anti-geográfica del Campo de Montiel con la Sierra de Alcaraz (Fig. 3.11).



FIGURA 3.13: Las Mancomunidades de la “Región nuclear”

Esta división comarcal atiende a unos factores determinados por condicionantes actuales que no tienen en cuenta aquellos únicamente geográficos naturales que son los que aquí nos interesan especialmente. Es por ello que esta división comarcal no será tenida en cuenta para nuestro estudio.

Entrando ya en los aspectos históricos del estudio, podemos indicar que las comarcas históricas más importantes de la provincia son ocho (Fig. 3.12):

- **La Manchuela (1):** Compartida con la provincia de Cuenca, La Manchuela comprende los territorios situados entre los ríos Júcar y Cabriel, extendiéndose en ocasiones algo más allá de estas fronteras. Gran parte de La Manchuela albaceteña estuvo vinculada al Estado de Jorquera, mientras el resto del territorio era parte del Marquesado de Villena.

- **Altiplanicie de Almansa (2):** Comprende los municipios de Almansa, Alpera, Bonete y Montealegre del Castillo, municipios históricamente dependientes de Almansa y pertenecientes al Marquesado de Villena. A ellos habría que añadir Caudete, pese a que histórica y geográficamente está más vinculado al Alto Vinalopó.
- **Campos de Hellín (3):** Comprende los municipios de Albatana, Fuente-Álamo, Hellín, Ontur y Tobarra, tierras de transición entre La Mancha y Murcia.
- **Sierra del Segura (4):** Comprende los territorios serranos de la cuenca del Segura (pero no de su afluente el río Mundo). Estuvieron vinculados a la Orden de Santiago, y forman un continuo con municipios de las provincias de Jaén y Murcia.
- **Sierra de Alcaraz (5):** Comprende los territorios serranos históricamente vinculados al alfoz<sup>39</sup> de Alcaraz.
- **Campo de Montiel albaceteño (6):** A diferencia del Campo de Montiel

ciudadrealeño, a excepción de Ossa de Montiel, ninguno de sus municipios estuvo vinculado a las grandes órdenes militares monásticas. Por el contrario, podrían definirse como las tierras llanas del antiguo alfoz de Alcaraz.

- **Mancha Alta albaceteña (7):** Compartida con las provincias de Ciudad Real, Cuenca y Toledo, se ajustaría las tierras manchegas de la provincia pertenecientes a la cuenca del Guadiana y no pertenecientes al ámbito geográfico del Campo de Montiel.
- **Mancha de Montearagón (8):** Se extiende por La Mancha albaceteña no perteneciente a las cuencas atlánticas, tierras históricamente vinculadas al Marquesado de Villena y que dependían de Chinchilla de Monte-Aragón.

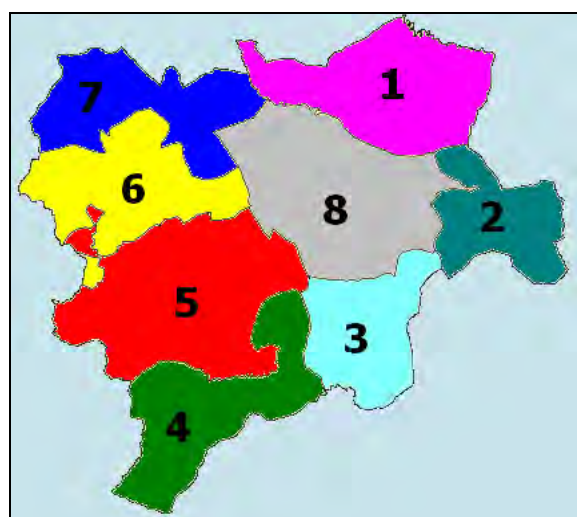


FIGURA 3.14: Las comarcas históricas de la “Región nuclear”

<sup>39</sup> “Alfoz”: Conjunto de diferentes pueblos que dependen de otro principal y están sujetos a una misma ordenación (*Diccionario esencial de la Lengua Española de la Real Academia Española*, Edit. Espasa Calpe, Madrid, 2006: 66).



## **La división comarcal aplicada a nuestro estudio**

Para la “*Región nuclear*” hemos optado por tomar como punto de partida la división comarcal, con fines arqueológicos, propuesta por Sanz Gamio, López Precioso y Soria Combadiera en su estudio sobre las fíbulas de la provincia de Albacete<sup>40</sup>, que a su vez se fundamentaba en la propuesta de división comarcal geográfica de J. Sánchez Sánchez<sup>41</sup>, con ligeras modificaciones.

Se trata de lo que, en nuestros propios términos, podríamos denominar una división comarcal “mixta” (Fig. 3.13):

- **Área del Júcar (1)**<sup>42</sup>: Pertenería a la Comarca de La Mancha, pero estos investigadores optan por individualizarla dando gran relevancia al río Júcar y sus afluentes. Vendría a coincidir con la zona denominada “Manchuela” en otras comarcalizaciones. Ocupa la zona nororiental de la región.
- **Tierras Altas (2)**: Zona central-oriental de la región, hasta el límite

con la Comarca del Altiplano de Almansa.

- **Campo de Hellín y Altiplano de Almansa (3)**:
  - **Altiplano de Almansa (3.A)**. Restringido geográficamente a una pequeña porción de la zona oriental de la provincia.
  - **Campo de Hellín (3.B)**. Ocupa la zona suroriental de la provincia.
- **Sierra de Albacete (4)**: Engloba tanto la Sierra del Segura como la Sierra de Alcaraz.
- **Campo de Montiel (5)**: Zona occidental de la región. Encuadrado entre la Sierra de Albacete, al Sur, y una porción de los Llanos de Albacete, al Norte.
- **Llanos de Albacete [La Mancha](6)**: El centro y el cuadrante noroeste de la región.

<sup>40</sup> 1992: 27 y ss.

<sup>41</sup> 1982: 24 y ss.

<sup>42</sup> La numeración es nuestra y la colocamos para identificar en la figura 3.13 de forma sencilla cada una de las comarcas y subcomarcas mencionadas.



FIGURA 3.15: División comarcal de Sanz, López Precioso y Soria (1992)

La división comarcal aportada por Sanz Gamó, López Precioso y Soria Combadierna (1992), más centrada en los aspectos físicos naturales que las expuestas previamente, resulta de gran interés pero, en nuestra opinión, incompleta al ceñirse únicamente a un exhaustivo registro de materiales específicos. Dicho registro conllevó diferentes planteamientos a la hora de subdividir las comarcas en sus consiguientes subcomarcas allí donde éstas pueden documentarse; así, mientras la escasez de materiales en una de las comarcas (Sierra de Albacete) indujo a estos investigadores a no subdividirla a pesar de que geográficamente se distinguen dos zonas diferenciadas<sup>43</sup>, en otro caso similar (Campo de Hellín y Altiplano de Almansa) la creencia de que una

<sup>43</sup> Sierra del Segura y Sierra de Alcaraz. La Sierra del Segura englobaría las sierras que conforman la cuenca del río Segura, mientras que la Sierra de Alcaraz incluiría aquellas situadas al Norte del Río Mundo (Sánchez Sánchez 1982: 25 y ss.).

subdivisión haría posible determinar la existencia de diversos núcleos de población que controlarían esos territorios les llevó a incluir una división subcomarcal (1.- Campo de Hellín; 2.- Altiplano de Almansa)[Sanz Gamó, López Precioso y Soria Combadierna, 1992: 27 y ss.].

Algunos años después, Sanz Gamó, en el marco de su Tesis Doctoral consideró que la variedad paisajística de la provincia aconsejaba ordenar los yacimientos en cinco zonas geográficas, que curiosamente no se corresponden con la propuesta en la que ella misma había participado junto a López Precioso y Soria Combadierna<sup>44</sup>. Su división geográfica sería la siguiente (Figura 3.14):

- **Estribaciones septentrionales de la Bética (A):**
  - **Comarca de Hellín-Tobarra (A.1)**
  - **Ontur-Albatana-Fuenteálamo (A.2)**
  - **Cuenca Alta del Segura (A.3)**
  - **Cuenca del Guadalquivir (A.4)**
- **Campo de Montiel (B)**
- **Llanos de Albacete (C)**
- **La Manchuela y Cuenca del Júcar (D)**

<sup>44</sup> Sanz Gamó 1997: 19-119.

- **Tierras Altas y Corredor de Almansa (E):**
  - **Tierras Altas**
  - **Corredor de Almansa**



FIGURA 3.16: División geográfica de Sanz Gamo

Tal división no se corresponde con ninguna comarcalización establecida, por lo que más bien parece responder a la propia evidencia arqueológica con la que contaba la investigadora en el momento de realizar su trabajo, muy desigual en cantidad y calidad para cada una de las zonas, lo que probablemente la obligó a ordenarla de la forma más coherente posible para su análisis.

Por nuestra parte, dado que el tipo de estudio que se aborda aquí implica claras diferencias respecto a los trabajos mencionados, nos inclinamos por realizar también una división comarcal “mixta” en comarcas y subcomarcas naturales, así como otras comarcas no naturales pero sí funcionalmente operativas, a partir de las cuales rea-

lizaremos una serie de propuestas y análisis. Pese a que la variación es mínima con respecto a la propuesta de López Precioso, Sanz Gamo y Soria Combadiera, sin embargo, nos parece necesario proponerla al centrar nuestra atención en una documentación más amplia no basada exclusivamente en unos materiales específicos, sino en la globalidad de la documentación disponible<sup>45</sup>, en los propios yacimientos y en las vías de comunicación.

De este modo, la división comarcal que aplicaremos es la siguiente (Fig. 3.14):

- **Las Tierras Altas (A):** Zona central-oriental de la región, hasta el límite con la Subcomarca del Altiplano de Almansa (B.2).
- **Campo de Hellín y Altiplano de Almansa (B)**
  - **Campo de Hellín (B.1):** Restringido geográficamente a una pequeña porción de la zona oriental de la provincia. Cuenta con dos zonas geográficas diferenciadas: la mitad norte es una zona endorreica, mientras que la mitad sur coincide con el curso final del Segura dentro de la provincia y el curso bajo del río Mundo.
  - **Altiplano de Almansa (B.2):** Ocupa la zona suroriental de la provincia.

<sup>45</sup> Tanto la de tipo arqueológico como la referida a fuentes clásicas.

- **Sierra de Albacete (C):** Zona suroccidental. Dentro de ella podemos efectuar una subdivisión:
  - **Zona oriental (alto Segura-Mundo) (C.1):** la zona de nacimiento del Río Segura y sus afluentes.
  - **Zona occidental (Bienservida-Alcaraz-Masegoso) (C.2):** de pequeña extensión, coincidiría prácticamente con la cuenca del Guadalquivir.
  
- **Campo de Montiel (D):** Zona central-occidental.
  
- **La Mancha o Llanos de Albacete (E)**
  - **Área Noroccidental y central de la “Región nuclear”.**
  - **Área del Júcar y Cabriel o “Manchuela”(E.2):** Aunque forma parte de la Comarca de La Mancha, optamos por subdividirla con objeto de contextualizar mejor nuestra “Región nuclear” de estudio con los datos de la “Región aneja” de Cuenca, que se subdivide en la zona que nos interesa, la meridional, en dos comarcas: “La Manchuela” conquense y “La Mancha” conquense. Se trata de una subcomarca no natural sino funcional de “La Mancha”.



FIGURA 3.17: División comarcal seguida en nuestro estudio

Junto a cada yacimiento mencionado y estudiado en nuestro trabajo señalaremos su localización comarcal para que resulte más fácil y claro su posterior análisis.

#### 4. ASPECTOS CRONOLÓGICOS DEL ESTUDIO



### ***Disgresión sobre las cronologías y periodizaciones de la Historia***

Podemos considerar que todas las sociedades humanas poseen una visión histórica de sí mismas. De alguna manera han empleado formas de medir el tiempo, han establecido cronologías e incluso periodizaciones.

Un primer caso muy conocido es el del escritor griego Hesíodo (s. VII a.C.), en cuya obra “Los Trabajos y los Días” narra el “Mito de las Razas”, por medio del cual explica el origen de la Humanidad hasta llegar a su propia época. En este mito menciona cinco “Razas” de hombres mortales sucesivas desde los tiempos de Cronos, el principio de todo: “Raza de Oro”, “Raza de Plata”, “Raza de Bronce”, “Raza de los Héroes” y la “Raza de Hierro”<sup>1</sup>.

Su división cronológica podemos considerarla principalmente de tipo moral.

Hesíodo tenía una visión teleológica de la “Historia” de la Humanidad siguiendo unos estadios sucesivos; desde una primera “Raza” en la que los hombres vivían como dioses hasta la época en la que él mismo

vivía y que consideraba que estaba en decadencia y acabaría en amargos sufrimientos para los mortales.

No obstante, no se trata de una visión “lineal” de la decadencia de la humanidad sin saltos cualitativos ya que, de manera original, incluye la “Raza de los Héroes”, una “raza más justa y virtuosa que la anterior”, entre la “Raza de Bronce” y la “Raza de Hierro” para encuadrar a los héroes homéricos en su concepción cronológica, lo que significa una alteración en el proceso de degeneración de la raza humana<sup>2</sup>.

Se observa de esta manera hasta qué punto los relatos homéricos y las epopeyas épicas en general habían calado profundamente en las concepciones del conocimiento histórico e identitario que de sí mismos tenían en la Grecia antigua.

En Homero podemos intuir esa creencia en una Antigüedad claramente mejor que los momentos contemporáneos y cómo se ha ido produciendo una cierta e inexorable decadencia de la Humanidad.

De hecho, en su obra hace referencia a unos momentos anteriores a los héroes de

---

<sup>1</sup> Es común la confusión con cinco “Edades”; es de destacar que Hesíodo no utiliza el término “Edad”, sino que él habla de “Raza” (*génos*/ *γένος*).

---

<sup>2</sup> El mito sería, en realidad, una metáfora que refleja el panorama de las relaciones de poder humanas transferidas al mundo imaginario y las formas sociales de integración y exclusión de la sociedad griega arcaica (Plácido Suárez 2003: 16).

la guerra de Troya en los cuales otros héroes de antaño no encontraban comparación en cuanto a valor y fuerza, hasta el punto de que “contra aquéllos ninguno de los mortales que hoy viven en la tierra podrían luchar”<sup>3</sup>.

Los poemas de Homero se sitúan en un tiempo pretérito en el que los dioses y los héroes conviven e interaccionan. Frente a la inmortalidad de las divinidades se destaca la mortalidad de los héroes, que no dejan de ser los ancestros de aquellos a quienes se narran los poemas de aedos y rapsodas en los que se cantan sus hazañas.

Así, en la poesía épica “cuando se hace referencia desde una cierta perspectiva generacional a distintos momentos míticos, a cada paso aflora la idea de un pasado prestigioso, notablemente superior al presente, poblado por una generación de héroes ya sin parangón”<sup>4</sup>.

No obstante, la concepción vital y cronológica de la “Historia” humana a lo largo de la Antigüedad respondía de manera prácticamente exclusiva a una visión cíclica del “Tiempo” como concepto general.

Antes de Hesíodo ya se conocen otras divisiones cronológicas de la “Historia” humana en base a “Edades”, como sería el caso de las creencias babilónicas en una división del período histórico en “Edades” relacionadas con metales colocados bajo la advocación de planetas (plata-Luna, oro-Sol y cobre-Mar).

Tanto en Homero como en Hesíodo se observan una clara serie de influencias culturales de raíz oriental que se reflejan nítidamente en sus obras, aunque a pesar de esas “aportaciones” estos autores las dotan a su vez de otros elementos más propios de su propia idiosincrasia cultural.

Así, podemos establecer paralelismos con obras de la literatura ugarítica, hitita, hurrita, babilonia, cananita, etc., así como poesía cosmogónica y teogónica y epopeyas orales previas que ya contaban con un largo recorrido histórico dentro de la cultura griega arcaica. Las fuentes de las que bebieron tanto Homero como Hesíodo son múltiples y variadas<sup>5</sup>.

Este tipo de concepciones cosmogónicas están poderosamente influidas por aspectos astronómicos y este hecho hace que respondan a un desarrollo cíclico, del mismo modo que lo que se observa en el estudio de los astros celestes y en las estaciones del año cósmico.

Otras culturas antiguas que mostraban una visión cosmogónica donde el devenir del “Tiempo” era también de tipo cíclico y dividido en “Edades” o “Eras” son los Vedas de la India, de donde quizás tomaron los babilonios parte de su concepción cosmogónica.

Así también los aztecas y los Mayas en el Nuevo Mundo creían en que la “Historia” de

<sup>3</sup> Il. I, 271 y ss.

<sup>4</sup> Montes Cala 1995: 53.

<sup>5</sup> Rodríguez Adrados 1986 y 2001. No obstante, hay otros investigadores que consideran el “Mito de las Razas (o Edades)” de Hesíodo como una “invención mayoritariamente individual [...] que encontró pocos ecos en la tradición posterior” y que no puede ser tomada con seguridad como representativa de las creencias griegas (Lloyd-Jones 1971: 34; cita tomada de Ballabriga 1988: 310 nota 6).



la Humanidad venía marcada por ciclos que se podían predecir; recientemente hemos podido vivir de manera personal la relativa alarma social que se produjo por el supuesto “Fin del Mundo” el 21 de Diciembre de 2012 que se relacionaba, en realidad, con el final de uno de esos ciclos del devenir del tiempo que se reflejaba en uno de los muchos calendarios mayas que se conocen.

Vemos que distintas culturas humanas en puntos geográficamente muy alejados y sin relación directa han desarrollado teorías muy similares para explicar su existencia y desarrollo. No obstante, esta disquisición entra más en el campo de la Antropología que en el que actualmente nos ocupa, por lo que no profundizaremos más en ello.

Hesíodo marcó en el Mundo Griego antiguo el camino que siguieron, de manera más o menos fiel, otros muchos autores y filósofos tales como Heráclito, Empédocles y Platón.

El Mundo romano, como sucesor y heredero en buena medida de los conocimientos de la Grecia antigua también nos ofrece claras muestras de esa visión de la “Historia” humana dividiéndola en “Edades”.

Destacamos en primer lugar al poeta Tito Lucrecio (98-44 a.C.), quien en su obra “De Rerum Natura” menciona la utilización sucesiva de la piedra, el bronce y el hierro por parte de la Humanidad en su evolución histórica:

*“Arma antiqua manus ungues dentesque fuerunt et lapides et item silvarum fragmina rami, et flamma atque ignes, postquam sunt cognita primum. Posterius ferri vis est aeris-*

*que reperta. Et prior aeris erat quam ferri cognitus usus, quo facilis magis est natura et copia maior.”<sup>6</sup>*

Es el primer caso de cronología relativa basada en los materiales y tecnología empleados antes que en concepciones de tipo moral-religiosas, aunque sin estar éstas ausentes. También es uno de los primeros casos en los que no se parte de una concepción cíclica del Tiempo e Historia.

En momentos sincrónicos (52 a.C.), durante la época de los “Reinos combatientes”, el autor chino Yuan Kang en su obra “*Yue Jueshu*” (“Historia perdida de Yue”) ofrece una periodización cronológica similar, aunque lógicamente aplicada a la realidad propia de su contexto histórico-geográfico:

*“As related in the chapter ‘precious weapons (Baojian[...])’ a strategist named Feng Huzi [...] describes an age when jade, in contradistinction to other materials, was used by the ruling elite to make weapons and tools. Feng states that during the ages of emperor Shen Nong [...] and He Xu [...] (Neolithic Period), weapons and tools were made of stone. During the age of emperor Huang Di [...] (Late Neolithic), weapons and tools were made of jade. During the ages of Yu [...] and Xue [...] (Xia Dynasty) they were made of bronze. Whereas in Feng’s era (Han Dynasty) they were made of iron.”<sup>7</sup>*

<sup>6</sup> Libro V, Versos 1283-1288.

<sup>7</sup> Childs-Johnson 2009: 291; *ead.* 1998: 57; no obstante fue William Y. Willets uno de los primeros que llamó la atención sobre estos textos.

Kang considera un desarrollo histórico que pasa por una primera etapa donde se emplea la piedra, seguida por otra donde se emplea el jade, tras la cual llegaría el empleo del bronce y, por último, del hierro. Se trata de otra excepción frente a la norma de una visión del Tiempo con desarrollo cíclico.

De hecho, otra importante diferencia con divisiones cronológicas sincrónicas e incluso muy posteriores es la ausencia total de interpretaciones y fines moralistas para explicar la utilización de objetos y/o tecnologías.

En la China de la Antigüedad, no obstante, encontramos también propuestas del desarrollo de la “Historia Humana” de cariz claramente moralista por parte de numerosos pensadores “taoístas”.

Volviendo nuevamente a Roma, una figura importante para analizar la aceptación y, en parte, modificación del “Mito de las Razas” es Ovidio (43 a.C.-18 d.C.), quien en su libro I de la “*Metamorfosis*” añade el diluvio durante la “Edad de Hierro”, al que únicamente sobreviven Deucalión y Pirra, quienes dan inicio a una nueva humanidad<sup>8</sup>.

Tampoco es momento de ejemplificar la ampliamente conocida cuestión de la creencia por parte de numerosas culturas humanas de los distintos continentes en un diluvio universal que señala un antes y un después en el devenir histórico de la Humanidad.

En Ovidio seguimos observando esa concepción cronológica cíclica a la que an-

teriormente aludíamos, finalizando con la apoteosis de Julio César y el gobierno de Augusto, nueva “Edad Dorada”, aunque no es exactamente una vuelta inmediata a una “Edad” considerada mejor; tras el diluvio aún han de llegar tiempos duros previamente a la llegada de Augusto.

Otros poetas y filósofos latinos en cuyas obras podemos encontrar menciones a este “Mito de las Edades” son Catulo, Séneca, Horacio y Macrobio.

Pero otro poeta que debemos destacar es Virgilio, quien a finales del s. I a.C., en distintos fragmentos de sus obras “*Geórgicas*”, “*Bucólicas*” y la “*Eneida*” menciona nuevamente ese desarrollo histórico a partir de distintas “Edades”, siendo la primera y más antigua de oro y que vuelve a iniciarse con el propio Octavio Augusto en momentos contemporáneos del poeta.

Como ya hemos visto, estas visiones tuvieron una gran repercusión en los filósofos, literatos y eruditos posteriores.

No obstante, San Agustín marcó un punto de inflexión desde sus creencias cristianas al negar el Tiempo cíclico, pues fue uno de los más influyentes personajes dentro del desarrollo de la cultura cristiana occidental.

Durante muchas centurias posteriores se siguieron los dogmas cristianos sin apenas discusión y el desarrollo humano en función de unas “Edades” fue ignorado y sustituido por una visión basada en las Sagradas Escrituras de los cristianos, en donde se priorizaba la Creación, el Diluvio y otros episodios similares como distintos pasos en la Historia.

Con el Renacimiento se reavivan los profundos posos grecolatinos precristianos

<sup>8</sup> Versos 245 y ss.

intentando, en ocasiones, minimizar los inevitables “roces” con los dogmas cristianos.

A partir del Renacimiento toma auge la división histórica de la Humanidad basada en varios estadios de desarrollo cultural lineal desde la barbarie hasta la civilización cristiana occidental: un evolucionismo cultural por el que habría pasado toda la Humanidad.

El Renacimiento y la etapa que podríamos denominar de los “Descubrimientos”, principalmente con el descubrimiento del continente americano y las expediciones por tierras africanas subsaharianas, puso a las sociedades europeas en contacto más estrecho con otras sociedades que fueron interpretadas como subdesarrolladas y en estado evolutivo inferior.

La Ilustración sería una época de máximo esplendor de este tipo de interpretación del desarrollo de la Historia Humana<sup>9</sup>.

Esta mentalidad viene a reflejar, en realidad el evidente etnocentrismo europeo y la plasmación ideológica y sociológica de la justificación de la desigualdad<sup>10</sup>.

Pero es con la Ilustración que también se empiezan a dar pasos en otra dirección, alejándose de los dogmas religiosos imperantes hasta entonces que marcaban e impregnaban todos y cada uno de los aspectos culturales del Mundo denominado “occidental”.

---

<sup>9</sup> Pérez Tapias 1993; Antón Amiano 2011.

<sup>10</sup> Una desigualdad ya reconocida desde la Antigüedad más remota por las propias sociedades que veían en “el otro” un peligro (Pérez Tapias 1993).

Tendremos que llegar al s. XIX para ver un cambio real y la aceptación de una Historia ajena a la lectura e interpretación de la Biblia cristiana.

No obstante, observamos que las distintas periodizaciones históricas han sido fijadas por cada ámbito cultural fijándose principalmente en su propio devenir histórico como eje vertebrador, lo que las hace prácticamente a todas claramente egocéntricas.

### **Criterios temporales**

*“En un período de transición histórica de tal amplitud no puede encontrarse una absoluta coherencia temporal [...], pero es precisamente la disparidad existente entre los diferentes momentos, la que facilita una mejor observación de los cambiantes desarrollos políticos, sociales y económicos. También cualquier límite cronológico en el trabajo histórico es arbitrario, pues ningún acontecimiento puede ser comprendido aislado de su pasado, y en el caso de los estudios de Historia, de su futuro”<sup>11</sup>. “De la misma manera, es en los momentos de cambio cuando mejor pueden observarse las líneas esenciales del devenir histórico”<sup>12</sup>.*

En todo análisis histórico es determinante establecer el contexto temporal: el marco cronológico. Ésto es así porque cualquier estudio histórico riguroso debe contar con unos límites cronológicos explícita-

---

<sup>11</sup> Prieto Vilas 1994: 4.

<sup>12</sup> Prieto Vilas 1994: 1.

mente determinados, unido al hecho de que si no dividimos el "Tiempo Histórico" nos resultará imposible abarcarlo.

Por tanto, en primer término se basa en una necesidad práctica: *"no podemos abrazar la totalidad sin dividirla"*<sup>13</sup>.

El marco cronológico en el que centraremos nuestra investigación incluye un momento esencial de cambio, que será fundamental para nuestro propósito: es el momento de génesis de la Cultura Ibérica en el sureste de la Meseta Sur.

Este proceso formativo implica importantes dinámicas culturales de ruptura y continuidad con lo anterior, así como con los hechos históricos posteriores, tal y como podremos observar.

La importancia de lo temporal para la investigación histórica es crucial. Así, al respecto es común en el discurso histórico encontrar referencias a frases del tipo: *"La Historia es un trabajo sobre el tiempo"*; *"El tiempo, protagonista de la Historia"*<sup>14</sup>; *"El tiempo es la esencia de la Historia"*; *"La Historia es la ciencia de los hombres en el tiempo"*<sup>15</sup>, etc.

Sin lugar a dudas, una de las asunciones básicas con las que un historiador afronta su tarea es, tal y como se mencionó previamente, que el parámetro temporal condiciona la investigación histórica.

En palabras de Prost:

---

<sup>13</sup> Prost 2001: 124.

<sup>14</sup> Prost 2001: 113 y 133.

<sup>15</sup> Bloch 1982: 26

*"El primer trabajo del historiador es la cronología"*<sup>16</sup>.

No debemos obviar, sin embargo, que el tiempo no es un objeto condicionante de estudio exclusivo del análisis histórico. El marco temporal, el tiempo, como condicionante de la investigación es compartido por otras muchas disciplinas, aunque evidentemente no será el mismo en cuanto al análisis de cambios a largo plazo. De este modo, los parámetros temporales son fundamentales para disciplinas como la Historia y la Biología, la Física o la Geología, pero mientras que para la primera ese parámetro se reduce a días, meses, años, lustros, decenas, cientos, miles o unos pocos millones de años, para las otras abarcará un margen cronológico de hasta miles de millones de años o infinito.

De la misma forma, no todos los "tiempos" son valorados de igual forma.

Dentro ya propiamente de la Filosofía y la investigación científica, la consideración del tiempo ha contado con importantes aportaciones: *"t. cuantitativo/cualitativo"* (Wittgenstein), *"tres dimensiones temporales: corta (de acontecimientos), media (de coyunturas) y de larga duración (de estructuras)"* (Braudel), *Tiempo subjetivo/Tiempo objetivo*, *Tiempo cíclico/Tiempo lineal*, *Tiempo absoluto/Tiempo relativo* (Newton), y muchos más ejemplos<sup>17</sup>.

Tal y como expresara de forma magistral J. Cascajero, desgraciadamente malogrado miembro del personal docente del

---

<sup>16</sup> Prost 2001: 124.

<sup>17</sup> Sobejano Sobejano 2000: 127 y ss.

Dpto. de Hª. Antigua de la U.C.M. y uno de nuestros profesores durante nuestra formación académica:

*"Todos (o casi todos) los teóricos del tiempo han de rendirse a la evidencia del carácter ampliamente polisémico del término tiempo. Sin embargo, con suma frecuencia, cuando hablan entre sí, parecen olvidar que existen muchos tipos o conceptos de tiempo y, consecuentemente muchas formas de pensar y vivir ese tiempo"*<sup>18</sup>.

En relación con lo último expuesto, cabe señalar que el análisis histórico está profundamente condicionado por el marco cronológico elegido; entre los condicionantes que podemos considerar negativos, encontramos que a mayor marco cronológico, más árdua será la tarea de concreción y síntesis en las conclusiones, ya que las asociaciones y relaciones entre hechos históricos se multiplican exponencialmente.

En palabras de Kahler:

*"No hay acontecimiento aislado. Cualquier acontecimiento está ligado a otros: los que le dieron origen y los que derivan de él"*<sup>19</sup>.

Por ésto mismo se cumple lo expuesto anteriormente.

Del mismo modo, cuanto más retrocedamos cronológicamente más reducida

será la variedad tipológica de la documentación disponible<sup>20</sup> (Cuadro 5.1):

<b>Mayor marco cronológico =</b>	<b>Menor concreción en las conclusiones</b>
<b>Mayor marco cronológico =</b>	<b>Mayor número de acontecimientos interrelacionados</b>
<b>Mayor antigüedad =</b>	<b>Menor variedad tipológica de la documentación</b>

CUADRO 4.1: Diversas relaciones entre tiempo-análisis histórico que dificultan la investigación

Sin embargo, también encontramos algunas ventajas cuando abordamos un análisis histórico de amplio marco cronológico (Cuadro 5.2):

<b>Mayor marco cronológico =</b>	<b>Mayor variedad tipológica de la documentación</b>
<b>Mayor marco cronológico =</b>	<b>Mejor perspectiva de conjunto</b>

CUADRO 4.2: Relaciones proporcionales entre tiempo-análisis histórico que ayudan a la investigación

<sup>18</sup> Cascajero 2000: 17-41.

<sup>19</sup> Kahler 1989: 25.

<sup>20</sup> Lógicamente tendremos documentación arqueológica abundante y quizás más variada, pero sin embargo perderemos la documentación textual, numismática, epigráfica, buena parte de la artística, etc. cuanto más retrocedamos cronológicamente.

Evidentemente, cuando se cumplan ambos casos, la investigación se verá doblemente afectada. En el caso particular que nos ocupa nos hemos encontrado tanto con las dificultades aludidas como con las ventajas, tal y como veremos más adelante.

Para establecer los límites cronológicos a los que anteriormente hicimos referencia hemos partido de una serie de asunciones básicas:

Como historiadores, y en concreto como historiadores de la Antigüedad, nuestro objeto de estudio se localiza en el pasado, tanto espacialmente, como vimos anteriormente, como cronológicamente.

*“El historiador plantea sus preguntas desde el presente remontándose hasta el pasado [...]”, pues “la historia es un trabajo sobre el tiempo, pero se trata de un tiempo complejo, un tiempo construido, con múltiples caras. [...]”; así, “el tiempo de nuestros historiadores es el de nuestra sociedad occidental contemporánea”<sup>21</sup>.*

Del mismo modo, esta noción de tiempo debe estar incluida dentro de las convenciones del conjunto de la investigación histórica:

*“El cuerpo social de los Historiadores dicta las reglas del conocimiento histórico, en todos y cada uno de sus niveles”<sup>22</sup>.*

<sup>21</sup> Prost 2001: 113-114.

<sup>22</sup> Bermejo Barrera 1991: 35.

Dicho con otras palabras, para que la investigación tenga coherencia y valor debe ajustarse a una serie de convenciones propias del grupo social que denominamos “*Historiadores*”. Este hecho podríamos, a su vez, ponerlo en relación con las palabras de M. Finley:

*“Estudiar y escribir la historia, en conclusión, es una forma de ideología”.*

*“Ideología” en cuanto a la acepción relativa a “la manera de pensar de una clase o individuo”<sup>23</sup>.*

En este caso, la manera de pensar del gremio profesional de los historiadores<sup>24</sup>. Entre estas convenciones, junto con otras muchas, se encuentran aquellas relativas a las periodizaciones cronológicas, tanto absolutas como relativas, a las cuales se someten todos los historiadores.

Estas convenciones están sujetas a variaciones en relación con el avance de la investigación. Para explicar ese avance podemos recurrir a la tan citada obra de T.S. Kuhn<sup>25</sup>, según la cual la investigación científica suele estar apoyada en “*paradigmas*”: “teorías, modelos o patrones aceptados por los investigadores ya que resuelven una serie de problemas reconocidos por esos profesionales como ‘*agudos*’”.

<sup>23</sup> Finley 1986: 16. Como veremos más adelante, la definición del término “ideología” que hemos empleado para nuestro estudio es bastante más amplia y compleja que la mencionada por este autor.

<sup>24</sup> No obstante, el mismo Finley dejó patente su duda ante la consideración de la labor del historiador como una “profesión” (1986: 12).

<sup>25</sup> Kuhn 1994 [1962].



No obstante, no se le exige al paradigma que explique la totalidad de los problemas planteados, sino que sea eficaz en la resolución de, al menos, algunos de ellos. Los puntos básicos o pilares de la teoría de Khun, en opinión de sus detractores, eran la “*irracionalidad*” y el “*relativismo*”, acusaciones de las que el propio Khun ha tratado de defenderse en revisiones y trabajos posteriores<sup>26</sup>.

El “*paradigma*” dominante en un determinado momento puede entrar en crisis si las herramientas que proporciona fracasan en la actividad normal de resolución de los problemas planteados. Este fracaso se generaliza cuando una simple anomalía o una serie de ellas ponen en cuestión todo el modelo y los profesionales, en lugar de lograr minimizarla a través de articulaciones y modificaciones de su teoría, comienzan a tomar conciencia generalizada de que su resolución implica nuevos puntos de enfoque que terminarán chocando con el “*paradigma*” original y creando una profunda confusión; esa crisis motiva la aparición de un nuevo “*paradigma*” que se ajustará mejor a la resolución de los problemas y las anomalías y que terminará por sustituir al “*paradigma*” precedente.

Dicho con otras palabras:

*“El conocimiento científico es provisional y su avance sigue una curva asintótica cuyo contacto con la verdad absoluta se produciría en el infinito”<sup>27</sup>.*

<sup>26</sup> Kuhn 1994 [1962]; en especial el capítulo “postdata: 1969” (págs. 268 y ss.).

<sup>27</sup> Primo Yúfera 1994: 42.

Posteriormente, Khun concretó de forma más precisa su propuesta ante el convencimiento de que esa primera concepción del término “*paradigma*” era extremadamente laxa y confusa, al emplearlo para acepciones distintas.

Fue así que sustituyó el término “*paradigma*” por otros dos: “*matriz disciplinaria*” y “*matriz ejemplar*”. La evolución en su planteamiento hasta la actualidad ha dado un verdadero giro copernicano llegando a renegar en nuestros días de muchas de sus propuestas<sup>28</sup>.

La periodización cronológica en los estudios históricos no deja de ser un proceso intelectual a través del cual dividimos y estructuramos el acontecer histórico para hacerlo más aprehensible.

*“Porque si no apresamos el tiempo en compartimentos artificiales nuestra mente no es capaz de captar y comprender”<sup>29</sup>.*

En base a esa estructuración procederemos a realizar nuestro análisis, que nos permitirá formular una serie de *juicios históricos*.

Resulta evidente que para poder formular *juicios históricos*, reconocidos como tales por la comunidad de los historiadores, éstos deben estar basados en el manejo de una serie de conceptos específicos: los *conceptos históricos*.

*“El historiador trabaja a partir de un sistema conceptual”, ya que “una interpretación histórica es un complejo de respuestas a*

<sup>28</sup> Una visión general en Garma 2005: 1-9.

<sup>29</sup> Ruiz Gálvez 1998: 329.

*preguntas. La evidencia no propone preguntas. Lo hace el propio historiador, y ahora posee una colección adecuada de conceptos para la construcción de hipótesis y modelos explicativos*<sup>30</sup>.

Estos *conceptos históricos*, junto con sus símiles, las figuras del lenguaje que se consideren más adecuadas y las técnicas y *formas de expresión*, son consensuadas y fijadas por la comunidad de Historiadores. Por tanto, la comunidad de los Historiadores desempeña un papel *constituyente* en la formación del conocimiento histórico<sup>31</sup>. Este hecho será abordado en profundidad en el apartado 6, relativo a los aspectos teórico-metodológicos de nuestro trabajo.

Consideramos muy acertada la afirmación de E. Kahler de que *“la historia es la indisoluble relación mutua entre lo real y lo conceptual”*; en otras palabras, *“la interacción del curso de los acontecimientos y el crecimiento de la conciencia histórica”*<sup>32</sup>. La conciencia histórica de los investigadores aumenta a medida que aumenta el volumen y la calidad de los documentos históricos con los que se trabaja:

*“Todo historiador [...] tiene por ello mayor experiencia histórica que sus predecesores”, lo cual se relaciona con el hecho de que “todo historiador padece, inevitablemente, de la ignorancia de lo que ocurrirá tras él”*<sup>33</sup>.

<sup>30</sup> Finley 1986: 18.

<sup>31</sup> Bermejo Barrera 1991: 31-36.

<sup>32</sup> Kahler 1989: 171 y 177.

<sup>33</sup> Finley 1986: 13. La cursiva es nuestra.

A ello podemos añadir que, evidentemente, todo historiador es deudo de la labor de sus predecesores, esté ésta mejor o peor orientada, y es gracias a ella que logra atisbar luz al final de las tinieblas u oscuridad de su proceso investigador.

Dentro de los aspectos cronológicos, buena parte de nuestra labor se centra en periodizar, es decir, *“sustituir la continuidad inasequible del tiempo por una estructura significativa”*<sup>34</sup>.

El marco cronológico escogido en nuestro trabajo responde por ello terminológicamente a una de las varias periodizaciones aceptadas consensuadamente en la investigación protohistórica peninsular y, más concretamente, de nuestro país. Asumimos que *“cuando estudiamos los hombres en sociedad, utilizamos un tiempo social, compuesto de señales en el tiempo que son comunes a los miembros de una misma sociedad”* pero teniendo en cuenta que *“no todas las sociedades emplean esas mismas referencias”*.

De la misma forma, *“el tiempo de los historiadores se presenta así ya como un tiempo estructurado, ya articulado”*<sup>35</sup>, a través del trabajo previo de otros investigadores que han contribuido a aportar periodizaciones.

Estos trabajos previos contribuyen tanto a facilitar como a complicar, en ocasiones, la investigación desarrollada con posterioridad.

<sup>34</sup> Prost 2001: 125.

<sup>35</sup> Prost 2001: 112 y ss.



Los historiadores heredamos un tiempo ya trabajado, que otros historiadores ya han segmentado en períodos<sup>36</sup>.

Lógicamente, como investigadores podremos elegir entre seguir periodizaciones ya establecidas, bien de forma continuista bien con matizaciones, o proponer nuevas periodizaciones bien asentadas metodológica y documentalmente si consideramos que las periodizaciones heredadas han quedado obsoletas o son poco funcionales para el momento actual.

La periodización se basa en un principio fundamental de oponer continuidad y ruptura, permite pensar ambas a la vez: *“continuidad en el interior de los períodos, rupturas entre ellos”, “permite identificar continuidades y rupturas”* y *“abre la vía a la interpretación”*, haciendo que *“la Historia sea, si no inteligible, al menos pensable”*<sup>37</sup>.

Por supuesto no consideramos que las periodizaciones sean estáticas e inamovibles, pero las variaciones deberán estar suficientemente justificadas y sustentadas a través de argumentos contrastables y contrastados.

En ocasiones, es sorprendente cómo dentro de la investigación se toman los ensayos de periodización aportados por síntesis generales, *“por el simple hecho de su existencia y con independencia de su fundamentación, [...] como si fueran reconstrucciones histórico-culturales ya confirmadas”*<sup>38</sup>.

Como ya hemos comentado anteriormente, las periodizaciones aportadas de forma previa no deben considerarse por los investigadores posteriores como modelos cerrados e inalterables, ya que su utilidad es mucha, pero la labor de quienes heredamos tales propuestas es revisarlas de acuerdo a la documentación más reciente.

Las periodizaciones o divisiones cronológicas deben tener un sentido intrínseco<sup>39</sup> e identificar conjuntos relativamente coherentes, de forma que se presenten *“articulaciones pertinentes para dividir la historia [...], es decir, [...] una estructura significativa”*<sup>40</sup> que nos permita abordar su análisis.

No debemos, por tanto, aceptar ni *“se puede seguir sosteniendo que cualquier ‘sistemática’ favorece el progreso de la investigación”*<sup>41</sup>.

Tampoco podemos seguir tomando la periodización como el objetivo fundamental de la investigación, que ha sido una norma general, sino que debe considerarse un medio y no un fin<sup>42</sup>.

Todas estas reflexiones han estado presentes en nuestra labor, procurando ofrecer una coherencia al marco cronológico al que hemos “sometido” nuestra investigación y que será comentado más adelante, una vez que haya sido expuesto y justificado el marco espacial.

<sup>36</sup> Prost 2001: 126.

<sup>37</sup> Prost 2001: 125.

<sup>38</sup> Martínez Navarrete 1988: 81.

<sup>39</sup> Es decir, no presentar incongruencias en su formulación.

<sup>40</sup> Prost 2001: 125.

<sup>41</sup> Martínez Navarrete 1988: 90.

<sup>42</sup> Jover Maestre 1999: 70.

Respecto a la periodización que hemos aplicado, nos adscribimos a un modelo epistemológico que podríamos denominar “convencionalista”<sup>43</sup>.

Este modelo basa sus periodizaciones en unas bases metodológicas estables independientes de los distintos sistemas teóricos<sup>44</sup>. Se establecen unos términos convencionales que representan series de contextos ordenados según sus relaciones de contemporaneidad o sucesión. En este caso, la periodización es únicamente un instrumento metodológico operativo en el cual la ordenación seriada sigue una sistemática interna que no se ve alterada por la sustitución material de los términos en que se expresa.

Se trata de un armazón susceptible de modificaciones en el que lo importante es la coherencia interna de la sucesión aportada. Obliga a una especificación de las condiciones iniciales de su ámbito de validez, ya que su amplia generalización de una secuencia crearía distorsiones excesivas. En otras palabras, su generalización fuera del ámbito de validez especificado en origen es imposible.

Al igual que con el marco espacial, la periodización que aquí se propone y aplica no ha estado exenta de una serie de dificultades ocasionadas por la propia situación de la documentación aportada por otros investigadores que nos han precedido.

Lógicamente, también nos hemos encontrado con enormes facilidades en nues-

tra labor gracias a esas investigaciones previas, que han allanado el camino a nuestra propia sistematización cronológica.

La contextualización espacial y cronológica dentro del ámbito geográfico elegido de la documentación arqueológica e incluso textual nos permite analizar y entender mejor los fenómenos históricos que se han ido sucediendo en la totalidad del ámbito espacial abarcado en este estudio, con sus puntos de encuentro y diferenciación bien marcados.

### **El marco cronológico: justificación**

Respecto a las etapas históricas que centrarán el marco histórico de este trabajo hemos elegido los períodos históricos denominados convencionalmente dentro de la investigación como “Bronce Final”<sup>45</sup> y “I Edad del Hierro”.

Resulta interesante el enorme contraste de documentación y conocimiento con que contamos de estas dos etapas históricas para nuestra zona de estudio; así, frente a la abundantísima información y amplia tradi-

<sup>43</sup> Martínez Navarrete y Vicent García 1983: 347 y ss.

<sup>44</sup> Martínez Navarrete y Vicent García 1983: 343-352.

<sup>45</sup> La terminología empleada ya implica un posicionamiento metodológico. Para Pellicer sería más correcto el término “Bronce Reciente” si empleamos para los períodos anteriores la terminología “Bronce Antiguo” y “Bronce Medio”; sería correcto emplear el término “Bronce Final” únicamente en el caso de denominar los períodos anteriores “Bronce Inicial” y “Bronce Medio” (1989: 155). Lo cierto es que en la investigación no encontramos un acuerdo absoluto respecto a la terminología empleada para nombrar las últimas etapas de la Prehistoria Reciente ya que en determinadas zonas se emplea el término “Bronce Reciente” como sinónimo del “Bronce Tardío” o del “Bronce Final” dependiendo de la fase que se emplee.

ción investigadora referida a los momentos centrales y finales de la “I Edad del Hierro”, identificables con la “Cultura Ibérica”, nos encontramos con muy meritorios aunque contados esfuerzos investigadores y, desgraciadamente, reducida documentación relacionable con el “Bronce Final” y los primeros momentos de la “I Edad del Hierro”.

No obstante, tal y como se pondrá de manifiesto en este estudio, el aumento de documentación ha sido exponencial en los últimos tres lustros, lo cual permite ser optimistas respecto al avance de la investigación y su futuro<sup>46</sup>.

El auge de la “Arqueología de gestión” o “de urgencia”, “de salvamento” o tantas otras denominaciones como ha recibido, en los últimos años ha multiplicado exponencialmente la documentación.

Por desgracia, las excavaciones raras veces han ido seguidas de la publicación de sus resultados, lo que lógicamente supone un enorme problema de cara al futuro, puesto que todos esos yacimientos ya son irrecuperables y la información de ellos en muchas ocasiones será imposible de recuperar en su totalidad<sup>47</sup>.

---

<sup>46</sup> Remito a este respecto al capítulo 12 de este mismo trabajo, donde se encontrará un análisis personal de las posibilidades de futuro de la investigación.

<sup>47</sup> Tampoco la Arqueología previa a ese “boom” ofrece una imagen mucho mejor. La publicación de las “Memorias de Excavación” de los yacimientos “punteros” y que han servido para estudiar la “Cultura Ibérica” y períodos históricos anteriores en nuestra “Región Nuclear” también son inexistentes, excepto en muy escasas y meritorias excepciones.

Un trabajo realmente modélico en cuanto a la crítica de las bases metodológicas empleadas en la investigación española para la periodización histórica de la Edad del Bronce sigue siendo el de Martínez Navarrete, que todavía nos ayuda actualmente para no incurrir en errores que por desgracia siguen presentes en la investigación<sup>48</sup>.

Respecto a lo que nos interesa aquí, resumiremos las principales posiciones y dataciones que consideramos más útiles. No obstante, es fácilmente observable que no existe consenso al respecto.

Así, a día de hoy existen posiciones cada vez más coincidentes, salvo contadas excepciones, respecto a las sistematizaciones cronológicas de la etapa histórica denominada “Edad del Bronce” dependiendo de las regiones geográficas que se investiguen, aunque esa coincidencia se echa más en falta en lo que atañe al “Bronce Final”, y sus bases metodológicas.

Nos encontramos por tanto ante un campo de estudio, aunque parezca extraño, aún en formación y necesitado, a nuestro parecer, de nuevos impulsos y vías de investigación. Unido a ello se echa en falta una sistematización cronológica coherente y actualizada tanto de las etapas finales de la “Edad del Bronce” como de la “I Edad del Hierro” para el marco espacial escogido.

En clara relación con lo expuesto, también creemos que los avances que se han producido en la última década en la investigación, tanto referidos a planteamientos teóricos, metodológicos, como los relativos al aumento cuantitativo y cualitativo de la

---

<sup>48</sup> 1989; en especial las páginas 458-477.

documentación arqueológica y análisis de fuentes justifican una revisión y puesta al día del tema.

De ahí nuestra intención de contextualizar tanto la documentación como nuestro análisis primero en ámbitos geográficos reducidos y coherentes, las “*micro-regiones*”, para posteriormente abordar un estudio más general centrado en la “*Región nuclear*” de nuestra investigación.

Somos conscientes de que para entender una etapa histórica debemos abordar también tanto la etapa que le precede como aquella que le sigue. Es por ello, que contextualizaremos la documentación con la que contamos tanto en los momentos objeto de nuestro estudio como con el conocimiento de la documentación cronológicamente posterior.

A pesar de existir varias propuestas de periodización específica para nuestra “*Región nuclear*”, que comentaremos más adelante, hemos tomado esta tarea como propia y en nuestro análisis ofreceremos una “periodización marco” para la cual creemos que hoy en día hay documentación suficiente.

Como veremos posteriormente en el capítulo 6<sup>49</sup>, en la actualidad se observa un vacío investigador de estas etapas históricas en el marco espacial escogido que contribuye a justificar aún más la intención última e interés de nuestro trabajo de Doctorado.

Desde hace algunas décadas la investigación histórica, principalmente en los as-

pectos centrados en la Arqueología, se encuentra ante un gran problema: las cronologías y dataciones cruzadas, y en muchas ocasiones contradictorias, como resultado del empleo sincrónico y sin discriminación de análisis radiométricos calibrados junto a las cronologías y dataciones calculadas de forma “tradicional” por paralelos formales y tipológicos.

Asimismo, la utilización de la dendrocronología y otros métodos analíticos contribuye, más que a simplificar y solucionar, a complicar aún más el panorama de las dataciones arqueológicas.

Las dataciones radiométricas calibradas están subiendo las cronologías de los yacimientos en las que se cuenta con ellas; el problema es interrelacionarlas con otros yacimientos que no cuentan con ellas y que en muchas ocasiones no podrán contar con ellas por tratarse de excavaciones antiguas, por desinterés o por restricciones económicas.

Lógicamente apreciamos grandes diferencias cuando tomamos unas cronologías “tradicionales” y las comparamos con cronologías calibradas de C14, que elevan muy sensiblemente las dataciones.

A ello se une el problema de las dataciones radiométricas calibradas que se aceptan para fechar los yacimientos, ya que no se suele explicitar por qué se discriminan unas dataciones frente a otras, y se ha caído en nuestro país en el exceso de elevar las cronologías sin aportar en todos los casos el criterio metodológico y científico empleado para ello, lo que crea bastante confusión y conclusiones muy dispares dependiendo de quien investigue.

<sup>49</sup> Capítulo “Estado de la cuestión”.

El margen de error de la calibración empleado, en general se aporta la calibración a  $1\sigma$  ó  $2\sigma$ , sigue estando supeditada a la propia interpretación o interés del investigador.

Así, un importante número de las fechas radiocarbónicas siguen siendo publicadas sin especificar si pertenecen a muestras de “vida larga” o “vida corta”, sin el intervalo cronológico y sin la calibración empleada. Todo ello genera grandes problemas a la hora de emplearlas y confiamos en que se empiece a instaurar una política consensuada entre los investigadores para solucionar todas esas deficiencias.

La solución de futuro que se antoja más plausible, y que no es para nada novedosa pero consideramos que debe ser aplicada con mayor rigor, es la de “ajustar” las dataciones de los yacimientos que no cuentan con análisis radiocarbónicos a las de aquellos yacimientos que sí las tienen por paralelismos tipológicos y formales de los artefactos recuperados. Y no soslayar los problemas que ésto crea al documentar importantes “desfases” entre ciertos tipos u objetos arqueológicos y las dataciones radiométricas asociados a ellos.

Varias posibles soluciones han sido propuestas por Jover Maestre y López Padilla en lo que llaman “el necesario reencuentro con la estratigrafía”<sup>50</sup>.

Hemos de comentar que, como problema añadido a nuestra investigación para las etapas que nosotros estudiaremos aquí, no contamos con dataciones radiométricas

calibradas para nuestra zona; sigue siendo una tarea pendiente que desde aquí queremos reivindicar.

De hecho, creemos que sería conveniente de cara al futuro incluir entre las tareas exigidas a los equipos de excavación que actuasen en todo yacimiento la recogida obligatoria de muestras con las necesarias garantías para poder realizar estudios radiométricos cuando fuese posible<sup>51</sup>.

Tal y como venimos comentando, los aspectos cronológicos de nuestro trabajo estarán sujetos o supeditados a periodizaciones convencionalmente aceptadas dentro de la investigación de la Prehistoria Reciente y Protohistoria peninsulares pero individualizadas para nuestra “Región Nuclear” a partir de la documentación con la que contamos y otras propuestas anteriores meritorias pero basadas principalmente en tipologías más que en interpretaciones socio-culturales.

### *El “Bronce Final”*

El “Bronce Final” es el nombre genérico que empleamos en la investigación peninsular para referirnos, durante las últimas

<sup>50</sup> 2011: 218 y ss. Magnífico trabajo que recomendamos encarecidamente.

<sup>51</sup> Depositadas en los museos correspondientes junto con la Memoria de excavación y los materiales recuperados. Deberían acompañarse esas muestras del contexto arqueológico y del tipo de muestra: “de vida larga” o “de vida corta”; siendo preferible, tal y como proponen Jover Maestre y López Padilla, “muestras singulares de vida corta procedentes de unidades estratigráficas fiables, con problemas tafonómicos perfectamente identificados y asociadas a conjuntos estructurales y, de ser posible, a materiales significativos a los que se pueda extrapolar la fechación obtenida” (2011: 219).

décadas, al período histórico comprendido *grosso modo* entre 1200-700 a.C., fechas sin calibrar<sup>52</sup>.

Estas fechas generales son únicamente orientativas, puesto que dependiendo de las zonas geográficas encontraremos variaciones sustanciales según nos fijemos en las periodizaciones singulares de cada investigador o equipo de investigación.

De cara a nuestro trabajo, en relación con las distintas zonas de nuestra “Región Nuclear”, tendremos en cuenta las cronologías meseteñas de “Cogotas I”, aquellas relacionadas directamente con el denominado “Bronce de La Mancha”<sup>53</sup>, las cronologías del Sureste peninsular, las cronologías aportadas para la Alta Andalucía, las del denominado “Bronce Valenciano” o del Levante, las relativas a los “Campos de Urnas” del Noreste y zonas levantinas septentrionales y, por último, las cronologías del SO. Peninsular y el llamado “Bronce Atlántico”<sup>54</sup>.

En el período histórico del “Bronce Final” las variantes culturales regionales son

muy acusadas, por lo que su estudio unitario resulta, cuando menos, problemático.

Del mismo modo, la fasificación de este período histórico es distinta según las consideraciones de cada equipo de investigación o investigador individual<sup>55</sup>.

De manera general, respecto a las dataciones cronológicas referidas al “Bronce Final” en nuestra zona de estudio y aledañas, encontramos posiciones variadas, que pasaremos a mencionar a continuación sin profundizar en sus argumentos, ya que esa tarea quedará para capítulos posteriores.

Fdez.-Posse y Martín Morales consideran que *“la Meseta Sur comparte una Edad del Bronce general a todo el cuadrante suroccidental en su sentido geográfico más amplio”*, aunque con una serie de *“peculiaridades”*<sup>56</sup>.

Otra opinión a tener en cuenta es la de Blasco Bosqued, quien afirmaba que *“en términos generales puede decirse que toda el área oriental de la submeseta sur queda dentro del ámbito cultural del Horizonte Cogotas I”*<sup>57</sup>, y, de hecho, la “Facies Cogotas I” vendría a coincidir con el Bronce Final en esta zona<sup>58</sup>.

<sup>52</sup> Posteriormente entraremos en profundidad en las dataciones y propuestas que llevan a considerar este marco cronológico como el que mejor se ajusta al desarrollo histórico de esta etapa.

<sup>53</sup> El “Bronce de La Mancha” englobaría territorios de la Meseta Sur como parte de la provincia de Toledo, parte de la provincia de Ciudad Real, parte de la provincia de Cuenca y parte de la provincia de Albacete. Esta denominación fue propuesta en la década de los ’80 del s. XX por Nieto y Sánchez Meseguer (1988), al considerarla más adecuada que la que se empleaba hasta esos momentos: “Cultura de las Motillas”, que, a su vez, había sido propuesta a mediados de la década anterior por Nájera y Molina (1977).

<sup>54</sup> Capítulo 7 de nuestro trabajo.

<sup>55</sup> Con sus respectivas terminologías, no siempre coincidentes.

<sup>56</sup> Fdez.-Posse y Martín Morales 2007: 109. Una idea similar ya fue propuesta con anterioridad (Fdez.-Miranda, Fdez.-Posse y Martín 1988: 297-298).

<sup>57</sup> 1986: 360; aunque pocas líneas después comenta que en Cuenca este “Horizonte” permanece prácticamente inédito, algo que coincide en general con el área de extensión del “Bronce de las Motillas”. Por tanto, en nuestra opinión, se trata de una afirmación bastante exagerada.

<sup>58</sup> Con una cronología de inicio en torno al s. XIII a.C. (Blasco Bosqued 1986: 366).



Castro Martínez y su equipo, en su trabajo de compilación y análisis de las dataciones radiocarbónicas centradas en la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y las Islas Baleares, datan la “Edad del Bronce” de la Meseta Sur en el intervalo 2550-1600 cal. ANE.

A continuación, únicamente especificado para unas pocas zonas peninsulares, identifican un “Bronce Tardío” con unas dataciones en torno al 1500-1300/1200 cal. ANE y un “Bronce Final” entre el 1200-900/850 cal. ANE.<sup>59</sup>

Almagro-Gorbea divide cronológicamente la Meseta Sur en cuatro períodos de forma general, que afectarían plenamente nuestra zona de estudio: “Bronce Antiguo”, “Bronce Medio”, “Bronce Reciente” y “Bronce Final”. El “Bronce Reciente” se caracterizaría por la discontinuidad y estaría muy mal definido por escasas cerámicas de Cogotas, mientras que en el “Bronce Final” aparecen enterramientos de incineración en urna que marcarían ya la transición a la Edad del Hierro en relación con el Sureste<sup>60</sup>.

La cronología aportada indica para la Meseta Sur un “Bronce Tardío” que se iniciaría hacia el 1500 cal. AC en las regiones donde se identifica una facies “Motillas”, prácticamente identificable con un “Bronce Final I” en aquellas zonas con destacada influencia de “Cogotas I”.

<sup>59</sup> 1996.

<sup>60</sup> 1997: 223. Llama la atención la terminología empleada, que será objeto de análisis y crítica en los capítulos pertinentes.

El “Bronce Final II” comprendería entre 1300-1000 cal. AC, al que seguiría un “Bronce Final III” (facies “Munera”) hasta aproximadamente el 750 cal AC<sup>61</sup>.

Varios años antes, en un trabajo junto a Ruiz Zapatero, situaron el “Bronce Final” en el intervalo cronológico 1200-700 a.C., fechas sin calibrar, diferenciando en él tres fases distintas pero no bien definidas cronológicamente<sup>62</sup>.

Mederos Ruiz ofrece de manera general unas fechas centradas en las etapas finales de la Prehistoria Reciente que englobarían el intervalo 1325-925 cal. AC. (Fases IIA-IIIB de su propuesta cronológica)<sup>63</sup>.

En general, para la zona de Castilla-La Mancha, principalmente su zona meridional, en la que se incluye nuestra zona de estudio, se suele aceptar una cronología para el “Bronce Tardío” (donde se pueda documentar o haya sido propuesta su existencia) y/o “Bronce Final” entre el 1400-750 a.C., fechas no todas ellas calibradas<sup>64</sup>.

<sup>61</sup> Almagro-Gorbea 1997: 226.

<sup>62</sup> Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero 1992: 471 fig.3.

<sup>63</sup> Mederos Ruiz 1997: 76; *id.* 2008: 39 y ss.; *id.* 2009: 235 y ss.

<sup>64</sup> Almagro-Gorbea 1997; Blasco Bosqued 1992 (esta investigadora relacionaba cronológicamente los que ella llamaba “Bronce Tardío” y “Bronce Final” de la zona con el “Horizonte Cogotas I”, ofreciendo unas cronologías entre mediados del II Milenio, etapa de formación, y finales del s. VIII a.C.; investigaciones más recientes descartan una perduración tan tardía para el final de “Cogotas I” –*vide infra*–); *ead.* 1993: pero en esta publicación incluye únicamente la Meseta Norte para esas cronologías, afirmando que el “círculo cultural de ‘Cogotas I’ abarca la mayor parte de la cuenca del Duero y la vertiente norte de la del Tajo, aunque es posible que, futuras investigaciones, nos obliguen a replantear esta extensión a medida que los trabajos de campo en la región manchega permitan identi-

Así, en algunas zonas encontraremos que el “Bronce Final” es la etapa histórica que sigue al “Bronce Pleno” o “Medio”<sup>65</sup>, mientras que en otras zonas, principalmente el Sureste de la Península Ibérica, parte del País Valenciano, entre el “Bronce Pleno” y el “Bronce Final” se ha venido identificando una etapa intermedia denominada “Bronce Tardío”<sup>66</sup>.

Como vemos, hay disparidad de propuestas entre los investigadores que han centrado su atención en las etapas finales de la “Edad del Bronce”, tanto a nivel terminológico como cronológico.

En nuestro trabajo trabajaremos tanto con fechas radiocarbónicas calibradas, como con aquellas no radiocarbónicas, explicitando siempre cuándo empleamos unas y otras y su problemática concreta.

---

ficar el Bronce Final de esa zona” (pág. 129). Vemos, por ello, que para la zona manchega no realiza ninguna aportación concreta. Otras opiniones que se alejan de esta posición son las del equipo de Fdez.-Miranda (Fdez.-Miranda *et alii* 1995: 312 y ss.), para quienes el “Bronce Pleno” no va más allá del 1500 cal. AC, y la del equipo de Nájera y Molina (Nájera *et alii* 2012: 155), quienes fijan el inicio del “Bronce Tardío” en el 1600 cal. AC. Hay que entender que la zona de Castilla-La Mancha incluye territorios en una gran extensión geográfica y resulta muy complicado ofrecer una visión homogénea de toda la región.

<sup>65</sup> Mesado Oliver lo denomina “Bronce Transición” (1999).

<sup>66</sup> Referida a los últimos momentos de la Cultura de “El Argar”, “Argar C” o “Argar Tardío” (Molina González 1978). Este “Bronce Tardío” fue propuesto para la zona del Sureste peninsular, aunque posteriormente ha sido extrapolado a otras zonas peninsulares (Mederos 1997: 73, con bibliografía de referencia). Este hecho se debe a que Schubart y Arteaga, que investigaron de forma específica este período histórico a partir de sus excavaciones en “Fuente Álamo” (Almería), consideraron que no se trataba de un “fenómeno de transformación cultural exclusivamente del Sudeste, sino (con) connotaciones diversas en el resto de la Península y el Continente” (1983: 62).

## La “I Edad del Hierro”

Observamos un mayor acuerdo en referencia a la cronología de la “I Edad del Hierro”, aunque tampoco absoluto, en particular referido a sus momentos iniciales.

La denominada “Edad del Hierro” es una etapa histórica que, según los argumentos más tradicionales, abarcaría buena parte del I Milenio a.C., desde el 750/700 a.C. hasta la época romana altoimperial, fechas sin calibrar<sup>67</sup>.

De forma general, en la Península Ibérica la “Edad del Hierro” ha sido subdividida en dos fases: la “I Edad del Hierro”, con una cronología que comprende aproximadamente el intervalo temporal 750-450 a.C., y la “II Edad del Hierro” desde el 450 a.C. hasta la romanización<sup>68</sup>. No obstante, estas cronologías están actualmente siendo revisadas, creemos que con muy buen criterio.

Así, varios investigadores optan por elevar la cronología de inicio de la “I Edad del Hierro” a causa de la cronología general para los contactos firmes e ininterrumpidos

---

<sup>67</sup> Algunos investigadores han preferido emplear la denominación de “Hierro Antiguo” frente a la de “I Edad del Hierro” (Aranegui Gascó 1985, siguiendo propuestas de Gil Mascarell, 1981).

<sup>68</sup> También encontramos en la investigación los términos “Hierro Antiguo” o “Hierro Inicial” y “Hierro Pleno”, en ocasiones utilizando terminologías mixtas (Martín Bravo 1995: 18; Blasco Bosqued, Carrión Santefé y Planas Garrido 1998: 249); del mismo modo hay investigaciones que subdividen el “Hierro Antiguo” en “Hierro Antiguo I”, “Hierro Antiguo II” y “Hierro Antiguo III” (García Alfonso 2000: 141).



de la presencia fenicia en la Península Ibérica<sup>69</sup>.

Al elevar la cronología de esta presencia hasta el s. IX cal. AC, parece evidente que hay que revisar al alza la cronología de la “I Edad del Hierro” según en qué zonas<sup>70</sup>.

Nuevamente debemos señalar que existen distintas propuestas cronológicas y periodizadoras para esta etapa en función de la región de la Península Ibérica en la que fijemos nuestra atención, aunque no es nuestra intención aquí entrar en esta problemática, ya que no muestran tanta disparidad como la que ya hemos tratado al referirnos a la “Edad del Bronce”.

Nosotros fijaremos nuestra atención en una de las zonas nucleares de la “Génesis” de la “Cultura Ibérica”: el sureste de la Submeseta Sur, principalmente el territorio administrativo de la actual provincia de Albacete.

Esta es una zona donde la “Cultura Ibérica” se desarrolla temprana y sincrónicamente a otras zonas como la Alta Andalucía, el Sureste y la zona centro-meridional del País Valenciano.

Al hablar de “Cultura Ibérica” referida a nuestra “Región Nuclear” es necesario señalar que nos encontramos ante un proceso cultural dialéctico y muy activo donde intercatúan múltiples factores que desembo-

carán en una cultura particular e individualizada pero con elementos comunes con las situadas en sus inmediaciones, lo que nos lleva a incluirla en esa “amalgama” que se conoce en la investigación como “Cultura Ibérica” pero que engloba tanto etnias como posos culturales muy variados, con un claro aire de “familiaridad” en muchos de ellos, que encontramos aparentemente “uniformizados” por el hecho de encontrarlas claramente imbricadas en el propio desarrollo del Mundo Mediterráneo de la “I Edad del Hierro”.

A continuación abordaremos los distintos problemas de base de la investigación, tales como la terminología y la cronología.

A lo largo de la “I Edad del Hierro” encontramos variadas propuestas de periodizaciones cronológicas propias para cada zona de investigación; en general, para el área de desarrollo de la “Cultura Ibérica” como generalidad convencionalmente aceptada, con sus diferentes etnias y variabilidades culturales de una región a otra, podemos observar que es lo considerado “ibérico” el elemento que sirve de elemento periodizador.

Así, las periodizaciones contendrán términos como “Preibérico”, “Protoibérico”<sup>71</sup>, “Ibérico Antiguo” o “Ibérico I”, “Ibérico Pleno”, “Ibérico Tardío” o “Íbero-romano”, etc.<sup>72</sup>

<sup>69</sup> Remitimos a lo expuesto anteriormente en este mismo capítulo. No entraremos aquí en el debate respecto a la denominada “Etapa precolonial” o de “contactos precoloniales”, que por otra parte consideramos claramente demostrada, por encontrarse fuera de nuestros objetivos.

<sup>70</sup> Aunque hay investigadores que están en desacuerdo con elevar esas cronologías; no existe un consenso claro.

<sup>71</sup> En ocasiones subdividido en tres subfases: “Protoibérico 1”, “Protoibérico 2” y “Protoibérico 3” (Aranegui 1981).

<sup>72</sup> Una visión general en relación con nuestra zona de estudio en Blánquez Pérez 1990a: 78 y ss. y Soria Combadiera 2000: 549 y ss.; También existen otras propuestas, como las de García y Munilla (1991) o Ruiz y Molinos

Es generalmente aceptada una periodización en la cual encontraríamos una etapa “Preibérica” (700-575 a.C.)<sup>73</sup>, seguida de un “Ibérico Antiguo” (575-450 a.C.), un “Ibérico Pleno” (450-237 a.C.) y una “Baja Época” o “Ibérico Final” (237-50 a.C.)<sup>74</sup>.

La problemática terminológica respecto a las distintas periodizaciones para el denominado “momento preibérico” en Andalucía Oriental, Levante y el Sureste ya fue tratada por Blánquez Pérez, y aún a día de hoy tal problemática no puede considerarse zanjada<sup>75</sup>.

Al igual que para el “Bronce Final”, las variantes culturales regionales son muy acusadas, por lo que su estudio unitario resulta, asimismo, problemático.

En primer lugar, esta elección de marco cronológico que realizamos vino influenciada por nuestro interés investigador de profundizar en un período histórico, tan problemático como apasionante, de importantes contactos y dinámicas culturales en todo el Mediterráneo como es el denominado “Período Orientalizante”, de gran reper-

cusión en buena parte de la Península Ibérica.

En la investigación protohistórica peninsular, prácticamente se ha tratado de identificar el “Período” o los distintos “Períodos Orientalizantes” regionales con los momentos de inicio de la “I Edad del Hierro” en cada una de esas zonas para las que se ha propuesto su existencia<sup>76</sup>.

Es cierto que en la investigación se ha caído en un exceso en cuanto al empleo del término “Orientalizante”; de hecho, creemos que se ha convertido en un “cajón de sastre” que ayuda a contextualizar documentación y materiales arqueológicos “incómodos” o para evitar un arduo proceso de interpretación de ellos.

Pese a que los contactos entre orillas del Mediterráneo hunden sus raíces en unas cronologías relacionadas con la propia difusión de la especie humana por este ámbito geográfico, es en este preciso momento histórico, la “I Edad del Hierro”, en el que la Península Ibérica entra con arrolladora e inigualable fuerza en las interacciones económicas, sociales y políticas con las demás comunidades de los confines de ese mar articulador del desarrollo cultural de las mismas y tantas veces denominado “crisol de Culturas”.

Engloba, en parte, los primeros momentos de un complejo proceso de “cristalización” de interacciones/interrelaciones en-

(1993), entre otras. Una recopilación actualizada en Garcés Estallo (1999) y Gracia y Munilla (2004).

<sup>73</sup> En esta etapa se desarrollaría la “Fase Orientalizante” en aquellos territorios donde se ha propuesto su existencia.

<sup>74</sup> A partir de la multitud de propuestas formuladas podemos considerar que esta periodización es la que cuenta con más apoyos. Una breve y somera visión historiográfica, así como una bibliografía comentada en Ruiz 2008: 753-754 y 839-844.

<sup>75</sup> 1990a: 78 y ss. No obstante, este investigador tampoco llegó a aportar en ninguno de sus trabajos una periodización explícita para el sureste de la Submeseta Sur, nuestra zona de estudio; Blánquez Pérez se ha acogido en sus investigaciones a la periodización general más aceptada que ya hemos visto anteriormente.

<sup>76</sup> No estimamos necesario incluir aquí la abundantísima bibliografía relativa a la discusión en torno al “Período” o “Períodos Orientalizantes” en nuestra Península Ibérica. En la bibliografía general al final de nuestro trabajo queda perfectamente plasmada toda ella y, por eso mismo, a ella remitimos.

tre múltiples corrientes culturales y étnicas, cristalización que abarcará de forma general el primer milenio antes de nuestra Era<sup>77</sup>.

Nuestro estudio incluirá, por tanto, algo más de la mitad de ese proceso, aunque discutiremos la existencia de un “Período Orientalizante” en nuestra “Región Nuclear”, ya que no consideramos que las evidencias contribuyan a individualizar su existencia dentro del desarrollo cultural de las comunidades protohistóricas del sureste de la Submeseta Sur de la “I Edad del Hierro”<sup>78</sup>.

Este interés se plasmó en primer lugar en nuestra propia Memoria de Licenciatura<sup>79</sup>, que supuso nuestra primera aproximación al tema.

### **Breve historiografía de las periodizaciones “marco” para nuestra “Región nuclear”**

Pasando a mencionar, de forma somera por el momento, las periodizaciones aportadas por investigadores que nos han precedido, podemos comenzar por mencionar a D. Joaquín Sánchez Jiménez, quien de forma merecida ha recibido el título de “padre de la arqueología albacetense”<sup>80</sup>.

---

<sup>77</sup> Almagro-Gorbea 2005b: sin paginar.

<sup>78</sup> *Vide infra*.

<sup>79</sup> Prieto Vilas 2000a.

<sup>80</sup> Sanz Gamio 1980: 176.

Este investigador no llegó a establecer una periodización histórica general de la provincia de Albacete.

No obstante, de sus publicaciones podemos extraer ciertas consideraciones cronológicas coincidentes en su mayoría con las teorías mayoritarias en su tiempo.

Así, respecto a la Edad del Bronce, Sánchez Jiménez consideraba que en la provincia de Albacete se dio durante el “bronce mediterráneo segundo en su fase algaríense” un tipo local, producto de evolución aislada, de la “Cultura del Algar”<sup>81</sup>. Esta variedad local de la “Cultura del Algar” tendría un desarrollo desde el “Bronce Mediterráneo II” hasta la “II Edad del Hierro”<sup>82</sup>.

Es de suponer, por tanto, que es a partir de la “II Edad del Hierro” cuando, en opinión de este investigador, se desarrollaría la “Cultura Ibérica” hasta época romana.

Manuel Fernández-Miranda y su grupo de investigación abordaron, tal y como ya hemos visto, una interesantísima labor de dataciones radiocarbónicas en varios yacimientos de nuestra “Región nuclear” centrados en la “Edad del Bronce”. No obstante, en sus investigaciones no logran identificar apenas yacimientos de cronologías posteriores al “Bronce Pleno”.

---

<sup>81</sup> Esa denominación de “El Algar”, empleada indistintamente junto a la de “El Argar”, mayoritariamente aceptada, era común en la investigación en nuestro país a mediados del s. XX (Cuadrado Díaz 1950; Tarradell 1950; Ponsell 1952).

<sup>82</sup> Sánchez Jiménez 1948: 73-79. El “Bronce II”, tal y como se estableció en el Congreso Arqueológico Nacional de Almería de 1949, venía a coincidir con los considerados Bronce Antiguo y Medio o “Bronce Argárico” (±2000-1200 a.C., fechas sin calibrar)[Maluquer de Motes 1949: 191; Almagro-Gorbea 1997: 217].

Esto es así, puesto que partir de sus trabajos prospectivos podemos interpretar que, metodológicamente, eran únicamente las primeras etapas de la Edad del Bronce, que denominan “Bronce de La Mancha”<sup>83</sup>, las que realmente pretendían estudiar, frente a etapas cronológicamente posteriores tales como “Bronce Tardío”/“Bronce Final” que consideran desligadas del “Bronce de La Mancha”<sup>84</sup>, en especial por afirmaciones como: *“nuestra búsqueda se limitaba a lugares parecidos a emplazamientos ya conocidos del Bronce Clásico”*<sup>85</sup> o *“[...] esas localizaciones pertenecen al Bronce Tardío o Bronce Final y carecen de la visibilidad en superficie de las morras y poblados del Bronce de La Mancha”*<sup>86</sup>.

Así, concluyen que con su metodología de trabajo documentaron “un total de 272 yacimientos con materiales y estructuras características del período cronológico entre el 2250 y 1500 A.C., calibrados”<sup>87</sup>.

Los integrantes del equipo investigador dirigido por Fernández-Miranda, con posterioridad al 1500 A.C. llegan a hablar indistintamente de “Bronce Tardío” o “Bronce

Final”, por lo que es de suponer que consideraran sinónimos ambos términos<sup>88</sup>. No obstante, no aportan cronologías para los momentos finales de la Edad del Bronce<sup>89</sup>.

Sus trabajos carecen de explicitación clara de la sistematización cronológica empleada.

Más específicas, en cuanto al marco geográfico, sobre las etapas que nosotros trataremos, “Bronce Final” y “I Edad del Hierro”, encontramos una serie de propuestas que destacan por su escaso número:

Debemos nombrar en primer lugar los trabajos de López Precioso.

La periodización del “Bronce Final” establecida por este investigador será tomada como referencia, dado que es el único intento existente al respecto, aunque será convenientemente matizada y corregida en relación con los avances más recientes de la investigación<sup>90</sup>.

<sup>83</sup> “La Edad del Bronce de La Mancha ocupa el mismo intervalo temporal que la argárica o el Bronce Valenciano” y “se desarrolla entre el 2250 y el 1500 calBC” (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 14).

<sup>84</sup> Ya el propio término presenta una aguda problemática, tal y como analizaremos posteriormente en el capítulo 7 de nuestro trabajo.

<sup>85</sup> Fdez.-Posse, Gilman y Martín 2001: 134.

<sup>86</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 36, nota 16.

<sup>87</sup> Fdez.-Posse, Gilman y Martín 2001: 132. Más recientemente reducen el número a 267, al “eliminar cuatro de estos sitios y considerar otros dos como uno” (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 21 y nota 2).

<sup>88</sup> Fdez. Miranda, Fdez.-Posse, Gilman y Martín 1994: 270; Fdez.-Posse, Gilman y Martín 1996: 125.

<sup>89</sup> Lógico, por otro lado, al no incluir en las primeras etapas de su estudio ningún yacimiento con estas dataciones a excepción de “Los Castellones de Albatana”, más conocido posteriormente en la bibliografía como “El Castellón” frente a ese primer topónimo con el que fue bautizado el yacimiento por Jordán Montes con motivo de sus prospecciones (1981). Más recientemente han dado a conocer de manera muy somera, prácticamente a modo únicamente de mención, algunos otros yacimientos documentados por ese equipo durante sus tareas prospectivas que engloban en el “Bronce Final” y en el período “Orientalizante” pero sin explicitar, ilustrar o justificar sobradamente los argumentos que les llevan a esas identificaciones (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008).

<sup>90</sup> Su análisis pormenorizado lo realizaremos en capítulos posteriores.

Este investigador sitúa en torno al 1150/1100 a.C., fechas sin calibrar, el inicio del Bronce Final en la provincia de Albacete, “*Región nuclear*” de nuestro estudio, siendo la etapa inmediatamente posterior al “Bronce Pleno”<sup>91</sup>.

A partir de sus excavaciones en el poblado de “El Castellón” (Hellín, Albatana) estableció que entre las ocupaciones del “Bronce Pleno” y el “Bronce Final” existía un hiato temporal de unos doscientos años<sup>92</sup>.

La transición ininterrumpida entre ambos períodos aún a día de hoy no ha podido ser determinada con total seguridad para nuestra zona de estudio dada la escasez de excavaciones sistemáticas que han ofrecido información contextualizada, pero estudios recientes y la revisión de documentación de excavaciones antiguas pueden ayudarnos a cambiar esa concepción.

Siguiendo una estructuración deudora de la investigación más ortodoxa, divide esta etapa cronológica en tres fases: inicial, plena y final.

A partir de sus trabajos podemos deducir que él ofrece unas cronologías finales aproximativas para el período del “Bronce Pleno” en torno al 1100 a.C., sin llegar a proponer la existencia de un “Bronce Tardío” o etapa de transición<sup>93</sup>.

<sup>91</sup> López Precioso 1993: 66; *id.* 1994: 292. Este investigador toma como principal modelo de referencia la propuesta ya mencionada de Molina González para el sureste peninsular (1978).

<sup>92</sup> López Precioso 1993: 68.

<sup>93</sup> López Precioso 1994: 299 Cuadro 1. No obstante, en una publicación conjunta con Jordán Montes y Soria Comba-

Estos momentos finales responderían en su propia terminología a un “Bronce Pleno Avanzado”<sup>94</sup>.

Su sistematización cronológica es claramente deudora de la establecida para la zona del Sureste peninsular por Fernando Molina González y, por ello justamente, presenta una serie de problemas que nosotros abordaremos aquí<sup>95</sup>.

No obstante, no aporta datación final clara para este período histórico, aunque de sus trabajos se puede extraer la conclusión de un inicio de la I Edad del Hierro en torno al 750/700 a.C.<sup>96</sup>

Ningún otro investigador ha centrado sus investigaciones en el período histórico del “Bronce Final” de nuestra “*Región nuclear*” de forma específica.

Vemos, por ello, lo necesitada que está la investigación de un trabajo como el nuestro.

Esta discusión más ampliada la abordaremos en el capítulo correspondiente<sup>97</sup>.

---

diera encontramos lo siguiente mención respecto al yacimiento de “El Castellón”: “[...]se aprovechan los restos de una muralla ciclópea, aunque aquí las excavaciones realizadas [...] han constatado que pertenecen al Bronce Tardío/Final” (1992: 54).

<sup>94</sup> López Precioso 1993: 66; *id.* 1994: 292.

<sup>95</sup> Como la problemática respecto a la existencia/ausencia de un hiato y/o continuidad entre el denominado “Bronce Pleno Avanzado” y el “Bronce Final Inicial” y que, recientemente, la propuesta de Molina ha elevado sus cronologías de forma acorde a la documentación y dataciones radiométricas con las que contamos actualmente.

<sup>96</sup> López Precioso 1993; *id.* 1994; *id.* 1995; López Precioso y Jordán Montes 1996; Zarzalejos Prieto y López Precioso 2005.

<sup>97</sup> Capítulo 8 de nuestro trabajo.

Si nos centramos en las propuestas de periodizaciones para la “I Edad del Hierro” específicas para nuestra “*Región nuclear*” consideramos que adolecen, a nuestro juicio, de “vaguedad” en sus presupuestos y poca “explicitación” en sus conclusiones.

Respecto a los estudios referidos a la Cultura Ibérica, cuya génesis entra de lleno en esa “I Edad del Hierro” consideramos que ocurre algo similar.

Podríamos comenzar con el trabajo de Almagro-Gorbea, referido de manera general a la Cultura Ibérica en “las zonas orientales de la Meseta”<sup>98</sup>.

Su propuesta, que muestra ciertas y serias incongruencias, será tratada más ampliamente en nuestros capítulos 8 y siguientes pero aquí adelantamos que Almagro-Gorbea dató el “horizonte teórico de iberización” en esa zona en torno a mediados del s. VI a.C.

Su fasificación se basó en las estratigrafías de dos yacimientos albacetenses de primer orden: el poblado de “El Macalón” (Nerpio) y la necrópolis de “Pozo Moro” (Chinchilla de Montearagón).

Más recientemente, Blánquez Pérez no se remonta tampoco más allá de mediados del s. VI a.C. al considerar este momento el del inicio de la Cultura Ibérica en el sureste de la Meseta Sur. De hecho, las fases anteriores a ese momento en yacimientos que él sí reestudia no han contado con su interés, por lo que, en nuestra opinión, ese “inicio” de la Cultura Ibérica queda falto de argumentos de peso al no investigar ni los pre-

cedentes ni las causas del proceso histórico de la génesis de la Cultura Ibérica en esta zona<sup>99</sup>.

Un investigador tan solvente como López Precioso emplea, sin embargo, una periodización que podríamos considerar “estándar” al situar el inicio de la I Edad del Hierro en el 700 a.C. sin explicitar los argumentos que le llevan a ello<sup>100</sup>.

Otros trabajos más recientes, como los de Soria Combadiera, adolecen, según creemos, del mismo problema. O bien se trata únicamente de aportaciones puntuales referidas a objetos de cultura material<sup>101</sup> o no se explicitan los presupuestos cronológicos sobre los que se trabaja<sup>102</sup>.

En su Tesis Doctoral, respecto a la etapa histórica que nos interesa, ofreció una fasificación en “Horizonte Ibérico Antiguo” (mediados s. VI-mediados s. V a.C.) y “Horizonte Ibérico Pleno” (mediados s. V-inicios s. II a.C.)<sup>103</sup>.

Un aspecto fundamental y resaltado por esta investigadora es el hecho de que “la transición del Bronce Final al Hierro I en estas tierras se presenta, hoy por hoy, extremadamente fragmentario por insuficiencias del registro informativo, como ya se ha

<sup>98</sup> 1976-78.

<sup>99</sup> Este investigador reconoce en repetidas ocasiones la base “orientalizante” de la Cultura Ibérica (1990a: 431-432, 439; 1993: 112; 1995c: 244), pero, sin embargo, no ha llegado nunca a prestarles, en nuestra opinión la suficiente atención.

<sup>100</sup> López Precioso 1997.

<sup>101</sup> Mata Parreño y Soria Combadiera 2001-2002.

<sup>102</sup> Soria Combadiera 2002 y 2007.

<sup>103</sup> 2000: 569 y ss.



mencionado, y heterogéneo a partir de las investigaciones realizadas”<sup>104</sup>.

Pero, curiosamente, el único trabajo que ofrece una fasificación de la “I Edad del Hierro” y, además, una fasificación centrada en la “Cultura Ibérica”, como tal, es la realizada conjuntamente por López Precioso, Jordán Montes y Soria Combadiera aunque estos investigadores la centran principalmente en la zona de la Comarca del “Campo de Hellín”<sup>105</sup>.

En su trabajo observamos que dividen la “Edad del Hierro” en tres fases: “Hierro Inicial”, “Hierro Pleno” y “Hierro Tardío”, con cronologías no especificadas<sup>106</sup>.

En relación con la “Cultura Ibérica” de la zona ellos aportan una fasificación en cuatro períodos:

-Desde mediados del s. VII a.C. hasta mediados del s. VI a.C.: Período “Protoibérico”.

-Desde mediados del s. VI a.C. hasta mediados del s. V a.C.: Período “Ibérico Antiguo”.

-Desde mediados del s. V a.C. hasta “las guerras entre púnicos y romanos”: Período “Ibérico Pleno”.

<sup>104</sup> 2000: 76.

<sup>105</sup> 1992. En su publicación remiten a una obra de López Precioso que trataría el ámbito provincial en su conjunto, pero nos tememos que tal obra nunca ha llegado a ver la luz, o, al menos, a nosotros no nos ha resultado posible localizarla y consultarla.

<sup>106</sup> Por el cuadro publicado nos parece que el “Hierro Inicial” iría *grosso modo* del 700 al 500 a.C., el “Hierro Pleno” del 500 al 200 a.C. y el “Hierro Tardío” a continuación (1992: 52 Cuadro 1).

-El último período, entendemos que hasta la Romanización: “Ibérico Tardío”.

Por todo lo visto hasta el momento, consideramos que la zona del Sureste de la Submeseta Sur necesita una sistematización cronológica centrada en la documentación procedente de sus comarcas y específica para los períodos históricos del “Bronce Final” y la “I Edad del Hierro”.

Es por ello, que en este estudio hemos optado por emplear una clasificación cronológica referida únicamente a nuestra “zona nuclear” de estudio en función de la documentación actual con la que contamos, aunque en el futuro debería ser matizada prácticamente para cada una de las comarcas propuestas.

Es decir, expondremos comparaciones cronológicas con otras zonas culturales anejas tales como el sureste, la Alta Andalucía y el Levante, pero no nos basaremos en ninguna de las periodizaciones ya existentes referidas a estos territorios, que en general ha sido el procedimiento de quienes nos han precedido.

Por suerte, gracias a sus trabajos y aportaciones, así como al nuestro propio contamos con suficientes argumentos como para avanzar en esta dirección sistematizadora cronológica.

A modo de conclusión: explicitación del marco cronológico

La “Edad del Bronce” resulta difícil de fasificar en sus etapas inicial y plena, ya que no apreciamos rupturas, ni poblacionales ni de otros tipos, que sean suficientemente acusadas como para diferenciarlas. De ma-

nera preliminar, podemos datar *grosso modo* la “Edad del Bronce” en sus momentos inicial y pleno para nuestra “Región Nuclear” en el marco cronológico *ca.* 2500/2400-1350 cal. AC<sup>107</sup>.

Una vez revisadas las evidencias arqueológicas con las que contamos, nosotros individualizaremos la existencia de un “Bronce Tardío” en nuestra “Región Nuclear” con inicio en torno al 1350/1300 cal. AC y su final, fijado de manera provisional, hacia el 1100 cal. AC.

A continuación encontramos un “Bronce Final”, cuyas fases resulta muy difícil determinar pero que abarcaría hasta aproximadamente el 800/750 cal. AC. Entonces se iniciaría la “I Edad del Hierro”.

Por toda la documentación analizada pensamos que es conveniente contemplar una “disolución” de los elementos culturales paradigmáticos del “Bronce Pleno” a lo largo de la segunda mitad del s. XV cal. ANE y primera mitad del s. XIV cal. ANE.

A partir de ese momento observamos el mantenimiento de algunos de aquellos elementos en consonancia con otros que responden a otros estímulos y podríamos hablar de una nueva fase dentro del período de la “Edad del Bronce”.

Por tanto, el que nosotros denominaremos “Bronce Tardío” (*ca.* s. XIV-1100 cal. AC) para nuestra “Región Nuclear” lo consideramos un período histórico que surge de la etapa de plenitud de la “Edad del Bronce”

sin solución de continuidad pero que presenta aspectos novedosos que aconsejan establecer una división cronológica entre estos períodos y que, siguiendo unos procesos culturales que podemos llegar a definir en su mayor parte, desembocará en un “Bronce Final” (*ca.* 1100-750 cal. AC) de complicada fasificación interna, que cambia mayoritariamente los patrones poblacionales precedentes, y es reflejo por ello de cambios sociales y económicos.

Tras el “Bronce Final” podemos individualizar la “I Edad del Hierro” (*ca.* 750-450 cal. AC), deudora de aquellos mismos procesos junto a la interacción profunda con la cada vez más pujante presencia colonial, fenicia y griega principalmente, en nuestra Península.

Esa “I Edad del Hierro” la fasificaremos preliminarmente en “Hierro Antiguo” (*ca.* 750-650 a.C.), “Protoibérico” (650-550 a.C.) e “Ibérico Antiguo” (550-450 a.C.).

Todo ésto lo vemos en clara relación con las dinámicas culturales de nuestra Península Ibérica y del Mediterráneo en general para esos momentos cronológicos.

Es nuestra intención aportar una solución y un replanteamiento a todo lo expuesto hasta el momento, incluso proponiendo una nueva “fasificación” de la Prehistoria Reciente en la zona.

Para ello remitimos a los capítulos 8 y 9 de nuestro trabajo, donde ampliaremos el análisis historiográfico y documental así como expondremos nuestros argumentos y conclusiones.

<sup>107</sup> Esta fasificación es acorde con otras propuestas realizadas previamente para otras zonas peninsulares por otros investigadores como Ruiz Gálvez (1998) y Lull *et alii* (2014).



## 5. ASPECTOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS



## 5. ASPECTOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS APLICADOS EN EL ESTUDIO

85

*“Hay quienes han convertido en propia ciencia el difamar las ciencias; si bien no creen dedicarse a lo que yo digo, sino hacer una demostración pública de su saber personal. Pero a mí el llegar a descubrir algo de lo desconocido, cualquier cosa que resulte de mayor provecho inventada que ignorada, me parece que es afán y tarea propios de la inteligencia, e igualmente, el realizar hasta su conclusión lo que estaba hecho a medias. En cambio, el empeñarse en desprestigiar con palabras maliciosas lo hallado por otros con un método científico, sin corregir nada, sino difamando los descubrimientos de los entendidos ante los ignorantes, no me parece afán y tarea de la inteligencia, sino, más bien, maledicencia natural o torpeza”*

(Hipócrates, “sobre la Ciencia Médica”, I; *Tratados hipocráticos*)

En pos de la propia coherencia interna de nuestro trabajo y de la “*honradez científica*”<sup>1</sup> del mismo, procederemos a definir la orientación teórica de nuestro pensamiento/planteamiento y explicitar los postulados de éste. Alguien podría pensar que este ejercicio de autoanálisis o toma de conciencia está de más, pues el propio desarrollo de nuestro estudio y sus conclusiones ya darán cumplida cuenta de la/s tendencia/s historiográficas con las que, como historiadores, nos identificamos. Podríamos acudir para este caso a una cita de E.H. Carr:

*“Se conoce al historiador por las causas que invoca”<sup>2</sup>.*

Sin embargo, a nuestro juicio, estas reflexiones previas, aunque evidentes, deben ser abordadas de forma explícita ya que son las que, en última instancia, dan máximo valor a las aportaciones que hemos incluido en nuestro discurso. En otras palabras, las conclusiones deben ser valoradas dentro del marco teórico y metodológico que han permitido el análisis del cual son resultado. Este marco teórico-metodológico es el que permite la proposición de estas conclusiones.

Así, los planteamientos teóricos y la metodología empleados en el estudio y análisis son el sólido cimiento para el posterior constructo de hipótesis y conclusiones propuestas. El posicionamiento teórico ayudará a *enfocar* y desarrollar la investigación y dará coherencia a las hipótesis y los resultados. Del mismo modo, junto a su vertiente favorable, no se debe olvidar y debe llevarnos a la prudencia el hecho de que la *perspectiva teórica* y los instrumentos de análisis empleados también pueden hacer

<sup>1</sup> Tomamos aquí el sentido de las palabras de H.-I. Marrou (1999: 195).

<sup>2</sup> Carr 1991[1967]: 121.

desembocar la investigación en situaciones aparentemente infructíferas<sup>3</sup> e incluso erróneas, sin necesidad de achacar a las limitaciones de la evidencia documental (arqueológica, textual, epigráfica, numismática,...) el problema del escaso progreso en hipótesis y conclusiones<sup>4</sup>. Es por ello que el armazón teórico y la metodología aplicada al análisis de la documentación tendrá una importancia capital desde el propio origen e inicio de la investigación.

Permítasenos, a modo de finalización de esta introducción al capítulo y como síntesis de la actitud que, a nuestro parecer, debe primar en la labor del historiador, reproducir unas palabras sobre las que llamó nuestra atención un investigador muy especial y muy cercano: Manuel Prieto Vilas. Él recogió al inicio de su propia Tesis Doctoral una cita de E. Flórez, historiador español del s. XVIII que reza como sigue:

*“No faltará quien repare, no sólo en lo que digo, sino en lo que no digo. En esto, que es gran falta, en aquello, que es sobra; y puede ser que se quieran propasar a la intención. Ni en lo uno ni en lo otro intento perjudicar a nadie. Propongo los fundamentos que descubro y que me parecen más dignos y eficaces para resolver. Si otro los da mejores, yo mismo firmaré su opinión, pues busco ingenuamente la verdad. En lo que omito, sólo doy a entender que, o no tuve presente tal especie, o si la tuve, no fue*

<sup>3</sup> “Que no es de utilidad ni provecho para el fin que se persigue” (*Diccionario esencial de la Lengua Española de la Real Academia Española*, Edit. Espasa Calpe, Madrid, 2006: 66).

<sup>4</sup> Martínez Navarrete 1988: 85.

*con la autoridad y firmeza que se pide para ofrecerla al público”<sup>5</sup>.*

## **Introducción a los aspectos teóricos**

Este apartado lo podríamos iniciar con una pregunta cuya respuesta será fundamental: ¿Es necesaria la Teoría para abordar un estudio histórico?. Aún más, ¿es necesaria la Teoría para abordar el estudio histórico que nos proponemos desarrollar?.

Lo cierto es que si observamos los estudios que nos han precedido centrados tanto en el marco espacial como cronológico que nosotros hemos seleccionado para nuestro propio análisis, deducimos que la mayor parte de ellos no especifican las bases teóricas desde las que se abordan<sup>6</sup>.

Del mismo modo, la inmensa mayoría de estos estudios han sido realizados por arqueólogos de formación, con lo que ninguno de ellos se aborda desde la perspectiva de “historiador”, que es la que nosotros aplicaremos.

El campo de la Protohistoria peninsular ha venido siendo por tradición una especie de “coto” de los prehistoriadores y arqueólogos, quienes han aplicado aspectos teóricos muy centrados en sus disciplinas.

A nuestro juicio es evidente que para aprovechar al máximo la documentación disponible respecto a las etapas históricas

<sup>5</sup> Flórez 1747: 4. Extracto tomado de M. Prieto Vilas 1994: 5.

<sup>6</sup> Ver el capítulo 6, relativo al “Estado de la cuestión”, tanto con los antecedentes como en el momento actual y su bibliografía relacionada.

que centran nuestra investigación necesitaremos una metodología de base, un método histórico. Tal y como señaló **G. Alföldy**:

*“Si entendemos por método científico un sistema de reglas y principios a los que nuestro pensamiento habrá de amoldarse en la búsqueda de nuevos conocimientos, resultará entonces que el método histórico no será otra cosa que aquel sistema de reglas y principios que nos posibilite, con ayuda de las fuentes<sup>7</sup>, comprender el hecho histórico, los hechos particulares, sus relaciones más simples y los entramados más complejos”<sup>8</sup>.*

Junto con la asunción de una metodología de base consideramos necesaria también su explicitación previamente a nuestro trabajo de análisis.

No obstante, en los últimos lustros han cobrado mucha estima una serie de posiciones teóricas muy dispares englobadas bajo el epígrafe general de **postmodernismo**; en ellas, desde una posición de cierto descreimiento teórico, se llega a justificar, en las más radicales, el empleo de aquellos planteamientos útiles procedan de donde procedan como base para el análisis científico, y por tanto, también para el estudio histórico. Ni siquiera sería necesario especificar por qué se toman unas posiciones frente a otras, e incluso utilizar aspectos metodológicos contrarios u opuestos siempre que lleven al investigador a sus conclusiones.

---

<sup>7</sup> Arqueológicas, epigráficas, numismáticas y literarias.

<sup>8</sup> 1983: 39 y ss.

Contradictoriamente, muchos historiadores que se han adherido a estas propuestas teóricas siguen presupuestos y comportamientos de unos procedimientos científicos “tradicionales”, en claro conflicto con las críticas que este tipo de procedimientos reciben desde las posiciones teóricas “postmodernas”.

Sin embargo, las concepciones “postmodernas” son mucho más antiguas, pudiendo considerar su origen a mediados del s. XX, como una reacción contra la denominada “Sociedad industrial” y el “racionalismo”.

El término “postmodernismo” tuvo un origen para tendencias artísticas, aunque posteriormente otras disciplinas sociales han ido adoptándolo y adaptándolo a sus propias necesidades o intereses.

No obstante, en numerosas ocasiones se ha señalado la incongruencia en el empleo de este término como contraposición a lo “Moderno”<sup>9</sup>, y la justificación de su uso “a falta por ahora de mejor nombre”<sup>10</sup>.

Las raíces de estas teorías se hunden en la filosofía “idealista” alemana, que tuvo un gran auge en el s. XIX. La inspiración última descansa en las obras de Nietzsche y Heidegger.

Uno de los máximos exponentes teóricos de estas corrientes en el s. XX fue el austriaco **Paul Feyerabend**, quien desde el ‘irracionalismo’ y ‘anarquismo filosófico’ acuñó la frase “*todo vale*”<sup>11</sup>, que ha tenido

---

<sup>9</sup> Díaz 2000: 16.

<sup>10</sup> Diéguez 2006: 177.

<sup>11</sup> *Anything goes*. 1981, 1984.

multitud de interpretaciones por parte de sus detractores y sus partidarios. En esta expresión muestra su opinión de que toda “Ciencia” es una utopía y que toda metodología es válida.

**Imre Lakatos** fue uno de los maestros de Feyerabend y una de las figuras más influyentes del “escepticismo” filosófico y del “falsacionismo metodológico”<sup>12</sup>. A pesar de unas bases filosóficas coincidentes las posiciones de ambos llegaron a enfrentarse de forma muy enconada<sup>13</sup>.

Pero desde el campo de la Filosofía de la Ciencia, sin lugar a dudas no podemos dejar de mencionar a **Karl Popper**<sup>14</sup>, cuyas teorías dejaron huella en Lakatos y, por ende, en Feyerabend y otros estudiosos posteriores.

Uno de los puntos de encuentro entre todos estos teóricos es el descreimiento en la infalibilidad de los presupuestos científicos. Es imposible la realización de una “Ciencia”, la “objetividad” es para ellos una “superchería” inalcanzable.

Para el estudio histórico tuvieron a finales del s. XX una gran repercusión una serie de artículos de **Francis Fukuyama**<sup>15</sup>, en los que se abogaba por considerar que el mundo liberal democrático occidental, con su sistema económico capitalista al frente, es el modelo triunfador de las formas de gobierno humano; es el modelo que se ha im-

puesto en el Mundo. Por tanto, este autor considera que con las democracias liberales del mundo occidental se llegaría al “Fin de la Historia” ideológica de la Humanidad.

En su opinión, este triunfo de la “idea occidental”, de momento, se ha dado únicamente en el campo de las “ideas”, pero sólo es cuestión de tiempo que se imponga también en el campo “material”. Llegado ese momento la Humanidad entraría en otro momento “posthistórico”.

Sus planteamientos nos presentan una visión tremendamente pesimista del futuro.

Fukuyama no se consideraba el “inventor” de la idea del “Fin de la Historia”, sino que la paternidad de la misma se la otorgó a Marx, quien la habría tomado de Hegel.

Los momentos actuales siguen poniendo de relieve cuán equivocados eran los argumentos de Fukuyama.

A pesar de no estar de acuerdo con los planteamientos básicos de las distintas teorías “postmodernas” debemos admitir que han ayudado como revulsivo a replantear los esquemas más asentados de la disciplina histórica y actualizarlos.

Los momentos actuales que nos ha tocado vivir muy recientemente ayudan a derruir los cimientos de su constructo ideológico, por otro lado, muy criticado y denostado al poco de ser propuesto, incluso por otros autores “postmodernos” como **Huntington**<sup>16</sup>.

No obstante, tanto Fukuyama como Huntington y otros muchos ensayistas

---

<sup>12</sup> Propuesto en origen por su maestro, Karl Popper (*vide infra*).

<sup>13</sup> 1993.

<sup>14</sup> 1995.

<sup>15</sup> 1990; *id.* 1993; *id.* 1994.

---

<sup>16</sup> 1997.

“postmodernos” emplean desde presupuestos distintos argumentos similares para justificar la primacía mundial de la Cultura Occidental. Desde aquí repetimos que los momentos actuales nos ayudan a ver lo tremendamente equivocados que están aquellos que defienden esa idea.

Otras figuras importantes de los planteamientos “postmodernos” son **Lyotard**<sup>17</sup>, **Derrida**<sup>18</sup> y **Foucault**<sup>19</sup>.

Uno de los principales “puntos flacos” de las corrientes “postmodernas”, desde nuestro punto de vista, es que presentan una falta de coherencia entre el planteamiento y la práctica.

Así, a pesar de que consideran que es el investigador quien “hace la Historia” y, por tanto, nunca podemos aspirar a conocer cómo fue la Historia con mayúsculas, quienes se adscriben a estas corrientes emplean en muchos casos metodología científica de base supuestamente objetiva.

Si no reconocen la objetividad, sino que toda “Historia” es subjetiva y dependiente de cada investigador, es absurdo investigar con medios científicos. Sin embargo, a pesar de su convicción de que no existen historias válidas se dedican a estudiar el pasado e interpretarlo.

Por nuestra parte, nosotros nos adscribimos a unos planteamientos teóricos que poco tienen que ver con aquellos “postmodernos”. Nosotros creemos firmemente en la posibilidad de realizar un estudio históri-

co con metodología científica, por medio de un método hipotético-deductivo.

Consideramos que el conocimiento producido de conformidad con los principios epistemológicos de la ciencia no tiene garantías de estar exento de sesgos, errores, falsedades, mentiras y fraudes subjetivos pero este tipo de conocimiento responde al mejor sistema de investigación descubierto hasta el momento para reducir esos sesgos, errores, falsedades, mentiras y fraudes subjetivos<sup>20</sup>.

El objeto básico que propondremos a nuestro método es lo que denominamos “Documento histórico”: objeto de cualquier tipo posible al que se atribuyen básicamente dos propiedades, la de provenir del *pasado* y la de ser *auténtico*<sup>21</sup>.

El conocimiento que poseemos de la documentación empleada junto con nuestros presupuestos teóricos nos permitirán plantear unas hipótesis de trabajo que trataremos de comprobar por medio de nuestros instrumentos metodológicos.

Sin embargo, debemos tener presente que los documentos históricos muestran, necesariamente, una visión parcial, subjetiva, del “hecho histórico”, aquello que sucedió.

Del mismo modo, la cantidad y calidad de los “documentos históricos” puede variar mucho respecto a unos “hechos históricos” y otros, en función de la conservación, destrucción, reelaboración, traducción, etc. de los documentos originales y la propia

<sup>17</sup> 1987.

<sup>18</sup> 1971; 1989.

<sup>19</sup> 1968; 1970.

<sup>20</sup> Harris 2004a: 157.

<sup>21</sup> J.C. Bermejo Barrera 1991; 10.

consideración de aquellos que nos han legado información al respecto sobre qué hechos eran más o menos importantes y, por tanto, más dignos de ser recogidos. Este primer tamiz subjetivo condicionará nuestro estudio.

También podemos considerar muy acertado el que “sólo grupos de documentos suministran elementos esenciales de homogeneidad y de duración de tiempo”<sup>22</sup>. Es decir, un estudio histórico cuando adquiere su mayor capacidad explicativa es cuando ha analizado suficiente cantidad de documentos como para ofrecer una “visión” amplia tanto de los hechos, con sus causas y consecuencias, como del marco temporal en el que esos hechos tienen lugar.

Sin embargo, esto no significa que prime el aspecto cuantitativo frente al cualitativo; se debe buscar un equilibrio entre ambos, pero primando la calidad frente a la cantidad.

Por otro lado, mostramos nuestro rechazo a las afirmaciones de posiciones “postmodernas” de que la “Historia” no existe, sino que es una creación de los historiadores y por, ello, hay tantas “Historias” como historiadores.

El armazón teórico será el que nos ofrezca unas reglas de análisis de esos documentos, permitiendo trabajarlos de la forma más objetiva posible, y se pueden desarrollar en dos formas diferentes: *a)* en forma normalizada y *b)* en forma no normalizada.

---

<sup>22</sup> Finley 1986: 73.

La controversia respecto a la naturaleza, utilidad y objetividad/subjetividad de los documentos históricos se remonta muy atrás en el tiempo. Podríamos comenzar mencionando la postura identificada como “**positivismo**” o “**Historicismo clásico**”, destacando entre sus principales figuras **Leopold Von Ranke, Mommsen y Burckhardt**.

Este “**Historicismo clásico**” surge en el marco de los valores políticos y sociales de una cultura burguesa.

Según esta postura de estudio, el documento histórico es una muestra del hecho histórico y, por tanto, el historiador debe mostrar una ausencia de subjetividad al afrontar su análisis, ya que sólo debe mostrar el hecho tal y como ocurrió sin entrar en juicios: el primer precepto es la rigurosa exposición del hecho.

Es, por ello, que uno de los más apasionados intereses de los investigadores “positivistas clásicos” fue el de “consignar correctamente los hechos” y “borrarse a sí mismos” en su presentación; esa sería la clave de una “Historia científica, objetiva”<sup>23</sup>

Asumida por los historicistas clásicos la inseparable simbiosis entre el arte literario y la veracidad, el historiador debe cuidar la expresión de sus exposiciones. Se busca un lenguaje muy cuidado, siguiendo unos criterios literarios, algo perfectamente apreciable en el hecho de que Mommsen recibiera el premio Nobel de Literatura en 1902<sup>24</sup>. Lógicamente, el lenguaje literario

---

<sup>23</sup> Finley 1986: 77.

<sup>24</sup> Iggers 1998: 25.



afectará de forma clara a la supuesta “exposición rigurosa” del hecho.

Es innegable el rasgo de aparente “inocencia” que implica tal base analítica; sin embargo, siempre existe la subjetividad en la labor del historiador, bien sea de forma consciente o inconsciente; desde el mismo momento en que seleccionamos unos hechos sobre otros o enfatizamos unos frente a otros estamos actuando de forma subjetiva. En palabras de Hegel:

*“El historiador medio cree él también que es puramente receptivo, que se entrega al dato; pero no es pasivo con respecto a su pensamiento, sino que hace intervenir sus categorías y ve el dato a través de ellas”<sup>25</sup>*

Del mismo modo, la documentación del historiador ya ha pasado, en ocasiones, por el tamiz subjetivo de aquellos que nos han legado información sobre los hechos históricos.

Por ello, justamente, es imprescindible contar con un método que nos permita aproximarnos a la documentación con garantías de no caer en una subjetividad excesiva.

A modo de resumen, podemos decir que el positivismo pregonaba, y aún hoy en día continúa haciéndolo, un carácter objetivo de los datos; los datos hablan por sí mismos. Sin embargo, en la práctica demuestra la utopía de su planteamiento.

La propia y, en apariencia, inofensivamente objetiva clasificación cronológica/funcional/... de artefactos/objetos en función de características como “mayor simpleza o tosquedad”, “con o sin decoración”,... primando unas sobre otras conlleva aplicar razonamientos subjetivos propios del investigador.

Así, se le da mayor valor a los objetos ricamente decorados o mejor elaborados y se considera, de forma anacrónica y claramente subjetiva, que ocurría de igual forma en la valoración que de esos objetos tenían los individuos de la Antigüedad.

El positivismo ha recibido innumerables críticas ya desde el mismo momento en que podemos considerar que se establece como corriente de pensamiento y de estudio histórico.

A nuestro modo de ver, sin lugar a dudas, el planteamiento filosófico que más ha aportado al estudio histórico, especialmente del s. XX, ha sido el **marxismo** con sus aportaciones al análisis histórico por medio de la formulación del “materialismo histórico”.

Podemos considerar que fue el intento más serio de creación de un método histórico para el estudio del pasado. No obstante, las formulaciones originales del marxismo clásico han sido recurrentemente revisadas y buena parte de estas revisiones han aportado novedosos y valiosos instrumentos teóricos y metodológicos para el análisis histórico.

De hecho se ha llegado a afirmar que no existió una teoría consistente del “materialismo histórico” dentro del marxismo clásico y que el propio Marx, en su etapa teórica “madura”, negó haber formulado una “filo-

<sup>25</sup> Citado por H.I. Marrou (1999: 14 nota 13).

sofía de la Historia” en la forma de tal “materialismo histórico”<sup>26</sup>.

En el “Materialismo histórico”, a pesar de reconocer la subjetividad del historiador a la hora de abordar el análisis de los “documentos históricos” y cierto carácter subjetivo en ellos, se considera que es posible adquirir un conocimiento “objetivo” del pasado a través del empleo de la metodología de investigación.

A esta corriente historiográfica es a la que nosotros nos adherimos y cuyas bases teórico-metodológicas aplicaremos para nuestro análisis.

Más recientemente, las distintas corrientes “postmodernas” también han tratado el tema de la objetividad/subjetividad del documento histórico. En sus opiniones prima la consideración totalmente subjetiva de todos los documentos históricos. No existe una única “Historia”, sino que cada historiador aporta la suya propia. La “Historia” es, por tanto, un constructo, no una realidad aprehensible. Respecto a esto último, mostramos desde aquí nuestro desacuerdo: la “Historia”, con mayúsculas, es una. Es global. Los historiadores nos aproximamos a ella estudiando parcelas que ayuden a reconstruir esa totalidad, pero eso no la convierte en un “constructo” o invención de los investigadores.

### ***Enfoques teóricos básicos del estudio***

---

<sup>26</sup> Royo Hernández 2002: 5.

En primer lugar debemos abordar de forma breve la figura del “historiador”. Como punto inicial nos encontramos ante tres cuestiones básicas:

¿Qué es un historiador?

¿Qué significa ser historiador?.

¿Quién es historiador?.

De forma simple podemos definirnos como historiadores aquellos investigadores que, dentro de una disciplina y comunidad académicas regidas por unos principios convencionalmente aceptados, abordamos ciertas parcelas concretas del conocimiento del pasado, presente y futuro de las sociedades humanas.

Para ello, necesariamente hemos de emplear un método, que se localiza en el seno de unos principios teóricos de base.

La figura del Historiador de la Antigüedad incluye distintas facetas tanto personales– somos individuos sociales con nuestras respectivas posiciones políticas e ideológicas, religiosas, etc. – como profesionales– labores de investigación, arqueólogos pertenecientes a una comunidad profesional especializada en una disciplina, etc.– .

Lógicamente todas ellas tendrán una influencia en nuestro análisis.

Para nosotros, ser historiador significa aproximarnos, conocer y comprender al Ser Humano mediante la observación, análisis y estudio de los restos que sus distintas comunidades nos han ido legando, bien de forma consciente y premeditada o bien inconscientemente y, a veces, en contra de su intención. Como hemos expuesto en nuestra primera definición, para ser historiador, desde nuestro punto de vista, es imprescin-

dible la investigación: el historiador es, a su vez, un investigador.

El tercer punto es problemático. El estudio del pasado puede ser realizado por cualquier persona, pero no por ello, ni siquiera por emplear un método histórico de análisis, a todas ellas se las puede considerar “historiador”.

Como en cualquier otra disciplina, es necesario cumplir una serie de requisitos. No por ello negamos que personas provenientes de otros ámbitos o disciplinas puedan llegar a adquirir tal consideración, pero ello sólo será así cuando lleguen a cumplir, sino la totalidad, sí la mayoría de los requisitos comentados, fijados previamente en el seno de la comunidad de la disciplina.

Entre estos requisitos debemos mencionar la adquisición de los conocimientos básicos imprescindibles relacionados con la disciplina: una base o instrucción conceptual y de contenidos.

Lógicamente, esta base condiciona el “discurso” o exposición de las hipótesis y conclusiones de la investigación. La forma del discurso nunca es libre ni arbitraria<sup>27</sup>.

Éste es uno de los principales “puntos flacos” de las “Teorías de la Ciencia” “post-modernas”. Critican la forma “tradicional” de hacer “ciencia”, pero ellos mismos también se adscriben a una serie de “discursos” de sus disciplinas que son clarísimamente “subjetivos”.

Como ya hemos mencionado, para realizar una labor de análisis histórico es nece-

sario contar con un método que lo posibilite y nos ayude a ello.

El simplista método comparativo, muy propio del positivismo pero que aún sigue presente incluso en trabajos actuales supestamente alejados de esa corriente investigadora, si no se acompaña de otros instrumentos de análisis carece de interés para el desarrollo del conocimiento histórico salvo el de herramienta recopilatoria de documentos y objetos.

Ya el propio “positivismo”, consciente de que los “documentos históricos” cuentan en muchas ocasiones con una patente carga subjetiva, hizo especial hincapié en la crítica filológica, un examen crítico de las fuentes, pero los aspectos arqueológicos aún estaban en un estado incipiente y éstos fueron uno de sus “talones de Aquiles”.

Evidentemente, consideramos que el método aplicado en el estudio condiciona el curso de la investigación.

Creemos en una importancia crucial de la dialéctica entre “Teoría” y “Método”. Hay que saber distinguir entre el plan, las cuestiones previas a las que queremos buscar respuestas (“Teoría”) y las herramientas, el utillaje que emplearemos para llevar ese plan a buen término (“Metodología”).

En muchas ocasiones se confunden, dando lugar a planteamientos basados exclusivamente en Metodología pero sin una base teórica que sustente la investigación. La consecuencia de estos métodos de investigación es la incoherencia y la indeterminación de sus resultados.

Así, dentro de la historiografía dedicada a los estudios históricos, principalmente aquellos deudores de ciertas posiciones “postmodernas”, observamos múltiples

<sup>27</sup> Finley 1986: 93.

puntos de vista y propuestas metodológicas que, sin embargo, carecen de base teórica; no explicitan el plan de sus investigaciones, las cuestiones previas, sino que se centran en la metodología.

En otras ocasiones, por el contrario, desde posiciones “postmodernas” se fomenta el desarrollo teórico descuidando de forma flagrante el aspecto metodológico.

Sin lugar a dudas, muchos de esos trabajos son de enorme interés como toque de atención para la comunidad de historiadores y como aportaciones de nuevas herramientas para el análisis histórico pero por lo demás se mueven en terrenos muy resbaladizos al no presentar un armazón teórico que justifique el empleo de unos métodos frente a otros<sup>28</sup>; en otras palabras, son métodos de búsqueda y de análisis pero sus aportaciones teóricas son prácticamente nulas.

Respecto al armazón Teórico que aplicaremos en nuestro estudio, el “Materialismo Histórico”, toma como base, como cimientos, los denominados *modos de producción*, es decir, las relaciones sociales entre los individuos; esta corriente filosófica posibilitó un estudio más complejo y completo de los procesos históricos al incluir aspectos que nadie había tenido en cuenta hasta su formulación. Frente a una “Historia” de corte político se comenzó a dar mayor importancia a los aspectos económicos y su dialéctica con los aspectos simbólico-ideacionales. Se rompió con la idea imperante hasta entonces de que la “Historia”

humana debía estudiarse en base a los *Modos de subsistencia*<sup>29</sup>.

Debemos destacar que desde su formulación han ido surgiendo numerosas escuelas en su seno, incluso con enormes contradicciones entre ellas y con los propios presupuestos básicos de la teoría propuesta por Marx y Engels. Sus aplicaciones han sido múltiples en el terreno de la Arqueología, dentro de las corrientes teóricas de la denominada “Nueva Arqueología Procesualista”, que incluye distintas vertientes: Arqueología de la Muerte, Arqueología Cognitiva, Arqueología de la Arquitectura, etc.

En el análisis que realizaremos de la documentación arqueológica aplicaremos métodos de todas estas vertientes mencionadas<sup>30</sup>.

Como arqueólogos de formación y en la práctica, a la hora de abordar el estudio de la documentación arqueológica existente, imprescindible para el estudio de las etapas históricas que nos ocupan, muchas de las aportaciones realizadas por arqueólogos de estas distintas vertientes serán tenidas en cuenta y se reflejarán en nuestro análisis y conclusiones.

Tal y como manifestamos antes, nuestra posición investigadora es muy deudora del materialismo histórico, lo cual, por otro lado no resulta extraño ya que tiene enorme peso la innegable influencia de la formación recibida por nosotros durante la carrera.

<sup>28</sup> J. Fontana 1999 [1982]: 264 y ss.

<sup>29</sup> J. Fontana 1999 [1982]: 143 y ss.

<sup>30</sup> Varias de estas aplicaciones son apreciables en algunas de nuestras publicaciones, a las que desde aquí remitimos (Prieto Vilas 2000, 2002 y 2003).

En este aspecto, nuestro trabajo se encuadra perfectamente dentro de las líneas de investigación presentes en el Dpto. al que hemos estado ligados académicamente estos últimos años.

Las críticas más radicales contra el “marxismo” y el “materialismo histórico” han venido por parte de las posiciones “postmodernas”, entre otras, y principalmente, las de la escuela “popperiana” y afines. Para éstas, el “marxismo” es una “falsa ciencia”, una “pseudociencia”, ya que no acepta la especificación de aquellos hechos que permitirían refutarlo y, por ello, no respeta uno de los principios fundamentales de los procesos científicos<sup>31</sup>.

Respecto al “postmodernismo”, como ya mencionamos previamente, son varias las tendencias englobadas bajo este único término.

En sus posicionamientos más radicales se niega todo “cientifismo”. Con esta tendencia, por ello, se cae en un “idealismo” poco coherente con la propia labor del historiador; en aquellos casos en los que se afirma que el pasado se reduce a un constructo de los historiadores, como en ocasiones han defendido diversos investigadores postprocesuales, resulta absurda la investigación. ¿Por qué investigar, por tanto, si en realidad lo que estamos creando es ciencia-ficción?; de este modo nos encontramos ante una flagrante incoherencia entre la Teoría y la práctica.

La utilidad del toque de atención “post-moderno” es evidente en cuanto a la aportación de nuevas herramientas de análisis y

crítica de la documentación y principios teóricos pero en el fondo adolecen de incongruencia entre sus presupuestos y sus fines.

Los estudios históricos que podemos considerar “clásicos” o “tradicionales” han sido considerados, en ocasiones de manera un tanto peyorativa, como pertenecientes a la “Historia socio-económica” o a la “Macrohistoria” – En opinión de sus detractores se trata de un enrrocamiento del historiador dentro de los ámbitos académicos, con unos discursos excesivamente crípticos para los profanos – ; por ello, para estos críticos, quienes siguen estos planteamientos “tradicionales” hacen de la “Historia” una disciplina pesada y aburrida.

Como reacción a este supuesto anquilosamiento de la “Historia”, podríamos mencionar la propuesta de la denominada “Historia Narrativa”, que desde posiciones claramente deudoras de las corrientes “post-modernas” trata de volver a relacionar la Historia con la Literatura, el Arte, etc. En pocas palabras, hacerla más amena para las personas profanas.

Curiosamente, en ello se aproxima, tal y como veíamos anteriormente, a posiciones del “Historicismo clásico”, del “positivismo”.

En nuestra opinión encontramos un punto débil más que evidente: descargarla de aquellos aspectos que se consideren de forma subjetiva por parte del historiador “pesados” o “aburridos”; pero, ¿cuáles son tales aspectos?. Aplicando consideraciones subjetivas del historiador caemos en el riesgo de adulterarla o edulcorarla obviando aspectos importantes pero poco “atractivos” para nuestro discurso. Resulta evidente que su utilidad y funcionalidad pue-

<sup>31</sup> Lakatos 1993: 12; Paramio 1993: 551.

den ser atractivas para la enseñanza pero no tanto para la investigación.

Nuestro interés es aproximarnos a las personas que vivieron, convivieron y murieron en el pasado desde una visión social. Lo que nos importa es el análisis e interpretación de la documentación disponible con el fin de saber y aprehender sus comportamientos culturales e individuales, sus estructuras y relaciones sociales, sus estrategias subsistenciales, sus inquietudes artísticas, en definitiva, el conjunto de sus vivencias y sus creencias.

Evidentemente, nuestra aproximación, como se deduce del tema principal, a una Cultura y sus procesos de génesis, de los ámbitos geográficos y de los cronológicos, va a ser de tipo principalmente generalista, es decir desde un punto de vista “macroscópico”, aunque sin evitar entrar en aspectos más centrados en detalles concretos o de tipo “micro”, que son los que permitirán “enfocar” mejor todo el esquema general.

Se perseguirá un conocimiento de los procesos históricos que desencadenan la aparición de la denominada “Cultura Ibérica”, por tanto es un estudio de los “plazos largos”, aunque sometidos a periodizaciones que nos permitan abordarlos. Nos preocuparemos tanto del “largo plazo” como del “corto plazo”, pero teniendo presente que el estudio y conocimiento de los procesos culturales “puede oscurecerse si se observa la retroalimentación entre los componentes simbólico-ideacionales, estructurales e infraestructurales sólo a corto plazo”<sup>32</sup>.

---

<sup>32</sup> Harris 2004a: 148.

El “materialismo histórico” nos parece una teoría plenamente válida para centrar nuestro análisis de los documentos históricos; somos conscientes también de la existencia en su formulación y desarrollo de evidentes lagunas y errores pero a pesar de ellos consideramos que sigue aportando elementos muy válidos para emitir juicios históricos bien fundamentados.

No obviaremos muchos de sus problemas originales, señalados previamente por muchos de sus críticos. No obstante, debemos señalar que muchos de estos problemas son achacables a la formulación clásica y más apegada al marxismo, y en cierto modo no son inherentes a buena parte de los cimientos teóricos y metodológicos del análisis histórico materialista reformado actualmente existente, a cuyas corrientes nos adherimos.

A pesar de todas las críticas negativas, aplicables principalmente a la formulación original por parte de Marx y Engels, el materialismo histórico sigue teniendo, en nuestra opinión, plena validez como base del análisis histórico.

Ésto es así porque, tanto desde planteamientos contrarios al materialismo como otros favorables a él, se han realizado críticas y modificaciones que han permitido una evolución en sus planteamientos ajustándolos de forma más “realista” al propio desarrollo de la sociedad actual.

Cualquier posicionamiento debe ser entendido dentro del contexto económico, social e histórico en el que éste se desarrolla; por ello, el materialismo histórico clásico es fruto de las condiciones económicas, sociales y políticas de finales del s. XX existentes en Europa, principalmente en su parte occidental. Resulta excesivamente sim-



plista y ahistórico juzgarlo fuera de ese contexto.

Somos de la opinión, tal y como expresó Korsch, de que los conceptos marxistas no fueron pensados como ataduras dogmáticas, ni como condiciones puestas a priori que tengan que ser cumplidas en determinado orden por la investigación que quiera presentarse como materialista, sino como una orientación enteramente para la investigación y la acción<sup>33</sup>.

Con el tiempo se han ido abandonando o matizando aspectos tales como el tan criticado “determinismo de la infraestructura”, sustituyéndolo por la “primacía de la infraestructura”<sup>34</sup>, la formulación clásica del término “ideología”, su carácter teleológico, etc.

Podemos considerar que el “Materialismo Histórico” se ha ido descargando de su base marxista clásica y ha ido adquiriendo una mayor riqueza en sus cimientos teóricos y metodológicos.

Un autor como Thompson, desde unos presupuestos marxistas, es claro ejemplo del revisionismo de los mismos. Así, en un claro enfrentamiento con otros historiógrafos marxistas más “tradicionales” llega a afirmar que se debe distinguir “entre el

marxismo como sistema cerrado y una tradición, procedente de Marx, de investigación y críticas abiertas. La primera se sitúa en la tradición de la Teología. La segunda es una tradición de la razón activa”, la cual “se libera de la idea verdaderamente escolástica de que los problemas de nuestro tiempo (y las experiencias de nuestro siglo) pudieran comprenderse mediante el análisis riguroso de un texto publicado hace ciento veinte años”<sup>35</sup>.

El hecho es que se puede plantear una pregunta fundamental en el caso del abandono de muchos postulados, algunos incluso fundamentos, de la teoría marxista clásica:

*“¿Le queda algo al marxismo después de despojarlo de fabulaciones teóricas como la depauperización implacable del proletariado, el desarrollo de la conciencia de la clase obrera, la subordinación de los intereses de género y etnia a la unidad de la clase, el triunfo inevitable del proletariado, las naturalezas incompatibles de capitalismo y comunismo y la certeza dialéctica de que el comunismo ha de sustituir al capitalismo?”<sup>36</sup>*

La respuesta nos la ofrece a continuación este mismo investigador:

*“ Sí, sin lugar a dudas, pues subsiste el hecho de que el principio de primacía de la infraestructura es una versión derivada, aunque sustancialmente modi-*

<sup>33</sup> 2004[1975]: 197-198.

<sup>34</sup> No obstante, esta primacía sigue respondiendo a un cierto “determinismo”. La “primacía de la infraestructura” permite otorgar importancia y valor a los elementos simbólico-ideacionales (comúnmente denominados en términos materialistas “superestructura”) como aspectos que influyen en los cambios socio-culturales, así como reconocer una gran importancia a las actuaciones humanas conscientes. Se enriquece, de este modo, la dialéctica entre base económica y sistemas simbólico-ideacionales.

<sup>35</sup> Citado en Iggers 1998: 77.

<sup>36</sup> Harris 2004a: 186-187.

*ficada, de una parte fundamental del dogma marxista clásico?”<sup>37</sup>*

Nos mostramos de acuerdo con aquellas opiniones de que la crisis del marxismo no merma la credibilidad de los enfoques materialistas en general y que el reconocimiento de la primacía de la infraestructura no implica que se reste importancia a la actuación humana consciente, sino que meramente pone de relieve la trascendencia de contar con teorías sólidas sobre la historia que puedan guiar las opciones humanas conscientes<sup>38</sup>.

De hecho, si se negase la importante dialéctica recíproca entre base económica y sistema ideacional se estaría negando uno de los principales instrumentos de análisis del materialismo.

Las “anomalías” o “hechos imprevistos y discrepantes” de y con la Teoría marxista no las tomamos como elementos que la anulen en su totalidad, sino como elementos que ayudan a ajustar el armazón teórico propuesto en origen, de forma incompleta no lo olvidemos, por Marx y Engels.

En este aspecto, podríamos hacer mención a lo expuesto por Khun, quien considera que dentro de la investigación científica los investigadores nos adherimos de forma dogmática a un “paradigma” o marco teórico heredado. Cuando surgen “anomalías” que no pueden ser explicadas dentro del marco teórico, en lugar de abandonar éste, se recurre a hipótesis auxiliares para expli-

car tales anomalías o incluso se llega a ignorarlas<sup>39</sup>.

Ciertamente, parece que nuestro comportamiento sigue estas pautas. No obstante, actuamos así porque creemos que el método materialista de análisis histórico que aplicaremos ciertamente aporta luz y explicaciones a la mayoría de los temas tratados; no se trata en este caso de dogmatismo, sino de pragmatismo.

Además, nosotros disociamos nuestras bases teóricas y metodológicas materialistas de la estrategia política inherente al marxismo; esto es algo impensable y aberrante para los principios del marxismo clásico, en el cual la disociación entre teoría y práctica política es considerada propia del pensamiento burgués.

Sin embargo, pensamos que nuestro estudio del pasado, aunque lógicamente influido por nuestra subjetividad –nuestro contexto y sesgos político-morales – debe realizarse de tal manera que los descubrimientos queden en la mayor medida posible libres de ella, aunque eso no significa que la investigación científica deba (o pueda) efectuarse en un vacío político-moral<sup>40</sup>.

En relación con ello señalaremos que desde unas posiciones materialistas, aunque aceptando ligeras matizaciones de corrientes “postmodernas”, L. Paramio ha realizado, en nuestra opinión, una interesante apuesta por establecer y definir las bases del “Materialismo histórico” como “Programa de investigación”, es decir, el núcleo

---

<sup>37</sup> Harris 2004a: 187.

<sup>38</sup> Harris 2004a: 179 y 190.

---

<sup>39</sup> Khun 1994.

<sup>40</sup> Harris 2004a: 58.



de su capacidad “científica” disociándolo de su estrategia política<sup>41</sup>.

La propuesta de Paramio supone una ruptura con el carácter “teleológico” del materialismo del “marxismo clásico”, teleologismo que no compartimos.

Coincidimos en este aspecto con las ideas de Iggers, quien afirma que el estudio del pasado sirve para entender el presente pero nunca puede ser empleado para “predecir” el futuro, negando el principio de “teleología” de la investigación histórica adscrita a los principios marxistas más ortodoxos<sup>42</sup>.

Intentos parecidos ya fueron realizados anteriormente, recibiendo numerosas críticas por ello<sup>43</sup>.

Creemos que remontándonos al pasado, al estudiar las etapas protohistóricas, no es en absoluto necesario anteponer el principio de acción política, ni siquiera tenerlo presente, propio del “marxismo”.

Podemos recibir críticas por ello, somos conscientes, pero donde debemos demostrar la validez de nuestro planteamiento es en las conclusiones de nuestro trabajo y a ellas remitimos.

Como punto de partida ontológico básico consideramos que el “Pasado” es real,

---

<sup>41</sup> 1993. El concepto de “Programa de Investigación” fue establecido por I. Lakatos, como ya hemos visto un destacado teórico “Postmoderno” (1993).

<sup>42</sup> “La Historia no es una ciencia que pueda hacer afirmaciones exactas acerca del futuro, pero sí es una ciencia retrospectiva, que puede y debe intentar explicar el pasado para entenderlo” (1998: 115).

<sup>43</sup> J. Fontana 1999 [1982]: 140 y 141.

tuvo existencia material, de forma independiente a como cada uno de nosotros lo perciba. A este respecto nos adherimos al postulado del “Realismo ontológico” dentro de su corriente “crítica” o “reflexiva”<sup>44</sup>.

Es cierto que cada investigador se aproxima al pasado desde una posición siempre marcada en mayor o menor grado por aspectos subjetivos, lo cual determinará su interpretación, pero esto es ajeno a la existencia material del “Pasado”. El “Pasado” no es un constructo mental de los historiadores, el constructo mental son las visiones e interpretaciones que hacemos de él, pero siempre procurando una aproximación lo más objetiva posible<sup>45</sup>.

Luego cada investigador, cada historiador, debe responder de lo ajustado de su interpretación a la documentación existente y los hechos “objetivos”.

Un campo en el que el materialismo ha tenido una enorme influencia y que consideramos que es un excelente camino a seguir para aproximarnos a las sociedades históricas antiguas es la Antropología Cultural, dentro de la corriente materialista cultural, en buena parte heredera del marxismo pero que ha terminado por rechazar algunos de sus principios clásicos. Más explícitamente abordado para el análisis histórico, dentro de nuestro departamento e investigación en nuestro país, por **González Wagner**<sup>46</sup>, aunque desde una perspectiva materialista histórica y no cultural. La figu-

---

<sup>44</sup> Uriarte 2001: 20 y ss.

<sup>45</sup> Más que “objetividad” sería más correcto el término “imparcialidad” (Prost 2001: 285).

<sup>46</sup> 1991.

ra más reconocida y cuyos trabajos debemos considerar fundamentales son los de **Marvin Harris**<sup>47</sup>.

Harris es uno de los máximos defensores de la “Primacía de la infraestructura” materialista, según la cual “los rasgos infraestructurales, estructurales y simbólico-ideacionales son componentes igualmente necesarios de la vida social humana, pero estos factores no tienen una función simétrica al influir en la adopción o desaparición de las innovaciones socio-culturales. Las innovaciones que se producen en la infraestructura tienen grandes posibilidades de ser preservadas y propagadas si potencian la eficiencia productiva y reproductiva en determinadas condiciones ambientales, incluso aunque se dé una marcada incompatibilidad entre ellas y las relaciones y/o ideologías estructurales preexistentes. [...] En cambio, las innovaciones de naturaleza estructural o simbólico-ideacional serán probablemente descartadas si hay una incompatibilidad profunda entre ellas y la infraestructura”<sup>48</sup>.

A modo de conclusión, y a pesar de nuestro desacuerdo con buena parte de los postulados tanto “positivistas” como “Postmodernistas”, consideramos que un Historiador debe siempre huir de los dogmatismos; mantener su mente “abierta” a nuevos progresos y críticas que favorezcan y evalúen su trabajo. En palabras de Iggers:

*“La multiplicidad de estrategias de investigación y de perspectivas cognitivas*

---

<sup>47</sup> 1983, 1984, 1986, 2004a, 2004b.

<sup>48</sup> Harris 2004a: 179.

*a finales del siglo XX son una ganancia y han enriquecido nuestro acceso al mundo histórico.”*<sup>49</sup>

Nosotros no aspiramos a formular una serie de “Leyes generales” aplicables al conjunto de las sociedades humanas, ni siquiera a una única porción de ellas. Actualmente, y gracias a investigaciones como las que han aportado la “Teoría del Caos”, la “Geometría fractal de Mandelbrot” o la “Mecánica cuántica”, debemos ser conscientes de que no hay “Leyes supremas” que dirijan los comportamientos del Ser Humano ni de la Naturaleza, pero sí creemos posible establecer a partir del análisis y estudio histórico de las sociedades humanas una serie de “normas” y “pautas” sociales, con otra serie de “excepciones” y/o anomalías inherentes a ellas, que en grupos humanos concretos han condicionado el desarrollo cultural, que nunca debe ser considerado lineal de tipo teleológico, sino multiprobabilístico de acuerdo a una multiplicidad de factores que deben ser considerados en su contexto.

En todo caso, en nuestro trabajo lo que expondremos es una serie de “generalizaciones” que deberán ser corroboradas con el avance de la investigación.

Nuestro fin no es la predicción partiendo del estudio del pasado, sino la comprensión del mismo:

*“La Historia no es una ciencia que pueda hacer afirmaciones exactas acerca del futuro, pero sí es una ciencia re-*

---

<sup>49</sup> Iggers 1998: 112.

*tropectiva, que puede y debe intentar explicar el pasado para entenderlo”<sup>50</sup>*

### **Aspectos metodológicos: la terminología aplicada**

*“ESCIPIÓN.-Procuraré daros gusto en cuanto pueda y entraré en materia con aquella regla que creo ha de observarse en toda discusión, si se quiere evitar errores, es decir, explicar con precisión el sentido del nombre del objeto discutido, cuando este nombre está fijado ya. Sólo cuando haya acuerdo sobre este punto, puede entrarse en el argumento, porque nunca podrá entenderse cómo ha de ser aquello sobre que se disputa, si no se comprende antes lo que es.”<sup>51</sup>*

*“Ximena Dahm andaba muy nerviosa, porque aquella mañana iba a iniciar su vida en la escuela. Corriendo iba de un espejo al otro, por toda la casa; y en uno de esos ires y venires, tropezó con un bolso y cayó desparramada al piso. No lloró, pero se enojó:  
-¿Qué hace esta mierda acá?  
La madre educó:  
-Mijita, eso no se dice.  
Y Ximena, desde el piso, quiso saber:  
-¿Para qué existen, mamá, las palabras que no se dicen?”<sup>52</sup>*

Somos conscientes, y en este aspecto damos crédito a algunos toques de atención y críticas aportados por los planteamientos postmodernos relacionados con el “giro

lingüístico”<sup>53</sup>, que por otra parte no son nada novedosos al respecto, puesto que ya desde otras corrientes filosóficas e incluso el materialismo se ha dado gran importancia a la “convencionalidad” y gran importancia de la terminología<sup>54</sup>, de que el uso de los términos y del Lenguaje nunca es inocente.

Por ello consideramos fundamental aclarar previamente las motivaciones que nos han llevado a emplear unas denominaciones frente a otras posibles, aceptando o rechazando según nuestras necesidades aquellas ya conocidas dentro de la investigación referida al tema y las etapas históricas que aquí tratamos. Las implicaciones que esta labor conlleva, creemos que quedan claramente reflejadas en cada uno de los apartados de este trabajo y de forma más particular en las conclusiones del mismo.

En primer lugar nos consideramos obligados a explicitar los términos empleados en el propio título del trabajo. Comenzaremos por el término “**elite**”.

Hemos preferido emplear este término en una de las acepciones generales y bastante “neutra” que le da el sociólogo R. Aron: “la minoría que en una sociedad cualquiera ejerce las funciones directoras de la colectividad”.

---

<sup>53</sup> “Linguistic Turn”. Un excelente exposición y bibliografía relacionada en Iggers 1998: 96 y ss.

<sup>54</sup> Gramsci, dentro de las corrientes marxistas, realizó interesantes apreciaciones sobre el empleo “convencional” de la terminología: “la terminología es convencional y [...] siempre hay que remitirse a las fuentes culturales para identificar su valor exacto, ya que bajo una misma fórmula convencional se pueden encontrar contenidos diferentes.” (1999: 211 y ss., en especial el párrafo 207).

---

<sup>50</sup> Iggers 1998: 115.

<sup>51</sup> M.T. Cicerón, *Sobre la República*, I, 24.

<sup>52</sup> Galeano (2004: 21).

De este modo, por su generalidad, evitamos posibles connotaciones peyorativas y prejuiciosas asociadas a “elite” como grupo social cohesionado que desempeña de forma efectiva el control tanto político-social, como económico y religioso.

La definición del término “Elite” exigiría por sí sola una Tesis Doctoral, por lo que aquí nos centraremos sólo en explicitar el uso que nosotros le daremos<sup>55</sup>.

Del mismo modo, una definición tan general en su origen permite englobar en ella distintos tipos de “gobiernos políticos” de la sociedad, entendiendo como tales los diferentes tipos de organización política de la colectividad: el desempeño del liderazgo, bien sea éste del tipo “jefaturas simples”, “jefaturas avanzadas”, “Estado”, etc.

La “elite” como minoría social puede estar formada por grupos distintos, minorías dentro de una “inmensa” minoría, cuyos intereses pueden ser coincidentes o no. La disensión, la dialéctica, entre esos grupos puede llevar a cambios en el seno de la “elite” y del conjunto de la sociedad.

No obstante, como veremos cuando expliquemos nuestro uso y concepción del concepto “Ideología”, ésta aporta identidad y cohesión al grupo social. Es decir, los miembros de la “elite” se reconocen como

tales a pesar de los enfrentamientos entre grupos o personas dentro de esa minoría social; es su ideología lo que les da cohesión de grupo.

No somos de la opinión, por tanto, de que los miembros de la “elite” social de una comunidad siempre ejerzan efectivamente el control de forma unitaria e interrelacionada en todos los aspectos de la vida de la comunidad.

En un territorio tan amplio como el que nosotros tratamos de abarcar en nuestra investigación debemos contar con la existencia de diversos grupos sociales que denominaremos “elites”, que, a pesar de tener puntos identitarios en común, no mostraron una coherencia permanente ni en su propio seno comunitario más inmediato ni entre “elites” de territorios políticos diferentes.

Del mismo modo, esta definición permite mucho margen de acción para el análisis histórico puesto que es lo bastante general como para poder profundizar en ella por medio de diversas subdivisiones de ese grupo social.

Dentro de ese propio grupo minoritario también se desarrolla una “dialéctica” que determinará una mayor o menor coherencia interna en su desarrollo.

En este aspecto es donde la importante relación con las “ideologías” de cada grupo, con sus dialécticas internas y la preeminencia de unas sobre otras (ideología dominante e ideologías dominadas o contra-

---

<sup>55</sup> De hecho, a partir de los trabajos de Mosca (1984), Pareto (1987) y Michels (1983), de finales del s. XIX y principios del s. XX, se ha desarrollado el estudio de una “Teoría de las elites” con abundantes aportaciones y críticas de sociólogos, politólogos, antropólogos políticos, etc. posteriores. También desde posiciones materialistas se han realizado importantes propuestas al respecto y se ha aceptado y adoptado el término “elite” como término “convencional” para el estudio de ciertos grupos de las sociedades humanas.

ideologías) será de enorme importancia en nuestro análisis<sup>56</sup>.

En una comunidad conviene determinar si hay una “elite” como grupo único que se ve e identifica como tal, o varios grupos en el seno de la “elite” que interactúan (no tienen por qué ir unidas las funciones políticas con las económicas o religiosas y viceversa) entre los que se desarrolla una dialéctica de alianzas y enfrentamientos.

Emplearemos el término “grupo social” para referirnos a los distintos rangos jerárquicos existentes en el seno de las comunidades protohistóricas.

Ese término nos servirá para determinar hasta qué punto existía una conciencia de pertenencia de varios colectivos sociales a otro unitario de mayor entidad, una minoría que denominaremos “elite”, o si esos colectivos sociales configuraban unas dinámicas más flexibles de estructuración social en donde habría enfrentamientos y dialécticas entre cuerpos sociales de rango similar que, en función de las circunstancias económicas, políticas y sociales, provocarían variaciones en la estructura social.

Pretendemos partir de una terminología muy general para ir progresivamente matizándola y concretando sus principales características. Tratamos así de no caer en un “determinismo” apriorístico para, una vez realizado el análisis, ilustrar las principales características de los aspectos tratados desde una perspectiva bien documentada y contrastada.

---

<sup>56</sup> *Vide infra*.

Respecto al término “**formación**”, no debe tomarse en esta ocasión como el punto de inicio o primeros momentos de desarrollo de las elites sociales, en nuestra opinión ya existentes previamente, sino como parte de un largo proceso de diferenciación social iniciado con anterioridad y que continuará en etapas posteriores a las que abarca este estudio. Más bien nos encontraríamos con unas etapas de mayor ruptura de los elementos sociales igualitarios o de tendencia igualitaria.

El término “**transformación**”: implica cambio de algo ya existente previamente sin necesidad de que ese cambio sea brusco o radical.

Este término permite un estudio de largos períodos de desarrollo y evolución sin solución de continuidad así como de ruptura. Esta transformación se encuadra en uno o varios períodos de “crisis”<sup>57</sup>.

Podríamos relacionarlo con las propuestas de Kuhn sobre la sustitución de un “paradigma” por otro tras un proceso que engloba varios pasos<sup>58</sup>.

Partiendo de las bases de los planteamientos del materialismo histórico consideramos que las ideologías y los dogmas tradicionales poseen tintes conservadores. En opinión de Engels, la tradición es una gran fuerza retardadora, es la *vis inertiae* de la Historia.

---

<sup>57</sup> “Mutación importante en el desarrollo de otros procesos, ya de orden físico, ya históricos o espirituales” (*Diccionario Esencial de la Lengua Española de la Real Academia Española*, Edit. Espasa Calpe, Madrid, 2006: 429).

<sup>58</sup> Khun 1994: 128 y ss. Aunque en su caso se refiere al desarrollo científico.

La tradición explica en parte el retraso del desarrollo de las ideas en relación con las transformaciones de la base económica, y ejerce también una acción de freno a veces muy importante sobre el propio desarrollo económico<sup>59</sup>.

Es sobre estos aspectos ideológicos, relacionados intrínsecamente y de forma activamente recíproca con las bases económicas y productivas de las sociedades, sobre los que analizaremos las transformaciones paulatinas teniendo en cuenta que esas transformaciones no son necesariamente automáticas. Las transformaciones en las bases productivas no se ven reflejadas en los aspectos ideológicos de forma inmediata. Este proceso, en general suele acarrear cierto retraso, estas transformaciones son a muy largo plazo<sup>60</sup>.

Esa transformación ideológica mencionada en el título no se limitará exclusivamente a las “elites”, sino al conjunto de la comunidad, aunque en diferentes grados de repercusión. Por ello consideramos nuestro análisis del cuerpo social en su conjunto y no únicamente de una de sus partes, aunque ésta proporcione el mayor volumen de la documentación.

Como veremos a continuación, ésto es posible si consideramos la existencia de diferentes “ideologías”, unas dominantes y otras dominadas, o contra-ideologías.

Este mismo hecho nos permite enlazar con las connotaciones del término “**ideología**” que aplicaremos en nuestro estudio.

---

<sup>59</sup> Ngoc Vu 1978: 62-63.

<sup>60</sup> Engels, citado por Ngoc Vu (1978:178).

El debate en torno al término “ideología” es apasionante y cuenta con una amplísima tradición dentro de la investigación histórica.

Nosotros nos centraremos en la evolución discursiva sobre este término dentro de las corrientes materialistas.

El origen del término “ideología” cabe atribuírselo a **Destutt de Tracy**, quien en 1796 y en el marco de la Revolución Francesa intentó desarrollar una “Ciencia de las Ideas y su expresión”.

Sin embargo, no es hasta **Marx** que el estudio y desarrollo del concepto alcanza una importancia fundamental en los estudios históricos.

El concepto “Ideología” adquiere una clara connotación negativa en los presupuestos marxistas clásicos: la “ideología” sería una falsa conciencia que ocultaría la verdad propia de una sociedad de clases, permitiendo legitimar el poder de una clase dominante sobre una clase dominada.

Se asocian directamente, por tanto, las “ideologías” con las clases dominantes, quienes a través de esas falsas imágenes de la realidad legitiman la desigualdad.

Las corrientes marxistas del s. XX siguieron desarrollando el concepto y características del término “Ideología”, llegando a plantear profundas revisiones de la idea marxista clásica.

Una de las figuras más importantes de estas corrientes y que trató de forma muy específica este tema fue **Louis Althusser**<sup>61</sup>.

---

<sup>61</sup> 1988.



Althusser, junto al aspecto negativo que en el marxismo clásico se le atribuía al concepto “Ideología” incluyó también un aspecto positivo.

Este aspecto afirma que las ideologías tienen una existencia “material”. Ésto es así porque las “Ideologías” sólo existen y se desarrollan en el seno de “Aparatos Ideológicos” que prescriben prácticas materiales que llevan a cabo los sujetos en plena conciencia según su creencia y que están reguladas por rituales materiales.

Resultará fundamental para nuestro trabajo la propuesta de Althusser de que no existen únicamente ideologías atribuibles a las clases dominantes, sino que las clases dominadas también tienen sus propias ideologías para luchar contra aquellas.

Por tanto, las “Ideologías” nacen en el seno de las clases empeñadas en la lucha de clases, tanto por el lado de las clases dominantes como el de las clases dominadas.

Esta lucha entre “ideologías” y “contra-ideologías” tendría existencia “real”, “material”.

Esta precisión tiene gran calado, puesto que en la corriente marxista clásica los aspectos ideológicos eran únicamente una “falsa conciencia” o “enajenación” del sujeto social, mientras que Althusser considera que la “Ideología” es inherente al sujeto.

Las ideologías de las clases dominantes conformarán el “Aparato Ideológico del Estado”, contra el que lucharán las ideologías de las clases dominadas.

Ese “Aparato Ideológico del Estado” tiene como función principal la reproducción de las relaciones de producción, ya que éstas son favorables a la clase dominante

desde el momento que ésta ocupa la cúspide de las mismas.

De este modo, Althusser abrió la posibilidad a nuevas matizaciones, como las de **Van Dijk**<sup>62</sup>, para quien la “Ideología” es un cuerpo de ideas que aportan identidad y coherencia a un grupo social determinado.

Este cuerpo de ideas, dependiendo del grupo social que lo elabore, contribuirá a sostener o desestabilizar el sistema social y político vigente.

**“Tipología de yacimientos”**: respecto a la terminología tipológica empleada en la definición de los yacimientos incluidos en el estudio, para facilitar y agilizar la tarea de consulta hemos optado por subdividir los yacimientos en varios apartados, originalmente tres pero sin descartar posibles variaciones o adiciones en el futuro; de este modo, comenzaremos por aquellos casos que pueden ser incluidos dentro del apartado denominado **poblados**<sup>63</sup>. A continuación nos centraremos en los **(Lugares) Ámbitos funerarios**; hemos preferido esta denominación a la de *necrópolis*, que también emplearemos en los casos que consideramos adecuados, ya que este último término posee una serie de connotaciones que no necesariamente tienen por qué reflejar las características originales de los lugares destinados a los ritos funerarios de las comunidades pre y protohistóricas de la zona en estudio.

---

<sup>62</sup> 1999.

<sup>63</sup> Bajo esta denominación se incluyen varios tipos de yacimientos que serán explicitados en los capítulos 7 (“El poblamiento del sureste de la Meseta Sur y territorios anejos durante la Edad del Bronce: una visión general”) y 9 (“El poblamiento durante la I Edad del Hierro”).

Por último procederemos a estudiar los yacimientos o espacios dedicados mayoritariamente a funciones culturales, incluidos dentro de un apartado que denominaremos *(Lugares) Ámbitos culturales*, con la evidente problemática que implica su diferenciación de los demás tipos de yacimientos, en muchas ocasiones profundamente interrelacionados<sup>64</sup>.

La topografía será uno de los varios elementos que tendremos en cuenta para realizar una tipología de los poblados y sus interrelaciones. Sin embargo tenemos presente, tal y como ya señalaron otros investigadores, que este elemento, el topográfico, debe ser abordado con mucha cautela, puesto que la estrategia locacional de las comunidades humanas responde a una estrategia guiada por múltiples condicionantes y que contamos con una muestra sesgada por la propia documentación arqueológica que nos la aporta<sup>65</sup>.

### ***Trabajo de campo y de gabinete***

Resulta evidente que las principales fuentes con las que contamos son las arqueológicas pero no son las únicas.

Dentro del trabajo de campo, siempre que ha sido posible hemos visitado personalmente los yacimientos mencionados para contextualizarlos en su contorno y tener

una mejor apreciación de sus características.

Los aspectos tanto geográficos, topográficos, de aprovechamiento económico, etc. son de gran interés.

Asimismo, hemos visitado frecuentemente el Museo Provincial de Albacete y otros museos con interés para nuestro estudio con el fin de tomar contacto directo con las piezas y objetos conservados y catalogados en ellos.

También han resultado de gran interés los diarios de prospección y excavación y otras publicaciones conservadas en el Museo Provincial de Albacete así como las memorias de prospección y excavación depositadas en la Delegación de Educación y Cultura de Albacete.

Fuera de las fuentes arqueológicas será de gran importancia el análisis y crítica de las fuentes literarias. Los textos conservados de Estrabón, Heródoto, Diodoro, Livio, Apiano y un largo etcétera contarán con una notable función e importancia a lo largo de nuestro estudio. En relación con cada uno de ellos explicitaremos tanto su interés y aportaciones al tema como su problemática particular y general.

Las fuentes numismáticas también ayudarán a esclarecer problemas y plantear nuevas dudas que confiamos ir respondiendo con nuestras investigaciones futuras.

La epigrafía será otro campo documental al que recurriremos y será de señalada importancia para ciertos aspectos de nuestro trabajo.

<sup>64</sup> Lógicamente en los ámbitos funerarios también se realizaban actividades cúllicas, del mismo modo que en los poblados también habría espacios dedicados al culto, incluso dentro de las propias viviendas individualizadas.

<sup>65</sup> Adánez Pavón 1985: 81.

### ***Principales “objetos” de análisis***



*“Hemos de ser francos. Hay demasiados grandes hombres en el mundo; hay demasiados legisladores, organizadores, fundadores de sociedades, conductores de pueblos, padres de naciones, etc. Son demasiados los que se colocan sobre la humanidad para sujetarla, y los que no tienen más profesión que ocuparse de ella.”<sup>66</sup>*

*“Uno de los principales enfoques que se pueden utilizar para comprender cualquier institución o movimiento histórico es el estudio de sus élites dirigentes”, “[...] aunque la encuesta se limite a una reducida capa de la sociedad.”<sup>67</sup>*

Ésta ha sido una de las estrategias investigadoras que más ha primado en el Dpto. universitario en el que nos hemos formado y ha sido del mismo modo uno de los ejes de nuestra propia investigación. Sin embargo, y tal y como ilustrativamente escribió Kahler:

*“No sólo las personas cultas, sino todo el mundo, haga lo que haga, está inmerso constantemente en la historia”<sup>68</sup>.*

Esta afirmación la asumimos como propia y, por ello, como historiadores consideramos que entre nuestras funciones se encuentra hacer una investigación general de las sociedades antiguas.

---

<sup>66</sup> Bastiat 2005: 127

<sup>67</sup> Prieto Vilas 1994: 1.

<sup>68</sup> Kahler, 1989 [1964]: 31.

En esta investigación aspiramos a englobar a todos los individuos particulares en las hipótesis interpretativas procurando emplear toda la documentación a nuestro alcance (que bien puede ser en ocasiones sesgada y partidista dependiendo de su procedencia) para aproximarnos a su sociedad como un “cuerpo” unitario pero variado de personas y sus relaciones interpersonales, siempre en movimiento.

Gracias a la aplicación de los aspectos teóricos y metodológicos seleccionados previamente, creemos posible emplear incluso la documentación sesgada e intencionadamente interesada de grupos minoritarios para el acercamiento a una realidad más amplia.

Del mismo modo, ese “cuerpo” *a priori* unitario que denominamos “Sociedad” está dividido en diferentes grupos o “cuerpos sociales” entre los que se producen movimientos dialécticos de cohesión y de confrontación y, a su vez, estos grupos se subdividen en subgrupos entre los que también encontraremos movimientos dialécticos. Cada uno de estos grupos y subgrupos sigue los dictados de una ideología propia<sup>69</sup>, que en ocasiones puede estar subyugada a otra ideología dominante perteneciente a otro grupo o subgrupo distinto.

Las “élites” como objeto de estudio específico, tal y como sucede en nuestro trabajo, han sido una constante en la investigación histórica española desde los años ‘70<sup>70</sup>.

---

<sup>69</sup> En el sentido del término “ideología” que ya hemos explicitado con anterioridad.

<sup>70</sup> Gómez Urdáñez y Lorenzo 2001: 44.

Dado que la mayor parte de la documentación a la que tenemos acceso es aquella que nos han legado los miembros de ese grupo social será éste el principal elemento de análisis; sin embargo, nuestras aspiraciones son más amplias, tratando de acercarnos al conjunto de la sociedad.

Mostramos nuestro total acuerdo con R. Aron en que *“caracterizar una sociedad sólo por la clase que posee los medios de producción o por el carácter psicosocial de la elite es igualmente insuficiente”*<sup>71</sup>.

Cómo evitar este inconveniente es uno de los planteamientos principales de una investigación como la que pretendemos desarrollar. Como ya comentamos anteriormente, las transformaciones tanto ideológicas como materiales afectan a todo el cuerpo social, aunque de forma desigual.

### **El Método Hipotético-deductivo**

El método seguido a lo largo de nuestra investigación es el que convencionalmente se denomina “método hipotético-deductivo”.

No es el único método existente, por lo cual nuestra elección se debe a un posicionamiento “consciente” en favor de esta herramienta de análisis.

No obstante, podemos considerar que el “método hipotético-deductivo” es el proceso de investigación predominante en las ciencias “sociales”, aunque su desarrollo se

produjo originalmente en el seno de las ciencias “físico-naturales”<sup>72</sup>.

Su empleo requiere una serie de operaciones que seguirán un orden determinado. Tal y como las expone Mario Bunge<sup>73</sup>:

*“Conocimiento previo – problema – candidato a la solución (hipótesis, diseño experimental o técnica) – prueba – evaluación del candidato – revisión final de uno u otro candidato a la solución, examinando el procedimiento, el conocimiento previo e incluso el problema.”*

Este proceso investigador otorga una gran importancia a la Teoría, a las bases teóricas de la investigación. La Teoría es el punto de partida que define, orienta, y en parte determina el proceso<sup>74</sup>.

Es la Teoría la que nos permite plantear las preguntas a la documentación. Los datos, la documentación, por sí mismos no ofrecen respuestas; es el investigador quien debe plantear los dilemas y, por tanto, someter los datos a las preguntas que le permitan “extraer” de ellos respuestas “válidas” que contribuyan a solucionar los dilemas planteados.

La pretendida “validez”, lógicamente, reside únicamente en criterios subjetivos; lo que es válido para un investigador puede no serlo para otro. Donde esa validez debe

<sup>71</sup> R. Aron 1989: 181.

<sup>72</sup> De hecho se considera que es una adopción directa del método seguido en las ciencias naturales (Giddens 1976: 3-4; Mejía Navarrete 2003: 180).

<sup>73</sup> 1999: 15.

<sup>74</sup> Mejía Navarrete 2003: 181.

someterse a contrastación y comprobación es en la capacidad de las conclusiones alcanzadas de esclarecer los dilemas que se formularon originalmente. El investigador no busca en esas conclusiones esclarecer otras problemáticas no consideradas en origen, aunque, ciertamente, en el proceso de investigación tal hecho puede producirse.

El “Método hipotético-deductivo” va de lo “general” a lo “particular”. Trabaja en función de “generalizaciones”, pero estas “generalizaciones” deben explicar, si no todos, sí la mayoría de los datos y hechos sometidos a él.



## 6. EL ESTADO DE LA CUESTIÓN



### Antecedentes en la investigación

Hemos optado en este apartado por no realizar un estudio exhaustivo de tipo historiográfico que excedería en demasía las aspiraciones concretas de nuestro trabajo y por sí sólo justificaría la realización, al menos, de otra Tesis Doctoral paralela a la que aquí presentamos.

Así mismo, algunas de las menciones tendrán únicamente un valor anecdótico, como conocimiento básico, necesario e imprescindible de cara a abordar la investigación; sin embargo, nuestra intención no es la de continuar fijando argumentos que ya se han demostrado estériles y que, por tanto, no contribuyen al avance de nuestro estudio.

Mostramos nuestro acuerdo a este respecto con la opinión de M. Koch, para quien la moda de hacer historiografía de los historiadores ya hace unos años que ha llegado a la Península Ibérica y en ocasiones se refleja en recopilar sin previa discusión todas las opiniones publicadas en algún momento sobre el tema para dejar que sean los lectores quienes tomen postura por aquella que mejor les parezca<sup>1</sup>.

Nosotros, por nuestra parte, tomaremos claramente partido por aquellas opiniones

que consideremos argumentadamente más acertadas y señalaremos los puntos débiles de las que no compartamos.

Las aportaciones realizadas por estos investigadores mencionados quedarán sobradamente expuestas en los capítulos que siguen, al tratar los temas más específicos, aunque previamente procedemos a incluir unas breves alusiones generales.

Así, como investigadoras/es destacadas/os cuyos trabajos son fundamentales para profundizar en el conocimiento de la Protohistoria de la provincia de Albacete, en especial las etapas del Bronce Final y I Edad del Hierro, podríamos mencionar a las/os siguientes<sup>2</sup>:

---

<sup>2</sup> Dado que un análisis en profundidad de sus aportaciones individuales al tema referido justificaría por sí sólo la redacción de una Tesis Doctoral paralela de tipo historiográfico, remitimos a sus trabajos específicos y/o generales, recogidos en el capítulo de nuestro trabajo dedicado a la bibliografía, para contextualizarlas. Del mismo modo, hemos seleccionado a los/as investigadores/as que, en nuestra opinión, han tenido una producción investigadora continua centrada en las etapas concretas objeto de nuestro estudio. Es por ello que, a pesar de considerar interesantes las puntuales aportaciones de Samuel de los Santos, Rubí Sanz, Broncano Rodríguez, Jordán Montes o el equipo dirigido por Manuel Fernández-Miranda no estimamos procedente incluirlos de forma específica en este apartado, sino que sus aportaciones quedarán suficientemente plasmadas y comentadas en los capítulos pertinentes donde proceda mencionarlos. Así mismo remitimos a la bibliografía para conocer el conjunto de las publicaciones de estos investigadores.

<sup>1</sup> M. Koch 2003: 3 y 16.

*D. Joaquín Sánchez Jiménez †  
(1891-1962)*

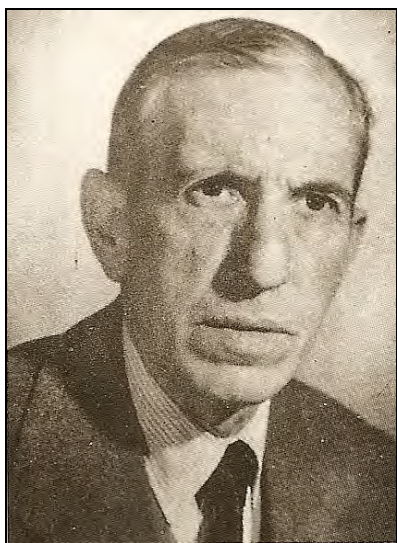


FIGURA 6.1: D. Joaquín Sánchez Jiménez

Remontándonos en el tiempo podríamos señalar que fue con D. Joaquín Sánchez Jiménez, Comisario Provincial y primer Director del Museo Provincial de Albacete, cuando el estudio histórico en la Provincia de Albacete adquirió un mayor protagonismo.

Anteriormente, la investigación histórica y arqueológica así como las publicaciones eran muy escasas y dispersas, aunque muchas de las informaciones recogidas en ellas deben ser tenidas en cuenta y revisadas para poder contar con una primera visión general<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Sin ánimo de ser exhaustivos: P. Paris 1903-1904, 1906; P. Savirón 1875; P. Serrano 1899; P. Waltz 1900; J. Zuazo y Palacios 1915, 1916a, 1916b, 1917; para completar esta breve recopilación se puede consultar el catálogo de bibliografía comentada de F.J. López Precioso (1994b).

Con sus numerosos trabajos de campo y publicaciones empezó a poner de relieve la gran riqueza de yacimientos con que contaba la región. Dentro de las corrientes investigadoras y los conocimientos que se tenían en ese momento, él hablaba de hallazgos pertenecientes a la "Cultura del Algar", e incluso realizó una síntesis sobre la investigación de la Edad del Bronce en la Provincia<sup>4</sup>.

Muchos de los hallazgos, siguiendo una línea de investigación muy definida, procedió a identificarlos con prácticas funerarias, desde los denominados "túmulos" a diversas urnas o vasijas de gran porte, que otros investigadores, más recientemente, han interpretado con otras funcionalidades distintas.

A D. Joaquín se le debe reconocer la diferenciación entre lo que él denominó, para el "Bronce Algárico" de la provincia, "ciudades abiertas", pequeños poblados paupérrimos situados en las zonas llanas de la Mancha Alta y otros poblados fortificados en altura o "castros", en la zona esteparia o accidentada (prolongación de la región espartaria), que debe considerarse una de las primeras menciones en la investigación a la tipología que posteriormente ha sido comúnmente aceptada para la "Edad del Bronce de La Mancha" de "morras", "motillas" y "castellones".

A partir de las investigaciones de Sánchez Jiménez, el panorama arqueológico de la Provincia de Albacete cambió enormemente, dotándolo de una mayor variedad y riqueza. Todas sus obras son de obligada

---

<sup>4</sup> 1948a; 1948b.



consulta para profundizar en el conocimiento de las etapas históricas objeto de nuestro estudio y que él trató en sus trabajos.

Ésto es así, por ejemplo, con respecto a la I Edad del Hierro. No se pueden dejar de mencionar sus campañas de excavación en la necrópolis de la Hoya de Santa Ana (Chinchilla de Montearagón)<sup>5</sup>, de amplia cronología y que debe ser un indudable punto de referencia para aproximarse a la génesis de la Cultura Ibérica, ya que en este yacimiento se documentan enterramientos cuyo único ajuar constaba de vasos hechos a mano y fíbulas de doble resorte, y cuya cronología parece poder remontarse a los momentos previos a la introducción de los productos realizados a torno como elementos de ajuar prioritarios.

También fundamentales son los datos de sus excavaciones en “El Llano de la Consolación” (Montealegre del Castillo)<sup>6</sup>, cuyos resultados aún nos ayudarán actualmente a ofrecer nuevos datos para la investigación.

A lo largo de su etapa investigadora desarrolló una ingente y admirable labor de investigación y publicación, y debe ser considerado un pilar fundamental de la Arqueología de la Provincia de Albacete.

Sin lugar a dudas es justo el calificativo de “padre de la Arqueología en Albacete” que se le ha atribuido en múltiples ocasiones<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> 1943; 1947.

<sup>6</sup> 1947, 1952.

<sup>7</sup> Sanz Gamio 1980: 176; Valenciano Prieto 1999a: 99.

## D. Martín Almagro-Gorbea

Por seguir un orden cronológico en función del tema tratado, comenzaremos mencionando sus importantes trabajos sobre las etapas del Bronce Final e inicios de la I Edad del Hierro, en especial las referidas a la Meseta Sur, tanto respecto al conjunto de aspectos culturales de las comunidades que ocuparon esta zona como en especial a sus aspectos funerarios<sup>8</sup>.

Prácticamente podemos considerarlos los estudios “pioneros” sobre el tema.

En otro lugar de “honor” cabe destacar sus trabajos relacionados con el yacimiento de “Pozo Moro” (Chinchilla de Montearagón)<sup>9</sup>.

La excavación y estudio tanto del conjunto funerario monumental orientalizante como de la necrópolis ibérica existentes en esta localización ha sido una importantísima piedra de toque para la investigación de las etapas protohistóricas de la “*Región nuclear*” de nuestro trabajo.

Sus aportaciones han permitido avanzar enormemente en el análisis de la Cultura Ibérica, abarcando tanto sus aspectos político-sociales como religiosos e ideacionales en ámbitos cotidianos y funerarios<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> 1973b; 1974a; 1977a; 1986-1987.

<sup>9</sup> 1973a; 1975; 1976a; 1976b; 1978a; 1978b; 1982a; 1983a.

<sup>10</sup> 1983b; 1986; 1992a; 1993-1994; 1996.

Son dignos de destacar sus estudios sobre escultura, arquitectura y “paisaje” de las necrópolis ibéricas<sup>11</sup>.

Así mismo, es necesario tener en consideración sus múltiples trabajos relativos a las raíces orientalizantes de la Cultura Ibérica<sup>12</sup>.

Como resulta lógico y evidente, nuestro trabajo será deudor en gran medida de sus magníficos trabajos.

### *D. Juan José Blázquez Pérez*

Otro destacadísimo investigador de la Cultura Ibérica en general y del Sureste de la Meseta Sur en particular.

Son importantísimas las excavaciones llevadas a cabo bajo su dirección en las necrópolis de “Camino de la Cruz”<sup>13</sup> y “Los Villares”<sup>14</sup>, ambas en el término municipal de Hoya Gonzalo (Albacete). Las conclusiones y documentación extraídas a partir de esos trabajos son referencia obligada para cualquier investigación con fines serios de las necrópolis ibéricas de nuestra “Región nuclear”.

De sus conclusiones se extrae la datación más segura, hasta el momento, de aparición de las cubriciones de encachados

tumulares ibéricos, uno de los signos de identidad de las necrópolis ibéricas, en la Meseta Sur<sup>15</sup>.

También ha realizado destacadas aportaciones al estudio de la cronología, características y funcionalidad de la escultura ibérica, destacando el primer ejemplo escultórico contextualizado arqueológicamente junto a la tumba a la que sirvió de coronación de toda la Cultura Ibérica<sup>16</sup>.

No podemos dejar de mencionar su reestudio de la necrópolis de “Hoya de Santa Ana” (Chinchilla de Montearagón), excavada originalmente por Sánchez Jiménez<sup>17</sup>.

Del mismo modo, ha fomentado el reestudio de la documentación de otras excavaciones en yacimientos emblemáticos de la provincia de Albacete, tales como “El Llano de la Consolación” (Montealegre del Castillo)<sup>18</sup> y el “Cerro de los Santos” (Montealegre del Castillo)<sup>19</sup>, aunque éste último con unas cronologías que lo alejan de nuestro marco cronológico.

Por otro lado ha estudiado también los poblados, aunque en esta ocasión únicamente a partir de las excavaciones en el yacimiento de “La Quéjola” (San Pedro, Albacete)<sup>20</sup> y, de época más tardía, “El Amare-

<sup>11</sup> 1982b; 1983a; 1983b; 1983c; 1988c; 1992a.

<sup>12</sup> 1975; 1978b; 1982a; 1983a; 1996.

<sup>13</sup> 1984a, 1984b, 1988a, 1992a, 1999b y 2001.

<sup>14</sup> 1984b; 1985; 1986; 1988b; 1990a; 1992a; 1993a; 1995c. Blázquez Pérez y Amitrano Bruno 1988.

<sup>15</sup> 1986; 1988b; 1997.

<sup>16</sup> 1992b; 1993a; 1997; 1999b; 2001.

<sup>17</sup> 1986-87; 1990a; 1992a; 1999e.

<sup>18</sup> Más concretamente la necrópolis de “La Torrecica” (Valenciano Prieto 1998; 1999b; 2000 y 2002.)

<sup>19</sup> Sánchez Gómez 1999; 2002a; 2002b.

<sup>20</sup> 1993b; 1995b, 1995g; 1998 y 1997. Blázquez Pérez y Olmos Romera 1993.

jo" (Bonete, Albacete)<sup>21</sup>. No obstante, esos análisis son muy importantes a la hora de abrodar las características constructivas, defensivas y urbanísticas de los poblados de estas comunidades humanas asentadas en el Sureste de la Meseta.

#### *D. Francisco Javier López Precioso*

Sin lugar a dudas, quien más fervientemente se ha dedicado a la investigación del período histórico del Bronce Final e inicios de la Edad del Hierro. Sus trabajos en el poblado de El Castellón (Hellín y Albatana) y la revisión de materiales prospectivos de otros pocos yacimientos son la documentación más exhaustiva sobre los primeros momentos del Bronce Final en la Provincia, aunque principalmente referido a la comarca de Hellín<sup>22</sup>.

La información recogida por este investigador es fundamental para profundizar en los aspectos que serán tratados en este estudio. Por otro lado, también deben destacarse sus trabajos, en colaboración con Sala Sellés, de la Universidad de Alicante, en el poblado "orientalizante" de "Los Almadenes" (Hellín, Albacete)<sup>23</sup>.

En este yacimiento se aprecian varios de los aspectos de cambio y pervivencia que debieron ser una norma en las etapas de transición y génesis de la Cultura Ibérica, y

que por tanto deben ser de obligada referencia.

Otro importante yacimiento del período "orientalizante" tratado por él, en relación con unos materiales arqueológicos muy concretos, es el de "Casa del Monte" (La Recueja)<sup>24</sup>.

No pueden dejarse de lado tampoco novedosos trabajos arqueológicos que han aportado importante información a nuestro tema de estudio, como los yacimientos de Pozo-Cañada 1 (Pozo-Cañada) y La Cruz de Mármol (Pétrola)<sup>25</sup>.

Por otro lado, el yacimiento de "El Pozo de la Nieve" (Torre Uchea), excavado también por él, es otro importante ejemplo de los momentos iniciales y continuidad histórica de un destacado "ámbito funerario" ibérico<sup>26</sup>.

Confiamos en que la posibilidad de consultar en un futuro inmediato los informes de excavación, inéditos, ayudarán enormemente a nuestra labor.

Otras importantes aportaciones suyas han sido las de estudio del poblamiento de ciertas zonas/comarcas de la provincia de Albacete tanto para la Edad del Bronce como para la Edad del Hierro<sup>27</sup>, así como varios artículos en los que aborda una visión

---

<sup>21</sup> 1998; Broncano Rodríguez y Blázquez Pérez 1985.

<sup>22</sup> 1993 y 1994.

<sup>23</sup> Sala Sellés y López Precioso 1995, 1996 y 2000.

---

<sup>24</sup> 1994c; Soria Combadiera y Córdoba Estepa 1994.

<sup>25</sup> Zarzalejos Prieto y López Precioso 2005; López Precioso 1997.

<sup>26</sup> 1995; 1997.

<sup>27</sup> 1990; López Precioso, Jordán Montes y Soria Combadiera 1992; López Precioso y Noval Clemente 2004.

general de la I Edad del Hierro en la Provincia de Albacete y en la Meseta Sur<sup>28</sup>.

Así mismo, el estudio de ciertos materiales concretos, como son las fíbulas localizadas en la provincia de Albacete<sup>29</sup>.

Participa activamente en el proyecto de Parque Arqueológico de “El Tolmo de Minateda” (Hellín).

Como última mención debemos destacar su catálogo bibliográfico comentado sobre Arqueología en la provincia de Albacete<sup>30</sup>; de todo punto indispensable, aunque necesitado de una exhaustiva puesta al día.

### *Dña. Lucía Soria Combadiera*

Esta investigadora ha realizado destacados estudios sobre el poblado de El Castellón (Hellín y Albatana)<sup>31</sup>, en cuyas campañas de excavaciones también participó, y originalmente dirigió su línea de investigación hacia las etapas objeto de este estudio, aunque posteriormente sus trabajos se han centrado más en época ibérica plena, como se observa en su Tesis Doctoral<sup>32</sup>.

Pese a ello, y dado su interés por y conocimiento del poblado protohistórico de El Macalón (Nerpio), no se ha desligado completamente de su primera línea de tra-

bajo<sup>33</sup>, algo que también se observa en su estudio sobre cerámicas protohistóricas con decoración incisa del área del Río Júcar<sup>34</sup> y otros materiales procedentes de la zona de Tiriez (Tiriez, Albacete)<sup>35</sup>.

Destacan asimismo sus trabajos sobre broches y placas de cinturón y fíbulas de época protohistórica y romana en la provincia de Albacete<sup>36</sup>.

No podemos dejar de mencionar su re-estudio de la documentación de yacimientos excavados de antiguo, como el ya mencionado de “El Macalón” (Nerpio, Albacete) y “La Casa del Monte” (Valdeganga, Albacete)<sup>37</sup>, éste último de unas cronologías que lo alejan de nuestro marco cronológico.

No obstante, su aportación más señalada ha sido su propuesta de patrón poblacional y estudio del territorio para época ibérica en la provincia de Albacete<sup>38</sup>.

<sup>28</sup> 1995; Zarzalejos y López 2005.

<sup>29</sup> Sanz Gamo, López Precioso y Soria Combadiera 1992.

<sup>30</sup> 1994b.

<sup>31</sup> 1997.

<sup>32</sup> 2000.

<sup>33</sup> 1999.

<sup>34</sup> Soria Combadiera y Mata Parreño 2001-2002.

<sup>35</sup> Soria Combadiera y García Martínez 1995.

<sup>36</sup> Soria Combadiera y García Martínez 1996; Sanz Gamo, López Precioso y Soria Combadiera 1992.

<sup>37</sup> 1999; 2000; Soria Combadiera y Mata Parreño 2005; Mata Parreño y Soria Combadiera 2006.

<sup>38</sup> Soria Combadiera y Díez Cusí 1998; Soria Combadiera 2002.

**D. Fernando López Pardo †**  
**(1955-2010)**

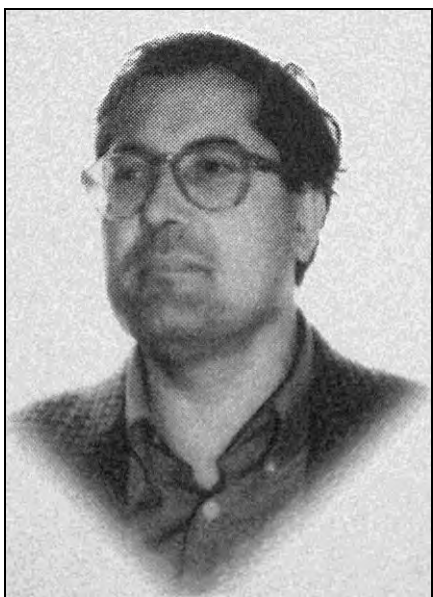


FIGURA 6.2: D. Fernando López Pardo

Quiero, y considero indispensable, rendir aquí un sentido homenaje a la persona que nos introdujo en la investigación histórica y nos apoyó incansablemente durante más de catorce años en esa labor.

La línea investigadora de Fernando estuvo principalmente orientada a las características e interacciones de la colonización fenicia en Occidente, tanto respecto a la Península Ibérica como al Norte de África.

Él fue quien nos propuso escribir un artículo sobre una escena relivaria concreta del edificio orientalizante de Pozo Moro (Chinchilla de Montearagón) que, finalmente, supuso la redacción de una tesina y el

desarrollo de una investigación que aún continuamos a día de hoy<sup>39</sup>.

En los últimos años realizó una fecunda y novedosa labor de lectura e interpretación de las escenas relivarias de dicho monumento poniéndolas en relación con mitos del Próximo Oriente Antiguo y, más particularmente, con mitos de la Cosmogonía fenicia<sup>40</sup>.

Fernando logró reactivar de esa manera el estudio de las raíces mitológicas orientalizantes de la Cultura Ibérica.

### Congresos y encuentros científicos

Centrándonos ya de forma general en las investigaciones referidas específicamente al Bronce Final y la transición a la I Edad del Hierro observamos que han sido muy limitadas en los últimos 25 años, tal y como se puede observar con sólo consultar obras básicas como los Congresos de Historia de Albacete<sup>41</sup>, el Congreso de Historia de Castilla-La Mancha<sup>42</sup>, el Simposio sobre la Edad del Bronce en Castilla-La Mancha<sup>43</sup> y otros encuentros científicos más recientes dedicados al estudio y análisis de estas etapas<sup>44</sup>.

<sup>39</sup> Prieto Vilas 2000a.

<sup>40</sup> 2005, 2006, 2009.

<sup>41</sup> 1984 y 2002.

<sup>42</sup> 1988.

<sup>43</sup> 1994.

<sup>44</sup> "Encuentro de jóvenes investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica" (2003), celebrado en Salamanca. La única ponencia relacionada con el tema que nos interesa fue la nuestra propia: "Bronce Final y I Edad del Hierro en la provincia de Albacete: análisis a partir de una visión preliminar de conjunto"; Congreso "La

El caso más reciente e ilustrativo es la “I Reunión Científica de Arqueología de Albacete”, celebrada los días 22 y 23 de Enero de 2015 y en la cual ninguna ponencia se centró en los aspectos que acabamos de comentar.

Nos atreveríamos a decir que el desinterés por parte de la inmensa mayoría de las/os investigadoras/es sobre estos períodos tan fundamentales para entender el nacimiento del Mundo Ibérico y su evolución posterior ha llegado a límites alarmantes. Si se considera que los congresos provinciales son reflejo de la salud de los temas de investigación, sobran más palabras.

### **Situación actual de nuestros conocimientos: ventajas y problemas**

Como punto de partida creemos imprescindible analizar el valor y características de la información con que contamos

---

Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes” (2002), celebrado en Villena: sólo hubo dos ponencias muy específicas relacionadas con la Edad del Bronce en la provincia de Albacete y centradas en su fase plena; Congreso “La Península Ibérica en el II Milenio a.C.: poblados y fortificaciones” (2002), celebrado en Ciudad Real: aunque pueda parecer extraño no se realizó absolutamente ninguna ponencia o comunicación referida a la provincia de Albacete. Únicamente por alusiones, D. Mauro Hernández Pérez comentó en respuestas a alguna ponencia aspectos generales del yacimiento del Cerro de El Cuchillo (Almansa); “I Jornadas de Arqueología en Castilla-La Mancha” (2007), celebradas en Cuenca en Diciembre de 2005: destacaríamos las ponencias sobre los yacimientos del “Castillo de Munera” (muy somera explicación de la ocupación durante el Bronce Pleno- yacimiento tipo “morra”)[Hevia Gómez y Esteban Borrajo 2007], *Libisosa* (muy interesante la mención del hallazgo de niveles del Bronce Final-I Edad del Hierro)[Uroz Sáez *et alii* 2007] y la ponencia de Javier López Precioso [2007], a pesar de que no aportó ninguna información novedosa.

para abordar cualquier estudio de tipo histórico en la zona de estudio. Referido a las etapas protohistóricas podemos resaltar una serie de problemas intrínsecos a la documentación que manejamos.

Parte de la discusión que desarrollaremos a continuación ya ha sido señalada anteriormente por otros investigadores, pero pensamos que no está de más reconsiderar sus argumentos e hipótesis de partida a la vez que exponemos los propios.

Previamente hemos hecho referencia a buena parte de las bases bibliográficas y principales productores intelectuales de las mismas.

Pasaremos a continuación a los aspectos más centrados en el núcleo más “duro” de la labor arqueológica

### **Documentación arqueológica (I): General**

Empezando por los aspectos arqueológicos, nos centraremos en la cantidad y calidad de la documentación relativa a los yacimientos.

Ante este hecho debemos señalar el gran número de ventajas con las que hemos contado a la hora de abordar nuestra investigación si comparamos el estado de la documentación actual con la existente hace únicamente una década, por no hablar de la documentación existente hace tan solamente un cuarto de siglo.

Esas ventajas han venido fomentadas por las distintas políticas investigadoras integradas dentro del ámbito universitario, en el marco de proyectos interdisciplinares, que han permitido un enorme avance cuali-



tativo y cuantitativo de nuestra documentación.

En nuestra “*Región nuclear*” destacáramos por su envergadura el proyecto, conjunto entre la Universidad de Alicante, el Museo Provincial de Albacete y el Ayto. y Museo Comarcal de Hellín, del Parque Arqueológico del yacimiento de “El Tolmo de Minateda” (Hellín, Albacete), que lleva aparejadas excavaciones arqueológicas anuales y musealización de los restos documentados.

Administrativamente, el enorme auge de la llamada “Arqueología de Gestión”, “Arqueología de urgencia”, “Arqueología de Salvamento” o denominada con otros innumerables calificativos, también ha supuesto un ingente aumento cuantitativo de nuestra documentación tanto en relación con las labores prospectivas como las labores de excavación<sup>45</sup>. Ésta sería su vertiente positiva.

En este apartado no nos encargaremos de analizar las excavaciones arqueológicas; al realizar nuestro estudio individualizado de cada yacimiento que consideramos interesante para nuestra investigación, será cuando entremos a analizar las tareas de excavación de cada uno de los casos<sup>46</sup>.

---

<sup>45</sup> Con sus procesos lógicos de recuperación de materiales, estudio, restauración, publicación, etc...

<sup>46</sup> Capítulos 8 (“El poblamiento del Sureste de la Meseta Sur y territorios anejos durante la Edad del Bronce. Una visión general: selección de yacimientos”), 9 (“El poblamiento durante las etapas finales de la Edad del Bronce: yacimientos incluidos en el estudio”) y 10 (“El poblamiento durante la I Edad del Hierro: yacimientos incluidos en el estudio”).

No obstante, debemos señalar que en los últimos años los investigadores han descuidado la publicación de Memorias y avances de excavaciones, que por otro lado, debido a la enorme cantidad de obra civil que se ha venido desarrollando en la última década, han aumentado su número exponencialmente. Del mismo modo, esa cantidad de intervenciones no se corresponde, por desgracia, con la calidad de los resultados.

Así mismo, los numerosos trabajos prospectivos motivados por el control arqueológico de obras civiles desarrolladas en los últimos años son otra fuente de documentación a tener en cuenta.

Por desgracia, en este caso no va de la mano el aspecto cuantitativo y el cualitativo de la información.

Entre sus aspectos negativos destaca, junto a estudios bastante parciales y superficiales de las estructuras y objetos recuperados en estas intervenciones, tanto prospectivas como de excavación y muchas veces realizadas por no especialistas en el período/s histórico/s más adecuado/s a cada yacimiento, la falta de publicación de los resultados de los análisis.

Junto a ello, hay que mencionar las dificultades que ponen algunas administraciones para la consulta de esos resultados.

Resumiendo, como primer problema agudo de la documentación con la que contamos, encontramos que, a día de hoy, el número de yacimientos catalogados es muy desigual cuantitativa, cualitativa y geográficamente para los distintos períodos que nos ocupan.

De hecho, aún amplias zonas no disponen de campañas prospectivas exhaustivas

realizadas en condiciones y con resultados suficientemente contrastados. Del mismo modo, otras zonas han sido prospectadas intensivamente pero centrando la atención en períodos cronológicos limitados que no permiten análisis a medio-largo plazo.

Pese a ello, en los últimos años, desde las distintas instituciones, tanto las de ámbito autonómico como provincial y comarcal, se ha procurado ir solucionando esta situación, lo que ha posibilitado un mejor y más completo conocimiento de las características del poblamiento pre y protohistórico en el espacio geográfico que aquí abordamos.

Actualmente se prima la realización de las Cartas Arqueológicas y a ello se encaminan principalmente los permisos de prospección concedidos. Sin embargo, este comportamiento institucional acarrea un problema capital: las cronologías aportadas por los equipos de prospectores suelen resultar excesivamente indeterminadas y amplias, con lo cual la información pierde gran parte de su utilidad.

Este tipo de tareas prospectivas amplias deben ser complementadas con otras prospecciones más sistemáticas cronológicamente *a posteriori*<sup>47</sup>. De este modo conta-

---

<sup>47</sup> Un buen ejemplo de una investigación que creemos debe ser en este aspecto tomada como ejemplo: Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008. En ese trabajo se demuestra la utilidad de “actualizar” la información con la que ya se cuenta realizando un vaciado bibliográfico y nuevas visitas a localizaciones no documentadas originalmente pero de las que se tiene conocimiento gracias a la consulta bibliográfica actualizada. Habría sido deseable realizar de nuevo toda la labor prospectiva original una vez que se tienen claros los problemas metodológicos inherentes al planteamiento original, pero lógicamente se precisa una financiación y apoyo institucional que, a día de hoy, resulta muy difícil conseguir.

ríamos con la base de una información general completada con otra información mucho más precisa.

No obstante, a fecha de Diciembre de 2005 la situación seguía siendo bastante “descorazonadora”; así, el 80 % de la provincia de Albacete aún no contaba con Carta Arqueológica Provincial completa y el mayor número de las referidas a Términos Municipales había sido realizado entre 1998 y 2003<sup>48</sup>.

Actualmente, el número de Cartas Arqueológicas de los términos municipales de Albacete es mucho más elevado pero, sin embargo, el problema que existe es que de muchas de esas intervenciones no se han depositado en el Museo Provincial ni los Informes ni los materiales resultantes, con lo que esos trabajos se pueden considerar prácticamente inútiles. En otras ocasiones los informes se han depositado directamente en el organismo correspondiente de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha pero sin su correlación con los materiales.

Respecto a las actuaciones relacionadas con obras públicas, muchos de esos trabajos no han proporcionado datos y otros muchos, “casualmente”, no han afectado a yacimientos<sup>49</sup>.

En conclusión, la política de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha respecto a la realización de las Cartas Arqueológi-

---

<sup>48</sup> Rico Sánchez 2007.

<sup>49</sup> Tomado de la intervención inaugural de Mauro Hernández de la “I Reunión Científica de Arqueología de Albacete” (22 de Enero de 2015) y de la discusión de comunicaciones y pósters que cerraba cada jornada.



cas de la Provincia de Albacete y otras intervenciones durante las últimas décadas puede considerar que ha proporcionado unos datos desastrosamente fallidos, a pesar de la documentación que, afortunadamente, sí va a contribuir a un mejor estudio histórico de la provincia.

Señalamos, por tanto, como principal problema de gran calado la imprecisión cronológica en la datación de los yacimientos, problema íntimamente relacionado con la documentación con la que se cuenta, procedente principalmente de prospecciones superficiales. Es, por tanto, un problema que enraíza directamente con la metodología de la investigación.

De este modo, en la mayor parte de las ocasiones, a causa de la necesariamente parcial y preliminar información ofrecida por fragmentos cerámicos encontrados en superficie apenas se puede precisar más que el período o períodos históricos aproximados en que el yacimiento fue ocupado.

Ello no ayuda a dilucidar si la ocupación fue continua o no, puesto que el material de ciertos períodos puede no encontrarse en superficie o bien responder a ocupaciones limitadas a zonas restringidas dentro de la extensión total del yacimiento, con lo cual es la pericia del prospector la única que contribuye a dar una más correcta valoración.

Del mismo modo, la larga pervivencia de determinados tipos y formas cerámicos contribuye a dificultar la precisión de las dataciones.

La información lógicamente parcial de las prospecciones superficiales y la indeterminación morfo-tipológica de las cerámicas ha motivado tradicionalmente la ge-

neralización del argumento del aparente “despoblamiento” de amplias zonas provinciales a partir del Bronce Pleno y hasta época ibérica o posterior<sup>50</sup>, tales como el Corredor de Almansa<sup>51</sup> o los términos municipales de Socovos<sup>52</sup> y Cancarix<sup>53</sup>. Esta idea es la que podemos seguir teniendo si nos fijamos en prospecciones muy recientes, como las realizadas en los términos municipales de Riópar<sup>54</sup>, Ontur<sup>55</sup>, Albataña<sup>56</sup> o Elche de la Sierra<sup>57</sup>.

Esta aparente ausencia de las ocupaciones correspondientes a los momentos intermedios entre tales períodos históricos debe tratar de ser explicada, en nuestra opinión, desde otros planteamientos, tal y

---

<sup>50</sup> Señalado bien explícitamente o deducible de las publicaciones relativas.

<sup>51</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 210.

<sup>52</sup> En este caso se llega a mencionar incluso la práctica ausencia de hallazgos identificables con los momentos de la Cultura Ibérica, produciéndose una ruptura entre la Edad del Bronce y la época ya plenamente romana imperial (Sánchez Gómez 1984).

<sup>53</sup> Jordán Montes 1992.

<sup>54</sup> Jordán Montes y Noval Clemente 2002. Ningún yacimiento perteneciente al Bronce Final o inicios de la Edad del Hierro; las cronologías son muy vagas.

<sup>55</sup> López Precioso y Noval Clemente 2004. Ningún yacimiento del Bronce Final o de la I Edad del Hierro; ni siquiera del Ibérico Antiguo.

<sup>56</sup> López Precioso y Noval Clemente 2004. Únicamente un yacimiento datable en el Bronce Final; ninguno de la I Edad del Hierro ni del Ibérico Antiguo.

<sup>57</sup> Jordán Montes, García Cano y Page del Pozo 2006. En este trabajo únicamente se trata la época ibérica y por eso llama la atención, nuevamente, la inexistencia de poblados de la I Edad del Hierro o del Ibérico Antiguo.

como abordaremos más adelante en el capítulo posteriores<sup>58</sup>.

Los peligros de una metodología inadecuada en labores prospectivas son perfectamente detectables en trabajos como los llevados a cabo en la comarca de Alcaraz por el equipo de investigación dirigido a principios de los '90 por Fernández-Miranda<sup>59</sup>.

En esta zona geográfica, el análisis estereoscópico de la fotografía aérea a escala 1:20.000 constituyó la base de la prospección tras un estudio de la toponimia y topografía de los mapas a escala 1:50.000.

Tras marcar 255 puntos con posibilidades de ser yacimientos arqueológicos se realizó una comprobación por medio de visita directa, "prospección extensiva". 22 puntos de los señalados fueron positivamente identificados como yacimientos de la Edad del Bronce.

Sin embargo, tras el trabajo de campo se alcanzó el número total de 52 yacimientos de la Edad del Bronce. Ésto significa que por análisis estereoscópico de fotografía aérea no se llegaron a identificar ni si-

<sup>58</sup> También Jordán Montes y Noval Clemente consideraron previamente a sus labores prospectivas que el desconocimiento del término municipal de Riópar se debía a una insuficiencia de las prospecciones, sin embargo, su propio trabajo aportó un número muy reducido de yacimientos y no despeja las dudas respecto a si los aparentes "despoblamientos" temporales visibles a partir de la documentación son tales o únicamente consecuencia de las metodologías y medios prospectivos (Jordán Montes y Noval Clemente 2002).

<sup>59</sup> Tomamos esta zona como referencia, pero lo cierto es que las críticas referidas a ella se pueden hacer extensibles a toda la investigación de este equipo.

quiera la mitad de los yacimientos de la Edad del Bronce existentes<sup>60</sup>.

Como último paso se seleccionaron dos zonas que abarcaban unos 50 km<sup>2</sup>. donde realizar una campaña de "prospección intensiva".

Tras ésta se habían localizado otros tres nuevos yacimientos de pequeño tamaño y una serie de hallazgos sueltos datables *grosso modo* en la Edad del Bronce.

No obstante, este equipo de investigación, a la vista de los resultados en seis zonas determinadas donde se realizó análisis estereoscópico y prospección de campo, consideró que el análisis de fotografía aérea permitía identificar la práctica totalidad de los asentamientos más extensos, por encima de 1.000 metros cuadrados<sup>61</sup>.

<sup>60</sup> Carrasco Valor 1994: 152.

<sup>61</sup> Fernández-Miranda *et alii* 1994: 248. En otro trabajo posterior únicamente se mencionan cuatro zonas: Laguna de Pétrola, Cañón del Júcar, Laguna de Pinilla y Valle del Río Jardín (Fernández-Posse, Gilman y Martín 2001: 131). A estas cuatro zonas nosotros suponemos que se suman las dos mencionadas por Carrasco Valor, pero lo cierto es que no cuadran las informaciones que aportan en sus distintas publicaciones. Por suerte, en la publicación más reciente de este equipo (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008) se da la localización de las seis zonas que contaron con prospecciones intensivas: Valle del Júcar (de Valdeganga a Casa de Cañahorro)[zona A], Valle del Júcar (de Cubas a Jorquera)[zona B], Valle del Júcar (de dos a nueve kilómetros al Este de Alcalá)[zona C], Río Cubillo (se trata del valle del Cubillo/Jardín)[zona D], Sector de la Laguna de Pinilla [zona E] y el Sector de Pétrola [zona F]. Vemos, por tanto, que tres zonas de esta división son las que conforman la denominada previamente por estos investigadores "Cañón del Júcar". La única zona coincidente con la mencionada por Carrasco Valor, en el término municipal de Alcaraz, es la "zona E" (Laguna de Pinilla); sin embargo, Carrasco Valor habla de prospección de 50 km<sup>2</sup>. y la "zona E" mencionada únicamente abarcaba 16 km<sup>2</sup>. de relieve llano (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 34). Las informaciones son contradictorias

La pregunta que surge es evidente: ¿es que los demás asentamientos no son importantes para la investigación?; ¿es cierto que “como los poblados de la Edad del Bronce se construyeron en lugares de gran visibilidad” no resulta sorprendente que las prospecciones extensivas añadan pocos yacimientos nuevos a los ya conocidos previamente a los trabajos de este equipo de investigación?<sup>62</sup>.

Tal y como tozudamente nos hace ver la documentación recopilada gracias a metodologías prospectivas no prejuiciosas, las comunidades pre y protohistóricas ocuparon y poblaron el territorio de formas variadas en función de sus propias necesidades subsistenciales y de desarrollo o progreso.

A pesar de toda la zona prospectada no llegaron a identificar ningún yacimiento datable en el Bronce Final y consideran que “en lo que se refiere a la Mancha Oriental, los asentamientos desaparecen, en general, antes del Bronce Tardío, aunque se registre

---

y únicamente contribuyen a minimizar la credibilidad de los resultados.

<sup>62</sup> Realmente, tal afirmación resulta excesivamente autocomplaciente y simplista si echamos un vistazo a la gran cantidad de yacimientos de la Edad del Bronce documentados en las prospecciones intensivas y la ausencia de yacimientos que sí sabemos que fueron ocupados, tales como las cuevas y abrigos. ¿Qué número de yacimientos podemos considerar “despreciables” o cuya información podemos “condenar” como poco útil?; la denominada “gran visibilidad”, ¿tenía fines de control visual del territorio?, ¿tenía fines de hacer visible el asentamiento?, ¿ambos casos?; creemos que la idea de que los yacimientos de la Edad del Bronce, de forma general, se asientan en lugares de gran visibilidad es un prejuicio generalizado de la metodología investigadora que nos impide tener una idea general de las distintas estrategias de ocupación y control del territorio por parte de las comunidades históricas que ocuparon la “Región nuclear”.

alguna excepción, como es el caso de Los Castellones de Albatana, excavado por López Precioso, o el que reflejan algunos materiales sin contexto depositados en el Museo de Albacete<sup>63</sup>; sin embargo, en varias de las localizaciones que señalan en sus publicaciones sí ha podido posteriormente ser confirmada la presencia de asentamientos de esta etapa histórica<sup>64</sup>. Se une a la problemática, entonces, otro inconveniente: ¿se estudian y datan bien los materiales recogidos en las prospecciones?

Y teniendo en cuenta, además, que en varias zonas que no dieron resultados positivos en sus prospecciones han aparecido también yacimientos adscribibles al Bronce Final o inicios de la Edad del Hierro<sup>65</sup>, ¿no

---

<sup>63</sup> Fernández-Miranda *et alii* 1994: 270. De esta forma ignoran los materiales del Bronce Final de un yacimiento perfectamente conocido y presente dentro de su zona de estudio como es “El Amarejo” [Montealegre del Castillo](Broncano Rodríguez y Blánquez Pérez 1985; Broncano Rodríguez 1989).

<sup>64</sup> Caso de uno de los yacimientos localizados en los alrededores de “Fuente del Espino” [El Bonillo], zona en la que sí habían documentado yacimientos de la Edad del Bronce (Zarzalejos Prieto y López Precioso 2005: 816). Del mismo modo, otros yacimientos aportan cronologías del Bronce Final y la I Edad del Hierro (Fernández-Posse *et alii* 2008: 61 y ss).

<sup>65</sup> Caso del yacimiento de “Variante de La Gineta P.K. 360.1” (La Gineta), excavado por D. José Manuel Rojas y cuyos materiales están depositados en el Museo Provincial de Albacete (nuestro agradecimiento a Dña. Blanca Sanz Gamio, directora del museo en ese momento, quien puso en nuestro conocimiento el depósito de estos materiales y nos permitió estudiarlos). También destacaríamos los yacimientos de “Pozo-Cañada 1” (Pozo-Cañada) y “La Cruz de Mármol” (Pétrola), excavados por López Precioso (López Precioso 1997; Zarzalejos Prieto y López Precioso 2005). En la zona del Júcar destacan los yacimientos de “La Casa del Monte” (La Recueja)[López Precioso 1994c] y los estudiados por Soria Combadiere y Mata Parreño (2001-2002). Podríamos incluir otros casos, pero éste no es lugar para ello. Remitimos al respecto a los capítulos 9 y 10 de nuestro trabajo.

estaremos cometiendo repetidamente los mismos errores metodológicos a la hora de abordar las prospecciones de campo?<sup>66</sup>.

Como se podrá ver en capítulos posteriores, la evidencia arqueológica es tozuda a la hora de hacernos ver la inexistencia de “vacíos poblacionales” en muchas de las zonas prospectadas hasta la actualidad y que, recurrentemente han mostrado una “aparente” ausencia de tales evidencias.

En relación con los problemas metodológicos de las labores prospectivas debemos tener en cuenta que los yacimientos adscribibles a determinadas épocas o zonas puedan estar situados en emplazamientos que dificultan enormemente su localización por métodos prospectivos superficiales.

La no localización de yacimientos de determinadas etapas históricas por una deficiente o extremadamente dificultosa prospección contribuye a complicar aún más el panorama de dataciones, sistematización cronológica y reconstrucción histórica de los territorios.

Desde el punto de vista de investigador, nos llama la atención una evidente contradicción valorativa de la documentación disponible. En este caso, la culpa no tenemos más remedio que echárnosla a nosotros mismos, a los propios arqueólogos e investigadores. Así, junto a las ventajas que

---

<sup>66</sup> Nos llama la atención el hecho de que en las seis zonas de “prospección intensiva” del equipo de Fernández-Miranda únicamente se examinó el 50% de cada sector de prospección (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 33). Entonces, ¿cuál sería el porcentaje en las zonas de “prospección no intensiva”? Con tales resultados estadísticos, ¿es posible afirmar las conclusiones que presentan?

supone, por volumen y calidad crecientes, la diversidad de investigaciones que se han realizado en las últimas décadas, también se convierte en uno de los principales problemas ante el que nos encontraremos; ¿la razón?: que todas estas investigaciones, a pesar de contar con información correspondiente a las restantes realizadas previamente, en lugar de realizarse desde presupuestos coincidentes siempre han seguido metodologías y presupuestos distintos, lo que contribuye a complicar las consultas y crear cierto clima de confusión<sup>67</sup>.

Relacionado con este problema que acabamos de mencionar podemos señalar un aspecto metodológico concreto que lo ejemplifica perfectamente.

Una consecuencia de las distintas metodologías empleadas es la no coincidencia en el número de los yacimientos documentados y catalogados dentro de territorios de estudio coincidentes entre un equipo/investigador y los demás.

Como veremos más adelante, dentro de una misma zona prospectiva, incluso un mismo término municipal, dos equipos de investigación distintos que siguen metodologías distintas pueden diferir en la cantidad de yacimientos documentados y catalogados hasta en un 40-50%.

---

<sup>67</sup> Incluso se ignora información ya publicada previamente por otros investigadores; este es el caso del catálogo de yacimientos aportado por el equipo de Fernández-Miranda desde principios de la década de los '90, sin adiciones ni correcciones profundas necesarias, en donde observamos contradicciones y ausencias notables respecto a yacimientos del “Corredor de Almansa” documentados previamente por Simón García. Por suerte, esta problemática ha sido finalmente reconocida, aunque de una forma a nuestro parecer inadecuada (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 35).

Este problema podría ser fácilmente subsanado si los trabajos incluyesen un apéndice en el cual se expliciten las correspondencias de los yacimientos catalogados durante la investigación con los catalogados con anterioridad por otros investigadores.

Otro problema es la denominación de los yacimientos para su identificación. Cada equipo o investigador emplea terminología distinta a la hora de elaborar su lista de yacimientos. La norma general es emplear el topónimo más próximo, algo en lo que a veces ni siquiera encontramos acuerdo. A partir de esta denominación básica se multiplican las complicaciones.

Algunos investigadores cuando se encuentran ante una concentración de yacimientos en un mismo espacio inmediato optan por numerarlos en función del orden de aparición; otros los identifican en función de su posición cardinal; el paradigma último de la falta de políticas unificadoras de la investigación es cuando un mismo yacimiento es denominado con nombres distintos por diferentes investigadores en sus respectivos listados, en ocasiones de manera totalmente intencionada<sup>68</sup>.

<sup>68</sup> Estas contradicciones son tratadas de forma más extensa en el capítulo 8, al tratar sobre “El poblamiento del sureste de la Meseta Sur y territorios anejos durante la Edad del Bronce: una visión general”. Un caso clarísimo lo encontramos en la zona de Liétor, donde López Precioso documentó dos yacimientos que denominó “Casa de la Marta-1” y “Casa de la Marta-2” pero Jordán Montes, con posterioridad, consideró mejor denominar a estos mismos yacimientos “Torgal-1” y “Torgal-2”, acogiéndose “a la toponimia que aparece en el Mapa Topográfico Nacional” (Jordán Montes 2004: 179, nota 79). Al contrario, en Albatana, Jordán Montes denominó como “Los Castellones de Albatana” o “Albatana-3” un yacimiento que, posteriormente recibió la denominación de “El Castellón” por parte

Otro problema es el de la distinta “política” de catalogación llevada a cabo en los distintos estudios. Así, mientras algunos investigadores emplean una denominación numérica para yacimientos cercanos o anejos, del tipo Camarillas-1, Camarillas-2, Chisnar-1, Chisnar-2...<sup>69</sup>, otros trabajos basan su catalogación en criterios geográficos, del tipo Chisnar-N., Chisnar-E.,...<sup>70</sup>, lo cual contribuye a esa “atomización” de la información a la que aludíamos al inicio de este apartado.

Para complicar aún más el panorama, en otros trabajos se observa una terminología no definida que mezcla las dos mencionadas anteriormente, es decir la numérica y la geográfica<sup>71</sup>.

Junto a estos casos también es posible encontrar el problema del uso de múltiples topónimos para denominar a un mismo y único yacimiento; un ejemplo paradigmático de ello es el de un yacimiento del área de la Manchuela albacetense que recibe hasta tres denominaciones distintas según quién lo mencione en sus trabajos: Los Muros/El Paraor/La Asomadilla (Jorquera)<sup>72</sup>.

Una vez más, la inclusión de un apéndice en los artículos o informes donde se es-

de López Precioso (Jordán Montes 1992: 205; se trata de la publicación corregida de su Memoria de Licenciatura, defendida en 1981; López Precioso 1993: 57-58).

<sup>69</sup> Jordán Montes 1981; *id.* 1992; Simón García 1987; Hernández Pérez y Simón García 1994.

<sup>70</sup> Fernández-Miranda *et alii* 1994.

<sup>71</sup> Jordán Montes y Noval Clemente 2002.

<sup>72</sup> Yacimiento datable en la transición entre el “Bronce Final” y la “I Edad del Hierro” (Soria Combadiera y Mata Parreño 2001-2002: 97).



tableciesen las correspondencias entre unas catalogaciones y otras resultaría de enorme importancia y funcionalidad para los estudios y análisis posteriores<sup>73</sup>.

Esta problemática se ha multiplicado exponencialmente durante la realización de las Cartas Arqueológicas de la Provincia de Albacete a lo largo de los últimos años.

Consideramos que estas actuaciones deberían ser tomadas como “deberes implícitos” a la propia investigación por cada uno de los equipos investigadores y que desde las propias instituciones (Consejerías de Cultura y Patrimonio de las CC.AA., Diputaciones Provinciales y/o Museos Provinciales) se podrían establecer las normas unificadoras que agilizaran esta labor.

Del mismo modo, como problema añadido a nuestra investigación, encontramos que muchas de las prospecciones mencionadas aún están pendientes de publicación, con lo que el conocimiento sobre ellas es, desgraciadamente, mínimo. La información depositada en las instituciones pertinentes no siempre es de fácil acceso o directamente no es posible encontrarla allí donde debería encontrarse. En estos casos la única posibilidad es la información directa de prospector a investigador de forma totalmente desinteresada.

Por otra parte, en ocasiones las denominaciones topográficas dadas por investigaciones antiguas, tales como las de Zuazo o Sánchez Jiménez a principios y mitad del

s. XX, son difíciles de rastrear en la actualidad, lo cual añade cierta dificultad al listado de yacimientos, pues quizás se registran como yacimientos distintos algunos que son el mismo pero han recibido distinta denominación<sup>74</sup>.

Así, podríamos empezar destacando los distintos ámbitos espaciales de estudio y la responsabilidad última de su realización<sup>75</sup>. De menor a mayor extensión geográfica encontramos:

### ***Documentación arqueológica (II): Prospección en ámbitos locales***

El estudio arqueológico e histórico de yacimientos y localidades puntuales, sus aldeaños y/o Términos Municipales ha estado por norma general en manos de particulares, principalmente aficionados locales que conocen la zona y demuestran interés por la Historia y la Arqueología de su localidad natal y alrededores.

Tampoco es raro encontrar los casos de “aficionados” con intereses puramente particulares y no necesariamente crematísticos cuya preocupación por el patrimonio colectivo no es proporcional en cuanto a palabras, por lo general comedidas, y hechos: el expolio. Podríamos incluir a este

<sup>74</sup> López Precioso y Noval Clemente 2004: 202.

<sup>75</sup> Nuestro interés es únicamente dar una visión general del tema, sin ánimo de ser exhaustivos, por lo que queremos dejar claro que aquí no se han incluido todos los trabajos de prospección realizados con relación a la zona de estudio sino únicamente algunos de ellos que nos sirvan de guía, por su representatividad, para las conclusiones que esbozaremos a continuación.

<sup>73</sup> Con un criterio en función de la antigüedad de cada estudio; es decir, los estudios más modernos, junto a sus aportaciones en catalogación, deberían establecer las correspondencias con los estudios anteriores que afecten a su mismo ámbito de investigación.

respecto varios casos de museos locales y particulares no necesariamente clandestinos, relacionados en ocasiones, y desgraciadamente, con titulados en nuestra disciplina<sup>76</sup>.

Del mismo modo podemos mencionar casos concretos de páginas web en donde se realizaban críticas a los profesionales de la investigación por parte de personas amparadas en el anonimato, integrantes de un grupo cuya relación curiosamente se basaba en la desconfianza y en las actividades puramente expoliadoras:

[www.detectomania.com](http://www.detectomania.com)<sup>77</sup>.

No obstante, desde aquí hemos de señalar las importantes aportaciones en defensa del Patrimonio Histórico y Arqueológico de algunos integrantes de dicho foro, profundos conocedores *in situ* del terreno<sup>78</sup>.

---

<sup>76</sup> Así son los casos del Museo local de Abengibre, dirigido por un conocido “furtivo” que posteriormente “ha visto la luz” y la denominada “Operación ‘Pozo Moro’”, llevada a cabo por la Guardia Civil en el año 2003 y que supuso la recuperación de importantes materiales arqueológicos expoliados de yacimientos de la provincia de Albacete por miembros de una misma familia oriunda de Pozo Cañada (Albacete).

[[http://www.guardiacivil.org/prensa/notas/noticia.jsp?id\\_noticia=1415](http://www.guardiacivil.org/prensa/notas/noticia.jsp?id_noticia=1415)]

<sup>77</sup> Desde 2007 este *site* está clausurado por las presiones de los organismos judiciales relacionados con temas de Patrimonio Histórico de nuestro país. No obstante, su relevo lo ha tomado en gran medida otra web llamada [www.celtiberia.net](http://www.celtiberia.net).

<sup>78</sup> Es el caso de la persona que se oculta tras el “nick” *Olca-de* (su nombre es José Luis Fernández Montoro), habitual de este foro y también de otros más como “[www.celtiberia.net](http://www.celtiberia.net)” y “[www.laxxxdeantonino.es.mn](http://www.laxxxdeantonino.es.mn)”.

Ha estudiado la problemática de la *mansio* romana “Laminio” y ha denunciado la destrucción de importantes restos patrimoniales históricos como el “Puente de Cansalobos” y

Ejemplos de prospecciones dentro de estos ámbitos locales son rastreables desde momentos muy tempranos de la investigación en la provincia, caso de D. Pascual Serrano, maestro de la localidad de Bonete que realizó prospecciones y excavaciones en importantes yacimientos ibéricos a finales del s. XIX e inicios del s. XX, tales como El Llano de la Consolación y El Amarejo, o Juan Jiménez Llamas, prospector del Abate Breuil a las órdenes de Federico de Motos<sup>79</sup>.

Otras zonas también han podido ser mejor conocidas gracias a la colaboración de aficionados que han dedicado parte de su tiempo a prospectar, generalmente sin ningún tipo de criterio científico aunque no siempre, el entorno inmediato al lugar donde residen; ejemplo de éste último sería D. Rafael Piqueras García, quien prospectó varios poblados de la Edad del Bronce dentro del Corredor de Almansa, y que a su vez facilitó tanto el conocimiento de esos yacimientos así como el estudio de los materiales recogidos en las mismas a D. José Luis Simón García durante la realización de la Carta Arqueológica de esta zona<sup>80</sup>.

Por supuesto tampoco han faltado prospecciones, generalmente individuales, dirigidas desde instituciones universitarias, tales como la Universidad de Alicante, que

---

el tramo de la calzada romana entre Albacete y el “Pozo de la Peña”.

(<http://www.geocities.com/expoliocalzadaromanaalbacete/>)

<sup>79</sup> Ripoll Perelló 1988: 59 y ss.

<sup>80</sup> J.L. Simón García 1984: 77.

se plasmarían en interesantes estudios prospectivos como los de J.L. Simón García sobre el Corredor de Almansa<sup>81</sup> o M<sup>a</sup>. Luz Pérez Amorós sobre el Término Municipal de Caudete<sup>82</sup>.

También distintos investigadores individuales o asociados a otros, no vinculados a ámbitos universitarios, se han encargado de la realización de prospecciones de términos municipales como son los recientes casos de Riópar<sup>83</sup> y Liétor<sup>84</sup>.

En este apartado también podríamos incluir estudios bastante notables como los del Término Municipal de Munera, a cargo de García Solana<sup>85</sup>.

A modo de ejemplo de la prospección limitada al entorno inmediato de un yacimiento podemos mencionar el yacimiento paleolítico de la Fuente del Halcón (Ayna, Albacete)<sup>86</sup>.

Actualmente muchas empresas privadas dedicadas a intervenciones arqueológicas e investigadores particulares se encargan de proporcionar a las administraciones la información necesaria para la elaboración de las Cartas Arqueológicas<sup>87</sup>.

<sup>81</sup> J.L. Simón García, 1987.

<sup>82</sup> M<sup>a</sup>. Luz Pérez Amorós, 1990.

<sup>83</sup> J.F. Jordán Montes y R. Noval Clemente 2002: 349-374.

<sup>84</sup> Jordán Montes 2004.

<sup>85</sup> 1966; *id.* 1976.

<sup>86</sup> López Campuzano, Jordán Montes y Marín de Espinosa Sánchez 2003.

<sup>87</sup> Los informes de prospección motivados por la necesidad de elaborar la Carta Arqueológica provincial actualizada y como protección del Patrimonio Histórico amenazado por la "obra civil", como sería la construcción de los

### **Documentación arqueológica (III): Prospección en ámbitos comarcales**

En este caso destacan las prospecciones realizadas bajo el auspicio de instituciones oficiales, aunque no son las únicas. A modo de ejemplo podríamos citar el conocimiento que tenemos del Corredor de Almansa y zonas limítrofes (términos de Almansa, Montealegre del Castillo, Fuente Álamo, Bonete, Corral Rubio y Caudete), prospecciones dirigidas por Hernández Pérez, de la Universidad de Alicante<sup>88</sup>.

Una primera carta arqueológica de la comarca de Socovos fue hecha por José Luis Sánchez Gómez<sup>89</sup>, siguiendo los pasos y trabajos de Fernández Baudín<sup>90</sup>, sin ningún tipo de amparo institucional.

Por su parte, uno de los trabajos pioneros fue abordado por Juan Francisco Jordán Montes, quien estudió el poblamiento antiguo de la Comarca de Hellín y Tobarra<sup>91</sup>, trabajo dirigido por la Dra. Muñoz Amilibia de la Universidad de Murcia.

abundantes parques eólicos presentes en la provincia de Albacete, se encuentran depositados en la Delegación provincial de Educación y Cultura de Albacete. Buena parte de estos informes y la responsabilidad última de su realización se encuentra mencionada en Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 141 y ss.

<sup>88</sup> J.L. Simón García 1987.

<sup>89</sup> 1984.

<sup>90</sup> 1961.

<sup>91</sup> 1981 y 1992.



Un equipo interinstitucional dirigido por Fernández-Miranda se encargó de la prospección de varios términos municipales incluidos en la mitad septentrional de la provincia<sup>92</sup>; prospecciones que, como veremos a continuación, se englobaban dentro de un programa de investigación de amplia proyección geográfica.

López Precioso también ha venido desarrollando, bien en solitario, bien junto a Noval Clemente u otros investigadores desde finales de la década de los '80 del siglo pasado una importante labor en la zona de la comarca de Hellín.

#### ***Documentación arqueológica (IV): Prospección en ámbito provincial***

No tenemos conocimiento de actuaciones prospectivas que incluyan la totalidad de la provincia de forma global; únicamente mencionamos la realización de la Carta Arqueológica Provincial.

Lo más cercano a un estudio provincial de conjunto es el programa de investigación dirigido entre finales de la década de los '80 y primeros años de la década de los '90 por M. Fernández-Miranda, aunque este programa se limitó exclusivamente a la porción septentrional de la provincia<sup>93</sup>.

---

<sup>92</sup> Buena parte de la amplia bibliografía desarrollada por este equipo ya ha sido mencionada en notas a pie de página anteriores.

<sup>93</sup> En especial: Fernández-Miranda *et alii* 1994; Fernández-Posse, Gilman y Martín 2001; Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008.

Entrando en antecedentes de la investigación y con respecto al tema específico que estudiamos en este trabajo, conviene aclarar que ha sido únicamente abordado por un investigador con anterioridad, F.J. López Precioso, actualmente Director del Museo Comarcal de Hellín.

Este investigador decidió a mediados de la década de los '80 centrar su atención en unas etapas que resultaban prácticamente desconocidas para la investigación. Sus trabajos son referencia fundamental para profundizar en la cuestión<sup>94</sup>.

#### ***Documentación arqueológica (V): Prospección en ámbito supraprovincial / interprovincial***

Mencionaremos únicamente un ejemplo:

Los trabajos del equipo de M. Fernández-Miranda, ya comentados sobradamente, incluyeron pequeñas porciones de la zona oriental de la provincia de Ciudad Real, aunque los datos al respecto son escasísimos y dan para poco comentario.

Su investigación buscaba única y deliberadamente yacimientos de tipologías concretas de la etapa inicial y plena de la Edad del Bronce.

---

<sup>94</sup> En especial: 1993, 1994.

## Epigrafía y Numismática

Se trata de una documentación necesitada, a nuestro parecer, de nuevos impulsos.

A pesar de que existen ciertos trabajos generales específicos para nuestra “*Región nuclear*” sobre epigrafía<sup>95</sup> y numismática<sup>96</sup>, son de alcance cronológico muy concreto y reducido que poco tienen que ver con las etapas históricas que nos ocupan, a pesar de que la numismática nos resultará de gran ayuda en algunos aspectos complementarios de nuestra investigación relacionados con la identificación de las etnias prerromanas.

En realidad, los principales problemas que debemos señalar es el hecho de la “atomización” de la información y documentación relativas a estas disciplinas.

Lógicamente contamos con *corpora* que afortunadamente podemos consultar, como los *Monumenta Linguarum Hispanicarum* editados por Untermann<sup>97</sup>, pero actualmente deben ser puestos al día.

Otras publicaciones interesantes que contribuyen a exponer “estados de la cuestión” y la actualización permanente de nuestro conocimiento son los *Coloquios*

---

<sup>95</sup> Referida únicamente a la epigrafía romana (Abascal Palazón 1990).

<sup>96</sup> Un trabajo realmente encomiable es el de Sanz Gamo (1997), aunque referido principalmente al período cronológico comprendido entre el 237 a.C. y el 57 d.C. Incluye una completa bibliografía.

<sup>97</sup> 1975, 1980, 1990 y 1997.

sobre *Lenguas y Culturas Paleohispánicas*<sup>98</sup> y la *Revista sobre Lenguas y Culturas de la Hispania Antigua*<sup>99</sup>.

Echamos de menos un trabajo más específico para nuestra zona de estudio, y desde aquí animamos a las distintas instituciones que tienen competencias en nuestra “*Región nuclear*” a que apoyen la realización de este tipo de trabajos.

En el caso de querer consultar la documentación sobre numismática debemos aunar multitud de estudios parciales, lo mismo que ocurre si queremos analizar la epigrafía ibérica.

Por ello, una vez más queremos llamar la atención sobre la necesidad de elaborar *corpora* actualizados tanto de documentación numismática como epigráfica, del mismo modo que desde las instituciones se fomenta la elaboración de una completa y actualizada Carta Arqueológica.

---

<sup>98</sup> Iniciados en 1974 (publicado en 1976) y celebrados de forma constante aunque irregular, han sido principalmente promovidos desde la Universidad de Salamanca.

<sup>99</sup> (anual desde 2001 a 2014). Promovida desde la Institución “Fernando el Católico” de Zaragoza.

## 7. EL POBLAMIENTO DEL SURESTE DE LA MESETA DURANTE LA EDAD DEL BRONCE: UNA VISIÓN GENERAL



## 7. EL POBLAMIENTO DEL SURESTE DE LA MESETA DURANTE LA EDAD DEL BRONCE: UNA VISIÓN GENERAL

Haciendo un breve repaso de las posiciones de distintos investigadores respecto al poblamiento general durante la Edad del Bronce en el ámbito de estudio o limitado a zonas concretas (comarcas, términos municipales), podremos establecer una primera idea a partir de la cual apuntar una serie de características y conclusiones.

Posteriormente, y una vez que contemos con una visión general para la Edad del Bronce en su conjunto nos centraremos particularmente en sus últimas etapas, lo que permitirá *a posteriori* analizar similitudes y diferencias en el poblamiento protohistórico.

Pasaremos a continuación a abordar en profundidad el período histórico que cronológicamente seguiría al “Neolítico Final”-“Eneolítico” en nuestra “Región nuclear”: La “Edad del Bronce”.

### Aspectos cronológicos previos

Queremos dejar claro desde el primer momento que las líneas que siguen no buscan ser una exhaustiva historiografía respecto a las propuestas cronológicas referidas al período histórico del “Bronce Final”.

Hemos recogido únicamente algunas propuestas teniendo siempre en cuenta que

las que no hemos recogido, a pesar de conocerlas, no aportan ningún cambio sustancial a las expuestas y, en muchos casos, pueden considerarse superadas.

A partir de los trabajos realizados por distintas/os investigadoras/es o equipos de investigación en esas zonas que hemos mencionado, en la actualidad creemos que podemos replantear el marco cronológico referente al “Bronce Final” en nuestra zona de estudio.

### “Cogotas I”

Comenzaremos con las cronologías referentes a la Cultura denominada “Cogotas I”. El motivo de nuestra elección se basa en que, en general, dentro de la investigación relativa a la Prehistoria Reciente Peninsular se ha venido caracterizando el Horizonte histórico del “Bronce Final” a partir de la aparición en los yacimientos de cerámicas con decoraciones del grupo “Cogotas I”<sup>1</sup>. Nuestra “Región Nuclear” no es ajena a este hecho, lo que justifica sobradamente nuestro planteamiento.

La cronología inicial de la “Fase Plena” de esta Cultura, en su zona nuclear<sup>2</sup>, estaría

<sup>1</sup> Fernández-Posse *et alii* 1996: 125; Mederos 1997: 74; Pereira Sieso 2007: 127 y ss.

<sup>2</sup> Principalmente la zona de la cuenca del río Duero y la zona del Alto Tajo (Abarquero Moras 2005: 68 y ss.).

en torno al 1550-1450 A.C. según las últimas dataciones radiocarbónicas calibradas<sup>3</sup>.

En estos momentos es también cuando se generaliza su presencia en el sudeste peninsular, aunque existen casos anteriores en los que se documentan en contextos argáricos cerámicas de la denominada fase “Proto-Cogotas I”<sup>4</sup>, lo que ya indica unos claros contactos e intercambios a través de la Meseta Sur.

En la década de los 80 del s. XX, convencionalmente se consideró que el apogeo o “Fase Plena” de la Cultura “Cogotas I” se situaba en torno a los inicios del Bronce Final<sup>5</sup> y, por este hecho, la aparición de cerámicas del tipo “Cogotas I”, principalmente las que presentaban decoración “a boquique”<sup>6</sup>, en los yacimientos estudiados era un modo de fechar los contextos arqueológicos dentro de unas fechas bastante precisas<sup>7</sup>.

Otra posición, que a tenor de las dataciones que se iban conociendo terminó por hacerse mayoritaria, fue la que “identificaba la presencia de elementos de tipo ‘Cogotas I’ con un momento cronocultural concreto que se usaba como broche de unión entre las fases tradicionales del ‘Bronce Pleno’ y del ‘Bronce Final’, el llamado ‘Bronce Tardío’”<sup>8</sup>.

<sup>3</sup> Castro, Lull y Mico 1996: 155 y ss.; Abarquero Moras 2005: 65; Blanco González 2014: 305 y ss.

<sup>4</sup> Castro, Lull y Mico 1996: 167.

<sup>5</sup> Abarquero Moras 2005: 59.

<sup>6</sup> Decoración ejecutada por medio de un punzón o sierra dentada creando trazos pequeños y sucesivos a lo largo de una línea incisa continua.

<sup>7</sup> Almagro-Gorbea 1977: 148-149.

<sup>8</sup> Abarquero Moras 2005: 16-17.

Esta posición se refería principalmente al Sureste y el Sur del País Valenciano.

En general, la cronología de inicio de “Cogotas I” no sobrepasaba el s. XV a.C., aunque era en su “Fase de apogeo” cuando se expandía por otros territorios peninsulares ajenos a su área nuclear<sup>9</sup>.

Posteriormente, las revisiones cronológicas de las dataciones han ido elevando las cronologías de origen de la Cultura de “Cogotas I” y, por tanto de sus distintas fases históricas, lo que, lógicamente ha ido descuadrando las periodizaciones de otros ámbitos geográficos peninsulares que tomaban aquellas como referencia.

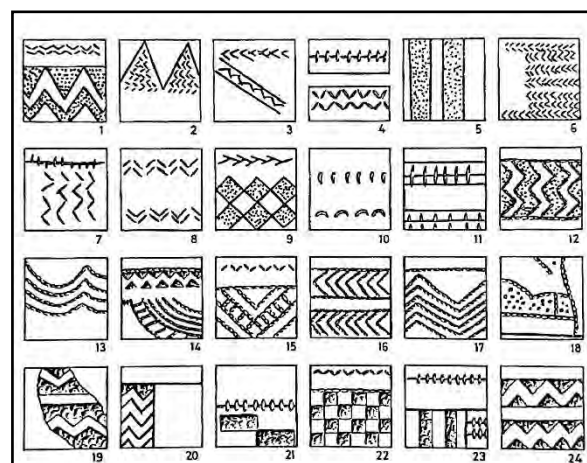


FIGURA 7.1: Principales motivos decorativos tipo “Cogotas I” en yacimientos del Sureste de la Meseta<sup>10</sup>

Actualmente, se acepta que la fabricación y difusión de las cerámicas decoradas del tipo “Cogotas I” abarcan tanto una parte del “Bronce Pleno” como únicamente parte del “Bronce Final”:

<sup>9</sup> Fdez.-Posse 1982.

<sup>10</sup> Según Abarquero 2005.

Las cerámicas que pueden ser identificadas como plenamente “Cogotas I” no parecen abarcar cronológicamente más allá del 1150 cal. AC<sup>11</sup>.

El problema metodológico que aquí vemos es el hecho de haber identificado unos objetos cerámicos muy concretos como “fósil guía” del “Bronce Tardío” e inicio del “Bronce Final” en los contextos arqueológicos donde aparecen, sin estudiar realmente si los demás aspectos materiales y culturales permiten considerar tal cambio.

La llegada de tales objetos cerámicos no implica intrínsecamente cambios trascendentes en la vida cultural de las comunidades que los reciben.

Actualmente, las investigaciones se encaminan más a interpretar y valorar la expansión de la cerámica de “Cogotas I” como *“resultado de relaciones sociales a distinta escala y en distintos ámbitos, personal, familiar, tribal”* dentro del *“desarrollo de una mayor interacción cultural entre las comunidades de la Península Ibérica en la transición del Bronce Pleno al Bronce Final”*<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> Abarquero Moras 2005: 65; Galán Saulnier y Hernando Grande 1997: 322. Lógicamente abarcaría del mismo modo el “Bronce Tardío” en aquellas zonas donde se propone su periodización. No obstante, la posición de Castro Martínez *et alii* es la de no rebajar más allá del 1000 cal. ANE el final de este estilo cerámico, excepto en áreas marginales aunque podrían considerarse cerámicas que únicamente reproducen ciertos aspectos de la tradición “Cogotas I” (1996: 166-167). Esta misma idea, pero colocando los momentos finales de las cerámicas “Cogotas I” no más allá del 1150 cal. AC, parece ser la más aceptada actualmente, tal y como recoge Blanco González 2014 (que incluye la bibliografía relacionada más señalada).

<sup>12</sup> Pereira Sieso 2007: 131. No obstante seguimos observando en estos argumentos la identificación “expansión Cogotas I=Bronce Final”.

Esta puesta en antecedentes respecto a las dataciones de los elementos tipológicos de tipo “Cogotas I” tiene su explicación en el hecho de que nuestra zona de estudio no es ajena a la presencia de esos elementos y, por tanto, todas las consideraciones mencionadas han tenido su reflejo en la investigación.

No obstante, para nuestra zona de estudio, podemos considerar que el impacto de las influencias “Cogotas I” debe ser claramente matizado y su intensidad rebajada<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> Abarquero es quien ha estudiado la mayor parte de los escasos fragmentos de cerámicas consideradas de tipo “Cogotas I” encontradas en yacimientos de la provincia de Albacete; en su trabajo de clasificación las considera todas de segunda categoría dentro del tipo B dentro de los poblados de “expansión” de las influencias “Cogotas I”. Es decir, “enclaves en los que existe un menor número de especies protagonistas de la injerencia material o éstas están algo más alejadas, en cuanto a su aspecto final, de las de la Meseta Interior”. Los ejemplos documentados en el poblado de “El Amarejo” (Bonete) los data dentro de la fase “Plena” de “Cogotas I”, mientras que aquellos del yacimiento de “El Castellón” (Hellín-Albatana) los data, con dudas, en una fase “Evolucionada” (2005: 387, 485-486). La cronología de “El Amarejo” dentro de esas cronologías para la fase “Plena” de “Cogotas I” cuadra perfectamente con algunos otros elementos materiales localizados en este yacimiento, como una valva de molde de fundición de una empuñadura de arma, una punta de flecha de sílex con pedúnculo y aletas, un brazal de arquero, un cuchillo de cobre del Tipo III de Blance, todo ello recuperado durante las primeras campañas de excavación (Broncano 1984; Broncano y Blánquez 1985) y un fragmento de recipiente cerámico de cocción reductora y acabado bruñido, borde exvasado de labio recto y acusada carena en la zona media de la vasija, que pudimos documentar y fotografiar en una visita al yacimiento. En opinión de Abarquero: “la presencia de Cogotas I en Ciudad Real y Albacete sólo responde a un fenómeno de influencia material, de carácter secundario, sin que se alteren las estructuras poblacionales preexistentes” (2005: 288). Sin embargo, llega a considerar el yacimiento de “El Amarejo” como una “estación referencial”, situada en los límites de “expansión” del grupo meseteño, en los márgenes de la zona de contacto, o en puntos estratégicos de las líneas naturales de comunicación que, además, es también una importante población local asentada en un establecimiento destacado en el terreno y que traspasa los



## El “Bronce de La Mancha”

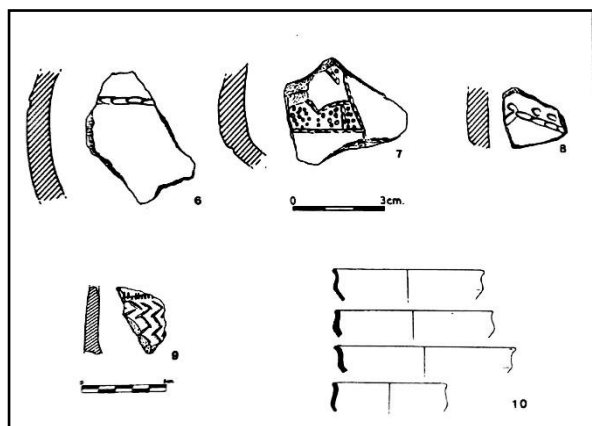


FIGURA 7.2: 6-9, cerámicas de “El Amarejo” (Bonete, Albacete); 10, perfiles cerámicos de la fase denominada por López Precioso (1993a y 1994) “Bronce Final Inicial” de “El Castellón” (Hellín, Albacete)<sup>14</sup>

Para la zona nuclear de “Cogotas I” se suele aceptar una cronología del “Bronce Final” comprendida entre el 1200-800/750 a.C., fechas sin calibrar<sup>15</sup>.

influjos a través de su territorio o los recibe como si fuese el último eslabón de la cadena (2005: 460-461). Queremos señalar que Abarquero es de la opinión de que en el yacimiento de “El Amarejo” la ocupación asociada a esas cerámicas se puede fechar a inicios del “Bronce Final”, en un momento paralelo también al “Bronce Tardío” del Sureste” (el subrayado es nuestro). Por nuestras visitas a los fondos del Museo Provincial de Albacete tenemos conocimiento de la existencia de otros fragmentos de interés para su estudio pero que se encuentran sin publicar (*vide infra*).

<sup>14</sup> Tomado de Abarquero Mora 2005: 150 fig. 47.

<sup>15</sup> Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero 1992: 471 fig.3.

Se conoce genéricamente como “Bronce de La Mancha” o “Bronce Manchego” a una serie de manifestaciones culturales con “caracteres comunes y matices diferentes” que definen un horizonte cultural común, conformado por varias facies, documentado arqueológicamente en la Submeseta Sur durante el período cronológico de la “Edad del Bronce” en sus etapas iniciales<sup>16</sup>.

Dentro de la cronología del denominado “Bronce de La Mancha”, un trabajo trascendental y muy pionero en su momento fue el llevado a cabo por el equipo de Manuel Fernández-Miranda<sup>17</sup>.

Dado que existía una antigua discusión sobre qué variante del “Bronce clásico” peninsular tenía prioridad cronológica, y ya que tradicionalmente se había considerado la “Edad del Bronce” en La Mancha como muy dependiente en su origen y desarrollo de la “Cultura Argárica” de Murcia y Andalucía Oriental<sup>18</sup>, este equipo decidió recopilar y comparar todas las fechas radiocarbónicas conocidas hasta ese momento que pudiesen ayudar a aportar cierta luz sobre el tema.

Las conclusiones a las que pudieron llegar son de enorme interés y, aún actualmente, contribuyen de forma muy estimable al estudio de la “Edad del Bronce”

<sup>16</sup> Nieto Gallo y Sánchez Meseguer 1983: 34; *id.* 1988: 221.

<sup>17</sup> Fernández-Posse *et alii* 1996.

<sup>18</sup> Prácticamente se consideraba la provincia de Albacete como una zona cultural marginal y retardataria, sin personalidad propia y, prácticamente, una mera prolongación cultural de otras zonas vecinas (Fernández-Posse *et alii* 1996: 113 y 114).

en todo el cuadrante suroriental de la Península Ibérica.

El análisis de todas las fechas radiocarbónicas estudiadas dio como resultado la inexistencia de una prioridad de ninguna zona del cuadrante sureste sobre otras y que el intervalo real del “Bronce Clásico” correspondía a unas fechas que abarcaban desde el 2200 calBC y el 1500 calBC<sup>19</sup>.

Destacamos aquí que “el patrón general de los datos cronológicos existentes no sugiere la dispersión de un nuevo modo de vida desde el núcleo en el sureste árido hacia una periferia, sino que indica una transición social y cultural abrupta en todo el cuadrante sureste de la Península. Al parecer, en toda esta zona tuvieron lugar, en un período de escasas generaciones, cambios profundos tanto en los patrones de asentamiento como en las prácticas funerarias”<sup>20</sup>.

También resaltaron una problemática a la que ya hemos aludido anteriormente: el hecho de que la aparición de cerámicas de tipo “Cogotas I” en un conjunto arqueológico llevase a identificarlo *ipso facto* como “Bronce Final”.

<sup>19</sup> Fernández-Posse *et alii* 1996: 123.

<sup>20</sup> Fernández-Posse *et alii* 1996: 125.

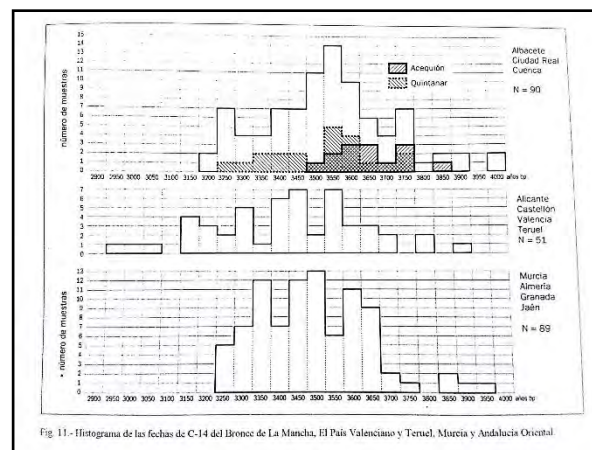


FIGURA 7.3: Comparación entre las dataciones radiocarbónicas del cuadrante SE. de la Península Ibérica (Fdez.-Posse *et alii* 1996)

Y añaden que, dada la escasa lectura procesual de la transición del “Bronce Clásico” al “Bronce Final” en el cuadrante sureste de la Península Ibérica, sería prematuro llegar a una interpretación de las diferencias que existen entre las distintas regiones de esa zona<sup>21</sup>.

Respecto a esta última afirmación mostramos un cierto desacuerdo, aunque debemos señalar que son los grandes avances realizados en las dos últimas décadas los que hacen posible refutar su argumento.

Entre estos avances es necesario mencionar las nuevas dataciones radiocarbónicas del yacimiento de “El Acequiñón” (Albacete), presentadas por Balsera Nieto, en la “I Reunión Científica de Arqueología de Albacete”, celebrada en el mes de Enero de 2015.

<sup>21</sup> Fernández-Posse *et alii* 1996: 125. En otra publicación anterior consideran la individualización de un “Bronce Tardío”, con escasísimos ejemplos, a continuación del “Bronce Pleno” (Fernández-Miranda *et alii* 1994: 270).

Las dataciones más antiguas conocidas para el yacimiento de “El Acequión” pertenecían al momento inicial de la “Fase I” de ocupación del yacimiento junto al arranque interior de la muralla (3760±70 BP)<sup>22</sup> y al final de la “Fase II” (2192-1969 cal. AC)<sup>23</sup>.



FIGURA 7.4: Vista del yacimiento de “El Acequión” (Albacete, Albacete) en proceso de excavación<sup>24</sup>

El equipo investigador de este yacimiento empleaba, por ello, argumentos que proponían que la “Edad del Bronce” en

<sup>22</sup> Fernández-Posse, Gilman y Martín 1996: 119. La denominación “BP” responde al acrónimo del término inglés “Before Present”. Su datación sería, por tanto, en torno al 2200 cal. AC.

<sup>23</sup> Fernández-Miranda *et alii* 1995: 313. También existía una fecha “anómala” para la Fase II con una datación del 3850±35 BP, que parece explicarse por haber sido tomada sobre una muestra de “vida larga” como es una viga constructiva (Fernández-Posse, Gilman y Martín 1996: 123).

<sup>24</sup> Martín Morales *et alii* 1993.

La Mancha tenía su inicio con anterioridad al 2200 cal. AC<sup>25</sup>.

En trabajos más recientes de algunos miembros de este equipo ya llegaban a afirmar que las comunidades del “Bronce Manchego” ya estaban asentadas en toda la región hacia el 2400-2300 a.C.<sup>26</sup>



FIGURA 7.5: Vista actual de “El Acequión” (Albacete, Albacete)<sup>27</sup>

Balsera Nieto, en la ya mencionada “I Reunión Científica de Arqueología de Albacete”, dio a conocer nuevas dataciones cronológicas que situaban la ocupación de este yacimiento albacetense entre el 2387 cal. BC y el 1195 cal. BC<sup>28</sup>.

<sup>25</sup> Siempre y cuando consideremos que el yacimiento tipo “motilla” de El Acequión debe ser encuadrado desde sus primeros momentos en la “Edad del Bronce”; sin embargo no encontramos explicitados los argumentos para realizar esta afirmación. Volveremos sobre esta problemática más adelante.

<sup>26</sup> Fernández-Posse y Martín Morales 2007: 110.

<sup>27</sup> En <http://www.panoramio.com/photo/22688301>;

última consulta el 24-09-2015.

<sup>28</sup> Balsera Nieto forma parte de un amplio equipo que comparte miembros y trayectoria científica del equipo originalmente formado por Manuel Fernández-Miranda. Su comunicación llevaba por título “El poblado de El

La datación más antigua ayudaría a corroborar los argumentos ya mencionados respecto a que las comunidades del “Bronce Manchego” ya estaban asentadas en esta zona hacia el 2400-2300 cal. AC, y la fecha final aportada por Balsera Nieto es de enorme interés. Por un lado, esa datación tan tardía rompe con las consideraciones de descontextualización entre la fase del “Bronce Pleno” o “Clásico” y la/s etapa/s inmediatamente posterior/es y última/s de la “Edad del Bronce” que defendía aquel equipo, y viene a coincidir con otras dataciones radiocarbónicas modernas conocidas de otros yacimientos similares tipológicamente y sincrónicos en otras zonas de La Mancha<sup>29</sup>.

No obstante, ya teníamos conocimiento de dos dataciones procedentes de este yacimiento que se situaban entre *c.* 1270-1230 cal. ANE, pero sobre las que existe cierta confusión y no fueron tenidas en cuenta por su problemática<sup>30</sup>. El equipo de investigación de Castro Martínez *et alii*, al mencionarlas afirma no conocerse su procedencia contextual exacta y que por ello no fueron tenidas en cuenta en las dataciones aportadas<sup>31</sup>.

Sin embargo, en los trabajos del equipo de Fernández-Miranda sí se explicita que las muestras que aportaban las dataciones

---

Acequión: nuevos datos sobre la paleodieta y la movilidad humana durante la Edad del Bronce”. Sin embargo desconocemos el contexto y características de las muestras analizadas.

<sup>29</sup> Nos referimos al yacimiento más exhaustivamente excavado, que es la “Motilla de El Azuer” (Daimiel, Ciudad Real), cuya cronología final se sitúa *ca.* 1350 cal. AC. (Nájera *et alii* 2012).

<sup>30</sup> Fdez.-Posse *et alii* 1996: 119-120 y 127.

<sup>31</sup> Castro Martínez *et alii* 1996: 131; se trata de las muestras UGRA-308 y UGRA-309.

más modernas, pertenecientes a la “Fase III”, última de ocupación del yacimiento, fueron tomadas en los tres niveles de cabañas superpuestas que componen dicha fase de unas vigas o postes y de una mancha de carbón<sup>32</sup>.

Igualmente, también encontramos una confusión en la denominación de las muestras; así, el equipo de Fernández-Miranda menciona las muestras UGRA-307 y UGRA-309, mientras que el equipo de Castro Martínez habla de las muestras UGRA-308 y UGRA-309<sup>33</sup>.

Es cierto que no se documenta una ocupación continuada en el yacimiento de “El Acequión” a lo largo de toda su ocupación. Existen largos lapsos de tiempo en que el yacimiento, o al menos la zona excavada, quedó desocupado para volver a ser ocupado intermitentemente<sup>34</sup>. Lo interesante es ver que recurrentemente su ocupación topográfica fue aprovechada a lo largo de toda la “Edad del Bronce” e incluso, posteriormente, en la II “Edad del Hierro”<sup>35</sup>.

Estas dataciones tan recientes aportadas por Balsera Nieto las ponemos en relación con la mención hecha por Castro Martínez *et alii* respecto a que aún existía una amplia serie de dataciones radiocarbónicas de “El Acequión” (Albacete) y la “Morra del Quintanar” (Munera, Albacete) que aún no habían sido

---

<sup>32</sup> Fernández-Posse, Gilman y Martín 1996: 119 y 120.

<sup>33</sup> La denominada muestra UGRA-308 no la encontramos mencionada en ninguno de los trabajos del equipo de Fernández-Miranda, por lo que entendemos que se trata de una errata del equipo de Castro Martínez y, en realidad, se trata de la muestra UGRA-307.

<sup>34</sup> Fernández-Miranda *et alii* 1995; Fernández-Posse, Gilman y Martín 1996; Llorach *et alii* 2000: 42.

<sup>35</sup> *Vide infra*.



analizadas y que ayudarían a definir con mayor precisión la diacronía del “Bronce de las Motillas”<sup>36</sup>.

No obstante, desconocemos los detalles respecto al origen de esas muestras, por lo que convendrá mostrar cierta prudencia al respecto.

Respecto a la “Morra del Quintanar”, el equipo de Castro Martínez consideró que sus dataciones radiocarbónicas más antiguas comprendían un intervalo entre c. 2425-2200 cal. ANE y las más recientes no bajaban de c. 1650 cal. ANE<sup>37</sup>.

El equipo investigador de este yacimiento empleaba, por ello, argumentos que proponían que la “Edad del Bronce” en La Mancha tenía su inicio con anterioridad al 2200 cal. AC<sup>38</sup>.



FIGURA 7.6: La “Morra del Quintanar” (Munera, Albacete)<sup>39</sup>

<sup>36</sup> 1996: 129 nota 144; aclaran que el conocimiento de esas dataciones se lo ha aportado C. Martín Morales.

<sup>37</sup> 1996: 130-131.

<sup>38</sup> Siempre y cuando consideremos que el yacimiento tipo “motilla” de El Acequión debe ser encuadrado desde sus primeros momentos en la “Edad del Bronce”; sin embargo no encontramos explicitados los argumentos para realizar esta afirmación. Volveremos sobre esta problemática más adelante.

<sup>39</sup> Fdez.-Posse *et alii* 2008: 392 lámina IV nº 049.

El sector extramuros localizado en las inmediaciones de la morra habría sido ocupado ligeramente antes, con una datación de su momento de destrucción no anterior al 2114 cal. BC<sup>40</sup>.

Resulta muy curiosa esa diferencia de criterios entre ambos equipos a la hora de datar cronológicamente el yacimiento.

Para contextualizar aún mejor las conclusiones a las que llegaremos al final de este capítulo, es necesario exponer que Fernández-Miranda y su equipo ofrecieron un cuadro cronológico que también nos gustaría mencionar.

Según sus conclusiones, el “Bronce Manchego”, a partir de dataciones radiocarbónicas, podría ser dividido en tres fases<sup>41</sup>:

-Inicial: del 2600 al 2200 cal. BC

-Apogeo: del 2200 al 1700 cal. BC

-Final: del 1700 al 1500 cal. BC

Debemos tener en cuenta, tal y como veremos más adelante al tratar en detalle la periodización de la Edad del Bronce en nuestra “Región Nuclear”, que el equipo de Fernández-Miranda denominaba “Bronce de La Mancha” al período histórico que aglutinaba el conocido como “Bronce Clásico”, que incluía únicamente el “Bronce Inicial” y el “Bronce Medio”<sup>42</sup>.

<sup>40</sup> Fernández-Miranda *et alii* 1994; *id.* 1995: 313.

<sup>41</sup> Fernández-Miranda *et alii* 1995: 312 y ss.

<sup>42</sup> Esta posición es compartida por otros investigadores (López Precioso 1994: 297).

Consideramos de justicia reconocer el mérito de los trabajos de este equipo para la datación cronológica del “Bronce Manchego”, en el cual fueron claramente pioneros en la utilización de las fechas radiocarbónicas.

Apenas un año después, varios miembros de este equipo de investigación realizando un sano ejercicio de autocrítica calificaban esa propuesta cronológica como carente de contenido arqueológico definido y consecuencia de una cierta “ingenuidad”, ya que no servía para “desenredar el palimpsesto cronológico de nuestro estudio de poblamiento”<sup>43</sup>.

Podemos observar la variabilidad que un mismo equipo de investigación puede llegar a contemplar en relación con las fechas de inicio del período de la “Edad del Bronce”.

Por otro lado, el magnífico trabajo de los ya mencionados Castro Martínez y su equipo, en colaboración con C. Rihuete Herrada, proporcionó a partir de cuarenta y tres dataciones un lapso temporal para el “Bronce de las Motillas” o “Bronce Manchego” comprendido entre c. 2550 y c. 1600 cal. ANE<sup>44</sup>.

En consonancia con estas posiciones mencionadas, el equipo de investigación de la “Motilla de El Azuer” sitúa en el marco cronológico 1600-1400/1350 cal. AC una etapa que denominan “Bronce Tardío”, aunque no explicitan si la hacen extensible

a todo el territorio manchego o únicamente a las zonas más inmediatas<sup>45</sup>.



FIGURA 7.7: Vista aérea de la “Motilla de El Azuer” -1976<sup>46</sup>

No obstante, nosotros queremos incluir también las dataciones radiocarbónicas de un yacimiento albacetense que ayudan a abordar de manera más completa la cronología de la “Edad del Bronce” en Castilla-La Mancha y, más concretamente, en nuestra “Región Nuclear”: El “Cerro de El Cuchillo” (Almansa, Albacete)<sup>47</sup>.

<sup>45</sup> Nájera *et alii* 2012: 155; no obstante, suponemos que la idea principal es hacerlo extensible al horizonte cultural en el que ellos se centran, que es el “Bronce de La Mancha”. Por el mismo hecho, suponemos que consideran la existencia de un “Bronce Final” a partir del 1350 cal. AC en adelante.

<sup>46</sup> En <http://tablasdedaimiel.com/noticia/8164/el-tiempo-en-que-descubrimos-la-motilla-del-azuer-parte-ii>.

Consultada por última vez el 24-09-2015.

<sup>47</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994.

<sup>43</sup> Fernández-Posse, Gilman y Martín 1996: 126.

<sup>44</sup> 1996: 128 y ss. A partir del 1600 cal. AC comenzaría el “Bronce Tardío”.



FIGURA 7.8: Yacimiento del “Cerro de El Cuchillo”  
(Almansa, Albacete)

A pesar de que este yacimiento no ha sido publicado en su totalidad, pues únicamente existen datos de un 50% aproximadamente de su superficie ocupada, las dataciones recogidas por su equipo de excavación deben ser puestas de relieve.

Las dataciones de este yacimiento muestran un abanico cronológico que abarca desde unos momentos anteriores al  $3590 \pm 90$  BP<sup>48</sup> hasta el  $3390 \pm 90$  BP<sup>49</sup>, es decir entre el 1640 cal. y el 1440 cal. AC<sup>50</sup>.

La fecha del  $1440 \pm 90$  BP no se considera válida para datar la ocupación del Departamento donde se recuperó pero sí se aceptó como adecuada y válida una fecha de  $1460 \pm 90$  BP para otra muestra que se considera coherente con los materiales del Departamento contiguo a aquel de donde se

<sup>48</sup> Al tratarse de una datación extraída del Nivel III del Departamento I, estrato de amortización de una calle central preexistente, es obligatorio otorgar una antigüedad algo mayor al yacimiento. No obstante, se trata de una muestra de vida larga, un carbón vegetal, lo que obliga a ser prudentes.

<sup>49</sup> La datación más reciente responde a los estratos más modernos del recinto en el que se recuperó la muestra, que es de vida larga: un carbón vegetal. Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 21 y ss.

<sup>50</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 195.

tomó y del nivel estratigráfico en el que se obtuvo esa más reciente<sup>51</sup>.

Sin embargo, encontramos menciones a una ocupación posterior que no ha podido ser bien definida pero que “debió ocupar sólo un reducido espacio en la plataforma superior”, con la que podrían relacionarse una serie de restos óseos humanos dispersos y un enterramiento secundario de cremación muy incompleta de dos cadáveres de individuos jóvenes en cista que reaprovecha una plataforma pétrea de la zona sur del yacimiento<sup>52</sup>.



FIGURA 7.9: Dibujo del enterramiento 1 del  
“Cerro de El Cuchillo” (Almansa)<sup>53</sup>

<sup>51</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 195; En resumen, que la datación que no se considera válida, finalmente es prácticamente coincidente con la datación de otra muestra tomada en el Departamento contiguo que sí se considera válida; por ello, en el fondo sí parece ser bastante válida.

<sup>52</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 133-134 y 195. Esta ocupación y ese enterramiento se dataron preliminarmente en el I Milenio a.C..

<sup>53</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 134.



Posteriormente trataremos más en profundidad esta problemática pero la incluimos aquí por ofrecer dataciones que se alejan, y rebajan en aproximadamente un siglo, de las recurrentemente defendidas por el equipo de Fernández-Miranda para los momentos finales del “Bronce de La Mancha” o momentos finales del “Bronce Pleno” de la zona.

Hernández Pérez y su equipo consideran el poblado del “Cerro de El Cuchillo” se engloba en el “Bronce Pleno” y ofrece una valiosa información sobre este período.

Es cierto que el registro material cerámico y artefactual del “Cerro de El Cuchillo” no incluye piezas que nos remitan a los “fósiles guía” característicos del “Bronce Tardío” o del “Bronce Final”, que por otro lado ha sido identificado en fechas incluso más antiguas a las finales del “Cerro de El Cuchillo” en el cercano yacimiento de “Cabezo Redondo” (Villena), ya dentro de los límites administrativos de la Comunidad Valenciana pero a poco más de 30 km. de distancia<sup>54</sup>.

Por ello, si aceptamos sus argumentos podríamos rebajar la cronología

<sup>54</sup> Soler García 1986 y 1987; Hernández Pérez *et alii* 2014. Sería procedente incluir aquí la necesidad de tener en cuenta la posibilidad de que la presencia o no de unos tipos cerámicos determinados u otros aspectos tecnológicos, que en la investigación hemos tomado como “fósiles-guía”, no implica que no nos encontremos ante etapas históricas que podríamos considerar desde el punto de vista socio-cultural distintas. En ocasiones caemos en el exceso del determinismo tecnológico para identificar etapas históricas, cuando lo realmente determinante es analizar los aspectos culturales que podemos identificar a partir de las prácticas socio-económicas de las comunidades humanas. Tal y como expuso Ruiz Gálvez: “criterios de cambio, social o económico, más que criterios tipológicos, para detectar el final de un período y el inicio de otro” (1998: 17).

radiocarbónica de los momentos finales del “Bronce Pleno” hasta los momentos finales del s. XV cal. AC.

No obstante, la problemática actual sigue más centrada en los momentos finales de la “Edad del Bronce”. Y no nos referimos con el término “centrada” a que sea un foco de investigación, sino más bien al contrario. No se investiga absolutamente nada al respecto. Para nuestra zona de estudio no se ha determinado de manera clara ni se ha explicitado cómo se produciría la transición entre el “Bronce Pleno”, englobado dentro del denominado “Bronce Clásico”, y el “Bronce Final”.

De hecho, no existe siquiera una propuesta respecto a si esa transición presenta elementos que permitan diferenciar un período “autónomo”, al estilo del “Bronce Tardío” en la zona del Sureste, Levante peninsular y zona manchega central, o si, por el contrario, hay una cierta continuidad temporal entre los momentos finales del “Bronce Pleno” avanzado y los iniciales del “Bronce Final”.

Por ejemplo, el equipo de Fernández-Miranda en ocasiones afirmaba que se podía individualizar un “Bronce Tardío” a continuación del “Bronce Pleno”, mientras que en otras ocasiones hablan indistintamente de “Bronce Tardío” y “Bronce Final” sin explicitar diferencias y a modo de términos equivalentes<sup>55</sup>.

Por su parte, López Precioso, a partir de los datos de su excavación en el yacimiento de “El Castellón” (Hellín-Albatana), hablaba de un “corte temporal” de en torno a 200

<sup>55</sup> Fdez. Miranda, Fdez.-Posse, Gilman y Martín 1994: 270; Fdez.-Posse, Gilman y Martín 1996: 125; Fdez.-Posse y Martín 2007: 124; Fdez.-Posse *et alii* 2008: 36 nota 16.

años entre el “Bronce Pleno Avanzado” y el “Bronce Final Inicial”.

Lógicamente, al tomar el yacimiento de “El Castellón” y su serie tipológica cerámica como referencia para datar otros yacimientos de distintas comarcas de la provincia de Albacete, ese corte temporal condenaba invariablemente a encontrarlo en todos esos yacimientos en los que no se cuenta con trabajos arqueológicos de excavación o bien en los que los trabajos de excavación no han documentado esas fases pero que en trabajos de prospección superficial sí se conocen materiales contextualizables en ellas<sup>56</sup>.

Sin embargo, en el cuadro sinóptico que aporta en una de sus publicaciones, coloca el “Bronce Final” inmediatamente a continuación del “Bronce Pleno”, que llegaría hasta el 1100 a.C.<sup>57</sup>.

FASES	B. Pleno		B. Final					H. Ant.
CRONOLOGIA	1300	1200	1100	1000	900	800	700	600
El Peñón	←-----							
El Castellón	←-----							
El Amarejo				*****				
Camarillas-1				*****				
Camarillas-2								---*
El Macalón						*****		→
Los Almadenes							***	→
<i>H. del Pato</i>								---
<i>Tío Perico ?</i>						***		
<i>H. de Santa Ana</i>							***	→
Maeso								
B. del Moro								

CUADRO 1.—Etapas y cronología de los yacimientos (las fechas deben considerarse como aproximativas). En letra itálica las necrópolis.

FIGURA 7.9: Cuadro cronológico aportado por López Precioso (1994: 299)

<sup>56</sup> 1993a: 66 y 68; 1994: 296 y ss. Hay que señalar, de todas formas, que López Precioso siempre ha sido prudente y ha señalado que ese “corte temporal” está atestiguado en la parte excavada del yacimiento pero que no todo el yacimiento ha sido excavado, lo que deja la puerta abierta a que se documente una transición de continuidad entre ambos períodos en el futuro.

<sup>57</sup> 1994: 299 cuadro 1.

Otros equipos de investigación, como el de la Universidad de Alicante centrado en la zona del “Corredor de Almansa”, al Este de nuestra “Región Nuclear”, tampoco aportan ninguna luz al respecto. Afirman que “en el Corredor de Almansa no se constata ningún yacimiento del Bronce Tardío-Bronce Final, a pesar de las repetidas citas acerca de un camino desde la Meseta hacia el País Valenciano a través del Corredor. Sólo en el extremo sur de Fuente Álamo la presencia de vasos con carenas altas podría indicarnos estas cronologías, quizás por su proximidad a Hellín y el altiplano Yecla-Jumilla”<sup>58</sup>.

En alguna otra ocasión vuelven a comentar que ciertas formas de recipientes podrían encuadrarse en el “Bronce Tardío” y otras “se han situado en el Bronce Final”<sup>59</sup>. Sin embargo, consideran que no están en condiciones de periodizar la “Edad del Bronce” del Corredor de Almansa ya que sobre los momentos anteriores y posteriores al “Bronce Pleno” la investigación disponible es incierta<sup>60</sup>. Volveremos sobre esta problemática en el Capítulo 8 de nuestro trabajo.

<sup>58</sup> Hernández Pérez y Simón García 1994: 210.

<sup>59</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 210. No obstante, uno de los investigadores de este equipo (J.L. Simón García), con motivo de las prospecciones que llevó a cabo para su Memoria de Licenciatura, que sería publicada posteriormente por el Instituto de Estudios Albacetenses (1987), sí consideraba inicialmente que en algunos yacimientos del “Corredor de Almansa”, como en “La Fuensanta”, algunas formas cerámicas podían ser incluidas en una etapa final de la “Edad del Bronce”; del mismo modo introduce la posibilidad de que incluso el yacimiento tipo “morra” de “La Peñuela II” (Pozo Cañada) también presentase ocupación durante el “Bronce Tardío”, a partir de la presencia de un gran vaso cerámico decorado con cordones y mamelones (Simón García 1986: 42).

<sup>60</sup> *Id.* 1994: 210.

Para ejemplificar un poco más la falta de acuerdo o indefinición existente en la investigación incluimos la opinión de Pereira Sieso en una obra que recoge trabajos de varias/os investigadoras/es referida a la Prehistoria y Protohistoria de la Meseta Sur, en la que afirma que “el desarrollo del Bronce Final en la Meseta Sur va a configurarse a partir de la perduración de los distintos grupos del Bronce Pleno que conforman un substrato cultural más o menos homogéneo [...]”<sup>61</sup>.

En general, para la zona de Castilla-La Mancha, principalmente su zona meridional, en la que se incluye nuestra zona de estudio, se suele aceptar una cronología para el “Bronce Tardío” (donde se pueda documentar) y/o “Bronce Final” entre el 1400-750 a.C., fechas no todas ellas calibradas<sup>62</sup>.

<sup>61</sup> 2007: 127.

<sup>62</sup> Almagro-Gorbea 1997; Blasco Bosqued 1992 (esta investigadora relacionaba cronológicamente los que ella llamaba “Bronce Tardío” y “Bronce Final” de la zona con el “Horizonte Cogotas I”, ofreciendo unas cronologías entre mediados del II Milenio, etapa de formación, y finales del s. VIII a.C.; como ya hemos visto, investigaciones más recientes descartan una perduración tan tardía para el final de “Cogotas I”); *ead.* 1993: pero en esta publicación incluye únicamente la Meseta Norte para esas cronologías, afirmando que el “círculo cultural de ‘Cogotas I’ abarca la mayor parte de la cuenca del Duero y la vertiente norte de la del Tajo, aunque es posible que, futuras investigaciones, nos obliguen a replantear esta extensión a medida que los trabajos de campo en la región manchega permitan identificar el Bronce Final de esa zona” (pág. 129). Vemos, por ello, que para la zona manchega no realiza ninguna aportación concreta. Otras opiniones, ya recogidas, que se alejan de esta posición son las del equipo de Fdez.-Miranda, para quienes el “Bronce Pleno” no va más allá del 1500 cal. AC, y la del equipo de Nájera y Molina, quienes fijan el inicio del “Bronce Tardío” en el 1600 cal. AC. Hay que entender que la zona de Castilla-La Mancha incluye territorios en una gran extensión geográfica y resulta muy complicado ofrecer una visión homogénea de toda la región.

En nuestra zona de estudio, el sureste de la Meseta Sur, el “Bronce Final” ha sido datado en el período 1100/1050-700 a.C., fechas sin calibrar<sup>63</sup>.

Como propondremos más adelante, teniendo en cuenta lo ya expuesto y la información concreta de una selección de yacimientos que incluiremos posteriormente, consideramos que a lo largo del s. XV cal. ANE nos encontramos aún en un momento de transición en nuestra “Región Nuclear” entre el “Bronce Pleno” y el “Bronce Tardío”, que creemos poder empezar a reconocer en momentos del s. XIV cal. ANE<sup>64</sup>.

Así, en el capítulo 8 de nuestro trabajo, trataremos de dar coherencia a todos esos datos y realizar nuestra propia propuesta, que estimamos muy necesaria para el avance de la investigación en nuestra “Región Nuclear”.

## ***El Sureste Peninsular***

Sincrónicamente al trabajo del equipo de Fernández-Miranda de recogida de

<sup>63</sup> López Precioso 1993; *id.* 1994; López Precioso y Jordán Montes 1996.

<sup>64</sup> Hemos optado por emplear el término “Bronce Tardío” en lugar de “Bronce Final Inicial” o “Bronce Final I” porque creemos poder identificar un generalizado cambio en el patrón poblacional dentro de nuestra zona de estudio en esos momentos que marcaría un corte claro con lo que encontraremos en momentos posteriores. Por ello hemos preferido individualizar ese período de transición en donde aún observamos claros elementos materiales y poblacionales del “Bronce Pleno” pero aparecen otros “fósiles guía” claramente relacionados con el “Bronce Tardío” del SE. Peninsular, la zona colindante del País Valenciano y la zona central manchega. *Vide infra.*

fechas radiocarbónicas de diversos territorios peninsulares para esclarecer el desconocimiento sobre los momentos iniciales de la “Edad del Bronce”, y en clara relación con ello, queremos mencionar los trabajos de Castro, Lull y Micó referentes a la propuesta de una cronología para la Pehistoria Reciente de la Península Ibérica y las Islas Baleares<sup>65</sup>.

Estos investigadores recogieron e hicieron un estudio crítico de un elevadísimo número de dataciones radiocarbónicas y las contextualizaron con otras conocidas de diversas partes del Mediterráneo.

Como conclusión de su trabajo podemos extraer que la “Edad del Bronce” quedaría cronológicamente fechada en el intervalo 2200-900 cal. AC<sup>66</sup>, con un “Bronce Final” comprendido entre 1300-900 cal. A.C., a continuación de un “Bronce Tardío” entre ca. 1550-1325 cal. A.C.<sup>67</sup>, aunque sus propuestas han experimentado ligeras variaciones:

PERIODO	INICIO	FIN	RASGOS	SEPULTURAS (Castro et al., 1993-94)	AJUARES FUNERARIOS (Castro et al., 2001a y b)
Ia	2375/2250	2150			Alabardas en los enterramientos masculinos ricos. Puñal-punzón en los femeninos ricos
Ib	2150	2050	1ª expansión: Altiplanos Granadinos		
II	2050	1960			
III	1960	1810	Multiplicación del número de asentamientos	Concentración de enterramientos	Espadas en los masculinos ricos. Puñal-punzón-diadema en los femeninos ricos
IV	1810	1700			
V	1700	1575	Datos seguros sobre el Alto Guadalquivir	Concentración de enterramientos al avanzar el periodo	
VI (Bronce Tardío)	1575	1375	Cerámicas decoradas	Ausencia de enterramientos	

FIGURA 7.10: Fases de la “Cultura Argárica” según distintos trabajos de Castro *et alii* (en Molina y Cámara 2004: 10)

Molina y Cámara plantean unas cronologías para la “Edad del Bronce” en el SE. de la Península Ibérica, en relación con la “Cultura Argárica”, que organizan de la siguiente manera<sup>68</sup>:

-Un período de formación durante el “Bronce Antiguo” (2200-1900 a.C.) entre la zona de Lorca y la Depresión de Vera.

-Período de plenitud durante el “Bronce Pleno” (1900-1650 a.C.), con una expansión argárica hacia los Altiplanos granadinos y la Alta Andalucía.

-Período de crisis durante el “Bronce Tardío” (1650-1450 a.C.), con una ulterior expansión hacia zonas periféricas como la Comarca alicantina de Villena.

A partir del 1450 a.C. se iniciaría el “Bronce Final”.

<sup>65</sup> 1996.

<sup>66</sup> Lull *et alii* 2014: 127 y ss.

<sup>67</sup> Castro Martínez *et alii* 1996: 168 y ss.

<sup>68</sup> 2004: 11.

Por su parte, Mederos eleva las cronologías generales de inicio del “Bronce Final” peninsular hasta finales del s. XVII a.C., *ca.* 1.625 a.C.<sup>69</sup>

El aspecto especialmente interesante del trabajo de Mederos, así como el ya comentado de Castro Martínez y su equipo, es que su propuesta engloba dataciones y paralelismos con otras regiones mediterráneas y atlánticas, que es algo que siempre se suele olvidar en los estudios relativos a la Península Ibérica:

Península Ibérica			
Cronología (Mederos, 1996)	Cronología (Kimmig, 1988, Gómez, 1991, Ruiz-Gálvez, 1995 y 1998, Maya, 2001)	Cronología (Blasco, 1993 y 2003)	Cronología (Almagro Gorbea y Ruiz Zapatero, 1992)
Bronce Final IC Cogotas 1425-1325/1300 a.C.	Bronce Final I-IIA (1300) 1250/1200-1100 a.C.	Bronce Final I 1250-1100 a.C.	Bronce Final I 1200-1100 a.C.
Bronce Final IIA 1325/1300-1225 a.C.	Bronce Final IIB-IIIA 1100-	Bronce Final II 1100-	Bronce Final II 1100-
Bronce Final IIB 1225-1150 a.C.			
Bronce Final IIC Hío-Baiões 1150-1050 a.C.	-940 (900) AC	950 a.C.	-900 a.C.
Bronce Final IIIA Huelva 1050-950/ 925 a.C.	Bronce Final IIIB 940 (900)-	Bronce Final III 950-	Bronce Final III Proto Orientalizante 900 a.C.-
Bronce Final IIIB 950/925-900/875	-750 a.C.	-800 a.C.	-700/650 a.C.

FIGURA 7.11: Propuesta cronológica de Mederos en comparación con otras (en Mederos 2008: 40)

La Península Ibérica NUNCA estuvo aislada de las interrelaciones con las demás zonas del Mediterráneo y costas atlánticas, y eso es un hecho que debemos poner en

<sup>69</sup> Mederos 1997: 76 y ss.; *id.* 2008: 39 y ss.; *id.* 2009: 235 y ss. Hay que tener en cuenta que este autor emplea cronologías calibradas de C14. Del mismo modo, no considera práctica la existencia terminológica de un “Bronce Tardío”, con lo cual eleva las cronologías de su “Bronce Final IA” para englobar las dataciones de los distintos “Bronces Tardíos” peninsulares promulgados por otros investigadores.

valor y utilizar para “afinar” las propuestas cronológicas.

La cronología propuesta por Mederos para el “Bronce Final” *sensu strictu*, o el mayoritariamente aceptado como tal, comprendería entre el 1325 y el 925 cal a.C. (Fases IIA-IIIB de Mederos)<sup>70</sup>.

Frente a las altas cronologías defendidas por Mederos para el Sureste peninsular y que ya fueron puestas de relieve por Castro, Lull y Micó, Lorrio Alvarado, muy recientemente y siguiendo las propuestas clásicas de Molina González<sup>71</sup>, mantuvo originalmente para esa misma zona unas cronologías muy “bajas” para el inicio del Bronce Final, en torno al 1.100 a.C.<sup>72</sup>

En su trabajo, el encuadre cronológico es propuesto para los más antiguos enterramientos de cremación del Sureste en función de sus ajuares, pero, tomando la parte por el todo, las mismas dataciones son generalizadas al propio conjunto del período histórico del Bronce Final.

Desde nuestro punto de vista, este planteamiento adolece de una metodología inadecuada, ya que las dataciones de las cremaciones no tienen por qué corresponderse inexcusablemente con el período cronológico general dentro del cual se producen. El período cronológico e histórico, a juzgar por cambios culturales de calado, puede iniciarse antes de las primeras apariciones del rito de la cremación en estas zonas, que se trataría

<sup>70</sup> Mederos 2008: 37 y ss.

<sup>71</sup> 1978.

<sup>72</sup> 2008: 324 y ss.



únicamente de un aspecto singular dentro de la dinámica de transformación cultural.

Lo más llamativo es que en su cuadro de las periodizaciones propuestas para el Sureste peninsular no incluye la ya mencionada de Mederos, mientras que Torres Ortiz, en el Apéndice IV de esta misma publicación de Lorrio, sí hace mención al trabajo de Mederos.

En dicho apéndice, Torres Ortiz considera que el inicio del “Bronce Final” en esta área debe colocarse con posterioridad al 1100 cal AC, considerando demasiado elevada la fecha en torno al 1300/1200 cal AC para la transición del “Bronce Tardío” al “Bronce Final” manejada por el equipo de Castro Martínez<sup>73</sup>.

No obstante, es obligado mencionar que, a día de hoy, sigue siendo el trabajo ya mencionado de Molina González una referencia fundamental para la periodización cronológica de todo el cuadrante suroriental peninsular, que él denominó “Bronce Final del Sudeste”<sup>74</sup>.

Este investigador consideró a partir de las evidencias arqueológicas que, tras una etapa histórica denominada “Argar Tardío” o “Bronce Tardío” (ss. XIV-XII a.C.) en la que

comienzan a fusionarse una serie de corrientes culturales, conjuntos materiales de elementos tipológicos e incluso aportaciones poblacionales exógenas, se desarrolló en el cuadrante suroriental peninsular un complejo cultural bastante uniforme con unas dataciones cronológicas comprendidas entre el 1.150 y el 600 a.C. a lo largo de tres períodos<sup>75</sup>:

-Bronce Final I (Antiguo): siglo XI-1<sup>a</sup> ½ s. IX a.C.

-Bronce Final II (Pleno): 2<sup>a</sup> ½ s. IX – 1<sup>a</sup> ½ s. VIII a.C.

-Bronce Final III (Reciente): 2<sup>a</sup> ½ s. VIII y s. VII a.C.

No obstante, tal y como vimos anteriormente, Molina ha elevado considerablemente las cronologías en sus últimas propuestas, datando el inicio del “Bronce Final” del SE. peninsular en torno al 1450 a.C.<sup>76</sup>

Poco después, Pellicer Catalán consideró las cronologías aportadas por

<sup>73</sup> Torres Ortiz 2008: 539 y ss.

<sup>74</sup> 1978: 206. Uno de los problemas que creemos más acuciantes de la investigación es la disparidad terminológica empleada para la seriación de períodos históricos. Ya hemos visto la propuesta de Mederos, cuyo “Bronce Final I” incluye el “Bronce Tardío” de otras periodizaciones. El equipo de Castro Martínez considera que el “Bronce Final del Sudeste” de Molina se engloba en el “Bronce Final Pleno” de su propia seriación, a continuación del “Bronce Final Inicial” (1996: 185 y ss.). Pero encontramos equivalencias en las fasificaciones entre los trabajos de distintas/os investigadoras/es con distintas terminologías que implican complicar en exceso el panorama. A este respecto, remitimos al cuadro de equivalencias publicado por Lorrio 2008: 323 cuadro 47.

<sup>75</sup> 1978: 212-224. No obstante, Molina hizo una mención que no se suele tener en cuenta en la investigación respecto a que el aparente “hiatus” de 100 ó 150 años en la secuencia estratigráfica del yacimiento de “Cerro de la Encina” (Granada) entre el “Argar Tardío” y el inicio del “Bronce Final” del SE., secuencia que fue empleada por Molina como referencia para su propuesta cronológica que ha sido la mayoritariamente seguida por los demás investigadores, hacía “sospechar la existencia de un período antiguo de formación de la Cultura del Bronce Final del Sudeste, que ocuparía el siglo XI e incluso podría iniciarse en otras áreas del Sudeste en un momento ligeramente anterior al abandono del poblado argárico del Cerro de la Encina. Este período de formación del Bronce Final nos es totalmente desconocido [...]” (1978: 212).

<sup>76</sup> Molina y Cámara 2004: 9 y ss.

Molina González demasiado elevadas, debiendo ser rebajadas un siglo y medio como mínimo<sup>77</sup>.

Estas apreciaciones resultan de enorme interés para nuestro estudio, ya que la periodización y cronología aportadas por Molina González son las que han sido tomadas tradicionalmente como ejemplo para la propia periodización y cronología del “Bronce Final” en la Provincia de Albacete.

Más adelante trataremos de ello en profundidad.

### ***La Alta Andalucía***

Otra zona a tener en cuenta es la Alta Andalucía. Respecto a las dataciones radiocarbónicas contamos con varios trabajos que debemos tener en cuenta:

Volviendo al trabajo del equipo de Fernández-Miranda, con el fin de contextualizar la cronología del “Bronce clásico” en la provincia de Albacete, tomaron las cronologías radiocarbónicas conocidas a mediados de la década de los '90 del siglo pasado para Andalucía Oriental y las parangonaron con las que se conocían para los yacimientos albacetenses con dataciones fiables<sup>78</sup>.

Esta comparación vino a señalar una clara sincronía general de la fundación y ocupación de esos yacimientos dentro del

---

<sup>77</sup> 1979-1980: 316.

<sup>78</sup> Los yacimientos albacetenses de “El Acequión” (Albacete), “Morra del Quintanar” (Munera) y “Cerro de El Cuchillo” (Almansa) y yacimientos andaluces de las provincias de Almería, Jaén y Granada.

margen cronológico 2200 cal. AC-1500 cal. AC con contadas excepciones. Los momentos finales de la “Edad del Bronce” no fueron tenidos en cuenta, ya que su investigación se centraba en las etapa inicial y plena de ese período histórico.

Otro trabajo a destacar es, una vez más, el del equipo de Castro Martínez *et alii*; en él, al ser incluida esta zona de la Alta Andalucía, parte oriental de la provincia de Jaén y nororiental de la provincia de Granada, en el ámbito cultural del sureste peninsular, las cronologías son coincidentes con las que hemos recogido previamente. A ellas remitimos.

No obstante, queremos señalar que, dado que varios yacimientos granadinos han sido empleados como referencia para proponer el desarrollo cronológico del “Bronce Final” en la provincia de Albacete, al tratar más detenidamente este período cronológico nos explayaremos más en comentar los datos con los que se cuenta en esta zona geográfica.

### ***El “Bronce Valenciano”***

Jover Maestre ha realizado una nueva propuesta cronológica de la Edad del Bronce en el País Valenciano que no queremos dejar de comentar.

Se trata de una de las más recientes propuestas de periodización y recoge tanto propuestas anteriores de otros investigadores como críticas a las mismas<sup>79</sup>. Una de sus principales aportaciones es que

---

<sup>79</sup> Incluyendo una comparativa correlacionada entre distintas propuestas cronológicas de diversas/os investigadoras/es (Jover Maestre 1999: 91).



emplea gran número de dataciones radiocarbónicas recientes.

Aquí la recogemos a modo ilustrativo, para posteriormente, en los capítulos pertinentes, proceder a su crítica.

Este investigador periodiza esta etapa histórica en cinco fases<sup>80</sup>:

-Fase 0: Identificada para la zona valenciana con el denominado “Horizonte Campaniforme de Transición”, que de forma convencional dentro de la investigación se toma generalmente como el momento de paso entre el Calcolítico y la Edad del Bronce. Las dataciones para sus momentos finales estarían en torno al 3.890-3.810 BP/1.940-1.860 AC.<sup>81</sup>

-Fase I: Sus dataciones finales estarían en torno al 3.782-3.682 BP/1.832-1.732 AC.

-Fase II: Sus dataciones finales estarían en torno al 3.544-3.464 BP/1.594-1.514 BC.

-Fase III: Sus dataciones finales estarían en torno al 3.299-3.175 BP/1.349-1.225 AC. Esta fase se correspondería en lo que se refiere a los productos arqueológicos con la definida por Molina González como “Bronce Tardío” del Sudeste.

-Fase IV: Sus dataciones finales estarían en torno al 2.900-90 BP/950-90 AC.

No obstante, este investigador matiza algo estas cronologías al considerar que quizás la separación entre la Fase I y la Fase

---

<sup>80</sup> Jover Maestre 1999: 87-92.

<sup>81</sup> Este “Horizonte Campaniforme de Transición” (H.C.T.) fue propuesto por Bernabéu (1979) para el estudio de la Edad del Bronce en el Levante peninsular y, con el paso del tiempo, únicamente ha tenido arraigo en las periodizaciones relacionadas con el País Valenciano. Una magnífica puesta al día en López Padilla 2006.

II sea bastante artificial y haya que considerar ambas fases como una sola. Del mismo modo, respecto a la Fase III defiende la posibilidad de que su cronología deba ser rebajada ligeramente conforme vayan aumentando el número de dataciones.

Frente a la ausencia de denominación de los períodos de la “Edad del Bronce” de Jover Maestre más que por “Fase”, en la misma zona de estudio, la Comunidad Autónoma Valenciana, Mesado Oliver introduce un nuevo término; frente al mayoritariamente aceptado “Bronce Tardío” este investigador propone la denominación de “Bronce de Transición”, término que no ha tenido repercusión en la investigación posterior<sup>82</sup>.

Más recientemente, Jover Maestre junto a un grupo de otros investigadores ha modificado su propuesta, añadiendo datos y conclusiones enormemente interesantes.

En resumen, sus argumentos vienen a abundar en el hecho de una clara sincronía en los momentos inicales de la “Edad del Bronce” para la zona valenciana, las zonas central y suroriental castellano-manchegas y la zona del sureste peninsular<sup>83</sup>. Del mismo modo, señalan la fecha 1550-1500

---

<sup>82</sup> 1999: 15. No obstante, este mismo investigador señala que el término “Bronce Transición” que él emplea es sinónimo de “Bronce Tardío” (1999: 1 nota 2). Del mismo modo el período que se iniciaría tras el “Bronce Transición”, a partir del 900 a.C., el “Bronce Final”, él lo denomina “I Edad del Hierro” (1999: 59). En ocasiones, nos parece que se busca complicar demasiado la terminología de la investigación cuando en realidad se habla de lo mismo incluso aceptando como válidos términos ya existentes.

<sup>83</sup> Jover Maestre *et alii* 2014: 41 y ss.

cal. AC como de paso a un “Bronce Tardío” o “Post-argárico”<sup>84</sup>.

Otros investigadores ya hablaban de la existencia de un “Bronce Tardío” en el País Valenciano, principalmente a partir de las evidencias más claras en la zona meridional del mismo, y se ofrecían unas cronologías *ca.* 1300/1200-1100/1000 arq ANE<sup>85</sup>.

El “Bronce Tardío” está bien actualmente bien ilustrado por numerosos yacimientos aunque la zona que nos resulta más interesante en la del Alto Vinalopó, que linda con la comarca más oriental de nuestra “Región Nuclear”.

Respecto al Bronce Final parece haber consenso en una cronología que abarcaría unas dataciones entre el 1100 y el 700 a.C.

### ***Los “Campos de Urnas” del Noreste Peninsular***

Los denominados “Campos de Urnas” de la Península Ibérica aportan una serie de innovaciones culturales que tendrán su reflejo en nuestra zona de estudio. Una de ellas es el rito funerario de la cremación y otra es la construcción de estructuras

---

<sup>84</sup> Principalmente para la zona meridional de la Comunidad Valenciana, ya que engloban esos territorios dentro del “Mundo Argárico” y, por ello, contemplan una individualización de un “Bronce Tardío” al estilo de lo que se defiende para la zona nuclear de la “Cultura Argárica”.

<sup>85</sup> La denominación “arq ANE” se refiere a que su datación no es radiocarbónica sino por comparación entre “fósiles-guía” de la cultura material. Gil-Mascarell 1981 y 1985; González Prats 1992; Mata, Martí e Iborra 1994-1996 (este equipo prefiere el término “Bronce Reciente”). Una buena visión, incluyendo casos interesantes de las comarcas septentrionales del País Valenciano en Hernández Pérez 2009-2010 y Barrachina 2009.

funerarias pétreas de formas circulares y cuadrangulares a base de mampuesto.

Generalmente se viene aceptando que en torno al 1300 cal. AC comienzan a producirse una serie de entradas, a modo de oleadas, en la Península Ibérica de poblaciones centroeuropeas. Se trataría de los denominados “Campos de Urnas Antiguos”. A esos “Campos de Urnas Antiguos” les siguen otras dos fases: los “Campos de Urnas Recientes” y los “Campos de Urnas de la Edad del Hierro”. Estas tres fases contarían con dos subfases cada una<sup>86</sup>.

Las cronologías abarcarían *ca.* 1300-700 cal. AC y se situarían plenamente coincidentemente con el período histórico del “Bronce Final” para las regiones del cuadrante suroriental de la Península Ibérica.

No obstante, y sin entrar en consideraciones sobre si la entrada de ese nuevo rito y gentes portadoras del mismo se produjo por vías terrestres o marítimas en sus primeros momentos<sup>87</sup>, lo más interesante es contextualizar los primeros ejemplos conocidos del rito de la cremación en nuestra zona de estudio.

Como veremos más adelante, éstos parecen estar en relación con una introducción “indirecta” y regionalmente evolucionada desligada de los elementos originales de los “Campos de Urnas”. Así, los ejemplos más antiguos y, curiosamente,

---

<sup>86</sup> Almagro-Gorbea 1977 (este investigador habla de seis períodos de “Campos de Urnas”: I, II, III, IV, V y VI; su cronología iría desde *ca.* 1100 a.C. hasta el 500 a.C., fechas sin calibrar); Una buena visión en López Cachero y Pons i Brun 2008 a pesar de centrarse en la zona catalana.

<sup>87</sup> Rovira i Port 1991.

mejor conocidos, parecen poner en relación la introducción y difusión del rito de la cremación en nuestra “Región Nuclear” con la zona levantina, tal y como se observa en los yacimientos de “Huerta del Pato” y “Tiriez”<sup>88</sup>, pero con elementos que también se relacionan culturalmente con los territorios meridionales de la Península Ibérica, dentro del denominado “ámbito tartésico”.

En nuestra zona se data, provisionalmente, esa introducción del rito funerario de la cremación entre los siglos VIII y VII a.C., fechas sin calibrar<sup>89</sup>.

Esta problemática será tratada en detalle más adelante, en el capítulo 8 de nuestro trabajo, donde incluiremos la discusión sobre la introducción del rito funerario generalizado de la cremación tanto en la Península Ibérica como, más concretamente, en nuestra “Región Nuclear”.

### ***El SO. peninsular y el “Bronce Final Atlántico”:***

Entre otras propuestas cronológicas peninsulares, Ruiz Gálvez contextualizó el “Bronce Final” del Occidente peninsular entre los ss. XIII y VIII a.C. contando con fechas resultado de la contrastación de

series dendrocronológicas y otras radiocarbónicas<sup>90</sup>.

El equipo investigador de Castro Martínez encontró bastantes problemas para contextualizar cronológicamente con dataciones radiocarbónicas el “Bronce Final” en el SO. peninsular.

Lo que ellos denominan “Bronce Final Tartésico” o “Grupo del Carambolo” contaría con unas dataciones comprendidas entre 1150/1100 hasta ca. 900 cal. ANE<sup>91</sup>.

Para el denominado “Bronce Atántico” fijaron una fecha de inicio ca. 1250 cal. AC con una fecha final ca. 850 cal. AC y para el llamado “Horizonte Ría de Huelva” ofrecieron unas dataciones similares<sup>92</sup>.

En los trabajos de Gómez Toscano observamos que sitúa la fase del “Bronce Final” para la zona onubense entre el 1200 y el 600 a.C. a partir de la evolución de las cerámicas documentadas<sup>93</sup>.

Muy recientemente, debemos destacar las nuevas y rupturistas propuestas cronológicas de Alfredo Mederos, quien, como ya vimos, eleva las cronologías generales de inicio del “Bronce Final” peninsular hasta finales del s. XVII a.C., ca. 1.625 a.C. basándose principalmente en la documentación de la zona del SE., aunque hace sus conclusiones extensibles al SO. y otras zonas peninsulares<sup>94</sup>.

<sup>88</sup> Belda 1963; García Solana 1966; Soria Combadiera y García Martínez 1995.

<sup>89</sup> Almagro-Gorbea 1976: 116 fig. 6; *id.* 1986-1987: 34; Ruiz Zapatero y Lorrio Alvarado 1988: 260.

<sup>90</sup> Ruiz Gálvez 1995: 82. Más concretamente entre el 1200 y el 750 a.C. (*ead.* 1998: 20).

<sup>91</sup> 1996: 202.

<sup>92</sup> 1996: 195 y ss.

<sup>93</sup> 2013: 88. Ligeras variaciones en 2014: 147 y ss.

<sup>94</sup> Mederos 1997: 76 y ss.; *id.* 2008: 39 y ss.; *id.* 2009: 235 y ss.

En relación con el trabajo de Mederos nos gustaría también señalar una propuesta muy interesante y también bastante novedosa para la cronología del “Bronce Final” en el Suroeste de la Península Ibérica y la “Edad del Bronce” en esa zona en general.

Así, García y Odriozola, a partir de la comparación de gran número de fechas radiocarbónicas, desechan la tradicional división tripartita de la “Edad del Bronce” y proponen una división bipartita<sup>95</sup>:

-Una primera fase que incluiría el “Bronce Antiguo” y el “Bronce Medio”, con una cronología de 2200/2100-1600/1500 cal. ANE.

-Una segunda fase, “Bronce Reciente” y “Bronce Final”, con una cronología de 1600/1500-850 cal. ANE.

Estos investigadores afirman que uno de los principales problemas con los que se han encontrado es el diferente volumen de dataciones con las que se cuenta para cada período histórico y que, lógicamente, afectan a sus interpretaciones<sup>96</sup>.

No obstante, como punto de partida podemos considerar que el “Bronce Final” en el SO. de la Península Ibérica se comprendería entre 1350-900/850 cal. AC.

## Discusión cronológica

Como ya mencionamos en el **capítulo 4** de nuestro trabajo, aunque la fasificación

<sup>95</sup> 2012: 363 y ss.

<sup>96</sup> Sin embargo, una propuesta similar ya fue la de Ruiz Gálvez basándose en otras anteriores para las Islas Británicas de Coles y Harding o Bradley 1998: 17).

cronológica ha contado con numerosas aportaciones a lo largo de las últimas décadas, existe una tarea pendiente de ofrecer un marco coherente y apoyado en las dataciones radiocarbónicas que posibilite una investigación más verosímil y fiable y más acorde a los tiempos en los que vivimos.

Más centrado en nuestra zona es conveniente recoger las distintas propuestas del equipo de Fernández-Miranda. La datación más antigua que aportaron para el “Bronce Manchego” era la que ocupaba el intervalo 2600-1500 cal. ANE. La más “prudente” rebajaría el momento inicial al 2200, y la más actual data el inicio de ese período *ca.* 2400 cal. ANE. El final del intervalo siempre se ha mantenido en el 1500 cal. ANE.

A partir de los trabajos del equipo formado por Manuel Fernández-Miranda y que ha seguido trabajando aún después de su fallecimiento, contamos con unas dataciones radiocarbónicas que situarían el inicio de la ocupación del yacimiento de “El Acequión” hacia el 2400 cal. AC y su final hacia el 1200 cal AC, con algunos *hiatus* temporales entre sus distintas fases.

Las cronologías iniciales coinciden aproximadamente con las conocidas para otros yacimientos del “Bronce Manchego” como la “Morra del Quintanar” (Munera, Albacete), “El Azuer” (Daimiel, Ciudad Real) o el “Cerro de la Encantada” (Granátula de Calatrava, Ciudad Real)<sup>97</sup>.

Respecto a la cronologías finales, tanto el yacimiento de “El Acequión” como el de “El Azuer” parecen mantener una

<sup>97</sup> Fernández-Posse *et alii* 1996: 121 y ss.

ocupación, siquiera de forma intermitente, a lo largo del “Bronce Tardío”<sup>98</sup>.

Cronologías radiocarbónicas dadas a conocer muy recientemente y muy interesantes de incluir aquí por su relación cercana con nuestra “Región Nuclear” son las del yacimiento del “Castillejo de Bonete” (Terrinches, Ciudad Real):

Se trata de un yacimiento con importantes estructuras constructivas de mampuestos y grandes piedras sin aparentes funciones habitacionales y situado sobre una sima natural acondicionada mediante diferentes estructuras. Se documentan muros concéntricos, túmulos y corredores denominados “megalíticos” que pondrían en comunicación los mencionados túmulos y otras áreas del yacimiento. Recientemente ha sido interpretado como un espacio monumental y simbólico con carácter funerario y de culto, en contraposición a la identificación original que lo consideraba un lugar funerario de cronología calcolítica o un yacimiento tipo “cueva fortificada” o “poblado amurallado”<sup>99</sup>.



FIGURA 7.12: Vista aérea del yacimiento “Castillejo de Bonete” (Terrinches, Ciudad Real)<sup>100</sup>

De las dos dataciones realizadas, la más antigua sitúa en el tercer cuarto del III milenio cal. ANE (ca. 2466-2211 cal AC) un depósito intencional de carácter secundario de huesos humanos, cuentas de variscita, dos piedras de moscovita, restos cerámicos y una aguja metálica de cobre arsenicado que se han interpretado como pertenecientes a tumbas distintas<sup>101</sup>.

El período de uso de este complejo funerario-simbólico se centraría, hasta contar con otras dataciones radiocarbónicas, en los momentos finales del III Milenio AC. El equipo investigador lo considera, no sabemos con qué criterios, un

<sup>98</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1995; Nájera *et alii* 2012; Sánchez Meseguer y Galán Saulnier 2004.

<sup>99</sup> Benítez de Lugo *et alii* 2014.

<sup>100</sup> Tomada de Benítez de Lugo *et alii* 2014: 150.

<sup>101</sup> Benítez de Lugo *et alii* 2014: 151 y ss.



“complejo funerario calcolítico y de la Edad del Bronce”<sup>102</sup>.

Otra datación que incluimos por su novedad y significación es la del yacimiento de “Vilches IV” (Torreucha, Albacete). El equipo de excavación que ha llevado a cabo trabajos en esa localización ha obtenido unas dataciones que abarcan un espectro cronológico entre el 2700 y el 2400 cal. AC, con el interés añadido de que se localizaron varios objetos metálicos de cobre arsenicado que se considera consecuencia de una aleación natural no intencionada. Todo ello les lleva a proponer una cronología para el período “Eneolítico” en la zona del “Campo de Hellín” que abarcaría unas fechas entre el 3500 y el 2800 cal. AC<sup>103</sup>.

Resulta interesante incluir aquí lo publicado por García Atiénzar, miembro principal de ese equipo de investigación, en su Tesis Doctoral al explicitar el marco cronológico al que adscribió su investigación. En su trabajo sobre el “Neolítico” en la fachada mediterránea peninsular situó el límite cronológico más reciente en los inicios del que denominó “Eneolítico Pleno” o “Eneolítico Precampaniforme”, y que dató en el 2800

---

<sup>102</sup> Benítez de Lugo *et alii* 2014: 169. No entendemos la adscripción cronológica aportada, aunque entendemos que este equipo considera que el momento de paso del “Calcolítico” a la “Edad del Bronce” se produce en la segunda mitad del III Milenio AC y que, por ello, el yacimiento participa de ambos momentos. Se emplean argumentos puramente convencionales, al no estar apoyados en elementos materiales concretos o aspectos socio-económicos.

<sup>103</sup> Comunicación en la “I Reunión Científica de Arqueología de Albacete”, celebrada entre los días 22 y 23 de Enero de 2015. Nosotros preferimos el término “Calcolítico” frente a “Eneolítico”

cal. AC considerándolo una “fase previa o inicial de la Edad del Bronce”<sup>104</sup>.

De ello concluimos que nos encontramos a partir del 2800 cal. AC en una fase final del “Eneolítico”, que sería lo lógico terminológicamente si se emplea para los momentos anteriores la denominación “Eneolítico Pleno”. La fecha de final del “Eneolítico” e inicio de la “Edad del Bronce” no se explicita en esa publicación.

En este yacimiento, situado en alto sobre un pequeño cerro, localizaron varias cabañas circulares de zócalo de mampostería y con aparente ausencia de muralla defensiva rodeando el asentamiento<sup>105</sup>.

Destaca también el hecho del hallazgo de dos piezas de metal, dos punzones de sección cuadrada y una varilla de sección circular de cobre arsenicado sin aleación intencional, con una datación del 2700-2500 cal. AC., lo que las convierte en las piezas metálicas más antiguas halladas en nuestra zona de estudio.

Podemos ver por tanto, y a partir de yacimientos como “El Acequión” (Albacete) o “El Azuer” (Daimiel, Ciudad Real), que es necesario considerar que hacia el 2400 cal. AC, sino antes, se empiezan a fundar una serie de asentamientos con unos aspectos arquitectónicos bastante originales y, en

---

<sup>104</sup> 2007: 10.

<sup>105</sup> Esas cabañas presentan destacadas similitudes con las documentadas en las fases “1” y “2” del yacimiento de “El Acequión” (Fernández-Miranda *et alii* 1994: 255-256; principalmente con las de la “fase 1”); López Precioso menciona en relación con el yacimiento de “Vilches 4” la existencia en superficie de bloques aislados que pudiesen pertenecer a un paramentos semiciclópeo y ciclópeo de construcciones defensivas (1993a: 67).

parte, desconocidos en la zona como serían las murallas concéntricas de gran tamaño realizadas con mampuesto y las cabañas circulares de zócalo de mampostería. Del mismo modo, desde momentos anteriores (ca. 2800 cal. AC) se comienza a apreciar un cambio en los emplazamientos y patrones poblacionales.

No parece muy descabellado considerar que la “Edad del Bronce” en determinadas zonas de Castilla-La Mancha comienza mucho antes de lo que se consideraba, pudiendo retrotraer sus momentos iniciales a ca. 2600-2500 cal. AC y sería durante su desarrollo cuando se van conformando asentamientos y estrategias de control y explotación del territorio que hasta ahora se habían interpretado como paradigmas de su eclosión cuando en realidad son aspectos relacionados con su evolución.

El error de partida, desde nuestro punto de vista, es considerar una tipología constructiva como el paradigma de un nuevo período histórico, de su inicio, cuando, en realidad, forma parte de la dinámica evolutiva de ese período. Éste sería el caso de la denominada “facies Motillas” para el “Bronce de La Mancha”.

Las murallas concéntricas ya son conocidas y empleadas por medio de fosos y muy probablemente empalizadas de madera desde momentos muy anteriores<sup>106</sup>. El cambio real observable en

estas zonas es realizarlas con piedras. No obstante, observamos una coincidencia cronológica entre yacimientos con fosos concéntricos como medida defensiva en territorios cercanos a nuestra “Región Nuclear” y los yacimientos denominados “morras” documentados en la misma.

Del mismo modo, a partir del ejemplo de “Vilches IV” podemos observar que el poblamiento en altura en nuestra zona de estudio ya se estaba dando desde inicios del III Milenio a.C. en fechas calibradas.

Coincidiría de esta manera con lo propuesto para la zona valenciana, principalmente en las zonas alicantinas de las Cuencas del Segura y el Vinalopó, en la que se observa que numerosos poblados en altura se constatan desde momentos anteriores a la “Edad del Bronce”, momentos claramente eneolíticos<sup>107</sup>. Volveremos sobre este punto en las conclusiones de este capítulo.

No creemos, por ello, que debamos considerar la existencia de un “corte temporal” a continuación del “Bronce Antiguo-Pleno”, tal y como se ha propuesto hasta ahora para determinados territorios en nuestra “Región Nuclear”<sup>108</sup>.

<sup>106</sup> Fosos se documentan desde momentos del “Neolítico Final” y el “Eneolítico” en el yacimiento albacetense de “Fuente de Isso” (García Atiénzar y López Precioso 2008: 117; García Atiénzar 2010). Fosos concéntricos alrededor de la zona de poblamiento durante el III Milenio se documentan en muchas zonas de la Península Ibérica aunque no han sido detectados hasta hace muy poco tiempo (Díaz del Río 2003). En las zonas limítrofes de nuestra “Región Nuclear” tenemos algunos casos interesantes tanto por su tipología y morfología como por

su cronología, centrada preferentemente en el III Milenio AC: tanto los ejemplos recogidos por Díaz del Río para la Meseta, como los yacimientos de “Venta del Rapa”, en Jaén (Lechuga Chica *et alii* 2014) y “La Torreta-El Monastil”, “Jovades”, “Arenal de la Costa” y “Niuét” en las provincias de Alicante y Valencia (Jover 2010; Pascual Benito *et alii* 1993; Bernabéu *et alii* 1994). Muy recientemente se ha propuesto también la posible existencia de estructuras negativas tipo “foso” en el yacimiento murciano de “El Prado” (Jumilla)[Jover Maestre *et alii* 2014: 22].

<sup>107</sup> Hernández Pérez 1996: 11 y 12.

<sup>108</sup> López Precioso 1993a y 1994.



La presencia de ese “corte temporal” viene ocasionada por basar las dataciones de las tipologías cerámicas en los trabajos centrados en el sureste peninsular, que individualizan en nuestra opinión la existencia de un “Bronce Tardío” que, sin embargo, no ha sido *a priori* identificado para nuestra zona de estudio.

Nosotros, sin embargo, proponemos la continuidad entre los momentos finales del “Bronce Clásico” y una etapa que denominaremos “Bronce Tardío”, para la cual aún contamos con muy escasa documentación<sup>109</sup>. Tras ese “Bronce Tardío” se iniciaría sin solución de continuidad un “Bronce Final” que se relacionaría con un mayoritario cambio en el patrón poblacional.

Únicamente en el yacimiento de “El Castellón” (Hellín-Albatana) parece que podemos encontrar a día de hoy argumentos sólidos para defender la inexistencia de un lapso de tiempo que interrumpiría la continuidad temporal entre el “Bronce Tardío” y el “Bronce Final”.

Esa problemática ya la puso de relieve López Precioso al abordar el estudio del “Bronce Final” de la provincia de Albacete<sup>110</sup>.

## **Antecedentes de clasificaciones tipológicas de los asentamientos humanos y patrones poblacionales durante la Edad del Bronce: Castilla-La Mancha**

### ***Los criterios***

El hecho de contar con tipologías de carácter comarcal o incluso geográficamente más reducidas junto a otras de contextos espaciales más amplios ayudará a completar la visión multifocal (por comarcas naturales, provincial y supraprovincial) que tratamos de ofrecer en este estudio.

Un problema, creemos que grave, es el de los criterios empleados para clasificar tipológicamente los yacimientos, criterios donde tampoco se observa unanimidad.

Así, el criterio “tamaño” puede ser extremadamente laxo y, a la vez, equívoco, puesto que sin excavaciones sistemáticas no es posible conocer el tamaño exacto, probablemente ni siquiera aproximado, de gran cantidad de yacimientos que presentan ocupación en diversos períodos históricos.

Más aún, incluso en yacimientos sin ocupaciones posteriores a la Edad del Bronce resulta muy complicado emplear el criterio “tamaño” ya que el espacio con presencia de materiales en superficie no tiene por qué implicar ocupación sincrónica de toda la extensión; pudieron existir espacios abiertos que posteriormente fueron ocupados y viceversa en virtud de la evolución del poblamiento en esas

<sup>109</sup> Entendiendo por “Bronce Clásico” un período que aglutina los denominados “Bronce Antiguo” y “Bronce Pleno” de la mayor parte de las clasificaciones cronológicas “al uso”.

<sup>110</sup> 1993a; 1994.

localizaciones, etapas de reducción/expansión<sup>111</sup>, etc.

Otro criterio de difícil aprehensión es el topográfico basado en la altitud: se habla de poblados en alto, a media altura, en llano, etc.

Este hecho lleva aparejado un aspecto todavía arraigado en la investigación como es la sobrevaloración de la altura sobre el nivel del mar de los yacimientos<sup>112</sup>, cuando resulta realmente más apropiado considerar en primer lugar la altura sobre el terreno circundante<sup>113</sup>.

No obstante, es cierto que la altura sobre el nivel del mar condiciona las características de los pisos bioclimáticos, y por tanto, también tiene importancia en los casos en que nos encontramos ante yacimientos localizados en pisos bioclimáticos de mucha altura s.n.m., con las restricciones de aprovechamiento de los

---

<sup>111</sup> Como en casos evidentes y que cuentan con excavaciones sistemáticas como los yacimientos de “Morra del Quintanar” y “El Acequión”, en donde se aprecian procesos evolutivos de expansión/reducción del poblamiento. Este aspecto debemos ponerlo en relación con la terminología empleada por el equipo de Fdez.-Miranda respecto a “morras” y “morras con poblado exterior”; esa asociación de “poblado” a “morra”, en los casos conocidos únicamente por prospección, no sabemos si es desde el inicio del poblamiento en esa localización o responde, a su vez, a procesos de expansión/reducción. Aquí encontramos otro problema añadido. Por ejemplo, para el caso de “La Morra del Quintanar”, sabemos que una zona exterior al recinto de la morra sólo tuvo ocupación en la fase más antigua de poblamiento y, posteriormente éste se limitó únicamente a los recintos concéntricos de la morra (Martín Morales 1983 y 1984; Fdez.-Miranda *et alii* 1994; Fdez.-Posse, Gilman y Martín 1996; Fdez.-Posse, Gilman y Martín 2001)

<sup>112</sup> García Huerta y Morales Hervás 2007: 220.

<sup>113</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 205.

recursos naturales o posibles ventajas que ésto acarrea.

Sin embargo no es este aspecto el que lleva a día de hoy a los investigadores a mencionar la altura sobre el nivel de mar, sino que nos tememos que está en relación con la forma actual de localizar por medio de GPS los yacimientos.

La posición más correcta es, desde nuestro punto de vista, analizar conjuntamente la altitud sobre el nivel de mar y la altitud sobre el terreno circundante; la primera nos ayudaría al estudio económico principalmente, junto con un inicial análisis de visibilidad y control general del entorno mientras que la segunda nos completaría esa lectura con la de la visibilidad más cercana, control territorial y recursos económicos inmediatos.

No obstante, ¿está justificada una clasificación tipológica de los poblados, asentamientos humanos, en función de su altitud?. Nosotros creemos que no.

La tipología debe responder antes a otros condicionantes que sí afectarán a la altitud topográfica del emplazamiento.

Es decir, la altitud del yacimiento es una consecuencia y no una causa, por ello no debe emplearse como primer elemento de análisis en la clasificación tipológica.

Vistos estos primeros criterios clasificatorios observamos que los investigadores solemos poner en relación la localización topográfica, espacial, con aspectos defensivos, subsistenciales, de control del territorio, etc.

Sin embargo, trabajamos muy poco con los más que posibles condicionantes ideológicos (simbólico-religiosos...).

Nos centramos en los poblados y olvidamos buscar justificaciones para el emplazamiento de los lugares culturales y funerarios. Sin embargo, su localización no es arbitraria, tiene unos condicionantes socio-culturales que necesitamos explicar.

Las interrelaciones recíprocas son evidentes en muchos casos. Si nos fijamos en la relación ámbito habitacional-ámbito funerario en el “Eneolítico”, observamos que la relación topográfica e ideológico-simbólica es muy estrecha. Resultaría muy difícil primar un aspecto frente al otro, puesto que ambos se relacionan de manera indisoluble. Se aprovechan cuevas localizadas en los accesos a los terrenos habitados por su emplazamiento topográfico de control y visibilidad; no obstante, el aspecto religioso-simbólico de introducir a los difuntos en el interior de la tierra, una vuelta a sus orígenes, también condicionaría el propio empleo de las cavidades como lugar preferente de enterramiento<sup>114</sup>.

Es decir, las cuevas de inhumación son empleadas tanto por condicionantes topográficos relacionados con el control simbólico del territorio como por condicionantes religiosos.

También son importantes para el estudio del poblamiento, de la ocupación humana del territorio.

En otras ocasiones, partimos de asunciones que ni siquiera tenemos en cuenta ni consideramos necesario analizar:

la simple localización en lugares de solana de muchas cavidades que contaron con ocupaciones, siquiera temporales, nos parece tan evidente que en la mayor parte de las ocasiones se pasa por alto sin ni siquiera hacer una mención.

Señalaríamos como dato más llamativo a la hora de clasificar cronológicamente los yacimientos de finales del III Milenio y de todo el II Milenio a.C. la ingente cantidad de éstos datados de forma general en “momentos de la Edad del Bronce”, sin especificación alguna o extremadamente “vaga”. A nivel macroespacial se observa un poblamiento denso, muy denso en ocasiones, por la indefinición cronológica de muchos de los yacimientos.

En realidad, nuestra información está radicalmente condicionada por la metodología empleada en su recopilación y análisis, tal y como criticábamos en el capítulo 6. Esta es la razón de la enorme abundancia de yacimientos datados de forma general en el “Bronce Antiguo” y “Bronce Pleno” frente a los escasísimos casos de las etapas inmediatamente posteriores.

El no contar con “fósiles-guía” evidentes que nos permita afinar las cronologías en la inmensa mayoría de los yacimientos, no olvidemos que trabajos arqueológicos sistemáticos se han realizado en contadísimos casos, nos dificultan la atribución temporal.

En íntima relación con la tipología poblacional encontramos la distribución espacial. De este modo veremos la desigual ocupación del territorio, que también debe ser explicada, junto con la mayor o menor presencia de unos tipos de poblados u otros en función del territorio ocupado.

<sup>114</sup> García Atiénzar y De Miguel Ibáñez 2009: 236.

En ciertas ocasiones, esa relación distribución espacial/tipología poblacional ha llevado a diferenciar distintas “facies culturales” referidas a territorios muy concretos, e incluso a proponer definiciones culturales generalizadoras utilizando criterios muy endeble en nuestra opinión<sup>115</sup>.

Ciertamente creemos que debemos buscar explicación a esa evidente relación, pero tenemos la necesidad de ajustar mejor nuestros criterios de análisis.

Aunque este aspecto será tratado más ampliamente más adelante, dada la relación entre tipología poblacional y distribución del poblamiento, no queremos evitar hacer mención aquí a algunas propuestas respecto a la distribución del poblamiento en el territorio analizado.

---

<sup>115</sup> Es el caso de las distintas “facies culturales” propuestas por Nájera, Molina y Aguayo para la que denominaron “Cultura de las Motillas” (1977). Relacionaron la distinta tipología de poblados en función de sus aspectos constructivos y localización espacial, con funcionalidades y grupos sociales distintos dentro de un mismo complejo cultural. Así, las “Motillas”, recintos fortificados de planta central y murallas concéntricas asentados en llano, serían el lugar de residencia de campesinos donde se almacenaría el grano recolectado. En los “Castillejos”, poblados fortificados de características distintas a las “Motillas” situados en alto, residirían los grupos dominantes de la sociedad que controlaban a esos campesinos. La diferenciación constructiva y espacial indicaría, en su opinión, una diferenciación social.

También debemos indicar lo inadecuado del empleo del término “Bronce de La Mancha”, para referirse a las comunidades prehistóricas cuya tipología poblacional respondería a la denominada “Cultura de las Motillas” propuesta por Nájera, Molina y Aguayo. Este término, sin embargo ha tenido una gran aceptación e, incluso, se ha utilizado para diferenciar cronológicamente distintos períodos dentro de la “Edad del Bronce”.

## *Tipología poblacional o “facies” como problema*

Así como la investigación de los períodos Neolítico y Eneolítico ha cobrado un renovado empuje en nuestra zona de estudio en los últimos años, la investigación de la Edad del Bronce en ese mismo marco geográfico ha sufrido un destacado estancamiento; recientes trabajos centrados en la provincia de Ciudad Real han supuesto la publicación y divulgación de inexactitudes y flagrantes errores referentes a la documentación e investigación relativa a la Edad del Bronce en el sureste de la Meseta Sur de la Península Ibérica<sup>116</sup>.

Por desgracia, tales inexactitudes y errores se deben a una copia literal de las citas de otras obras sin acudir a las fuentes originales. Este comportamiento está muy arraigado en la investigación en nuestro país y lo consideramos una lacra que, entre todos, debemos desterrar por el bien de nuestra disciplina.

Desde estas líneas queremos contribuir a señalar y enmendar tales errores antes de que su divulgación a mayor escala pueda

---

<sup>116</sup> Nájera y Molina 2004; en esta obra se atribuye a D. Julián Zuazo y Palacios la excavación y publicación del yacimiento de “La Peñuela” (Pozo Cañada), que en realidad fue llevado a cabo por D. Joaquín Sánchez Jiménez (p. 176). Tal error ha sido tomado y publicado al pie de la letra, a su vez, por Fernández Martín (2010: 23-24) y Benítez de Lugo (2009: 25 y 72; en esta publicación se da la fecha de 1917 como de publicación por parte de Zuazo y Palacios, cuando realmente fue excavado en 1928 por Sánchez Jiménez, y se llega a afirmar incluso que fue publicado como “motilla”, lo cual es absolutamente falso; *id.* 2011: 143). Otras inexactitudes irán siendo puestas de relieve a lo largo de nuestro análisis.

ocasionar nuevas y más graves equivocaciones.

Uno de los primeros aspectos que llama la atención a la hora de analizar los antecedentes investigadores referentes a la Edad del Bronce en la Meseta Sur es la diversidad de propuestas referidas a la tipología de los asentamientos humanos, que contribuye a dar una imagen poco homogénea del conjunto de las investigaciones llevadas a cabo incluso en zonas coincidentes dentro del espacio geográfico de la Comunidad Autónoma manchega.

Este problema es más acusado en los momentos actuales a pesar de que, en general, se observan tipologías que se basan de forma común en aspectos topográficos, el tamaño de los yacimientos y la presencia/ausencia de defensas artificiales<sup>117</sup>. Incluso se llegan a proponer aspectos tales como “el aspecto” de los yacimientos<sup>118</sup>, pero no se llega a seguir una política terminológica común o “unificadora”, lo cual no hace sino “atomizar” las clasificaciones tipológicas sin ofrecer una visión global para el conjunto geográfico estudiado.

A pesar de este hecho, la importancia “real” de cada una de las tipologías aportadas es innegable y son un destacado punto de partida para abordar una más compleja y completa organización tipológica general.

Con el paso de los años y el avance de la investigación, sobre todo a partir de la década de los años '70 del siglo pasado,

<sup>117</sup> Simón García 1987; Fernández-Miranda *et alii* 1994; López Precioso y Jordán Montes 1996.

<sup>118</sup> Fernández-Miranda *et alii* 1994: 245.

gracias en gran medida a los estudios en el ámbito de la Mancha Occidental de T. **Nájera** y F. **Molina**, se fue estableciendo un esquema, mayoritariamente aceptado en la actualidad, de “diversidad cultural” asociada a tipos de asentamiento y generalizado a todo el ámbito geográfico de La Mancha en torno a una tipología poblacional<sup>119</sup>, que actualmente se nos antoja excesivamente simplista, aunque otras opiniones divergentes también han sido presentadas con anterioridad definiendo ese esquema como una derivación del normativismo como teoría antropológica primando sobre los aspectos funcionales de los distintos yacimientos<sup>120</sup>.

Actualmente, dos de estos investigadores (Nájera y Molina) siguen defendiendo diferencias sociales de ocupación entre yacimientos en función de la topografía y actividades de subsistencia documentadas en ellos<sup>121</sup>. Prácticamente viene a ser una defensa de sus primeras impresiones sin tener en cuenta el avance de la investigación que, en nuestra opinión, desautoriza claramente sus afirmaciones sustentadas en argumentos de poco peso, tal y como tendremos ocasión de analizar y criticar.

Originalmente denominado como “Cultura de las Motillas”<sup>122</sup>, posteriormente ha pasado a ser conocido como “Bronce de

<sup>119</sup> “motillas”, “morras” y “castellones” (Nájera, Molina y Aguayo 1977). Fue principalmente Trinidad Nájera quien planteó la hipótesis de la existencia de una diversidad cultural en el ámbito geográfico de La Mancha basada en la variada tipología de poblados documentada sobre el terreno.

<sup>120</sup> Martínez Navarrete 1988: 89.

<sup>121</sup> 2004.

<sup>122</sup> Nájera, Molina y Aguayo 1977: 504.



La Mancha”, que sin embargo también parece inadecuado pues daría a entender que para toda la región geográfica de “La Mancha” se cumplen sus características generales y, como se podrá ver más adelante hay importantísimas matizaciones al respecto que deben ser consideradas<sup>123</sup>.

Con más razón aún para nuestro marco espacial de estudio, el sureste de la Meseta Sur, que aún una gran variedad geográfica en la que “La Mancha” es únicamente una parte.

Es importante señalar que el esquema poblacional-cultural de Nájera y Molina se fundamenta, en nuestra opinión, en un error de base en el que prima una identificación literal entre términos toponímicos y tipología poblacional-cultural.

Por este mismo hecho nos parece un error seguir empleando esa tipología en la investigación, ya no únicamente referida a la zona de la Mancha, *sensu stricto*, sino a toda la propia región de Castilla-La Mancha. Para explicarlo mejor hemos de remontarnos al considerado primer ejemplo mejor conocido de actuación pseudo-arqueológica en un yacimiento de la Edad del Bronce en Castilla-La Mancha.

Nos referimos a la excavación de D. Inocente Hervás y Buendía en la “Motilla” de Torralba de Calatrava (Ciudad Real) a finales del s. XIX<sup>124</sup>.

---

<sup>123</sup> Como por ejemplo la desigual distribución de los tipos de poblados considerados característicos de este complejo cultural, incluso documentándose la práctica ausencia de algunos de estos tipos dentro de este ámbito geográfico, como es el caso de la ausencia de poblados tipo “Morra” en la zona meridional del “Campo de Montiel”, aún en plena Mancha (Fdez.-Posse *et alii* 1996: 113).

<sup>124</sup> Hervás y Buendía 1899.



FIGURA 7.13: Motilla de Torralba (Nájera y Molina 2004: 174)

Es común encontrar en la bibliografía críticas muy encendidas contra el trabajo llevado a cabo por Hervás y Buendía. Si bien es cierto que su excavación no siguió unos criterios arqueológicos adecuados, debemos tener en cuenta la época en la que la llevó a cabo y su bienintencionada finalidad.

Las primeras líneas de su obra las dedica a explicar que sólo se animó a publicar “los antecedentes necesarios para mejor inteligencia y conocimiento de aquel monumento” tras “maduros estudios que vinieran a sazonar mis propias convicciones”, haciéndolo de ese modo “en tiempo y ocasión oportunas”<sup>125</sup>.

En sus conclusiones encontramos una serie de aspectos que conviene aclarar.

Hervás y Buendía interpreta la “Motilla de Torralba” como un túmulo funerario, de hecho la considera una “necrópolis o cementerio general”<sup>126</sup>, pero no generaliza

---

<sup>125</sup> Hervás y Buendía 1899: 1.

<sup>126</sup> Hervás y Buendía 1899: 8; la Motilla habría tenido dos fases: “oretana y primitiva su base, romana y del Imperio

esa identificación funeraria a todos los yacimientos denominados “mota” o “motillones”; así, la “mota” de Villajo, en Campo de Criptana, la identifica con la antigua población de *Alces*, “con su necrópolis al N. y a corta distancia”<sup>127</sup>.

A pesar de que afirma en otro momento que los “Túmulos” funerarios son conocidos en La Mancha como “motas” y “motillones”<sup>128</sup>, consideramos que, no por ello, cree que todas las “motas” y “motillones” sean túmulos funerarios, tal y como hemos visto para el caso de la “mota” de Villajo.

Hervás y Buendía identifica la “Motilla de Torralba” con un monumento megalítico, lo que condicionará claramente su propia interpretación, aunque con una interesante adscripción cultural que se desliga de la opinión mayoritaria en su época.

Esa interpretación de carácter funerario de los yacimientos que recibían la denominación de “motilla” no varió mucho a lo largo del s. XX.

Hervás y Buendía toma su idea del carácter de túmulo funerario para la “Motilla de Torralba” de la obra de Manuel Murguía.

Este historiador gallego, ya en 1858, interpretó algunos ejemplos megalíticos de la provincia de Granada como “monumentos celtas” de carácter funerario<sup>129</sup>. Años después centró sus

[...] su coronación”. A la primera fase correspondería el rito de inhumación y a la segunda, el rito de la cremación.

<sup>127</sup> Hervás y Buendía 1899: 4.

<sup>128</sup> Hervás y Buendía 1899: 5.

<sup>129</sup> Murguía 1858. No obstante, hasta mediados del s. XIX era común asociar megalitismo con los celtas en buena parte del territorio europeo dentro de las teorías

trabajos en su tierra natal, Galicia, donde abundan las “mámoas”, denominación que se da a las sepulturas megalíticas tumuliformes.

Lógicamente hay que tener en cuenta la fuerte ligazón de Hervás y Buendía con las tierras gallegas, que probablemente influyó en buena manera en tomar como referencia principal la obra de Murguía dedicada a la “Historia de Galicia” como base para sus propias interpretaciones, en lugar de otros trabajos contemporáneos<sup>130</sup>.

No obstante, Hervás y Buendía se aleja de la interpretación céltica de los megalitos y claramente atribuye la primera fase de la Motilla de Torralba al pueblo oretano, mencionado entre las etnias ibéricas en las fuentes antiguas.

Autores como Pericot o Bosch i Gimpera seguían manteniendo en la primera mitad del siglo esa consideración, asentada para el territorio del sureste de la Meseta Sur en los trabajos de Zuazo y Palacios en la zona de Montealegre del Castillo<sup>131</sup>.

Una excepción digna de mención es la de Martínez-Santa Olalla quien, a mediados de ese siglo, consideró como *crannogs* o poblados lacustres el yacimiento de “El Acequión” (Albacete), y fuera del marco

panceltistas imperantes (Fernández Götz 2007: 174). La historiografía que discute la problemática a lo largo del s. XIX de la paleoetnología y atribución etnológica del fenómeno megalítico en la Península Ibérica es muy amplia y no creemos conveniente entrar en su discusión ni análisis.

<sup>130</sup> Su hermano Julián vivía en Mondoñedo, en donde, no resulta por ello curioso que se publicara su obra “La Motilla de Torralba de Calatrava” en 1899.

<sup>131</sup> Zuazo y Palacios 1915, 1916 y 1917. Las opiniones de Pericot y Bosch i Gimpera fueron ya recogidas posteriormente por Sánchez Jiménez al estudiar la Edad del Bronce en la provincia de Albacete (1948a: 75).



geográfico manchego los yacimientos de “Almizaraque” (Cuevas de Almanzora, Almería) y “Ereta del Pedregal” (Navarrés, Valencia)<sup>132</sup>. Realizada esa interpretación incluyó en esta tipología otros yacimientos albacetenses como “Hoya Vacas”, “Morra de D. Canciano” y “Las Gorrineras” (en el término municipal de Albacete) y “Prado Viejo” (en el término municipal de Hoya Gonzalo).

Su interpretación no tuvo continuidad en la investigación posterior.

Tres lustros después, Schüle y Pellicer, con motivo de unas prospecciones en el término municipal de Manzanares (Ciudad Real) comenzaron a avanzar también nuevas interpretaciones, aunque de manera muy vaga y siendo en sus conclusiones claramente continuistas con las interpretaciones más asentadas; Consideraron que las “motillas” podían responder a túmulos de enterramiento, poblados o a ambas funciones sucesivamente.

Vemos, por tanto, que esbozaron la posibilidad de que se tratase de poblados sin características funerarias, sin embargo,

<sup>132</sup> Según Martínez-Santa Olalla, el carácter “palafítico” del yacimiento valenciano fue descrito por su descubridor, José Chocomeli, en la década de los años 30 del s. XX. Martínez-Santa Olalla lo redefine como *crannog*, ya que la denominación “palafito” implicaba unas connotaciones que no se daban en ese yacimiento (1951: 10 nota 17). Según Fletcher Valls, el descubridor del yacimiento de “La Ereta del Pedregal” y su atribución “palafítica”, así como la de otros yacimientos similares tales como los de Antela y Betanzos fue Vilanova y Piera (Fletcher Valls 1961: 81). Recientemente, Cabanilles en su trabajo sobre este yacimiento valenciano viene a confirmar cómo fue Vilanova y Piera quien descubrió “La Ereta” y lo consideró una “estación palustre”; caída en el olvido, fue Chocomeli quien la redescubrió en 1933 (2006: 189; Vilanova y Piera 1879). Martí Oliver nos recuerda que fue, efectivamente, Vilanova y Piera quien prospectó “La Ereta” junto a su hermano José (2012: VIII).

en sus conclusiones se decantan claramente por considerar que “por su tipología y por el conjunto que forman, originariamente fueron construidos para monumentos funerarios. [...] Posteriormente, dada su estratégica elevación artificial, serían empleados como emplazamiento de hábitat, quizá en el Bronce II y final, según puede deducirse de restos, al parecer de muros y de la cerámica de superficie.”<sup>133</sup>

Debemos señalar en su defensa que no se realizaron excavaciones por lo que la única documentación con la que contaban no les permitía avanzar mucho más en sus conclusiones.

Algo distinto ocurrió con los trabajos en la “Motilla de Los Romeros” (Alcázar de San Juan, Ciudad Real) a finales de la década de los años 60 del s. XX. En este yacimiento se llevaron a cabo varias campañas de excavación que no fueron publicadas hasta veinticinco años después<sup>134</sup>.

No obstante, en las pocas noticias dadas a conocer previamente no se avanzó ningún tipo de cambio en la interpretación dada a este tipo de yacimientos<sup>135</sup>.

Hasta los trabajos de Nájera, Aguayo y Molina en las “motillas” de “El Azuer” (Daimiel, Ciudad Real) y “Los Palacios” (Almagro, Ciudad Real), a mediados de la década de los 70, no se produjo el cambio de mentalidad en las interpretaciones vigentes, pasando a considerar ese tipo de yacimientos como poblados fortificados en los que se realizaron ocasionalmente

<sup>133</sup> 1965: 76.

<sup>134</sup> García Pérez 1988.

<sup>135</sup> Almagro-Gorbea 1973.

enterramientos de carácter inhumatorio<sup>136</sup>. Ésta ha sido la opinión única desde entonces, incluso criticando duramente las posiciones mantenidas con anterioridad.

Curiosamente, a partir de los recientes trabajos realizados en el yacimiento de “El Castillejo de Bonete” (Terrinches, Ciudad Real) se ha vuelto a señalar que quizás es hora de retomar esa discusión respecto a la funcionalidad de los yacimientos:

*“La caracterización del ‘tell’ llamado ‘Castillejo del Bonete’ como un complejo tumular implica que en los próximos años será preciso aplicar estrategias de investigación y esfuerzos dirigidos a determinar si algunas de las morras y motillas adscritas a la Edad del Bronce de La Mancha pueden ser en realidad túmulos funerarios.”<sup>137</sup>*

En el I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, **Nieto Gallo** y **Sánchez Messeguer** aportaron una clasificación tipológica general de “facies culturales” para toda Castilla-La Mancha<sup>138</sup>:

- “Cueva”
- “Fondos de cabaña”
- “Motillas”
- “Morras”
- “Castellones o cerros”

<sup>136</sup> Nájera, Molina y Aguayo 1979.

<sup>137</sup> Benítez de Lugo *et alii* 2014: 170.

<sup>138</sup> 1988: 221-224. Esta clasificación ha sido seguida posteriormente por otros investigadores (Galán Saulnier 1994; Benítez de Lugo *et alii* 2007: 233).

## -“Abrigos”

Junto con su indudable valor también traía aparejado la indefinición generada por generalizar a toda la comunidad autónoma esa tipología, sin matizarla siquiera mínimamente en base a territorios geográficamente coherentes.

Estos investigadores fueron los primeros en proponer el término “Bronce de La Mancha” o “Bronce Manchego”, que ha contado con una aceptación prácticamente unánime en los trabajos de investigadoras/es posteriores<sup>139</sup>

En realidad, su fundamento no era muy distinto de las premisas culturales básicas establecidas por Nájera y Molina.

Así, alguno de esos tipos como es el de “Asentamientos en llano de fondos de cabaña” no ha podido ser documentado en nuestra zona de estudio hasta momentos muy recientes<sup>140</sup>.

No obstante, como veremos más adelante limitan la ocupación de “fondos de cabaña” únicamente a yacimientos en llano, algo que a tenor de la documentación con la que contamos actualmente no es correcto, ya que existían también yacimientos en altura cuyas estructuras habitacionales y/o industriales eran del tipo “fondo de cabaña”<sup>141</sup>.

<sup>139</sup> Nieto Gallo y Sánchez Messeguer 1983: 34; *id.* 1988: 221.

<sup>140</sup> A esta tipología respondería muy probablemente el yacimiento de “Casa del Pajar de Marta” (Alcaraz) [Fdez.-Posse *et alii* 2008: 86-87, 311-312].

<sup>141</sup> Un caso que conocemos de primera mano es el yacimiento de “Casa del Rodeno” (Monteagudo de las Salinas, Cuenca), excavado por nosotros mismos, y al que nos referiremos más adelante.

El equipo de Fernández-Miranda, al estudiar el cuadrante noroccidental de la provincia de Albacete, ha venido interpretando la desigual distribución del poblamiento en el territorio objeto de su estudio en función del acceso a los recursos.

Estos investigadores han aportado diferentes tipologías poblacionales a lo largo de su labor investigadora<sup>142</sup>; quizás podríamos mencionar aquí preliminarmente como más representativa la que recoge “morras”, “motillas”, “poblados” e “instalaciones”.

En general es similar a la enunciada por Nájera, aunque ellos añaden las denominadas “instalaciones”, definidas como “localizaciones donde se encuentran algunas cerámicas sin existir un depósito arqueológico apreciable”<sup>143</sup>.

Con ligeras variaciones encontramos aplicaciones de la clasificación tipológica de Nieto Gallo y Sánchez Messeguer en el trabajo de López Fernández y Fernández Rodríguez sobre el poblamiento de las lagunas de Ruidera durante la “Edad del Bronce”<sup>144</sup>, zona muy interesante para nuestro estudio ya que estas zonas lagunares configuran el extremo occidental de la Comarca D de nuestra “Región nuclear”.

Otro investigador que ha tratado la problemática de la tipología de yacimientos

durante el “Bronce de la Mancha” ha sido Ruiz Taboada, limitando sus trabajos a una zona concreta de la provincia de Toledo.

Este investigador expone algunas afirmaciones que consideramos interesante tratar.

Ruiz Taboada aborda el problema de la tipología poblacional del denominado “Bronce Manchego” desde un punto de vista crítico a partir de la propia documentación recopilada por él en las prospecciones de catorce términos municipales de la región noroccidental de La Mancha<sup>145</sup>.

Recientemente Benítez de Lugo y Menchén, a partir de la excavación dirigida por ellos mismos de un yacimiento de la Edad del Bronce en Santa Cruz de Mudela (Ciudad Real), consideran haber identificado un nuevo tipo de horizonte del “Bronce de La Mancha” diferente a los clásicos definidos por la disciplina (“castellones”, “morras”, “motillas”, “cuevas”, “fondos de cabaña”, “abrigos”, etc.).

A ese nuevo tipo no lo denominan de ninguna manera. Se trata de un asentamiento en ladera donde se documentan construcciones cuadrangulares, sólo parcialmente excavadas, dispersas sobre una superficie aproximada de 1500 m<sup>2</sup>, aunque sólo se excavaron 13 m<sup>2</sup> sin alcanzar niveles geológicos “no antropizados”<sup>146</sup>.

No se ofrecen detalles respecto a esas estructuras cuadrangulares, que hemos de suponer estuvieron realizadas en piedra, al menos sus zócalos. Se las considera de tipo

<sup>142</sup> Vide infra.

<sup>143</sup> Fdez.-Miranda et alii 1994: 245 nota 2.

<sup>144</sup> 1994; estos investigadores identifican en esta zona “cuatro ‘facies’ de las seis que parecen configurar el Horizonte cultural del Bronce de La Mancha: ‘Motillas’, ‘Abrigos’, ‘Morras’ y ‘poblados de altura’ (denominación que prefieren frente a la de “Castellones o Cerros”)[págs. 368-373].

<sup>145</sup> Ruiz Taboada 1996.

<sup>146</sup> 2009.

“habitacional”, aunque no se descarta otra funcionalidad.

Nuevamente, hemos de suponer que consideran este yacimiento como otro tipo de yacimiento diferente a los ya conocidos por encontrarse en una zona de ladera, en cota muy baja, y tener construcciones de piedra.

Por ello, al no ser “cabañas” de materiales perecederos, creemos que lo consideran otro “tipo” dentro de la clasificación.

Consideramos que no es un buen camino el multiplicar exponencialmente la variedad de tipos simplemente por pequeñas variantes entre ellos. Debemos tomar unos puntos de partida básicos que permitan englobar de forma coherente las pequeñas variantes y establecer una tipología sistematizada y bien articulada.

#### *Clasificaciones tipológicas y patrones de poblamiento durante la “Edad del Bronce” para nuestra “Región nuclear”*

La abundancia de asentamientos con cronologías similares en un ámbito microespacial ha sido abordado de forma preliminar por López Precioso con motivo del estudio del conjunto arqueológico de “Los Morrones” de Albatana<sup>147</sup>; dentro de la Subcomarca del Campo de Hellín (Subcomarca B.1 de nuestra división comarcal), a este poblamiento simultáneo de yacimientos muy próximos entre sí se le atribuyen posibles causas, tales como el aumento demográfico, mayor comodidad en el trazado topográfico de unos poblados

frente a otros, motivos de origen comercial, o bien defensivo-estratégicos<sup>148</sup>.

Dentro de la Subcomarca del Altiplano de Almansa (Subcomarca B.2 de nuestra división comarcal), encontramos la interpretación de Hernández Pérez y Simón García de esa concentración a escala microespacial en relación con la existencia en la mayoría de los casos de un poblado grande rodeado de otros pequeños.

El poblado de mayores dimensiones suele ocupar en relación con los demás una posición central o en un extremo y, en muchas ocasiones, elegir las cotas más altas<sup>149</sup>.

No obstante, señalan la problemática de precisar la contemporaneidad de ocupación en esos emplazamientos.

Esta misma opinión es la recogida en su publicación sobre el yacimiento de “El Cerro de El Cuchillo”<sup>150</sup>.

El equipo de Fernández-Miranda ha interpretado la desigual distribución del poblamiento en el territorio objeto de su estudio en función del acceso a los recursos.

Estos investigadores han aportado diferentes tipologías poblacionales a lo largo de su labor investigadora<sup>151</sup>; quizás podríamos mencionar aquí

---

<sup>148</sup> No obstante, López Precioso no se decanta al respecto, con lo cual deja abierto un amplísimo y “vago” abanico de posibilidades.

<sup>149</sup> Hernández Pérez y Simón García 1994: 206. Podemos suponer a partir de su planteamiento una organización jerárquica del poblamiento del tipo “poblado principal”-“poblados satélite”.

<sup>150</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 205.

<sup>151</sup> *Vide infra*.

---

<sup>147</sup> 1990: 156 y ss.

preliminarmente como más representativa la que recoge “morras”, “motillas”, “poblados” e “instalaciones”.

En general es similar a la enunciada por Nájera, aunque ellos añaden las denominadas “instalaciones”, definidas como “localizaciones donde se encuentran algunas cerámicas sin existir un depósito arqueológico apreciable”<sup>152</sup>.

Así, consideran que “las localizaciones sugieren, como era de esperar, que los asentamientos se sitúan en puntos en los que está asegurado el acceso a tierra de cultivo intensivo. Unos dos tercios de los asentamientos se encuentran cerca de lagunas y cursos de agua, o inmediatamente encima de cañadas (tierras bajas que reciben humedad y sedimentos de las pendientes próximas), es decir, áreas que proporcionan oportunidades para cultivos de barbecho corto y pastos permanentes. La densidad de asentamientos es baja en las zonas que son sólo adecuadas para cultivos de secano de ciclo largo”<sup>153</sup>.

También señalan las consideraciones defensivas como “extremadamente importantes” para determinar la localización de los asentamientos. Así, “nueve de cada diez asentamientos se sitúan en bordes escarpados, promontorios o pendientes”<sup>154</sup>.

<sup>152</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 245 nota 2.

<sup>153</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 41.

<sup>154</sup> No obstante, convendría recordar que la metodología prospectiva seguida por este equipo investigador “condenaba” todas aquellas localizaciones que no se consideraban “características” del que denominan “Bronce de La Mancha”; su método de prospección “fue diseñado para localizar sitios similares a asentamientos ya conocidos del Bronce” (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 41) y partieron de la premisa de que “los poblados de la Edad del Bronce se construyeron en

El distinto tamaño de los asentamientos no estaría necesariamente relacionado con desigualdades sociales jerárquicas, del mismo modo que no parece existir una diferenciación funcional entre los asentamientos de diferente tamaño<sup>155</sup>.

Del mismo modo, a juzgar por lo que afirman respecto a densidad de asentamientos, la mayor concentración de éstos en unas zonas frente a otras de menor densidad, vendría marcada por el acceso a los recursos y la posibilidad de desarrollar cultivos intensivos.

Esta consideración choca, en parte, con la interpretación previamente mencionada de Hernández Pérez y Simón García respecto al poblado de mayor tamaño y otros asentamientos emplazados a su alrededor. La mención a la elección de emplazamientos en cotas más altas para los poblados más grandes creemos que es una consideración de “política de control visual” que habría que ajustar mejor estudiando y considerando no la cota en la que se emplazan esos poblados, sino la visibilidad que tienen desde allí de los demás asentamientos, supuestamente “controlados” por ese “poblado principal”<sup>156</sup>.

lugares de gran visibilidad (Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 248). Del mismo modo, reconocen que su método nunca pretendió identificar los asentamientos muy pequeños, y que este mismo método ha tenido grandes lagunas en la localización de yacimientos destruidos, muy deteriorados o aterrizados en pendientes muy pronunciadas (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 31 y 33). Por tanto, entre otras localizaciones, los asentamientos en llano serán prácticamente invisibles. Éste creemos que es uno de los principales defectos de su investigación y que invalida en buena parte muchas de sus conclusiones.

<sup>155</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 48.

<sup>156</sup> El estudio de intervisibilidad entre yacimientos ha sido incluido en el último trabajo publicado de este equipo de

Como veremos más adelante, efectivamente el control por parte de los yacimientos del territorio circundante es evidente, pero no por su emplazamiento en los lugares de mejor visibilidad o cota más alta, sino por su control inmediato de un vado o vía de comunicación unido al emplazamiento de mejores condiciones naturales de defensa<sup>157</sup>.

Retomando lo dicho anteriormente respecto al afán dentro de la investigación de multiplicar los tipos de asentamientos a partir de “baremos” basados en la topografía, el tamaño o los materiales de construcción, por mencionar únicamente unos pocos, nos gustaría señalar la problemática e incongruencia en las conclusiones que este comportamiento crea.

Podríamos poner un ejemplo para ilustrar esta problemática que comentamos tomaremos como base el yacimiento de “El Acequión” (Albacete, Albacete); observamos que, en esa localización, los primeros espacios habitacionales durante sus dos primeras fases de ocupación son cabañas de mampostería y zócalos de piedra, que en una tercera fase son sustituidas por cabañas de materiales perecederos<sup>158</sup>. ¿Deberíamos considerar este yacimiento de manera distinta dentro

---

investigación, dando como resultado que algunos de los yacimientos de mayor tamaño y, *a priori*, principales en la ordenación y control del territorio, tienen control visual nulo sobre los yacimientos del entorno (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 61 y ss.).

<sup>157</sup> Este hecho es perfectamente observable en el caso de la “Morra” del “Castillo de Munera” (Munera), donde el yacimiento se sitúa en el punto elevado de control del vado del río Córcoles, inmediato a él y desechando cotas más altas con mejor visibilidad del entorno circundante pero de peor defensa.

<sup>158</sup> Fernández-Miranda *et alii* 1990; *id.* 1994; *id.* 1995.

de la tipología por ese cambio constructivo a pesar de que su localización topográfica, estructuras defensivas, bases económicas, etc. son las mismas?.

No queremos dejar de mencionar otro ejemplo de clasificación tipológica que no ha tenido ningún calado en la investigación pero que tiene interés para el análisis que aquí desarrollamos:

López Megías y Ortiz López, en su publicación divulgativa de numerosos yacimientos dentro de un amplio marco geográfico de la Provincia de Albacete, interpretan y denominan como “ciudades simarias” aquellos poblados asentados sobre una cueva o sima<sup>159</sup>.

En nuestra zona de estudio este tipo de yacimiento no es escaso, no obstante no compartimos ni esa denominación ni la interpretación que hacen de estos yacimientos<sup>160</sup>.

Debemos emplear un modelo tipológico lo suficientemente amplio y flexible en sus términos que refleje las variantes principales en las características de los yacimientos pero sin complicarlo en exceso. Por eso, antes de emplear una terminología tipológica debemos explicitar cuáles serán las bases de juicio sobre las que la sustentaremos. Debemos explicar por qué empleamos los términos que empleamos y qué características consideramos fundamentales para asentar nuestra tipología.

En nuestra opinión, la propia metodología de las investigaciones llevadas

---

<sup>159</sup> López Megías y Ortiz López 1990: 273 y ss.

<sup>160</sup> En el apartado de conclusiones de este capítulo expondremos nuestro posicionamiento.



a cabo en el territorio de estudio son las que han “determinado” nuestra percepción actual de las características generales del poblamiento pre y protohistórico.

Se ha partido de una serie de asunciones a las que se ha dado el carácter de “válidas” y “verdaderas”, y sobre las que se han construido las hipótesis vigentes<sup>161</sup>.

Creemos que es un buen momento para criticar de forma constructiva las metodologías empleadas y aceptar sus aportaciones más útiles y prácticas mientras que abrimos nuevas puertas, o quizá no tan nuevas pero sí sólo entreabiertas hasta el momento, a nuestras consideraciones metodológicas.

Una de las principales aportaciones que haremos en nuestro trabajo es la de proponer nuevas vías de investigación, bien aún no encauzadas o bien muy someramente; es por ello que en el capítulo final de nuestro trabajo llamaremos la atención sobre unas cuestiones que pueden marcar el futuro de nuestras acciones investigadoras<sup>162</sup>.

---

<sup>161</sup> A este respecto nos mostramos de acuerdo con las posiciones críticas de otros investigadores como Martínez Navarrete (1988) o Ruiz Taboada (1996), aunque debemos señalar que, aún así, sus propios argumentos son criticables al no abordar en profundidad una reforma de las mismas tipologías que critican negativamente. Así, Ruiz Taboada mantiene la división anterior en “morras”, “castillejos” y “motillas” a los que añade otro tipo: “ocupaciones no permanentes en llano” (1996: 213). Aunque este tema será tratado más adelante, creemos importante mencionar en este punto que este investigador ignora el tipo “instalaciones” de Fdez.-Miranda *et alii* (1994), que no incluye en ninguno de sus propios tipos. De hecho, quizás su tipo “ocupación no permanente en llano” podría identificarse con las “instalaciones” de Fdez.-Miranda *et alii*, añadiendo únicamente la variación topográfica. Podría ser un segundo subtipo dentro del tipo general “poblados” (*vide infra*).

<sup>162</sup> Capítulo 14: “Futuro previsible vs. Futuro deseable”.

De momento, y al contar con una información proveniente principalmente de prospecciones superficiales resulta difícil a día de hoy avanzar algo más en esta cuestión, aunque en nuestras conclusiones propondremos las causas que consideramos más probables en la elección de los emplazamientos de los poblados durante el Bronce Final.

Una vez vista de forma muy simple la problemática relacionada con las investigaciones previas a la nuestra en este apartado, pasamos a las clasificaciones tipológicas poblacionales concretas que podemos consultar al respecto. Seguiremos un orden cronológico en su exposición:

**D. Julián Zuazo y Palacios** es el primer investigador que tendremos en cuenta, al ser quien primero realizó excavaciones “arqueológicas” en varios yacimientos de los denominados convencionalmente en la investigación tradicional “tipo Morra” de la provincia de Albacete y una primera interpretación de los mismos.

Sus excavaciones le llevaron a considerar que el tipo “Morra” respondía a grandes túmulos funerarios de incineración de época neolítica, en ocasiones junto a auténticas “acrópolis” poblacionales de esta misma época<sup>163</sup>.

Curiosamente el hallazgo en estas localizaciones de algunas inhumaciones no le llevó a replantearse sus primeras impresiones, que influirían notablemente

---

<sup>163</sup> 1915.



en interpretaciones posteriores de otros investigadores<sup>164</sup>.

A continuación es necesario citar los trabajos de **D. Joaquín Sánchez Jiménez**, autor del primer intento de síntesis de la cuestión, para quien el poblamiento en la Provincia de Albacete durante la Edad del Bronce constaría de "tres zonas con características distintas por su relieve y por la paleobotánica"<sup>165</sup>:

- La zona de la Mancha Alta: sobre el mioceno, con extensos y muy poblados bosques de robles y encinares. Su parte más baja, la que circunda la capital, era lacustre. En esta zona llana se daría el asiento de pequeños poblados, paupérrimos (los denomina "ciudades abiertas"), "característica esencial personalísima de la cultura argárica". Como complemento de su definición toma las palabras pronunciadas por Tarradell durante la discusión de su comunicación "Delimitación geográfica de la cultura del Argar" en el II Congreso de Albacete referida a que "estos poblados son una degeneración del centro urbano del Sudeste", ocasionada "por alejamiento del foco de donde irradió y por la pobreza de estas zonas albacetenses".

---

<sup>164</sup> Sin embargo, como ya hemos visto, Hervás y Buendía en su excavación de la "Motilla de Torralba" (Torralba de Calatrava, Ciudad Real), pocos años antes de los trabajos en Montealegre del Castillo de Zuazo y Palacios, diferenciaba claramente entre el rito inhumatorio y el rito de la cremación, considerando que este último fue introducido a partir de la romanización, mientras que la inhumación era propia de las culturas primitivas.

<sup>165</sup> 1948: 77-79.

- Otra zona esteparia y accidentada (prolongación de la región espartaria). Aquí es donde Sánchez Jiménez sitúa los castros o poblados fortificados en alturas, donde era preciso fortificarlos "contra los ataques de los insurgentes del Sur y del Sudeste". El material predominante sería la "cerámica tosca y lisa, poco pulimentada, de mala cocción y con tipos o perfiles muy próximos a lo almeriense, perfeccionándose gradualmente [...] conforme se avanza hacia el Oeste."
- Finalmente una zona montañosa, poblada de extensos pinares, cuyos vestigios aún son visibles desde Ayna a Bogarra y Alcaraz, por un lado, y por otro Elche de la Sierra, Yeste, Letur y Nerpio<sup>166</sup>.

Respecto al mundo funerario, Sánchez Jiménez coincidió con las opiniones mayoritarias de la época, tomando el testigo de los trabajos de Zuazo y Palacios.

De este modo, las numerosas "Morras" que él tuvo ocasión de excavar fueron interpretados como túmulos funerarios, conteniendo los menores un sepulcro central en fosa, cista o pequeña cámara dolménica y en su periferia sepulturas de incineración con urnas carenadas argáricas.

Los túmulos de mayores dimensiones se situarían sobre la entrada de una cueva natural que serviría de sepultura. El cierre de la cueva se haría mediante una cámara circular realizada con aparejo pequeño y cúpula por aproximación de hiladas. El

---

<sup>166</sup> ¿No recuerda un poco este esquema (poblados en llano en las zonas bajas, lacustres; poblados en altura) al posterior de morras, motillas y castellones?

empuje de la construcción central se contrarrestaría con círculos de piedras<sup>167</sup>.

De este modo se explicaban tanto la “torre” central, o primer amurallamiento, origen generalmente de este tipo de yacimientos, como los amurallamientos concéntricos sucesivos según se expandía el poblamiento al exterior del primero.

Curiosamente, tampoco el hallazgo de inhumaciones, como la documentada en “Dehesa de Caracolares” (Tiriez)<sup>168</sup>, le llevó a replantearse su propuesta.

Resulta interesante mencionar una publicación, ya mencionada previamente, de **Martínez Santa-Olalla** respecto al yacimiento de “El Acequión” (Albacete), en la cual frente a la opinión mayoritaria de ver en este tipo de yacimientos tumulares un gran sepulcro o un poblado asociado a una sepultura tumular, él lo interpretó como un “*crannog*” o estructura palafítica. De hecho, afirma que ese “monumento singular” descubierto por Sánchez Jiménez había sido “interpretado primeramente de una manera errónea conforme a los cánones rutinarios y que más tarde su propio descubridor, a la vista del cuadro europeo correspondiente, clasificó como correspondía: pueblo isla, palafito o verdadero *crannog*”<sup>169</sup>.

<sup>167</sup> 1948b: 105.

<sup>168</sup> Yacimiento también denominado en la bibliografía especializada como “Mina del Tío Ricardo”.

<sup>169</sup> Martínez Santa-Olalla 1951: 5-12; a pesar de que le atribuye el mérito de esa adscripción a J. Sánchez Jiménez (p. 6 nota 4), lo cierto es que Sánchez Jiménez siempre lo consideró un poblado lacustre con sepultura tumular y no únicamente un poblado (Sánchez Jiménez 1948b: 102-103). No obstante, al contrario de lo afirmado por Fdez.-Miranda *et alii* (1994: 251), no fue Martínez Santa-Olalla quien primero llamó la atención sobre el interés de este yacimiento, pues ya Sánchez Jiménez lo incluyó entre los

Rompía, por tanto, aunque sin consecuencias apreciables en la investigación contemporánea o inmediatamente posterior, con la opinión general<sup>170</sup>.

A principios de la década de los '80, **Jordán Montes** presentó su Memoria de Licenciatura en la cual se realizaba un estudio prospectivo en superficie de la Comarca de Hellín-Tobarra (Subcomarca A.2 de nuestra comarcalización) <sup>171</sup>. La clasificación tipológica que se hacía de los diversos yacimientos documentados era muy somera y general, apenas una definición de sus características más evidentes, pero sin incluirlos dentro de un modelo clasificatorio. Es por ello que la enumeración del listado de los yacimientos documentados por este investigador no será abordado de forma amplia aquí.

Con los estudios llevados a cabo desde finales de la década de los '80 y principios de los '90 de la centuria pasada por un equipo de investigación dirigido por D. Manuel **Fernández-Miranda**, dentro de un

más interesantes de la provincia y llevó en excursión a los participantes del II Congreso de Arqueología del Sureste Español para que lo vieran en persona (1948a: 75). A este respecto, llama la atención la contradicción entre publicaciones del mismo equipo, el dirigido por Fernández-Miranda, ya que en 1993 llegan a afirmar que el yacimiento de “El Acequión” era “conocido de antiguo. Joaquín Sánchez Jiménez (1974 y 1948) director del Museo de Albacete, lo cita reiteradamente en sus trabajos. Martínez Santa-Olalla (1951) lo da a conocer en un pequeño artículo”. Es decir, que admiten que quien primero lo dio a conocer fue Sánchez Jiménez, al contrario de lo que publican en el otro artículo mencionado. Resulta curioso también que en la publicación de 1993 se repite la errata en la fecha de una de las publicaciones de Sánchez Jiménez (se lee 1974 donde debería figurar 1947) tanto en el texto como en la bibliografía proporcionada (Fdez.-Miranda *et alii* 1993: 11 y 27).

<sup>170</sup> *Vid supra* apartado anterior.

<sup>171</sup> 1981; 1992.

espacio geográfico que incluía gran parte de la provincia de Albacete, se fue ampliando un poco esta caracterización<sup>172</sup>.

Una primera reflexión de los integrantes de este equipo de investigación nos dará una idea del punto de partida que debemos tener en cuenta para realizar un intento de clasificación tipológica de los distintos yacimientos que se tratarán: *“morras, motillas, castillejos, poblados en altura o en el llano, junto a cursos fluviales o en espacios palustres no son seguramente otra cosa que la expresión de diferentes procesos de adaptación a un medio físico muy cambiante por parte de distintos grupos sociales que posiblemente constituyen un área cultural común”*<sup>173</sup>.

Como vemos, su clasificación originaria era muy “vaga” e incluía “morras”, “motillas”, “castillejos” y “poblados”.

En ella se prescindió de la denominación “castellones”, comúnmente aceptada, y se prefirió el término “castillejos”<sup>174</sup>, sin especificar el porqué de esta elección.

A pesar de aclarar que en la provincia de Albacete también son denominados “morras” los yacimientos en llano conocidos en la Mancha Occidental como “motillas” y no únicamente aquellos poblados fortificados con amurallamientos de planta circular asentados sobre elevaciones naturales, este equipo de

investigadores optó por emplear el término “motilla” para varios yacimientos albacetenses<sup>175</sup>.

Únicamente encontramos en la provincia de Albacete un topónimo que haga referencia al término “motilla”; se trata de “Motilleja”, una población localizada en el noroeste de la provincia, muy cerca de tierras conquenses, donde no es tan extraño el uso de ese topónimo (p.ej. Motilla del Palancar, donde no existe yacimiento arqueológico de características similares a las “motillas” de Ciudad Real). Curiosamente, como podremos ver a continuación en su relación de yacimientos, en Motilleja no se documenta ningún yacimiento que pueda ser considerado de características similares a las “motillas manchegas”<sup>176</sup>.

El topónimo “Motilla” y sus derivados allí donde se emplean (y son varias las provincias y regiones: Ciudad Real, Toledo, Cuenca, Sevilla y, muy escasamente, Albacete) tiene relación únicamente con elevaciones de tipo “tumular” visibles en el terreno que no están necesariamente relacionadas con emplazamientos de yacimientos arqueológicos. Es por ello que consideramos un error utilizar ese topónimo de manera general para definir una tipología de yacimientos, cuya estructura constructiva es similar a otros

<sup>172</sup> Fdez.-Miranda *et alii*, 1994: 243 y ss.; Fdez.-Posse, Gilman y Martín, 1996: 111 y ss.; *ead.*, 2001: 121 y ss.

<sup>173</sup> Fernández-Miranda *et alii*, 1988: 300-302.

<sup>174</sup> Empleado también en el título específico de un artículo de enorme interés de M<sup>a</sup>.I. Martínez Navarrete (1989), investigadora del Dpto. de Prehistoria y Etnología de la U.C.M. tutelada por Fernández-Miranda.

<sup>175</sup> 7 en total: “Chavillo” [Lezuza], “El Acequión” [Albacete], “Hoya Vacas” [Albacete], “Ojos de San Jorge” [Albacete], “Prado Viejo” [Hoya Gonzalo], “El Arquillo” [Robledo] y “Hoya Rasa” [Corral Rubio] (Fdez.-Miranda *et alii*, 1994: 276 y ss.).

<sup>176</sup> Complicando un poco más el panorama, hemos de señalar que en la zona de Montealegre del Castillo Zuazo y Palacios emplea el término “Morreta” para referirse a elementos topográficos del tipo “Morra” pero de pequeño tamaño (1916: 29).

yacimientos localizados en localizaciones topográficas claramente distintas.

Por desgracia, es un término tan arraigado en la investigación arqueológica que mucho nos tememos seguirá empleándose como hasta ahora. Por lo menos, queremos dejar constancia de que su uso para los yacimientos de la Provincia de Albacete es totalmente incorrecta.

Mostramos nuestro acuerdo con lo ya expresado por M. Díaz-Andreu en su Tesis Doctoral relativa a la “Edad del Bronce” en la provincia de Cuenca, en donde señala:

*“Existe una cierta confusión en la distinción entre motilla y morra. En primer lugar hay que tener en cuenta que tradicionalmente significan lo mismo, aunque una palabra sustituye a otra en determinadas zonas. Por ejemplo la motilla de El Acequión es llamada popularmente la morra de El Acequión (Fernández-Miranda, com.pers.). Morra o motilla significan en el lenguaje popular levantamiento semicircular en el paisaje de unas dimensiones determinadas, que oscilan entre los cincuenta y más de cien metros de diámetro. No tienen por qué tener yacimiento arqueológico, como así lo demuestra la motilla de Motilla del Palancar (Cuenca), pequeña colina de forma casi perfecta de media esfera junto al río Valdemembra, de origen completamente natural y que no muestra ningún rastro de material arqueológico en superficie. Estos conceptos han sido desvirtuados en su empleo como términos arqueológicos. El hecho que se excavara en primer*

*lugar las motillas de El Azuer y Los Palacios y por otro la morra de El Quintanar, en Ciudad Real y Albacete respectivamente, hizo que se comenzaran a emplear como términos diferentes. Motilla pasó a significar por tanto construcción circular rodeada de una o varias murallas, situada en terreno llano de carácter generalmente pantanoso, y morra construcción de características similares pero colocada en pequeños espolones junto a los ríos [...].”<sup>177</sup>*

Con el avance de su investigación, la tipología aportada por el equipo de investigación dirigido por Fdez.-Miranda iría sufriendo una serie de variaciones, no siempre explicadas, que contribuyen a crear una cierta confusión.

Así, en un trabajo publicado en 1994 su clasificación tipológica incluía “morras”, “motillas”, “poblados” e “instalaciones” junto a algunos otros yacimientos indeterminados, en ocasiones por encontrarse bajo ocupaciones posteriores<sup>178</sup>. Del mismo modo, algunos yacimientos venían definidos de forma ambigua como “poblado y morra” o “morra y poblado”. La explicación de esta

<sup>177</sup> Díaz-Andreu 1994: 273 nota 1. El subrayado en nuestro. Castro Martínez, Lull y Micó consideran, citando a C. Martín Morales, que “la distinción entre *facies* motillas y *facies* morras parece aludir en realidad a diferencias de carácter geográfico, dado que ambos tipos de asentamiento respetan un patrón de organización análogo basado en un recinto central fortificado rodeado de un asentamiento abierto” (1996: 128).

<sup>178</sup> Fdez.-Miranda et alii 1994: 279 y ss.

“ambigua” definición deberemos buscarla en otra publicación posterior que mencionaremos más adelante<sup>179</sup>.

Resulta interesante, por tanto, la introducción de el término “instalaciones” al esquema poblacional durante la Edad del Bronce<sup>180</sup>.

Será conveniente realizar posteriormente un análisis comparativo entre la documentación aportada por este equipo de investigación y la aportada por las investigaciones de Hernández y Simón en la zona del Corredor de Almansa, realizadas previamente aunque prácticamente de manera sincrónica<sup>181</sup>.

Sin embargo, es obligatorio señalar que ninguno de estos estudios abarcó totalmente los límites provinciales. Unido a ello, en las zonas coincidentes con los trabajos de Simón García quedaron amplias zonas sin prospectar por parte del equipo de Fernández-Miranda<sup>182</sup>. De este hecho se

---

<sup>179</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 42 nota 19.

<sup>180</sup> Como ya vimos anteriormente, ese término es aplicado por ellos a “localizaciones donde se encuentran algunas cerámicas sin existir un depósito arqueológico apreciable” (Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 245 nota 2). Posteriormente las han definido como “hallazgos en superficie de materiales de la Edad del Bronce (fragmentos dispersos) que no están asociados a acumulaciones visibles de depósitos, estructuras identificables o coloraciones significativas del terreno” (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 32).

<sup>181</sup> Simón García 1987; Hernández Pérez y Simón García 1994; Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994.

<sup>182</sup> Al respecto, consultar los mapas aportados por Hernández Pérez y Simón García (1994: 220) y el equipo de Fdez.-Miranda (Fernández-Posse, Gilman y Martín 1996: 112; *ead.* 2001:128). Llama la atención, no obstante, la no coincidencia en los límites de la zona estudiada entre las ilustraciones aportadas por el equipo de Fdez.-Miranda en 1994 (Valle del Júcar; 264) y en 1996 (Fernández-Posse, Gilman y Martín 1996: 112; Fernández-Posse, Gilman y Martín 2001: 128).

desprende buena parte de la no coincidencia en la documentación.

Así, realizando una enumeración de yacimientos por término municipal, se observan<sup>183</sup>:

- 8 en el T.M. de **Munera** (Albacete): 5 identificados como "morras"; 2 identificados como "instalaciones"; 1 es denominado "poblado", sin mayor detalle.
- 4 en el T.M. de **Tarazona de la Mancha** (Albacete): 2 identificados como "morras" y 2 identificados como "poblados".
- 2 en el T.M. de **Casas de Benítez** (Albacete): 1 identificado como "morra" y 1 identificado como "poblado"<sup>184</sup>.
- 1 en el T.M. de **Madrigueras** (Albacete): simplemente se le denomina "yacimiento del Bronce".
- 2 en el T.M. de **Cenizate** (Albacete): ambos identificados como "poblados".

---

<sup>183</sup> M. Fernández Miranda *et alii*, 1994: 279-287.

<sup>184</sup> Este T.M. no está incluido en una publicación del año 1993 (Fdez.-Miranda, Fdez. Posse y Martín Morales 1993: 7-27, en especial la pág. 23).



- 9 en el T.M. de **Fuente Álamo**<sup>185</sup> (Albacete): 5 identificados como "poblados" y 4 identificados como "instalación".
- 41 en el T.M. de **Chinchilla de Montearagón** (Albacete): 17 identificados como "morras"; 11 identificados como "poblados"; 1 yacimiento identificado como "morra" y "poblado"; 10 identificados como "instalaciones" y 2 identificados como "ocupación medieval con material del Bronce"<sup>186</sup>.
- 1 en el T.M. de **Golosalvo** (Albacete): identificado como "instalación".
- 6 en el T.M. de **Fuentealbilla** (Albacete): 4 identificados como "poblados" y 2 identificados como "instalaciones".
- 1 en el T.M. de **Abengibre** (Albacete): identificado como poblado.
- 10 en el T.M. de **Jorquera** (Albacete): 6 identificados como "instalaciones"; 3

<sup>185</sup> De estos 9 yacimientos sólo cuatro coinciden con otros mencionados por Hernández Pérez y Simón García (1994). Llama la atención la no coincidencia entre los trabajos de Jordán Montes (1981, 1992), Hernández Pérez/Simón García y el equipo de Fdez.-Miranda.

<sup>186</sup> En una publicación anterior se incluyen en este T.M. 42 yacimientos y no 41 (Fdez.-Miranda, Fdez. Posse y Martín Morales 1993: 7-27, en especial la pág. 23).

identificados como "poblados" y 1 denominado "Yacimiento del Bronce".

- 3 en el T.M. de **La Recueja** (Albacete): los 3 identificados como "poblados".
- 5 en el T.M. de **Alcalá del Júcar** (Albacete): 4 identificados como "instalaciones" y 1 identificado como "poblado".
- 3 en el T.M. de **Casas Ibáñez** (Albacete): 1 identificado como "morra", 1 identificado como "instalación" y 1 identificado como "poblado".
- 3 en el T.M. de **Alborea** (Albacete): 2 identificados como "morras" y 1 identificado como "instalación".
- 1 en el T.M. de **Casas de Ves** (Albacete): identificado como "morra".
- 1 en el T.M. de **Villa de Ves** (Albacete): identificado como "Castillo medieval con material del Bronce"<sup>187</sup>.
- 1 en el T.M. de **Alpera** (Albacete): identificado como "poblado".

<sup>187</sup> En la publicación ya mencionada de 1993 se incluyen en este T.M. 2 yacimientos y no 1.

- 4 en el T.M. de **Villarrobledo** (Albacete): los 4 identificados como “morra”.
- 8 en el T.M. de **El Bonillo** (Albacete): 5 identificados como “morras” (una de ellas parcialmente cubierta por un yacimiento ibérico), 1 identificado como “poblado” y 2 identificados como “instalaciones”<sup>188</sup>.
- 12 en el T.M. de **Lezuza** (Albacete): 10 identificados como “morras”<sup>189</sup>, 1 identificado como “motilla” y 1 identificado como “Castillo medieval con material del Bronce”.
- 8 en el T.M. de **Almansa** (Albacete): 2 identificados como “morra” y 6 identificados como “poblado”.
- 5 en el T.M. de **Barrax** (Albacete): los 5 identificados como “morras”.
- 1 en el T.M. de **La Roda** (Albacete): identificado como “instalación”.
- 14 en el T.M. de **Albacete** (Albacete): 3 identificados como “motilla”, 4

<sup>188</sup> En la publicación de 1993 sólo se enumeran ¡¡¡4 yacimientos!!!.

<sup>189</sup> En la publicación de la relación de yacimientos (Fdez.-Miranda *et alii*, 1994: 279 y ss.), en la entrada “Lituero” se lee en “Tipo”: “Dos morra” (???). Hemos optado preliminarmente, igual que hacen ellos, por identificarlo con un único yacimiento.

identificados como “poblado”, 5 identificados como “morra” y 2 identificados como “instalaciones”<sup>190</sup>.

- 3 en el T.M. de **Motilleja** (Albacete): 1 identificado como “instalación”, 1 identificado como “morra” y 1 identificado como “poblado”.
- 1 en el T.M. de **Casas de Juan Núñez** (Albacete): 1 identificado como “instalación”.
- 3 en el T.M. de **Hoya Gonzalo** (Albacete): 1 identificado como “motilla” y 2 identificados como instalación.
- 2 en el T.M. de **Valdeganga** (Albacete): los 2 identificados como “poblado”.
- 1 en el T.M. de **Alatoz** (Albacete): identificado como “poblado de época histórica con material del Bronce”.
- 3 en el T.M. de **Carcelén** (Albacete): 1 identificado como “morra”, 1 identificado como “poblado” y 1 identificado como “instalación”.
- 4 en el T.M. de **Ossa de Montiel** (Albacete): 1 identificado como

<sup>190</sup> En la publicación de 1993 sólo se enumeran 10 yacimientos.



“poblado”, 1 identificado como “poblado ibérico con material del Bronce”, 1 identificado como “poblado y morra”<sup>191</sup> y 1 identificado como “castillo medieval con ocupación del Bronce”.

- 5 en el T.M. de **Alcaraz** (Albacete): 3 identificados como “poblado”<sup>192</sup> y 2 identificados como “instalación”<sup>193</sup>.
- 14 en el T.M. de **Casas de Lázaro**: 7 identificados como “morra”, 4 identificados como “poblado”, 1 identificado como “morra y poblado” y 2 identificados como instalaciones<sup>194</sup>.
- 3 en el T.M. de **Balazote** (Albacete): 1 identificado como “poblado”, 1 identificado como “morra” y 1 identificado como instalación<sup>195</sup>.
- 7 en el T.M. de **Pétrola** (Albacete): 5 identificados como “poblado”<sup>196</sup>, 1

<sup>191</sup> ??????!!!!

<sup>192</sup> En uno de estos casos, “Gorgoji”, se especifica una ocupación romana posterior.

<sup>193</sup> En la publicación de 1993 se enumeran ¡¡¡14 yacimientos!!!

<sup>194</sup> En uno de estos casos, “Peña del Guisaero”, se especifica la existencia también de una estación de arte rupestre.

<sup>195</sup> Llama la atención la presencia de la morra y la instalación en la misma localización, “Casa de las Ideas”, una en su zona occidental (la “morra”) y la otra en su zona oriental (la instalación).

<sup>196</sup> Llama la atención también en este caso la existencia de dos poblados en una localización inmediata, Los Majuelos, uno en su zona septentrional y otro en su zona meridional.

identificado como “morra” y 1 identificado como “morra y poblado”.

- 5 en el T.M. de **Higueruela** (Albacete): 1 identificado como “morra”, 2 identificados como “poblado”, 1 identificado como “instalación” y 1 identificado como “poblado ibérico y del Bronce”<sup>197</sup>.
- 7 en el T.M. de **Corral Rubio** (Albacete): 3 identificados como “morra”, 2 identificados como “poblado”, 1 identificado como “motilla” y 1 identificado como “instalación”.
- 12 en el T.M. de **Montealegre** (Albacete): 8 identificados como “poblado”, 2 identificados como “instalación”, 1 identificado como “morra” y 1 identificado como “castillo medieval con ocupación del Bronce”.
- 9 en el T.M. de **Bonete** (Albacete): 6 identificados como “poblado”, 1 identificado como “morra”, 1 identificado como “instalación” y 1 identificado como “poblado ibérico con ocupación del Bronce”.
- 6 en el T.M. de **Villahermosa** (Ciudad Real): 5 identificados como

<sup>197</sup> Entendemos que este caso debe ser incluido en la entrada “poblado” pero aquí optamos por respetar la clasificación original sin variaciones.

“instalación” y 1 identificado como “poblado”<sup>198</sup>.

- 2 en el T.M. de **Viveros** (Ciudad Real): 1 identificado como “instalación” y 1 identificado como “poblado”.
- 1 en el T.M. de **Povedilla** (Albacete): identificado como “poblado”<sup>199</sup>.
- 4 en el T.M. de **Robledo** (Albacete): 1 identificado como “poblado”, 2 identificados como “instalación” y 1 identificado como “motilla”.
- 4 en el T.M. de **San Pedro** (Albacete): 2 identificados como “morra”, 1 identificado como “poblado” y 1 identificado como “poblado ibérico con material del Bronce”.
- 2 en el T.M. de **Masegoso** (Albacete): 1 identificado como “poblado” y 1 identificado como “morra”.
- 3 en el T.M. de **Peñascosa** (Albacete): 1 identificado como “instalación”, 1 identificado como “morra” y 1 identificado como “morra y poblado”.

---

<sup>198</sup> En la publicación de 1993 no se incluye este T.M., imaginamos que por no pertenecer a la provincia de Albacete.

<sup>199</sup> En la publicación de 1993 se enumeran ¡¡¡4 yacimientos!!!

- 6 en el T.M. de **Peñas de San Pedro** (Albacete): 1 identificado como “instalación”, 1 identificado como “castillo medieval con ocupación del Bronce”, 3 identificados como “poblado” y 1 identificado como “poblado del Bronce y de épocas posteriores”<sup>200</sup>.
- 2 en el T.M. de **Pozuelo** (Albacete): 1 identificado como “poblado” y 1 identificado como “poblado”.
- 1 en el T.M. de **Pozohondo** (Albacete): identificado como “morra”.
- 2 en el T.M. de **Alcadozo** (Albacete): 1 identificado como “morra” y 1 identificado como “morra y poblado”.
- 6 en el T.M. de **Tobarra** (Albacete): 5 identificados como “poblado”<sup>201</sup> y 1 identificado como “morra”.
- En esta clasificación no se incluye **Villapalacios**, sí incluido en la enumeración de 1993.

---

<sup>200</sup> Parece claro que este último ejemplo debe ser englobado dentro de la entrada “poblado” pero aquí optamos por conservar la clasificación original sin modificaciones.

<sup>201</sup> Llama la atención, una vez más, la presencia de dos poblados en una misma localización: “Candiles” (SO) y “Candiles” (NE).

- En esta clasificación no se incluye **Vianos**, sí incluido en la enumeración de 1993.
- En esta clasificación no se incluye **Salobre**, sí incluido en la enumeración de 1993.
- En esta clasificación no se incluye **Bienservida**, sí incluido en la enumeración de 1993, y donde se incluyen 9 yacimientos.

Con motivo de estos trabajos, este equipo señaló una serie de aspectos de gran importancia para la investigación no únicamente de la “Edad del Bronce” en general, sino para el “Bronce Final” en particular. Entre ellos se incluiría la discusión respecto a los momentos de inicio y finalización de cada una de las fases en las que puede ser subdividida la “Edad del Bronce”, la importancia de los metales en el desarrollo cultural de las comunidades prehistóricas y una serie de preguntas metodológicas que aún a día de hoy nos sigue pareciendo que tienen clara vigencia en la investigación. Todos estos aspectos serán tratados más adelante.

Algunos investigadores de este equipo, en trabajos posteriores, han empleado una clasificación en la cual se engloban distintos tipos en denominaciones generales, caso de las “instalaciones”, que pasan a engrosar los yacimientos denominados “poblados”, por lo cual entendemos que, en su opinión, se trataría de un “subtipo” dentro del Tipo “poblado”, a pesar de que estos

investigadores no lo especifican en la publicación<sup>202</sup>.

Del mismo modo, en muchas ocasiones empleaban el término “morra con poblado exterior” sin especificar sus características, con lo cual se creaba una evidente “indefinición” terminológica y un complejo problema de análisis de la documentación; esta “indefinición” respecto a esa asociación morra y poblado exterior nos lleva a plantear una serie de preguntas: ¿es sincrónica en todos sus casos?; en el caso de coincidir sincrónicamente: ¿el período de ocupación es similar? ¿parcial?, ¿cuáles fueron las etapas de reducción/expansión del asentamiento?...

No ha sido hasta muy recientemente que este equipo ha aclarado parte de su equívoca terminología; así, “las morras con poblados adyacentes [...] son contabilizadas como morras”<sup>203</sup>.

Por tanto, la clasificación tipológica y catálogo más actualizado y “fiable” que deberemos emplear será el elaborado por estos investigadores para su publicación del año 2008. El número total de yacimientos adscribibles a la “Edad del Bronce” documentados por el equipo de investigación de La Mancha Oriental será finalmente 267.

No obstante, muchas de estas cuestiones planteadas quedan sin respuesta. Sin embargo, algunos de los trabajos

<sup>202</sup> M<sup>a</sup>.D. Fernández-Posse, A. Gilman y C. Martín, 1996: 112. No obstante, en esta misma publicación afirman que “morras, poblados e instalaciones comparten frecuentemente las mismas áreas geográficas” (pág. 113). ¿Son entonces los “Poblados” y las “Instalaciones” tipos distintos?.

<sup>203</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 42 nota 19.

arqueológicos de este equipo junto con otra documentación variada nos permitirán aproximarnos a esta problemática presentando nuevos planteamientos para el análisis.

Vemos, por tanto, que frente a una primera clasificación limitada a “morras”, “motillas”, “poblados” e “instalaciones”, en publicaciones posteriores aparecen variaciones, no explicadas hasta muy recientemente, del tipo “morra con poblado exterior” o la inclusión de las “instalaciones” dentro del Tipo “poblado”.

Así, en la publicación de 1993 se explicita que una cuarta parte de los yacimientos documentados son identificables con “instalaciones”<sup>204</sup>. ¿Debemos considerar, como ya hemos comentado anteriormente, estos yacimientos un “subtipo” dentro del Tipo “Poblado”?<sup>205</sup>. Resultará muy interesante realizar un análisis de esta información para intentar explicarla en función de los patrones de poblamiento y ocupación/explotación del territorio<sup>206</sup>.

Tampoco queda explicada la razón por la que se prescinde del término “Castellón”, que sí resulta común en las clasificaciones tipológicas previas a su estudio y otras posteriores<sup>207</sup>, cuando a su vez no es un

topónimo extraño en la zona que estudian y, sin embargo, prefieren el término “castillejo”, mucho más escaso en la toponimia de la zona.

Para contribuir a complicar aún más la clasificación, en una publicación del año 2000<sup>208</sup>, miembros de este equipo de investigación, ofrecen una nueva variante tipológica de yacimientos:

- “Poblados de altura”: más o menos fortificados<sup>209</sup>
- “Morras”: sobre pequeñas alturas
- “Motillas”: en las bajas tierras sedimentarias
- “Poblados isla”: en territorios inundados permanentemente en las zonas endorreicas.

De este modo, sin ninguna justificación, el poblado de “El Acequión” y todos aquellos de similares características pasan a dejar de ser una “motilla” y se convierte en un “poblado isla”; ¿se trata, por tanto, de un nuevo tipo?

No obstante, varios de los colaboradores de Fernández-Miranda vuelven a establecer cambios en la clasificación general en una publicación del año 2001, en donde junto con la explicación de “morra” como “fortín de planta circular” denominan e identifican los poblados en

<sup>204</sup> Otra afirmación parecida, aunque más “vaga” en su interpretación, en Fernández-Miranda *et alii*, 1994: 262; “[...] se han documentado un total de 272 yacimientos de la edad del Bronce, de los cuales una cuarta parte son de pequeñas dimensiones”. Es de suponer que los autores se refieren también en esta ocasión a los yacimientos denominados “instalaciones”.

<sup>205</sup> La respuesta a esta pregunta la encontraremos en una publicación de 2008 (*vide infra*).

<sup>206</sup> Remitimos aquí al capítulo de conclusiones (8.10).

<sup>207</sup> Principalmente la de Nájera, Molina y Aguayo (1977) y la de Nieto Gallo y Sánchez Messeguer (1988). Posteriores

encontramos la de Galán Saulnier (1994), siguiendo la tipología de Nieto Gallo y Sánchez Messeguer.

<sup>208</sup> R. Llorach *et alii* 2000; 41.

<sup>209</sup> ????. El subrayado es nuestro.

altura como “Castillejos”. Del mismo modo, consideran “morras” y “poblados en altura” (o “castillejos”) como los “tipos fundamentales de yacimiento”<sup>210</sup>.

Es de suponer que al identificar “morras” con esos “fortines de planta circular”, considerarlas uno de los dos tipos fundamentales de yacimiento junto con los “poblados en altura” o “Castillejos” y no mencionar el término “motilla” realizan una identificación absoluta entre “morra” y “motilla”; identificación, que por otro lado en ninguna parte especifican ni explican.

Una nueva propuesta tipológica ha sido realizada en el año 2008<sup>211</sup>.

Con el fin de aclarar un poco la indeterminación de estas propuestas del equipo dirigido por Fdez.-Miranda, realizaremos un breve esquema para que nos sirva de referencia a la hora de abordar nuestra propia clasificación, parangonándolo con otras clasificaciones tipológicas que hemos visto y veremos a continuación en este capítulo.

- (1988)<sup>212</sup>: “Morras”, “Motillas”, “Castillejos” y “poblados”.

<sup>210</sup> Fernández-Posse, Gilman y Martín, 2001: 135. Esto choca con lo que defendían algunos años antes, cuando consideraban que “el programa de investigación sobre la Edad del Bronce en La Mancha Oriental se completa con el conocimiento en profundidad de dos yacimientos, que se corresponden con los dos tipos de asentamiento más representativos de la zona” (Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 250); se refieren, naturalmente a sus excavaciones en “La Morra del Quintanar” (Munera) y “El Acequión” (Albacete). Sin embargo, estos yacimientos responden originalmente a los tipos “Morra” y “Motilla”, que, posteriormente, englobarán en uno solo, por lo que faltaría el tipo “poblado en altura”.

<sup>211</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky.

<sup>212</sup> Fdez.-Miranda *et alii*.

- (1993)<sup>213</sup>: “Morras”, “Motillas”, “Poblados” e “Instalaciones”.
- (1994)<sup>214</sup>: “Morras”, “Motillas”, “Poblados” e “Instalaciones”.
- (1996)<sup>215</sup>: “Morras” y “Poblados”<sup>216</sup>.
- (2000)<sup>217</sup>: “Morras”, “Motillas”, “Poblados de altura” y “Poblados-Isla”.
- (2001)<sup>218</sup>: Sólo se mencionan “Morras” (fortines de planta circular) y “Poblados en altura” (o “Castillejos”), “cubriendo la gama completa de tamaños”.
- (2008)<sup>219</sup>: “Morras”<sup>220</sup> y “Poblados”<sup>221</sup>.

Realmente no entendemos la aparición y desaparición de términos y su empleo

<sup>213</sup> Fdez.-Miranda *et alii*.

<sup>214</sup> Fdez.-Miranda *et alii*. A pesar de que en esta publicación se menciona la existencia de estaciones rupestres, éstas no se incluyen específicamente en ningún tipo, aunque podemos deducir que deben incluirse en el tipo “Instalaciones”.

<sup>215</sup> Fdez.-Posse, Gilman y Martín.

<sup>216</sup> En una ocasión se considera las “Instalaciones” como “Poblados” de pequeñísimo tamaño (pág. 112), pero una página más tarde afirman que “morras, poblados e instalaciones comparten frecuentemente las mismas áreas geográficas” (pág. 113), como dando a entender que “Poblados” e “Instalaciones” son tipos distintos.

<sup>217</sup> Llorach *et alii*.

<sup>218</sup> Fdez.-Posse, Gilman y Martín.

<sup>219</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky.

<sup>220</sup> Aquí se incluyen también los yacimientos denominados “Motillas” en Ciudad Real (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 14).

<sup>221</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 14-15 y 22. En el Tipo “Poblados” se incluyen las “Instalaciones”, pues se trataría únicamente de una denominación basada en el tamaño y depósito arqueológico (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 32).

indistinto o diferente. En las publicaciones donde se habla de “poblados” y a la vez de “morras” y “motillas” nos parece absurda la terminología. ¿Es que acaso las “morras” y las “motillas” no son “poblados”? ¿qué serían entonces?...

Esta “indefinición” terminológica que venimos denunciando deja la clasificación aportada, a nuestro parecer, carente de coherencia, lo cual, unido a otros problemas relacionados con la metodología del estudio, que trataremos a continuación, invalida, en nuestra opinión, el uso de esta tipología sin una revisión en profundidad.

Así, un aspecto de su metodología que nos parece muy discutible y con la que no podemos mostrarnos de acuerdo es la de realizar un juicio o prejuicio de categorización de los yacimientos como el ya comentado previamente del tipo: *“‘morra’ y ‘poblado en altura’ son los dos tipos fundamentales de yacimiento”*<sup>222</sup>.

No creemos justificada ni demostrada la categorización de los yacimientos; menos aún cuando la principal fuente de información con la que se cuenta proviene de prospecciones mayoritariamente no sistemáticas. Se da mayor importancia al tamaño, potencia y desarrollo cronológico del depósito arqueológico que a otros aspectos como la importancia para el sistema económico y social de cada tipo de yacimiento, aspecto éste necesitado de estudios más en profundidad.

En nuestra opinión, se mantiene una mentalidad muy “tradicional” de otorgar mayor importancia a lo más “vistoso” o

“llamativo”. ¿No convendría por otro lado valorar la importancia que un taller de sílex, elemento imprescindible para aprovisionamiento de materia prima, o un campamento estacional de caza pudo tener para la economía y aspectos sociales de estas comunidades?.

Debemos aún buscar explicaciones para la aparente existencia y distribución de yacimientos ¿“centrales”? junto con otros de menor tamaño; patrón poblacional que, evidentemente, tuvo una razón de ser que aún se nos escapa. Antes de categorizar debemos comprender. Cuando hayamos comprendido podremos categorizar.

Por la propia metodología del trabajo de investigación propuesto por Fernández-Miranda y su equipo<sup>223</sup>, creemos que se incurrió en una simplificación que dejaba fuera de este esquema otros posibles (y evidentes) contextos poblacionales y funerarios durante la Edad del Bronce tales como las cuevas y abrigos<sup>224</sup>.

Cierto es que este tipo de yacimiento puede ser incluido dentro de alguno de los apartados de la tipología general propuesta por ellos<sup>225</sup>, pero echando un vistazo a la relación de yacimientos que éstos ofrecen se observa una ausencia prácticamente

<sup>223</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 246 y ss.; Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 19 y ss.

<sup>224</sup> Que, sin embargo, sí son mencionados en relación con algunas localizaciones, como en el yacimiento de “Peña del Guisao” (T.M. Casas de Lázaro). También ocurre lo mismo con los yacimientos de “fondos de cabaña” en llanura, atestiguados en estas prospecciones pero que, sin embargo, apenas cuentan con su interés ya que la prospección extensiva no estaba planteada para su identificación (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 35).

<sup>225</sup> Hemos supuesto que en el Tipo o Subtipo “Instalaciones”.

<sup>222</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 250, con la problemática ya señalada previamente; Fernández-Posse, Gilman y Martín, 2001: 135.



absoluta de abrigos o cuevas<sup>226</sup>, por otra parte ya señalados para determinados ámbitos comarcales coincidentes en otros trabajos prospectivos llevados a cabo con anterioridad<sup>227</sup>.

Más recientemente, Hernández Pérez ha llamado la atención sobre la necesidad de incluir dentro de las tipologías poblacionales las cuevas como yacimientos característicos de la Edad del Bronce<sup>228</sup>. Este toque de atención, no por evidente deja de tener una enorme importancia.

Esto es así porque el tipo “Cueva” o “Abrigo” suele frecuentemente relacionarse con rituales funerarios, por lo que su ausencia o no consideración nos priva del análisis de la vertiente escatológica de estas comunidades, así como de información sobre posibles asentamientos “temporales” o “estacionales”.

Como hemos visto anteriormente es la propia metodología de trabajo la que permite englobar un mayor o menor marco tipológico de yacimientos que nos resultará necesario para abordar un análisis del patrón poblacional general.

Entre los trabajos de estos investigadores del equipo de Fernández-Miranda se han avanzado interesantes aspectos poblacionales en los que, por desgracia, no se ha profundizado lo suficiente. Tal sería el caso de la mayor abundancia de poblamiento en “morras” frente a “poblados”, y viceversa, en ámbitos

<sup>226</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 279 y ss.; 272 yacimientos en total, en TT.MM. pertenecientes a las provincias de Albacete y Ciudad Real. Sólo se recoge la ya mencionada estación rupestre de “Peña del Guisao”.

<sup>227</sup> Simón García, 1987.

<sup>228</sup> Hernández Pérez, 2002: 15.

geográficos colindantes para cuya desigual distribución no se aporta ninguna hipótesis explicativa<sup>229</sup>.

Más adelante sí haremos mención a su hipótesis para explicar los aparentes “vacíos poblacionales” que muestra su documentación. A falta de estudios más profundos que nos ayuden a dilucidar la sincronía/diacronía de la ocupación en esos yacimientos no contaremos más que con hipótesis incontrastables.

Un trabajo cuyo valor puede considerarse meramente divulgativo y, en ocasiones, equívoco, es la publicación del catálogo de la exposición “Arqueología de Castilla-La Mancha”<sup>230</sup>.

En sus textos es posible encontrar afirmaciones tales como que las “morras” están en cerro y se trata de la “denominación de un tipo específico de yacimiento en la provincia de Albacete, situado en lugares prominentes o suaves, indistintamente, *sinónimo de motillas*”<sup>231</sup>. Asimismo es posible observar en el índice de yacimientos la continua identificación del término “morra” con el de “motilla” y la especificación ocasional de yacimientos tipo “motilla” junto con el término “en llano” frente a otras ocasiones en que se da por sobreentendida su localización<sup>232</sup>.

<sup>229</sup> Es el caso de la zona de Munera-Barrax, donde la mayor parte de los asentamientos son “morras”, en contraste con el Campo de Montiel meridional, donde sólo existen poblados e instalaciones. Curiosamente se observa un aparente vacío poblacional en el área central de Campo de Montiel, que parece separar a los dos grupos mencionados (Fdez.-Posse, Gilman y Martín 1996: 113).

<sup>230</sup> García-Gelabert 1989.

<sup>231</sup> La cursiva es nuestra, no existente en el texto original.

<sup>232</sup> García Gelabert, 1989: 177-216



Entrando a continuación en delimitaciones más reducidas, limitadas a términos municipales y comarcas, comenzaríamos por el término municipal de Caudete. **Pérez Amorós** localizó cierta variedad en la tipología de los yacimientos presentes en este territorio<sup>233</sup>.

Esta investigadora observó que los yacimientos adscribibles a la Edad del Bronce se situaban en torno al llano, en sus lados Norte y Sur.

En esta localización existía hasta tierras de Villena (Alicante) una laguna que fue desecada por orden de Carlos IV en 1803.

Los yacimientos se emplazaban principalmente en altura, aunque localizó varios en llano o inmediatos a éste, que probablemente habría que datar en momentos del “Neolítico Final” (“Eneolítico” para esta investigadora), como el yacimiento de “Los Palacios” y de manera similar a los poblados de “La Fuente de Isso” (Hellín) y “El Prado” (Jumilla).

Además pudo determinar que al Norte de la zona prospectada el yacimiento de “El Cabezo del Rosario” ocupa una posición central respecto a los siete poblados restantes en un radio de 7,5 km., mientras que al Sur el yacimiento de “La Atalaya” está rodeado por nueve poblados en un radio de 5 km.

Al Noroeste se encuentra aparentemente aislado el yacimiento de “La Atalaya de la Perdiz”, que en su opinión conviene poner en relación con los yacimientos cercanos ya en el término de Almansa<sup>234</sup>.

<sup>233</sup> 1990 y 1997: 123 y ss.

<sup>234</sup> Pérez Amorós 1995: 123 y ss.

Para el Término Municipal de Almansa, José Luis **Simón García** estableció una primera tipología de los poblados durante la Edad del Bronce en función de la topografía del terreno sobre el que se asientan y la presencia/ausencia de estructuras en superficie, que resulta de gran interés para entender sus hipótesis sobre el poblamiento en el ámbito de toda la provincia, al completarse con otros estudios referidos a poblados excavados por Sánchez Jiménez y reestudiados por él<sup>235</sup>:

- **Tipo I:** Cerro Cónico. Condiciona la ubicación del poblado en las laderas.

- Subtipo I-1: Cerro Troncocónico
- Subtipo I-2: Cerro Troncocónico artificial

En función de su tamaño, emplazamiento y existencia/carencia casi total de estructuras señala otra posible diferenciación<sup>236</sup>:

- ◆ Temporales: por su escasa altura y carencia casi total de estructuras estarían habitados durante cortos espacios de tiempo. Su ocupación estaría en función de unos recursos temporales, estacionales o que se agotaban con rapidez.
- ◆ Permanentes: de mayor tamaño, unido a sus

<sup>235</sup> 1986: 17 y ss.; *id.*, 1987: 55 y ss.

<sup>236</sup> 1987: 103.

emplazamientos y la presencia de defensas artificiales señalarían su condición de ocupación estable, en función de unos recursos constantes.

- **Tipo II:** Cerro Amesetado. Son los poblados de mayores dimensiones. Destacan las construcciones defensivas, murallas y torres o atalayas levantadas en los puntos de mayor dominio visual.

- Subtipo II-1: Cerro en Rampa

- Variante A: Rampa poco acusada
- Variante B: Rampa muy acusada

- **Tipo III:** En Cueva

- Subtipo III-1: En Cueva. Hábitat de tipo temporal y en clara relación con el medio económico circundante, el pastoreo.

- Subtipo III-2: En Sima.

Este autor también señala la existencia de asentamientos de tipo mixto, como son los casos de “La Fuensanta” (Almansa), “Mina de Don Ricardo” (Tiriez)<sup>237</sup> y “La Peñuela II” (Pozo Cañada), que aúnan un subtipo I-2 (Troncocónico artificial) y un subtipo III-2 (en Sima). De hecho el subtipo

<sup>237</sup> Nosotros optamos por la definición dada a este yacimiento por Sánchez Jiménez, que además es la que podemos observar de forma general en los materiales depositados en el Museo Provincial: “Dehesa de Caracolares”. No obstante, admitimos que es la denominación de “Mina de Don Ricardo” la que mejor refleja las propias características de este subtipo.

III-2 está siempre relacionado con el subtipo I-2.

Completando las prospecciones realizadas por **Simón García y Pérez Amorós**, y ampliando el marco geográfico, Mauro **Hernández Pérez** y José Luis **Simón García** incluyen un total de 106 yacimientos documentados en los términos municipales de Caudete, Almansa, Ayora, Alpera, Bonete, Montealegre del Castillo, Corral Rubio y Fuente Álamo<sup>238</sup>. Estos 106 yacimientos se distribuyen y caracterizan tipológicamente del siguiente modo:

- 10 dentro del T.M. de **Fuente Álamo**<sup>239</sup> (Albacete): 3 adscribibles al Tipo I de Simón (Cerro Cónico)<sup>240</sup>; 5 adscribibles al Tipo II (Cerro Amesetado) y 1 adscribible al Tipo III (Cueva o Abrigo); 1 de ellos no se recoge en la tipología<sup>241</sup>.
- 19 dentro del T.M. de **Caudete** (Albacete): 9 adscribibles al Tipo I; 9 adscribibles al Tipo II y 1 adscribible al Tipo III.
- 4 dentro del T.M. de **Corral Rubio** (Albacete): 2 adscribibles al Tipo I y 2 adscribibles al Tipo II.

<sup>238</sup> 1994: 220-221.

<sup>239</sup> Se menciona únicamente un yacimiento llamado “Fortaleza”, frente al trabajo ya mencionado de Jordán Montes (1992), en el que se distingue entre los yacimientos “Fortaleza-1” y “Fortaleza-2”.

<sup>240</sup> Simón García, 1987: 55 y ss.

<sup>241</sup> Hernández Pérez y Simón García 1994: 226 Fig. 6.

- 9 dentro del T.M. de **Bonete** (Albacete): 4 adscribibles al Tipo I y 4 adscribibles al Tipo II; 1 de ellos no se recoge en la tipología.
- 2 dentro del T.M. de **Alpera** (Albacete): 1 adscribible al Tipo II; 1 de ellos no se recoge en la tipología.
- 2 dentro del T.M. de **Ayora** (Valencia): ambos adscribibles al Tipo II.
- 16 dentro del T.M. de **Montealegre del Castillo** (Albacete): 8 adscribibles al Tipo I y 8 adscribibles al Tipo II.
- 44 dentro del T.M. de **Almansa** (Albacete): 22 adscribibles al Tipo I; 19 adscribibles al Tipo II y 3 adscribibles al Tipo III.

Otra clasificación tipológica es la aportada por **López Precioso y Jordán Montes**<sup>242</sup>. Estos investigadores realizan una somera y preliminar división de los poblados de la Edad del Bronce, dentro siempre del marco comarcal de Hellín y Tobarra; así distinguen entre:

- Poblados ubicados en montes de relativa altura, aunque en algunos casos se encuentran en montículos muy accesibles (Cerro de Albatana) y otras

veces en otros se localizan en laderas a pie de llanura (poblado de Mora, Tobarra).

- Otra serie de poblados, de mediana envergadura, se construyen en cerrillos de pendiente más acusada, y en ellos se advierten murallas defensivas que a la vez deben tener una función doméstica: El Peñón (Elche de la Sierra); Vilches; Arroyo Isso; El Castellón (Hellín y Albatana).
- Otros, los de mayor envergadura, se localizan en montes de más altura, con superficies de ocupación más amesetadas, por lo que podríamos pensar en poblaciones más estables y sedentarias: Cerro Gordo, Cerro de la Muela (Santiago de Mora); Cerro de la Cantera (Ontur); Tolmo de Minateda (Hellín).

Los poblados de mayor envergadura son considerados “centrales” o “principales”, por lo que suponemos que la interpretación del patrón de poblamiento se basa en la existencia de “poblados principales” alrededor de los cuales se situarían otros “poblados satélites” relacionados con los anteriores, aunque no se especifica si esta “jerarquización” responde también a una jerarquización social, económica o política, con lo cual este tipo de interpretaciones carecen de valor para el análisis de estas comunidades.

La consideración de “poblados principales” se realiza únicamente en función de la envergadura de los

<sup>242</sup> 1996.

yacimientos y la mayoritaria presencia de murallas en los mismos, aunque no en todos los casos<sup>243</sup>. Las murallas no tendrían únicamente un carácter defensivo, sino que también responderían a las ideas de prestigio y poder, evidenciándose éste por la magnitud de las construcciones<sup>244</sup>.

Una de las características de las gentes que habitaron esta zona durante la “Edad del Bronce” sería su nomadismo dentro de un ámbito regional o comarcal<sup>245</sup>

También convendrá incluir aquí el listado de yacimientos documentados por **López Precioso y Noval Clemente** en los TT.MM. de Albatana y Ontur<sup>246</sup>.

Dentro del T.M. de Albatana se mencionan cinco yacimientos adscribibles a la “Edad del Bronce:

- “Cerrico Rojo”
- “El Morrón”
- “Morrón de la Casa de la Paloma”
- “Morra de Albatana”
- “El Castellón”

Todos aquellos con ocupación durante el “Bronce Antiguo” o “Bronce Pleno” se localizan en la cima o parte alta de la ladera de cerros de cierta elevación.

<sup>243</sup> López Precioso y Jordán Montes 1996: 80-81; entre los de mayor envergadura se incluye el “Cerro de la Cantera” (Ontur), que aparentemente no contaba con muralla perimetral.

<sup>244</sup> López Precioso y Jordán Montes 1996: 83.

<sup>245</sup> López Precioso y Jordán Montes 1996: 80.

<sup>246</sup> 2004.

El caso de “El Castellón” es especial, ya que aunque es ocupado durante el “Bronce Pleno”, tiene también una ocupación durante el “Bronce Final” que abandona la parte alta del cerro para ocupar la ladera media-baja del mismo<sup>247</sup>.

Dentro del T.M. de Ontur, los yacimientos de la “Edad del Bronce” documentados son:

- “Cerro del Madroño-1”
- “Cerro del Madroño-2”
- “Cerro del Madroño-3”
- “Cerro del Madroño-4”
- “Cerro del Madroño-5”
- “Cerro del Madroño-6”
- “Cerro del Madroño-7”
- “Ontur-1”
- “El Castillico”
- “Collado de Maullas-1”
- “Collado de Maullas-2”
- “Cerro de la Cantera”

Todos ellos serían ocupados durante el “Bronce Pleno”, sin aparentes vestigios de ocupación anterior o inmediatamente posterior.

Todos ellos se localizan en lo alto de cerros que dominan el entorno.

Esta distribución del poblamiento ha sido interpretado en función de “un intenso

<sup>247</sup> López Precioso 1993a y 1994.

modelo de ocupación de toda la comarca, organizándose según su importancia en yacimientos principales y lugares satélites, que deben responder a un tipo de poblado estacional asociado a una economía ganadera que utiliza vías de comunicación que luego se reflejarán en las Cañadas y Vías Pecuarias”<sup>248</sup>.

Por tanto, la tipología de estos yacimientos es únicamente de tipo “valorativo”, centrándose en “poblados principales” y “poblados satélites”<sup>249</sup>.

Los resultados de estas prospecciones serán tenidos en cuenta a continuación al abordar la recurrente idea de los “vacíos poblacionales” durante el “Bronce Final” en ciertas zonas de nuestra “*Región nuclear*”.

A pesar de los importantes avances logrados por el equipo de Fernández-Miranda, clasificaciones recientes de tipo general y divulgativo no han reflejado sus conclusiones, dejando la tipología propuesta, desgraciadamente, en una clasificación reducida y reduccionista<sup>250</sup>.

Más recientemente, **Hernández Pérez** ha realizado un pequeño estado de la cuestión<sup>251</sup>:

<sup>248</sup> López Precioso y Noval Clemente 2004: 202.

<sup>249</sup> De manera similar a la clasificación de López Precioso y Jordán Montes (1996).

<sup>250</sup> García Huerta 1997: 127 y ss. Se incluyen exclusivamente las “motillas”, “morras”, “castellones”, “fondos de cabaña” y “cuevas”, aunque los dos últimos tipos no son tratados en el trabajo, imaginamos que por no tener relación aparente con fortificaciones. Tampoco se aclara si el tipo “fondo de cabaña” se relacionaría con las “instalaciones” mencionadas por el equipo de Fernández-Miranda. De todas formas, su identificación mimética sería claramente errónea, ya que yacimientos del tipo “fondo de cabaña” no respetan las características señaladas en ese trabajo para las “instalaciones”.

<sup>251</sup> 2002.

En ella hace referencia a que a la “ya clásica identificación de los poblados en *motillas, morras y castillejos* [...] se incorporó el de *instalaciones* [...] y debe, asimismo, añadirse las cuevas, hasta ahora prácticamente ignoradas en casi todos los estudios regionales”.

Hernández Pérez afirma que “bajo el término de morra se incluyen varios tipos de yacimientos, tanto por su estructura arquitectónica como por su ubicación, confusión que en el caso de Albacete se incrementa al denominarse también como morra a auténticas motillas”<sup>252</sup>.

Observamos, por tanto, que Hernández Pérez considera tipológicamente distintos los yacimientos “morra” y “motilla”.

Por nuestra parte, nosotros sí somos partidarios de identificar “morras” y “motillas” como un único tipo de yacimiento cuya única diferencia es el emplazamiento topográfico pero no las características arquitectónicas, constructivas, funcionales ni cronológicas.

Esa diferencia de emplazamiento deberá ser interpretada únicamente dentro del patrón de ocupación y explotación del entorno en zonas de distintas características orográficas y no como un elemento diferenciador tipológicamente.

Por ello, dentro de una política de control territorial, el emplazamiento topográfico únicamente diferenciará de forma sensible ciertas actividades económicas y subsistenciales pero no los sistemas económicos, políticos o ideológicos.

<sup>252</sup> 2002: 15.

Del mismo modo, como veremos, tampoco es posible establecer una mayor importancia jerárquica o de dependencia proporcionalmente directa entre emplazamientos “morra” o “motilla”, a lo que podemos añadir los del tipo convencionalmente conocido como “castillejos”.

### *¿Vacíos poblacionales?*

A su vez, para poder aproximarnos a las características del poblamiento, junto con la propia presencia de asentamientos poblacionales también se debe considerar la ausencia de los mismos, de modo que si observamos la situación en la comarca de Hellín-Tobarra, probablemente la mejor prospectada de la provincia de Albacete, debemos destacar la existencia de “desiertos demográficos”, tal y como los define **Jordán Montes**<sup>253</sup>:

- Uno sería el existente entre los ríos Mundo y Segura. Las causas:
  - Se trata de un espacio de umbrías.
  - Es un terreno muy agreste.
  - Su paisaje de bosques densos dificulta los cultivos.
  - Son terrenos idóneos para especies salvajes que competirían con una economía de producción (jabalíes, ciervos, lobos, osos).

<sup>253</sup> 1992: 206.

- No hay grandes extensiones susceptibles de ser aradas con rentabilidad.
- No brotan manantiales ni se forman riachuelos menores.
- Es un espacio mal comunicado con el exterior, rodeado por dos barreras fluviales y con toda su vegetación característica.
- Otro lo constituirían las sierras orientales, entre Albatana y Cancarix. La causa principal, para este investigador, sería la ausencia de agua.<sup>254</sup>.

Para otras zonas y/o comarcas de la provincia también han sido señalados, en ocasiones, “desiertos demográficos” referidos a épocas concretas.

Así, **Sánchez Gómez**, teniendo en cuenta la documentación procedente de sus prospecciones y las de Fernández Baudín se vio “obligado” a proponer (como él mismo aclaró, “sin poder asegurarlo”) un

<sup>254</sup> Muy ilustrativo es observar la situación en la provincia de Murcia, dentro de la misma comarca geográfica, que contribuirá a completar el conocimiento del poblamiento en la zona. En la publicación de la Carta Arqueológica del t.m. de Jumilla realizada entre los años 1973 y 1990 se recogen una serie de cuevas: “Cueva de los Zagales” (“Epipaleolítico” y ¿“Eneolítico”?), “Cueva de las Rubializas” (“Eneolítico” y “Edad del Bronce”), “Abrigos de las Moratillas” (“Edad del Bronce” e “Ibérico”) y “Cueva del Monje” (“Edad del Bronce”); el yacimiento paleolítico de cantos trabajados de “Loma de las Gateras”, el “Cerrico del Tío Pimentón” (“Edad del Bronce”), “Los Gorgociles del Escabezado” (“Edad del Bronce”) y el yacimiento de “El Matapollar” (“Edad del Bronce” e “Ibérico”) a dos km. del límite provincial, cuya cronología general del “Bronce” conviene precisar a tenor de un fragmento con “asa alargada de mamelón poco saliente y, cerca de ella, restos de línea incisa en zig-zag” (Molina Grande y Molina García 1991; 65-67, 85-94, 101-114, 117, 131-133 y 138).



despoblamiento de la comarca de Socovos desde el “Bronce Pleno” hasta época romana imperial, y más acusado si cabe a mediados del I Milenio a.C., debido quizás “a su alejamiento de esas otras rutas más conocidas que configuran el mundo ibérico”, en relación con un bajón de población<sup>255</sup>.

También para la zona del “Corredor de Almansa” encontramos planteamientos similares. **Hernández Pérez y Simón García**, con respecto a las etapas del “Bronce Tardío” y “Bronce Final”, se preguntan si esta zona estaría prácticamente deshabitada en unos momentos en los que se supone que hay un cierto tránsito de gentes de la Meseta en su ruta hacia la costa, ya que apenas se cuenta con unas pocas cerámicas que podrían remitirnos a esas cronologías<sup>256</sup>.

No obstante, Pérez Amorós, quien realizó la Carta arqueológica del término municipal de Caudete, en el Corredor de Almansa, bajo la dirección de Hernández Pérez sí sitúa varios yacimientos dentro del período histórico del “Bronce Tardío”, con lo que se crea una clara contradicción con lo afirmado por Hernández Pérez y Simón García<sup>257</sup>.

Frente a la aparente ausencia en tierras actualmente albacetenses del “Corredor de

<sup>255</sup> 1984: 357-358.

<sup>256</sup> 1994: 210. Sin embargo, Simón García sí había datado en los momentos finales de la “Edad del Bronce” dos de los yacimientos localizados por él durante las prospecciones del término municipal de Almansa: el yacimiento de “La Fuensanta” y “2º Puntal del Mugerón” (1987: 104-105 y 107). Más recientemente ha incluido varios yacimientos más en la zona, lo que va llenando el aparente vacío que proponía previamente en colaboración con Hernández Pérez (Simón García y Segura Herrero 2011).

<sup>257</sup> Pérez Amorós 1995: 123 y ss.

Almansa” de ese poblamiento del “Bronce Tardío”/“Bronce Final” llama la atención la ocupación documentada durante esos mismos períodos en territorios valencianos limítrofes, en la comarca del Vinalopó, sin fronteras geográficas que puedan explicar esas diferencias poblacionales.

Así, en torno al curso del río Vinalopó se documentan varios yacimientos datados en las etapas del “Bronce Tardío”/“Bronce Final” tales como Cabezo Redondo (Villena), Tabaià (Aspe), La Pedrera o Portixol (Monforte del Cid) y La Esparraguera (Novelda)<sup>258</sup>.

Respecto a esta cuestión se expondrán casos prácticos en apartados posteriores. Sin ir más lejos y a modo de ejemplo nos gustaría citar los excelentes trabajos de **Hernández Pérez y Simón García**, en los que, sin embargo encontramos llamativas afirmaciones contradictorias; así, en una publicación de 1994 referida a la “Edad del Bronce” en el Corredor de Almansa se afirma que la presencia de cerámicas decoradas es escasa, limitándose a cordones con o sin impresiones digitales, sólo presentes en yacimientos de la zona occidental de Almansa y la oriental de Bonete, los territorios del Corredor más alejados de la provincia de Valencia.

Curiosamente, cuatro párrafos más adelante se establece una clara relación entre el Corredor de Almansa y el País Valenciano a partir de la presencia en ambos territorios de ¡decoraciones de cordones!., ausentes como previamente se ha visto en la zona de contacto entre ambas provincias (?????)<sup>259</sup>.

<sup>258</sup> Navarro Mederos 1982: 19-70.

<sup>259</sup> M.S. Hernández Pérez y J.L. Simón García 1994: 210.



Dentro de la zona estudiada por el equipo dirigido por **Fdez.-Miranda** también se observan varios vacíos poblacionales. Así, ya fue señalado un “marcado vacío de asentamientos del área central del propio Campo de Montiel [...]” y en un amplísimo área de prospección que abarca las dos hojas 1:50.000 del Noroeste de esa zona (incluyendo territorios de las provincias de Albacete, Ciudad Real y Cuenca) no se localizó ningún yacimiento<sup>260</sup>. Observando los mapas publicados también observamos otras áreas que presentan similares características, tales como la amplia llanura que rodea a la ciudad de Albacete (únicamente localizados 4 yacimientos) y su extensión hacia el Sur<sup>261</sup> o la zona septentrional central de la Manchuela.

La ausencia de estos yacimientos es explicada ante la falta de tierras de primera calidad y cerros fácilmente defendibles, dando como resultado que “las poblaciones del Bronce no tendrían motivos por los cuales comprometerse en una ocupación a largo plazo y en la construcción de unas fortificaciones”<sup>262</sup>.

El reciente descubrimiento y excavación de yacimientos con cronología en la transición entre el “Bronce Final” y la “I Edad del Hierro” en esa zona aparentemente deshabitada viene a corroborar que la metodología es fundamental para una mejor

contextualización poblacional y que, aún así, numerosos factores y variables dificultan enormemente la tarea investigadora tales como la continuada y cada vez más tecnificada roturación de tierras así como las propias actividades erosivas y sedimentarias naturales<sup>263</sup>.

De reciente publicación podemos consultar un artículo referido al poblamiento arqueológico en los términos municipales de Albatana y Ontur (Albacete)[Comarca B.1] a tenor de los últimos trabajos prospectivos y de excavaciones realizadas en dicho territorio junto a menciones a las investigaciones previas<sup>264</sup>, que, no obstante, debemos poner en relación con las pioneras prospecciones de Jordán Montes<sup>265</sup>.

En dicho artículo se explicita la ausencia de documentación arqueológica relativa a la etapa histórica de conexión entre la fase del “Bronce Pleno”<sup>266</sup> y el “Bronce Final”<sup>267</sup>. Para estos territorios contamos con una sistematización cronológica en la que existiría un lapso de tiempo de unos 200 años entre el “Bronce Pleno” y el “Bronce Final” que aún no ha podido ser completado<sup>268</sup>.

<sup>260</sup> Fdez.-Posse, Gilman y Martín, 1996: 113; 2001: 134.

<sup>261</sup> Aproximadamente hasta Pozohondo.

<sup>262</sup> Fdez.-Posse, Gilman y Martín, 2001: 134. Más realista y acertada nos parece la frase que encontramos a continuación: “En otras palabras, si existió una ocupación de tales áreas, resulta invisible con el método de trabajo que empleamos” (pág. 134).

<sup>263</sup> Digno de destacar es el yacimiento de la “Variante de La Gineta P.K. 1+360” (La Gineta)[Comarca E.1].

<sup>264</sup> López Precioso y Noval Clemente 2004.

<sup>265</sup> 1992.

<sup>266</sup> Con abundantes ejemplos de yacimientos.

<sup>267</sup> Con un único ejemplo, el poblado de “El Castellón” (Hellín y Albatana).

<sup>268</sup> F.J. López Precioso 1994; ese lapso temporal de 200 años se ha fijado a partir de la excavación sistemática parcial del yacimiento de “El Castellón” (Hellín y Albatana).

Otros vacíos en la documentación es consecuencia de la falta de prospecciones, en ocasiones siquiera mínimas, en otras áreas del espacio geográfico estudiado (principalmente amplias zonas de la Sierra del Segura, a pesar de antiguas “prospecciones” llevadas a cabo por D. Emeterio Cuadrado en los alrededores de Nerpio). Como ejemplo podemos tomar el caso del T.M. de Riópar (Comarca C.1) a través de las prospecciones realizadas por Jordán Montes y Noval Clemente<sup>269</sup>.

Por desgracia, estas prospecciones no han sido todo lo intensivas que hubiera sido de desear debido a condicionantes ajenos a la voluntad de sus autores<sup>270</sup>. Por la documentación aportada observamos que ningún yacimiento tiene una adscripción cronológica dentro de las etapas posteriores al “Bronce Pleno” hasta momentos claramente relacionados con la Cultura Ibérica ya plenamente conformada. Todos los materiales realizados exclusivamente a mano relacionables con el período de la “Edad del Bronce” son encuadrados dentro de su fase/etapa plena. Es cierto que los materiales son muy poco significativos en la mayoría de los casos tanto en su tipología como en sus tratamientos. ¿Nos encontramos pues nuevamente con un vacío poblacional para esas etapas históricas?. Ni siquiera a partir de esos materiales consideramos posible afirmarlo.

No nos resistimos a incluir aquí una aclaración de Hernández Pérez respecto a la fiabilidad de las prospecciones visuales realizadas en el territorio. Menciona

<sup>269</sup> 2002.

<sup>270</sup> Condicionantes mencionados en la publicación anteriormente aludida.

Hernández Pérez que a pesar de la taxativa afirmación de López Precioso y Noval Clemente de que en la Comarca de Hellín-Tobarra se han realizado unas “prospecciones exhaustivas con una fiabilidad del 90 por ciento”, muchos asentamientos de llanura pueden permanecer cubiertos por metros de tierra de cultivo y que no debemos descartar la existencia de asentamientos humanos aún no localizados en zonas ya prospectadas<sup>271</sup>.

Analizando de forma rápida todos estos supuestos “vacíos poblacionales” o de documentación podemos ver, a día de hoy y siempre en nuestra opinión, la inexactitud de tales consideraciones en la mayoría de los casos.

### ***Necesidad de una clasificación tipológica actualizada***

Consideramos fundamental elaborar y consensuar una clasificación tipológica actualizada.

De cara a elaborar una tipología general del poblamiento consideramos fundamental explicitar claramente los

<sup>271</sup> 1996: 73. Este investigador se centra en yacimientos del período Neolítico pero nosotros lo hacemos extensible a yacimientos de otras cronologías tanto anteriores como posteriores. Un caso evidente sería el de “Huerta del Pato” (Munera), del “Bronce Final” y gran importancia para el estudio de ese período histórico dentro de nuestra “Región nuclear”, localizado de manera fortuita a cuatro metros de profundidad al encontrarse en la zona inundable del río Córcoles (Belda 1963).

criterios que se emplearán en la clasificación:

- topografía: Visibilidad; fácil defensa; posibles conflictos con fácil acceso a recursos.
- tamaño: muy dudoso sin excavaciones.
- existencia/ausencia de defensas artificiales.
- existencia/ausencia de construcciones/estructuras habitacionales permanentes.
- recursos naturales: probablemente el más importante en la mayor parte de los casos.

En numerosas ocasiones, como ya hemos visto, se emplea la toponimia como denominación tipológica: esa idea de “morras”, “motillas” y “castellones”. Su amplia variedad dentro de la terminología popular: “castellón”, “castillico”, “fortaleza”, “morra”, “morrón”,... no resulta útil más que como base para la localización de yacimientos pero no consideramos adecuado optar por unos términos frente a otros.

Sin embargo, una dificultad evidente es la de enfrentarse al uso tan arraigado en la investigación de las denominaciones ya aludidas referentes a topónimos de uso popular y que han sido aplicados en la propia investigación; véase: “motilla”, “morra”, “castillejo” o “castellón”, etc.

De hecho, el término “castellón” para la zona de Albacete debería dejar de usarse, en cuanto a término tipológico, puesto que es aplicado indistintamente a yacimientos

que podrían entrar en el tipo “morra” (“El Castellón de Albatana” en su fase del “Bronce Clásico”) como a poblados sin esas características típicas en esa misma localización.

De la misma forma, nos parece totalmente inadecuado emplear el término “Motilla”, ya que su uso no existe en la provincia de Albacete<sup>272</sup>.

Así, en nuestra “*Región nuclear*” no se emplea el término “motilla” como topónimo popular. Consideramos coherente, por tanto, emplear tal término únicamente como denominación secundaria. Todos los asentamientos humanos que presentan similares características constructivas, arquitectónicas, espaciales identificables como “morras” o “motillas” en la zona manchega occidental deberían recibir la denominación de “morras”, que es la empleada en nuestra zona de estudio con sus respectivas variantes: “morrica”, “morreta”, “morrón”, etc.

De hecho, esto refleja la problemática de emplear la toponimia para determinar tipologías de yacimientos.

Se plantea, por tanto, una dificultad al tener que emplear una terminología lo suficientemente general como para identificar los distintos tipos de asentamientos pero, a su vez, lo suficientemente concreta como para describir sus características.

Ningún criterio puede actuar en solitario pues están íntimamente interrelacionados:

---

<sup>272</sup> Únicamente conocemos la excepción de la localidad de “Motilleja”, ya en el límite con la provincia de Cuenca.

La topografía puede condicionar el tamaño y la necesidad de defensas artificiales.

Las necesidades de explotación del territorio también afectan al emplazamiento.

El deseo de control estratégico, no siempre relacionado directamente con los anteriores, también condicionará la localización.

No se suele tener en cuenta factores puntuales a la hora de justificar el emplazamiento. La necesidad de fomentar la explotación agrícola para poseer excedentes que intercambiar por bienes de prestigio puede influir en la bajada al llano en determinados momentos. La explotación puntual de unos recursos determinados y, tal vez, estacionales.

Por supuesto, factores culturales relacionados con las creencias, tan difíciles de determinar por su subjetividad.

Es evidente que ésto ocurrirá cuando las elites tengan los medios de coerción suficientes y necesarios para dictar esos emplazamientos en función de sus propios intereses sobre otros condicionantes más colectivos.

Nosotros creemos que no sería incorrecto introducir para el estudio de la “Edad del Bronce” el término “campamento”, que goza de amplio uso en la investigación prehistórica pero, sin embargo, no ha sido tenido en cuenta para esta etapa histórica.

Lo mismo con el término “taller”, muy relacionado con la explotación lítica.

Y quizás también podríamos recurrir al término “cazaderos” para ilustrar la función de algunos de los yacimientos.

Quizás algunas de las denominadas “instalaciones” por el equipo de investigación de Fdez.-Miranda deberían ser más correctamente denominadas de alguna de estas maneras. No obstante, sin excavaciones sistemáticas no dejaremos de movernos en el marco de meras hipótesis, ya que no es posible determinar la funcionalidad de los yacimientos.

Por todo lo expuesto, mostramos desde estas líneas la necesidad de proponer consensuadamente un modelo tipológico que tenga en cuenta todos los aspectos mencionados y cualquier otro que se estime oportuno y contribuya al avance de la investigación. Creemos que debe producirse un cambio en la terminología con el fin de simplificar y hacer más prácticas y funcionales las tipologías.

## **La ocupación del territorio**

Como es posible observar, la documentación es muy irregular con respecto a las distintas comarcas de estudio tanto cuantitativa y cualitativamente como desde el aspecto cronológico.

Desconocemos el factor diacronía/sincronía de la ocupación de los yacimientos en la inmensa mayoría de los casos. Del mismo modo no contamos con excavaciones de todos los tipos de asentamientos, faltando excavaciones en las denominadas “instalaciones” y en los abrigos y cuevas.

No obstante, y como punto de partida, es necesario señalar el abundantísimo número de yacimientos documentados, como ya vimos anteriormente. El problema relacionado con lo expuesto hasta ahora es que los datos con los que contamos respecto a la mayoría de ellos son prácticamente nulos a excepción de tenerlos señalados como puntos en el mapa de distribución.

M<sup>a</sup>J. Pedro Michó señaló para la “Edad del Bronce” del País Valenciano un aspecto interesante para comentar que podemos poner en relación con todo ello. Esta investigadora reflexiona sobre el hecho de que la “Edad del Bronce” como una época de denso poblamiento puede generalizarse a varias comarcas valencianas con centenares de poblados pero el problema sigue radicando en la distribución de esta densidad a lo largo de todo el período de un milenio y medio que abarcaría la “Edad del Bronce”. Pocos yacimientos de esa región parecen ofrecer una continuidad en su ocupación a lo largo de toda la “Edad del Bronce”. Por ello, aproximarse al poblamiento real necesitaría de un mayor número de elementos capaces de discriminar aquellos poblados que, total o parcialmente, corresponden ya al “Bronce Tardío” o al “Bronce Final”, límite que ella fija en torno a la mitad del II milenio a.C.

Acepta la propuesta de Gilman *et alii* respecto a que la diversidad de los tipos de asentamientos se explica como resultado no de la jerarquización social sino del éxito y la duración diferenciada de los grupos de parentesco que los ocuparon<sup>273</sup>.

<sup>273</sup> Gilman *et alii* 2001: 320; Pedro Michó 2004.

Entrando ya en detalle en nuestra “Región nuclear” podemos comenzar con la explicación que Jiménez Lorente, Jordán Montes y Ayala Juan, aportan respecto a la distribución del poblamiento desde el “Neolítico” hasta el “Bronce Medio” en el entorno del arroyo de Isso (Hellín, Albacete).

Así, estos investigadores proponen que a partir del poblado de “La Fuente de Isso” (“neolítico” con posibles pervivencias “eneolíticas”, en su opinión<sup>274</sup>) se produciría una eclosión de poblamiento durante el “Eneolítico” ocupando algunas zonas pequeñas con restos de hábitat en las inmediaciones (desembocadura del arroyo del Pedernaloso y los márgenes del arroyo de Isso, paralelo al anterior).

Posteriormente, en el “Bronce Medio” se abandonarían las llanuras y almarjales “en beneficio de los relieves que circundan Isso”, donde se documentan “una decena de puntos que sugieren un aumento demográfico o bien una dispersión del hábitat a partir del foco original del poblado de “La Fuente de Isso””.

### ***Los aspectos económicos***

Para Sánchez Jiménez, las principales actividades económicas desarrolladas en la Provincia de Albacete durante la Edad del Bronce fueron una rudimentaria agricultura (“todo lo rudimentaria que se quiera”) en las calvas de los bosques, que

<sup>274</sup> Las dataciones radiocarbónicas recientes obtenidas en ese yacimiento nos ofrecen unas cronologías a caballo entre el III y el II Milenio AC, aunque no es posible determinar el momento inicial de su ocupación (García Atiénzar y López Precioso 2008; García Atiénzar 2010).

patentizan los hallazgos de dientes de hoz y molinos, así como la ganadería, "posiblemente en mayor escala"<sup>275</sup>.

En función de la distribución y las características de los poblados, Simón García afirma que "la Provincia de Albacete podría haber estado ocupada por grupos humanos cuya principal actividad económica habría sido la ganadera, con desplazamientos anuales buscando los pastos más adecuados según las épocas del año, desde las zonas húmedas de la parte occidental de la provincia hasta otros de una climatología más suave durante el invierno en la parte oriental, y con una serie de establecimientos temporales y equidistantes que aseguren el abastecimiento de agua en períodos de largas sequías"<sup>276</sup>, de lo que parece desprenderse una consideración de "desplazamientos provinciales" o referidos genéricamente a la provincia de Albacete, sin diferenciar o limitar zonas.

Abundando en una idea parecida respecto a la trasterminancia de estas comunidades, encontramos la opinión de López Precioso y Jordán Montes, quienes teniendo en cuenta la gran diferencia numérica entre yacimientos neolíticos (una docena aproximada) y aquellos correspondientes a la Edad del Bronce (alrededor de 100) en la comarca de Hellín-Tobarra, consideran que una de las características de estas comunidades sería "su nomadismo dentro de un ámbito regional o comarcal"<sup>277</sup>.

Así, estos investigadores intuyen una cierta comarcalización en función de elementos geográficos del poblamiento, lo cual les lleva a afirmar que "la Comarca de Hellín también se puede individualizar como otro núcleo de poblamiento que se caracteriza por una serie de elementos que le son propios", junto con los núcleos situados en el Altiplano de Jumilla y Yecla (Murcia), Villena (Alicante) y el Corredor de Almansa (Albacete)<sup>278</sup>.

De este modo encontramos dos posiciones coincidentes en cuanto al nomadismo o intensos movimientos poblacionales, bien estacionales bien por agotamiento de recursos, pero en el caso de López Precioso y Jordán Montes queda más reducido territorialmente.

Jordán Montes considera que, por la localización geográfica de los hábitats, el tipo de economía durante el "Bronce Medio", "Tardío" y "Final" era agropecuaria<sup>279</sup>. Sin embargo, previamente puntualiza que para la etapa del "Bronce Inicial", "la economía de estos yacimientos sugiere la recolección y la caza y además movimientos estacionales intensos en algunos casos"<sup>280</sup>.

Hernández Pérez y Simón García consideran que los hallazgos superficiales - huesos de animales e instrumentos relacionados con prácticas agrícolas- demuestran que en casi todos los poblados de la zona de Almansa existía una economía

---

entonces las comunidades neolíticas eran, por tanto, sedentarias y sin actividades de nomadismo.

<sup>278</sup> 1996: 77.

<sup>279</sup> 1992: 206. Refiriéndose principalmente a la zona de Hellín-Tobarra.

<sup>280</sup> 1992: 204.

---

<sup>275</sup> 1948a: 78.

<sup>276</sup> Simón García 1986: 42.

<sup>277</sup> 1996: 79-80. El problema que encontramos en esa afirmación tan genérica es que puede dar a entender que



mixta agropecuaria con una incipiente actividad metalúrgica<sup>281</sup>.

## *A.- Agricultura*

Frente a las distintas posiciones existentes en la investigación con respecto a qué elementos pueden demostrar la práctica agrícola de las comunidades asentadas en un determinado hábitat no existe unanimidad.

Así, H. Schubart y O. Arteaga consideran que es la presencia de los denominados "dientes de hoz" la que se relacionaría directamente con la recolección del cereal, con la siega; por tanto no sería la abundante presencia de molinos para la molturación del cereal ni la mera acumulación de éste en los yacimientos la que determinaría la práctica recolectora<sup>282</sup>.

Mucho más recientemente, aunque limitado en este caso a la Comunidad Valenciana, al término municipal de Villena (Alicante) en concreto, a partir de los estudios de arqueología experimental y Tesis Doctoral realizados por Jover Maestre éstos ponen de manifiesto, en su opinión, que en todos los yacimientos donde se registra la presencia de "dientes de hoz" ésta se relaciona con labores de siega y sus moradores serían directos productores de cereales; del mismo modo, aquellos yacimientos donde únicamente se documentaron actividades de molienda pero no "dientes de hoz", que coinciden a su

vez con aquellos emplazados en altas curvas de nivel, han sido interpretados como lugares de control del territorio sin relación con la producción agrícola<sup>283</sup>.

Esta información es de enorme interés en la zona en estudio, ya que junto con la ya mencionada procedente del Término Municipal de Villena (Alicante) también contamos con la procedente del estudio del utillaje lítico del yacimiento albacetense de "El Cerro de El Cuchillo" (Almansa).

En este yacimiento con cronología fijada por sus excavadores en la fase "Plena" de la "Edad del Bronce", un 60 % de los "dientes de hoz" recuperados mostraban el característico "lustre de cereal" que los ponen en relación con la recolección directa.

Así pues, también en este caso la presencia de "dientes de hoz" tendría relación directa con actividades recolectoras<sup>284</sup>.

De hecho, Hernández Pérez, Simón García y López Mira, al estudiar ese yacimiento albacetense concluyen que, dentro de la economía mixta agropecuaria con incipiente metalurgia de estas comunidades de la "Edad del Bronce" en la zona de la Comarca del Altiplano de Almansa, este yacimiento podría ser identificado más adecuadamente con una comunidad de agricultores<sup>285</sup>.

---

<sup>281</sup> 1993: 48.

<sup>282</sup> 1983: 60-61. Aspecto éste ya puesto brillantemente de relieve por Martínez Navarrete (1988: 91 nota 8).

---

<sup>283</sup> 1999: 140. No obstante, cabe señalar que de los dos yacimientos donde no se documentaron "dientes de hoz", uno de ellos, Barranco Tuerto (Villena), sí contó con labores de excavación mientras que el otro, Peñón de la Moneda (Villena), sólo contó con actividades prospectivas. Consideramos que son ejemplos poco numerosos como para poder realizar afirmaciones categóricas.

<sup>284</sup> Jover Maestre 1994: 167-173.

<sup>285</sup> 1993: 48.



Únicamente es posible suponer que en aquellos lugares donde la actividad era muy reducida y requería muy poco tiempo de estancia, tipo “taller de sílex” o “taller lítico”, cazaderos, etc., no se llevarían a cabo actividades recolectoras. Y, sin embargo, en algunos de esos yacimientos no sería raro recuperar abundantes dientes de hoz.

Del mismo modo, creemos arriesgado suponer que el emplazamiento de los lugares de habitación en altas curvas de nivel significa automáticamente que no se valore la producción agrícola. Más aún si le sumamos el hecho de que el yacimiento que se emplea a modo de ejemplo no contó con excavaciones sistemáticas sino únicamente con labores prospectivas, con lo que ello supone de recuperar únicamente una porción sesgada del registro material.

Otro tema distinto, pero a la vez relacionado, es el de la siembra. La recolección y uso de hoces u otros elementos con funcionalidad parecida no tiene por qué estar relacionada indisolublemente con las actividades de siembra. Las hoces pudieron ser empleadas claramente en labores de desbroce o recolección de especies silvestres no relacionadas directamente con su consumo alimentario, como podría ser el caso del esparto.

Un aspecto que hasta ahora, que nosotros tengamos conocimiento, no ha sido tratado con profundidad en la investigación es el trillado del cereal.

Convendría hacer un estudio más pormenorizado de las piezas de sílex halladas en los yacimientos, por si acaso en lugar de pertenecer a hoces pertenecerían a trilladoras, similares a las que aún hoy en

día se documentan en zonas de evidente tradición cerealista.

Estas trilladoras consistirían en unos listones de madera en los que se engarzarían las esquirlas de sílex. Este tipo de trilla implicaría en ocasiones el uso de animales de tiro, principalmente bóvidos o equinos, que no resultan extraños en el registro material de muchos de los yacimientos que cuentan con estudios faunísticos.

Para realizar este estudio se podría partir de la base del trabajo de talla realizado sobre el fragmento de sílex: ¿se documentan diferencias importantes?, ¿tal vez aquellas piezas que no han sido cuidadosamente talladas podrían ser adscritas a trilladoras mientras las demás pertenecerían a hoces?. De momento dejamos esta pregunta sin respuesta por falta de estudios profundos, pero consideramos que éste es un camino que podría ser seguido en la investigación futura.

Unido a este aspecto se crearía una nueva problemática; la trilla no implica recolección directa. El cereal puede ser importado o traído en bruto de otro sitio pero trillado para su aprovechamiento en el yacimiento donde se localizan las piezas de sílex.

Por tanto, la trilla no tiene por qué implicar recolección, aunque parece evidente que suelen estar íntimamente relacionadas.

Las hoces sí se identifican, *a priori*, con la recolección del grano. Al menos la recolección podría ser una de las finalidades de su fabricación. Por ello puede resultar de gran importancia diferenciar

entre las distintas piezas de sílex por si acaso podríamos estar realizando hipótesis no suficientemente contratadas al identificar asentamientos donde se documentan piezas trabajadas de sílex para distintas actividades con yacimientos donde se realizaba recolección directa del cereal.

Del mismo modo, tal y como ya señalamos con anterioridad, la presencia de grano en los yacimientos tampoco tiene por qué implicar su recolección directa, ya que su acumulación podría ser fruto del intercambio o redistribución.

También conviene poner de relieve que este mismo hecho, aparte de ser interesante al señalar la relación con un comercio de bienes esenciales podría, a su vez, ser prueba más que evidente de una apropiación de los recursos esenciales de la comunidad por parte de algunos miembros de ésta que se encargarían de redistribuirlos e incluso de comerciar con ellos, pudiendo llegarse al caso de que fuese con intereses puramente individuales o de grupo reducido.

Esta problemática deberá ser tenida en cuenta para estudiar la posible interdependencia de asentamientos cercanos, muchos de ellos posiblemente bajo los auspicios de una misma autoridad y en donde podrían reflejarse las distintas variantes funcionales de cada asentamiento y su especialización en diferentes tramos de las actividades económicas.

Los hábitats con mejores condiciones para tareas agrícolas podrían surtir de cereal y otros productos a los hábitats especializados en otras tareas (¿metalurgia?), con evidentes beneficios para ambas partes (intercambio de

productos). Señalar la probable relación con sistemas de jefaturas o de autoridad que sancionen y favorezcan esas interdependencias.

El hallazgo de una gran cantidad de grano en uno de los departamentos del poblado del “Bronce Pleno” de “El Cerro del Cuchillo” (Almansa) fue interpretado por sus excavadores con una acumulación del producto de la cosecha en un momento inmediatamente posterior a la siega<sup>286</sup>.

Otros objetos de gran interés para analizar las capacidades agrícolas de las comunidades humanas de la “Edad del Bronce” en nuestra zona de estudio son las hachas líticas pulimentadas, probablemente relacionadas con labores de tala y deforestación, tanto para poner más tierra en cultivo como para la propia utilización de la madera<sup>287</sup>.

No obstante, no parece documentarse una diferente especialización o diferenciación funcional de los yacimientos<sup>288</sup>.

Teniendo en cuenta el volumen de cereal recuperado en algunos de los yacimientos excavados<sup>289</sup>, no parece necesario tener en explotación zonas amplias de terreno cultivable. Nos encontramos, vista la evidencia, ante

<sup>286</sup> Hernández Pérez y Simón García 1993: 48.

<sup>287</sup> Hernández Pérez y Simón García 1994: 208.

<sup>288</sup> Fdez.-Posse *et alii* 2008: 48, nota 25. Esta afirmación choca con lo defendido para la zona central de La Mancha por Nájera y Molina desde los primeros momentos de sus trabajos en esa zona (2004, con bibliografía relacionada).

<sup>289</sup> “Cerro de El Cuchillo” (Hernández Pérez, Simón García 1993: 43) y “El Acequión” (Fernández Miranda, Fernández Posse y Martín Morales 1991).

agricultura de subsistencia que no requiere amplias tierras de cultivo.

No nos parece arriesgado proponer, por tanto, que todas estas comunidades se estructuraban internamente para ser autosuficientes dentro de un circuito territorial de intercambios que les proveería de aquellos productos a los que no pudiesen tener acceso. Lo que resulta más difícil de determinar es cómo se organizaba ese circuito de intercambios. Volveremos sobre este tema más adelante.

### A.1 Productos agrícolas

Para nuestra zona de estudio contamos con diversos análisis paleobotánicos que nos ilustran a este respecto:

- Sánchez Jiménez menciona la presencia en el “Cerrico Redondo” (Sta. Isabel, Montealegre del Castillo), “en un fondo de sepultura”, de gran cantidad de trigo quemado (“semejante a nuestra actual ‘güeja colorada’ o ‘redonda’”) y de otra semilla que “se reputa como una leguminosa, que puede ser el guisante”. En el dictamen de la Jefatura Agronómica de Albacete se afirma que “por su gran semejanza con algunas de nuestras actuales variedades, se supone sean de especies cultivadas”<sup>290</sup>. Simón García afirma, refiriéndose a este yacimiento que “la principal actividad del poblado debió ser la agrícola, ya que aparecieron varios vasos llenos de cereal, sobre todo trigo, aprovechando

<sup>290</sup> 1948: 77.

la cercanía y abundancia de tierras cultivables”<sup>291</sup>.

- El trigo sí es muy común en la inmensa mayoría de los yacimientos documentados en la zona de estudio de este trabajo<sup>292</sup>.
- La presencia de guisantes también está clara en “El Malagón” (Ciudad Real)<sup>293</sup>, así como en “El Argar” (Antas, Almería)<sup>294</sup>. También en la “Motilla de El Azuer” (Daimiel, Ciudad Real) se pudo documentar el almacenaje de trigo, escanda, cebadas vestidas y desnudas, guisantes y lentejas. Se apunta incluso la cuestión de si se habría seguido una cierta política de riego para el cultivo de las leguminosas<sup>295</sup>.
- Jover Maestre apunta la presencia de guisantes –*Pisum sativum* L.- en el yacimiento de “Los Castillicos” (Montealegre del Castillo, Albacete). La presencia de este tipo de leguminosa en yacimientos tanto del III Milenio a.C.

<sup>291</sup> 1986: 42. Esta afirmación tiene similitudes con lo defendido por este mismo investigador junto a Hernández Pérez para el yacimiento del “Cerro de El Cuchillo” (Almansa)[1993:48], pero choca con su opinión más general de que la actividad principal de las comunidades de la “Edad del Bronce” de la provincia de Albacete sería la ganadera (1986: 42; Simón García y Segura Herrero 2011: 78).

<sup>292</sup> Llorach *et alii* 2000.

<sup>293</sup> Llorach *et alii* 2000: 31.

<sup>294</sup> Jover Maestre 1999: 144, refiriéndose al trabajo de Navarro Mederos 1984.

<sup>295</sup> Nájera y Molina 2004.

como del II Milenio a.C. le permite plantear su cultivo generalizado<sup>296</sup>. Este investigador considera que no se puede determinar la importancia del trigo sobre la cebada por falta de estudios exhaustivos al respecto, pero para él las diferentes especies de cereales y leguminosas constatadas “permiten inferir que estamos ante comunidades humanas fijadas al territorio y al ciclo agrícola anual que impone el cultivo de este tipo de especies vegetales [...]”. “Al mismo tiempo, la presencia de cereales y leguminosas permite plantear la existencia de una rotación de cultivos para la regeneración de los nutrientes, tal y como han apuntado B. Martí y J. Bernabéu (1990)”.

- La relativa abundancia de la cebada podría ser puesta en relación, además de con su ingesta a modo de gachas o panes, con la producción y consumo de cerveza por parte de estas comunidades. Hasta el momento sólo parece haberse documentado un caso con visos de certeza de fabricación de cerveza; se trata del yacimiento de “El Amarejo Grande” (Bonete, Albacete), pero con una cronología del Ibérico Pleno. No obstante, conocido el caso de los yacimientos de la zona de Huecas (Toledo), en donde con cronologías calcolíticas ya se atestigua el uso de la cerveza, no nos parece descabellado proponer su consumo entre las comunidades de la “Edad del Bronce” en nuestra zona de estudio. Así, la gran antigüedad en el cultivo de la cebada en la zona tal vez pueda ser puesta en

relación con un temprano consumo de cerveza, muy anterior a la introducción del vino, ya en la “I Edad del Hierro”.

- Con respecto al poblado de “El Acequión” (Albacete, Albacete), en un momento avanzado de la fase antigua se detecta un proceso de deforestación del bosque autóctono de pinos, encinas y alcornoques, así como la puesta en cultivo de zonas próximas tal y como evidenciaría la presencia de gramíneas. En la fase posterior se documenta una ligera recuperación del bosque y menor actividad antrópica sobre el medio. En la última fase, se produce nuevamente un proceso más acusado de deforestación; Trigo y cebada serían las especies dominantes entre los cereales y junto a las gramíneas aparecen las leguminosas<sup>297</sup>.
- Hernández Pérez y Simón García refieren la gran cantidad de grano<sup>298</sup>, unos doscientos kilos de cereales documentada en el poblado del “Cerro de El Cuchillo” (Almansa, Albacete), en el interior de uno de los Departamentos de la zona septentrional del poblado, que ellos atribuyen a un incendio que destruyó la habitación donde se almacenaba al poco de haber realizado su recolección <sup>299</sup>. Más cereales se recuperaron en el interior de una vasija

<sup>297</sup> Fernández-Miranda, Fernández-Posse y Martín Morales 1991: 19-20.

<sup>298</sup> No se especifica el tipo.

<sup>299</sup> Hernández Pérez y Simón García, 1993: 42-43 y 48; Hernández Pérez, Simón García y López Mira, 1994: 195-196.

<sup>296</sup> 1999: 144.

exhumada dentro del Nivel I del Departamento VI, que se corresponde con el momento más reciente de ocupación de ese Departamento VI ( $1440 \pm 90$  a.C.)<sup>300</sup>, mientras que la gran cantidad de cereal documentada en el Departamento VIII tiene una datación bastante anterior ( $1560 \pm 90$  a.C.)<sup>301</sup>.

- Para el caso del yacimiento de la “Morra del Quintanar” (Munera, Albacete) las actividades agrícolas y de transformación son conocidas/inferidas únicamente a partir de los utensilios recuperados, ya que en la extensión excavada no se documentaron depósitos de grano ni se realizaron análisis polínicos<sup>302</sup>.
- Resulta interesante la información recogida en el poblado del “Cerro de las Víboras” (Bagil-Moratalla, Murcia), muy cercano al límite provincial de Albacete en su zona sur y que nos permite analizar la información del “Cerrico Redondo” (Montealegre del Castillo, Albacete), “Los Castillicos” (Montealegre del Castillo, Albacete), Cerro de El Cuchillo” (Almansa, Albacete) y “El Acequión” (Albacete, Albacete). En los niveles datables en el “Bronce Antiguo” de ese yacimiento murciano (Nivel A2) se documentó un edificio de planta rectangular y gran tamaño (10 m. de largo por 7,50 m. de ancho) en el que

parece que se almacenaron excedentes de producción agrícola a juzgar por los restos de grandes tinajas contenedoras y los abundantes restos de cereal y leguminosas carbonizados<sup>303</sup>. No se mencionan las variedades del cereal pero, por lo menos, se documenta el almacenamiento de leguminosas y cereales en un mismo ámbito, pudiendo inferir un tipo de cultivo mixto destinado a un mejor aprovechamiento y rentabilidad de los suelos.

## B. Ganadería

### Fauna doméstica

Para la zona tratada existen estudios específicos al respecto.

En “El Acequión” (Albacete) se documentaron restos de ovejas, cabras y vacas, así como caballo y otras especies en menor número.

Consideran así sus excavadores que la ganadería desempeñó un importante papel en la estrategia alimentaria<sup>304</sup>.

No debemos dejar de lado la presencia de las denominadas “queseras” o “coladores” y/o “escurridores” documentadas prácticamente en todos los yacimientos excavados, aunque la funcionalidad de estas piezas cerámicas no es clara pero una parte de los

<sup>300</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira, 1994: 109-110.

<sup>301</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira, 1994: 195.

<sup>302</sup> Fernández-Miranda *et alii* 1994: 260.

<sup>303</sup> Eiroa García 1995: 30.

<sup>304</sup> Fernández-Miranda, Fernández-Posse y Martín Morales 1991: 20.

investigadores las relaciona con labores ganaderas.

En el yacimiento de “El Castellón” (Hellín y Albatana) se localizaron restos seleccionados de extremidades y cráneo de ovicáprido, interpretados como ofrenda de amortización<sup>305</sup>, que quizás podríamos poner en relación con la cría de esta especie, aunque sin tener un estudio más detallado de esos restos no es posible descartar que se tratase de un ovicáprido salvaje.

Del mismo modo se han documentado en la zona de Hellín y Tobarra restos faunísticos correspondientes a ciervo, caballo y toro<sup>306</sup>.

En el “Cerro de El Cuchillo” (Almansa) podemos suponer la existencia de una cabaña ganadera con ovicápridos y bóvidos a juzgar por los restos e industria ósea documentada y la presencia de “queseras”<sup>307</sup>, que dentro del Corredor de Almansa también se documentan, entre otros, en los yacimientos de “Toriles” (Fuente Álamo) y “Atalaya” (Caudete)<sup>308</sup>.

En el “Cerro de El Cuchillo” también se recuperaron colmillos de suidos. Frente a un elevado número de restos de ovicaprininos se recuperaron mucho más escasos restos de *bos* y *sus*.

Otros restos faunísticos documentados, aunque en escaso número, son de perros y

se conservan restos de sus mordiscos en huesos<sup>309</sup>.

Destaca por su curiosidad un dato recogido de las excavaciones de la “Morra del Quintanar” (Munera) como es la presencia de restos de hurón en el interior de la fortificación y que por su grado de alteración osteológica podría ponerse en relación con una domesticación destinada a la caza de conejo; este hecho podría explicar la abundancia de restos de conejo recuperados<sup>310</sup>.

Por otro lado, en este yacimiento la cabaña doméstica estaba basada en los ovicápridos (44 %), con relación 2:1 ó 1,5:1 a favor de la oveja, que aparece en mayor proporción al interior de la fortificación. Un 6 % sería la proporción de suidos<sup>311</sup>.

Respecto al caballo conviene señalar que en el interior de la fortificación significa un 2 % frente al 5 % en la zona exterior. La presencia del perro se calcula en un 2 %.

También se recuperaron restos de *equus* en el yacimiento de “Los Conejos” (Montealegre del Castillo) y un diente de suido en “Las Zorreras” (Montealegre del Castillo)<sup>312</sup>

Para comparar con un yacimiento cronológicamente anterior nos gustaría

<sup>305</sup> López Precioso 1993a: 62.

<sup>306</sup> López Precioso y Jordán Montes 1996: 79.

<sup>307</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994.

<sup>308</sup> Hernández Pérez y Simón García 1994: 208; Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 207.

<sup>309</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 196.

<sup>310</sup> Fernández-Miranda *et alii* 1994: 260.

<sup>311</sup> Considero más adecuado emplear el nombre de la familia (suidos) para evitar la consideración de sus excavadores, quienes identificaron ese porcentaje con la cantidad de cerdo presente en el yacimiento señalando, sin embargo que “es posible que la cifra esté sobrevalorada por la inclusión involuntaria de jabatos” (Fernández-Miranda *et alii* 1994: 260).

<sup>312</sup> Zuazo y Palacios 1916: 59.



incluir la información faunística del yacimiento de “La Fuente de Isso” (Hellín, Albacete). Entre los restos recuperados destacan por su abundancia los ovicápridos, que serían sacrificados en edad adulta avanzada, del mismo modo ocurría con los bóvidos, que era la segunda especie más abundante. En tercer lugar se menciona el cerdo y, por último, la presencia del perro<sup>313</sup>

### C. Actividades cinegéticas

#### Fauna salvaje

Procedente del yacimiento de “La Peñuela II” (Pozo Cañada), en la excavación interior de la sima sobre la que se asentaba este poblado, se documentó la presencia de cornamenta de ciervo.

En la excavación exterior se inventariaron una cuarentena de restos faunísticos pertenecientes a cabra, oveja, caballo, ciervo, gamo, etc.

Procedente del yacimiento de Mina de D. Ricardo, o Dehesa de los Caraculares, se han inventariado dos cuernos de cabra y un cuerno de corzo<sup>314</sup>.

En el “Cerro de El Cuchillo” (Almansa) se recuperaron fragmentos de asta de cérvido trabajada<sup>315</sup>. Se documentaron también restos faunísticos de lobo, jabalí y

ciervo. La cabra es incluida dentro de la fauna salvaje<sup>316</sup>.

La recolección de caracoles sería probablemente otra fuente de nutrientes, aunque no es común encontrar menciones al respecto en las memorias de excavaciones.

Lo mismo podemos decir de la miel y la apicultura, que ya está presente en representaciones rupestres, como en el “Abrigo Grande de Minateda” (Hellín)<sup>317</sup>.

En la “Morra del Quintanar” (Munera) la especie más abundante es el conejo (26%), aunque su interpretación ya fue señalada como “complicada”<sup>318</sup>, suponemos que por la presencia de conejeras más modernas y la dificultad de diferenciar entre los restos prehistóricos y otros posteriores.

Llamamos, asimismo, la atención una vez más sobre la posible relación señalada por sus excavadores de restos de hurón que muestran alteraciones osteológicas quizás identificables con la domesticación de estos animales con el fin de facilitar la caza de conejos<sup>319</sup>.

Entre los ungulados domina el ciervo (9 %), junto al corzo, cabra montés y jabalí. Dentro de los carnívoros destaca la abundancia de lince.

La abundante presencia de puntas de flecha de distintas tipologías, materiales y factura (óseas, líticas, metálicas,...) nos pone en relación con las actividades cinegéticas

<sup>313</sup> García Atiénzar y López Precioso 2008: 6.

<sup>314</sup> Sánchez Jiménez 1948a.

<sup>315</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 86.

<sup>316</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 183 y 196.

<sup>317</sup> Breuil 1920.

<sup>318</sup> Fernández-Miranda *et alii*, 1994: 260.

<sup>319</sup> Fernández-Miranda *et alii*, 1994: 260.



que completarían la dieta de estas comunidades.

Otro tanto podríamos considerar respecto a los denominados “brazales de arquero”, que tendrían una íntima relación con las actividades cinegéticas realizadas con arco y flechas, lógicamente sin descartar otras de carácter bélico.

En determinadas localizaciones donde fuese posible debemos tener en cuenta las actividades pesqueras, principalmente junto a cursos fluviales y acumulaciones hídricas que las posibilitasen.

Con este tipo de actividades se han relacionado en ocasiones pequeños objetos o “pesos” de arcilla cocida que habrían actuado como “pesos” de redes de pesca<sup>320</sup>.

#### *D. Actividades artesanales*

##### *vegetales/tejidos*

El esparto sería de importancia fundamental para la elaboración de calzado y esterillas que alfombraban las viviendas y zonas industriales de los yacimientos<sup>321</sup>. Improntas de esterillas. También para transporte, cestería, etc.

El uso de los tintes también está documentado en los yacimientos como, por ejemplo, en “El Acequión” y un pequeño

<sup>320</sup> Incluir citas.

<sup>321</sup> P.ej. “Cerrico Redondo” (Sánchez Jiménez 1948: 77), la “Morra del Quintanar” (Martín Morales, 1984: 61), “Cerro de El Cuchillo” (Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 128) y “El Castellón” (López Precioso y Jordán Montes 1996).

recipiente, producto de hallazgo casual procedente de Los Mercadillos, como “cuenco para colorantes”<sup>322</sup>. El uso del tinte también se documentó en el “Cerro de El Cuchillo”, donde dentro del Nivel I del Departamento VI, en el interior de un vasar se recuperó una vasija carenada llena de polvo de color rojo, identificado como ocre<sup>323</sup>.

Pesas de telar para elaboración de la vestimenta, mostrando tipologías distintas según el período histórico. Redondas o rectangulares de lados redondeados con cuatro agujeros en las fases más antiguas. Para el caso del “Bronce Final” es interesante la presencia de pesas de telar con escotadura central que López Precioso, siguiendo los trabajos de F. Molina para el “Cerro de la Encina” (Granada), puso en relación con la zona del Valle del Ebro<sup>324</sup>.

Sin embargo, no es exacta su consideración de que provengan de asentamientos del Bronce Final del Bajo Aragón<sup>325</sup>, ya que Molina únicamente señala que este tipo de pesas de telar “contrastan por tanto con las pesas circulares de la cultura argárica [...], y sólo conocemos ejemplares parecidos en algunos poblados del Valle del Ebro [...]”<sup>326</sup>. Otros ejemplos son observables también en ciertos yacimientos castellonenses.

<sup>322</sup> Catálogo de *Albacete en su Historia*, 1991: 23, nº 5; También en Fdez.-Posse *et alii* 2008.

<sup>323</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 110; Hernández Pérez y Simón García 1993: 42.

<sup>324</sup> 1993a.

<sup>325</sup> López Precioso 1993a: 65.

<sup>326</sup> Molina 1975: 214.

## Ebúrnea

En la provincia de Albacete son numerosos los yacimientos de la Edad del Bronce en los que se documenta la presencia de objetos de marfil a lo largo de distintas fases de la “Edad del Bronce”. Resulta enormemente interesante el hecho de que la materia prima aparece representada en “diversos momentos de su período de fabricación”, incluso habiéndose identificado preliminarmente un posible taller en El Acequión<sup>327</sup>.

Las piezas son predominantemente brazaletes/pulseras y botones de perforación en V.

No entraremos más en profundidad puesto que es otro tema que requeriría prácticamente una Tesis Doctoral para desarrollarlo.

## E. Metalurgia

En opinión de Simón García, “los datos obtenidos del “Cerrico Redondo, La Peñuela II, La Morra del Quitanar y el Cerro Almorchón parecen apuntar hacia una metalurgia de objetos simples, como punzones, cinceles, etc., en la mayoría de los poblados de la provincia de Albacete, transformando mayoritariamente chatarra”<sup>328</sup>. Este tipo de actividad

<sup>327</sup> Fdez.-Miranda, Martínez-Posse y Martín 1990: 362; Barciela 2012; González Prats 2000a.

<sup>328</sup> El subrayado es nuestro.

metalúrgica sería desarrollada a tiempo parcial<sup>329</sup>.

Esta misma opinión fue expresada también por el equipo de trabajo que investigaba la zona oriental de la Mancha, bajo la dirección del malogrado Manuel Fernández-Miranda: “se puede concluir que la escala y simplicidad de la tecnología metalúrgica en La Mancha oriental durante la Edad del Bronce responde a un sistema de producción no mercantil, a tiempo parcial, fácilmente integrado en la economía doméstica”<sup>330</sup>.

No obstante cabe recoger la opinión de que “una comparación directa en valores absolutos de objetos de metal, por ejemplo, entre El Argar y el Bronce Manchego, puede ofrecer un panorama distorsionado. Habría que tener en cuenta el número de yacimientos excavados en cada zona y sobre todo el número de enterramientos conocidos para equiparar ambos”<sup>331</sup>.

- **Moldes:** Cerro de El Cuchillo (Almansa), Cerrico Redondo (Almansa), Cerro del Pulpito (Almansa), Peña de La Mina (Almansa), La Peñuela II (Pozo Cañada), Morra del Quitanar (Munera)<sup>332</sup>. [todos ellos son moldes para varillas]; En el poblado de El Amarejo Grande (Bonete) se documentó un molde de

<sup>329</sup> 1986: 43.

<sup>330</sup> Fernández-Miranda *et alii* 1994: 243-287.

<sup>331</sup> Fernández-Manzano y Montero Ruiz, 2001: 36.

<sup>332</sup> Rovira y Gómez consideran este ejemplar un alisador y no un verdadero molde (1994: 380). Posiblemente todos estos ejemplos sean afiladores o alisadores ya que no muestran ni fondo ni bebedero, elementos necesarios en el procesamiento del metal fundido de cara a la fabricación de piezas.

fundición realizado en cuarcita rosada que se consideró destinado a la fabricación de algún mango de arma<sup>333</sup>; Mompichel (Chinchilla de Montearagón); En los fondos del Museo Provincial de Albacete se conserva un fragmento (alto: 6 cm.; largo: 6,5 cm.; ancho: 1,9 cm.; NIG 8810) de molde para varilla procedente de Villanueva de la Jara (Cuenca), en el límite con nuestra zona de estudio.

- **Vasijas de fundición o vasijas-horno:** El Amarejo Grande (Bonete); conservada en los fondos del M.P.A. (nº INV. A-20830). Probablemente en el Cerrico Redondo (Almansa)<sup>334</sup>; Casares (Munera)<sup>335</sup>; El Acequión (Albacete)<sup>336</sup>
- **Crisoles:** Morra del Quintanar (Munera)<sup>337</sup>, Cerro de El Cuchillo (Almansa), La Peñuela I (Pozo Cañada) (crisoles o cucharas de fundición), La Peñuela II (Pozo Cañada) (crisoles o cucharas de fundición) [2]; Toriles-1 (Fuente Álamo)<sup>338</sup>.
- **Martillos de minero:** Altiplano de Hellín. Mazas para machacar mineral: Berli (Madrigueras) [2]. En las prospecciones del T.M. de Riópar también se documentó la presencia en superficie de varios martillos de minero en varios poblados datados

cronológicamente en la Edad del Bronce<sup>339</sup>

- **Escorias:** Cerro de El Cuchillo (Almansa), Cerrico Redondo (Almansa)<sup>340</sup>; Dehesa de Caracolares<sup>341</sup>. El Acequión (Albacete) – adherencia cerámica (82%Cu – 14%Fe)<sup>342</sup>; Morra del Quintanar (Munera) – adherencia cerámica (92%Cu, 4,5%Fe)<sup>343</sup>
- **Mineral:** “El Acequión” (Albacete)–Cu y As; As y Fe<sup>344</sup>; “Arroyo de Los Álamos” (Alcaraz) –Cu<sup>345</sup>; Cabeza Gorda (Alcaraz) –Cu; “Túmulo de la Cantera” (Barrax) –Cu<sup>346</sup>; “El Arabinejo” (Montealegre del Castillo) –Cu [malaquita]<sup>347</sup>; “Castellares Oeste” (Chinchilla de Montearagón) –Cu [malaquita]<sup>348</sup>.
- **Piezas:** A nuestro parecer resulta simplista determinar la pobreza metalúrgica de las comunidades prehistóricas de la “Edad del Bronce” dentro de la provincia de Albacete cuando los ejemplos conocidos no se limitan a unos pocos yacimientos, sino que es en muchos de ellos donde

<sup>333</sup> García Sánchez Arista 1985: 353.

<sup>334</sup> Simón García 1986: 23, lo identifica como crisol.

<sup>335</sup> Fernández-Posse *et alii* 2008: 72-73 y 277 fig. 130.

<sup>336</sup> Fernández-Posse y Martín Morales 2007: 120.

<sup>337</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 29 y 31. Es posible que esta pieza sea la que denominan “Vasija-Horno” Fernández Posse y Martín Morales (2007:120).

<sup>338</sup> Jordán Montes 1993-1994.

<sup>339</sup> Jordán Montes y Noval Clemente, 2002.

<sup>340</sup> Simón García 1986: 24; una de las escorias es esférica y las otras parecen laminillas en proceso de fundición. También recogido en Rovira Llorens *et alii* 1997: 28.

<sup>341</sup> Simón García 1986: 38.

<sup>342</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 19.

<sup>343</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 30.

<sup>344</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 21.

<sup>345</sup> Carrasco Valor 1994: 154.

<sup>346</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 25.

<sup>347</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 133.

<sup>348</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 96.

documentamos la existencia de objetos de metal y de moldes y/o crisoles o cucharas de fundición que parecen reflejar unas actividades metalúrgicas.

Deberemos fijarnos en el número de piezas documentadas en los yacimientos de nuestra “*Región nuclear*” con cronologías del “Bronce Antiguo” y del “Bronce Pleno” para poder hacernos una idea que posibilite un análisis actualizado de la situación.

En el yacimiento de la “Morra del Quintanar” (Munera) se contabilizaron 13 piezas metálicas. Todas ellas procedían de ambiente doméstico y se trataba de puntas de flecha, puñales, un hacha plana y punzones biapuntados<sup>349</sup>.

De ambiente funerario destacaba un brazal de arquero en piedra con dos remaches de plata<sup>350</sup>.

Del yacimiento de “Castillo de Munera” (Munera) procede un puñal metálico<sup>351</sup>.

En el yacimiento de “El Acequión” (Albacete) se tiene conocimiento de un total de 10 punzones, 4 puntas de flecha (3 tipo “Palmela” y otra “de aletas”), 3 hachas planas, 4 puñales, un cincel y una sierra<sup>352</sup>.

En “Arrocinejos” (Chinchilla de Montearagón) se recuperó una punta de

flecha metálica fuera de contexto y de difícil filiación cronológica<sup>353</sup>.

Simón García recuperó durante sus prospecciones en el término municipal de Almansa un puñal metálico, de bronce, procedente del yacimiento de la “Edad del Bronce” denominado “Los Cabezos A”<sup>354</sup>.

Otros útiles metálicos recuperados durante sus trabajos fueron 2 puntas de flecha (tipo “Palmela”) y un puñal del “Cerro del Pulpito” (Almansa), una punta de flecha con aletas incipientes del “Cerro de la Cueva Alta Septentrional (Montealegre del Castillo) y un puñal de la “Morra de la Cueva de la Paja” (Corral Rubio)<sup>355</sup>.

También menciona este investigador el inventario de un fragmento de punzón o cincel hallado en una de las expoliaciones del yacimiento “2º Puntal del Mugrón” (Almansa)<sup>356</sup>.

Del yacimiento de “El Amarejo Grande” (Bonete) procede un puñal metálico con cronología de la “Edad del

<sup>349</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 265.

<sup>350</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 260.

<sup>351</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 29.

<sup>352</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 265.

<sup>353</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1988: 305. Aunque en esta localización sí se documenta un yacimiento tipo “Morra”. El nombre de este yacimiento está recogido también como “Casa Rocinejos” (Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 283) o simplemente “Rocinejos” (Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 51, 94-95).

<sup>354</sup> Simón García 1987; Hernández Pérez y Simón García 1994: 208. Rovira Llorens *et alii* lo consideran adscribible al “Bronce Tardío”, suponemos que por su alto índice de estaño (1997: 23).

<sup>355</sup> Hernández Pérez y Simón García 1994: 208. Simón García 1994: 163 y ss. Del “Cerro del Pulpito” se analizaron las piezas por Rovira Llorens *et alii* 1997: 24. No así de los otros dos yacimientos.

<sup>356</sup> Simón García 1987: 98.

Bronce” en su etapa “Plena”<sup>357</sup>. Asimismo tenemos conocimiento de un punzón de cobre procedente de esta localización, aunque datado dentro de la Edad del Hierro, en momento ibérico pleno<sup>358</sup>.

También son interesantes los materiales recuperados durante las excavaciones realizadas en el “Cerro de El Cuchillo” (Almansa). Se trata de 2 hachas planas, 3 puntas de flecha, restos de 4 cuchillos, 1 anillo y 4 punzones<sup>359</sup>. Algunos de estos objetos proceden de un aparente contexto funerario, aunque de características poco comunes y de difícil interpretación<sup>360</sup>.

Del poblado de “La Peñuela I” (Pozo-Cañada) se tiene conocimiento de la existencia de 1 puñal de cobre y una punta de flecha<sup>361</sup>.

En “Dehesa de Caracolares” (Tiriez) se documentan 1 punta de jabalina, 2 cinceles, 1 puñal de cobre y 2 puntas de flecha<sup>362</sup>.

En el “Cerrico Redondo” (Montealegre del Castillo) se tiene conocimiento de la existencia de una sierra de cobre o bronce<sup>363</sup>. Sánchez Jiménez lo menciona como una hoja de puñal “cuyos bordes están dentados”, fragmentada, e incluye fotografía<sup>364</sup>; la pieza fotografiada por Sánchez Jiménez presenta dos orificios para el enmangue en uno de sus lados menores.

En el Museo provincial de Albacete se conserva un escoplo procedente del yacimiento de “Galdona Norte” (Casas de Lázaro), aunque también puede proceder de un yacimiento inmediato, “Galdona Sur” (Casas de Lázaro)<sup>365</sup>.

Entre los materiales de prospección del yacimiento de “Casares” (Munera) se documenta un puñal metálico<sup>366</sup>.

En el yacimiento de “Pesadilla” o “Casas de Ves” (Alborea) se recuperó en

<sup>357</sup> Broncano 1984: 83; Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 164. Esta pieza no fue analizada por Rovira Llorens y su equipo. Se trata de un puñal largo de dos remaches.

<sup>358</sup> Rovira y Gómez 1994: 387 -388; estudiado por Rovira, Consuegra y Montero 1989: 103.

<sup>359</sup> Hernández Pérez y Simón García 1994: 216.

<sup>360</sup> Hernández Pérez y Simón García 1994: 214; Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 138 y ss.

<sup>361</sup> Simón García 1986: 28; Hernando Grande 1992: 282 y 284.

<sup>362</sup> Simón García 1986: 38; Hernando Grande 1992: 282 y 284. El análisis de esas piezas fue realizada por Rovira Llorens *et alii* 1997: 32-33.

<sup>363</sup> Simón García 1986: 23-24. Rovira Llorens *et alii*: 28.

<sup>364</sup> 1947: 52 y Lámina XX. Fue hallada superficialmente en la parte superior del túmulo, por lo que supone que procedía originalmente de las excavaciones que Zuazo y Palacios realizó anteriormente y le habría pasado inadvertida, al estar asociada a otros fragmentos de cerámica y algunos sílex tallados en dientes de hoz o sierra.

<sup>365</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 113, 346 fig. 198; el análisis de esta pieza fue realizado por Rovira *et alii* 1997: 26.

<sup>366</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 72-73, 277 fig. 130; puñal estudiado por Rovira Llorens *et alii* 1997: 26. No obstante, queremos señalar que la denominación “Casares” se asocia a la zona del “Castillo de Munera”, con lo cual habría que determinar si se trata efectivamente del mismo emplazamiento, con lo que de ese yacimiento de la “Edad del Bronce” procederían dos puñales, tal y como resultaría de asociar la pieza ya mencionada en nuestra nota 361.

superficie una punta de flecha de tipo “Palmela”<sup>367</sup>.

Del término municipal de Villatoya se conserva en el Museo Provincial de Albacete una punta de flecha de tipo “Palmela”<sup>368</sup>.

Del yacimiento de “Casa de los Hondos” (Alpera) se conserva en el Museo Provincial de Albacete una punta de flecha con pedúnculo realizada en cobre<sup>369</sup>.

Muy interesante es la mención a un “brazalete de espiral de plata” procedente del yacimiento de “Balazote” (Balazote)<sup>370</sup>. Esta pieza de plata es el único ejemplo, junto con el ya mencionado del brazal de arquero de la “Morra del Quintanar” (Munera), de objetos de este metal presentes en nuestra “*Región nuclear*” durante la “Edad del Bronce”.

Sánchez Gómez publica varios objetos procedentes del yacimiento de “Peña Bermeja” (Socovos) que podrían datarse dentro de la “Edad del Bronce”,

principalmente un punzón de bronce y un cincel del mismo material<sup>371</sup>.

Del yacimiento de “Calar de Menganedo” (Albacete) procede una punta de flecha de tipo “Palmela”<sup>372</sup>.

De Pétrola, el yacimiento de “Los Majuelos-S.” Proporcionó una varilla metálica de sección cuadrada<sup>373</sup>.

Las prospecciones realizadas por Jordán Montes y Noval Clemente no aportaron ningún objeto metálico procedente de los yacimientos con ocupación durante la “Edad del Bronce”. Curiosamente, es en Riópar donde recurrentemente se mencionan afloramientos naturales explotables de cobre<sup>374</sup>.

En la zona de Alcaraz, Carrasco Valor señala el hallazgo de una punta de flecha del tipo “Palmela”, realizada en cobre, en el yacimiento de “Peña del Cuervo SE.” (Alcaraz)<sup>375</sup>.

Relaciona la composición metálica de esta pieza con una veta cuprífera cercana, abogando por tanto por la fabricación autóctona.

A ello le lleva el hallazgo en otro yacimiento cercano, “Arroyo de los Álamos” (Alcaraz) de un fragmento de mineral de cobre que, una vez analizado,

<sup>367</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 70, 273 fig. 126; suponemos que a ésta es a la que se refiere Pellón González procedente de “Casas de Ves” conservada en el Museo de Albacete (1984: 107). No obstante, en el archivo fotográfico de este Museo se declara procedente de Zulema (Alcalá del Júcar). Rovira Llorens *et alii* 1997: 26.

<sup>368</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 33.

<sup>369</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 25.

<sup>370</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 138; recogido de la “Memoria explicativa de la hoja nº 790, Albacete” conservada en el Museo Provincial de Albacete con fecha de 1931.

<sup>371</sup> 1984: 344-345 y 369 figs. 1.5 y 1.8. El cincel sí ha sido estudiado, no así el punzón (Rovira Llorens *et alii* 1997: 32).

<sup>372</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 19.

<sup>373</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 31.

<sup>374</sup> Soria Combadiera y García Martínez 1996: 90-91.

<sup>375</sup> 1994: 154.



podía ser identificado como procedente de esa misma veta<sup>376</sup>.

Del yacimiento denominado “Cabeza Gorda” (Alcaraz) proceden dos fragmentos de mineral de cobre<sup>377</sup>.

De la zona de la serranía del Segura, procedente de Paterna del Madera se conserva en el Museo Provincial de Albacete un hacha plana de cobre<sup>378</sup>

Dentro del término municipal de Barrax también podemos mencionar el yacimiento de “Casa de los Árboles”, de donde procede un puñal de remaches analizado por Rovira Llorens y su equipo<sup>379</sup>.

Joaquín Sánchez Jiménez también menciona procedente de este yacimiento el talón de una flecha, de 50 mm. de longitud, de cobre, así como un conglomerado de mineral, también de cobre, fundido, con escoria o ganga, que conservaba en parte la forma del fondo del vaso que sirviera de crisol<sup>380</sup>.

El equipo de Rovira Llorens analizó como procedente del “Túmulo de la Cantera” un disco de cobre que

interpretaron como un posible lingote<sup>381</sup>.

Del yacimiento de “Mahora” (Motilleja), el equipo de Rovira Llorens publica el análisis de una punta de flecha tipo “Palmela”<sup>382</sup>.

El yacimiento de “Torció” (Albacete) aportó el hallazgo de un puñal de remaches<sup>383</sup>.

Dos puntas de flecha de tipo “Palmela” se recuperaron en el yacimiento de “Litueiros Suroeste” (Lezuza)<sup>384</sup>.

Una punta de flecha pedunculada fue localizada en el yacimiento de “Castellones” (El Bonillo)<sup>385</sup>.

Otra punta de flecha de tipo “Palmela” procede el yacimiento de

<sup>376</sup> Carrasco Valor 1994: 154.

<sup>377</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 23; Este yacimiento no aparece mencionado así ni por Carrasco Valor (1994) ni por el equipo de Fdez.-Miranda, por lo cual quizás se trate del yacimiento “Arroyo de los Álamos” mencionado anteriormente. No obstante, Carrasco menciona un único fragmento de mineral y Rovira *et alii*, dos, con lo cual preferimos contarlos como dos yacimientos distintos.

<sup>378</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 31.

<sup>379</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 25.

<sup>380</sup> Sánchez Jiménez 1947: 81.

<sup>381</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 25. Ese topónimo resulta desconocido para el equipo prospector de Fdez.-Miranda (Fdez.-Posse *et alii* 2008: 91), aunque se tiene conocimiento de que Sánchez Jiménez paralizó en 1944 los trabajos de una cantera que afectaba al yacimiento de “Casa de los Árboles”, por lo que ese disco de cobre ciertamente podría proceder de esa localización y se trataría del conglomerado de mineral que hemos mencionado anteriormente.

<sup>382</sup> 1997: 28; el yacimiento es mencionado como “Los Cabezos”. Este yacimiento también recibe el nombre de “Cuesta del Río” (Fdez.-Posse *et alii* 2008: 79-80).

<sup>383</sup> Fdez.-Posse *et alii* 2008: 78; el análisis metalúrgico fue realizado por Rovira Llorens *et alii* 1997: 22. En los fondos del Museo Provincial de Albacete, Samuel de los Santos lo localizó en el denominado “Túmulo II”; se trata de un puñal de dos remaches, uno de los cuales aún se conserva.

<sup>384</sup> Fdez.-Posse *et alii* 2008: 75-76; el análisis metalúrgico fue realizado por Rovira Llorens *et alii* 1997: 28, aunque el nombre del yacimiento aportado es “Litueiro Sur”.

<sup>385</sup> Fdez.-Posse *et alii* 2008: 71-72; el análisis metalúrgico fue realizado por Rovira Llorens *et alii* 1997: 27.



“Cerro Vico”, en el término municipal de Bienservida (Sierra de Alcaraz)<sup>386</sup>

En el yacimiento de “Cerro del Aguililla” (Casas Ibáñez) se recuperó un puñal de remaches<sup>387</sup>.

Otra pieza interesante procede del yacimiento de “Cerro de la Reina” (Alcalá del Júcar), y se trata de una hacha plana de cobre encontrada por López Precioso y Serna López que motivó una posterior excavación arqueológica de una estructura habitacional datada en el “Bronce Pleno”<sup>388</sup>.

En la extensión excavada del poblado de “El Castellón” (Hellín-Albatana) se constata, según su excavador, una total ausencia de objetos metálicos, de lo cual se puede deducir bien una falta de materias primas o bien que en este poblado no se realizaban tareas de producción y/o trabajo del metal<sup>389</sup>.

Sin embargo, Gómez y Rovira sí mencionan la existencia de un punzón de “bronce pobre” procedente de este yacimiento, encuadrando la pieza en una cronología del “Bronce Tardío” o “Final”<sup>390</sup>.

De contexto funerario tenemos constancia también del enterramiento múltiple de “Peña del Gigante” (Tobarra) que aportó como elemento de un escasísimo ajuar un fragmento de aguja en cobre o bronce<sup>391</sup>.

También de aparente contexto funerario mencionaremos los fragmentos informes de cobre localizados junto a la entrada de la “Cueva de la Graya” (Yeste)<sup>392</sup>.

Por último, sin contexto conocido se conserva en el Museo Provincial de Albacete una punta de flecha de aletas incipientes realizada en cobre<sup>393</sup>.

Del mismo modo se tiene conocimiento por “noticias orales” de la existencia de una “especie de barritas de cobre o bronce” procedente del yacimiento del “Cerro Pelado” (Cenizate)<sup>394</sup>.

Del término municipal de Letur conocemos la existencia de una punta de flecha de bronce del tipo “Palmela” procedente del yacimiento de “Peña de los Moros”<sup>395</sup>.

Abelardo López Pérez, en su publicación de diversos materiales de la zona del Júcar, recoge también una serie

<sup>386</sup> García Atiénzar 2010: 212; esta pieza se encuentra depositada en el Museo Parroquial de Liétor.

<sup>387</sup> Fdez.-Posse *et alii* 2008: 68; el análisis metalúrgico fue realizado por Rovira Llorens *et alii* 1997: 35.

<sup>388</sup> Fdez.-Posse *et alii* 2008: 67, con bibliografía; el análisis metalúrgico fue realizado por Rovira Llorens *et alii* 1997: 26.

<sup>389</sup> López Precioso, 1993a: 69

<sup>390</sup> 1994: 384. Además existen análisis de seis piezas metálicas procedentes, supuestamente, de este yacimiento

(Rovira Llorens *et alii* 1997: 27); se trata de cuatro punzones y dos puntas de flecha.

<sup>391</sup> López Precioso y Serna López 1996: 89-90.

<sup>392</sup> Pérez Burgos 1996: 18; su cronología es difícil de precisar.

<sup>393</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 32.

<sup>394</sup> Valera Honrubia 1995; *id.* 2004: 112.

<sup>395</sup> Simón García 2009: 36.

de piezas que quisiéramos destacar<sup>396</sup>: en el término municipal de Serradiel se hallaron un puñal en bronce con perfil foliáceo de sección laminar y dos orificios asimétricos para la empuñadura y una punta de flecha de bronce de hoja foliácea.

Del yacimiento de “Cerro Palomar” procede otra punta de flecha que él considera tipológicamente perteneciente a la Edad del Bronce<sup>397</sup>.

También menciona un posible molde<sup>398</sup>, por sus características para piezas metálicas del tipo varilla.

En la zona de Ruidera conocemos la existencia de dos piezas de metal a partir de una fotografía publicada en un artículo firmado por Salvador Jiménez Ramírez y Antonio Chaparro Sabina. Se trata de una punta de flecha foliácea y lo que parece un punzón pero por desgracia no se especifica su procedencia exacta<sup>399</sup>.

Por último, en el poblado ibérico de “La Quéjola” (San Pedro), localizado junto a un poblado de la Edad del Bronce, apareció una punta de tipo “Palmela” en uno de los ámbitos excavados a partir de una fotografía publicada que hemos podido ver<sup>400</sup>. Por su tipología la incluimos dentro de los materiales que estamos tratando.

A partir de toda esta documentación, podemos abordar un análisis actualizado del empleo del metal y la metalurgia durante el “Neolítico Final” y la “Edad del Bronce” dentro de nuestra “Región nuclear”.

En primer lugar debemos tener en cuenta que el conocimiento de yacimientos excavados dentro de la provincia de Albacete se reduce a muy pocas excavaciones sistemáticas, que además son excavaciones parciales sin llegar a excavar toda la extensión del yacimiento correspondiente<sup>401</sup>.

Con posterioridad y hasta el día de hoy se ha realizado un número importante de excavaciones con carácter de “urgencia”.

Conviene señalar este hecho de las características de las intervenciones realizadas para poder abordar un análisis lo más realista posible.

En primer lugar haremos una somera mención a los recursos minerales presentes en nuestra “Región nuclear”.

Nuestra “Región nuclear” cuenta con poquísimos recursos de minerales metálicos, motivado evidentemente por la propia geología de la zona.

Pascual Madoz aportaba información respecto a la presencia de cobre en Tobarra, La Tejera (Letur) y Nerpio<sup>402</sup>.

Otros afloramientos de cobre y de malaquita han sido señalados en zonas de Alcaraz y en la zona de Ayora, ésta última

<sup>396</sup> 2001: 123.

<sup>397</sup> 2001: 112.

<sup>398</sup> 2001: 83.

<sup>399</sup> Jiménez Ramírez y Chaparro Sabina 1983: 243.

<sup>400</sup> Blánquez Pérez 1995d.

<sup>401</sup> Remitimos a la documentación ya comentada a lo largo de este capítulo y a la bibliografía aportada.

<sup>402</sup> 1845.

ya dentro de los límites administrativos de la provincia de Valencia<sup>403</sup>.

López Precioso y Jordán Montes señalan la falta de metales en la comarca de Hellín; así, en su opinión, los útiles tallados en hueso serían sintomáticos de esa falta de metales: “estos útiles de hueso serían muy frecuentes en la Edad del Bronce Plena y mucho menos, hasta llegar a desaparecer, en el final de la Edad del Bronce”. “El metal es tan escaso que a veces sorprende esa falta, es posible [...] que se reutilicen continuamente las piezas y que estas se fundan constantemente”<sup>404</sup>.

Esta afirmación coincide con la que años antes avanzaba López Precioso en relación con la falta de piezas metalúrgicas documentadas en el yacimiento de “El Castellón”; esta falta denotaría “tanto una escasez de materias primas como unos períodos de uso muy largos para este tipo de piezas y su posterior amortización”<sup>405</sup>.

Junto con ello hacía referencia a las noticias dadas por Pascual Madoz sobre la mencionada presencia de cobre en Tobarra, La Tejera (Letur) y Nerpio, y no descarta la existencia de afloramientos de cobre en zonas de Albacete que sean de menor

<sup>403</sup> Carrasco Valor 1994; Soria Combadiera y García Martínez 1996.

<sup>404</sup> López Precioso y Jordán Montes 1996: 88.

<sup>405</sup> 1993a: 69; sin embargo, tal y como ya hemos comentado, Rovira y Gómez Ramos afirman la existencia de un punzón de sección cuadrada realizado en “bronce pobre”, con un 6,6% de Sn, adscribible a la etapa del “Bronce Tardío” de este yacimiento albacetense (1994: 384). Ese punzón también está recogido en Rovira Llorens *et alii* 1997: 27. Este objeto no está recogido entre los materiales ibéricos de este yacimiento hellinero (Soria Combadiera 1997: 148 y ss.), por lo que no parece posible una confusión con objetos de los estratos modernos del yacimiento. La duda queda pendiente de resolución.

entidad y por ello no sean reflejados en los mapas metalogenéticos actuales<sup>406</sup>.

Uno de los aspectos que centraron la atención del equipo de trabajo dirigido por D. Manuel Fernández-Miranda fue el determinar la relación yacimiento-recursos en la provincia de Albacete, y entre ellos los recursos minerales. A este respecto contamos con un trabajo específico dedicado a la zona de Alcaraz a cargo de José Carlos Carrasco Valor<sup>407</sup>.

Lo cierto es que, prácticamente, en todos aquellos yacimientos en los que se ha realizado excavación arqueológica sistemática siempre han documentado la existencia de transformación del metal a excepción de “El Castellón” (Hellín-Albatana [Comarca B.1]), aunque la extensión excavada de este yacimiento es de muy reducido tamaño<sup>408</sup>.

Un problema relacionado que debe ser abordado es el de las propias características de la documentación con la que contamos, que procede en su mayor parte de prospecciones superficiales y, en muchos casos, de prospecciones selectivas y no sistemáticas.

Nos gustaría relacionar con ello un ejemplo muy claro. Durante las prospecciones de Simón García del término municipal de Almansa, uno de los yacimientos localizados y que estimó de mayor interés fue el “Cerro de El Cuchillo”; sin embargo, en esta localización no

<sup>406</sup> 1993a: 69.

<sup>407</sup> 1994.

<sup>408</sup> No hay más que ver el inventario de materiales que hemos incluido.

recuperó ningún objeto metálico en superficie.

Años más tarde, abordada una excavación sistemática del yacimiento, se recuperaron tanto un número estimable de objetos como moldes, posibles crisoles y escorias de fundición que nos hablan no únicamente del conocimiento y uso de objetos de metal sino su elaboración *in situ*.

Resulta, por tanto, muy arriesgado extrapolar los datos de prospecciones. Nosotros consideramos que la presencia del metal y la metalurgia era absolutamente habitual para estas comunidades.

Actualmente, podemos contabilizar, sin ser extremadamente exhaustivos, un número aproximado de entre 110 y 115 piezas o elementos metálicos. Teniendo en cuenta que la inmensa mayoría de los objetos proceden de prospecciones superficiales, no resulta a nuestro juicio arriesgado suponer que si realizásemos excavaciones sistemáticas en los yacimientos el número de objetos metálicos y las evidencias de transformación metalúrgica aumentarían exponencialmente.

Además, la mayor parte de los objetos metálicos aparecen en localizaciones poblacionales mientras que para el mundo argárico son los enterramientos los lugares donde mayor abundancia de objetos metálicos se documenta. El número que conocemos es claramente comparable con una zona de gran importancia metalúrgica como es el Valle del Ebro, en donde un número similar de piezas se documenta para la Fase histórica del “Bronce Pleno”<sup>409</sup>.

<sup>409</sup> Rodríguez de la Esperanza 2005.

En el caso de nuestra “*Región nuclear*” es cierto que las piezas abarcarían toda la denominada “Edad del Bronce”, pero nuevamente debemos tener en cuenta el tipo de documentación con la que contamos y los escasísimos ejemplos procedentes de excavaciones.

Además, únicamente dos piezas se adscriben al “Bronce Tardío/Bronce Final”<sup>410</sup>, con lo cual, el número se aproxima mucho más a la documentación conocida para la zona del Valle del Ebro, zona, por otro lado, donde no resultan escasos los recursos mineros.

Es importante señalar que los objetos de metal se han documentado absolutamente en todos los asentamientos del rango completo de tamaños tomando como referencia los trabajos del equipo de Fernández-Miranda.

Los objetos de metal se distribuyen igualmente por los asentamientos grandes, medianos y pequeños o instalaciones o indeterminados<sup>411</sup>.

La situación general cambiará, estamos convencidos, en cuanto se aborden nuevas estrategias investigadoras centradas en complementar las labores prospectivas con labores de excavación.

A ello hay que unir las abundantes pruebas de conocimiento de la metalurgia, como son fragmentos de mineral, las escorias metálicas, probablemente los denominados “martillos de minero”, las “cucharas de fundición”, crisoles, moldes, “Vasijas-horno”, etc.

<sup>410</sup> Rovira Llorens 1997.

<sup>411</sup> Fernández-Posee *et alii* 2008: 48 nota 25.

De hecho, tampoco es comparable hablar de pobreza metalúrgica e incluso mineral por el simple hecho de que no existan importantes (cuantitativamente hablando) filones minerales en la zona de estudio.

Las pequeñas afloraciones sí son comunes en algunas regiones y probablemente eran suficientes para el tratamiento del metal y producción de objetos simples, tan distribuidos por toda la zona<sup>412</sup>.

Unido a ello, nos encontramos ante la difícil identificación funcional de algunos tipos de esos objetos, principalmente las varillas o punzones. Para otras zonas estos tipos (varillas) han llegado a ser considerados objetos de intercambio, incluso con valor “monetal”<sup>413</sup>. Su abundancia en nuestra zona de estudio, partiendo de esas propuestas podrían cambiar sustancialmente nuestras apreciaciones.

Así, las comunidades pre y protohistóricas de esta zona podrían estar actuando como receptores, intermediarios e incluso redistribuidores de pequeñas cantidades de metal, ya no sólo para uso de autoconsumo sino para distribución a otras zonas, quizás aún más deficitarias dentro de la zona de estudio o incluso exteriores a ella.

En la zona de estudio observamos, como ya señalaron con anterioridad otros investigadores que es común la presencia de objetos metálicos y de producción

metalúrgica a pequeña escala en la mayoría de los asentamientos<sup>414</sup>.

Se trata de algo similar a lo comentado por Barroso Bermejo para la zona del Tajo: “aunque las piezas metálicas están mínimamente representadas entre los materiales documentados, siendo mucho más abundantes en las necrópolis del Hierro, hacen acto de presencia en la mayor parte de los poblados que han sido excavados”<sup>415</sup>.

Del mismo modo, la evidencia de los trabajos prospectivos más ingentes llevados a cabo en la “*Región nuclear*” de nuestro estudio muestran que “los objetos de metal, artículos de valor que uno esperaría encontrar principalmente en los asentamientos del nivel superior, se han documentado en todos los asentamientos del rango completo de tamaños. Las localidades en nuestra lista con objetos de metal<sup>416</sup> se distribuyen igualmente entre grandes (5), medianos (6) y pequeños o instalaciones o indeterminados”<sup>417</sup>.

Vemos que la presencia y, como documentamos en muchos de los yacimientos, la producción de objetos de metal es algo muy común.

Además el número de objetos es elevado, y llama la atención las cronologías generales centradas en el “Bronce Antiguo” y el “Bronce Medio” frente a únicamente

<sup>412</sup> Carrasco Valor 1994: 151-159.

<sup>413</sup> Barroso Bermejo 2002: 115-116.

<sup>414</sup> Simón García 1986: 43.

<sup>415</sup> 2002: 62.

<sup>416</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997: 19-35.

<sup>417</sup> Fdez.-Posse, Gilman, Martín y Brodsky 2008: 48, nota 25.

dos casos que son atribuidos al “Bronce Tardío”<sup>418</sup>.

Una hipótesis que creemos interesante es la de considerar cierta parte de esas denominadas “varillas” como una forma básica de intercambio y adquisición de metal dentro de unos intercambios de menudeo.

Se basaría en la fundición de chatarra, piezas estropeadas que no tienen valor principal como objetos de prestigio sino como metal en sí que puede ser reaprovechado, y pequeños objetos.

Su fundición es una actividad simple que se puede hacer en el contexto de una economía doméstica.

Esta hipótesis ayudaría a explicar muchos de los casos de aleaciones de extrañas composiciones y concentraciones de metales, al ir produciéndose la mezcla de piezas de distintas calidades y composiciones con el fin de reaprovechar el metal o comerciar con él.

Al respecto, cabría relacionar la presencia de una varilla realizada en plata en el yacimiento toledano del “Cerro del Bú”, con una datación del Bronce Medio<sup>419</sup>.

Resulta complicado ofrecer una explicación funcional para esa varilla; su uso como punzón sería poco práctico económicamente hablando pudiendo contar con punzones de cobre arsenicado o bronce.

Sin excluir su uso puntual u ocasional como objeto de uso doméstico o incluso industrial nosotros nos inclinamos más por

---

<sup>418</sup> Rovira Llorens *et alii* 1997.

<sup>419</sup> Montero Ruiz 2001.

darle un valor cuasi monetario o como objeto de intercambio por el material de que está hecha.

Nos adherimos, por tanto, a la propuesta realizada por Rovira y Gómez de que las varillas podrían haber sido objetos de intercambio dentro de unas economías domésticas de producción metalúrgica<sup>420</sup>.

Podríamos casi considerarlos *óbolo*i de importancia comercial entre comunidades deficitarias de metal durante la prehistoria.

Nos mostramos de acuerdo con el hecho de que la industria metalúrgica se encuadraría dentro de una economía doméstica, a tiempo parcial y en buena medida basada en la fundición de chatarra y pequeñas partidas de mineral llegadas por medio de intercambios de pequeña envergadura o de afloramientos superficiales aprovechables en pequeñas cantidades.

No obstante, también hay que señalar la presencia de mineral en bruto en varios yacimientos. Será necesario dar una explicación bien razonada a ese hecho.

Resulta evidente que no nos encontramos ante transformación metalúrgica a gran escala, lo cual no implica que no existiesen unas rutas de intercambio perfectamente establecidas y desarrolladas que proporcionasen un volumen pequeño pero constante de mineral y/o piezas metálicas.

El trabajo metalúrgico, pese a ser realizado en el ámbito doméstico y no requerir una alta especialización/cualificación, no sería realizado por cualquier miembro de la

---

<sup>420</sup> 1994: 393 y ss.



comunidad, sino que probablemente habría estado limitado a “departamentos” o espacios habitacionales y ocupacionales determinados, con cierta seguridad lugares de habitación y/o producción de un tipo de especialistas encargados de esas labores.

El tipo de estatus social de estos individuos, el tipo de distribución de los productos manufacturados (destinados a toda la comunidad o sólo a los miembros más destacados), las características de la adquisición del mineral (por medio del esfuerzo de toda la comunidad o centralizada únicamente en unos personajes redistribuidores que se benefician de su manufactura),... son aspectos que deberán ser estudiados profundamente en la investigación futura.

Probablemente, su reaprovechamiento como piezas manufacturadas se produciría en determinados centros con presencia de algún especialista (p.ej. “El Amarejo Grande”, con presencia de molde y vasija-horno con gotas de bronce) o bien cabe considerar la existencia de especialistas itinerantes, algo que ya ha sido propuesto en la investigación para otras zonas geográficas<sup>421</sup>.

## *F. Comercio e intercambio*

Sobre este aspecto se debe tener en cuenta el importante número de objetos “extraños” presentes en la zona. Denominamos “extraños” a materias primas exóticas como sería el marfil<sup>422</sup> y el

mineral de cobre para prácticamente toda nuestra zona de estudio excepto en territorios muy concretos y localizados<sup>423</sup>, a objetos manufacturados realizados en plata<sup>424</sup>, a tipos cerámicos como “Cogotas I” procedentes de otras zonas meseteñas<sup>425</sup>.

Del mismo modo se documenta la dispersión de los denominados “idolillos de Camarillas”, concreciones de *ópalo melinito* procedentes de la zona de contacto entre las provincias de Albacete y Murcia junto a los embalses de Camarillas y El Cenajo (Hellín), por distintas zonas peninsulares ya desde el “Neolítico”<sup>426</sup>.

Todo ello lo exponemos a modo de ejemplo pues no queremos extendernos en este punto, que supondría por sí solo un magnífico tema de Tesis Doctoral.

Sí queremos mencionar un trabajo muy interesante y pionero de Colomer Juárez y Jordán Montes respecto a las rutas prehistóricas en el Curso Bajo del Río Mundo, en la Comarca de Hellín-Tobarra<sup>427</sup>.

De hecho, creemos que es el único trabajo de su tipo para una zona comarcal y momentos prehistóricos en nuestra “Región Nuclear” junto con otro precedente de Jordán Montes<sup>428</sup> y debe ser tenido como modelo para profundizar en estos temas.

Se justifican esas rutas en función de las materias primas y productos que aparecen en los yacimientos, proponiendo

<sup>421</sup> Ruiz-Gálvez Priego 1993: 53; Wells 1988.

<sup>422</sup> Fdez.-Miranda, Martínez-Posse y Martín 1990: 362; Barciela 2012.

<sup>423</sup> *Vide supra*.

<sup>424</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 260.

<sup>425</sup> *Vide supra*.

<sup>426</sup> Molina Grande y Molina García 1980; *id.* 1990.

<sup>427</sup> 2004.

<sup>428</sup> 1993-1994.



el trazado de las mismas, que son consideradas caminos y sendas dentro de una estructura dendrítica carente de ramales principales y de nudos de comunicación<sup>429</sup>

Lo que resulta difícil determinar es la medida del intercambio y comercio, así como lo intercambiado. En la restante y abundante bibliografía que hemos ido aportando al tratar los yacimientos se podrán encontrar interesantes posiciones sobre ese comercio en nuestra zona de estudio.

No profundizaremos más sobre ello y a esa bibliografía remitimos.

## Aspectos sociales durante la “Edad del Bronce”

Remitimos a las conclusiones del capítulo siguiente, una vez analizado el poblamiento del “Bronce Tardío” y “Bronce Final”, para aportar una visión de conjunto a la vez que individualizado que ofrezca una imagen más completa del tema.

## Religión

Los aspectos religiosos son muy difíciles de abordar. No obstante, procuraremos aportar una breve aproximación.

---

<sup>429</sup> Colomer y Jordán 2004: 10 y 17.

## Arte

Queremos introducir de forma somera el tema del arte rupestre prehistórico, por su relación con unos momentos cronológicos que alcanzarían incluso el período de la “Edad del Bronce”<sup>430</sup>, período histórico de nuestro estudio.

Nuestra “*Región nuclear*” es una de las más señaladas para el estudio de los distintos estilos artísticos en los que ha sido dividida la pintura rupestre prehistórica.

No debemos olvidar, no obstante que el Arte Prehistórico engloba otra serie de manifestaciones, entre las que podemos destacar el trabajo de la madera, grabados sobre huesos, insculturas o petroglifos y otros ejemplos. De todas formas, dada la escasez de restos de estos otros tipos de manifestaciones artísticas, aquí mencionaremos principalmente las pinturas y las insculturas.

El Arte rupestre en nuestra “*Región nuclear*” ha sido objeto de numerosos análisis y estudios a lo largo de todo el s. XX y lo que llevamos de s. XXI.

Tanto la adscripción cronológica, como las corrientes culturales y las consideraciones socio-económicas de las comunidades prehistóricas que realizaron este tipo de obras son de gran interés para el conocimiento de los procesos históricos y patrones poblacionales.

Respecto a la pintura rupestre, en los momentos finales del Neolítico Antiguo,

---

<sup>430</sup> Alonso Tejada y Grimal 2002c: 66.

según algunos investigadores, haría su aparición el “estilo Levantino”, con unas características naturalistas, aproximadamente a finales del V Milenio a.C.<sup>431</sup>

Otros investigadores hasta otorgan una cronología “eneolítica” para el Arte Rupestre Levantino meridional, con lo que la rebajan incluso hasta el IV Milenio a.C.<sup>432</sup>

Sin embargo, otra parte de la investigación considera que el estilo “Levantino” tendría su origen en comunidades “Epipaleolíticas”, con lo que su cronología de origen podría situarse en el VIII Milenio a. C.<sup>433</sup>; se basan para ello en las escenas representadas, más relacionadas con sociedades con economía de cazadores-recolectores que con una economía neolítica<sup>434</sup>.

Posteriormente se desarrollaría el estilo “Esquemático”, que cronológicamente haría su aparición muy probablemente en el “Neolítico Final”, en un momento ya avanzado, que en determinadas zonas se denomina “Eneolítico” o “Calcolítico”, perdurando hasta bien entrada la “Edad del Bronce”<sup>435</sup>.

Gracias al hallazgo de superposiciones alternas de representaciones esquemáticas

<sup>431</sup> Hernández Pérez, Ferrer Marset y Catalá Ferrer 1988; Hernández Pérez 2002: 16; Pérez Burgos 1996: 28.

<sup>432</sup> Bader 2002: 83.

<sup>433</sup> Alonso Tejada y Grimal 1996: 152; Estos mismos investigadores llegarán posteriormente a ofrecer incluso el Xº Milenio a.C. como cronología de origen (2002a: 46); Mateo Saura y Carreño Cuevas 2004: 30.

<sup>434</sup> Alonso Tejada y Grimal 1996: 152; Pérez Burgos 1996: 28.

<sup>435</sup> Mateo Saura y Carreño Cuevas 2004: 27 y ss.; Alonso Tejada y Grimal proponen un origen del Arte Rupestre Esquemático en las primeras etapas del Neolítico (mitad del V Milenio a.C.), perdurando hasta el II Milenio a.C. (2002c: 66).

y levantinas, documentadas de forma muy clara en nuestra “Región nuclear”<sup>436</sup>, lo cual ejemplifica una vez más la riqueza documental de nuestra zona de estudio, ha sido posible determinar un período de convivencia entre estos dos estilos.

Por tanto, fijándonos en las dataciones cronológicas mayoritariamente aceptadas, veremos que ciertas representaciones del Arte Rupestre revisten gran interés para el estudio de las comunidades humanas de la “Edad del Bronce” de nuestra zona, pues son reflejo de sus inquietudes artísticas, religiosas y simbólicas.

Muy recientemente se ha producido un hallazgo interesantísimo en un yacimiento colindante con nuestra zona de estudio y que, de hecho, podría incluso ser incluido en ella, que ofrece una documentación e información valiosísima respecto a la cronología de uso del estilo pictórico “esquemático”.

Se trata del yacimiento de “Castillejo del Bonete”, en Terrinches (Ciudad Real), que ya ha sido tratado previamente de manera breve.

La investigación futura nos deparará interesantes conclusiones, no tenemos dudas al respecto.

En cuanto a las insculturas es necesario señalar la abundancia de las mismas dentro de nuestra zona de estudio<sup>437</sup>.

Aunque su contextualización cronológica es complicada en la mayor parte de las ocasiones, por suerte tenemos

<sup>436</sup> Alonso Tejada y Grimal 1996: 152; Mateo Saura y Carreño Cuevas 1997: 39-40.

<sup>437</sup> Jordán Montes 1987, Jordán Montes y Sánchez Gómez 1988, Jordán Montes 1996, Jordán Montes 2004, Hernández Carrión y Lomba Maurandi 2006.

un ejemplo en el “Cerro de El Cuchillo” (Almansa) que nos indicaría que la “Edad del Bronce” en sus etapas centrales se realizaban este tipo de expresiones artísticas<sup>438</sup>

---

<sup>438</sup> Que muy probablemente también estaban revestidas de aspectos religiosos e incluso económicos (Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994).

## 8. EL POBLAMIENTO DURANTE LAS ÚLTIMAS ETAPAS DE LA “EDAD DEL BRONCE”: “BRONCE TARDÍO” Y “BRONCE FINAL”



## 8. EL POBLAMIENTO DURANTE LAS ÚLTIMAS ETAPAS DE LA “EDAD DEL BRONCE”:

### “BRONCE TARDÍO” Y “BRONCE FINAL”

227

A continuación limitaremos el marco cronológico únicamente a las etapas finales de la “Edad del Bronce” y, a partir de un reestudio de los yacimientos y la cultura material que conocemos actualmente, así como de las opiniones de investigadores que han centrado sus investigaciones en alguna forma en la “Edad del Bronce”, elaboraremos nuestro propio análisis que desemboque en nuestras propias conclusiones para procurar aportar un poco más de luz respecto al poblamiento posterior al denominado “Bronce Clásico” en nuestra “Región Nuclear”.

La primera aproximación la realizaremos a nivel comarcal.

En el apartado de las conclusiones analizaremos toda la información recogida y, junto con el estudio comarcal, propondremos una visión general para todo el territorio.

No obstante, es necesario señalar que la documentación con la que contamos, tal y como veremos a continuación, es muy incompleta y poco equilibrada dependiendo de la Comarca que se estudie.

El motivo de incluir “Bronce Tardío” y “Bronce Final” en el mismo capítulo es el hecho de que en la investigación centrada en la “Prehistoria Reciente” en nuestra zona de estudio no se ha individualizado fehacientemente la singularidad de un “Bronce Tardío”, algo que, por nuestra parte, es necesario a tenor de la documentación con la que se cuenta.

cientemente la singularidad de un “Bronce Tardío”, algo que, por nuestra parte, es necesario a tenor de la documentación con la que se cuenta.

Por ello, la inmensa mayoría de los yacimientos cuyos materiales o dataciones radiocarbónicas disponibles se incluyen en los momentos finales del II Milenio a.C. e iniciales del I Milenio a.C. han sido datados de manera genérica en el “Bronce Final” o, en el mejor de los casos en un “Bronce Tardío-Final”.

Tal y como ya abordamos en los planteamientos metodológicos, para facilitar y agilizar la tarea de consulta optamos por subdividir los yacimientos en varios apartados; aquellos casos que pueden ser incluidos dentro de la denominación de *poblados*. A continuación aquellos que podemos clasificar como *Lugares funerarios* y, por último, aquellos yacimientos o parte/s de éstos dedicados mayoritariamente a probables funciones culturales, incluidos dentro de un apartado que denominamos *Lugares culturales*. En último lugar, cuando sea procedente, también incluiremos el análisis de materiales seleccionados, bien descontextualizados bien de contexto conocido, cuya cantidad o condiciones de hallazgo no permiten una aproximación similar a la de los apartados anteriores.

Comenzaremos con el análisis de los yacimientos denominados convencionalmente como “poblados”.

### **Yacimientos seleccionados incluidos en el estudio: poblados**

Nuestro conocimiento sobre los poblados de esta etapa es muy reducido, dado que muy pocos han sido los documentados y en muchas ocasiones únicamente a través de prospecciones, no todas ellas sistemáticas.

De hecho, es muy escaso el número de yacimientos que conocemos a través de excavaciones sistemáticas:

Para comenzar, centrándonos en el marco del Corredor de Almansa y la zona que puede ser considerada Comarca del Altiplano de Almansa (B.2), Simón García, con carácter provisional y en función de “sólo unas pocas cerámicas, por su color pardo en su pasta y superficie y excelentes tratamientos”, así como “un fondo con ónfalo”<sup>1</sup>, apuntaba la posible existencia de nive-

les del “Bronce Tardío-Final” en dos yacimientos del término municipal de Almansa<sup>2</sup>.

En trabajos posteriores de este investigador, normalmente en colaboración con Hernández Pérez y otros investigadores, dejará de mantenerse esa idea, tal y como se ejemplifica en afirmaciones como “[...] debemos señalar que en el Corredor de Almansa no se constata ningún yacimiento del Bronce Tardío-Final. [...] Sólo en el extremo sur de Fuente Álamo la presencia de vasos con carenas altas podría indicarnos esta cronología, quizás por su proximidad a Hellín y el altiplano Yecla-Jumilla”<sup>3</sup>.

Estos mismos investigadores, en otra publicación, junto a reiterar el desconocimiento total del “Bronce Final” en el Corredor de Almansa comentan su impresión de que esta zona se deshabita a partir de los últimos siglos del II Milenio para volver a ocuparse a mediados del siguiente, plenamente formada ya la Cultura Ibérica<sup>4</sup>.

Sin embargo, y de manera contradictoria, estos investigadores, al comentar las excavaciones en el “Cerro de El Cuchillo”

---

<sup>1</sup> Entendemos que toma como “fósil-guía” del marco temporal del “Bronce Tardío-Final” la presencia de ónfalos en la base de las vasijas. Aunque es cierto que esa presencia es muy abundante en ese marco cronológico, no es extraña tampoco su presencia en momentos anteriores, como se documenta en yacimientos de nuestra “Región Nuclear”, y dentro de esta misma Comarca B.2, como “Cerrico Redondo” (Montealegre del Castillo), pequeño cuenco hemiesférico (Simón García, 1986: 23) y en el “Cerro de El Cuchillo” (Almansa) [Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 53 Fig. 29 n.1, Fig. 30 n. 2; 85 Fig. 55 n. 10 ]. Del mismo modo, para momentos del “Bronce Tardío-Final” dentro de la provincia de Albacete podemos hacer mención, sólo a modo ilustrativo, al yacimiento de “El Castellón” (Hellín y Albatana) donde se documentan fondos con ónfalo desde la Fase 3 de ocupación del denominado horizonte “Bronce Final” por su excavador (López Precioso

---

1993a: 69), “Huerta del Pato” (Munera)[Belda 1963; González Prats 2000: 237 y ss.] o “Tiriez” (Tiriez) (Soria Combadiera y García Martínez 1995).

<sup>2</sup> 1987: 104-105, 107; esos dos yacimientos eran “La Fuensanta” y “2ª Puntal del Mugrón”.

<sup>3</sup> 1994: 210; Aunque no se menciona directamente en el texto, suponemos que el yacimiento de Fuente Álamo al que se refieren es “Los Toriles”, ya conocido por las prospecciones de Jordán Montes (1992) y estudiado por López Precioso (1993a: 71 y 80 fig.6).

<sup>4</sup> Hernández Pérez y Simón García, 1993: 48. Ver al respecto lo que comentábamos respecto a los “vacíos poblacionales” durante la “Edad del Bronce” en nuestro capítulo anterior.



(Almansa) mencionan la existencia de un enterramiento en cista conteniendo los restos cremados de dos individuos jóvenes, sin ajuar, al que atribuyen una cronología dentro del I Milenio a.C.<sup>5</sup>, constituyendo indicio de un segundo momento de ocupación del yacimiento.

Mucho más recientemente resulta muy interesante incluir aquí lo afirmado por Simón García y Segura Herrero al abordar “el poblamiento prehistórico en el Corredor de Almansa y las Tierras de Montearagón”, en el cual mencionan una serie de yacimientos que datan cronológicamente en el “Bronce Final”. Consideran, a su vez, que “la continuidad en el poblamiento en la comarca tras la Edad del Bronce se da en muchos de los poblados que se catalogan en época ibérica”<sup>6</sup>.

Volveremos sobre ello posteriormente.

Pasemos a continuación al estudio de los yacimientos seleccionados:

---

<sup>5</sup> A partir del rito funerario practicado, por lo que es de imaginar que dan por hecho que el rito de la cremación no se da antes de esa cronología; frente a esta opinión ver González Prats, 2002: 391 y ss., y por ciertos restos cerámicos, algunos con decoración de cordones, encontrados junto a construcciones prácticamente arrasadas de la ladera O. del cerro (Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994).

<sup>6</sup> 2011: 79 y ss.; mencionan el “Cerro de Mompichel” (Chinchilla de Montearagón), “Cerro de la Pared” (Higuera) y “El Chisnar” (Bonete).

## **BARRANCO DEL CABEZO DEL MORO**

(Almansa)[Comarca B.2]

Al estudiar las pinturas rupestres del “Barranco del Cabezo del Moro” (Almansa), Hernández Pérez y Simón García dan noticia del hallazgo de varios fragmentos cerámicos adscribibles, en su opinión, al “Bronce Final” en las inmediaciones de este yacimiento<sup>7</sup>.

Se trata de un abrigo, de apenas 2 metros de profundidad y 4,5 metros de altura, en una ladera junto a un barranco, el más cercano al cauce del mismo, dentro de un conjunto de abrigos situados a distintas alturas del terreno calizo en el que se sitúan.



FIGURA 8.1: Vista del yacimiento de “El Barranco del Cabezo del Moro” (Almansa)<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> 1985: 94.

<sup>8</sup> <http://www.arampi.es/mem07ear004a.php>; última consulta el 25-09-2015.

Por las características y ausencia de depósito de relleno, sus investigadores no consideran el yacimiento como lugar de habitación.

No fue posible estudiar el tratamiento interior ni exterior de los fragmentos al estar muy erosionados.

Por paralelos con zonas colindantes, estos restos cerámicos se dataron, “sin bien con algunas reservas”, en el “Bronce Final”. El hallazgo de los fragmentos se produjo en la ladera bajo los abrigos más alejados del cauce del barranco, mientras que las pinturas rupestres se localizan en el abrigo más próximo al cauce del barranco.

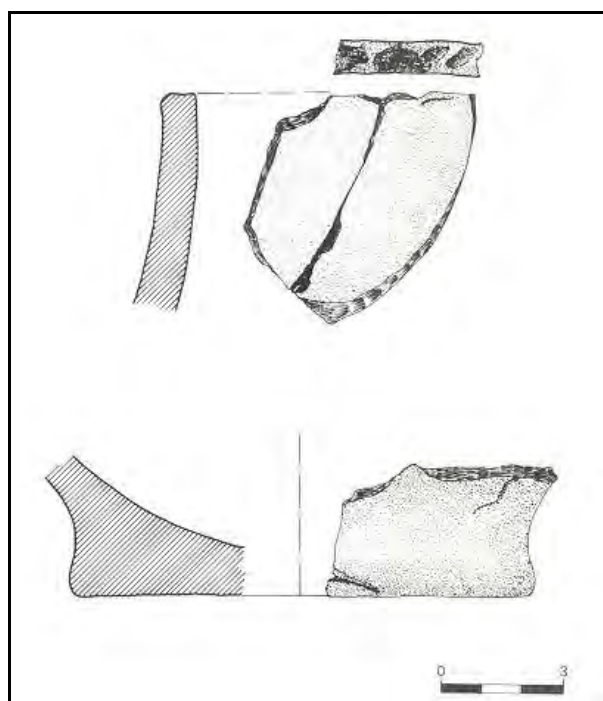


FIGURA 8.2: Cerámicas de “El Barranco del Cabezo del Moro” (Almansa)

## CERRO DE EL CUCHILLO

(Almansa)[Comarca B.2]

Yacimiento amurallado ubicado en lo alto de un cerro de forma alargada.

La cronología de ocupación de este poblado abarca un marco del 1640 al 1460 a.C.[3590±90 B.P. / 3390±90 B.P.]<sup>9</sup>. No obstante, debemos dejar claro que no fue posible determinar cronologías absolutas para el momento fundacional del poblado, sino únicamente para aquellos momentos en los que se produce una modificación del espacio interno<sup>10</sup>, por lo cual debemos considerar un momento fundacional algo anterior y elevar prudentemente el marco cronológico propuesto.

De hecho, la estratigrafía del Departamento I, que ha permitido datar en el 1640±90 a.C. la ocupación inicial de su Nivel III y por ello ofrece la cronología más antigua conocida hasta el momento, muestra por debajo de dicho Nivel III otros dos Niveles estratigráficos (IV y V) de importante potencia pertenecientes a los momentos de uso y amortización de una calle central que recorría el poblado por su cota más alta en los primeros momentos de ocupación<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> Hernández Pérez 2002: 15; Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 195.

<sup>10</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 195.

<sup>11</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 52-60.



FIGURA 8.3: Vista aérea del yacimiento<sup>12</sup>

Es por ello, y gracias a esos niveles IV y V, que la cronología fundacional debería ser, a nuestro parecer, algo anterior, quizás una o dos generaciones (30-60 años aprox.).

Del mismo modo tampoco se poseen dataciones para los momentos más recientes de ocupación, considerada “esporádica”, ni para la mayoría de los enterramientos o restos humanos aislados recuperados en las labores arqueológicas. Sin embargo se menciona la presencia de cerámicas realizadas a torno de tipo no moderno pero demasiado erosionadas como para ser reconocibles<sup>13</sup>.

Junto a ello, la presencia de un enterramiento de cremación que amortiza estructuras anteriores les lleva a situar el último

momento de ocupación dentro del I Milenio a.C.<sup>14</sup>

Unido a esto, cabe lamentar que únicamente se han publicado los resultados de las cinco primeras campañas de excavación (1986-1990<sup>15</sup>), que equivalen a algo menos de la mitad del yacimiento. Faltan por publicar todos los ámbitos de ocupación y uso de la mitad septentrional del poblado, así como zonas externas aledañas<sup>16</sup>.

Hernández Pérez considera el poblado del “Cerro de El Cuchillo” como “poblado Tipo Morra” al tomar la definición que de este Tipo da el equipo de Fernández-Miranda: “poblado fortificado sobre elevaciones naturales, en la cima, a media ladera o en el borde de un espacio amesetado colgado sobre un farallón que domina el valle inmediato. Vistos desde lejos parecen leves montículos añadidos a la estructura natural del terreno”<sup>17</sup>.

Por nuestra parte debemos mostrar nuestro desacuerdo al respecto ya que, en todo caso, el poblado del “Cerro de El Cuchillo” se englobaría mejor dentro de otro de los tipos definidos por el equipo de Fernández-Miranda, identificable con los “poblados en altura”: “Poblados situados en cerros de difícil acceso, o al menos de fácil defensa, con o sin fortificaciones aparentes, de ca-

<sup>12</sup> Tomada de <http://www.almansadigital.org/?p=382>; última consulta el 25-09-2015.

<sup>13</sup> Hernández Pérez y Simón García 1994: 215; Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 127.

<sup>14</sup> Hernández Pérez y Simón García 1994: 215; Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 127, 134, 141 y 195.

<sup>15</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994.

<sup>16</sup> Un plano completo del yacimiento y descripción somera de la mayor parte de sus departamentos interiores se pueden encontrar en Barciela González, V. 2006: 42 Fig. 2

<sup>17</sup> Fernández-Miranda *et alii*, 1994: 245; Hernández Pérez, 2002: 15.

racterísticas arquitectónicas distintas y que no presentan el aspecto de los anteriores”<sup>18</sup>.

Unido a ésto, en trabajos posteriores de este equipo se especificaba una característica importante que identificaba al “Tipo Morra” y que no se correspondería con el Poblado del “Cerro de El Cuchillo”: las morras serían “Fortines de planta circular”<sup>19</sup>.

Así se crea un nuevo problema terminológico e interpretativo: si el Tipo “Morra” es identificado únicamente con esos “fortines de planta circular”, para los casos expuestos por el equipo de Fernández-Miranda como “Morra con poblado exterior”<sup>20</sup>, ¿nos encontraríamos ante dos tipos diferenciados identificados como uno sólo, es decir, un Tipo o bien un Subtipo mixto?: mezcla de Tipo “Morra” y Tipo...¿“Castillejo”?

No obstante ya hemos señalado anteriormente la problemática existente dentro de la investigación a la hora de definir e identificar los distintos tipos poblacionales.

<sup>18</sup> Estos “anteriores” están referidos a los poblados Tipo “Morra” (Fernández-Miranda *et alii*, 1994: 245). De hecho aún es mejor otra definición posterior en la que afirman que “junto a estas morras aparecen otros *poblados* que, pese a tener en ocasiones muros de cierre de trazado curvo o adaptado a la topografía del terreno, no poseen la singularidad del esquema concéntrico de las anteriores” (Fdez.-Posse, Gilman y Martín 1996: 112).

<sup>19</sup> Fernández-Posse, Gilman y Martín, 2001: 135. Incluso en publicaciones anteriores mencionan que el esquema constructivo de esos núcleos fortificados “-morras en la denominación local y también en la arqueológica-” responde a una “planta central y recintos circulares y concéntricos” (Fdez.-Posse, Gilman y Martín 1996: 111).

<sup>20</sup> Fdez-Miranda *et alii* 1994: 279 y ss. Esta problemática terminológica ya ha sido tratada en el capítulo 7.

Interesante es la existencia de acumulación de grandes cantidades de cereal en un único departamento; optamos por considerar tal departamento como un almacén comunitario. Toda la cosecha, en el caso de tratarse de ello, se almacenaría junta y posteriormente se realizaría la repartición.

La existencia de tal acumulación de cereal nos puede ayudar a la hora de hacer interpretaciones sobre la estructura social de esta comunidad<sup>21</sup>.

Por otro lado se observa que no todos los departamentos eran viviendas, sino que algunos se destinaban a otras actividades. Así, la cisterna, el denominado “almacén” y el departamento II en sus primeros momentos, cuyo pequeño tamaño, materiales y localización no permiten identificarlo como vivienda.

Esta diferenciación espacial y funcional también es apreciable en el yacimiento de “El Acequión” (Albacete T.M.), como veremos inmediatamente a continuación<sup>22</sup>.

Por las características de este poblado de pequeño tamaño podemos considerar que estuvo habitado por un grupo familiar extenso estrechamente emparentado. Únicamente tenemos documentado el segmento masculino de su población, puesto que todos los individuos y restos humanos recuperados que han podido ser identificados parecen pertenecer al sexo masculino y estar comprendidos en un segmento de edad adulta. No están ausentes sin embargo los individuos juveniles e infantiles, de los

<sup>21</sup> Vide infra.

<sup>22</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1990.



que por desgracia carecemos de adscripción de género y en algunos casos incluso de edad aproximada en el momento del óbito. Los únicos restos infantiles estudiados han proporcionado unas edades aproximadas de nueve-diez años y menor de seis años<sup>23</sup>.

Personalmente optamos por considerar el “Cerro de El Cuchillo” como un pequeño “poblado fortificado en altura” en el que viviría un grupo humano del tipo “familia extensa” pero de número reducido autosuficiente cuya función principal serían las actividades agrarias de subsistencia, junto a una metalurgia muy sencilla de carácter económico doméstico y que se englobaría dentro de un patrón poblacional más amplio de una comunidad suprafamiliar asentada en varios poblados interrelacionados. Lo que aún nos resulta difícil es determinar el grado de relación e interdependencia.

La existencia de numerosas mandíbulas inferiores humanas sin conexión anatómica con esqueletos enterrados ha sido interpretada como enterramientos propiamente dichos de esas partes anatómicas.

Nosotros mostramos nuestro desacuerdo y preferimos relacionar tal hecho con

---

<sup>23</sup> Arnay de la Rosa y González Reimers 1994: 143-147. No obstante debemos señalar que el análisis antropológico se redujo a únicamente cinco individuos de los nueve exhumados, así como una mandíbula aislada de la que únicamente se especifica su correspondencia con un “individuo joven”. No se analizaron ni los restos juveniles de los dos individuos del enterramiento nº 1, ni los restos infantiles del enterramiento nº 2, ni los restos humanos del enterramiento nº 4. Tampoco se realizó el análisis de los abundantísimos restos óseos dispersos por el yacimiento consistentes en mandíbulas inferiores, alguna pieza dental aislada, varios fragmentos de cráneo y de huesos largos (De Miguel Ibáñez, 2002: 129-136).

aspectos tafonómicos posteriores a la esquelización de los cadáveres inhumados.

Así, la mandíbula inferior es una de las partes del esqueleto que más fácilmente se desprende una vez desaparecen los músculos y tendones que la unen a la calavera.

Creemos que la remoción de tierras, bien por animales bien por labores antrópicas, son la causa de su descontextualización.

Para este capítulo, consideramos que lo más interesante es mencionar la presencia de un enterramiento secundario de cremación en cista.



FIGURA 8.4: Cista de enterramiento de cremación<sup>24</sup>

---

<sup>24</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 135.

Para enterrar los restos de dos individuos jóvenes cuyos restos habían sido sometidos al proceso de cremación se construyó una cista rompiendo una plataforma preexistente realizada con piedras.

Se recuperaron únicamente restos de los dos cráneos, uno de ellos en conexión anatómica con el inicio de la columna vertebral, y de los huesos largos muy fragmentados.

Esos restos fueron depositados directamente sobre el fondo de piedras ese hueco sin restos de ajuar y fueron tapados con losas de piedra<sup>25</sup>.

Al no contar con elementos materiales para poder datar ese enterramiento, por el tipo de ritual, sus excavadores le otorgaron una cronología del I Milenio a.C.<sup>26</sup>

Por tanto, podríamos encontrarnos efectivamente ante una reocupación parcial del yacimiento en momentos del “Bronce Final” o incluso ya de la “Edad del Hierro”, que cuadraría aparentemente mejor con el tipo de ritual funerario<sup>27</sup>.

Esa ocupación se atestiguaría en los niveles superficiales de los Departamentos I, IV y V, en el cual se documentaron unos alineamientos de piedras que podrían ponerse en relación con aquella.

Los materiales cerámicos recuperados junto a los restos de esas construcciones arrasadas fueron muy escasos en número,

---

<sup>25</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 134.

<sup>26</sup> Hernández Pérez y Simón García 1994: 215.

<sup>27</sup> Vide infra.

aunque se menciona que algunos de ellos presentaban decoración de cordones<sup>28</sup>.

## EL ACEQUIÓN

(Albacete) [Comarca D]

234

Yacimiento tipo “Morra” en zona llana lacustre, que recibe la denominación de “Motilla” en la Mancha Occidental.



FIGURA 8.5: Vista aérea de “El Acequión”<sup>29</sup>

Conocido desde muy antiguo, visitado por Sánchez Jiménez y los asistentes al “II Congreso Arqueológico del Sudeste Español” de 1947<sup>30</sup>, ya Martínez-Santa Olalla lo

---

<sup>28</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 194-195; Hernández Pérez y Simón García 1994: 214 y 215.

<sup>29</sup> Fdez.-Miranda, Fernández-Posse y Martín Morales 1987: 14. En la parte inferior izquierda se aprecia la zona de tierra que une el yacimiento con el terreno más elevado de la orilla de la laguna. Sería conveniente hacer excavaciones en ese punto para documentar si existieron algún tipo de estructuras.

<sup>30</sup> Sánchez Jiménez 1948a: 75.

interpretó como un poblado similar a los llamados “Crannog”, en contra de la opinión vigente de que este tipo de yacimientos eran túmulos funerarios<sup>31</sup>.

El equipo de investigación sobre la “Edad del Bronce” dirigido por Fernández-Miranda decidió realizar una serie de campañas de excavación en este yacimiento con objeto de completar la información sobre los distintos tipos de yacimientos datables de forma general en la Edad del Bronce de la provincia de Albacete, una vez conocidas las características generales de la “Morra del Quintanar” (Munera)<sup>32</sup> y la documentación de excavaciones en yacimientos provinciales legada por Zuazo Palacios, Obermaier y Sánchez Jiménez, entre otros.

Se llevaron a cabo cinco campañas de excavación, de un mes de duración cada una, entre 1985 y 1989.

En la primera campaña se consideró la existencia de tres líneas concéntricas de murallas, sin descartar un cuarto cinturón exterior<sup>33</sup>.

Sus excavaciones permitieron determinar una división de los momentos ocupacionales en tres fases<sup>34</sup>.

<sup>31</sup> Martínez Santa-Olalla 1951. Sánchez Jiménez 1948a: 74-75.

<sup>32</sup> Excavada por C. Martín, integrante de este equipo de investigación, a inicios de la década de los años '80.

<sup>33</sup> Fdez.-Miranda, Fernández-Posse y Martín Morales 1987: 13.

<sup>34</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 256-257. Posteriormente encontraremos menciones a dos momentos diferenciados dentro de la última Fase o Fase III (Fdez.-Posse, Gilman y Martín 1996: 121, fig. 9). Resulta contradictorio que en esta misma publicación se mencione, sin embargo, “tres

La cronología de este yacimiento abarcaba unos trescientos años según las primeras estimaciones realizadas por el equipo de excavación<sup>35</sup>.

El final de la fase II se fijó hacia el 1745 cal. AC por análisis radiocarbónico de la muestra CSIC-832, mientras que el final de la ocupación del yacimiento se fechó en torno al 1500 cal. AC.

Una vez realizados análisis radiocarbónicos más exhaustivos, la cronología quedó fijada entre 2200 y 1700 a.C. para las dos fases más modernas. En torno al 2200 se estimaba el final de la Fase II y el final de la ocupación del poblado hacia el 1776 calBC.<sup>36</sup>, elevando de manera muy acusada las primeras cronologías aportadas.

Existe únicamente una fecha para la Fase I, recogida sobre carbones dispersos del nivel de arranque del paramento de la muralla más interior y antigua. Esa fecha tenía una edad B.P. de  $3760 \pm 70$ <sup>37</sup>.

Para el final de la Fase II, la muestra tenía una edad de  $3690 \pm 50$ <sup>38</sup>.

Para sus excavadores, la ocupación del yacimiento se iniciaría previamente al 2200 calBC, sin precisar la fecha, y las Fases I y II abarcarían el período entre la fundación y el 2050 calBC.

niveles de cabañas superpuestas” (Fdez.-Posse, Gilman y Martín 1996: 119).

<sup>35</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 251.

<sup>36</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 270.

<sup>37</sup> Fdez.-Posse, Gilman y Martín 1996: 119. Correspondiente aproximadamente al 2200 calBC.

<sup>38</sup> Fdez.-Miranda *et alii* 1994: 270; Fdez.-Posse, Gilman y Martín 1996: 119.



La construcción de la muralla exterior y ocupación de esos espacios tendría lugar entre el 2050 y el 1950 calBC, mientras que la ocupación final se daría entre 1950 y 1800 calBC.<sup>39</sup>

Es contradictoria la cronología aportada cuando encontramos más adelante la afirmación de que “es posible, pero de ninguna manera puede considerarse probado, que los asentamientos de la Edad del Bronce de La Mancha hayan empezado a ocuparse antes del 3800 BP. (2200 calBC)”<sup>40</sup>.

Recordamos que pocas páginas antes estos mismos investigadores afirman que la ocupación de “El Acequión” comienza antes del 2200 calBC.

Lógicamente este argumento depende de si las muestras tomadas son de vida corta o larga.

Incluimos este yacimiento en este capítulo por el reciente dato aportado por Balsera Nieto en las “I Reunión Científica de Arqueología de Albacete” (2015) de una datación del 1195 cal. AC para el último momento de ocupación de este yacimiento durante la “Edad del Bronce”.

Nosotros creemos que, junto a la explotación económica del entorno, en este caso sí que ejerció un importante papel el condicionante estratégico de control del territorio, tal y como podemos observar por la distribución de los yacimientos de las cer-

canías desde cronologías antiguas dentro del “Bronce Clásico” y por la reocupación parcial superficial de este yacimiento en época ibérica<sup>41</sup>.

A pesar de tratarse de una zona pantanosa y llana, no son raros los yacimientos que se localizan en ella y, por las distancias medias entre unos yacimientos y otros, nos parece claro que estos yacimientos actuaron como “hitos” estratégicos en esos territorios llanos.

### **LA FUENTE DEL ESPINO-1**

(El Bonillo) [Comarca D]

De este yacimiento se menciona el hallazgo de piezas cerámicas del “Bronce Final” en la cima de una gran loma, sin estructuras constructivas visibles en superficie<sup>42</sup>.

En las inmediaciones se tiene documentado también un poblado que ha podido ser datado en el “Bronce Clásico” a partir de los materiales recuperados en las prospecciones superficiales.

Esta información nos resultará valiosa de cara a nuestras conclusiones, al apreciarse un cambio de localización topográfico del poblamiento entre fases históricas pero manteniendo una gran proximidad.

Algunas de las piezas, procedentes de prospecciones en el yacimiento “Fuente del

<sup>39</sup> Fdez.-Posse, Gilman y Martín 1996: 121.

<sup>40</sup> Fdez.-Posse, Gilman y Martín 1996: 124. Del mismo modo, en otra publicación posterior de estos mismos investigadores afirman que los 272 yacimientos documentados durante sus prospecciones abarcan el período cronológico entre el 2250 y el 1500 a.C. (*id.* 2001: 132).

<sup>41</sup> Fdez.-Miranda, Fdez.-Posse y Martín Morales 1987: 16. Fdez.-Miranda *et alii* 1994.

<sup>42</sup> López Carretero 2011: 29; Zarzalejos Prieto y López Precioso hablan de “un gran poblado en llano” (2005: 816).

Espino-1", conservadas en los fondos del Museo Provincial presentan carenas muy altas y muy suavizadas que podrían llevarnos a cronologías de la transición "Bronce Final"/"I Edad del Hierro" e incluso a los primeros momentos de la "I Edad del Hierro"<sup>43</sup>.

Junto a ello, se tienen localizadas dos zonas anejas que podrían ser su/s necrópolis correspondientes: "Fuente del Espino-3" y "Fuente del Espino-5".

En esas localización se recuperaron cerámicas de carena alta y borde apuntado exvasado junto a otras de borde almendrado exvasado. Algunas de las piezas están decoradas pictóricamente con motivos geométricos en color rojo-marrón oscuro sobre las paredes rojizas de los recipientes.

Entre las descripciones con las que contamos de estas necrópolis destaca la que señala la existencia de estructuras funerarias de planta circular y aspecto tumular, una de ellas de más de dos metros de diámetro y segregada de las otras, asociadas a materiales cerámicos a mano, en ocasiones pintados, y restos óseos quemados<sup>44</sup>.

La cronología aproximada propuesta es de finales del s. VIII a.C. hasta finales del s. VII a.C.

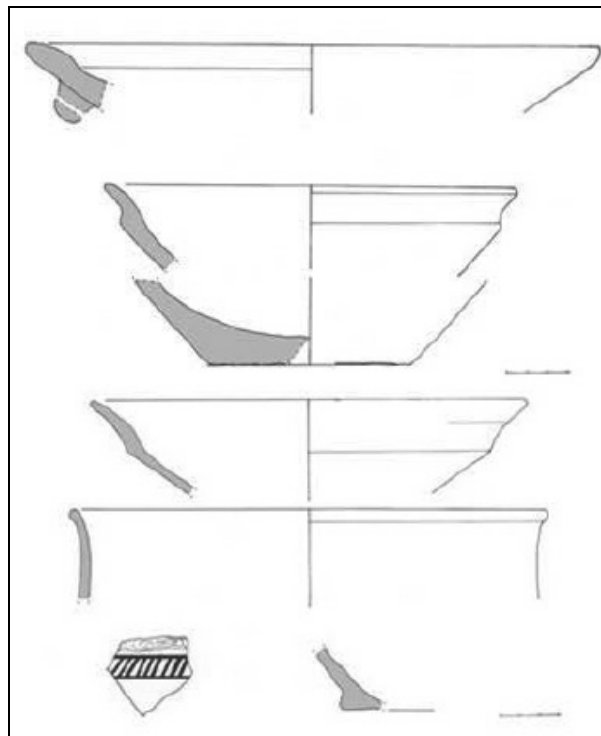


FIGURA 8.6: Cerámicas procedentes de "Fuente del Espino-3"<sup>45</sup>

## **CERRO DEL CASTILLO**

(Lezuza) [Comarca D]

En las "I Jornadas de Arqueología en Castilla-La Mancha", en las que estuvimos presentes, se dio la noticia de la existencia de un horizonte cronológico datable en el "Bronce Final" en el emplazamiento de la antigua *Libisosa*, lugar denominado "Cerro del Castillo".

<sup>43</sup> Agradecemos enormemente a Dña. Rubí Sanz y a Dña. Blanca Gamio las facilidades prestadas para su consulta.

<sup>44</sup> Zarzalejos Prieto y López Precioso 2005: 816 y 817; López Carretero 2011: 29, 32 y 35.

<sup>45</sup> Zarzalejos Prieto, Esteban Borrajo y Hevia Gómez 2012: 35,



FIGURA 8.7: Vista del “Cerro del Castillo” (Lezuza) desde la vega del río Lezuza

Por amable comentario de D. Héctor Uroz hemos podido conocer que durante la campaña de 2005 se documentó la existencia de una cabaña con materiales del “Bronce Final”, que aún se encuentran en estudio.

Por la información aportada desinteresadamente por D. Antonio Poveda Navarro podemos avanzar que durante las labores de excavación se documentó una cabaña de forma elíptica en la zona meridional del cerro, a mitad de pendiente.

Por los materiales, entre los que se recuperaron cerámicas decoradas a la almagra, grafitadas, con pintura amarilla, ajedrezados de color siena, grises o negras bruñidas y una placa de cinturón de tres garfios se ha podido establecer un marco cronológico de los ss. IX-VI a.C.<sup>46</sup>

<sup>46</sup> Uroz Sáez, Uroz Rodríguez y Poveda Navarro 2011.

## EL CASTELLÓN

(Hellín y Albatana)[Comarca B.1]

Su existencia fue señalada a principios de la década de los años 80 del siglo pasado por J.F. Jordán Montes, quien lo documentó con motivo de la realización de su Memoria de Licenciatura, prácticamente una carta arqueológica de la Comarca de Hellín-Tobarra que este investigador ha ido completando con el paso de los años<sup>47</sup>.

En esta Memoria denominó a este yacimiento como “Los Castellones de Albatana” o “Albatana-3”, donde asimismo le otorgó una cronología dentro del “Bronce Tardío y Final”.

Posteriormente e informado por Jordán Montes, F.J. López Precioso, dentro de su trabajo destinado a estudiar las etapas del “Bronce Final” y “I Edad del Hierro” en la provincia de Albacete, consideró necesario realizar actuaciones arqueológicas en el yacimiento. Estas actuaciones vinieron motivadas por la evidente y reiterada realización de excavaciones clandestinas que afectaban al yacimiento.

Debido a ello, se incluyó “El Castellón” en el “Plan de protección de yacimientos arqueológicos de la Comarca de Hellín-Tobarra”.

Solicitado y concedido el permiso para excavaciones de urgencia en Abril de 1986, se realizó una primera campaña. Seguirían cuatro más (1988, 1989, 1990 y 1991)<sup>48</sup>.

<sup>47</sup> Jordán Montes 1981 y 1992.

<sup>48</sup> F.J. López Precioso, 1993a; Soria Combadiera 1997.



FIGURA 8.8: Vista de “El Castellón” desde el Norte.

Topográficamente se trata de un cerro de poca altura sobre el terreno circundante. En su parte septentrional muestra un cortado abrupto, lo cual condiciona la ocupación a la ladera meridional. Por otra parte resulta lógico asentarse en la ladera de solana, lo cual ofrece muchas más ventajas y que, tal y como hemos ido viendo y seguiremos viendo es la tónica general de los asentamientos pre y protohistóricos de nuestra zona de estudio.

El yacimiento de “El Castellón” es sin lugar a dudas el yacimiento de mayor importancia dentro de la provincia de Albacete para el estudio del “Bronce Tardío” y el “Bronce Final”, al ser el único conocido por medio de excavaciones arqueológicas sistemáticas y recientes que nos aportan datos bien contextualizados.

Se trata de un poblado con varias fases de ocupación. Su denominación, toponímicamente, responde a la existencia en superficie de restos de la muralla de las fases datables en el “Bronce Tardío” y el “Bronce Final” y de un yacimiento amurallado, podríamos denominarlo como de tipo “Morra” en la clasificación convencional al uso, del

“Bronce Clásico” en las cotas más altas de la ladera Norte.

Desgraciadamente únicamente existen unas escasas noticias relativas al yacimiento tipo “Morra” datable en el “Bronce Clásico” localizado en la parte superior del cerro y que enriquecería enormemente el estudio diacrónico del poblamiento pre y protohistórico en la zona. Cabe lamentar, así mismo, la pequeñísima superficie excavada de ambos poblados, limitada a una trinchera longitudinal de 45 m. de largo por 20 m. de ancho en su zona más extensa<sup>49</sup>.

Como ya hemos mencionado, a lo largo de las labores arqueológicas se documentó una primera ocupación en la parte más alta del cerro correspondiente a un poblado tipo “Morra” datable, en opinión de su excavador, en el “Bronce Pleno”. Así mismo se documentaron en la ladera media y baja los horizontes culturales correspondientes al “Bronce Final” y “Cultura Ibérica”, en palabras de su excavador.

El poblamiento más antiguo fue datado por su excavador en una fase del “Bronce Pleno Avanzado”, con una cronología de origen en torno al 1500-1400 a.C. y acabando su ocupación en torno al 1300-1250 a.C., aunque no se especifica qué criterios sirvieron para ofrecer tales cronologías<sup>50</sup>.

<sup>49</sup> López Precioso 1993a y 1994.

<sup>50</sup> López Precioso 1993a: 66; López Precioso y Jordán Montes 1996: 82. Soria Combadiera no entendió probablemente las dataciones ofrecidas y así considera que esta primera ocupación “comienza en el Bronce Pleno avanzado, hacia el s. XIV a.C. y continúa durante el Bronce Final, etapa que comienza hacia el s. XII y finaliza a principios del s. IX” (1997: 157). Nosotros entendemos que su confusión pudo estar motivada por el siguiente párrafo: “El comienzo de la vida del poblado de El Castellón durante el

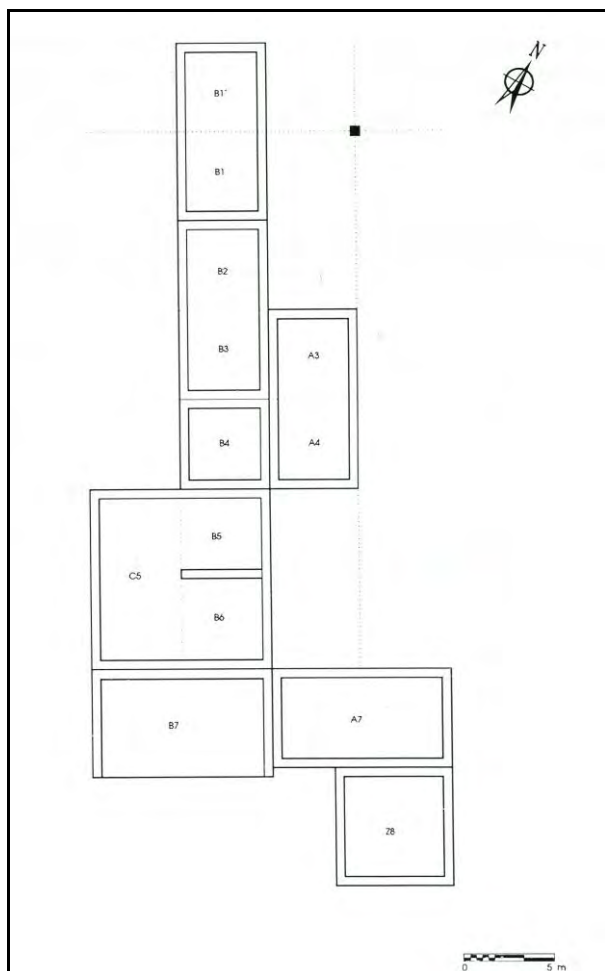


FIGURA 8.9: Planimetría de las catas de excavación<sup>51</sup>

Bronce Final tiene en origen un corte temporal entre el abandono del asentamiento correspondiente a un Bronce Pleno avanzado, situado en torno al 1300-1250 a.C., y la refundación del mismo en la ladera baja del mismo cerro” (López Precioso 1993a: 66). Entendemos que la fecha mencionada se relaciona con el momento de abandono y no al asentamiento en sí. Del mismo modo, la cronología final ya fue revisada por el excavador (López Precioso 1994: 297), no siendo reflejado este cambio en el trabajo de Soria Combadiera.

<sup>51</sup> Soria Combadiera 1997.



FIGURA 8.10: El hábitat del “Bronce Clásico” visible en la parte superior derecha.<sup>52</sup>

En algunas publicaciones se menciona, en relación con esa ocupación durante el “Bronce Clásico”, la existencia de “cinco murallas concéntricas de planta curva y ataludada, formando espacios aterrazados, apoyándose unas en otras”<sup>53</sup>, mientras que en otras se hace referencia únicamente a “cuatro anillos de murallas defensivas aterrazadas y ataludadas”<sup>54</sup>.

Llama la atención el número tan elevado de recintos conformando el perímetro del poblado para una ocupación de apenas dos siglos, más aún si lo comparamos con la documentación conocida de otros poblados tipo “morra” excavados en la provincia. Así, el poblado de El Acequión (Albacete) contó en sus momentos de máxima expansión con únicamente dos recintos concéntricos<sup>55</sup>, mientras que la Morra del Quintanar (Mu-

<sup>52</sup> En primer plano se observan los bloques pétreos de gran tamaño que parecen conformar un torreón junto a uno de los varios accesos que tenía la muralla exterior.

<sup>53</sup> López Precioso y Jordán Montes 1996: 82.

<sup>54</sup> López Precioso y Noval Clemente 2004: 203.

<sup>55</sup> *Vide supra*.



nera), para la totalidad de sus fases de ocupación, llegó a tener un número máximo de tres<sup>56</sup>.

Del mismo modo, respecto a las antiguas excavaciones realizadas por D. Joaquín Sánchez Jiménez a lo largo del s. XX en distintos yacimientos provinciales tipo “morra” tales como “Dehesa de Caracolares” (Tiriez), “La Peñuela 1” (Pozo Cañada) y “La Peñuela 2” (Pozo Cañada) el número de murallas concéntricas no es tan elevado como en el caso de “El Castellón”<sup>57</sup>.

Durante las labores de excavación no se documentó evidencia clara de continuidad entre esa primera ocupación y la ocupación que López Precioso dató en el “Bronce Final”; únicamente unos pocos fragmentos cerámicos adscribibles a la cultura material del “Bronce Final” fueron recuperados de entre los estratos de arrastre más superficiales de la parte alta del cerro.

El depósito estratigráfico del poblado del “Bronce Pleno” se encontraba sellado por un potente nivel de arcillas procedentes del derrumbe de las paredes de la estructura de habitación documentada, lo cual permitió a su excavador proponer un hiato temporal en la zona excavada entre una secuencia y otra<sup>58</sup>.

Este hiato fue calculado en torno a unos doscientos años; así, la fecha de origen del poblado del “Bronce Final” fue situada preliminarmente en torno al 1100 ó 1050 a.C., aunque no se especificó qué criterios se

emplearon para dicha datación<sup>59</sup>. Para la fecha de abandono se propuso en primer lugar una fecha en torno al 950/900 a.C., que posteriormente se vería rebajada a momentos finales del s. IX a.C. y dejando en suspenso la posibilidad de rebajar aún más la cronología de la última fase de ocupación<sup>60</sup>.

Respecto a la cronología de origen que fue ofrecida creemos que, en espera de mayores datos aportados por su excavador, debería ser, como mínimo, puesta en duda si nos basamos en las cronologías generales aportadas por los yacimientos tipo “morra” y “motilla” excavados en tierras manchegas. Estos yacimientos pueden ser incluidos en el tipo de yacimientos denominados “asentamientos fortificados de planta circular”<sup>61</sup>.

A partir de las publicaciones consultadas se realiza a continuación un análisis de las distintas fases de ocupación del yacimiento de “El Castellón” documentadas para los momentos datables dentro del “Bronce Tardío” y el “Bronce Final” y sus principales características tanto espaciales y constructivas como de cultura material.

<sup>59</sup> López Precioso 1994: 297.

<sup>60</sup> López Precioso 1993a: 65; *id.* 1994: 297.

<sup>61</sup> A partir de las dataciones radiocarbónicas o por estudio comparativo de la cultura material recuperada observamos que las cronologías de origen de este tipo de asentamientos se centran en momentos del “Bronce Antiguo” o de transición entre el “Bronce Antiguo” y el “Bronce Pleno” (Fdez.-Posse, Gilman y Martín Morales 1996). Un estudio interesante es el de Martínez Peñarroya 1999; 389-401.

<sup>56</sup> Martín Morales 1984; Fdez.-Miranda *et alii* 1994.

<sup>57</sup> Sánchez Jiménez 1948a y 1948b.

<sup>58</sup> López Precioso 1994: 292 y 297.

## Fases<sup>62</sup>:

- **BF0:** 1100/1050 a.C. Documentada únicamente en el Corte Z8. Pudo ser determinada a partir de unos estratos asentados directamente sobre la roca y parcialmente por debajo del lateral noreste de la puerta de entrada. Esta fase se identifica con el momento de toma de contacto del asentamiento y la construcción de parte de las viviendas de la fase siguiente, BF-1.
- **BF-1:** Cuatro viviendas documentadas. La planta de la mejor conocida, en el corte B7, es posiblemente rectangular. Muros de tapial y cimentaciones de piedra. En algunos casos se documentó un nivel de incendio con grandes carbones, posiblemente de los troncos y ramajes de la cubierta.
- **BF-2:** Sólo se documenta en el corte B7. Abandonada la vivienda de la fase anterior, tras su incendio, se documentan una serie de estratos blanquecinos, seguramente de cenizas compactadas, que podrían indicar el uso de esta zona como un área de trabajo exterior a las viviendas que deben localizarse en otra parte del poblado.

- **BF-2/3:** Fase de transición<sup>63</sup> que responde a una amortización de las estructuras de la fase precedente. Estratos para nivelación del terreno a base de bloques de piedra y tierra.
- **BF-3:** Construcción de una gran estructura habitacional de unos 140 m<sup>2</sup> con hoyos de poste para la cubierta. Posible rito reflejado en los restos faunísticos de ovicáprido localizados en el relleno de uno de esos hoyos. López Precioso lo considera de amortización; dejamos abierta la posibilidad de que sea fundacional hasta tener más datos estratigráficos.
- **BF-4:** Pesa de telar con escotadura en "V". Parecidas a las del Estrato III de la Fase III del Cerro de la Encina (Monachil, Granada), pero en este yacimiento andaluz la cronología dada a esta fase por sus excavadores se sitúa "entre unas fechas posteriores al 1000 a. de C. y el 700"<sup>64</sup>. Del mismo modo, la tipología no es la misma. En el "Cerro de la Encina" todas esas pesas tienen base plana mientras que en el caso de "El Castellón" se trata de una pieza elíptica.
- **BF-5:** 1000-950/900 (1993a: 65); posteriormente, final del s. IX y la fa-

<sup>62</sup> A partir de López Precioso 1993a y 1994.

<sup>63</sup> En palabras de su excavador: "entendida desde una perspectiva estructural" (López Precioso 1993a: 61).

<sup>64</sup> Arribas *et alii* 1974: 148.



se 5b quizás de cronología algo posterior a la ofrecida a la globalidad del período de vida del poblado durante el “Bronce Final”<sup>65</sup>.

- BF5a: Hogar de planta circular con anillo de delimitación.
- BF5b: Hogar de planta circular con anillo de delimitación. Vasiija con excisión

Para el caso de la pesa de telar datada en la Fase “BF-4” conviene realizar una serie de precisiones y reflexiones:

En los yacimientos aragoneses la cronología para la tipología de esas pesas se sitúa en Hallstat C (750-600 a.C.).

Ruiz Zapatero consideró esas piezas como pertenecientes al primer tipo y más antiguo de los *pondera* de arcilla de los Campos de Urnas del Noreste de la Península Ibérica, documentados en poblados bajoaragoneses y cuya cronología habría que situar entre los siglos VIII-VII a.C.<sup>66</sup>

En general, las cronologías no remontan del 800 a.C. siendo más generales, como ya mencionamos anteriormente, en torno a mediados s. VIII-mediados s. VII a.C.<sup>67</sup>

Conviene señalar el caso del horno de fundición del sector 11H nivel inferior del poblado de “Cortes de Navarra” en cuyo

interior se localizaron múltiples crecientes de arcilla junto a objetos metálicos, por lo que han sido interpretados como elementos que facilitasen la circulación del aire en el horno<sup>68</sup>.

No obstante, no creemos que se deba rechazar la posibilidad de que se hubiesen puesto allí para acelerar el secado de la arcilla. También es conveniente señalar que en “El Castellón” la pesa de la que tratamos apareció asociada a un hogar.

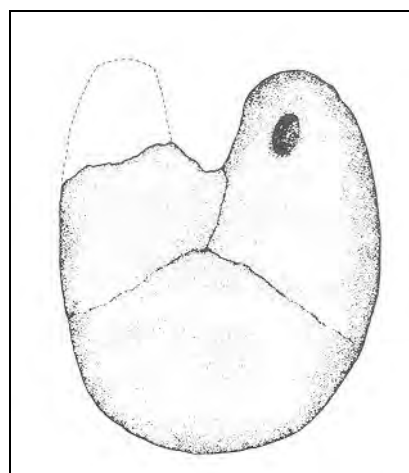


FIGURA 8.11: Pesa de telar de la Fase “BF-4”<sup>69</sup>

Sin embargo, como ya fue señalado por López Precioso, en el yacimiento granadino del “Cerro de la Encina” (Monachil) se recuperó un número apreciable de pesas muy similares, conceptualmente, a la de “El Castellón”.

<sup>65</sup> 1994: 295.

<sup>66</sup> 1985: 816 y ss.

<sup>67</sup> Yacimientos que han contado con nuevas excavaciones más modernas, como Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza), vienen a corroborar estas cronologías (Rodanés y Picazo 2005: 310).

<sup>68</sup> Ruiz Zapatero 1985: 842.

<sup>69</sup> López Precioso 1993: 77.

Para los momentos finales de la ocupación durante la “Edad del Bronce”, la cerámica con incisiones de la fase 5b ya fue puesta en relación con decoraciones del “Cerro San Antonio” de Madrid por López Precioso, lo que le llevaba a rebajar su datación.

En ese yacimiento hay una pieza con decoración algo similar procedente del Nivel III de la Cata 5. En esa cata se localizaron dos cabañas de materiales perecederos, de forma aparentemente circular por los hoyos de poste conservados.

Presentaban unos hogares de arcilla recrecidos sobre los suelos de tierra batida y presentaban una superficie horizontal lisa con un reborde levantado que delimita una zona interior<sup>70</sup>.

El nivel estratigráfico al que se asocia el fragmento cerámico con decoración similar a la de “El Castellón” fue datado en el s. VII a.C.

Uno de los aspectos arquitectónicos más interesantes de este yacimiento es su muralla. Se trata de una muralla curvada adaptada al terreno y con varios accesos.

Su acceso meridional contaba con una entrada acodada para la que no conocemos paralelos en la zona ni en las cercanías de los límites de nuestra “Región Nuclear”.

La muralla es semiciclópea, con una cara externa de piedras de gran tamaño y una presencia de piedras más pequeñas hacia el interior, aunque debemos tener en cuenta que está muy arrasada.

<sup>70</sup> Blasco, Lucas y Alonso 1991.



FIGURA 8.12: Muralla y acceso meridional

Su excavador cree que esa muralla es producto de una corriente arquitectónica propia de la zona.

Ciertamente, como veremos más adelante, hay otro yacimiento de similar cronología que presenta una muralla con restos constructivos muy similares. Se trata del “Peñón de Peñarrubia” (Elche de la Sierra).

Sin embargo, nosotros nos reafirmamos en que el acceso acodado que presenta la muralla de “El Castellón” debe ser estudiado con mucho detenimiento por su originalidad.

Por lo expuesto por su excavador, las estructuras habitacionales se distribuyen sin orden ni organización o planificación aparente, relocalizando la ocupación de manera desordenada<sup>71</sup>.

En general se trata de viviendas preferentemente de planta rectangular, realizadas con tapial o adobe, aunque se dan dos casos en los que al menos uno de sus muros realizado con piedras de gran tamaño.

<sup>71</sup> 1994: 293 y ss.

En dos de esas estructuras se documentó la existencia de huellas de postes en la línea central mayor que permitirían hacer una reconstrucción de sus cubiertas.

Una de esas estructuras, de la Fase 3, mide 15 metros en su eje mayor y tiene planta oval-rectangular. Tanto al interior como al exterior se realiza un suelo de arcilla batida y compactada. Cuenta con un hogar semicircular y un horno, parcialmente externo. Los hoyos de poste que se mencionan asociados a esta estructura suponemos que se localizarían en el eje mayor para posibilitar la sujeción de la cubierta alargada. En uno de esos hoyos se recuperaron restos de huesos de extremidades y cráneo de un ovicáprido, que se ponen en relación con una ofrenda de amortización<sup>72</sup>.

Los hogares son de forma redonda u ovalada y, en la última fase de ocupación, con anillo de delimitación.

### ***CAMARILLAS 1/EL TESORICO***

(Hellín) [Comarca B.1]



FIGURA 8.13: Vista desde el Este del cerro de “El Tesorico”

<sup>72</sup> López Precioso 1993a: 62 y 64; *id.* 1994: 294.

Yacimiento localizado en lo alto de un cerro de apreciable altura que destaca sobre el entorno.

No se aprecian construcciones defensivas en superficie.

Nos interesa señalar unos materiales publicados por López Precioso que nos remitirían a unos momentos cronológicamente coincidentes con las fases más antiguas del que este investigador denomina “Bronce Final Inicial” y que nosotros denominamos “Bronce Tardío” y elevamos algo las cronologías<sup>73</sup>.

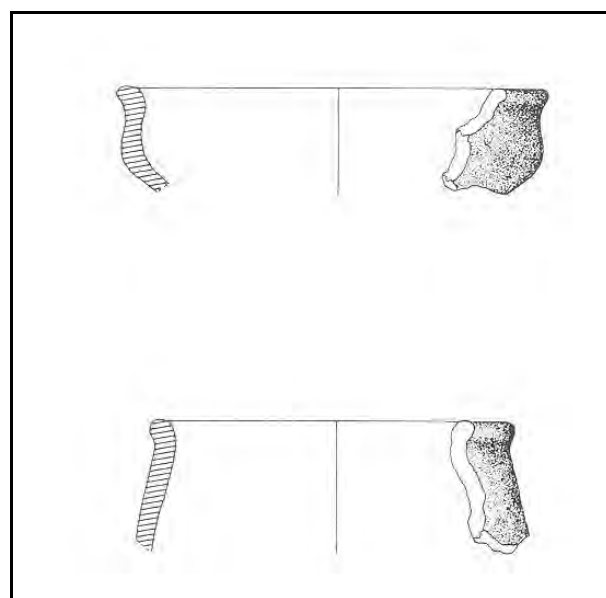


FIGURA 8.14: Cerámicas recogidas en superficie en “Camarillas-1”<sup>74</sup>

Las únicas estructuras visibles en superficie, a causa del destrozo de expoliadores,

<sup>73</sup> López Precioso 1993a.

<sup>74</sup> López Precioso 1993a:80.

son unas viviendas de época ibérica de las que se conserva un zócalo construido con lajas de piedra, de manera similar a alguno de los túmulos de época ibérica de la necrópolis asentada a los pies del cerro<sup>75</sup>.

En nuestra visita no pudimos apreciar materiales en superficie que puedan datarse en momentos antiguos de su ocupación.

### **EL AMAREJO GRANDE**

(Bonete)[Comarca A]



FIGURA 8.15: Vista general del yacimiento

También es especialmente interesante por el hecho de recuperarse un fragmento de cráneo en el depósito votivo ibérico de la plataforma superior del centro que fue puesto en relación con restos de la Edad del Bronce y no de época ibérica por parte de su excavador<sup>76</sup>.

---

<sup>75</sup> Broncano, Negrete y Martin 1981.

<sup>76</sup> Broncano 1989: 233.

Esto podría indicar la existencia de enterramientos dentro del área de hábitat o inmediata a éste si no ocupaba la totalidad de la plataforma superior. No obstante, sería relacionable con lo que conocemos de otros yacimientos, principalmente “El Tolmo de Minateda” (Hellín).

Pese a que el nombre de “Cerro de El Amarejo” es el que se ha empleado convencionalmente en la investigación sería más correcto emplear el de “Cerro de El Amarejo Grande”. El yacimiento de “El Amarejo Grande” se localiza en la cima y laderas de un cerro testigo que destaca visiblemente en su entorno<sup>77</sup>.

Fue objeto de excavaciones a finales del s. XIX por parte de Pierre Paris a instancias de D. Pascual Serrano, maestro de Bonete. Estas intervenciones fueron dadas a conocer de forma sucinta en la obra general de P. Paris<sup>78</sup>.

En ellas se mencionan tanto aspectos generales y descripción del poblado como respecto a una necrópolis situada en un viñado junto al cerro que a día de hoy aún no ha podido ser localizada. Las intervenciones arqueológicas no serían retomadas hasta el año 1978 por parte de D. Santiago Broncano Rodríguez, a instancias del entonces Director del Museo de Albacete, D. Samuel de los Santos Gallego.

La información que más nos interesa aquí es aquella referida a los materiales

---

<sup>77</sup> Broncano 1984; *id.* 1988; *id.* 1989; Broncano Rodríguez y Blánquez Pérez 1985; Alfaro Arregui 1995; Blánquez Pérez 1996.

<sup>78</sup> Paris 1904.

identificados como pertenecientes a la “Edad del Bronce”.

En superficie no se aprecian estructuras habitacionales que puedan identificarse con momentos anteriores a la ocupación ibérica. Sin embargo, en la segunda terraza del yacimiento se exhumó un lienzo de muralla realizado con bloques semiciclópeos que quizás podría datarse dentro del “Bronce Final”<sup>79</sup>



FIGURA 8.16: Vista de la muralla de “El Amarejo”

Por desgracia todos estos materiales se encontraron fuera de contexto en niveles superficiales o formando parte de rellenos deposicionales de época ibérica. Sin embargo, las excavaciones realizadas a inicios de los años '90 documentaron la existencia de un muro realizado con bloques irregulares de piedra sin carear al exterior y relleno de otras de menor tamaño que fue identificado como perteneciente a la Edad del Bronce con una función defensiva<sup>80</sup>.

<sup>79</sup> López Precioso 1993a: 70.

<sup>80</sup> Alfaro Arregui y Broncano 1993: 138.

Como elemento de gran interés para la discusión conviene señalar la exhumación de un puñal de cobre que Hernández Pérez, Simón García y López Mira consideran del Tipo II de Blance, similar a otros ejemplares exhumados en los Niveles II del Departamento V y en la Capa I del Corte F/5 del “Cerro de El Cuchillo” (Almansa)<sup>81</sup>.

Blance sitúa cronológicamente este tipo de puñal en el Argar A y la datación por medio de Carbono 14 para el ejemplar del Departamento V del “Cerro de El Cuchillo” (Almansa) es del  $3410 \pm 90$  BP. ( $\pm 1550$  Cal AC).

En función de estos datos y otros objetos documentados podemos considerar, tal y como ya avanzaron otros investigadores de manera general que el poblado de “El Amarejo” contó con una ocupación durante el “Bronce Pleno”, que preliminarmente podemos datar en torno al 1500 Cal AC<sup>82</sup>.

Entre los materiales cerámicos se recuperaron varios fragmentos identificados con cerámicas “Cogotas I”<sup>83</sup>, que más recientemente Abarquero Moras ha datado en la “Fase Plena” de ese tipo.

<sup>81</sup> Broncano 1984: 83; Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994: 164; en una publicación anterior, Simón García lo consideró del tipo III de Blance, con una cronología “a caballo entre el Argar A y B” (1986: 40).

<sup>82</sup> Blánquez 1990a: 85.

<sup>83</sup> Sánchez Arista 1985 y 1989: 353 y ss.



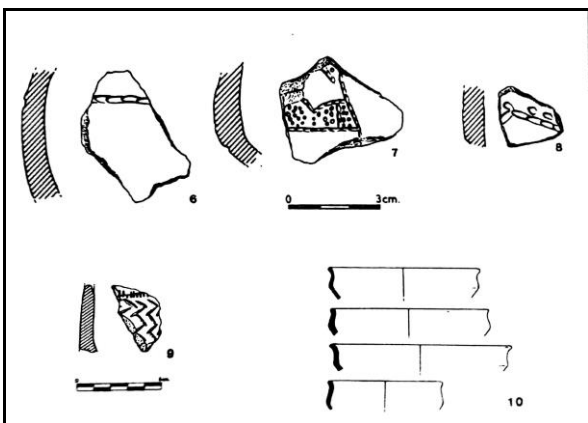


FIGURA 8.17: 6-9, cerámicas de “El Amarejo” (Bonete, Albacete); 10, perfiles cerámicos de “El Castellón” (Hellín, Albacete)<sup>84</sup>

Llama la atención, sin embargo, que a la hora de hacer el estudio de los materiales datables cronológicamente en la “Edad del Bronce” del yacimiento se afirme las escasas posibilidades de un horizonte de ocupación previo al “Bronce Final”<sup>85</sup>.

Del mismo modo, otros investigadores centrados en el estudio de las etapas del “Bronce Tardío” y “Bronce Final” de la provincia de Albacete no han considerado una ocupación anterior a la documentada por esos materiales datados en las etapas finales de la “Edad del Bronce”<sup>86</sup>.

En el estudio de Sánchez García-Arista únicamente se incluyen los materiales de los Departamentos 1, 2 y 3; quedan fuera por tanto, los materiales del Departamento 4 entre los que se incluyen algunos significativos como es el caso de un borde care-

nado exvasado con engrosamiento exterior muy similar a los documentados en los yacimientos de “El Castellón”, “Toriles-1” y “Camarillas-1/El Tesorico”<sup>87</sup>.

Estos materiales fueron estudiados por Juan Blánquez en su memoria de Licenciatura, leída en el Dpto. de Prehistoria y Arqueología de la U.A.M. en 1982<sup>88</sup>.

Con respecto a otros materiales documentados, tales como una punta de flecha ósea, un brazalete de arquero, un hacha de cuarcita, etc...también parecen remitirnos a unas cronologías antiguas dentro de la “Edad del Bronce”, aunque debemos tener en cuenta las posibles perduraciones de este tipo de materiales.

Las puntas de flecha óseas abundan durante las fases del “Bronce Antiguo” y “Bronce Medio”, disminuyendo drásticamente durante el “Bronce Tardío”, “Bronce Final” y la “I Edad del Hierro”. Para el caso de “El Amarejo”, nos inclinamos a considerar una datación de estas puntas de flecha óseas dentro del “Bronce Pleno”, aunque sin poder descartar que subsista este tipo durante el “Bronce Tardío” y el “Bronce Final”, tal y como es posible observar por ejemplo en el yacimiento alicantino de la Mola D’Agrés<sup>89</sup>, aunque siempre conviene tener en cuenta la propia tipología de la pieza antes que el material.

A partir del estudio de los materiales cerámicos conservados en los fondos del Mu-

<sup>84</sup> Abarquero Moras 2005: 150 fig. 47.

<sup>85</sup> Sánchez García-Arista 1985: 353 y ss.; y por tanto dentro del “Bronce Final”.

<sup>86</sup> López Precioso 1994: 298.

<sup>87</sup> 1985: 150 Fig. 70 nº 19.

<sup>88</sup> Mención tomada de Broncano y Blánquez 1985: 143 nota 229. Más recientemente, el propio Blánquez Pérez hace alusión a ello (2011: 29 y ss.).

<sup>89</sup> Kayser Aguilar 2000: 316.

seo Provincial de Albacete considero interesante y necesaria avanzar la hipótesis de una posible ocupación del cerro durante un período cronológico que podemos identificar con un “Bronce Tardío”.

A favor de esta hipótesis se hallaría la presencia de cerámicas del tipo “Cogotas I” y la propia tipología de las piezas cerámicas autóctonas, con unos perfiles claramente paralelizables con formas propias del “Bronce Tardío del SE.” y que podrían haber subsistido en los primeros momentos del “Bronce Final”.

Del mismo modo, la propia situación del yacimiento, un emplazamiento que sigue el patrón de poblamiento propio del Bronce Pleno nos permite, paralelizando con otros yacimientos provinciales, apuntar interesantes argumentos en apoyo de nuestra hipótesis.

### LOS TORILES-1

(Fuente Álamo)[Comarca B.2]



FIGURA 8.18: Vista desde el SO. del yacimiento “Toriles-1”

Yacimiento localizado en la cima y ladera oriental de un cerro de forma alargada.

Conocido por las prospecciones de Hernández Pérez y Simón García<sup>90</sup>.

López Precioso da información respecto a los materiales visibles en prospección, que él data tanto en la etapa del “Bronce Pleno” como en la etapa que él denomina “Bronce Final Inicial”.<sup>91</sup>

Destacan las fuentes de carena alta y borde vuelto engrosado.

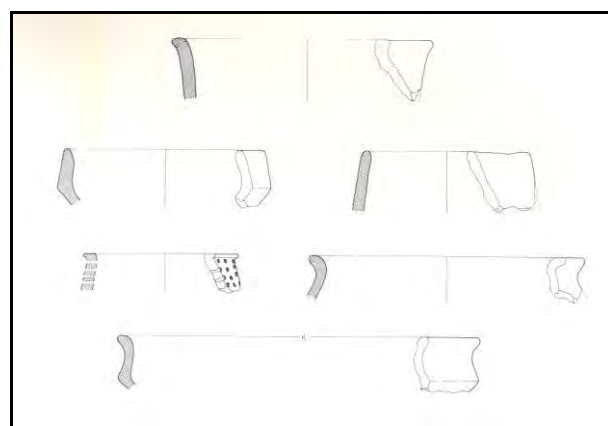


FIGURA 8.19: Materiales localizados en prospección<sup>92</sup>

En superficie se observan restos de estructuras relizadas con mampuesto. Algunas de ellas de tamaño muy reducido y forma circular, con forma de horno.

<sup>90</sup> 1994.

<sup>91</sup> 1993a: 71.

<sup>92</sup> López Precioso 1993a: 80.



## EL PEÑÓN DE PEÑARRUBIA

(Elche de la Sierra)[Comarca C.1]



FIGURA 8.20: Vista general del yacimiento

El “Peñón de Peñarrubia” es un poblado enclavado en un cerro muy alterado en sus laderas por trabajos de abancalamiento. Cuenta con un amurallamiento, de difícil adscripción cronológica, en donde se observa el cierre del único acceso practicable a la terraza superior, situado en rampa, con muros de grandes bloques de piedras y a los que se adosa una plataforma cuadrangular de gran tamaño en su lado izquierdo a modo de bastión controlando la segunda terraza.



FIGURA 8.21: Zona de entrada al yacimiento

No se documentan estructuras en superficie más allá del amurallamiento, aunque el terreno está muy afectado por los abancalamientos<sup>93</sup>.

La estructura pétrea rectangular que se adosa a la interrupción de la muralla que da paso a la plataforma superior del cerro está realizada con unos pocos bloques de gran tamaño y una gran mayoría de piedras más pequeñas. Apenas se conserva la altura de una hilada.



FIGURA 8.22: Plataforma rectangular a la entrada

Muestra, por tanto, muchas similitudes con la muralla del yacimiento de “El Castellón”, que fue levantada en su primera fase de ocupación, que nosotros proponemos dentro de un “Bronce Tardío” de cronologías similares al del Sureste y la zona del Vinalopó.

Por los materiales recuperados en prospecciones, se aprecian evidencias de una ocupación durante el “Bronce Tardío”, aun-

<sup>93</sup> Sin embargo, llama poderosamente la atención que López Precioso afirma que no se aprecian estructuras arquitectónicas ni defensivas ni domésticas (1993a: 70).

que pudiera arrancar desde momentos anteriores.

La cultura material que se observa en superficie muestra recipientes cerámicos de cocción predominantemente oxidante por dentro y por fuera.

Las formas son mayoritariamente simples, aunque la presencia de carenas en su tercio superior tampoco es extraña. Las pastas son muy similares entre sí, estando por lo general bastante bien depuradas, aunque algunos fragmentos presentan desgrasantes de destacado grosor.

Las decoraciones son escasas y están limitadas a los bordes (labios con digitaciones, ungulaciones, labios con mamelones; en una única ocasión se observa una decoración a base de digitaciones bajo el labio) y galbos (por medio de elementos de presión: mamelones de diversos tipos – alargados redondeados, apuntados, con digitaciones, tipo “lengüeta”–).

Los acabados son, en general, poco cuidados. Mayoritariamente groseros y alisados con poco esmero. Un par de casos con escobillado al exterior. Muy pocos acabados presentan bruñido.

En superficie únicamente pudimos documentar un par de fragmentos realizados a torno de difícil adscripción cronológica.

También se observan bastantes lascas de sílex dispersas pero ningún diente de hoz o piezas listas para el uso.

Al hablar de bordes y labios es necesario comentar su gran variedad. Planos, apuntados redondeados, invasados, exvasados.

Los labios son preferentemente exvasados redondeados aunque tampoco son ra-

ros los apuntados, sin apreciarse bordes almendrados.

Algunos fragmentos carenados muestran un grosor en la línea de carena muy superior al de las paredes y borde.

Las carenas son por lo general bastante redondeadas, no muestran inflexiones bruscas. En relación al tamaño de la pieza están en el tercio superior pero sin ser muy altas, excepto en un único caso al tratarse de un borde no exvasado.

Las carenas se asocian mayoritariamente a acabados esmerados, aunque hay algún caso de pieza con un acabado grosero.

La distribución de las piezas se da por todo el yacimiento, tal y como se deduce del siglado de los fragmentos.

No se documenta, o al menos no se ha recuperado aparentemente, ningún fondo redondeado.

Parece llevarnos toda esta información a una cultura material muy coherente y de aparente poco desarrollo cronológico. Mostramos nuestro acuerdo con la opinión de López Precioso de que el horizonte cultural más apreciable estaría limitado a la primera etapa o “Etapa Inicial” de su sistematización cronológica. Tal vez, incluso podríamos ampliar un poco la cronología hacia momentos un poco anteriores.

Resulta muy difícil identificar estructuras domésticas, pero es interesante la presencia entre los materiales prospectados de lo que parece a todas luces un fragmento de adobe o tapial (arcilla rojiza con desgrasantes de medio y gran tamaño e impresiones vegetales en el interior). De coloración rojiza-rosácea y sin forma definida por su

fragmentación, únicamente uno de sus lados presenta un aplanamiento.

Sin información de las plantas de las viviendas, por lo menos podríamos avanzar la probable existencia de estructuras habitacionales con paredes de alzados de adobes o tapial.

Este aspecto también nos pone en relación con lo conocido para las cabañas de los primeros momentos de ocupación del yacimiento de “El Castellón”<sup>94</sup>.

### **CASTILLO DE SOCOVOS**

(Socovos)[Comarca C.1]

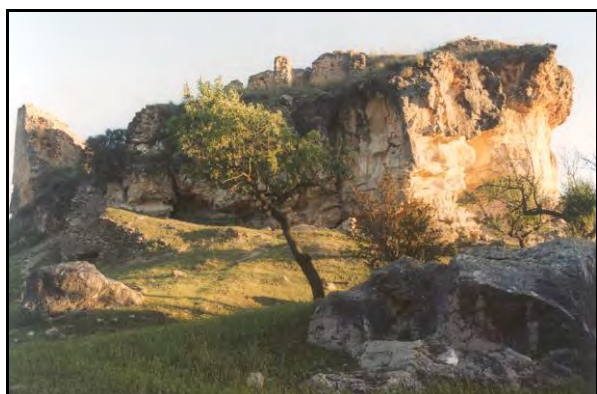


FIGURA 8.23: Vista del yacimiento “Castillo de Socovos”

La única referencia existente hasta el momento respecto a una ocupación durante el “Bronce Final” en este yacimiento se limita a la publicación de Sánchez Gómez en la cual se presenta una punta de flecha reali-

<sup>94</sup> López Precioso 1994: 293

zada en bronce que él fecha de forma general en esta fase<sup>95</sup>.



FIGURA 8.24: Detalle del castillo

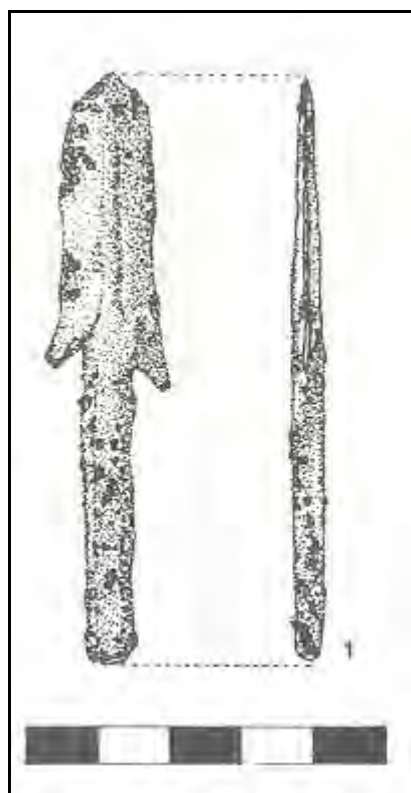


FIGURA 8.25: Punta de flecha de bronce del “Castillo de Socovos”

<sup>95</sup> 1984: 341 y ss.

Respecto a este único testimonio de una posible ocupación protohistórica del emplazamiento hemos realizado un estudio, no suficientemente pormenorizado, que ha proporcionado interesante información. Gracias a la amabilidad de D. José María Kayser Aguilar, amigo y compañero del Dpto. de Prehistoria y Etnología de la U.C.M., hemos tenido acceso a su inédita Memoria de Licenciatura relativa a las puntas de flecha de la Edad del Bronce en la Península Ibérica<sup>96</sup>.

En este trabajo se estudian puntas de flecha similares a la documentada en las inmediaciones del Castillo de Socovos; según la clasificación tipológica de Kayser se trataría de un tipo de flecha ojival con pedúnculo, aletas desarrolladas y nervio central (tipo IV B 1 N de su clasificación)<sup>97</sup>. Lo que Sánchez Gómez denomina “sección aplanada” es otra de las características de estas piezas, un pedúnculo con sección de tendencia rectangular.

Los casos recogidos por Kayser muestran una cronología y dispersión geográfica muy interesantes. Así, recoge casos en los yacimientos del Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada) con una cronología muy tardía dentro del Bronce Final; en los casos de Albalate (Teruel), el poblado de Molá (Tarragona)<sup>98</sup> y en Puig Roig (Tarragona) la datación cronológica se encuadraría en la I Edad del Hierro. La presencia de aletas

asimétricas se documenta en una de las dos piezas documentadas en el poblado de Molá.

Kayser encuentra una cierta problemática al contar con la mayor parte de los casos localizados en una zona muy concreta (NE peninsular) y con cronologías similares, frente a un único caso por él recogido, el del “Cerro de los Infantes” (Pinos Puente, Granada), en un área alejada de esos ejemplos y con cronología que él mismo admite “difícil de contextualizar”<sup>99</sup>.

Señala, a su vez, que todos los casos por él documentados proceden de contextos habitacionales. Los paralelos extrapeninsulares proceden del área griega, “Delfi” y “Micenas”, por lo que su parentesco debe ser tomado con cierta cautela<sup>100</sup>.

En nuestra investigación hemos encontrado otros ejemplos similares dentro de la Península que contribuyen a aumentar el interés de la discusión cronológica y la dispersión de este tipo de piezas.

Así, siguiendo la información de Sánchez Gómez<sup>101</sup>, comprobamos la existencia de varias puntas de flecha de la misma tipología que la de Socovos en los fondos del Museo Arqueológico de Murcia.

Sánchez Gómez recoge que esas piezas se exponen como de procedencia desconocida. En la publicación que él mismo cita se especifica que estas piezas provendrían de los “campos de Alarcos”, sin dar ninguna otra información adicional.

<sup>96</sup> 2000.

<sup>97</sup> Kayser, 2000: 101 y ss.

<sup>98</sup> Aunque uno de los dos ejemplos quizás no debería ser considerado como punta de flecha debido a su excesivo peso y tamaño pese a ser de similar tipología a las demás piezas (Kayser 2000: 101).

<sup>99</sup> Kayser 2000: 103.

<sup>100</sup> Ávila, 1981: 112; Kayser 2000: 103.

<sup>101</sup> 1984: 361-362.



También destacamos la presencia de una punta de flecha similar en la necrópolis de “Coll del Moro” (Gandesa, Tarragona ) con una cronología de la I Edad del Hierro<sup>102</sup>. Este hallazgo en contexto funerario enriquece algo más nuestra perspectiva.

Por la excelente factura de la pieza de Socovos en comparación con las puntas procedentes del NE, por la relativa cercanía geográfica del ejemplo albacetense respecto al yacimiento granadino y los otros ejemplos similares conservados en el Museo de Murcia pero que procedan probablemente de Ciudad Real, aunque éstos de cronología poco precisa por su descontextualización, nos inclinamos aquí por atribuirle una cronología preliminar encuadrándola en los momentos más recientes del “Bronce Final” y cómo parece que desde esta zona del Sudeste peninsular parece “bascular” esta tipología de puntas de flechas hacia el NE, donde se documentarían ya en la “I Edad del Hierro”.

Creemos que una mayor profundización en la dispersión y contextos cronológicos de estas piezas tipológicamente similares resultaría enormemente provechosa para la investigación del “Bronce Final” y la “I Edad del Hierro” en la provincia de Albacete.

Se trataría de otro ejemplo más de las activas y dinámicas relaciones multilaterales entre el Sudeste (Albacete, Granada y Murcia) y el NE peninsular en momentos avanzados del “Bronce Final” que nos explican claramente los distintos elementos materiales documentados tanto en una como en otra zona.

<sup>102</sup> Ruiz Zapatero 1985: 180, fig. 50.8.

## **LAS FASES FINALES DE LA PREHISTORIA RECIENTE EN NUESTRA “REGIÓN NUCLEAR”**

A partir de los yacimientos conocidos gracias a prospecciones, hallazgos fortuitos y excavaciones dentro de la provincia de Albacete creemos estar en situación de avanzar una sistematización preliminar de las etapas en estudio distinta a las propuestas hasta el momento. Esta sistematización, así como las dataciones meramente orientativas, estará necesariamente sujeta a posteriores variaciones.

Así, tras la fase plena de la “Edad del Bronce” en nuestra “Región nuclear”, momentos finales del denominado “Bronce Clásico” o “Bronce de La Mancha”, podemos considerar la existencia de una fase de transición, que denominaremos “Bronce Tardío”, de manera acorde a sistematizaciones aplicadas a otros territorios colindantes<sup>103</sup>.

Esta fase la tenemos únicamente documentada por el momento en una serie de yacimientos que parecen estar ocupados ya al menos desde el “Bronce Pleno”, a juzgar tanto por su cultura material como por su emplazamiento y características constructivas, pero que ya presentan cierta variedad de cambios o novedades que se expondrán a continuación.

Estos yacimientos se distribuyen por muchas de las Comarcas en las que hemos dividido nuestra zona de estudio. Así, los yacimientos de “El Castellón” y “Camarillas-1” (Comarca B.1), “El Amarejo Grande” y

<sup>103</sup> Remitimos al capítulo 7 de nuestro trabajo.

“Los Toriles-1” (Comarca B.1), “El Peñón de Peñarrubia” (Comarca C.1) y “El Acequión” (Comarca D) son buena muestra de ello.

En opinión de López Precioso, la mayor parte de estos poblados, a excepción de “El Castellón”, no presentaría continuidad ocupacional a partir de la que él consideró “fase Inicial” o primeros momentos de la “fase plena del Bronce Final”, lo cual parece indicarnos un cambio en el patrón de localización espacial de las poblaciones protohistóricas de la provincia a partir de estas fases<sup>104</sup>.

La propuesta que nosotros hacemos sube las cronologías, más acorde con lo que conocemos para el Sureste peninsular, la zona del Alto Vinalopó y la zona central de La Mancha, con las que nuestra “Región nuclear” muestra similitudes en sus procesos históricos<sup>105</sup>.

Del mismo modo, propondremos para los últimos momentos del “Bronce Tardío” un cambio de patrón poblacional, en lo que coincidimos con lo propuesto por López Precioso.

Parece existir, con las lógicas reservas, un patrón general en todas las Comarcas estudiadas que cuentan con documentación suficiente. No obstante, consideramos que cada comarca tiene sus propias dinámicas en función de sus posibilidades subsistenciales, vías de comunicación, etc.

<sup>104</sup> López Precioso 1993<sup>a</sup> y 1994. Nosotros consideramos esa fase que él llama “inicial”, cronológica y terminológicamente, perteneciente a un “Bronce Tardío”.

<sup>105</sup> Ver capítulo 7 de nuestro trabajo.

Consideramos que es un trabajo muy interesante que realizar a futuro.

Para el “Bronce Final”, que López Precioso subdividió en varias fases, nosotros creemos que no estamos en condiciones de proponer ninguna fasificación. En todo caso, podemos acudir a la que él aportó para los momentos plenos y finales de esa etapa histórica individualizada pero con muchos matices a causa de la escasísima documentación con la que contamos.

Así, nosotros lo que proponemos es la existencia, documentada en muy contados yacimientos, de un “Bronce Tardío” que aún no ha sido individualizado ni sistematizado para nuestra “Región nuclear”. Nosotros defendemos que sí es posible establecer o individualizar esa etapa histórica, con una cronología propuesta de 1350-1150/1100 AC. entre el “Bronce Pleno” y el “Bronce Final” en la zona.

A modo de hipótesis de trabajo hemos optado por situar en esta etapa de transición ciertas fases de ocupación, aquellas más antiguas, de los poblados de “El Castellón” (Hellín y Albatana; Comarca B.1); “El Peñón de Peñarrubia” (Elche de la Sierra; Comarca C.1); Camarillas-1 [El Tesorico] (Agramón, Hellín; Comarca B.1); Los Toriles-1 (Fuente Álamo; Comarca B.1) y El Amarejo Grande (Bonete; Comarca A), así como la fase ocupacional final de “El Acequión” (Albacete; Comarca D).

Para el caso de “El Amarejo Grande” es evidente una ocupación desde, al menos, el “Bronce Pleno”. Según López Precioso algo similar se puede suponer para el yacimiento de “Los Toriles-1”.

Ese “Bronce Tardío”, donde ha podido ser documentado, muestra novedades en el



registrotipológico cerámico pero no tenemos más argumentos respecto a cambios de calado en los aspectos sociales.

La cronología de “El Castellón” le sirvió a López Precioso para datar otros yacimientos con materiales cerámicos similares dentro de esa fase del “Bronce Final Inicial” que él proponía. ¿Qué supone este hecho?; pues, en nuestra opinión, que podríamos elevar las cronologías de todos esos yacimientos hasta momentos del s. XIV-XIII cal. AC., ya que los materiales de los que se sirvió para esas dataciones son perfectamente parangonables con los que se han recuperado en yacimientos del Sureste, de la zona alicantina y otras zonas anejas en cronologías similares, como veremos.

A juzgar por los restos materiales, esa fase, que nosotros definimos como “Bronce Tardío”, se nos reflejaría en las cerámicas de carena alta y borde engrosado similares a las de la secuencia tipológica del Sureste peninsular del tipo documentado en el yacimiento del “Argar Tardío” de “Fuente Álamo” (Almería)<sup>106</sup>.

Las dataciones radiocarbónicas más recientes relacionadas con este yacimiento almeriense muestran que su momento final no habría llegado más allá del 1350 cal. AC<sup>107</sup>.

López Precioso paraleliza las viviendas de la primera fase de su “Bronce Final” de “El Castellón” con las del yacimiento granadino de “Cuesta del Negro”.

Una vez más, para la datación cronológica logramos información interesante de esa afirmación, ya que en ese yacimiento andaluz hay que tener en cuenta que las cronologías radiocarbónicas calibradas dan unas dataciones para el momento de abandono de esas viviendas en su última fase *ca.* del 1375 cal. AC<sup>108</sup>.

Debemos destacar que esas dataciones reflejan el momento más tardío de cuatro fases de superposiciones de viviendas interpretadas como pertenecientes al “Bronce Final del Sudeste”; además proceden de muestras de vida corta, cereales, que aparecieron en el interior de una vasija realizada a torno.

Respecto al estudio de la mencionada vasija, Torres Ortiz la identifica como una pieza chipriota con paralelos en el pecio de Uluburum, de finales del s. XIV AC, y eso le ayuda a aceptar una cronología dentro del s. XIV cal. AC (1420-1310 BC)<sup>109</sup>.

Por su parte, Ruiz Gálvez prefiere ser más prudente y rebaja esa datación a mediados del s. XIII cal. AC. En su posición conservadora acepta la datación más reciente del lapso cronológico de la muestra GrN-7284 (1440-1260 cal. AC 2 $\sigma$ ), que apoya con otros argumentos sobre el contexto histórico mediterráneo en esos momentos<sup>110</sup>.

Otro tipo cerámico interesante demencionar es la forma de botella de boca estrecha y carena media de la “Fase 3” del yaci-

<sup>106</sup> Ya mencionado por López Precioso 1993a: 65, 68-69.

<sup>107</sup> Castro Martínez *et alii* 1996: 175 nota 249.

<sup>108</sup> Castro Martínez *et alii* 1996: 175.

<sup>109</sup> 2008: 58 y ss.

<sup>110</sup> 2009: 100-101.

miento, que López Precioso considera un elemento aislado novedoso<sup>111</sup>.

Molina establece como un tipo característico del “Argar Tardío” para la zona del Sureste las botellas con boca estrecha y cuerpo esferoidal, con unas cronologías que podrían arrancar desde un momento avanzado del “Bronce Pleno”.

Lo que intentamos poner de relieve incluyendo estas informaciones es que los argumentos que ayudaron a López Precioso a datar el inicio de la Fase “BF-1” del yacimiento de “El Castellón” *ca.* 1150 a.C. sirven perfectamente para elevar esa cronología hasta el s. XIV cal. AC.

En “El Castellón”, en un momento difícil de determinar aunque podría ser situado preliminarmente en momentos del s. XIV cal. AC., tal y como argumentaremos posteriormente, se produce un cambio de modelo poblacional y se pasa del poblamiento encerrado dentro de las murallas de una de las conocidas en la investigación como “morras” a una ampliación hacia las laderas media y baja del cerro, quizás por motivos demográficos u otros que deberemos analizar en el futuro contando con la información necesaria.

Se abandonan los espacios intramuros, que desde entonces se arruinan y rellenan con los niveles de destrucción de las paredes de tapial y se inicia un poblamiento exterior, probablemente disperso, tal y como parece documentarse en las distintas fases de ocupación de las laderas media y baja.

<sup>111</sup> 1993a: 69.

Siempre nos ha llamado la atención el hecho de que el argumentado corte temporal ocupacional en el yacimiento de “El Castellón” entre la fase del “Bronce Pleno Avanzado” y la fase del “Bronce Final Inicial” se basa principalmente en una argumentación de poco peso, arqueológicamente hablando:

Un potente estrato de amortización de la última fase del poblado del “Bronce Pleno”<sup>112</sup>.

La potencia de los estratos no debe ponerse directamente en relación con el tiempo de formación. En ocasiones un estrato potente se relaciona con una ruina y/o destrucción rápida mientras que otras veces un estrato menos potente ha llevado mucho más tiempo para su deposición.

Respecto al poblamiento, vemos que frente a la enorme abundancia de yacimientos datados en el “Bronce Clásico”<sup>113</sup> en nuestra “Región Nuclear”, en estas cronologías se observa una gran reducción cuantitativa del mismo.

Es algo similar a lo que se detecta en la zona murciana<sup>114</sup>, en la zona granadina<sup>115</sup> y en la zona alicantina<sup>116</sup>.

No obstante, no todos los poblados se desocuparían pero el número que mantiene población es mucho más reducido.

<sup>112</sup> López Precioso 1994: 297.

<sup>113</sup> Ver capítulo 7 de nuestro trabajo.

<sup>114</sup> Eiroa 2004: 138.

<sup>115</sup> Contreras *et alii* 2000: 401 y ss.

<sup>116</sup> Mauro Hernández 2009-2010: 24.

Así tendríamos los casos expuestos previamente, como “El Castellón”, “El Amarejo Grande”, “Toriles-1” y “Peñón de Peñarrubia”, que muestran un emplazamiento “continuista” respecto al de etapas anteriores.

Sin embargo, eso demuestra que se está produciendo un cambio sustancial en el patrón poblacional y se trataría de un síntoma de cambios en el control y la explotación del territorio que llevan aparejados cambios sociales y económicos de calado que desembocarán en “El Bronce Final”.

Por lo que observamos en las viviendas de “El Castellón”, no se sigue ningún tipo de pauta urbanística, sino que a lo largo de las distintas fases las viviendas van ocupando desordenadamente el terreno interior a la muralla.

Son viviendas preferentemente realizadas con tapial y adobes y de plantas rectangulares. Los hogares son circulares u ovales al interior de las estructuras y también se documentó un horno de planta oval que se encontraba parcialmente fuera de una de ellas.

La muralla es de una tipología muy interesante y muestra similitudes con la de otro yacimiento sincrónico como es el del “Peñón de Peñarrubia”.

Sería conveniente realizar estudios más profundo sobre la de “El Castellón”, ya que el tipo de entrada “acodada” que muestra en su zona meridional no tiene paralelos que nosotros conozcamos en nuestra zona de estudio ni las inmediaciones.

Respecto a los yacimientos que López Precioso dató en los momentos de su denominado “Bronce Final Inicial”, curiosamente, se produce una serie de similitudes

entre todos ellos y “El Castellón” en sus fases más antiguas:

Junto a los parecidos en la tipología de sus cerámicas, todos ellos se emplazan en lugares topográficamente relacionados con las tradiciones poblacionales del “Bronce Pleno” de la zona. Si no respetan escrupulosamente el mismo emplazamiento, se sitúan en su espacio más inmediato.

En definitiva, reflejan unos intereses similares en su situación geográfica e incluso topográfica con los de las poblaciones del “Bronce Pleno”.

Incluso se puede documentar que en varios de ellos existió, de hecho, una ocupación clara y efectiva durante la fase del “Bronce Pleno”, como en “El Amarejo Grande” y “El Castellón”<sup>117</sup>.

El poblamiento del “Bronce Tardío” propuesto por nosotros en aquellos yacimientos y zonas de nuestra “Región Nuclear” donde puede ser identificado supone, en nuestra humilde opinión, antes que una ruptura radical con los momentos anteriores una continuación en aquellos yacimientos donde las necesidades de control, estratégicas y económicas no implicaban una necesidad de cambio.

Así sucedería también en “Los Toriles-1”, “Camarillas-1”, “El Amarejo Grande” y “El Peñón” y, por las cronologías más recientes, “El Acequión”. Desde todos ellos se tiene una buena visibilidad del entorno inmediato.

Por lo tanto, y a pesar de la documentación tan reducida a nivel territorial con la

<sup>117</sup> Vide supra.

que contamos, da la impresión de que es una norma bastante generalizada dentro del territorio de nuestra zona de estudio el que los poblados de tradición “continuista” en su localización sean los menos numerosos.

Se abandonan muchos yacimientos del “Bronce Clásico” pero otros yacimientos, un número aparentemente mucho más reducido, mantienen su ocupación por lo que esta etapa del “Bronce Tardío” reflejaría justamente una transición hacia el poblamiento del “Bronce Final”, que sigue siendo no obstante muy desconocido puesto que seguimos contando con documentación principalmente procedente de prospecciones

Sin embargo, es en “El Castellón” donde contamos con el único emplazamiento hasta el momento en el que el poblamiento muestra continuidad hasta los momentos finales del “Bronce Final”, ya en transición a la “I Edad del Hierro”, mientras que en los otros ejemplos mencionados ésto no ocurriría así, probablemente por cambios en el modelo o patrón de poblamiento por causas que aún debemos dilucidar.

Aparentemente, la ruptura del patrón poblacional más acusada se produciría entre la etapa del “Bronce Tardío” y el “Bronce Final”; no así en “El Castellón”, que se ocuparía hasta momentos de la “Edad del Hierro”<sup>118</sup>.

Para la totalidad de la zona de estudio no es posible establecer un patrón de poblamiento unitario puesto que la documentación con la que contamos es muy escasa.

Durante las etapas denominadas “Bronce Tardío” y “Bronce Final” se observa que el territorio y las comunidades humanas del actual territorio administrativo de la provincia de Albacete estuvieron plenamente integradas en el conjunto de los procesos históricos observables en los territorios anejos. Las interrelaciones con esos territorios anejos fueron muy activas y dinámicas, evidenciando el carácter bidireccional, nunca unívoco, de los contactos.

Junto a aspectos propios que las diferencian de las culturas de las zonas colindantes o más alejadas, explicables por las propias condiciones, recursos, etc. presentes en la provincia y el desarrollo cultural de estas comunidades, es posible apreciar otros numerosos aspectos que nos evidencian un intenso y fluido contacto con zonas del resto de la Península.

El patrón poblacional sufre un importante cambio. Muy pocos yacimientos del “Bronce Clásico” mantienen su ocupación o la población se relocaliza en sus inmediaciones, luego es evidente que la mayor parte de las comunidades humanas se asientan en localizaciones que nos resultan muy difíciles de documentar.

Es evidente que las estrategias políticas y económicas son las que marcarán que unos pocos poblados mantengan población, al menos durante un breve tiempo para ser abandonados prácticamente todos con la llegada de la etapa del “Bronce Final”.

Ya hemos comentado que la ocupación de la zona habitable no sigue ningún patrón, ocupando y desocupando parcelas de la misma con unas viviendas realizadas mayoritariamente con materiales endebles y con tamaños que varían sensiblemente.

<sup>118</sup> Mas una ocupación aún posterior ya en el s. V a.C. (Soria 1997)

Respecto a los aspectos económicos, resulta muy difícil determinarlos, ya que la documentación es escasísima. Por las piezas líticas presentes en “El Amarejo Grande” suponemos unas labores agrícolas y las “queseras” documentadas en el “Cerro de El Cuchillo” y “Los Toriles-1” nos ilustran respecto al aprovechamiento del ganado.

Sí hay que resaltar la práctica ausencia de metal, que únicamente cuenta con dos ejemplos datables en el “Bronce Tardío”/“Bronce Final”: dos punzones<sup>119</sup>.

Por la escasísima documentación con la que contamos resulta demasiado arriesgado abordar una propuesta poblacional, aunque es evidente un cambio en el patrón de ocupación.

Podemos suponer que la mayor parte de la población se asienta en terrenos en los que es difícil documentar la ocupación, muy probablemente por localizarse en llano o emplazamientos menos “visibles” que las anteriores localizaciones tan señaladas del “Bronce Clásico”, algo que es evidente en momentos iniciales de la “I Edad del Hierro”<sup>120</sup>.

En cuanto a los aspectos de organización social también resulta muy difícil hacer propuestas al no contar apenas con documentación procedente de los poblados y, como explicaremos a continuación, sin ejemplos funerarios.

Sin embargo, no nos resistimos a comentar la estructura de planta ovalada-rectangular y 15 metros de eje mayor loca-

lizada en la Fase 3 del poblado de “El Castellón”. El excavador ya señaló que supera con creces el sentido estricto de vivienda para ser un espacio común de ocupación, en donde destaca un horno de planta oval y un hogar semicircular. Ese horno, como ya comentamos se encuentra parcialmente fuera de la estructura.

Es tentador interpretar ese edificio como un lugar de reunión, quizás de los principales de la comunidad para decidir las estrategias del grupo. Aunque también podría considerarse la vivienda o residencia de una familia principal, señalando una diferenciación y estructuración social muy marcada. Convendrá profundizar en esta línea de investigación.

No conocemos las costumbres funerarias de estas comunidades, tal y como ya puso de relieve López Precioso<sup>121</sup>, pero es muy interesante analizar lo que conocemos del enterramiento secundario de cremación en cista excavado en el yacimiento del “Bronce Pleno” del “Cerro de El Cuchillo” (Almansa).

En primer lugar, llama la atención que la deposición de los restos sigue la tradición funeraria del “Bronce Clásico”, enterrando los restos mortuorios en el interior del poblado, tal y como se observa en ese mismo yacimiento con los casos de enterramientos de inhumación<sup>122</sup>.

De hecho, para el enterramiento se realiza el esfuerzo de desmontar parte de una

<sup>119</sup> Ver capítulo 7 de nuestro trabajo.

<sup>120</sup> *Vide infra*.

<sup>121</sup> 1993a y 1994.

<sup>122</sup> Hernández Pérez, Simón García y López Mira 1994.

plataforma compacta de piedras y construir un muro de cierre para darle forma de cista.

Lo cierto es que no tenemos muy claro si ese hueco en la plataforma se realiza específicamente para acoger los restos de la cremación, o se aprovecha una estructura ya excavada previamente para otros fines como podría ser el almacenaje.

Lo que sí está claro es que se trata de una deposición secundaria tras la cremación.

Los restos cremados también ofrecen información muy interesante, puesto que por la conservación de los huesos y la cantidad de los mismos, nos muestran que la temperatura alcanzada fue baja y la exposición al fuego no fue prolongada.

La problemática continúa pero es cierto que la documentación es enormemente interesante para seguir profundizando.

También es interesante poner esta información en relación la propuesta de González Prats de que el rito crematorio de los cadáveres podría haber sido en realidad el mayoritario desde momentos cronológicos bastante anteriores al “Bronce Final”<sup>123</sup>, aunque los argumentos que expone nos parecen bastante inconsistentes. No obstante, la hipótesis es digna de tener en cuenta.

Ya en los momentos de transición hacia la “I Edad del Hierro” encontraremos bastantes ejemplos funerarios que cabe poner en relación con el rito de la cremación<sup>124</sup>.

Terminaremos haciendo una breve mención a la posible existencia de *lugares culturales* o similares. El único ejemplo que podemos mencionar, y con muchas reservas lo encontramos en el poblado de “El Castellón”. En este yacimiento se exhumó una estructura de planta ovalada-rectangular de 15 metros de largo en su eje mayor y con hoyos de poste que sustentarían la cubierta. Lo interesante es que en uno de esos hoyos se recuperaron huesos de extremidades y de cráneo de un ovicáprido, que fueron interpretados como ofrenda de amortización.

Este simple ejemplo nos pone en relación con el mundo de las creencias de estas comunidades.

<sup>123</sup> González Prats 2000.

<sup>124</sup> Ver capítulo 9 de nuestro trabajo.





## 9. LA “I EDAD DEL HIERRO”



Durante la “I Edad del Hierro” será cuando asistamos a la eclosión de la conocida como “Cultura Ibérica” en nuestra “Región Nuclear”, con una serie de características y rasgos ya plenamente formados y otros que se desarrollarán con gran rapidez y que se mantendrán a lo largo de los siglos, hasta ya bien avanzada la romanización, evidenciando la importante personalidad de las culturas protohistóricas que habitaron esta región.

La “I Edad del Hierro” supondrá la consolidación definitiva del rito funerario de la cremación como el rito funerario exclusivo, la aparición y desarrollo del urbanismo, la aparición de las cubriciones tumulares características del ambiente escenográfico de las necrópolis ibéricas, la adopción de la escultura en piedra, etc. entre otras muchas novedades que iremos comentando.

Tradicionalmente, y en relación con nuestra zona de estudio, no son pocos los investigadores que han venido identificando la zona de la “Alta Andalucía”, periferia inmediata del “Mundo Tartésico”, como la “cuna” de la Cultura Ibérica tal y como la conocemos.

Desde esta región se habría extendido su influencia cultural por su periferia, dando lugar a la Cultura Ibérica que conocemos en estas zonas, con sus evidentes diferencias y similitudes culturales con las demás

zonas incluidas dentro del amplio término “Cultura Ibérica”<sup>1</sup>.

En realidad, esa idea venía a reflejar una argumentación basada en la creencia de una preeminencia cultural y económica de la zona tartésica como “cultura avanzada” o más desarrollada culturalmente que las situadas en su periferia y desde la que se “irradiarían” los elementos culturales que permitirían la iberización de su periferia.

Esa “irradiación cultural” se produciría dentro del “fenómeno orientalizante” en la mitad meridional peninsular y acompañada, en sus momentos finales, por la influencia cultural del pujante “elemento” o “factor griego” desde la zona levantina<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Llobregat Conesa 1972: 7 (principalmente refiriéndose al área “contestana”); Arteaga 1976-78; Abad Casal 1979; García Cano e Iniesta Sanmartín 1982; Bendala y Blánquez 1987; para una visión general hay una abundantísima bibliografía entre la que recomendamos los distintos Congresos y publicaciones relacionadas específicamente con la Cultura Ibérica como el “Simposi Internacional: Els Orígens del Món Ibèric” (*Ampurias* 38-40, 1976-78), “*Los Íberos*” (1983), “*Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico. Jaén 1985*” (1987), “*Los Íberos. Príncipes de Occidente*” (1998). Una muy buena recopilación de bibliografía comentada sobre los pueblos ibéricos y sus aspectos historiográficos, políticos, económicos y sociales en Ruiz (2008: 839 y ss.).

<sup>2</sup> Sin olvidar tampoco el factor etrusco; para nuestra zona de estudio, una buena visión en Blánquez Pérez 1990c.

Sería en la zona más oriental de la zona tartésica, la “Alta Andalucía” y el Sureste, así como el Levante por la temprana llegada de los fenicios a esas costas, donde se produciría en buena medida el nacimiento de la Cultura Ibérica por contacto entre el Mundo tartésico y las poblaciones de su periferia oriental. La Cultura Ibérica sería, desde este punto de vista, en buena parte heredera de la “Cultura Tartésica”.

Al sobrevenir la denominada “Crisis Tartésica” hacia finales del s. VI a.C. el “foco” cultural y mayor preponderancia político-económica pasa a situarse en la periferia inmediata del territorio tartésico.

En la investigación podemos encontrar variadas posiciones metodológicas a la hora de abordar el inicio de las distintas “Culturas Ibéricas” cuyo aire de familiaridad ha ocasionado hablar de “Cultura Ibérica” como generalidad.

Lo cierto es que nosotros, en consonancia con posiciones actuales, pensamos que hay que abandonar en buena medida esa creencia, ya que la pujanza cultural de la denominada “periferia tartésica” sincrónicamente al desarrollo del propio “núcleo tartésico” que observamos es de un enorme calado.

De hecho, la “Cultura Ibérica” en nuestra “Región Nuclear” muestra gran cantidad de posos culturales que suponen una perfecta mezcla de influencias “tartésicas” y otras claramente locales o provenientes de las regiones levantinas y septentrionales que se han ido desarrollando en los siglos precedentes, tal y como iremos explicando a lo largo de nuestro trabajo.

Se trata, al fin y al cabo, del propio desarrollo cultural incluido dentro de la “I Edad

del Hierro”, como etapa histórica y no meramente tecnológica.

Es uno de los aspectos más positivos de ser una “tierra de paso”, un “cruce de caminos” que tradicionalmente se había visto desde un punto de vista negativo pero que, muy contrariamente, ha sido una de las causas del desarrollo cultural e histórico de nuestra zona de estudio.

No podemos hablar de ningún modo de un importante poso cultural “tartésico” como elemento fundamental y casi único en la génesis de la Cultura Ibérica del sureste de la Meseta Sur; ni siquiera, como veremos, de un importante poso “orientalizante”<sup>3</sup>.

Las comunidades protohistóricas asentadas en nuestra “Región Nuclear” no son meras receptoras de influencias que modifican sus condiciones sociales, poéticas y culturales, sino que son agentes muy activos que sincretizan, discriminan y aprovechan aquellos elementos que les resultan útiles en su propio desarrollo, acordes a su propia idiosincrasia.

A este respecto remitimos a las conclusiones del próximo capítulo, dedicado al “Complejo Funerario Monumental” de Pozo Moro (Chinchilla de Montearagón) para ilustrarlo de manera fehaciente.

---

<sup>3</sup> De hecho, las propias implicaciones del uso de este término ya serían cuestión de un amplio trabajo de investigación que no consideramos procedente abordar en nuestra labor. Para profundizar en esta cuestión existe una ingente bibliografía; a modo ilustrativo recomendamos la publicación más reciente dedicada precisamente al “Período Orientalizante”, que consta de dos volúmenes y está centrada principalmente en nuestra Península Ibérica, con abundantísima bibliografía relacionada (Celestino Pérez y Jiménez Ávila 2005).

Este proceso no será lineal ni exento de conflictos, tal y como podremos apreciar en la documentación arqueológica.

Por supuesto, no negamos la influencia “tartésica” u “orientalizante” pero consideramos fundamental matizarla y darle su verdadera dimensión, conjugándola con todos los demás elementos e influencias culturales propias de las comunidades protohistóricas presentes en la zona y de otras zonas anejas que no pueden ser incluidas en aquellas.

En opinión de J Blánquez: “Lo orientalizante y lo indígena de otras zonas de la Península, aun siendo anteriores en el tiempo y perdurando en estos momentos, no fueron capaces de provocar una reacción o transformación de un calibre tal que se plasmará en una cultura nueva: la ibérica. Fenómeno que sí se dio, en intensidad y calidad suficiente, con la colonización focea y su continuador emporitano”<sup>4</sup>.

Así se interpretaría, por ejemplo, la cada vez más abundante presencia del símbolo de la “piel de bóvido extendida” en ambientes y momentos cronológicos plenamente ibéricos distribuidos por amplias zonas de la península<sup>5</sup>.

Creemos que la situación es muy distinta a lo afirmado por Blánquez. Justamente, parece que cuando el fenómeno tartésico u orientalizante va perdiendo fuerza por la formación de la Cultura Ibérica conformada en su periferia, todos los aspectos que se han ido fraguando durante dos-tres siglos

de contactos florecen. Parece más probable considerar que la Cultura Ibérica surge de ese poso de gran calado y no únicamente gracias a la “recentísima” influencia griega, sincrónica aunque algo posterior en su inicio.

Durante la I Edad del Hierro, ya desde sus inicios, tenemos asentado un sustrato poblacional que podemos considerar el germen del mundo ibérico en la zona, con una serie de rasgos, rituales y creencias que perdurarán en las etapas posteriores.

La sistematización cronológica que aquí propondremos para el estudio de la I Edad del Hierro es la siguiente:

1. El sustrato cultural/Hierro Antiguo (750/650 a.C.)
2. Protoibérico (650-550 a.C.):
  - 1ª Fase del proceso formativo de la Cultura Ibérica.
3. Cultura Ibérica/Ibérico Antiguo (550-450 a.C.)

Para comenzar este capítulo vamos a repasar someramente la situación que encontramos en los momentos finales del Bronce Final en nuestra zona de estudio para contextualizar nuestro análisis.

El patrón poblacional del final de la Edad del Bronce nos es prácticamente desconocido.

El número de yacimientos catalogados para ese momento histórico es reducidísi-

<sup>4</sup> 1990a: 459.

<sup>5</sup> Contra esta opinión, Prieto Vilas 2002b.



mo, algo que debemos poner en relación con un profundo cambio en el patrón poblacional precedente.

Por esa práctica “invisibilidad” en el registro, es de suponer que los yacimientos de finales de la Edad del Bronce se localizan en emplazamientos que resultan difíciles de rastrear.

Unido a este hecho hay que señalar la falta de trabajos sistemáticos de excavación en yacimientos, por lo que únicamente las prospecciones nos aportarán información, con toda la problemática que ello conlleva.

De hecho, veremos que para los primeros momentos de la I Edad del Hierro se comienzan a documentar un número apreciable de yacimientos que aparentemente no cuentan con fases de ocupación anteriores: El Macalón (Nerpio)[Comarca C.1], Pozo Cañada-1 (Pozo Cañada)[Comarca A], La Cruz de Mármol (Pétrola)[Comarca A], Camarillas-2 (Hellín)[Comarca B.1], La Rambla de Ayora (La Recueja)[Comarca E.2].

Contamos, de esta manera con información de varias de las Comarcas de nuestra “Región Nuclear”. Pasemos a analizar la información.

En primer lugar debemos hablar del poblado de El Macalón. Se trata de un yacimiento que corona un cerro imponente muy cerca de la localidad serrana de Nerpio.

Conocido de antiguo<sup>6</sup>, han sido varias las campañas de excavación llevadas a cabo en él<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Cuadrado 1945.

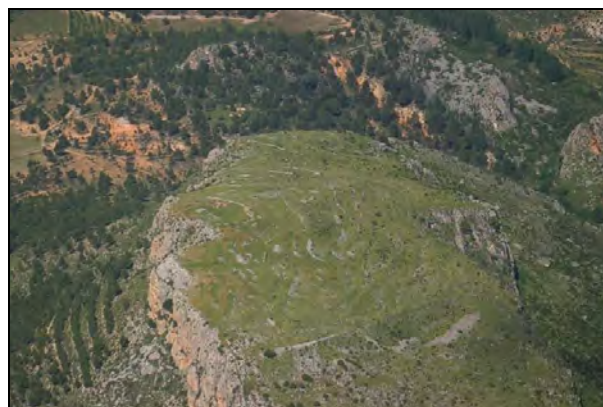


FIG. 9.1: Vista aérea del área del yacimiento de El Macalón<sup>8</sup>

Almagro-Gorbea empleó este yacimiento como referencia para su sistematización cronológica de la “Iberización de las zonas orientales de la Meseta”<sup>9</sup>.

Respecto a las cronologías iniciales del yacimiento, van desde la propuesta de Pellicer de datar ese momento en torno al 800 a.C.<sup>10</sup>, a las de Almagro-Gorbea de una cronología anterior al 600 a.C.<sup>11</sup>, una fecha anterior a la primera mitad del s. VII a.C. en opinión de Soria Combadiera<sup>12</sup>, o una data-

---

<sup>7</sup> García Guinea 1959, 1960 y 1964; Lucía Soria aporta información sobre las excavaciones llevadas a cabo en el año 1986 por Caja y Espadalé y las labores de prospección y elaboración de planimetría que dirigió ella misma en 1998 (Soria 2000). Más recientemente se han realizado nuevos trabajos de documentación de una zona de necrópolis asociada al yacimiento, y que ha sido datada preliminarmente en los siglos VII-VI a.C. (López Salinas 2015).

<sup>8</sup><http://www.turismonerpio.com/nerpio/nerpio-iberico/>; última consulta el 02-10-2015.

<sup>9</sup> 1976.

<sup>10</sup> 2000: 285.

<sup>11</sup> 1976: 117.

<sup>12</sup> 2000: 295.

ción de la primera mitad del s. VII a.C. para López Salinas<sup>13</sup>.

No encontramos elementos que nos lleven a no estar de acuerdo con una datación de finales del s. VIII a.C.

En este yacimiento, a pesar de las campañas de excavación realizadas nos resulta totalmente desconocida la disposición espacial de las viviendas, lo cual nos imposibilita llevar a cabo un análisis. No obstante, es cierto que debemos destacar que desde los primeros momentos de ocupación, a juzgar por la documentación con la que contamos, se documentan estructuras de planta rectangular.

Sin embargo, Pellicer considera que en la primera fase de ocupación, anterior al s. VII a.C., las viviendas eran de planta circulares u ovals “aunque no se detectó ninguna por su carácter perecedero”<sup>14</sup>.

El Macalón presenta una arquitectura defensiva por medio de una muralla de gran longitud con varios accesos, uno de ellos flanqueado por una torre cuadrangular, realizada con piedras sin desbastar de tamaño medio y algunas grandes trabadas con tierra.

Otro yacimiento que podemos mencionar, ya que su cultura material es parango-

nable con la de las primeras fases de ocupación de El Macalón es el yacimiento de Camarillas-2 (Hellín). Localizado junto al yacimiento Camarillas-1/El Tesorico, no muestra estructuras en superficie y contamos únicamente con unos pocos materiales exclusivamente a mano que podemos situar a inicios de la I Edad del Hierro. Mostramos en ello nuestro acuerdo con López Precioso, quien dató este yacimiento entre finales del s. VIII e inicios del s. VII a.C.

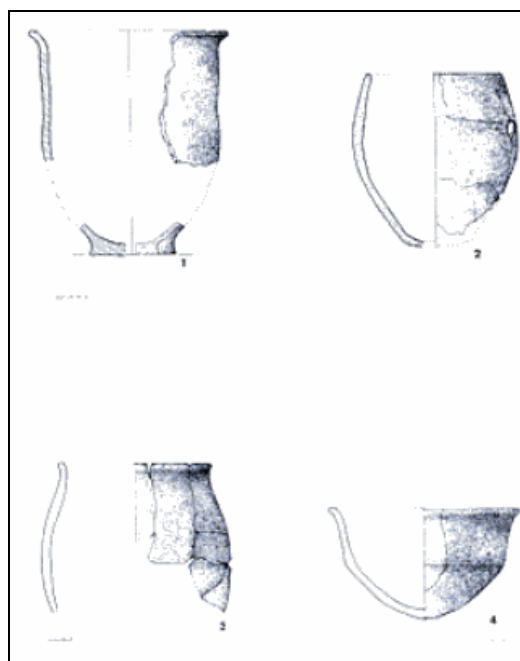


FIGURA 9.2: Materiales de Camarillas-2<sup>15</sup>

La Cruz de Mármol (Pétrola) es un yacimiento interesante de cara a abordar las estructuras habitacionales de los momentos iniciales de la I Edad del Hierro, ya que en la primera de sus dos fases estratigráficas se documentó una vivienda cuadrangular con

<sup>13</sup> 2015: 133.

<sup>14</sup> 2000: 285. Su opinión nos parece arriesgada, además de basarse meramente en suposiciones, ya que “es corriente en el Bronce Final del Sureste”. A este respecto queremos recordar que en el poblado de “El Castellón” (Hellín), con unas cronologías de finales del s. VIII o inicios del s. VII a.C. se documenta una vivienda de planta angular que su excavador, con las lógicas reservas por el mal estado de conservación de la misma, interpreta como de planta rectangular (López Precioso 1993a: 65).

<sup>15</sup> Tomado de Zarzalejos Prieto y López Precioso 2005: 831 fig. 17.

muros de zócalo piedra y alzado de adobe, suelo de barro apelmazado, un hoyo de poste y con un estrato de ocupación donde se recuperaron cerámicas realizadas exclusivamente a mano<sup>16</sup>.

Por su parte, el yacimiento de Variante de La Gineta 1+360, excavado por Pérez Rojas, estaba formado por una única estructura de habitación de “fondo de cabaña” bilobulada, con dos fases de ocupación, entre cuyos materiales pertenecientes a la primera de ellas podrían datarse a finales del s. VII a.C.<sup>17</sup>

En relación con ello podemos mencionar el yacimiento de Pozo Cañada-1, en el que se documentaron algunas estructuras de tendencia ovalada y de cierta profundidad excavadas en el terreno que fueron interpretadas como basureros rellenos de cerámicas fragmentadas, restos de adobes y enlucidos, huesos y algo de materia orgánica<sup>18</sup>. Estas estructuras fueron datadas en los momentos finales del Bronce Final o a inicios de la I Edad del Hierro, siempre en un horizonte previo a la llegada de las cerámicas a torno<sup>19</sup>.

<sup>16</sup> López Precioso y Sala Sellés 1999: 231.

<sup>17</sup> El informe inédito de excavación está depositado en la Delegación de Cultura de Albacete.

<sup>18</sup> López Precioso y Sala Sellés 1999: 231.

<sup>19</sup> López Precioso y Zarzalejos Prieto 2005: 834..

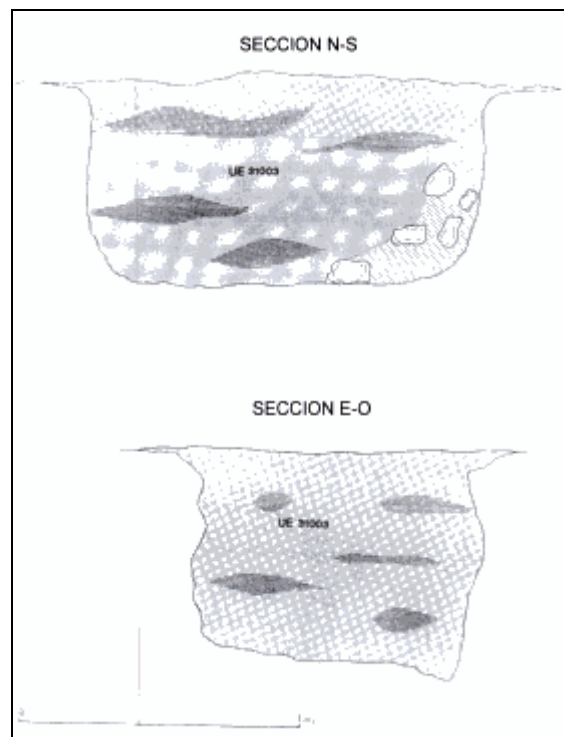


FIGURA 9.3: Secciones de las estructuras negativas de Pozo Cañada-1<sup>20</sup>

No queremos dejar de mencionar otro yacimiento muy interesante como es la “Rambla de Ayora” (La Recueja)[Comarca E.2]<sup>21</sup>.

Junto con otros yacimientos cercanos como Los Muros (Jorquera), Los Villares (Fuentealbilla) y Los Cárcelos (Villamalea), no muestra unos materiales con decoraciones incisas, impresas y pintadas que permiten datarlos entre el siglo VIII y mediados del s. VII a.C.

Estos yacimientos se localizan a ambos lados del río Júcar pero muy cerca de él,

<sup>20</sup> Tomado de López Precioso y Zarzalejos Prieto 2005: 834.

<sup>21</sup> Soria Combadiera y Mata Parreño 2001-2002.

preferentemente ocupando espolones y lugares escarpados de fácil defensa, con la excepción de Los Villares, situado en llano pero donde, no obstante, sólo se recuperó un fragmento, por lo que no cumple con las mismas características que los otros tres.

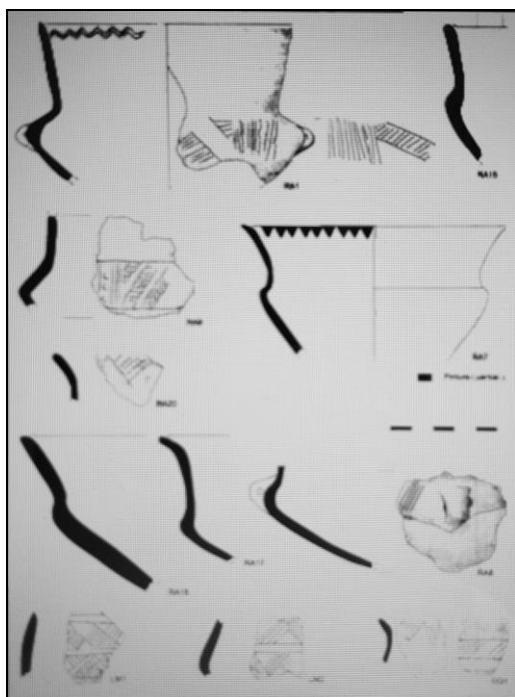


FIGURA 9.4: Perfiles y decoraciones de las cerámicas de estos yacimientos

Las estructuras asociadas a este yacimiento se resumen en una probable torre de defensa, un muro y numerosos fragmentos de barro endurecido con mprontas de materia vegetal<sup>22</sup>

La dispersión de este tipo de cerámicas incisas es muy amplia pero está centrada entre la zona de Los Saladares (Orihuela) al

<sup>22</sup> Soria Combadierna y Mata Parreño 2001-2002: 97.

Sur y el Valle del Ebro al Norte, y el valle del Tajo al Oeste y la costa castellonense al Este<sup>23</sup>.

Un dato interesante es el hallazgo de un fragmento de hierro en la Rambla de Ayora, lo que lo convertiría en el ejemplo de presencia de hierro en un yacimiento de cronología tan antigua de la provincia de Albacete<sup>24</sup>

Si nos fijamos a continuación en los yacimientos que podemos identificar como *lugares funerarios* con cronologías en estos momentos que hemos tratado de inicios de la I Edad del Hierro, debemos mencionar principalmente cuatro de ellos: Huerta del Pato (Munera), Tiriez (Tiriez), Fuente del Espino-3 (El Bonillo)<sup>25</sup> y Hoya de Santa Ana (Chinchilla de Montearagón).

Tres de ellos, que son los que trataremos a continuación, se localizan en la misma zona del Campo de Montiel, por lo que podemos considerar que en ese territorio la adopción de la cremación como rito funerario fue temprana y muy aceptada.

Analizaremos en primer lugar el yacimiento de la Huerta del Pato.

Fue descubierto por casualidad con motivo de la excavación de un pozo en una

<sup>23</sup> El vacío de piezas en la zona conquense que se observa en el mapa que las autoras aportan en su trabajo (página 101), podemos indicar fehacientemente que no es tal por los materiales que nosotros mismos recuperamos al excavar el yacimiento de Las Madrigueras-1, poblado correspondiente a la famosa necrópolis excavada por Almagro-Gorbea.

<sup>24</sup> Soria Combadierna y Mata Parreño 2001-2002: 97 y 104.

<sup>25</sup> Asociado a Fuente del Espino-5 (ver capítulo 8 de nuestro trabajo)

finca situada en las proximidades del río Córcoles, a 20 m. de su orilla izquierda, a unos 4 km. de la localidad de Munera.

El nombre más comúnmente mencionado en la bibliografía es el de Huerta del Pato, aunque en los trabajos del aficionado local García Solana encontramos la denominación “Villa Pato”<sup>26</sup>.

Es de obligada necesidad acudir a las primeras noticias sobre su descubrimiento para recopilar la información más completa sobre las características del hallazgo. Así Ángeles Belda nos da datos sobre la zanja realizada en la cual fueron halladas las urnas y demás elementos. Esta zanja tenía cuatro metros de largo por tres de ancho y seis de profundidad. A una profundidad de cuatro metros se localizaron las urnas, al parecer todas juntas.

Todas ellas contaban con su correspondiente tapadera, tratándose de vasos de carena alta. También se menciona la posible existencia de un torques de bronce, de sección circular. Por su parte García Solana lo denomina “brazalete de cobre”. Este objeto, al ser confundido con el brocal de un pozo fue destruido y abandonado.

Entre otros elementos de ajuar se comenta la presencia de un brazalete, originalmente considerado de hueso<sup>27</sup> y un cuenco cerámico.

Dados el tamaño y características de los fragmentos del supuesto brazalete de hueso

se pudo determinar que en realidad pertenecían a dos brazaletes distintos.

Resulta interesante fijarse en los primeros momentos de la exposición de estas piezas, fijada originalmente en salas de la Diputación Provincial de Albacete hasta la inauguración del actual edificio del Museo, en 1978. En la vitrina se hallaban tanto las piezas cerámicas y elementos de ajuar como el relleno de barro de la urna de mayor tamaño<sup>28</sup>.

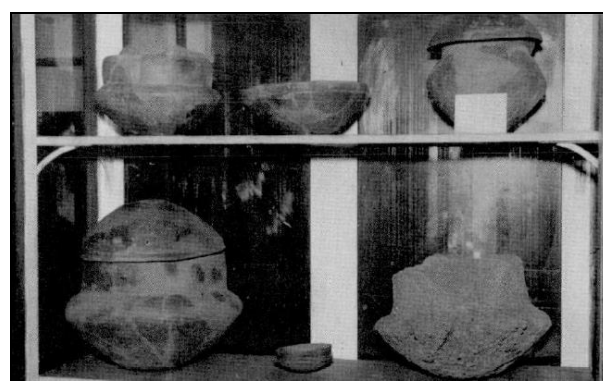


FIGURA 9.5: Vasijas de Huerta del Pato

Recientemente el reestudio de estos materiales por parte de A. González Prats nos ofrece importantes novedades<sup>29</sup>. En primer lugar, los brazaletes considerados de hueso serían en realidad de marfil<sup>30</sup>. Además, entre los restos óseos cremados se localizaron dos separadores o distribuidores de collar realizados en hueso.

<sup>26</sup> 1966

<sup>27</sup> J. Pereira, curiosamente tomando la noticia de Belda habla de un brazalete de piedra (1994: 52).

<sup>28</sup> García Solana 1966: Lámina III.

<sup>29</sup> 2000.

<sup>30</sup> La presencia de este material pone aún más en relación este yacimiento con el de Fuente del Espino-3 (*vide infra* 9).



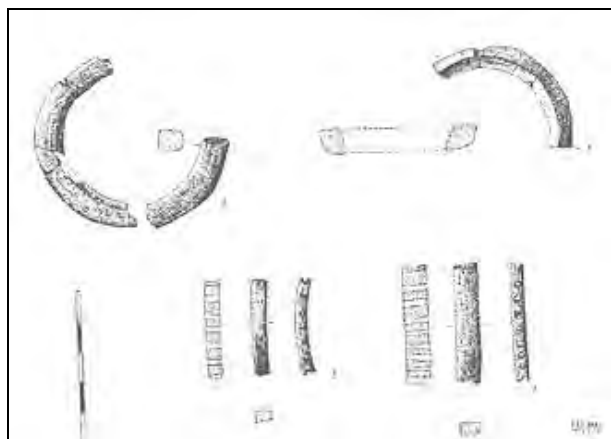


FIGURA 9.6: Brazalete de marfil y distribuidores de hueso

Tanto las urnas como el pequeño cuenco incluido como elemento de ajuar presentan sus superficies bruñidas.

Por la tipología de las urnas y su ausencia de decoración, Ruiz Zapatero y Lorrio las dataron entre el 750 y el 650 a.C.<sup>31</sup>.

Con motivo del estudio de las mismas llevado a cabo por González Prats, este investigador señaló las evidentes similitudes con cierto tipo de urnas de cremación de la Fase I de la necrópolis de Les Moreres (Crevillente, Alicante). Del mismo modo, también se relacionan por la presencia de distribuidores de collar de hueso como ajuar así como por el tipo de enterramiento en sí.

Esa fase cuenta con una datación del 900 al 750 a.C.<sup>32</sup>

Ciertamente, de aceptar las cronologías propuestas por González Prats para la necrópolis de Les Moreres podríamos consi-

derar unas cronologías similares para la necrópolis de Huerta del Pato.

No obstante, Lorrio Alvarado, en su análisis del Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica data la presencia de los distribuidores de collar de hueso en los contextos funerarios del Sureste en la segunda mitad del s. VIII a.C.<sup>33</sup>

En el apartado de las conclusiones volveremos sobre el tema, interpretando además en una nueva clave de investigación esta necrópolis de Huerta del Pato.

A continuación analizaremos la necrópolis de Tiriez (Tiriez)<sup>34</sup>.

Las circunstancias del hallazgo de las piezas que vamos a comentar son desconocidas.

El conjunto publicado originalmente constaba de una urna cineraria que contenía cenizas y huesos y un broche de cinturón de los denominados "tartésicos".<sup>35</sup>

La urna mostraba una fractura a la altura del cuello que quizás pueda ser puesta en relación con un golpe del arado que pudo sacar a la luz el conjunto.

<sup>31</sup> 1988: 260. Cronologías similares ya habían sido propuestas por Almagro-Gorbea 1976: 116 fig.6.

<sup>32</sup> González Prats 2002.

<sup>33</sup> 2008: 290.

<sup>34</sup> Soria Combadiera y García Martínez 1995.

<sup>35</sup> Soria Combadiera y García Martínez 1995: 247-248.



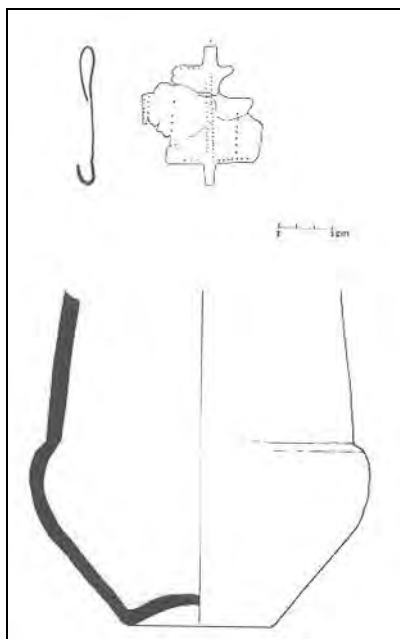


FIGURA 9.7: La urna y el broche

Soria y García dataron este conjunto dentro del s. VII a.C., tanto por la tipología de la urna, que consideraban muy relacionada con las producciones orientalizantes de los s. VII y VI a.C., como por la analogía del broche de cinturón con ejemplos de necrópolis andaluzas y extremeñas de esas cronologías.

Todo ellos les llevó a proponer contactos con ámbitos del Guadalquivir.

Posteriormente se ha dado a conocer la existencia de un fragmento de cuenco que probablemente habría actuado de tapadera que cubriría la urna en el momento de su deposición<sup>36</sup>.

<sup>36</sup> López Precioso y Zarzalejos Prieto: 830.

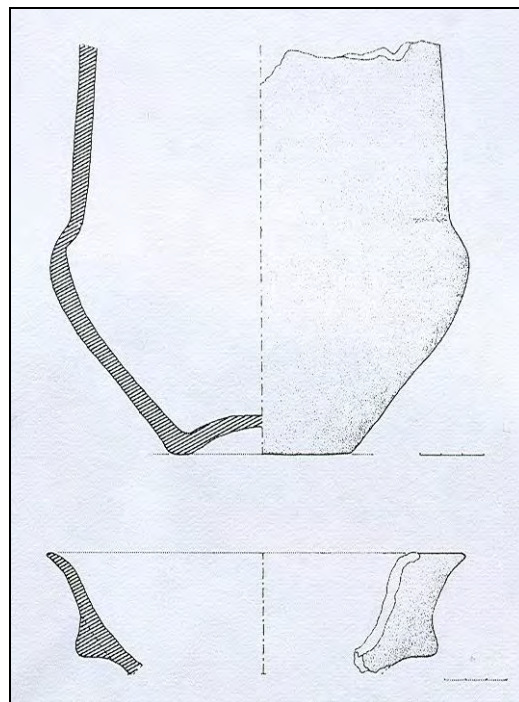


FIGURA 9.8: La urna y el cuenco<sup>37</sup>

Por su parte Torres Ortiz no descarta que la cronología de este enterramiento pueda llegar incluso al s. VIII a.C.<sup>38</sup>

En tercer lugar no podemos resistirnos a incluir junto a estos ejemplos el yacimiento de Fuente del Espino-3 (El Bonillo).

En este yacimiento se localizaron abundantes y muy interesantes fragmentos cerámicos de pasta acastañada y realizados a mano que presentan una decoración monocroma en rojo a base de líneas rectas, ángulos. Las cronologías de los materiales recuperados en prospección abarcan desde finales del s. VIII a.C. hasta finales del s. VII a.C.

<sup>37</sup> Según López Precioso y Zarzalejos Prieto 2005: 830.

<sup>38</sup> 1996: 193.

Entre los materiales de prospección no se observan materiales a torno, lo que también relaciona a esta necrópolis con la de Huerta del Pato y Tiriez.

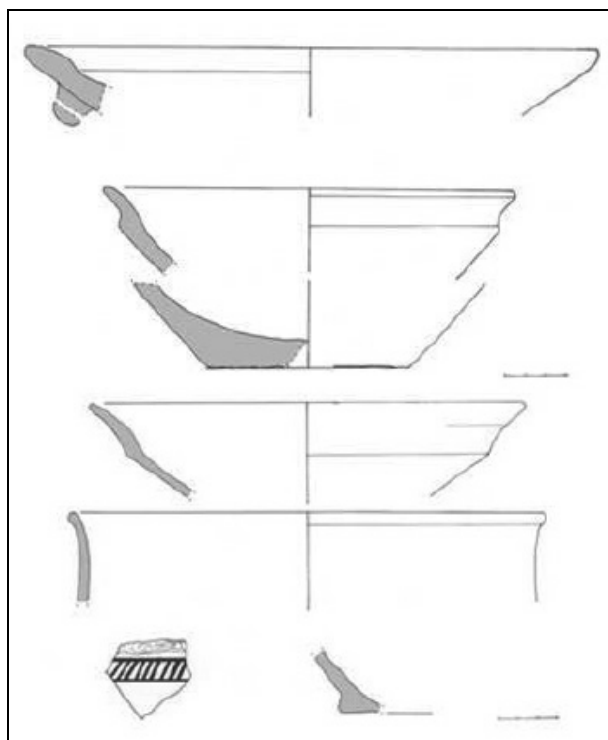


FIGURA 9.9: Cerámicas de Fuente del Espino-3.

Esta necrópolis se relacionaría con un poblado de gran extensión en la cima de una loma, prácticamente en el llano.

Posiblemente existieron dos áreas diferenciadas: en una de ellas (Fuente del Espino-3) se documentaría la presencia de una gran estructura tumular de más de dos metros de diámetro, y en la segunda (Fuente del Espino-5) un campo de pequeñas es-

tructuras tumulares de dimensiones diversas<sup>39</sup>.

Por la observación de los materiales conservados en los fondos del Museo Provincial de Albacete pudimos localizar un pequeño fragmento de sección triangular que identificamos como de un objeto de marfil, por lo que podríamos relacionar esta necrópolis con la de Huerta del Pato por la presencia de objetos de marfil entre los ajuares funerarios.

Para enlazar con esos momentos de finales del s. VII a.C. hay que mencionar sin lugar a dudas, uno de los yacimientos más interesantes de la I Edad del Hierro en nuestra "Región Nuclear": Los Almadenes (Hellín).

Se trata de un yacimiento amurallado de pequeño tamaño situado en un espolón de forma triangular sobre el Cañón de Los Almadenes, en el límite provincial entre Albacete y Murcia.

Este poblado se creó *ex-novo* con un claro urbanismo y distribución de los espacios desde su fundación a finales del s. VII a.C.

Se le atribuye una única fase de ocupación y su final fue violento hacia el 2º tercio del s. VI a.C.

<sup>39</sup> Zarzalejos Prieto y López Precioso 2005: 816; López Carretero 2011: 32.

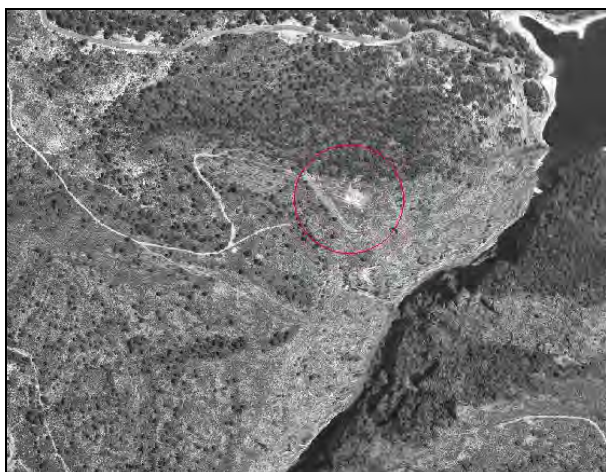


FIGURA 9.10: Vista aérea de Los Almadenes. Se señala con un círculo el yacimiento

La muralla meridional, de más de 120 m. de largo está rematada por una torre de planta circular en su parte occidental, donde se encuentra el acceso principal al poblado<sup>40</sup>. Recientemente se han documentado lienzos de muralla también en los otros dos lados del cerro y contaba con una portena en cada uno de ellos<sup>41</sup>.

La superficie del yacimiento es de 3000 m<sup>2</sup> pero sólo se ha excavado un sector, en donde se localizaron un gran edificio de más de 300 m<sup>2</sup> y una pequeña vivienda de no más de 20 m<sup>2</sup>.<sup>42</sup>

<sup>40</sup> López Precioso y Zarzalejo Prieto 2005: 832.

<sup>41</sup> Comunicación de Víctor Cañavate en las "I Jornadas Científicas de Arqueología de Albacete. 22 y 23 de Enero de 2015".

<sup>42</sup> López Precioso y Zarzalejo Prieto 2005: 832.



FIGURA 9.11: Pequeña vivienda a la izquierda y el gran edificio tras ella<sup>43</sup>

Recientemente se ha determinado que el yacimiento contaba con, al menos, 16 estructuras, la mayor parte definidas como "unicelulares" y dos calles<sup>44</sup>.

El edificio principal, situado en la parte central del yacimiento, se organiza en dos zonas en torno a un gran patio cuadrangular. No obstante, da la impresión de que esa organización se debe a una reforma que unió lo que originalmente debieron ser dos viviendas independientes.

Al oeste del patio se levanta una gran construcción de planta rectangular irregular dividida en cuatro departamentos. Al Este se documentan tres habitaciones independientes que se abren hacia el patio central.

"El muro de cierre meridional del patio limita con otro espacio abierto muy amplio que interpretamos como una calle longitu-

<sup>43</sup> <http://www.iberosalbacetemurcia.es/sitios.php?id=4;> Última consulta 2-10-2015.

<sup>44</sup> Comunicación de Víctor Cañavate en las "I Jornadas Científicas de Arqueología de Albacete. 22 y 23 de Enero de 2015".

dinal, ya que parece prolongarse hacia el este y el oeste rebasando la extensión del edificio 1. A esta calle se abre una construcción rectangular simple en cuyo interior aparece otro hogar circular; esta construcción quedó identificada como edificio 2.

Posiblemente la evolución constructiva en al menos dos fases concuerde con la evolución funcional apreciada en la parte oeste, la cual, tras un primer uso doméstico, pasa a utilizarse para el almacenamiento de ánforas y otros grandes vasos contenedores.

El ajuar cerámico recuperado aparece fragmentado pero completo en su gran mayoría, lo que permite reconstruir con un alto grado de seguridad el repertorio material del momento.

Se encontraron principalmente ánforas imitación del tipo fenicio Rachgoun-1, fabricadas con dos tipos de pastas distintos que no se corresponden con la típica pasta esquistosa occidental. Les siguen en número los vasos pintados, Numerosos vasos grandes junto con pequeños vasos de vajilla de mesa y abundante vasos pintados.

Se documenta cerámica gris, siendo sobre todo platos de borde vuelto y excepcionalmente por vasos de morfología peculiar como son una pequeña urna de orejetas, un gran vaso bicónico de cuello señalado y una fuente de pie talonado. Todos estos vasos se fabrican a torno, mientras que la cerámica de cocina se sigue fabricando a mano.

La distribución de esos vasos permiten una reconstrucción funcional del edificio en su fase final. La gran concentración cuantitativa de ánforas y vasos de almacenaje excede las necesidades de un grupo familiar. En una de las habitaciones los vasos esta-

ban apoyados sobre las paredes norte y oeste, y aún otros sobre éstos, dejando un estrecho pasillo de acceso a otras.

De todo ello se deduce que si en un principio se construye como vivienda, en un segundo momento, las estancias se amortizan para el uso doméstico pasando a convertirse en almacén. Por el contrario, por la mayor escasez de objetos en el ala Este del edificio, se ha interpretado que allí era donde se realizaba la vida diaria.

Para el momento inmediatamente posterior contamos con dos yacimientos que ayudarán a complementar lo visto hasta ahora: un poblado (La Quéjola[San Pedro]<sup>45</sup>) y una necrópolis (Casa del Monte/El Patojo[La Recueja]).

El poblado de La Quéjola (San Pedro)[Comarca D] es un poblado fundado *ex-novo* en una fecha imprecisa de finales del s. VI a.C. con un urbanismo muy marcado. Su excavador le atribuye, por ello, un plan arquitectónico preconcebido<sup>46</sup>. Su ocupación abarcaría todo el s. V a.C.

Emplazado en un espolón, ocupa cerca de una hectárea y cuenta con una muralla de 1,60 m. de grosor que lo defiende por sus lados Sur, Este y Norte, ya que al Oeste el cortado natural del terreno no lo hace necesario. No obstante, y dado lo arrasado que está este sector, Blánquez Pérez hipotetiza que los muros de las casas en este lado actuarían de defensa.

El acceso al poblado se hacía por una puerta en el lado Sur de la muralla, a la que

<sup>45</sup> Blánquez Pérez 1993c, 1995b.

<sup>46</sup> Blánquez Pérez 1993c: 91.

se adosaba un torreón de planta cuadrangular.

Desde su emplazamiento domina la vega del río Quéjola.

Se pudieron definir 16 departamentos, que conformarían 8 conjuntos diferenciados. Los edificios presentaban un zócalo de sillarejo y un alzado de tapial, estando todo revocado con barro.

Aparentemente, el poblado contaba con una única calle central que se abría a un espacio amplio en la zona Norte.

Se identificó un edificio singular formado por dos conjuntos adosados que, al adelantar sus muros perimetrales, definían un espacio *in antis*. Este edificio ha sido interpretado como un *Thesaurus*.

Respecto a los materiales, destaca el gran número de ánforas distribuidas por todas las habitaciones, lo que es interpretado como evidencia de que no era para autoconsumo, sino que la función del poblado era comercial. Dedicado a la intermediación del comercio del vino.

Junto con abundante cerámica de producción indígena también se recuperaron cerámicas áticas de barniz negro del tipo Cástulo.

En el edificio singular se habría encontrado una figura broncea representando a *Astarté* pero que no fue localizada allí, sino que apareció tiempo antes pero se pudo determinar cuál habría sido exactamente el lugar del hallazgo.

Dentro de esta cronología de finales del s. VI a.C. abordaremos ahora la necrópolis

de La Casa del Monte/El Patojo (La Recueja)[Comarca E.2]<sup>47</sup>.

De esta localización llegó al Museo de Albacete en 1984 un conjunto formado por una urna pintada de tipo anfórico, un plato-tapadera de ala horizontal con decoración vascular geométrica y un puente de fíbula del tipo Acebuchal-Bencarrón. No se sabe a qué tipo de enterramiento se asociaba ni su estructura.

Los materiales permitieron a López Precioso datarlo entre mediados y finales del s. VI a.C.

Lo hemos incluido aquí porque, a pesar de la distancia geográfica con el yacimiento de Los Almadenes, su relación cultural es más que evidente.

Finalmente, vamos a abordar tres yacimientos, tres necrópolis, que consideramos fundamentales para estudiar la Cultura Ibérica en nuestra "Región Nuclear":

### Camino de la Cruz

(Hoya Gonzalo) [Comarca A]

Principios del s.V a.C.<sup>48</sup>

Necrópolis excavada a lo largo de una única campaña en Agosto de 1981 o el Ve-

---

<sup>47</sup> López Precioso 1994.

<sup>48</sup> Blánquez Pérez y Martínez Díaz 1983: 89; Blánquez Pérez 1984a: 105; *id.* 1984b: 191; 1988a: 375; *id.* 1994a: 335; *id.* 1994b: 222.



rano de 1982, según las publicaciones que se consulte<sup>49</sup>.

Situada junto a la entrada del pueblo de Hoya Gonzalo, al Oeste del mismo y junto a unos pequeños almacenes o hangares; no se ha localizado el poblado sincrónico al que se asociaría aunque se apuntaron como localizaciones idóneas los pequeños cerros que bordean la hoya por sus lados sur y oeste o la actual ubicación del pueblo<sup>50</sup>.

El conocimiento de su existencia fue posible gracias al cívico comportamiento de uno de los naturales de la localidad, D. Santiago Núñez Delicado, quien entregó en el Museo de Albacete fragmentos de cerámica, urnas completas y algunos fragmentos de bronce procedentes del bancal denominado “Camino de la Cruz”. Este bancal, de forma rectangular y con unas medidas aproximadas de 35/40 x 70 m. con orientación longitudinal S. – N., había sido aplanado artificialmente para favorecer su explotación agrícola, lo cual afectó gravemente a la conservación del yacimiento. De hecho, la potencia máxima de los estratos arqueológicamente fértiles nunca superaba los 40 cm.

Ante el riesgo de destrucción inminente por el trazado de una carretera ya proyectada se realizó una excavación de urgencia dirigida por Juan José Blánquez Pérez.

Se excavaron tres sectores, denominados “zonas”, dentro del bancal para determinar la extensión del yacimiento:

---

<sup>49</sup> Para la fecha de Agosto de 1981: Blánquez Pérez 1984a: 93; para la fecha de 1982: Blánquez Pérez y Martínez Díaz 1983: 89, Blánquez Pérez 1984b: 186, *id.* 1988b: 345 y ss.; *id.* 1992a: 247. Suponemos una errata la primera fecha.

<sup>50</sup> Blánquez Pérez y Martínez Díaz 1983: 89.

Zona 1: 7 zanjas (4 x 1,5 m.) alineadas longitudinalmente en dirección E. – W. que atravesaban por completo el bancal. Zanjas de la 1 a la 7. La separación entre ellas era de 1 m.

Zona 2: Dos series paralelas escalonadas de cinco zanjas cada una al Sur del bancal. Sus medidas son de 4 x 1,5 m. y el eje longitudinal de todas ellas sigue una orientación SO.-NE. Primera serie: zanjas de la 8 a la 12, y al Sur de éstas, la segunda serie: zanjas de la 13 a la 17. Posteriormente, y tras la planificación y excavación de varias de las catas de la Zona 3, pero sincrónicamente, se plantearon y excavaron dos nuevas zanjas al Norte de la primera serie. Se trataría de una nueva serie, la tercera, con las zanjas 43 y 44<sup>51</sup>. Esta zona resultó estéril en cuanto a presencia de tumbas.

Zona 3: Inmediatamente al Norte de la Zona 1 se planificó una excavación en extensión con un total de 42 catas. Sus medidas son de 4 x 1,5 m. y el eje longitudinal de todas ellas, al igual que en la Zona 2, sigue una orientación SO.-NE. Sólo se llegaron a excavar 23 una vez se confirmaron los supuestos límites del área arqueológica fértil.

---

<sup>51</sup> Estos últimos datos son suposiciones propias a partir de la documentación gráfica publicada (Blánquez 1984a: 96-97; *id.* 1984b: 201, fig. 2; *id.* 1988a: 377, fig. 1).





FIGURA 9.12: Planimetría del yacimiento en su primera fase de excavación<sup>52</sup>.

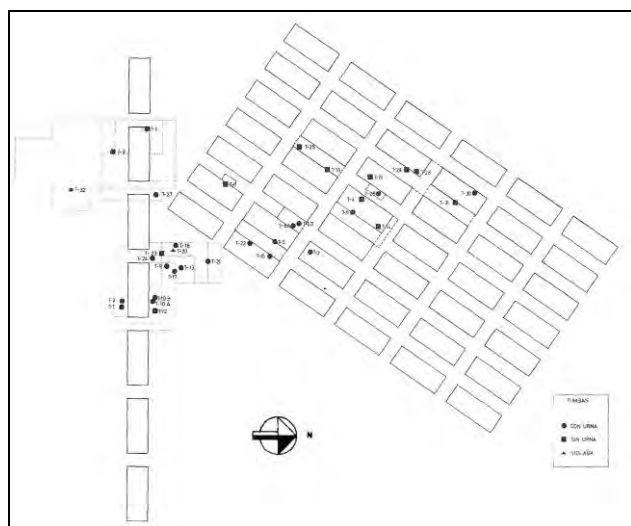


FIGURA 9.13: Localización de las tumbas exhumadas una vez finalizada la fase de ampliación de las cuadrículas.

Tenemos constancia de la realización de alguna cata geológica fuera del área arqueológica, al Oeste del bancal<sup>53</sup>.

<sup>52</sup> Blánquez Pérez 1988a: 377.

<sup>53</sup> Blánquez Pérez 1988a: 375 nota 12. Esta información resultará importante para las conclusiones que expon-dremos a continuación.

En total se excavaron 44 zanjas, más las ampliaciones efectuadas en las nº 4 (6 ampl.) y 6 (7 ampl.) de la zona 1. Aunque no encontramos ninguna referencia expresa en las publicaciones, a partir de las figuras es posible advertir que también se realizaron ampliaciones en las cuadrículas 18, 34, 20/23/33, 21, 29, 37 y 38 de la Zona 3<sup>54</sup>.

En los primeros trabajos publicados se menciona indistintamente la excavación de 33<sup>55</sup> ó 35<sup>56</sup> tumbas.

Según el primer trabajo específico de su excavación, se localizaron y excavaron 33 tumbas<sup>57</sup>. El número de 35 tumbas resultaba de la adición de dos más que fueron entregadas previamente a las labores arqueológicas por D. Santiago Núñez a las 33 tumbas excavadas<sup>58</sup>. En los planos aparecen localizadas las 35, luego suponemos que quien dio noticia de los hallazgos indicó, a su vez, la situación exacta de dónde aparecieron o bien fue posible deducirlo *in situ*.

De las 35 tumbas, tal y como se observa en la FIGURA 9.13, una apareció vio-

<sup>54</sup> La separación por barra indica que esas cuadrículas se vieron afectadas por la ampliación, aunque nos resulta imposible saber cuál de ellas fue origen de la ampliación. Podemos suponer que, por la situación de las tumbas en las cuadrículas, la ampliación entre las zanjas 20 y 23 vino motivada por el hallazgo en el perfil de la zanja 23 de la tumba 6A. La ampliación entre las zanjas 23 y 33 sería lógica dada la localización en el perfil Oeste de la zanja 33 de las tumbas 15 y 22, y de la tumba 5 en el perfil Este de la zanja 23. Las demás ampliaciones son fácilmente deducibles en los demás casos.

<sup>55</sup> Blánquez Pérez 1984a: 98.

<sup>56</sup> Blánquez Pérez y Martínez Díaz 1983: 89; Blánquez Pérez 1984b: 186.

<sup>57</sup> Blánquez Pérez 1984b: 98.

<sup>58</sup> Blánquez Pérez 1984b: 187 nota 10.

lada (Tumba 20), al parecer no de antiguo<sup>59</sup>. Otras 23 mostraban deposición de los restos de la cremación dentro de urna y 11 enterramientos carecían de urna<sup>60</sup>. Con posterioridad a la campaña de excavación, D. Santiago Núñez hizo entrega de los restos de otras ocho tumbas más<sup>61</sup>. Por tanto, en total parece que habrían existido, al menos, 43 tumbas teniendo en cuenta la entrega previa a la excavación de los restos de dos de ellas por parte del descubridor del yacimiento, a las que se añadieron otras ocho más entregadas con posterioridad<sup>62</sup>.

Más recientemente se menciona que “durante los trabajos de campo se documentaron un total de 26 tumbas”<sup>63</sup>. No se ven coincidencias en los distintos artículos publicados, bailando las cifras de tumbas entre 35, 33 y 26.

<sup>59</sup> Según el excavador, “algunas de las tumbas documentadas en la excavación han aparecido violadas no de antiguo. No ha sido posible asociar las urnas entregadas a éstas últimas [...]” (Blánquez Pérez 1984b: 187).

<sup>60</sup> Esta ausencia no se sabe si fue debida en todos los casos a una sustracción de la misma o a la intencionalidad ritual, aunque la afirmación: “Indicativo es, no obstante, el que los huesos de estas ‘tumbas’ no sean abundantes” (Blánquez Pérez 1988a: 373) parece indicar que el excavador da más probabilidad a la opción de sustracción de las urnas que al aspecto ritual de la deposición.

<sup>61</sup> Blánquez Pérez 1984b: 187 nota 10.

<sup>62</sup> Blánquez Pérez 1984b: 187 nota 10. Se trata de un dato de interés que, sin embargo, no ha sido recogido en trabajos especializados posteriores, al igual que la rectificación respecto a la no existencia de túmulos realizados con adobes y su relación con tierra rojiza que delimitaba la necrópolis (Blánquez Pérez 1986: 11, nota 5; 1988a: 375; *íd.* 1990: 344, nota 22; R. Sanz Gamó, J. López Precioso y L. Soria Combadiéra 1992: 53; López Precioso y Sala Sellés 1988-1989: 155).

<sup>63</sup> Blánquez Pérez 1992a: 247; *íd.*, 1994a: 334; *íd.* 1999b: 56.

Paleodemografía: 26 tumbas = 32 individuos<sup>64</sup>. Es de suponer que seis tumbas eran dobles, probablemente mujer + niño por los conocimientos que tenemos de la inmensa mayoría de los enterramientos ibéricos. La existencia de tumbas dobles ya fue mencionada con anterioridad, aunque sin especificar su número<sup>65</sup>.

El estudio de los restos óseos corrió a cargo del Dr. Reverte Coma en el mes de Noviembre de 1986, aunque, por desgracia, los resultados no han sido publicados<sup>66</sup>.

Quizás un argumento interesante sea la mención de su excavador a los “análisis de los restos óseos efectuados a 26 sepulturas [...]”<sup>67</sup>. Podría indicar que se ha producido una confusión entre las tumbas halladas y aquellas que recibieron estudio paleoantropológico, o bien ese “baile de cifras” puede estar relacionado con el hecho de que estudios posteriores han determinado que no todos los restos arqueológicos documentados respondían a enterramientos en sí.

<sup>64</sup> Blánquez 1992a: 247.

<sup>65</sup> Blánquez Pérez 1988a: 371.

<sup>66</sup> <http://www.gorgas.gob.pa/museoafc/home.html> (sección bibliografía). Curiosamente, García Huerta sí afirma que estos resultados han sido publicados (1995: 75), aunque en la bibliografía que aporta no encontramos ninguna referencia. Nosotros sólo hemos localizado una publicación al respecto, mencionada por Blánquez Pérez (1995f: 258 y 267), pero que aparece con el epígrafe de “en prensa” y no hemos podido acceder a ella de ninguna forma ni hemos encontrado ninguna otra referencia. La publicación aludida, tal y como es citada en Blánquez Pérez 1995f, pág. 267 se trataría de: ‘Blánquez 1994b: “Nuevos estudios sobre paleodemografía ibérica”, Albacete (e.p.)’.

<sup>67</sup> Blánquez Pérez 1994a: 334.

En el artículo en el que se incluye tal mención, se afirma que “El Camino de la Cruz” es una necrópolis que “se excavó en 1982 documentándose 26 cremaciones en hoyo de las que no se conservaban sus cubriciones” Sin embargo, en esa misma publicación, apenas unas hojas después, se dice: “Desde 1984 se están analizando cremaciones de necrópolis ibéricas del sureste de la Meseta. Son los yacimientos de Pozo Moro, con 34 enterramientos [...]; Camino de la Cruz, con 33 tumbas y, por último, Los Villares, con un primer estudio de 44 tumbas<sup>68</sup> y otro posterior de 52 más”<sup>69</sup>.

En el trabajo sobre los broches y placas de cinturón de la Edad del Hierro de la provincia de Albacete<sup>70</sup>, referidas a este yacimiento únicamente se estudiaron las piezas pertenecientes a las tumbas 1 y 6<sup>71</sup>. Sin embargo tenemos conocimiento por las distintas publicaciones de su excavador de la existencia de otras piezas, tanto completas como incompletas, aparecidas durante las labores arqueológicas o entregadas por D. Santiago Núñez<sup>72</sup>. De hecho, llega a mencionar en relación con los ejemplos de placas de cinturón de tipo céltico presentes en la vecina necrópolis de “Los Villares” que

<sup>68</sup> Blázquez 1990a: 408.

<sup>69</sup> El subrayado es nuestro. La misma cifra de 33 tumbas se recoge también en Blázquez Pérez 1994b: 222.

<sup>70</sup> Soria Combadiera y García Martínez 1996.

<sup>71</sup> Soria Combadiera y García Martínez 1996: 32-43, 111-112.

<sup>72</sup> Blázquez Pérez 1984a: 104, nota 19. Llama, así mismo, la atención el hecho de que en otro trabajo en el que se recogen las placas de cinturón de bronce depositadas en el Museo Provincial de Albacete no se menciona siquiera ni una sola de estas piezas (Abascal Palazón y Sanz Gamio 1993: 48 y ss.).

también se documentan en el yacimiento de “El Camino de la Cruz”, “si no tan completos sí en cantidades relativamente abundantes”<sup>73</sup>. Estas otras piezas carecen de estudio.

Es extraña la disposición de las dos tumbas consideradas más antiguas, una situada en el extremo O. de la necrópolis y la otra en el extremo N., separadas por una distancia de más de 20 m. Del mismo modo llama la atención el empeño por paralelizar cronológicamente ambas sepulturas en función de sus ajuares, que no tienen por qué ser tan cercanos como se defiende. Otro asunto es el argumento de la delimitación de espacio de uso con una tierra rojiza alóctona, que posteriormente se comprobó que se trataba de la destrucción de los adobes de las cubiertas tumulares a causa de las roturaciones agrícolas. No obstante, en varias publicaciones se observan grandes dudas al respecto, con argumentaciones o afirmaciones prácticamente contradictorias<sup>74</sup>.

La cuestión de la sobreestructura de las tumbas presenta importante información. Sabemos de la existencia de adobes fragmentados<sup>75</sup> y de estructuras tumulares

<sup>73</sup> Blázquez Pérez 1984b: 196.

<sup>74</sup> P.ej. Blázquez Pérez 1988a: 371 y ss. En las primeras páginas se afirma que “[...] aparentemente, es la única necrópolis documentada en la provincia de Albacete que rompe una uniformidad tipológica: la presencia de estructuras tumulares como rasgo característico de las mismas” (1988a: 371). Sin embargo, en la página 375 se dice: “[...] abogamos por la existencia de enterramientos de cremación en hoyo cubiertos por sobreestructuras de adobes – bien tumulares, bien de una capa única de ellos – para la mayoría de las tumbas.”

<sup>75</sup> Blázquez Pérez 1986: 11, nota 5; *id.* 1988a: 374.

realizadas con adobes en los que son visibles las llagas de unión entre ellos<sup>76</sup>.

Debe quedar claro definitivamente que en la necrópolis de “El Camino de la Cruz” la mayoría de las tumbas poseían unas sobreestructuras de adobe, muy posiblemente a modo de túmulos y tampoco es descartable la existencia de túmulos de sillarejo o encachados tumulares. En la investigación se ha seguido manteniendo la idea original de ausencia de cubriciones tumulares en esta necrópolis<sup>77</sup>. Resulta curiosa, sin embargo, la inclusión de “El Camino de la Cruz” en la lista de necrópolis ibéricas con enterramientos de incineración cubiertos con empedrados tumulares realizada de forma general por García Cano al referirse al mundo ibérico del territorio oriental de la Meseta y el Sureste peninsular<sup>78</sup>.

La más reciente mención de su excavador indica que “no se puede caracterizar al Camino de la Cruz como una necrópolis más de cremación en hoyo sino, más bien, de tumbas tumulares destrozadas modernamente en sus niveles más superficiales, hasta el punto que el potente estrato de tierra rojiza que caracterizaba todo el entorno arqueológico era consecuencia de la

rotura generalizada de los cierres”<sup>79</sup>. Algo parecido ya lo avanzaba años antes, al afirmar que “durante los trabajos de campo se documentaron un total de 26 tumbas que, en ningún caso, conservaban sus cubriciones originales. Una abundante tierra rojiza de tipo arcilloso delataba la zona arqueológica y evidenciaba, a la vez, la existencia de posibles cubriciones tumulares en adobe, hoy desaparecidas”<sup>80</sup>.

Es interesante la mención a piezas griegas de importación aparecidas previamente a las labores de excavación<sup>81</sup>, que sin embargo no han sido publicadas<sup>82</sup>. En los fondos del Museo de Albacete hemos podido estudiar esas piezas de importación, habiendo algunos fragmentos dignos de destacar. Por desgracia no aparecen asociados a una estratigrafía arqueológica clara pero nos dan una información muy interesante para analizar la cronología del yacimiento.

Señalar la orientación de la caja funeraria: E.-O. Relación con las creencias religiosas de estas comunidades protohistóricas, que tenemos atestiguadas de forma similar en Los Villares y Pozo Moro con dataciones sincrónicas. En este caso doblemente importante al tener documentado un ritual previo de destrucción de un vaso cerámico antes de la deposición de la urna.

<sup>76</sup> *id.* 1999b: 57. En origen se interpretó como una “hilada longitudinal de adobes que se extendía por detrás de la Tumba 1 hacia el Oeste” (Blázquez Pérez 1984b: 187-188; *id.* 1988a: 376, nota 12).

<sup>77</sup> Fernández Galiano y García-Gelabert 1989: 113<sup>77</sup>; Sanz Gamó, López Precioso y Soria Combadierna 1992: 53.

<sup>78</sup> 1995: 129. El subrayado es nuestro. Esta inclusión obedecería a una generalización de la documentación conocida para la provincia de Albacete antes que a una afirmación de la existencia contrastada de esos empedrados tumulares.

<sup>79</sup> Blázquez Pérez 1999b: 57.

<sup>80</sup> Blázquez Pérez 1992a: 247.

<sup>81</sup> Blázquez Pérez 1999b: 56. En otra publicación anterior se especifica que las cerámicas griegas eran de barniz negro y aparecieron en el bancal con anterioridad de los trabajos arqueológicos (Blázquez Pérez, 1994a: 335).

<sup>82</sup> Y en trabajos de otros investigadores tampoco han sido recogidas: “En ella no aparecen materiales de barniz negro” (Sanz Gamó y López Precioso 1994: 228).

También en la necrópolis de Los Villares podríamos tener documentación similar de rituales con la aparición de vasijas realizadas a mano no asociadas a ninguna tumba en los momentos fundacionales de la necrópolis<sup>83</sup>.

Asímismo, la presencia de piedras de mediano tamaño en la cubrición de la T. 8<sup>84</sup> podría ponerse en relación con la introducción de las cubriciones de encachados tumulares, que no tumulares propiamente, casi sincrónicamente a lo que se observa en la necrópolis de Los Villares en el caso de la T. 31. Por tanto, El Camino de la Cruz sería una necrópolis “al uso” de la zona del Sureste de la Meseta, con cubriciones tumulares tanto de adobes como de encachados de piedras. Su mismo excavador precisa: “No podemos precisar, pues, si las cubriciones originales eran de adobe sólo, o en piedra rematadas por adobes [...]”<sup>85</sup>.

Llama la atención la ausencia de elementos arquitectónicos y/o escultóricos, aunque debemos hacer hincapié en que no se conservó ningún cierre de las tumbas y la posible piedra pudo ser retirada por las faenas agrícolas<sup>86</sup>.

No obstante, y contradictoriamente, encontramos menciones a la presencia de piedras de mediano tamaño en la cubrición de la T. 8, como ya mencionamos anteriormente, y unos bloques de piedra, sin traba-

jar, pero colocados de manera intencionada visibles en el perfil S. de la cuadrícula C-2<sup>87</sup>.

Gracias a la información de la necrópolis de Los Villares sabemos que los materiales con los que estuviese realizado el túmulo (adobes, piedras o ambos) no diferencian respecto a su decoración escultórica (el jinete nº 1 coronaba un túmulo enteramente de adobes; el jinete nº 2 coronaba un encachado de piedras). Por su parte, junto al túmulo nº 22, mixto de adobe y sillarejo, con una cámara interna se halló la escultura zoomorfa de león.

Presencia de figurillas cerámicas<sup>88</sup>. Posible cota de mallas en bronce (T. 8) (Blánquez 1984a: 103), choca con la afirmación de la ausencia de armamento (Blánquez 1992a: 247). Se trataría de armamento defensivo, quizás amortizado más que por ese hecho por ser un elemento muy exclusivo.

Se echa en falta una mínima planimetría cenital o de planta con los túmulos de adobes y la presencia de piedras mencionadas y visibles en los perfiles de los cortes 6 y 2<sup>89</sup>.

Desde los primeros momentos de estudio la cronología del yacimiento fue fijada

<sup>83</sup> Blánquez Pérez 1990: 134-137.

<sup>84</sup> Blánquez 1984b: 187.

<sup>85</sup> Blánquez Pérez 1992a: 247.

<sup>86</sup> Blánquez 1988a: 374; *id.* 1992a: 247.

<sup>87</sup> Blánquez Pérez 1988a.

<sup>88</sup> Blánquez 1992a: 247.

<sup>89</sup> Llama la atención la reiterada afirmación de una ausencia total de piedras explicada “por el actual uso del bancal como huerta” (Blánquez Pérez 1992a: 247).



en el primer cuarto del s. V a.C.<sup>90</sup>, cronología que hoy en día sigue vigente<sup>91</sup>.

#### Información de las tumbas:

**Tumba 1:** Posible presencia de fíbula anular hispánica entre su ajuar, asociada a una laminilla de bronce y a una placa de cinturón de un solo garfio decorada con líneas en resalte, escotaduras abiertas y tres puntos de enganche. (Blánquez Pérez 1984b: 188). Por desgracia, tal posible fragmento de fíbula anular no ha sido estudiado. La placa de cinturón, alterada por la combustión de su amortización, es del tipo C-II de Cerdeño y se data en un arco cronológico entre el 625 y el 500 a.C. Para la necrópolis de “El Camino de la Cruz” se estima el momento final como el más adecuado (Blánquez Pérez 1984b: 188 y ss.; Soria Combadierna y García Martínez 1996: 33, 39 y 111).

La Tumba 1 fue considerada en origen del tipo “enterramiento en hoyo simple” con una hilada longitudinal de adobes que se extendía por detrás de ella, hacia el Oeste<sup>92</sup>, aunque posteriormente su excavador ha matizado que la deposición se encuentra dentro de un túmulo de adobes de grandes dimensiones<sup>93</sup>. El *loculus*, se pensó que se trataba de un hoyo que atravesaba en primer lugar un estrato de tierra arcillo-

sa, rojiza, de muy escasa potencia que podría proceder de una extensión de niveles geológicos, más al Oeste, ya fuera del ban- cal, o bien ser fruto de una extracción in- tencionada de aquella zona y su traída a ésta para la realización de las tumbas<sup>94</sup>.

Esa tierra arcillosa, probablemente alóctona y traída *ex profeso*, se habría empleado para delimitar la zona de enterra- miento, a modo de “suelo de uso”<sup>95</sup>.

En segundo lugar se atravesó la capa de roca natural: una especie de marga se- midescompuesta. Ésto sería una norma ge- neral a la necrópolis (Blánquez Pérez 1984b: 187-188).

El *loculus* contenía una urna parale- lepípeda a modo de “caja” de barro mode- lada a mano y cocción oxidante. Esta caja tenía cuatro patas de sección triangular en cada una de sus esquinas inferiores y una tapa plana, de barro sin cocer, con peque- ñas incisiones en uno de sus lados superio- res. Acabado con engalba. La urna contenía los restos de la cremación del cuerpo y, descansando sobre ellos, la placa de cintu- rón.

Bajo la urna se recuperó amortizada una vasija, una olla realizada a mano con restos de pintura a la almagra. Podríamos relacionar su presencia con un ritual de libación en el *loculus* previo a la deposición de los restos cremados. Quizás tengamos un paralelo muy similar de rituales funerarios en las necrópolis ibéricas en el cercano ya-

---

<sup>90</sup> Blánquez Pérez y Martínez Díaz 1983: 89-90; Blánquez Pérez 1984b: 188 y ss..

<sup>91</sup> Blánquez Pérez 1999b: 56.

<sup>92</sup> Blánquez Pérez 1984b: 187-188. En sentido sur-norte (Blánquez Pérez 1988a: 376, nota 12).

<sup>93</sup> Blánquez Pérez 1999b: 56-57.

---

<sup>94</sup> Blánquez Pérez 1988a: 374.

<sup>95</sup> Blánquez Pérez y Martínez Díaz 1983: 89; Blánquez Pérez 1984a: 98.



cimiento de Los Villares (Hoya Gonzalo), como veremos más adelante.

Respecto a la **Tumba 30**<sup>96</sup>: Los restos de la cremación del cuerpo se introdujeron en una urna bitroncocónica a torno, de cocción oxidante y sin decoración. Se conservó únicamente su tercio inferior. Como ajuar se recuperó dentro de la urna una fibula anular hispánica, en bronce, apéndice de botón y decoración estriada en su puente. Suponemos que también dentro de la urna se localizaron los otros elementos de ajuar: una cuenta de collar<sup>97</sup> y un fragmento de campanilla de bronce.

El mejor paralelo dentro de la provincia de Albacete para la fibula recuperada en este enterramiento la encontramos en la necrópolis de Pozo Moro (Chinchilla de Montearagón). En la tumba 1H1, como único elemento de ajuar se recuperó una fibula anular hispánica de bronce de pie con botón<sup>98</sup>. Sin embargo, los ejemplos peninsulares de este tipo de fibula son escasos y se concentran casi exclusivamente en el área catalana junto con los dos ejemplos albacetenses<sup>99</sup>. Al mencionar los paralelos para esta fibula Blánquez Pérez equivoca el yacimiento, ya que él cita la Tumba 9 de la necrópolis Bonjoan de Ampurias (Girona)<sup>100</sup> cuando en realidad se trata de la

Tumba 9 de la necrópolis de Martí, también en Ampurias (Almagro-Basch 1952: 117, fig. 102-1)<sup>101</sup>.

Curiosamente, tanto el ejemplo de “El Camino de la Cruz” como el de “Pozo Moro” presentan el pie fundido, hecho que para Sanz Gamo, López Precioso y Soria Combadiera en relación con el ejemplo de Hoya Gonzalo es indicativo de un estadio algo más avanzado dentro de la concepción originaria de este tipo (1992: 105). Las similitudes entre ambas piezas albacetenses son extraordinarias, diferenciándose muy claramente del ejemplo ampuritano.

Frente a la fecha del 500 a.C. que se le da a la fibula de la Tumba 30 de “El Camino de la Cruz” [Blánquez Pérez 1984b: 191-192; 205, Lámina IV a) y b)], Alcalá-Zamora fecha la fibula de “Pozo Moro” hacia el 450 a.C.<sup>102</sup>

La totalidad de las urnas recuperadas estaban realizadas a torno, a excepción de la caja funeraria de la Tumba 1 y la olla que la acompañaba. Escasez de cerámicas a mano, que se reducen a piezas “propias de un uso de cocina, como la tapadera interior de la Tumba 27 y algunos cuencos sueltos de otras tumbas”<sup>103</sup>.

Como nuevas aportaciones consideramos que convendría estudiar en profun-

<sup>96</sup> Blánquez Pérez 1984b: 191-192; 205, Lámina IV, a) y b).

<sup>97</sup> Sin más detalles.

<sup>98</sup> Tipo 1 de Cuadrado y 10AN-01 de Sanz, López y Soria.

<sup>99</sup> Sanz Gamo, López Precioso y Soria Combadiera 1992: 104 (con bibliografía); Alcalá-Zamora 2003: 138 (la autora equivoca el año de la publicación de Almagro-Basch, siendo éste 1952 y no 1953); 273, fig. 1.

<sup>100</sup> Blánquez Pérez 1984b: 192.

<sup>101</sup> Resulta curioso que esta equivocación no es mencionada posteriormente por Sanz Gamo, López Precioso y Soria Combadiera (1992: 104-105).

<sup>102</sup> Alcalá-Zamora 2003:40.

<sup>103</sup> Blánquez Pérez 1984b: 187. No obstante, respecto a la tapadera interior de la Tumba 27, en el inventario general sólo se menciona la tapadera de orejetas hecha a torno, pero ninguna “interior” a mano (*id.* 1984b: 189-190).

didad los materiales de barniz negro recuperados previamente a la excavación para completar la cronología del yacimiento. La cronología general del yacimiento se fijó a principios del s. V a.C. (Blánquez 1992a: 247; *íd.* 1999b: 56)<sup>104</sup>.

Por lo que hemos podido ver en los fondos del Museo Provincial de Albacete, se conservan fragmentos del cuello de un *lékythos* de barniz negro y de asas de *kýlix* también de barniz negro.

Del mismo modo debemos tener en cuenta la existencia de una fíbula anular de pequeño tamaño procedente del yacimiento (Blánquez Pérez y Martínez Díaz 1983: 96, n<sup>o</sup> 187-2; Sanz Gamó, López Precioso y Soria Combadiera 1992: 141, n<sup>o</sup> 056), aunque su contexto nos resulta desconocido<sup>105</sup>.

Se trata de un tipo 4b de Cuadrado o "Fíbula de navicilla normal", tipo 10AN-04b de Sanz, Precioso y Soria. Su resorte es de charnela de bisagra, el mayoritario en este tipo de fíbulas. El abanico cronológico que abarcan estas piezas van desde mediados del s. V a.C. hasta el s. I a.C., pero si observamos la mayoría de sus contextos arqueológicos éstos se centran mayoritariamente dentro del s. IV a.C. Así, en la provincia de Albacete se documentan 59 ejemplos, de los cuales sus dataciones oscilan entre mediados-finales del s. V y primera mitad del s. IV a.C. para los ejemplos contrastables de Hoya de Santa Ana (Chinchilla de Monteara-

gón), La Torrecica (Montealegre del Castillo) y Los Villares (Hoya Gonzalo); ss. IV-III a.C. para la necrópolis de "Casa del Monte" (Valdeganga); mediados del s. V a.C.-siglo I a.C. para la necrópolis de Pozo Moro y mediados o finales del s. V a.C.-mediados del s. IV a.C. para "El Tesorico" (Hellín).

A pesar de las cronologías aportadas, y sorprendentemente, Sanz Gamó, López Precioso y Soria Combadiera afirman que "la necrópolis ha sido fechada en el último cuarto del s. VI a.C. gracias a las placas de cinturón, las fíbulas y los materiales cerámicos" (1992: 53).

La existencia de, al menos, 43 tumbas para un período de aproximadamente dos generaciones (primera mitad del s. V a.C.) es perfectamente parangonable con los datos conocidos o calculados para otras necrópolis ibéricas. Incluso en el caso de considerar únicamente las 26 tumbas mencionadas más recientemente seguimos encontrando enormes parecidos.

Así, para el caso de la necrópolis de Los Villares (Hoya Gonzalo) se calculó un número total de 240 personas enterradas para un período cronológico de 150 años<sup>106</sup>. En función de los datos antropológicos conocidos en el año 1989 de las necrópolis de Pozo Moro (Chinchilla de Montearagón) y Los Villares (Hoya Gonzalo), Blánquez Pérez calcula 7 generaciones enterradas en este último yacimiento, teniendo en cuenta una vida media para estas

<sup>104</sup> Desconocemos si se llevó a cabo un estudio de dichos materiales. No encontramos ninguna mención a tal hecho en ninguna de las publicaciones del excavador.

<sup>105</sup> Quizás sea uno de los materiales entregados por D. Santiago Núñez. No es mencionada por Blánquez Pérez en ninguna de sus publicaciones posteriores.

<sup>106</sup> Finales del s. VI a.C.-Inicios del s. IV a.C. (Blánquez Pérez 1990: 410); para ampliar esta información ver nuestras aportaciones más adelante al tratar este otro yacimiento.

gentes en torno a los 30 años<sup>107</sup>. Tomando esos mismos datos, nosotros nos ceñimos estrictamente al intervalo de tiempo y, por tanto, calculamos 5 generaciones.

Finalmente, haciendo una media matemática, por cada generación, en la necrópolis de Los Villares se habrían enterrado 35 individuos, en opinión de Blánquez Pérez<sup>108</sup>.

Haciendo una media matemática, para 5 generaciones, las personas enterradas serían casi 50 por generación. En función estos datos, la documentación del número de tumbas de la necrópolis de “El Camino de la Cruz” entra dentro de estos márgenes muy holgadamente, aunque debemos señalar que estas estadísticas son muy dudosas si no tenemos en cuenta aspectos más particulares y concretos como el número de tumbas por fases cronológicas, porcentajes de los grupos de edad por fases cronológicas, etc....

Posteriormente, al contar con estudios paleoantropológicos de un mayor número de yacimientos y mayor número de tumbas la esperanza de vida al nacer de estas gentes queda fijada en 32 años<sup>109</sup>. Para la necrópolis de Pozo Moro la esperanza

de vida se fija en torno a los 28,5 años y el promedio de vida en 34,4 años<sup>110</sup>.

A modo de resumen podemos señalar que “los cálculos aproximados de enterramientos ibéricos, en relación con la edad media de vida y período de utilización de las necrópolis, dan generaciones en torno a los 30, 40 ó 50 individuos, como máximo”<sup>111</sup>, teniendo en cuenta que “podemos constatar el reducido número de enterramientos por generación. Muchas veces tan sólo 15, 20 ó 25 individuos en los primeros momentos de la Cultura Ibérica para, posteriormente, aumentar si bien nunca llegando a cifras muy elevadas, sobre todo hasta iniciado ya el siglo IV a.C.”<sup>112</sup>

La estratigrafía de la necrópolis, a juzgar por la planimetría publicada, parece ser horizontal, sin aparentes superposiciones de los enterramientos.

Otro aspecto que no podemos dejar de mencionar es la posibilidad de que la necrópolis tuviera una extensión mayor que la documentada durante las tareas de excavación. Nos basamos para esta afirmación en las ocho tumbas entregadas por D. Santiago Núñez con posterioridad a las mismas y las dos entregadas previamente, que no pudieron ser asociadas a las tumbas documentadas violadas no de antiguo<sup>113</sup>. Lógicamente, esas diez tumbas, si proceden de la misma localización debían situarse fuera del área excavada. Ésto deja abierta la posi-

<sup>107</sup> Esta afirmación entra en contradicción con el promedio de vida para la necrópolis de Los Villares (Hoya Gonzalo), que él mismo publica apenas una página después: 38,14 años (Blánquez Pérez 1990: 411). Del mismo modo, la esperanza de vida se calcula en 34 años (Blánquez Pérez 1990: 393). En otra publicación más reciente la edad media queda fijada en 34 años (Blánquez Pérez 1992c: 218)

<sup>108</sup> Blánquez Pérez 1990: 410.

<sup>109</sup> Blánquez Pérez 1999b: 65.

<sup>110</sup> Almagro-Gorbea 1986: 477 y ss.; Alcalá-Zamora 2003: 214.

<sup>111</sup> Blánquez Pérez 1992c: 219.

<sup>112</sup> Blánquez Pérez 1999b: 66.

<sup>113</sup> Blánquez Pérez 1984b: 187, nota 10.

bilidad de la existencia de más tumbas aún no localizadas.

En relación con estas reflexiones queremos señalar un dato importante relacionado con la cata geológica realizada fuera del bancal, al Oeste del mismo. La secuencia estratigráfica documentada presentaba tres niveles<sup>114</sup> (de inferior a superior):

- a) estrato de arenas amarillentas
- b) estrato de arcillas rojas
- c) tierra de superficie, marronácea, alterada por el tractor en sus niveles superiores.

El estrato *b* fue considerado un estrato geológico natural que únicamente se documentaba en la zona Noroeste del bancal e iba desapareciendo en dirección a las primeras catas de la Zona 2. Curiosamente, ese estrato rojizo es el que se asocia a la zona de enterramientos y que, con el tiempo, ha sido considerado resultado de la destrucción de las estructuras de cubrición hechas de adobe<sup>115</sup>. Al considerarlo de tipo geológico natural no se estimó que hubiese más tumbas fuera del bancal o incluso en zonas sin planteamiento de catas de “tanteo”.

Nosotros creemos que la necrópolis de “El Camino de la Cruz” pudo, e incluso aún hoy en día puede, tener una mayor extensión de la documentada y un mayor

---

<sup>114</sup> Blánquez Pérez 1988a: 376, nota 12.

<sup>115</sup> Blánquez Pérez 1992a: 247.

número de tumbas que las excavadas durante la única campaña realizada.

La necrópolis de “El Camino de la Cruz”, en opinión de Alcalá-Zamora, se correspondería con un asentamiento de pequeño tamaño, tipo alquería o aldea de pocas casas que trabajaría las tierras circundantes, siendo representativo del sistema principal de ocupación territorial de la población rural de estos momentos (2003: 217). Coincidimos totalmente con su afirmación, que nosotros ya habíamos propuesto para el yacimiento de Pozo Moro con motivo de nuestra Memoria de Licenciatura.

### Los Villares (Hoya Gonzalo)<sup>116</sup>[Comarca A]



FIGURA 9.14: Vista del yacimiento previa a los trabajos

---

<sup>116</sup> Recomendamos un interesantísimo cortometraje documental montado en el año 1987, con dirección y guión de su propio excavador J. Blánquez Pérez, y recogido en la página del C.S.I.C.: [http://www.cienciatk.csic.es/Videos/LOS+VILLARES%3A+UN+PROTOTIPO+DE+NECROPOLIS+IBERICA+EN+EL+SURESTE+PENINSULAR\\_682.html](http://www.cienciatk.csic.es/Videos/LOS+VILLARES%3A+UN+PROTOTIPO+DE+NECROPOLIS+IBERICA+EN+EL+SURESTE+PENINSULAR_682.html).

Necrópolis conocida con anterioridad a la cercana de “El Camino de la Cruz”. No obstante, dada la urgencia de la intervención en esta última por la realización de una carretera de circunvalación que afectaría los niveles arqueológicos, su excavación fue pospuesta, realizándose en el año 1982 únicamente repetidas prospecciones y recogida de abundante material de superficie<sup>117</sup>.

Una breve descripción de estas prospecciones fue publicada en 1985. Por los materiales recuperados, entre los que se incluían sillares arquitectónicos y algunos fragmentos de una posible escultura zoomorfa, y las características morfológicas del yacimiento al tratarse de una pequeña elevación sobre el llano<sup>118</sup>, se pensó que se trataba de una necrópolis ibérica que incluiría los restos de un monumento funerario de tipo turri-forme<sup>119</sup>.

El topónimo popular de esta localización era “Los Castillicos”, que tal y como expone su excavador recogía en cierta medida la existencia de las estructuras tumulares<sup>120</sup>.

---

<sup>117</sup> Blázquez Pérez 1988a: 345.

<sup>118</sup> Su excavador la describe como una “pequeña elevación natural” (Blázquez Pérez 1985: 41); en realidad era claramente artificial ocasionada por la acumulación de estratigrafía arqueológica, tal y como unas pocas líneas más adelante reconoce.

<sup>119</sup> Blázquez 1985: 41.

<sup>120</sup> Blázquez Pérez 1990a: 117; en esta publicación se denomina el yacimiento como “Los Castillejos” pero es la única referencia en que aparece con esa denominación.

No obstante, ese topónimo está más ligado a un yacimiento rural romano, excavado por Lourdes Roldán unos años después, que se sitúa a unos 80 m. al SO. del yacimiento ibérico<sup>121</sup>.

En el lado Oeste de una hondonada natural se localizaba una pequeña elevación artificial que en su punto más alto no sobrepasaba los 4 m.<sup>122</sup> y cuyo diámetro era de unos 60 m.<sup>123</sup>

El yacimiento presentaba un contorno elipsoidal, saliéndose del límite natural de la elevación tumuliforme por su lado oeste<sup>124</sup>.

En total, entre los años 1983 y 1990, se realizaron seis campañas de excavación, que supusieron la recuperación de algo más de un centenar de enterramientos, aproximadamente el 40% de los calculados<sup>125</sup>.

De las distintas campañas de excavación podemos determinar una división estratigráfica de la necrópolis en 3 fases, con subdivisión de éstas en varios momentos<sup>126</sup>:

- Fase I (Segunda mitad s. VI a.C.):

- Ia

---

<sup>121</sup> Roldán 1986-87: 252.

<sup>122</sup> Entendemos que con respecto al terreno circundante.

<sup>123</sup> Con un perímetro total de 188 m<sup>2</sup>. (Blázquez Pérez, 1984b: 192).

<sup>124</sup> Blázquez Pérez 1985: 38.

<sup>125</sup> Blázquez Pérez 1995c: 240; En realidad se trató de 106 enterramientos en hoyo simple, 34 enterramientos tumulares y 6 tumbas con sobreestructura arquitectónica-escultórica (Blázquez Pérez 1993: 116).

<sup>126</sup> Blázquez Pérez 1990a: 151-158, 435.

- *Ib*
- Fase *II* (s. V a.C.):
  - *Ila* (1ª mitad del s. V a.C.)
  - *Ilb* (3er. cuarto del s. V a.C.)
  - *Ilc* (Último cuarto del s. V a.C.)
- Fase *III* (Finales s. V a.C./Inicios s. IV a.C.-Inicios 2º cuarto del s IV a.C.):

No obstante, la fasificación de esta necrópolis ha ido sufriendo variaciones a lo largo de las distintas campañas de excavación y de análisis de la documentación que convendrá tener en cuenta.

Así, tras la primera campaña de excavación (Julio de 1983), en la que se excavaron 18 cuadrículas (13 hasta suelo virgen y 5 sin finalizar), se pudo determinar una división somera en tres fases del período de uso de este lugar de enterramiento con sus principales características, que posteriormente variaría sustancialmente<sup>127</sup>:

- Fase *I*: La más antigua. Con presencia de tumbas tumulares de pequeño tamaño, cuadradas, junto a tumbas simples de incineración en hoyo al-

rededor de las mismas. Carencia de cerámica de importación y en los ajuares destacan los materiales de bronce: placas de cinturón, fíbulas, etc.

- Fase *II*: Momento de apogeo de la necrópolis. Destacan las tumbas tumulares de variados tamaños<sup>128</sup> y formas<sup>129</sup>, así como de una, dos o tres plataformas escalonadas. Los ajuares ya son abundantes y ricos<sup>130</sup>.
- Fase *III*: Carente por el momento, en opinión de su excavador, de estructuras tumulares. Las tumbas, al igual que en las fases anteriores son de incineración en hoyo y apoyan encima de los túmulos de la fase *II*. Se menciona, sin embargo, que “conservan, perfectamente, sus cubriciones en adobes y tapial y presentan un trabajo previo en los mismos materiales a la hora de hacer los hoyos”<sup>131</sup>. Curiosamente esa mención a las cubriciones no es puesta en relación con su pertenencia a túmulos realizados en adobe.

Las ocho zanjas radiales planteadas en la periferia de la elevación elipsoidal del terreno contribuyeron a fijar los límites del terreno empleado como zona funeraria, así

<sup>127</sup> Blánquez Pérez 1984b: 193; se plantearon originalmente 25 cuadrículas de 4x2 m. distribuidas en dos hileras en cruz. Fueron numeradas de C-1 a C-25 y se distribuyeron en sentido Norte-Sur (C-1 a C-14) y Este-Oeste (C-15 a C-25), cruzándose a la altura de la cuadrícula central C-8. Para determinar la extensión total del yacimiento se plantearon 8 zanjas de 5x2 m. en posición radial externa a partir de la cuadrícula central.

<sup>128</sup> Los tamaños oscilan entre 2x2 y 10x10 m.

<sup>129</sup> Pequeñas y cuadradas o grandes y rectangulares.

<sup>130</sup> Esta terminología empleada por Blánquez Pérez será posteriormente revisada por él mismo, al dar un toque de atención sobre la necesidad de diferenciar entre los conceptos “riqueza” y “prestigio” (Blánquez Pérez 1999b: 55).

<sup>131</sup> Blánquez Pérez 1984b: 193.



como a documentar unas actividades extractivas de las tierras autóctonas, relacionadas con la introducción de las cubriciones tumulares en la necrópolis.

En relación con este hecho, resulta muy interesante fijarnos en las utilizaciones del terreno previas al inicio de la Fase I; junto a los fragmentos de una vasija realizada a mano en el Corte 7, datable en los momentos iniciales de esa fase y no asociada a ninguna tumba<sup>132</sup>, destaca en el perfil Oeste del Corte 5 una gran mancha de cenizas con algunos fragmentos de cerámica que es interpretada como una respuesta estratigráfica a una explotación local de la tierra arcillosa propia del lugar.

Por desgracia no se comenta nada de los fragmentos cerámicos recuperados y hay ciertas incongruencias estratigráficas, como que la mancha de cenizas se encuentre parcialmente por debajo del nivel de chinarrera estéril que se considera “natural” del terreno y subyacente al estrato propio de la Fase I.

La explotación de las arcillas en las cuadrículas inmediatas a este Corte 5<sup>133</sup>, se pone en relación con “canteras” de arcilla para las construcciones tumulares documentadas desde la Fase II<sup>134</sup>.

<sup>132</sup> Blánquez Pérez 1990a: 135.

<sup>133</sup> Cuadrículas 4, 3 y 2.

<sup>134</sup> Blánquez Pérez, 1990a: 127; a pesar de que apenas veinte páginas después se identifica una estructura tumular o posible túmulo, la denominada -A-, perteneciente a la fase I (*id.* 148-149). De hecho, con posterioridad el excavador defiende la aparición de las cubriciones tumulares dentro del momento Ib de la Fase I.

En este caso concreto no se especifica nada al respecto, pero es de suponer que la alteración estratigráfica del Corte 5 tendría relación con el mismo hecho. Ésto implica varios problemas interpretativos en la explicación del excavador.

Así, parece extraño que se realice una extracción de arcillas para las construcciones tumulares de la Fase I en su momento Ib con anterioridad al inicio de los primeros enterramientos, previamente a la Fase I en su momento Ia<sup>135</sup>.

Creemos que esta alteración de los niveles geológicos asociada a las cenizas podría ponerse en relación mejor que con una explotación de las arcillas con un primer ritual propio del inicio del lugar de enterramiento. No conocemos sus características completas, pero por su tamaño no descartamos que se tratase de un *ustrinum* o de un lugar donde se amortizaron mediante su combustión piezas del ajuar de algún enterramiento de la Fase I de la necrópolis.

No obstante encontramos otra información incongruente con lo afirmado por el excavador. Si observamos los perfiles Sur y Oeste del Corte nº 21 vemos que “los primeros restos arqueológicos que se documentan son una agrupación de piedras ligeramente ataludadas, que asientan sobre la capa de ‘piedrecillas’. Presentan en sus extremos pequeñas lengüetas de marga verde [...]. A este posible túmulo lo denominamos

<sup>135</sup> Incluso originalmente no se consideraba la existencia de construcciones tumulares hasta la Fase II (Blánquez Pérez, 1990a: 128).

–A– y corresponde a la fase I, sin que podamos discernir a qué momento”<sup>136</sup>.

La Fase I en su momento Ia incluye únicamente tumbas de incineración en hoyo simple, algunas de las cuales no eran detectadas hasta la localización de la urna y piezas de ajuar, al carecer de cenizas y emplearse la misma tierra del lugar para rellenar los hoyos de deposición<sup>137</sup>.

La cronología de uso del yacimiento ha sido ligeramente revisada con posterioridad a la última campaña de excavaciones. Actualmente su excavador pone el inicio de la Fase I en el último cuarto del s. VI a.C. La Fase II abarcaría todo el s. V a.C. y la Fase III alcanzaría el paso del primer al segundo cuarto del s. IV a.C.<sup>138</sup>

En este yacimiento se constata la utilización del área de enterramiento (Fase Ia) con anterioridad a la incorporación de las tumbas tumulares (Fase Ib).

Para la construcción de estos monumentos se procedió a colocar un estrato artificial de nivelación con que paliar la inclinación natural del terreno y, sobre éste, levantar las tumbas tumulares<sup>139</sup>.

Estructuras tumulares desde unos momentos de tanteo de las subfases Ia y Ib con la estructura denominada “A”<sup>140</sup>. Con segu-

ridad se puede hablar de encachados tumulares a partir de la fase Ib con el ejemplo de la Tumba 31, de muy complejo sistema de cierre a base de varios “lingotes chipriotas” sobre los que se dispuso una cubrición a base de mampostería con revoco<sup>141</sup>.

Las cerámicas a mano son muy escasas desde el primer momento: dos en la fase I y sólo una para las fases II y III<sup>142</sup>, aunque se recuperó una vasija a mano fragmentada en los niveles iniciales de la necrópolis sin asociación directa con ningún enterramiento<sup>143</sup>.

Pozo Moro  
(Chinchilla de Montearagón)  
[Comarca E]

Inicios s. V a.C. en adelante.

Necrópolis ibérica de amplia cronología emplazada a medio camino entre las localidades de Pozo Cañada y Horna.

A partir de los interesantes e importantísimos datos aportados por Almagro-Gorbea en sus publicaciones (Almagro-Gorbea, 1975: s.p.; *id.*, 1976a: 672-673; *id.*, 1976b: 382-383; *id.*, 1978a: 252; *id.*, 1983a: 183), contamos con una primera información sobre la cronología de la necrópolis a través de sus niveles estratigráficos de uso. Así contaríamos con un total de cinco nive-

<sup>136</sup> Blázquez Pérez 1990a: 149.

<sup>137</sup> Blázquez Pérez, 1984b: 193.

<sup>138</sup> Blázquez Pérez 1995c: 241.

<sup>139</sup> Blázquez Pérez 1999b: 68.

<sup>140</sup> Blázquez Pérez 1990: 172. En ningún momento se le llega a denominar “túmulo”, sino “pseudotúmulo” al no haber sido excavada más que una mínima parte en el

momento de su publicación y no conocer, por tanto, todas sus características.

<sup>141</sup> Blázquez Pérez 1997: 218.

<sup>142</sup> Blázquez Pérez 1990a: 397.

<sup>143</sup> Blázquez Pérez 1990a: 135.

les, que de mayor modernidad a mayor antigüedad, serían los siguientes:

Estrato I.- Nivel de humus vegetal de 10 a 20 cm. de potencia.

Estrato II.- Fechada originariamente entre los siglos IV y VI d.C. (Almagro-Gorbea, 1975: s.p.) y, posteriormente, limitada a los siglos V-VI d.C., encontramos una necrópolis de inhumación de época tardorromana que rompe y penetra los estratos inferiores.

Estrato III.- Dentro de este estrato también se encuentran ligeras diferencias según consultemos una u otra publicación. Siguiendo el orden cronológico de éstas, tenemos en primer lugar (Almagro-Gorbea, 1975: s.p.) que este estrato contiene una rica y típica necrópolis tumular ibérica de incineración del Sureste Peninsular, la cual, en su primera fase ofrece grandes túmulos cuadrados de más de cinco metros de lado junto a otras sepulturas de urna dentro de un hoyo cubiertas por un túmulo cuadrado de menos de dos metros de lado hecho preferentemente de adobe sin cocer. Esta fase aparece en las zonas libres de bloques caídos del monumento y tendría su inicio hacia el 450-425 a.C.

A continuación, y dentro de esta misma publicación encontramos un dato de interés que en otras publicaciones posteriores variará:

La segunda fase de esta necrópolis de cremación se inicia sin interrupción con respecto a la anterior ya mencionada, a la que se fue sobreponiendo al subir el nivel

del terreno por la acumulación de tumbas. Esta segunda fase ya se extiende por encima de los restos del monumento que tratamos. Almagro-Gorbea fecha el inicio de esta fase, por las importaciones áticas encontradas, a partir de inicios del siglo IV a.C., hacia el 375 a.C.

En esta segunda fase predominan las tumbas tumulares cuadradas de piedra, cubiertas de adobe y con una cista rectangular interior. La parte más superficial se encontraba muy destruída, pero por la aparición de cerámicas campanienses y de cerámicas ibéricas de estilos avanzados se pudo fechar su duración hasta inicios de la época imperial romana.

Siguiendo ahora la información que se nos ofrece en la publicación más exhaustiva sobre el tema (Almagro-Gorbea, 1983a: 183), en el Estrato III se pueden observar, al igual que en el caso anterior, dos fases distintas de la necrópolis ibérica de incineración, pero en este caso:

a) La más antigua, fechable de mediados del siglo V a inicios del siglo IV a.C., contiene grandes sepulturas de forma tumular cuadrada de más de cinco metros de lado, así como otras de menor tamaño, generalmente de adobes o de piedra recubierta con adobes, que cubren el hoyo donde se depositó la urna cineraria con el ajuar y las cenizas, realizado sobre el lugar donde se procedió a la cremación del cadáver.

b) Superpuesta a la anterior, la segunda fase se extiende desde mediados del siglo IV a.C. hasta el siglo

I d.C. Aquí vemos cómo el excavador ya sitúa un vacío cronológico<sup>144</sup> entre las distintas fases de este estrato. La norma general de las sepulturas de esta segunda fase es la construcción con piedras y rara vez con adobes. Ésto también es una diferencia con respecto a la información ofrecida anteriormente<sup>145</sup>. De las tumbas conservadas, todas ellas tenían forma tumular cuadrada, y ahora, en lugar de cubrir el hoyo que contenía la urna cineraria, ésta, junto con el ajuar y las cenizas, se deposita en una cista rectangular hecha de adobes y situada en el interior del túmulo.

La parte más superficial de esta fase está muy arrasada, por lo que apenas se conservan sepulturas posteriores al s. III a.C.<sup>146</sup> Ciertas urnas conteniendo restos de animales y asociadas a estas sepulturas son consideradas por Almagro-Gorbea ofrendas rituales.

Estrato IV.- En este estrato es donde encontramos el motivo último de este trabajo, pues corresponde a la construcción, utilización y destrucción del monumento turriforme. En las publicaciones se señalan dos fases:

a) La primera incluiría la construcción y uso del monumento, que, a partir del ajuar encontrado en el *bustum* de su base, el excavador fecha en torno al 500 a.C.<sup>147</sup>. Los restos del ajuar se hallaron muy fragmentados y casi totalmente destruídos a causa de la acción del fuego, ya que fueron quemados en la pira funeraria junto con el difunto. Junto a restos de objetos de oro, plata, bronce, hierro, hueso y marfil se hallaron fragmentos de una cíclica ática del tipo C, en la clasificación de Bloesch, atribuída al Círculo del Pintor de Pithos, de un lécito de figuras negras de la clase Atenas 581 y de un enócoe de bronce con un *despòtes therôn* en el asa (Almagro-Gorbea, 1983a: 184; *id.*, 1996: 62).

b) A continuación, los elementos procedentes de la destrucción del monumento, principalmente los sillares caídos, formarían parte de la segunda fase. Originariamente, el Profesor Almagro-Gorbea consideró la posibilidad de que la primera fase de la necrópolis de incineración posterior comenzase antes de la destrucción del monumento (Almagro-Gorbea, 1975: s.p.), y posteriormente, en publicaciones más modernas y, ante un estudio más profundo y la reutilización ya desde pleno siglo V

<sup>144</sup> De inicios del s. IV a.C. a mediados de ese mismo siglo.

<sup>145</sup> *Vide supra*.

<sup>146</sup> *Vide supra*.

<sup>147</sup> En una publicación anterior, la fecha propuesta para esta fase es ligeramente más tardía, ya que el ajuar sí se fecha en torno al 500 a.C., pero la fecha del monumento se retrae hasta el 490±10 años a.C. (Almagro-Gorbea, 1978a: 255).

a.C. de sillares del monumento, fechará esta fase antes de mediados de ese siglo.

Así pues, una vez ya caído el monumento, aunque se desconoce con cuánto lapso de tiempo entre medias, se iniciaría la primera fase de la necrópolis ibérica de incineración del estrato III. Aparte del hecho de la reutilización de materiales para fechar la no contemporaneidad del monumento aún en pie y el inicio de la necrópolis posterior, se debe tener en cuenta que las sepulturas posteriores se localizan en las zonas libres de bloques caídos del monumento, y además se extienden principalmente, así como el terreno ocupado por la necrópolis en sí, hacia el Sur y el Oeste<sup>148</sup>. Ésto podría argumentarse como una prueba más de que hasta que el edificio turriforme no desapareció como tal, no hubo intención de enterrar en aquella localización a ninguna otra persona.

Resulta interesante mencionar la opinión de su excavador vertida en una de sus publicaciones respecto a que “[...] los restos hallados bajo el monumento corresponden al ustrinum y no al enterramiento propiamente dicho” (Almagro-Gorbea 1982: 243).

Estrato V.- Ocupado por el suelo natural del terreno; se trata de margas calcáreas de color blanquecino. La capa más superficial ofrece un color más grisáceo, lo

<sup>148</sup> Es decir, los lados contrarios a la dirección de desplome del monumento, y por tanto donde, supuestamente, menos restos encontrarían.

que se pone en relación con los restos del suelo vegetal en el momento de construir sobre él el monumento.

Observando otra de las publicaciones específicas, aunque ligeramente anterior en el tiempo, encontramos la misma división de niveles estratigráficos pero en sentido inverso, es decir, de más antiguo a más moderno y con menos detalle cronológico (Almagro-Gorbea 1982: 233):

I. Suelo antiguo fósil sobre terreno natural de arcilla margosa.

II. A) Nivel de construcción del monumento.<sup>149</sup>

B) Nivel de destrucción del monumento.

III. Necrópolis tumular ibérica de incineración. Siglos V a.C.-I d.C.

IV. Sepulturas tardorromanas de inhumación. Siglos IV-VI d.C.

V. Nivel de humus actual.

Resumiendo, las distintas etapas de utilización de la necrópolis abarcaron de forma general desde los inicios del s. V a.C. hasta el s. VI d.C.

Si nos basamos a continuación en la publicación más reciente relativa a la necrópolis ibérica obtendremos una visión

<sup>149</sup> Aquí se observa una errata en la publicación que recoge parte del texto referido al Nivel III.

más completa y con cambios significativos<sup>150</sup>.

En lo esencial se mantienen las fases de uso propuestas por Almagro-Gorbea<sup>151</sup>, aunque son divididas en dos períodos y en varias subfases más detalladas.

El **Período 1**, descrito como de “Origen y expansión”, abarcaría unas dataciones entre el 500 a.C. y el 250 a.C. A su vez, este período se subdivide en tres fases:

I. Fase Orientalizante, con dos subfases:

- a) Construcción y uso del monumento turriforme. Su ajuar fecha este momento hacia el 500 a.C.
- b) Destrucción del monumento antes de mediados del s. V a.C.<sup>152</sup>

II. 500-425 a.C. Caracterizada por estructuras tumulares de piedras y/o adobes<sup>153</sup>. Ascenso significativo en el número de tumbas y espacio ocupado con un máximo en el 450 a.C., momento a partir del cual esta tendencia cambia hasta el 425 a.C.

---

<sup>150</sup> Alcalá-Zamora 2003: 84-85.

<sup>151</sup> Cinco fases en total.

<sup>152</sup> Hemos de suponer la construcción de varios túmulos principescos previamente a la destrucción del edificio si seguimos la información y dataciones aportadas por Alcalá-Zamora.

<sup>153</sup> No se menciona aquí la existencia de tumbas de cremación en hoyo simple sí estudiadas previa y posteriormente en el trabajo.

III. 425-300 a.C. Auge absoluto de la necrópolis en cuanto a número de tumbas y expansión espacial de los enterramientos. Se documentan tanto estructuras tumulares de piedras y/o adobes como simples hoyos de deposición de los restos del ritual funerario.

El **Período 2**, denominado “Declive y estancamiento”, datado entre el 250 a.C. y el 117 d.C. con un lapso de abandono del yacimiento o de ausencia de documentación de su utilización durante 150 años. Dividido en dos fases:

IV. 300-75 a.C. Declive y estancamiento. Ningún túmulo de piedra y sólo restos de lo que pudo ser uno de adobe. Quizás las tumbas posteriores al s. III a.C. no se hayan conservado a causa de la erosión y las tareas agrícolas realizadas en la zona<sup>154</sup>. Con dos subfases:

- a) 300-250 a.C. Drástica reducción en el número de enterramientos, documentándose únicamente tres en esta subfase.
- b) 250-75 a.C. Estancamiento y ligera recuperación entre 150-100 a.C., momento en que se documentan dos enterramientos.

---

<sup>154</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 183.



V. 75 a.C.-117 d.C. Fase Ibero-romana. Con dos subfases:

- a) 75 a.C.-50 d.C. Ausencia de utilización de la necrópolis.
- b) 50-117 d.C. Únicamente se documentan dos tumbas. Una datada con posterioridad al 68-69 d.C. y la otra en época de Trajano (98-117 d.C.), posiblemente relacionables con una *villa* romana cercana ubicada en torno al pozo<sup>155</sup>.

Llama la atención que la fase tardorromana de uso de la necrópolis no es estudiada, ni siquiera mencionada, en el epígrafe de “Las fases de uso de la necrópolis” y supone un capítulo aparte<sup>156</sup>. Suponemos que, dado el título de la publicación<sup>157</sup>, su autora consideró adecuado separar el capítulo dedicado al uso de la necrópolis de cremación durante época ibérica y altoimperial del capítulo dedicado al uso en época tardorromana. No obstante, parece inadecuado aceptar para un caso una cronología

---

<sup>155</sup> Aquí se observa una contradicción al datar el inicio de esta subfase en el 50 d.C. y la primera tumba documentada, con posterioridad al 68-69 d.C. Lo correcto sería situar la fecha inicial de esta subfase en torno al 68-69 d.C. y lo mismo para la fecha final de la subfase anterior. Suponemos que las fechas ofrecidas por Alcalá-Zamora buscan una división “armoniosa” del conjunto de las cronologías y por ello dataciones tan “exactas”.

<sup>156</sup> Alcalá-Zamora 2003: 147-163.

<sup>157</sup> “La necrópolis ibérica de Pozo Moro”

del s. II d.C.<sup>158</sup>, ya época plenamente romana, y discriminar los ss. IV y V d.C. a un capítulo aparte sin su inclusión en las fases generales.

Nosotros consideramos que la fase tardorromana debería estar incluida en la fasificación general del yacimiento, constituyendo el **Período 3, Fase VI** de la necrópolis y dando una imagen más completa de la cronología de uso.

**Período 3**, que podríamos denominar, para diferenciar de los anteriores “de ritual inhumador” y que incluye una única fase:

- VI. ss. IV-V d.C. Se documentaron trece tumbas de inhumación y dos cuencos considerados como hallazgos aislados. Las tumbas se asientan sobre los monumentos precedentes y son todas individuales. Los cuerpos se depositan extendidos boca arriba en fosas rectangulares. Pueden encontrarse bien dentro de ataúd o con ausencia del mismo. Algunas tumbas presentaban una cubrición con *tegulae*. Se observa variabilidad en la orientación de las tumbas.

El primer uso del espacio funerario, en torno al 500 a.C. según el estudio más reciente<sup>159</sup> y el 500-490 según su excava-

---

<sup>158</sup> Es difícil aceptar la denominación “ibérica” para esta fase, debiendo aceptarse más correctamente la denominación de “época romana”.

<sup>159</sup> Alcalá-Zamora 2003: 84.

dor<sup>160</sup> lo testifica el complejo monumental con eje central en el edificio. El segundo momento o fase, prácticamente inmediato y fechado entre el 500 y el 425 a.C., muestra la coexistencia de túmulos principescos de tamaño monumental (p.ej. 5F4, 7E1), otros de tamaño muy reducido (4G4) y cistas de adobe (3F11) junto a tumbas de cremación en hoyo sin cubriciones destacadas (p.ej. 1H1, 3F9, 8E2).

Resulta muy interesante la lectura del diario de excavación de D. Samuel de los Santos<sup>161</sup>.

Así, en los dibujos de la Memoria, la zona correspondiente al *bustum* se localiza entre las cotas -40 y -70 respecto a la esquina NO. del sillar nº 36. Es decir, si este sillar de la primera hilada tiene una altura de 39 cm., el *bustum* se localizaría a ras del suelo preparado y correspondería al relleno de una fosa o *loculi* de 30 cm. de profundidad.

Del mismo modo, en el folio nº 7 del Diario de excavación de D. Samuel de los Santos, correspondiente al día 4 de Octubre de 1971, leemos: “[...] Siguiendo la excavación aparece a 0,60 m. de profundidad un muro compuesto por grandes sillares y con orientación EW, ligeramente inclinado hacia el N y que unen en ángulo recto con otro muro en dirección NS penetrando en la cuadrícula E3”. “[...] Al llegar a los 0,90 m. de profundidad, a 1,10 del E. y 1,20 del N., aparece un gran bolsón de ceniza con un

diámetro de 0,90 m. – Extendidos por toda su área y potencia (0,30 m.), aparecen fragmentos de Kylix y numerosos y sumamente fragmentados de bronce entre ellos una figura (asa) de bronce muy oxidada”.

Aún leemos más datos interesantes: “En la zona NW, a 1,20 de profundidad se encuentra una capa de greda rojiza de 0,02 m. de espesor en un área de 0,60 m., capa que al no continuar extendiéndose, levantamos, encontrando bajo ella tierra. Esta capa aparecía también a ambos lados de la bolsada de ceniza antes citada, pero a distinta profundidad”.

Por lo expresado, no parece que la capa de arcilla rojiza fuese uniforme en toda la extensión de terreno interna al recinto delimitado por la primera hilada de sillares. Ésto está en contradicción con lo que podemos leer en algunos trabajos de Almagro-Gorbea<sup>162</sup>.

Podemos considerar, por tanto, que la capa de arcilla roja, que al extenderse por debajo de los sillares claramente es prueba de su precedencia a la colocación de éstos era el preparado típico del ritual funerario ibérico.

La presencia de varios sillares con restos de talla, incluso con líneas de trazado, desechados entre el relleno del edificio parecen corroborar su fabricación *in situ*<sup>163</sup>.

A partir de la publicación de Alcalá-Zamora<sup>164</sup>, la más reciente al respecto,

<sup>160</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 188; *id.* 1978: 255.

<sup>161</sup> Por cortesía de Dña. Blanca Gamo, directora del Museo provincial de Albacete, a quien desde estas páginas nuestro mi más sincero agradecimiento.

<sup>162</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 184.

<sup>163</sup> Almagro-Gorbea 1983a.

<sup>164</sup> Alcalá-Zamora 2003: 81 Fig. 4.2

examinaremos los elementos de ajuar relacionados con el edificio orientalizante comparando con la restante documentación de la que disponemos.

Entre la cerámica importada se contabilizan dos piezas de figuras rojas; Entre los elementos de metal se contabiliza un elemento de hierro sin identificar, un elemento perteneciente a una jarra de bronce, otro elemento de bronce/cobre indeterminado, dos pendientes de oro/plata y un astrágalo.

Observamos varios aspectos que nos gustaría señalar. En primer lugar, con fin de simplificar el cuadro en cerámica importada no se incluye un apartado para la cerámica de figuras negras, lo cual obliga a incluir el *lékythos* en el apartado de figuras rojas, contribuyendo a futuras lecturas erróneas. Del mismo modo se engloban en la misma categoría los objetos de oro y de plata, creando un nuevo campo de controversia. Por otro lado nos gustaría destacar la mención a un astrágalo, información no publicada previamente según nuestro conocimiento y que no hemos observado entre los materiales consultados en los fondos del M.A.N.

Tal y como podemos determinar a partir del trabajo de Alcalá-Zamora el período de uso de la necrópolis se ve ligeramente reducido en relación con las dataciones ofrecidas originalmente por Almagro-Gorbea. Encontramos un uso aproximado de seiscientos años con un lapso de abandono del área excavada de unos ciento cin-

cuenta años<sup>165</sup> y una reutilización en época tardorromana (ss. IV-V d.C.)<sup>166</sup>.

Nos gustaría destacar un aspecto muy importante, a nuestro entender, relativo a las características del edificio orientalizante que señaló aparentemente el primer uso de la necrópolis. Siguiendo los cálculos de Alcalá-Zamora el área ocupada por el edificio y los elementos que lo rodean (empedrado y *témenos*) sería de 88 m<sup>2</sup>. Gracias a los trabajos llevados a cabo entre los meses de Octubre y Noviembre de 2000 de reexcavación en el yacimiento<sup>167</sup>, trabajos en los cuales tuvimos la suerte de participar, fue posible determinar la existencia de, al menos, un tramo de empedrado similar al del *témenos* a mayor distancia de lo que en origen se pudo determinar en las excavaciones precedentes<sup>168</sup>.

Teniendo en cuenta su lugar de aparición, inmediatamente por debajo del suelo preparado del túmulo 5F4, en la zona intermedia entre los lienzos interior y exterior de la esquina SE. del mismo, la distancia respecto del lado Sur de la base del edificio orientalizante es de más de cinco metros.

Este hecho nos pone en relación con una planificación aún más compleja y grandiosa de todo el conjunto orientalizante y aumenta notablemente el área de uso, que pasaría de 88 m<sup>2</sup> a más de 102 m<sup>2</sup>.

<sup>165</sup> Desde el 500 a.C. hasta el 117 d.C.; Alcalá-Zamora 2003: 84-85.

<sup>166</sup> Alcalá-Zamora 2003: 147 y ss.

<sup>167</sup> Alcalá-Zamora 2003: 15.

<sup>168</sup> Alcalá-Zamora 2003: 71.

La asociación cílica, lécito y enócoe nos pone en relación directa, como ya señaló Almagro-Gorbea (1982: 238), con el período orientalizante. Se trata del ritual de libaciones tanto de vino como de aceite o perfumes; asociación jarra y braserillo. En esta ocasión la jarra sí es de bronce, pero el recipiente es la cílica.

Ejemplos de “braserillos” o “recipientes rituales metálicos con asas de manos” en la provincia de Albacete se conocen, entre otras, en las necrópolis ibéricas de Hoya de Santa Ana (Chinchilla de Montea-ragón), Ojos de Villaverde (Alcaraz) y El Ojuelo de Cobatillas (El Ballestero)<sup>169</sup>.

Llama la atención la presencia en esta necrópolis de la fíbula de la tumba 1H1, similar a otra recuperada en la necrópolis también albacetense de “El Camino de la Cruz” (Hoya Gonzalo)<sup>170</sup> y del tipo documentado en la tumba 9 de la necrópolis de Martí (Ampurias, Gerona).

En la necrópolis ampuritana la fíbula estaba asociada a un lécito (*lékythos*) de Figuras Rojas con una cronología del 500-485/480 (Almagro-Basch 1953: 117, fig. 102,1; *íd.* 1966: 15, fig. 3,2). En la necrópolis de Pozo Moro encontramos en las fases antiguas tanto la fíbula (Tumba 1H1) como un lécito de Figuras Negras (monumento orientalizante) con cronologías muy cercanas. Resulta llamativa la coincidencia de materiales. Del mismo modo no comprendemos la datación tardía que Alcalá-Zamora

otorga a la fíbula de la Tumba 1H1<sup>171</sup> cuando poseemos los ejemplos de “El Camino de la Cruz”, datado hacia el 500 a.C. (Blánquez Pérez 1984b: 192; Sanz Gamo, López Precioso y Soria Combadiera 1992: 105)<sup>172</sup> y del ejemplo ampuritano, datado por el lécito ático entre el 500 y el 480 (Almagro-Basch 1953: 117, fig. 102,1; *íd.* 1966: 15, fig. 3,2).

<sup>169</sup> Abascal Palazón y Sanz Gamo 1993: 94 y ss.

<sup>170</sup> Tumba nº 30 [Blánquez Pérez 1984b: 191-192; 205, Lámina IV a) y b)].

<sup>171</sup> Hacia el 450 a.C. (Alcalá-Zamora 2003: 40).

<sup>172</sup> Aunque esta cronología debe considerarse principalmente orientativa.

## CONCLUSIONES

Por lo que hemos visto, únicamente a partir de una selección de yacimientos, creemos que resulta evidente que, frente al desconocimiento que tenemos en el registro material de yacimientos y estrategias durante los últimos momentos del Bronce Final, la I Edad del Hierro nos brinda una información extremadamente rica y que nos pone tras la pista de todos aquellos elementos que terminarán estando presentes en las bases fundacionales de la Cultura Ibérica de la zona.

Lógicamente hemos tenido que constreñir mucho nuestro trabajo pero consideramos que, dado que nuestra investigación seguirá centrada en esta etapa histórica en el futuro, aquí brindamos un buen punto de apoyo para para ello y para el trabajo de otros investigadores.

En primer lugar hemos de hacer hincapié en que contamos con documentación de prácticamente todas las comarcas.

A partir de la documentación que hemos incluido, haremos una breve conclusión con la que cerraremos el círculo de las palabras que abrían este capítulo.

Los poblados que pueden ser datados en los primeros momentos de esta etapa histórica cumplen con la premisa de una preocupación por la defensa. Sin embargo, frente a la localización tan llamativa de El Macalón en lo alto de un cerro imponente, los otros yacimientos prefieren espolones de más fácil defensa. Las estructuras dentro de los poblados (viviendas, almacenes, etc.) se construyen con zócalos de mampuestos y alzados de tapial, algo que se observa que será la tónica general a lo largo de toda la I

Edad del Hierro. Este aspecto es muy interesante cuando introducimos en la ecuación el empleo de la escultura en las necrópolis a partir del s. VI a.C.

Frente a grandes monumentos como el de Pozo Moro, o los pilares-estela que también abundaron en numerosas necrópolis de la “Región Nuclear”, en el ámbito de la vivienda y las estructuras habitacionales o de otro tipo no se busca aparentemente esa misma diferenciación social a partir de la ostentación. Se emplean lenguajes diferentes según un ámbito o el otro.

Por supuesto, esto no significa que no se haga ostentación de las diferencias sociales siempre favorables a los personajes de las élites; en las necrópolis no hay más que echar un vistazo a los túmulos principescos, túmulos de adobe (ambos tipos en ocasiones coronados por esculturas), cistas o meros hoyos. En lo que debemos profundizar es en poder interpretarlo adecuadamente. Así, nosotros no estamos de acuerdo con una de las posiciones mayoritarias dentro de la investigación de que con el s. IV a.C. asistimos a un proceso de isonomización de las capas favorecidas de la sociedad. En realidad nosotros lo interpretamos desde una perspectiva distinta. Esa aparente isonomización, lo que acarreará poco tiempo después es una cristalización y florecimiento del sistema clientelar. Pero este es otro tema que desarrollaremos en nuestra investigación futura.

Desde el inicio y durante el desarrollo de la I Edad del Hierro es posible observar que el ritual funerario de la cremación se erigirá en el tipo exclusivo de tratamiento del cadáver.

Hemos visto que la zona que cuenta con mayor documentación al respecto para sus

primeros momentos es la Comarca del Campo de Montiel.

Como ya comentamos previamente, en la necrópolis de Huerta del Pato observamos que las urnas presentan muchas similitudes con urnas de la necrópolis crevillente de Les Moreres. En concreto nos gustaría llamar la atención sobre el complejo funerario que incluye las tumbas 98, 99 y 100 de la necrópolis alicantina, datada en su Fase I (900-750).

Estas urnas se localizan juntas bajo una superestructura de planta redonda realizada con mampuestos; responden así a una unidad deposicional, aunque sea diacrónica.

También comentamos previamente que en Les Moreres se documentan distribuidores de collar entre los ajuares. Tras su estudio, esos objetos se han identificado con ajuares de tumbas de individuos femeninos. Y también se estudiaron las pulseras metálicas, tampoco raras dentro de esos ajuares.

En Huerta del Pato se recuperaron tres urnas de cremación que habrían aparecido juntas y se recuperaron, como ajuares, una pulsera metálica y un brazalete de marfil. Posteriormente se documentaron los distribuidores de collar.

Nosotros queremos avanzar aquí una propuesta que esperamos poder abordar más en profundidad en el futuro, respecto a que lo que encontramos en la Huerta del Pato es el enterramiento de una unidad familiar. Por el tamaño de las urnas y los ajuares conservados, que se pueden paralelizar con la necrópolis de Les Moreres, hipotetizamos que allí se realizó el enterramiento de una familia nuclear formada por el varón, la mujer y la descendencia de ambos. De poder demostrar esta propuesta, nos

encontraríamos ante un importantísimo avance para interpretar la estructura social de las comunidades del Bronce Final e inicios de la I Edad del Hierro en la zona.

Otro aspecto que no queremos dejar de tratar en esta conclusión es nuestra certeza de que nos parece bastante exagerado hablar de “Orientalizante” en nuestra zona. No nos referimos a emplear el término para describir o adjetivar objetos sino que no creemos que deba usarse para definir un proceso histórico-cultural en la zona. Por eso nosotros hemos propuesto la sistematización cronológica que avanzábamos al principio del capítulo.

Esperamos haber ilustrado aquí ese proceso cultural que desemboca en la Cultura Ibérica, que actuará a modo de “barniz unificador”, uniformizando las expresiones culturales de amplias zonas geográficas.

Realmente, una vez finalizado nuestro trabajo, sentimos la necesidad de asimilar todo lo investigado, de lo que únicamente una infinitesimal parte hemos volcado aquí.

Creemos que con el capítulo siguiente daremos cumplida finalización a este trabajo, necesariamente preliminar y sujeto a mejoras y modificaciones.





## 10. EL COMPLEJO FUNERARIO MONUMENTAL DE POZO MORO



## 10. EL COMPLEJO FUNERARIO MONUMENTAL DE “POZO MORO”: LA SUBLIMACIÓN DE LAS ELITES IBÉRICAS.

307

### *Aclaración terminológica*

Ya en nuestra “Memoria de Licenciatura” quisimos dar cuenta de la necesidad de interpretar el primer momento de uso del yacimiento albacetense de “Pozo Moro” de manera adecuada, puesto que considerábamos que la interpretación tradicional del mismo no hacía justicia a la documentación con la que contamos<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Queremos señalar aquí nuestra infinita gratitud al malogrado D. Manuel Santonja, quien hizo posible que nuestro trabajo recibiese una mención honorífica por parte del tribunal destinado a juzgar las investigaciones presentadas al “V Premio de Arqueología D. Emeterio Cuadrado”, patrocinado por la “Asociación Española de Amigos de la Arqueología”. Creemos que su confianza en nuestro trabajo ha sido claramente reivindicada en ésta nuestra Tesis Doctoral. Del mismo modo queremos mostrar nuestro más sentido agradecimiento a D. Carlos Daudén Sala, quien posibilitó en toda su medida que podamos conocer y estudiar este fundamental hito para la investigación de la Cultura Ibérica. La realización de nuestro trabajo fue posible gracias al amparo institucional del Depto. de Hª. Antigua de la U.C.M., bajo la dirección de uno de sus profesores titulares: D. Fernando López Pardo. Queremos aquí también rendirle un merecido homenaje. Es en relación con el trabajo científico de Fernando que consideramos demostrado uno de los principales méritos que creemos se pueden dar a nuestra “Memoria de Licenciatura”: nuestra investigación le animó y le ayudó a trabajar en profundidad sobre el tema, con el resultado de su publicación *“La Torre de las Almas. Un recorrido por los mitos y creencias del mundo fenicio y orientalizante a través del monumento*

Así, el “foco” de esa interpretación se ha centrado de manera prácticamente exclusiva en la singularidad del edificio turriforme de sillares que señaló, aparentemente, el primer uso funerario de ese terreno.

Sólo en contadas ocasiones se encuentran alusiones a los demás elementos adicionales asociados a ese edificio, y que, junto a él, conformaban un conjunto, un complejo funerario, que muy escasas veces es considerado como tal.

El término común empleado en la investigación es el de “monumento”, y éste está referido únicamente a la construcción turriforme que ocupaba el centro del complejo al que aludimos, lo que implica una clara descontextualización de ese edificio con respecto al espacio en el que éste se incluía<sup>2</sup>.

Por ello creemos necesario reivindicar y proponer una denominación general que subsane el injusto y sesgado tratamiento

---

de “Pozo Moro” (2006), en donde recoge multitud de nuestras aportaciones previas.

<sup>2</sup> A este respecto se puede consultar cualquiera de las publicaciones relativas a este tema recogidas en la bibliografía del trabajo.

que se ha dado a este importantísimo vestigio histórico-arqueológico.

No obstante, nosotros emplearemos el término “monumento” cuando nos refiramos exclusivamente al edificio, pero al abordar aspectos más generales creemos necesario utilizar otra terminología.

Hemos optado por el término “Complejo Funerario Monumental”.

Es necesario ofrecer una imagen integradora, en la cual la atención no se centre únicamente en el edificio de sillares, parte central de un complejo funerario, sino que se tenga en cuenta el hecho de que esa construcción era únicamente un elemento singular englobado dentro de todo un conjunto funerario formado por ese edificio, un *témenos* a su alrededor, con gran seguridad delimitado físicamente, y otros elementos simbólicos y decorativos fuera de ese primer espacio sagrado inmediato.

Esta visión integradora es básica para poder abordar en profundidad el estudio de las diversas partes individuales que conforman ese “Complejo Funerario Monumental” de “Pozo Moro”, tales como el programa iconográfico presente en la construcción turriforme, el *témenos* con forma de piel de bóvido extendida, el *períbolos* que delimitaba ese *témenos* y poder unirlos, así, en la concepción global del conjunto.

Es una parte fundamental de la metodología de estudio, sin la cual es imposible comprender en profundidad a qué respondió su creación y, por ello mismo, cual fue su función principal y por qué fueron elegidos los elementos que lo integran y no otros. El no tener esto en cuenta ha llevado a muchos investigadores a incurrir en propuestas e interpretaciones profundamente

erróneas y “peregrinas” o injustificables, a nuestro juicio, sin más argumento que paralelos formales más que discutibles.

Junto a ello, se posibilita una aproximación a los rituales, creencias religiosas, estructura socio-política y gustos artísticos de las comunidades ibéricas en sus momentos más tempranos, así como comprobar la pervivencia, variaciones y/o desaparición de muchos de esos comportamientos e ideas.

Esto es así por la profunda imbricación que tienen todos los elementos individuales de este complejo, y que permiten desarrollar planteamientos en torno a la simbología con la que se relacionan, las preferencias estéticas a las que responden y las creencias que reflejan.

Desde este punto de vista es como lograremos relacionar, justificar y explicar las conclusiones que han ido surgiendo a lo largo del estudio de todos esos elementos, como la relación de la entrada al *témenos* con la secuencia narrativa del programa iconográfico del edificio<sup>3</sup>, que a su vez ha permitido su interpretación completa e identificación de lo representado, tal y como se presentará en los próximos apartados; o la importante relación de la morfología del *témenos* con una función de sacralización del espacio funerario y del edificio que éste contiene partiendo de una concepción religiosa e ideológica basada en el concepto del ciclo del “eterno retorno” o “muerte-vuelta a la vida” y heroización-divinización del difunto, que legitima de esa manera la autoridad y preponderancia de

---

<sup>3</sup> Prieto Vilas 2000a.

un linaje concreto, o la relación del punto de entrada al *témenos* con las creencias funerarias ibéricas, etc.

En resumen, la mayoría de las conclusiones incluidas en este trabajo son consecuencia de un estudio en conjunto e indisoluble de todos los elementos que constituyen el “Complejo Funerario Monumental de “Pozo Moro””, ya que si se hubiesen estudiado esos elementos por separado, sin relacionarlos, no habría sido posible llegar a su formulación.

Es por ello que trabajos anteriores, a pesar de meritorias aportaciones, no llegaron a dar una visión ni explicación plenamente satisfactoria.

El presente trabajo de investigación comenzó a tomar forma a partir del estudio de ciertos aspectos muy singulares de las representaciones iconográficas reflejadas en los relieves del monumento de “Pozo Moro”.

Nuestro primer, y desgraciadamente malogrado, primer director de este estudio, Fernando López Pardo, nos comentó tras volver de un viaje al prestigioso museo francés de “El Louvre” que había observado una pequeña pieza cerámica que le había recordado a una escena representada en uno de los episodios de bajorrelieves del edificio.

Nosotros, tras terminar la carrera y abordar los cursos de Docotrado, le habíamos mostrado nuestro interés por investigar bajo su tutela las influencias orientalizantes resultantes de la interacción entre el componente fenicio peninsular y las comunidades protohistóricas y, de hecho, habíamos empezado a investigar otro de los principales referentes arquitectónicos de la

Protohistoria de la Península Ibérica: Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz).

Fernando nos propuso indagar sobre la pieza que recordaba haber visto en París y las similitudes iconográficas del friso con otras muestras del arte oriental antiguo. Aquel fue el punto de partida de nuestra investigación.

Según íbamos profundizando en la cuestión, nos parecía imprescindible elaborar un contexto más amplio en el que encuadrar las conclusiones que surgían del estudio de los bajorrelieves y, así, esa preocupación se fue convirtiendo en una tarea de estudio del monumento en su conjunto, y por extensión, del complejo funerario en el que éste se encuadraba.

Añadido a todo ésto, la ausencia de una monografía actual y reciente sobre sus distintas particularidades, que recogiera tanto la documentación y opiniones aportadas por las publicaciones relativas a su excavación y estudios preliminares, así como aquellas que habían ido apareciendo a lo largo de los últimos años, nos impulsó a tratar de llenar ese vacío.

Hemos asumido como propia esa tarea de recopilación a la que hemos unido un análisis crítico para finalizar con nuestras propias conclusiones

Por ello, y dado que no se podría evaluar adecuadamente toda la ya mencionada y abundantísima aportación documental de su excavación y posterior estudio sin tratar de englobar las principales posiciones que, a lo largo de los años, han defendido los distintos investigadores que han tratado alguno de los aspectos de este destacado conjunto funerario monumental, ésta será una de las tareas de este trabajo, dejando



siempre un importante lugar para exponer dudas, matizaciones, nuevas hipótesis e impresiones.

Como se podrá leer en las siguientes páginas, siempre hemos buscado, en primer lugar, ofrecer un concreto “estado de la cuestión” sobre el tema a tratar, pasando a continuación a un exhaustivo análisis con el fin de desembocar en nuevas propuestas, o al menos de confirmar y apuntalar propuestas ya formuladas en el caso de que éstas den muestras de ser las más acertadas.

Todo ello se hará desde el más absoluto respeto por los investigadores que se han aproximado a las distintas problemáticas creadas por este importante vestigio histórico-arqueológico, y sin cuyas opiniones, dudas e interpretaciones habría sido de todo punto imposible profundizar en su estudio.

Antes de entrar en otras consideraciones, creemos importante destacar que uno de los principales problemas que ha tenido la investigación en los últimos años, en nuestra opinión, es el haberse basado primordialmente en los apartados escultóricos e iconográficos del monumento, estancándose de este modo en una descontextualización del conjunto y lanzando multitud de interpretaciones, muchas de ellas, en nuestra opinión, poco meditadas e incluso muy desafortunadas.

Como defenderemos en los próximos apartados, sin abordar en profundidad todos los aspectos interrelacionados del complejo monumental no es posible alcanzar un conocimiento completo de su función y causa de ser.

Queremos resaltar, tal y como ya hicimos en nuestra *Memoris de Licenciatura*,

una frase de Ricardo Olmos que sigue teniendo una clara vigencia:

*“Volver hoy a “Pozo Moro” podrá a algunos parecer presuntuoso y a otros obsesivo. O hasta inútil” [...], sin embargo, “la multiplicidad de lecturas tal vez no haya logrado aún agotar el tema”<sup>4</sup>.*

310

Efectivamente, el tema no está agotado pero creemos que hemos avanzado mucho y tenemos mucho mejor conocimiento. A continuación procuraremos demostrarlo.

### ***Una breve introducción***

El nombre de “Pozo Moro” ha venido significando, desde mediados de la década de los años 70 del s. XX, un pilar básico de la investigación que estudia el Mundo Ibérico.

El descubrimiento y excavación de la necrópolis de “Pozo Moro” supuso un verdadero revulsivo en el estudio de las necrópolis ibéricas, y no únicamente ésto, sino que a partir de las conclusiones extraídas del análisis del monumento turriforme fueron surgiendo numerosos trabajos que han supuesto un replanteamiento de las teorías centradas en la escultura y el arte ibérico en general<sup>5</sup>.

En relación con este mismo hecho, gracias a las interpretaciones dadas por Almagro-Gorbea a partir del estudio del edificio,

---

<sup>4</sup> Olmos Romera 1996: 99.

<sup>5</sup> Blánquez Pérez 1999b: 55 y 64; Chapa Brunet 1986b: 54.

se abrieron nuevas perspectivas a la investigación de numerosos restos arquitectónicos y escultóricos ibéricos que descansaban en museos españoles desde finales del s. XIX y cuya comprensión cultural se veía mermada por su casi total descontextualización<sup>6</sup>.

También otros muchos campos de la investigación sobre el Mundo Ibérico se han visto afectados por la valiosísima documentación aportada por los materiales arqueológicos recuperados durante la intervención en “Pozo Moro”, como puedan ser la aproximación a la estructura socio-política e ideológica de la Cultura Ibérica<sup>7</sup>, el acercamiento a las características físicas de las poblaciones ibéricas<sup>8</sup>, el comercio de objetos de importación<sup>9</sup>, etc...

De este modo, la importancia del tema que aquí se aborda sobrepasa con mucho la de solamente un destacado y original ejem-

plo artístico de la antigüedad de nuestra Península Ibérica.

Con respecto al estado de la investigación sobre el origen del Mundo Ibérico y sus principales influencias formativas, hay un hecho que cabe destacar en relación con el descubrimiento fortuito y posterior excavación del conjunto funerario monumental de “Pozo Moro”: con él se colocó en su merecido lugar el bagaje cultural oriental -no griego- presente en muy variados ámbitos de las culturas autóctonas peninsulares, junto a la propia evolución y desarrollo intrínseco de éstas, y, principalmente, en el nacimiento de la Cultura Ibérica, hasta entonces relacionada, mayoritariamente, con influencias helénicas.

Así, adquirieron mayor peso las teorías que reivindicaban para la colonización fenicia un papel fundamental en la transformación de la cultura local, y se procedió a identificar los orígenes orientalizantes de la Cultura Ibérica, en gran medida heredera de la precedente Cultura Tartésica. Por tanto se valoró más profundamente la colonización fenicia y la personalidad del mundo fenicio-occidental, “que contribuyó decisivamente a la aparición de una Cultura Orientalizante Ibérica”, debido a su influjo en el desarrollo de las Culturas indígenas locales<sup>10</sup>.

El mismo excavador de este yacimiento señalaba cómo “el descubrimiento del monumento ibérico de “Pozo Moro” ha proporcionado un caudal de nuevos datos que ha influido poderosamente [...], en especial, en el conocimiento de la Cultura Ibérica,

<sup>6</sup> Blánquez Pérez 1997: 213.

<sup>7</sup> Desde la formulación pionera de lo que se conoce en la investigación como el “paisaje” de las necrópolis ibéricas a la interpretación social de los distintos tipos de sepulturas y la clasificación tipológica de las tumbas ibéricas, en lo cual tuvo un importante papel el estudio de la tumba turriforme de “Pozo Moro” (Almagro-Gorbea 1983b; Blánquez Pérez 1997: 213).

<sup>8</sup> A través de los estudios osteológicos y paleopatológicos.

<sup>9</sup> Que para el Sudeste de la Meseta fue tradicionalmente relacionado con el comercio púnico, y más recientemente se ha señalado una importante vinculación con el centro colonial griego de Ampurias (principalmente en los trabajos de Blánquez Pérez; remitimos a este respecto a la bibliografía aportada). Así, también debe resaltarse una vez más que las cerámicas griegas presentes en el ajuar amortizado en la base del monumento turriforme de “Pozo Moro” materializan una de las más antiguas introducciones de estos materiales en las tierras del interior (Almagro-Gorbea 1983a: 185; Blánquez Pérez 1997: 217).

<sup>10</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 177.

contribuyendo a la mejor comprensión de su formación y sobre todo a la valoración correcta de sus creaciones arquitectónicas y escultóricas, y en consecuencia al mejor conocimiento del Arte y de la Sociedad Ibéricas”<sup>11</sup>.

Así pues, creemos sobradamente justificado el motivo de este trabajo, pues la vigencia de la documentación aportada por el estudio del “Complejo Funerario Monumental” de “Pozo Moro” es permanente, y por ello mismo, es imprescindible ponerla en relación directa con las últimas novedades que se vienen dando en la investigación sobre el Mundo Ibérico.

### *Contextualizando “Pozo Moro”*

#### *EL YACIMIENTO: SITUACIÓN Y CARACTERÍSTICAS DE LA ZONA*

##### OROGRAFÍA

El yacimiento de “Pozo Moro” está situado en el término municipal de Chinchilla de Montearagón, perteneciente a la Provincia de Albacete, en pleno corazón de la zona que sería ocupada por lo que en la investigación se conoce como “Mundo Ibérico”.

Se localiza a medio camino entre las poblaciones de Pozo-Cañada y Horna: a siete Km. de la primera de ellas, a 31 km. de Al-

bacete, a 14 km. de Chinchilla de Montearagón y 5,5 km. de la pedanía de Horna<sup>12</sup>.

Para llegar hasta allí desde Madrid, ha de tomarse la Nacional-III, o carretera de Valencia, hasta su Kilómetro 177; en ese punto ésta se une con la autovía A-31, que ha de seguirse en dirección La Roda-Albacete-Alicante hasta el km. 254.

Desde aquí existen dos opciones para llegar al yacimiento; en la primera de ellas, tomamos la carretera N-301 en dirección Murcia, de manera que ésta nos lleve hasta el pueblo de Pozo-Cañada, en el km. 274.

Nada más llegar a esta población, conviene desviarse por el primer camino que se encuentra a mano izquierda, que es la actual carretera hacia Horna. Tras cruzar la vía del tren, y pasada la conocida como “Casa de Arrieta”, a unos pocos kilómetros de distancia se llega finalmente a la casa de labor de “Pozo Moro”.

Dejando ésta atrás por la misma carretera, a unos 600 metros se encuentra el lugar donde fue descubierta la necrópolis que lleva su mismo nombre.

“Pozo Moro” es la denominación del paraje en el que se encuentra el yacimiento y la finca a la que pertenece. La localización exacta es de 38º 49’20” de latitud Norte y 2º1’40” longitud Este de Madrid de la hoja nº 791 “Chinchilla de Montearagón” del mapa 1:50 000 del Instituto Geográfico Nacional<sup>13</sup>.

---

<sup>11</sup> El subrayado es nuestro. Almagro-Gorbea 1983a: 178.

---

<sup>12</sup> Daudén Sala 1971: 10.

<sup>13</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 179.

La finca, que se extiende a ambos lados de la carretera local que une Pozo-Cañada con Horna<sup>14</sup>, se localiza a unos 880 m. de altitud s.n.m., y se incluye dentro de los llamados “Altos de Chinchilla”, que cuentan con una altitud media aproximada de 1000 m. de altitud s.n.m.

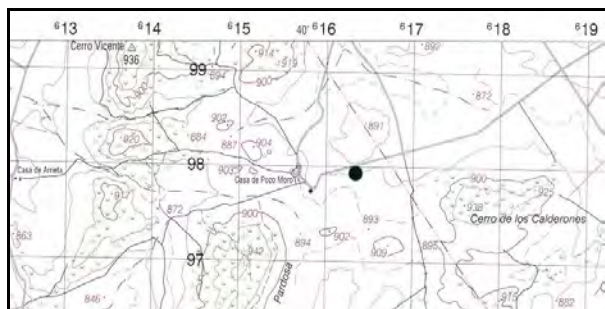


FIGURA 10.1: Mapa donde se señala con un punto la localización del yacimiento. Otro punto más pequeño señala el pozo de agua en su situación actual

Así mismo, a la hora de situar el yacimiento y abordar sus características, ha de tenerse en cuenta la propia geología del terreno. La Provincia de Albacete cuenta con cinco unidades morfoestructurales<sup>15</sup>:

I- *La unidad de Los Llanos de Albacete y el Corredor de La Mancha*, de relieve prácticamente llano y formada por grandes depresiones rellenas de materiales geológicos del Mioceno me-

dio-Plioceno que conservan su posición original de sedimentación.

II- *La unidad de Chinchilla-Ayora-Villa de Ves*, con un relieve de “muelas” y unos materiales geológicos mesozoicos prácticamente horizontales aunque con una importante fracturación vertical.

III- *La unidad de Pozo-Cañada-Pétrola-Almansa*, con un relieve de pequeñas elevaciones sobre planicies con humedales de carácter salino. Los materiales geológicos son mesozoicos, aunque con extrusión de materiales salinos triásicos, los cuales, al disolverse, crearon cubetas que posteriormente han sido rellenadas por materiales plio-cuaternarios, dando lugar a llanuras.

IV- *La unidad de Alcaraz-Hellín-Calar del Mundo*, que muestra los mayores relieves de la Provincia, por desplazamiento y acumulación en período de compresión tectónica de los materiales depositados durante el Mesozoico en el denominado “Surco Bético”.

V- *La unidad de Lezuza-Munera-Ossa de Montiel*, con un relieve moderado en el que destacan los materiales del Jurásico en una posición casi horizontal.

<sup>14</sup> Daudén Sala 1971: 10.

<sup>15</sup> Vilas Minondo 1991: 33-34.



FIGURA 10.2: Paisaje característico de la zona actual

La finca de “Pozo Moro” se incluye dentro de la tercera unidad (*Pozo-Cañada-Pétrola-Almansa*), lo cual explicará algunas de sus determinadas y destacadas características, tales como el fenómeno endorreico<sup>16</sup>, de gran importancia en este caso concreto por la existencia en ese terreno de un pozo de agua desde época protohistórica.

Siguiendo, a continuación, un criterio estrictamente geográfico, determinados investigadores han optado por englobar el área de Pozo-Cañada, en la que se incluye la finca y el yacimiento de “Pozo Moro”, dentro de la comarca conocida como “Los Llanos de Albacete”, originariamente con unos límites geográficos mucho más reducidos y limitados a los alrededores de la propia ciudad de Albacete<sup>17</sup>, al Noroeste de este área.

El motivo que les ha llevado a adoptar esa posición ha sido la compilación de un estudio en el cual, para entender los suce-

<sup>16</sup> *Vide infra*

<sup>17</sup> Tal y como también se ha visto al tratar las cinco unidades morfoestructurales de la Provincia, en las cuales la unidad de Los Llanos de Albacete es ajena a la de Pozo-Cañada, quedando reducida ésta a un área más meridional.

sos de la llanura, ha de investigarse también lo que ocurre en la zona circunvecina<sup>18</sup>.

Para evitar la contradicción implícita a esos propios límites argumentados, esos investigadores han optado por extender la denominación de “Los Llanos de Albacete” a toda la llanura comprendida entre el reborde montañoso de la Provincia y el río Júcar, creando en ocasiones unos límites totalmente convencionales<sup>19</sup>.

En el presente trabajo hemos optado por seguir esta última posición a la hora de abordar las características geográficas, que no geológicas, de la zona de “Pozo Moro”, por lo cual, a partir de este momento, el término “Llanos de Albacete” será empleado como sinónimo de esa amplia comarca geográfica y, por ello, no debe ponerse en relación con la unidad morfoestructural anteriormente mencionada o con los límites geográficos tradicionales asignados a ese término.

Este mismo criterio ya ha sido empleado previamente por otros destacados investigadores en sus estudios sobre la Cultura Ibérica en la provincia de Albacete<sup>20</sup>.

## EL CLIMA

De modo general, se puede considerar que en la actual Comunidad Autónoma de

<sup>18</sup> Sánchez Ortega 1995: 21.

<sup>19</sup> *id.* 1995: 20-21.

<sup>20</sup> Éste es el caso, por ejemplo, de Sanz Gamio (1997).

Castilla-La Mancha las distintas realidades climáticas quedan englobadas dentro del tipo “Templado Mediterráneo de matiz Continental”, con las evidentes variaciones de acuerdo a cada zona <sup>21</sup>.

En el área de la finca de “Pozo Moro”, “el clima que encontramos es marcadamente continental, árido y extremado, con sólo 61 días de precipitación, ofreciendo una notable sequía, lo que favorece un paisaje casi de estepa”<sup>22</sup>. Como se acaba de ver, generalmente llueve poco, y cuando lo hace es “a turbión”, lloviendo, a veces, en tres días lo de casi todo el año; éste fenómeno, conocido como “gota fría”, es de gran repercusión en el área de Pozo-Cañada y toda su cuenca de recepción pluviométrica.

A estas intensas lluvias caídas sobre esta zona se les suele atribuir un papel principal en el constante proceso de denudación de los suelos<sup>23</sup>.

La finca de “Pozo Moro” se encontraría incluida en la conocida como “Cuenca de Pozo Cañada”, subcuenca afluente, a su vez, de la “Cañada Escartana”, que recoge gran parte de las precipitaciones caídas en un área de 396 Km.<sup>2</sup> de la zona oriental de la comarca de “Los Llanos de Albacete” y es directa responsable de los encharcamientos episódicos del llano<sup>24</sup>.

---

<sup>21</sup> Blázquez Pérez 1995a: 9; Teniendo en cuenta que esta realidad geográfica no es más que un convencionalismo moderno, sin fundamentos para el estudio de la época a la que está referido este trabajo.

<sup>22</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 179; Daudén Sala 1978: 33.

<sup>23</sup> Sánchez Ortega 1995: 137.

<sup>24</sup> Sánchez Ortega 1995: 126, 130-131.

Como resultado de lo expuesto, es frecuente la presencia en la zona de lagunas endorreicas, también conocidas como “humedales”, presencia favorecida por la propia geología del terreno, con un origen cárstico tras la disolución de yesos sobre margas subyacentes<sup>25</sup>.

La alternancia de niveles calizos, margocalizos, margosos, dolomíticos, yesíferos, calizos lacustres y conglomerados, todos ellos de desigual potencia y extensión, posibilita en unos casos la infiltración, y en otros el encharcamiento, en relación directa con el grado de permeabilidad de cada uno de los niveles<sup>26</sup>.

Ésta sería, de forma simple, la explicación del fenómeno endorreico de “Los Llanos de Albacete”, dentro de los cuales se incluye la finca de “Pozo Moro”, cercana a dos importantes lagunas de esta zona<sup>27</sup>.

La repercusión de ese fenómeno endorreico será de crucial importancia para nuestra zona de estudio, ya que la presencia de esos “humedales” debieron de servir de elementos orientadores de la red viaria durante época antigua<sup>28</sup>.

En ciertas zonas de nuestra “Región Nuclear” esos humedales reciben el nombre de “navajos” o términos derivados de él.

Junto a esos humedales, algunos de ellos estacionales, no podemos dejar de mencio-

---

<sup>25</sup> Blázquez Pérez 1992a: 237; *id.* 1995a: 12.

<sup>26</sup> Sánchez Ortega 1995: 170.

<sup>27</sup> Nos referimos a la laguna de Pétrola, al Este del yacimiento, y la del Salobral, al Oeste del mismo.

<sup>28</sup> Blázquez Pérez 1995a: 12; *Vide infra*.



nar la existencia de pozos de agua potable, hecho claramente contrastable en la toponimia de la zona.

Los estudios polínicos realizados en necrópolis y hábitats de época ibérica reflejan un panorama de un paisaje mucho más húmedo que el actual, y cuya vegetación se ha visto sometida a una, relativamente reciente, “feroz deforestación”<sup>29</sup>.

De este modo, la vegetación más abundante condicionaba en la Antigüedad “unas precipitaciones más regulares y abundantes que las actuales, que además eran mejor retenidas y reguladas por unos suelos más consolidados, potentes, dotados de mayor capacidad biológica y de retención hídrica”<sup>30</sup>.

La mayor cantidad y extensión de lagos y lagunas, unido al mayor caudal de los ríos parece apoyar esta hipótesis.

Con respecto a las condiciones de temperatura en esta zona de “Pozo Moro”, éstas llegan a ser antagónicas dependiendo de la estación del año en la que nos encontremos: la evaporación es elevadísima en Verano, dadas las altas temperaturas registradas, mientras que en Invierno las temperaturas son muy bajas, con fuertes heladas<sup>31</sup>.

Este comportamiento de las temperaturas puede explicarse por la misma topografía de la zona: la comarca de “Los Llanos de Albacete” constituye una zona deprimida o “cubeta” entre distintos rebordes montañosos o terrenos más elevados en su perímetro, únicamente abierta en dirección N. y NE.; justamente, en esa dirección no llegan las situaciones de lluvia, pero en cambio sí permite la entrada de vientos gélidos de procedencia polar o, en este caso concreto, del NE. continental.

La fuerte irradiación nocturna en la llanura, con un índice de humedad muy bajo explicaría la aparente contradicción de que las mínimas absolutas se registren en el llano y no en la sierra<sup>32</sup>.

A modo ilustrativo se puede considerar la temperatura media anual en la cercana Chinchilla, que viene a ser de unos 12,8 ° C. Con datos tomados en la estación de medición de esta misma localidad, se observa que frente a mínimas de -14° C se puede llegar a soportar temperaturas máximas de 39,8 ° C, con un intervalo térmico muy acusado<sup>33</sup>.

Es de destacar que el dueño de la finca de “Pozo Moro” en las fechas del hallazgo del yacimiento, quien además fuera su descubridor y primera persona en publicar artículos al respecto, el Dr. D. Carlos Daudén Sala, aún recuerda cómo esta finca era la única de los alrededores en la que nunca se secaba el pozo de agua en tiempos de sequía, y en la que las nevadas tenían menos repercusión sobre las cosechas<sup>34</sup>, lo cual puede ponerse directamente en relación con la presencia del yacimiento men-

<sup>29</sup> Blázquez Pérez 1999b: 58; *id.* 1992a: 237.

<sup>30</sup> Sánchez Ortega 1995: 107.

<sup>31</sup> Daudén Sala 1978: 33.

<sup>32</sup> Sánchez Ortega 1995: 88-89.

<sup>33</sup> Sánchez Ortega 1995: 90.

<sup>34</sup> *Com.pers.*

cionado y su, más que probable, cercano hábitat<sup>35</sup>.

### EL SUELO Y SU APROVECHAMIENTO

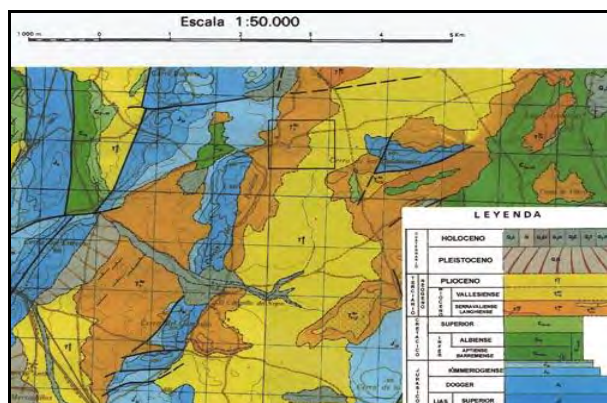


FIGURA 10.3: Mapa geológico de la zona

En el mapa geológico adjunto se aprecia recuadrada la zona de la finca de “Pozo Moro”, donde se puede observar una base mayoritaria de materiales de Era Terciaria.

Este importante yacimiento arqueológico ocupa una suave ladera descendente hacia el Norte con una pendiente inferior al 2%, situada a 40 m. al Sur de la ya mencionada carretera de Pozo-Cañada a Horna. Se asienta en una hondonada endorreica sobre margas del Pleistoceno salpicada por cerros de calizas cretácicas de elevación suave<sup>36</sup>.

El estudio del suelo aporta unas interesantes informaciones: se trata de areniscas del Mioceno, entre calizas magnesianas y

oolíticas del Jurásico (hacia el Oeste) y calizas del Mioceno (al Este)<sup>37</sup>.

El Dr. Daudén destaca a este respecto que la zona de la finca hacia Horna, es decir, hacia el Este, tenía fama en las inmediaciones de ser tierra muy buena a nivel de productividad agrícola<sup>38</sup>.

En general se trata de suelo calizo y pedregoso, con un 20% de cal, 30% de arcillas y un poder retentivo del 40%, con un pH del 7,1<sup>39</sup>. Una de las características generales de la finca, al igual que todos los terrenos cercanos, es la necesidad de un gran esfuerzo en las labores destinadas a favorecer el cultivo, ya que la tierra presenta una gran concentración de piedras de diferentes tamaños, cuyo traslado y amontonamiento da lugar a los “majanos”, uno de los cuales, en el caso de “Pozo Moro”, ayudó a localizar el yacimiento cuando se procedió a su traslado para facilitar el cultivo de esa porción de tierra<sup>40</sup>.

<sup>37</sup> Daudén Sala 1978: 33; Este aspecto será interesante a la hora de abordar los materiales empleados en la construcción del monumento turriforme, y la posible extracción y talla *in situ* de éstos.

<sup>38</sup> *Com.pers.*

<sup>39</sup> Daudén Sala 1978: 33.

<sup>40</sup> *Vide infra.*

<sup>35</sup> *vide infra*

<sup>36</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 179-180.



FIGURA 10.4: Foto del suelo en la zona del yacimiento

En la figura 12.4 se puede observar la gran cantidad de piedras que dificultan las labores agrícolas en las fincas del área de “Pozo Moro”.

En época reciente, el cultivo de la finca en la que se encuentra el yacimiento se ha centrado en los cereales de secano, principalmente cebada, trigo y avena, aunque también se intentó con el girasol al estar su cultivo subvencionado, pero ante el hecho de que estropeaba el terreno fue abandonado<sup>41</sup>. Posteriormente se ha extendido mucho en la zona el cultivo de la remolacha azucarera, tal y como se puede observar *in situ* en la cercana finca del “Campillo del Negro”.

El tipo de piso bioclimático en el que se engloba este área es el conocido como Mesomediterráneo, y es el ámbito normal de los cultivos cerealísticos, vid y olivo<sup>42</sup>.

Ratificando esa información, y gracias a los estudios que se han llevado a cabo en el yacimiento ibérico de El Amarejo, pese a

englobarse en otra zona geográfica<sup>43</sup>, se ha podido realizar una aproximación a los cultivos predominantes en este área durante época protohistórica, basados en los cereales y las leguminosas, tales como la cebada y el trigo, junto con restos de semillas de uva y bellotas<sup>44</sup>.

La vegetación característica en el área de “Pozo Moro” es el monte bajo, salpicado por pinos (*P. Laricio*) y encinas (*Quercus ilex*), asociados a matorral mediterráneo y esparto<sup>45</sup>. El bancal donde se halló la necrópolis ibérica estaba cubierto, en el momento de su descubrimiento, de monte bajo y no había sido roturado con anterioridad<sup>46</sup>.



FIGURA 10.5: Característica distribución de la vegetación actual en el área de “Pozo Moro”

<sup>43</sup> Dentro del llamado “Corredor de Almansa”, incluido en el Altiplano de Almansa (Sánchez Ortega 1995: 20), pero únicamente a unos 20 km. al Este del yacimiento de “Pozo Moro”, y perteneciente a su misma unidad morfoestructural (*vide supra*).

<sup>44</sup> Alfaro Arregui y Broncano 1993: 133; *eadem* 1995: 234-235; Sanz Gamo 1997: 113.

<sup>45</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 179-180.

<sup>46</sup> Daudén Sala: *com.pers.*

<sup>41</sup> *Com.pers.* del Dr. Daudén Sala, dueño de esos terrenos.

<sup>42</sup> Sánchez Ortega 1995: 184-185.

La vegetación actual pertenece a la flora mediterránea presente hasta los 1000-1100 metros de altitud, y probablemente haya que incluirla dentro de la zona de vegetación conocida como del *Campo* de Hellín, con sectores de Monte de Chinchilla, Pétrola, Carcelén y Altiplano de Almansa, en los que predomina la zona arbórea en regresión y, en la actualidad ocupada por áreas de matorral<sup>47</sup>. Para época protohistórica, a partir de estudios en el depósito votivo del poblado de El Amarejo, puede deducirse una masa arbórea mayoritaria de sabinas, pinos y encinas, aunque no se debe descartar la presencia de otras muchas especies, como por ejemplo los almendros, documentados a partir de los restos quemados de algunas piras de la necrópolis ibérica de La Hoya de Santa Ana<sup>48</sup>.

A su vez, los análisis realizados sobre muestras recogidas en el poblado ibérico de “La Quéjola” (San Pedro) reflejan una abundante variedad que configura una “vegetación formada principalmente por bosques mixtos caducifolios y perennifolios (encinas, quejigos, nogales, enebros, madroños,...), combinados con pinares en terrenos ya más húmedos y arbustos leñosos (vid, espino, brezo, jaguarzos, lentiscos y retamas) hacia las zonas de vega”<sup>49</sup>.

Teniendo en cuenta las posibles variaciones de acuerdo a las distintas áreas, aún así, el paisaje de época ibérica contaba con

numerosas especies y familias botánicas, lo cual no conviene olvidar a la hora de abordar interpretaciones sobre los emplazamientos y abundante densidad del poblamiento humano en el Sureste de la Meseta durante época protohistórica<sup>50</sup>.

A modo de resumen simplificado, se puede decir que “los ambientes arbóreos de encinares (*Quercus rotundifolia* y sabinas) fueron los más abundantes en este territorio, complementándose con quejigos (*Quercus lusitanica*) en zonas ya más húmedas, [...] lo que llegó a constituir en tiempos pasados masas arbóreas compactas hasta ocupar casi el 90% de todo el territorio”<sup>51</sup>.

Con respecto a la ganadería en la zona, es importante destacar que la cabaña principal está fundamentada en la actualidad en los ovicápridos, principalmente las ovejas y algo menos las cabras. También es frecuente la cría de algunos ejemplares de cerdos, y el uso de mulas para los trabajos del campo y el transporte, actualmente desplazadas

---

<sup>50</sup> Principalmente basados en los análisis del pozo votivo del poblado de El Amarejo (Bonete, Albacete) para época ibérica (s. III a.C.) y en los poblados de la Edad del Bronce de “El Acequión” (Albacete) y la “Morra del Quintanar” (Munera) para momentos anteriores (finales del III Milenio-Inicios del II Milenio cal. AC) [Llorach *et alii* 2000; Blázquez Pérez 1992a: 237-238]. La bibliografía es ampliable con interesantes publicaciones: Guerra Doce y López Sáez 2006; Rivera Núñez, Obón de Castro y Asencio Martínez 1988, etc..., aunque un recurso interesantísimo es la web del proyecto “Flora y Fauna Ibérica”, de la Universidad de Valencia. donde se encuentra mucha información, alguna aún inédita, de algunos yacimientos ibéricos albacetenses:

(<http://www.florayfaunaiberica.org/>).

<sup>51</sup> Blázquez Pérez 1995a: 10.

---

<sup>47</sup> Blázquez Pérez 1992a: 237.

<sup>48</sup> Sanz Gamio 1997: 113; Blázquez Pérez 1999e: 156.

<sup>49</sup> Blázquez Pérez y Olmos Romera 1993: 90.



por el empleo de tractores y otra maquinaria agrícola<sup>52</sup>.

La trashumancia y el pastoreo ha sido, del mismo modo, una actividad muy destacada, fácilmente deducible por la abundante presencia de cañadas, atestigüada en la propia toponimia<sup>53</sup>.

En época protohistórica, pese a los escasos datos con los que se cuenta, parece claro que en esta zona la presencia de ovicápridos era mayoritaria, registrándose también la existencia de otros mamíferos de carácter doméstico tales como los *suidos* y bóvidos, la práctica totalidad de los ungulados silvestres ibéricos y un número representativo de carnívoros<sup>54</sup>.

En el entorno natural también destacaba cierta abundancia de ciervos y conejos. La presencia de especies con escaso aprovechamiento económico ha sido justificada en la investigación con un posible carácter sacrificial, probablemente apoyada por vestigios de sacrificio de ovicaprininos de temprana edad, frente al aspecto adulto de *suidos* y bóvidos (en relación con un aprovechamiento lácteo, cárnico y/ o de cuero)<sup>55</sup>.

---

<sup>52</sup> Daudén Sala: *com.pers.*

<sup>53</sup> Así, los nombres como “Pozo-Cañada”, la propia “Cañada o Vereda Real de Cuenca a Cartagena” y “Las Cuerdas de la cañada de Domingo”.

<sup>54</sup> Iborra Eres 2000; Blánquez Pérez 1995a.

<sup>55</sup> Blánquez Pérez 1992a: 238.

## EL POZO DE AGUA Y SU CERCANÍA AL YACIMIENTO

La carretera entre Pozo-Cañada y Horna, a su paso por las inmediaciones del yacimiento de “Pozo Moro”, un poco por debajo de los 880 metros s.n.m. de altitud, queda encajada entre un altozano al Sur<sup>56</sup> y otro altozano al Norte<sup>57</sup>. Como se puede apreciar a través de las fotografías de época, el yacimiento formaba una ligera elevación tumuliforme en medio del terreno descendente de la ladera en la que se asienta.



FIGURA 10.6: Fotografía tomada durante la primera campaña de excavación. Se observa la forma tumular del yacimiento (Cortesía de D. Martín Almagro-Gorbea)

Esa elevación tumuliforme ofrecía una forma aproximadamente circular, algo irregular, de unos 30 m. de diámetro máximo, con una altura máxima sobre el terreno

---

<sup>56</sup> Con una altura máxima de 902 metros s.n.m., y en cuya ladera descendente hacia esa arteria viaria se halló la necrópolis.

<sup>57</sup> Con su cumbre a 891 metros s.n.m.

circundante de 1,50 m., y venía señalada por un majano o aglomeración de piedras emplazado 50 metros al Sur de la carretera<sup>58</sup>.

Actualmente es observable una pequeña porción de tierra sin trabajar que ofrece una forma ovalada rodeada por el terreno que aún se cultiva. Esto es así porque el Dr. Daudén Sala, a la hora de vender esa propiedad, 16 años después de su descubrimiento y ya sin excavaciones en curso, exigió del nuevo dueño que se comprometiese a no tocar esa pequeña porción, que es el único vestigio resultante de las distintas intervenciones realizadas en el yacimiento<sup>59</sup>.

Tanto en ese terreno como en los alrededores se observan los ya mencionados majanos de piedras, algunos de los cuales aún hoy han proporcionado importantes vestigios de la historia de ese lugar<sup>60</sup>.

La toponimia del lugar atestigua la presencia de un pozo en las cercanías, de gran importancia en esta zona endorreica con escasos cursos de agua. Actualmente el pozo se encuentra frente a la casa de labor de la finca, a unos 600 m. al Oeste del yacimiento<sup>61</sup>, aunque, según la tradición local, el conocido como “pozo de los moros” se localizaba antiguamente a tan sólo 150 m. al Noroeste de la excavación, en un lugar, a

todas luces, más cercano al punto más bajo de la hondonada<sup>62</sup>.

Tal y como ya expusimos en nuestra Memoria de Licenciatura, dado que esta diferente situación implicaría ciertas dificultades, sería interesante realizar estudios en las inmediaciones del yacimiento con motivo de localizar ese antiguo emplazamiento del pozo y estudiarlo, ya que es poco funcional y antieconómico que un pozo haya sido desplazado hacia cotas más altas, como habría ocurrido en este caso, ya que la extracción del agua acarrearía tener que excavar a una mayor profundidad hasta el nivel freático.

En el caso de la existencia de un pozo más antiguo allí donde lo sitúa la tradición local, también podría considerarse bastante probable la localización de restos de superestructura de ese pozo original, con finalidad de facilitar el acceso al agua; Con respecto a la superestructura se observa que el pozo actual ha pasado por varias fases constructivas a lo largo de su utilización, algo que también habría sido normal en el caso de un uso prolongado del pozo antiguo; uso prolongado que se refleja en el hecho de que la tradición popular aún recuerde su antigua localización, ya que si su uso se hubiese abandonado ya en época protohistórica o medieval difícilmente se recordaría su antiguo emplazamiento.

---

<sup>58</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 181.

<sup>59</sup> Daudén Sala: *com.pers.*

<sup>60</sup> *Vide infra.*

<sup>61</sup> Ver plano con la localización del yacimiento y el actual pozo de agua (*vide supra*)

---

<sup>62</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 181. Su emplazamiento actual lo sitúa un poco por encima de los 890 metros s.n.m. (exactamente entre los 890 y los 893 metros), mientras que su emplazamiento según la tradición local lo situaría por debajo de ese nivel, bastante más cerca de los 880 metros.



Esa referencia en la definición popular “a los moros” es muy común en las tradiciones de nuestro país, y suele estar en estrecha relación con un yacimiento arqueológico en las proximidades, “dado que la mentalidad popular fija todo lo antiguo en esa época”<sup>63</sup>.

Así también, y como ejemplo complementario, proviene de la tradición popular el nombre de “Cerro de Los Santos” para otro importante yacimiento albacetense, debido a que las esculturas encontradas allí fueron identificadas por la terminología popular como figuras de “santos”; de ahí el nombre popular que se le dio a ese paraje ya desde época medieval<sup>64</sup>.

En relación con la importancia que, como ya hemos hecho referencia, tienen los pozos en la zona, es común encontrar nombres relacionados con ese término en las cercanías de la finca de “Pozo Moro”; tal es el caso de Pozo-Cañada, Pozo Hondo, Pozo de la Peña, Los Pocicos, etc...

Actualmente, no es extraño ver la presencia de un pozo de agua en cada una de las fincas que ocupan la zona.

#### SU RELACIÓN CON LAS VÍAS DE COMUNICACIÓN

Unido a todo lo anteriormente expuesto, y para comprender mejor lo destacado y estratégico de la situación del yacimiento, debemos hacer referencia a su estrecha

relación con las vías de comunicación ya existentes en el momento en el que se documenta su ocupación.

El yacimiento se localiza en una importante encrucijada y nudo de las principales vías de comunicación del Sureste de la Meseta en época antigua:

#### .- Vereda Real de Cuenca a Cartagena

Desde época prerromana, la que luego fue conocida como Vereda o Cañada Real de Cuenca a Cartagena, destacada vía del ganado trashumante, era el camino natural de más fácil acceso a la Meseta desde el Mediterráneo y, a su paso por la zona de la finca de “Pozo Moro”, esta ruta queda apenas a 300 m. al Este del yacimiento, discurriendo a los pies del Cerro de los Calderones y atravesando la hondonada de “Pozo Moro”<sup>65</sup>.

Almagro-Gorbea ya puso de relieve que el trazado de esta antigua vía de comunicación discurría por las inmediaciones de otros importantes yacimientos ibéricos de la zona, lo que evidenciaría la importancia para época prerromana de este camino de penetración hacia el interior de la Meseta desde Cartagena<sup>66</sup>.

<sup>63</sup> Fernández Martínez 1992: 49; Almagro-Gorbea 1983a: 181.

<sup>64</sup> Bendala Galán 2000: 154.

<sup>65</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 181.

<sup>66</sup> Como el caso de la necrópolis ibérica de Hoya de Santa Ana, situada unos veinte kilómetros al Sureste de “Pozo Moro” (Almagro-Gorbea 1983a: 181-182).

Algo más al Oeste, entre “Pozo Moro” y la Nacional-301, y paralela a la Vereda Real de Cuenca a Cartagena, discurría la vía romana de *Cartago Nova* a *Complutum*, que, dada la larga perduración temporal del uso de la necrópolis de “Pozo Moro”<sup>67</sup>, incluso durante época romana y tardorromana, también debe ser tenida en cuenta.

Su recorrido ha sido propuesto con diferentes variantes por varios investigadores, pero en lo esencial coinciden en su paso por las cercanías del yacimiento de “Pozo Moro”<sup>68</sup>.

Es importante destacar la fácil conexión viaria entre importantes yacimientos arqueológicos gracias a esta ruta, ya que su recorrido pasaba, proveniente de *Complutum* y *Segóbriga*, por La Roda, La Gineta, *Saltigi* (Chinchilla de Montearagón), por la hondonada de “Pozo Moro”, Venta Nueva, Torre Ochea (o Torre Uchea), Tolmo de Minateda y seguía ya por territorio murciano. En relación con esto, la aparición de tres miliarios en las cercanías de la localidad de Pozo-Cañada relacionados con esta vía de comunicación, contribuyen a atestiguar su cercanía al yacimiento que nos ocupa<sup>69</sup>.

El hallazgo de restos escultóricos adscribibles a época ibérica también muy próximos a esta localidad cercana a “Pozo Moro”, estaría en clara relación con la presen-

cia de otra necrópolis ibérica en la zona. Así, en 1906, en el paraje conocido como la “Cueva de Pozo-Cañada”, se halló una escultura zoomorfa, una figura de león, y años después, con motivo de la ampliación de la casa de labor, se encontraron 18 ó 20 tumbas de cremación, descritas por Sánchez Jiménez como iberorromanas<sup>70</sup>.

A juzgar por los materiales procedentes de esos enterramientos (cerámica, punta de lanza, fíbula anular, vidrios y cuentas de collar), efectivamente, esta necrópolis tendría una cronología tardía de época ibero-romana para alguna de sus fases de uso<sup>71</sup>.

Pese a esa adscripción cronológica de los materiales hallados, la propia datación de la escultura zoomorfa anteriormente mencionada perteneciente a este yacimiento, debería retraerlo hasta pleno siglo V a.C., aportando una destacada información en torno al importante poblamiento de época ibérica en esta zona ya desde momentos muy tempranos.

No en vano, el nombre antiguo de la más cercana población a ambos parajes<sup>72</sup> -a principios del s. XIX- no era Pozo-Cañada, sino Pozo de la Cañada, resaltando aún más el hecho de que era punto importante en el trazado del camino trashumante que pasaba por allí<sup>73</sup>.

---

<sup>70</sup> La cronología probable de realización de esa escultura se situaría en el s. V a.C., según Chapa Brunet (1980: 265, con bibliografía relacionada); Sanz Gamo 1997: 99.

<sup>71</sup> Cuadrado 1987: 196; Blánquez Pérez 1992a: 243.

<sup>72</sup> A “Pozo Moro” y a La Cueva de Pozo-Cañada.

<sup>73</sup> Abad Casal, Gutiérrez Lloret y Sanz Gamo 1998: 130 fig. 91.

---

<sup>67</sup> *Vide infra*.

<sup>68</sup> Sanz Gamo 1997: 241 Fig. 75.

<sup>69</sup> Blánquez Pérez 1990a: 49 y 53 n. 78.

Aún más recientemente se halló un fragmento escultórico de época ibérica en “El Campillo del Negro”, a muy pocos kilómetros tanto de “Pozo Moro” como de la localidad de Pozo Cañada<sup>74</sup>. No sería raro que ese fragmento perteneciera a una escultura funeraria en el contexto de una necrópolis ibérica.

Otros investigadores también relacionan directamente esta ruta con el yacimiento de “Pozo Moro”, que es el que nos ocupa, hasta donde llegaría desde Aldeanueva - donde aún quedan restos de rodadas de los carros-, y cuyo trazado pasaba por el Cerro Vicente, pero la existencia de un pozo al Noreste del citado cerro forzaría la desviación del camino hacia el Este por “Pozo Moro”<sup>75</sup>.

Otro importante argumento a favor de lo expuesto es la aportación, ya en el s. XVIII, del canónigo Lozano, quien defendía la existencia en “Pozo Moro” de un tramo de calzada, “a un tiro de bala” del yacimiento<sup>76</sup>.

#### .- La Vía Heraklea

Por otro lado, la proximidad de la Vía Heraklea, también denominada como Camino de Aníbal y, ya en época romana, como Vía de Augusto, queda sobradamente demostrada; pese a esa variedad de denominaciones debe aclararse que muchas ve-

ces esta equiparación es errónea y puede llevar a confusiones, ya que se emplea indiscriminadamente para hacer referencia a recorridos no siempre coincidentes.

La definición *Vía Heraklea* podría ponerse en relación con una vía de comunicación que se remontaría, al menos, a finales del II Milenio, que sería “reutilizada” con importante “continuidad” cronológica<sup>77</sup>.

El trazado de esta ruta unía la Alta Andalucía con Levante pasando al Sur de la actual Chinchilla de Montearagón y cruzando la vía romana *Complutum-Cartago Nova* y la Vereda Real de Cuenca a Cartagena, para, posteriormente, por el Camino de Chinchilla a Pétrola, llegar a esta última localidad<sup>78</sup>.

Con respecto al trazado de esta importante ruta, es necesario destacar la opinión de Almagro-Gorbea, para quien la carretera entre Pozo-Cañada y Horna, en lugar de ser un pequeño ramal paralelo del tramo entre *Saitabi* (Játiva) y *Cástulo* (Linares), cinco kilómetros hacia el Sur de la Vía Heraklea, sería el trazado original de esta misma ruta a su paso por la zona.

Este investigador señala la mejor correspondencia de este trazado con la localización de importantísimos yacimientos ibéricos tales como el Cerro de los Santos, Llano de la Consolación, el Salobral y Balazote<sup>79</sup>. En el caso de aceptar esta hipótesis, el yacimiento de “Pozo Moro” habría controlado visual y físicamente el cruce de la

<sup>74</sup> Cisneros Fraile 2010.

<sup>75</sup> Sanz Gamo 1997: 239.

<sup>76</sup> Abad Casal, Gutiérrez Lloret y Sanz Gamo 1998: 29; Sanz Gamo 1997: 237.

<sup>77</sup> Blázquez Pérez 1990a: 51, 57.

<sup>78</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 181-182.

<sup>79</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 182.

Vía Heraklea con la Vereda Real de Cuenca a Cartagena.

*- La vía Bolbax-"Pozo Moro"*

Esta vía ha sido estudiada muy recientemente en función de la situación de los yacimientos en la zona y el hallazgo de diversos materiales, tales como ánforas de tipo fenicio en el poblado de Los Almadenes (Hellín), las ánforas conocidas como del Grupo del Estrecho en el yacimiento de "El Castellón" (Hellín-Albatana), las cerámicas griegas, algunos tipos de fibulas, objetos de pasta vítrea, y otros como el sátiro del Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo)<sup>80</sup>.

Esta ruta se incluiría en un eje Norte-Sur que buscaría el valle de Minateda-Agramón hacia tierras murcianas<sup>81</sup>.

Teniendo en cuenta que la cronología dada a la creación *ex novo* del poblado, llamado "orientalizante", de Los Almadenes se sitúa hacia el final del s.VII a.C.<sup>82</sup>, y que los materiales hallados en ese yacimiento tienen paralelos con materiales tanto de la Alta Andalucía como de la zona murciana y levantina, parece apropiado considerar que las rutas de comercio cercanas a este poblado tendrían una alta cronología, por lo menos coincidente con la de la creación y ocupación de este yacimiento.

---

<sup>80</sup> López Precioso, Jordán Montes y Soria Combadiera 1992: 58-59.

<sup>81</sup> Sanz Gamó 1997: 235.

<sup>82</sup> Sala Sellés y López Precioso 1995: 190.

De este modo, aunque es más prudente considerar que el eje principal Norte-Sur que articulaba los más destacados yacimientos de la Provincia de Albacete ya era utilizado hacia el 500-480 a.C., en función de la fecha propuesta para "Pozo Moro" por su excavador<sup>83</sup>, no se debe olvidar la alta cronología asignada al poblado de "Los Almadenes", que podría ponernos en relación con un uso aún más antiguo de rutas de comunicación que explicasen la posterior localización de importantes yacimientos "controlando" ese eje, entre los que destacaría "Pozo Moro".

*- La Vía Cástulo-Saiti*

El estudio de los materiales mencionados con motivo del trazado de la vía anterior también ha ayudado a establecer otra vía de comunicación que remontaría el Segura pasando por el "Tolmo de Minateda" y el "Cerro de los Santos".

Para su recorrido, en lo que se refiere al yacimiento de "Pozo Moro", conviene tener en cuenta su paso desde el "Tolmo de Minateda", enlazando con Ontur, "Cerro de la Fortaleza", Rambla del Arabí y el "Cerro de los Santos".

Para este trazado se han establecido cuatro ramales hacia "El Amarejo" y "Meca", el "Cerro de la Fortaleza" con "Pozo Moro", desde el "Tolmo de Minateda" a "Coimbra del Barranco Ancho" (Jumilla, Murcia) por la Celia, y entre el "Cerro de los Santos" y

---

<sup>83</sup> Sanz Gamó 1997: 235.

“Coimbra del Barranco Ancho” por El Arabí, Cerro de los Gavilanes y Estrecho de Portichuelo<sup>84</sup>.

En estos últimos años se viene refrendando la importantísima relación del yacimiento de “Pozo Moro” con numerosos ramales de rutas principales e incluso con importantes rutas que lo incluyen en una profunda red viaria perfectamente desarrollada ya desde época prerromana.

#### .- La Vía Játiva-Cástulo

Su trazado ha sido propuesto por Lillo en función de la distribución del poblamiento prerromano. Esta ruta seguiría el camino Játiva-“Pozo Moro”-“Cerro de los Santos”-Hellín-Elche de la Sierra-Nerpio-Pedro Andrés y entraría en la Provincia de Murcia en dirección hacia *Cástulo*. Para Sanz Gamo se trataría en realidad de, al menos, dos caminos distintos que confluirían en “Pozo Moro”<sup>85</sup>.

Resumiendo: el yacimiento de “Pozo Moro” debe ser puesto en relación con, al menos, tres importantes vías de comunicación del Sureste de la Meseta ya desde época prerromana. Estas tres vías son:

- A 300 metros al Este del yacimiento discurre la Vereda Real de Cartagena a Cuenca.
- Al Oeste del yacimiento, a algo menos de 7 km. pero por su misma hondonada, discurre la vía romana entre *Complutum* y *Cartago Nova*.
- Cinco kilómetros hacia el Norte del yacimiento se encontraría la ruta conocida como Vía Heraklea, aunque Almagro-Gorbea defiende que la carretera entre Pozo-Cañada y Horna, que discurre apenas a 40 metros al Norte del yacimiento, sería un recorrido más acertado para esta ruta a su paso por la zona, opinión con la que mostramos nuestro pleno acuerdo.

Es indudable, por tanto, la relación de “Pozo Moro” con el trazado de las vías de comunicación desde muy temprana época protohistórica.

Todos los datos aquí recogidos ayudan a dar una importante relevancia a la estratégica localización del yacimiento (necrópolis) de “Pozo Moro” en el lugar donde la encontramos, así como la más que posible presencia de su hábitat correspondiente, que, como defenderemos más adelante, se encontraría muy próximo al yacimiento.

#### CONCLUSIONES SOBRE LA SITUACIÓN DEL YACIMIENTO

Antes de seguir adelante, es necesario hacer un pequeño resumen de las características que le dan un gran valor intrínseco a la situación geográfica del yacimiento de

---

<sup>84</sup> Sanz Gamo 1997: 234, 254-255.

<sup>85</sup> Sanz Gamo 1997: 234.

“Pozo Moro”, y lo destacan de entre otros muchos de los que conocemos. Punto principal es, como ya se ha visto, su colocación privilegiada en función y, prácticamente, en el núcleo de la unión de las Vías de Comunicación más destacadas de su época y épocas posteriores en toda esa zona.

Esto lo posibilitó, entre otros aspectos, esa situación privilegiada fue la presencia del pozo de agua. Ésto es algo que no debe ser pasado por alto; la localización del yacimiento, así como la posible localización de su hábitat<sup>86</sup>, debe por tanto ser vista en función de un control de ese pozo de agua y de las rutas de comunicación en sus inmediaciones, que posibilitaría unos contactos fluidos con otras zonas también destacadas en el origen y nacimiento del Mundo Ibérico, como fueron la Alta Andalucía y Levante.

El Dr. Daudén Sala, descubridor del yacimiento y dueño de la finca en la que éste se localiza, aún hoy recuerda cómo el pozo de esta finca era el único que no se secaba en tiempos de sequía general en la zona, con lo cual todo el tráfico de ganado que discurría por las inmediaciones acudía a este acuífero para abreviar a los animales<sup>87</sup>, argumento muy tentador a la hora de abordar la situación también para época ibérica.

Pese a su situación intermedia entre la Alta Andalucía y Levante no debemos tomar la zona del Sureste de la Meseta, donde se asienta “Pozo Moro”, como únicamente un “cruce de caminos” o “zona de paso” entre otras regiones en las que se desarrolló muy profundamente el Mundo Ibérico.

<sup>86</sup> *Vide infra*.

<sup>87</sup> *Vide supra*.

Esta concepción como “cruce de caminos” debe ser rechazada por simplista y por no ajustarse a la realidad, en total acuerdo con la posición de Blánquez Pérez sobre este tema rechazando también esa falsa concepción<sup>88</sup>.

Justamente, es el trazado por la zona de las importantes vías de comunicación mencionadas lo que dió a la investigación argumentos para infravalorar uno de los aspectos más destacados del Sureste de la Meseta -allí donde se asienta “Pozo Moro”-, que es el ser un ámbito donde se configuró muy tempranamente la Cultura Ibérica, con rasgos comunes con las regiones colindantes pero con otros propios y originales.

Es destacable el importante poblamiento en esta zona del Sureste de la Meseta ya desde los primeros momentos que podemos definir como “ibéricos”<sup>89</sup>, unido a elementos de la Cultura material, parecen apoyar un temprano desarrollo sincrónicamente al nacimiento del “Mundo ibérico” en zonas limítrofes.

La localización del yacimiento de “Pozo Moro” es determinante en un aspecto: allí donde éste se asienta, la carretera entre Pozo-Cañada y Horna, recorrido parcial de la propia *Vía Heraklea* en opinión Almagro-Gorbea<sup>90</sup>, queda encajonada entre dos altozanos.

Toda persona que transitase por este camino debía obligatoriamente pasar entre

<sup>88</sup> Blánquez Pérez 1992b: 122; *id.* 1993: 112; *id.* 1995c: 239.

<sup>89</sup> *Vide supra*.

<sup>90</sup> *Vide supra*.



esas dos alturas, con suficiente altitud como para controlar visualmente buena parte de las inmediaciones; así, el recorrido le llevaría apenas a cuarenta metros de la necrópolis y muy cerca, como posteriormente trataremos, del posible hábitat relacionado con ésta.

Por ello, toda mercancía o persona que recorriese esa ruta estaría en todo momento controlada por la presencia del yacimiento, el monumento en origen, y su poblado correspondiente.

En su interesante estudio sobre las vías de comunicación del Sureste de la Meseta, Blánquez Pérez ya resaltó que son justamente los yacimientos más cercanos y de mayor relación con la *Vía Heraklea* los que presentan una cronología más alta, lo que le lleva a afirmar que esta ruta sería el primer y mayor elemento favorecedor de la formación de la “Cultura Ibérica”<sup>91</sup>.

No sólo eso, sino que además añade que la vía entre *Complutum* y *Cartago Nova* habría sido la principal responsable de un florecimiento de la “Cultura Ibérica” a partir de finales del s.V a.C. o ya en el s. IV a.C., con lo que aún queda más resaltada la inmensa importancia estratégica y geográfica de la situación del yacimiento de “Pozo Moro”, único yacimiento ibérico del Sureste de la Meseta en directa relación de cercanía con ambas vías de comunicación, así como contribuye a explicar la importante perduración cronológica en el uso de la necrópolis<sup>92</sup>.

<sup>91</sup> Blánquez Pérez 1990a: 66 y 67.

<sup>92</sup> *Vide supra*.

La cercanía de la necrópolis ibérica de la Cueva de Pozo-Cañada y, es de suponer, que su correspondiente hábitat próximo a ésta, contribuye a resaltar aún más el nivel de ocupación y control de esta zona cercana a “Pozo Moro”, como importante hito en las principales vías de comunicación de su época.

Aún más, el reciente descubrimiento de un fragmento escultórico en el cercano “Campillo del Negro” vendría a resaltar aún más el denso poblamiento para época ibérica en estos lugares<sup>93</sup>.

Como también se analizó anteriormente, los terrenos que rodean el yacimiento tienen una alta productividad cerealística, son suelos de buena calidad dentro de su zona, lo cual también explicaría el interés por asentarse en este lugar, más aún cuando, en nuestra opinión, se debe considerar una relación directa entre la necrópolis y su cercano hábitat<sup>94</sup>, que de este modo aprovecharía esa ventajosa rentabilidad agrícola.

Otro aspecto que no se debe olvidar para época antigua es el aprovechamiento forestal, que probablemente fue también un interesante punto a favor de la localización del yacimiento.

Resumiendo, se puede afirmar que la situación del yacimiento de “Pozo Moro” está en relación con un importante poblamiento en la zona para época ibérica<sup>95</sup>, per-

<sup>93</sup> Aparicio Pérez 2010; Cisneros Fraile 2010; Ballester 2010; Silgo Gauche 2010 y Pérez Rojas 2010.

<sup>94</sup> *Vide infra*.

<sup>95</sup> Sin ir más lejos, se deben tener en cuenta los hallazgos realizados en la necrópolis de “La Cueva de Pozo-Cañada”

fectamente intercomunicado a través de una destacada y totalmente desarrollada red viaria.

En uno de los principales “nudos” viarios de esas rutas se asienta la necrópolis, controlando visual y físicamente ese estratégico punto.

Unido a todo esto destaca la presencia de un pozo de agua potable, indispensable en el trazado de las rutas de comunicación, una buena rentabilidad agrícola del suelo y facilidades para un buen aprovechamiento forestal y ganadero.

#### DATOS DE SU DESCUBRIMIENTO, PRIMERAS REACCIONES, PRIMEROS SONDEOS Y CAMPAÑAS DE EXCAVACIÓN

En 1969, con motivo de una concentración parcelaria de las fincas dispersas y fraccionadas en la zona, un bancal cercano a la carretera entre Horna y Pozo Cañada pasó a ser propiedad del Dr. Carlos Daudén

---

(*vide supra*), el reciente hallazgo escultórico en el “Campillo del Negro” (Cisneros Fraile 2010: 269), los materiales arqueológicos asociables a la Cultura Ibérica en torno a Chinchilla de Montearagón (Blánquez Pérez 1990a: 65), los materiales hallados en la “Vega”, junto a Pétrola (Pellón 1979: 56 y ss.), etc... Todo esto ha de considerarse junto a la importante concentración de yacimientos perfectamente documentados en un área reducida de unos 20-30 kms. cuadrados, que incluirían, junto al ya comentado de “La Cueva de Pozo-Cañada”, los ejemplos de “Hoya de Santa Ana”, “Los Villares”, “Hoya Gonzalo”, “El Salobral”. En el caso de extender un poco más el área de estudio, a unos 50 kms. cuadrados, se incluirían yacimientos tales como “La Quéjola”, “El Tolmo de Minateda”, “El Amarejo”, “El Tesorico”, “El Cerro de Los Santos”, “Los Almadenes”, “Llano de la Consolación”, “El Acequión”, y un larguísimo etcétera.

Sala, eminente dermatólogo y gran aficionado a la Arqueología.

En sus propios comentarios y publicaciones, las primeras que se hicieron sobre esta importante necrópolis y sobre el monumento turriforme, él mismo se encarga de aclarar que el terreno era pedregoso, sin ningún tipo de trabajo anterior y se procedió a labrarlo<sup>96</sup>. También Almagro-Gorbea destaca el hecho de que ese terreno fue empleado a lo largo de los siglos como prado rodeado de tierras de labor.

Advertidos el labrador D. Juan Rodríguez García y el tractorista D. Alberto Sevilla por el dueño de la parcela de la posibilidad de encontrar casualmente algún resto arqueológico comenzaron los trabajos en unos rodales, también llamados “majanos”, de piedras<sup>97</sup>.

Al proceder al traslado del “majano” de piedras asentado sobre el yacimiento, con intención de ampliar las tierras de labor, se propició el hallazgo de la necrópolis<sup>98</sup>.

El día 6 de Diciembre de 1970 le notificaron al Dr. Daudén el hallazgo de varias vasijas cerámicas y, posteriormente, fueron apareciendo objetos de hierro, bronce y plomo, junto con restos de piedra tallada y restos óseos<sup>99</sup>.

Ante este hecho, D. Carlos Daudén continuó la búsqueda en superficie y procedió

---

<sup>96</sup> Daudén Sala 1971: 10; *id.* 1994: 26; Castelo Ruano 1994: 99.

<sup>97</sup> Daudén Sala 1978: 32; Castelo Ruano 1994: 99, 102.

<sup>98</sup> Almagro-Gorbea 1973: 12.

<sup>99</sup> Daudén Sala 1978: 32; Castelo Ruano 1994: 96.

a acotar un área cuadrada de 26 m. de lado para la conservación de la zona. Al día siguiente, 7 de Diciembre, denunció los hallazgos a la Comisaría General de Excavaciones a través de un informe en el que detallaba las piezas halladas<sup>100</sup>:

- 1) Urnas cerámicas
- 2) Fíbulas anulares hispánicas
- 3) Falcatas
- 4) Grapas de plomo y relieves en piedra: hombre y mujer de perfil abrazados realizando un coito<sup>101</sup>; trozo de cabeza de león; relieve con parte central y cuartos traseros de caballo, sobre él, antebrazo y mano de hombre con espada; relieve con tres cabezas echando llamas por la boca; dos fragmentos de león; dos fragmentos de cuerpo de esfinge y piedras y sillares con rebajes de unión y enclave para las grapas de plomo<sup>102</sup>.

---

<sup>100</sup> Castelo Ruano 1994: 99-100.

<sup>101</sup> Es obligado hacer constar aquí que fue esta pieza en particular la que más llamó la atención del Dr. Daudén Sala, y de ahí que sea la más comentada e ilustrada en sus artículos (Daudén Sala 1971: 3 y ss.; *id.* 1972: 3 y ss.; *id.* 1978: 31 y ss.; *id.* 1994: 26 y ss.), así como en los propios comentarios recogidos en su Diario referentes al descubrimiento de este importante yacimiento: "6-XII-70: Contacto con las primeras piezas (fragmentos de cerámica, de metal, de piedra y óseos), llamándome extraordinariamente la atención el relieve de la Escena Fálica que encontré, por no conocer antecedentes similares en el mundo ibérico".

<sup>102</sup> Daudén Sala 1978: 31-34.

Ese mismo día, mostradas todas esas piezas y confirmadas sus primeras impresiones por D. Martín Almagro-Gorbea, entonces Conservador del Museo Arqueológico Nacional de Madrid, en la Declaración del hallazgo, el Dr. Daudén Sala procedió a darle al yacimiento la denominación de "Pozo Moro", por creer que ese era el nombre más apropiado dada la zona en la que se localizó<sup>103</sup>.

El día 13 del mismo mes realizaron una visita al yacimiento, junto al Dr. Daudén, propietario del terreno, D. Martín Almagro Basch, Comisario General de Excavaciones, D. Martín Almagro-Gorbea, Conservador de la Sección de Prehistoria del M.A.N. y D. Samuel de los Santos, Director del Museo Provincial de Albacete<sup>104</sup>. Después de una valoración preliminar y nuevos reconocimientos del terreno, se decidió la realización de excavaciones en el lugar<sup>105</sup>.

En Mayo de 1971 el Dr. Daudén Sala publica el primer artículo sobre el hallazgo de este importante yacimiento. Tras conceder la autorización preceptiva el 20 de Septiembre<sup>106</sup>, el 26 del mismo mes se delimita la zona de excavación, que comprendía un cuadrado de 32 m. de lado, se fotografió y

---

<sup>103</sup> Esta información me la ha proporcionado muy amablemente el propio Dr. Daudén Sala, extraída de su "Diario personal del descubrimiento de "Pozo Moro"".

<sup>104</sup> Daudén Sala 1978: 32. No obstante, a partir del Diario del propio Dr. Daudén Sala hay ciertas diferencias con respecto a esa visita, en la que se menciona la presencia de D. Martín Almagro-Gorbea, Dña. Josefina Almagro-Gorbea, el Dr. Daudén Sala, su esposa y D. Samuel de los Santos, Director del Museo de Albacete.

<sup>105</sup> Daudén Sala 1971: 10.

<sup>106</sup> Castelo Ruano 1994: 99.

se levantó un plano lineal y topográfico del terreno.

El área se dividió en 64 cuadrículas de 4 m. de lado orientadas al Norte Magnético (N.M.) y que fueron numeradas con letras mayúsculas en sentido Este-Oeste y números arábigos en sentido Norte-Sur, dejando entre ellas unos testigos de 50 cm. de ancho. El punto 0 se situó en el ángulo Nororiental de la zona a excavar<sup>107</sup>.

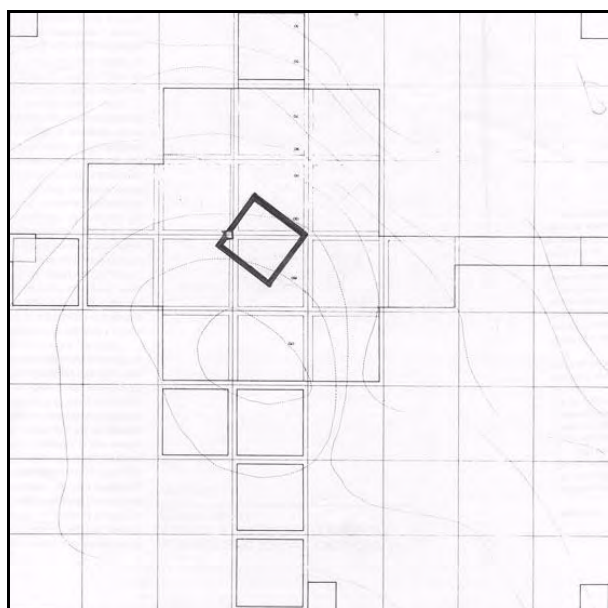


FIGURA 10.7: Plano de las cuadrículas de excavación (según Almagro-Gorbea 1976b). El Punto 0 se localiza en la esquina superior derecha. Con trazo más grueso se ha señalado la planta del monumento.

Esta primera prospección fue realizada inicialmente bajo la dirección de D. Martín Almagro-Gorbea, Conservador de la Sección

de Prehistoria del M.A.N., y el Director del Museo Provincial de Albacete, D. Samuel de los Santos Gallego, durante los meses de Septiembre y Octubre de 1971<sup>108</sup>. Ante el interés de los hallazgos en el yacimiento se consideró seriamente el realizar una campaña más exhaustiva cuando el clima fuese más propicio.

Pese a que en esas primeras actuaciones participó activamente D. Samuel de los Santos, tras los informes enviados a la Dirección General de Excavaciones, éste se retiró de los trabajos, recayendo la dirección de las excavaciones en D. Martín Almagro-Gorbea, nombrado por la Dirección General de Bellas Artes<sup>109</sup>.

Considerado como punto 0 de la excavación el ángulo Nororiental de la zona a excavar, se procedió a realizar una serie de catas y trincheras de 1,5 metros de lado que permitieron ver la potencia arqueológica y extensión del yacimiento.

Localizado el centro de la zona a excavar hacia las cuadrículas 3E, 3D, 4E y 4D<sup>110</sup>, el lunes 27 de Septiembre se inician las excavaciones; en primer lugar, se procede a excavar las cuadrículas 3-D y 3-E, y posteriormente, el día 2 de Octubre se comienza la excavación de la cuadrícula 4-E.

El día 16 de Octubre se aborda también la excavación de la cuadrícula 4-D, con lo cual se delimita la planta del monumento de sillares derrumbado. El día 17 de Octu-

<sup>108</sup> Daudén Sala 1972: 3.

<sup>109</sup> Almagro-Gorbea 1973: 11; Castelo Ruano 1994: 89.

<sup>110</sup> Almagro-Gorbea 1976b: 379.

<sup>107</sup> Daudén Sala 1972: 6; Almagro-Gorbea 1976b: 379.

bre se dan por concluidas las excavaciones, tras trece días útiles de trabajo<sup>111</sup>.

El yacimiento fue cubierto con lonas plastificadas y tierra encima para su conservación<sup>112</sup>.

El día 19 de Octubre, el Dr. Daudén firmó la declaración del hallazgo y autorizó las excavaciones en la finca de su propiedad, cediendo a su vez todos los hallazgos aparecidos, previa la indemnización que la Dirección General de Bellas Artes considerase oportuna. Posteriormente, con fecha de 15 de Noviembre, en otro documento oficial, el Dr. Daudén cedía nuevamente el terreno acotado para las excavaciones y donaba al Estado las piezas aparecidas y halladas por él, renunciando a todos sus derechos e indemnizaciones que pudieran corresponderle, para lo que, aparte del terreno acotado, cedió un pasillo de acceso de 40 m. de largo por 3 m. de ancho desde la carretera de Pozo Cañada a Horna<sup>113</sup>.

Con fecha del 19 de Noviembre de 1999, el Ministerio de Educación y Cultura, a través de documento oficial hecho llegar al Dr. Daudén Sala, ha aceptado la donación realizada por éste al Estado español y ha decidido asignar el monumento de "Pozo Moro" a la colección permanente del Museo Arqueológico Nacional, donde a través de la infor-

mación de la sala se indicará su condición de descubridor y donante al Estado<sup>114</sup>.

Una segunda campaña de excavación se llevó a cabo durante la Primavera de 1973. En ella amplió la zona central del área acotada para "mejor conocer la naturaleza de los hallazgos realizados" y para apreciar las características del yacimiento en extensión<sup>115</sup>.

El área excavada comprendía una zona central de 16 m. de Norte a Sur y 12 m. de Este a Oeste. Para precisar la extensión del yacimiento se realizaron varias cuadrículas aisladas de 4 x 4 m.<sup>116</sup>

Durante esta campaña se abordó la excavación de las cuadrículas 3-F, 4-F, 5-F, 5-E y 5-D (desde el 26 de Marzo al 19 de Abril) y de las cuadrículas 4-G, 4-H, 6-E, 7-E, 8-E y 2-E (desde el 23 de Abril al 26 de Mayo, fecha en que finalizan las excavaciones)<sup>117</sup>.

Nuevas excavaciones se realizaron en 1975, así como en 1976 y 1979, procediendo a la limpieza del monumento para retirar las piedras de su base, con el fin de llevar a cabo su reconstrucción en el M.A.N.<sup>118</sup>

El Dr. Daudén, cuando unos años después vendió el terreno, exigió al nuevo propietario que respetase la zona central de

<sup>111</sup> Todas estas informaciones sobre el desarrollo de las excavaciones han sido extraídas del Diario del Dr. Daudén Sala, a quien le agradezco su amabilidad.

<sup>112</sup> Daudén Sala 1972: 6.

<sup>113</sup> Castelo Ruano 1994: 88-89.

<sup>114</sup> Agradezco al Dr. Daudén el que me haya proporcionado las cartas tanto del Ministerio de Educación y Cultura como la del M.A.N., a fin de recoger esa información en estas páginas.

<sup>115</sup> Almagro-Gorbea 1976b: 379.

<sup>116</sup> Almagro-Gorbea 1973: 12; *id.* 1976b: 379; Castelo Ruano 1994: 90; *id.* 1995: 58.

<sup>117</sup> Información extraída del Diario del Dr. Daudén Sala.

<sup>118</sup> Castelo Ruano 1994: 100.

excavación, allí donde se desenterró el edificio turriforme.

Desde 1979 el yacimiento permaneció tapado hasta una nueva campaña llevada a cabo en Noviembre de 2000 y en la que tuvimos la suerte de participar gracias a la enorme amabilidad de D. Martín Almagro-Gorbea, director de la misma.

Esta última campaña nos ha brindado nueva información de gran interés que abordaremos más adelante en nuestro estudio.

### NIVELES ESTRATIGRÁFICOS DEL YACIMIENTO<sup>119</sup>

A partir de los interesantes e importantísimos datos aportados primeramente por Almagro-Gorbea en sus publicaciones poseemos información sobre la cronología de la necrópolis a través de sus niveles estratigráficos de uso. Así contaríamos con un total de cinco niveles, que de mayor modernidad a mayor antigüedad, serían los siguientes<sup>120</sup>:

Estrato I.- Nivel de humus vegetal de 10 a 20 cm. de potencia.

---

<sup>119</sup> Incluimos aquí sólo los primeros datos ofrecidos por Almagro-Gorbea. No tendremos en cuenta la estratigrafía del yacimiento más actualizada, que ya hemos tratado anteriormente en el capítulo anterior al abordar el yacimiento en su conjunto (*vide supra*).

<sup>120</sup> Almagro-Gorbea 1975: s.p.; *id.* 1976a: 672-673; *id.* 1976b: 382-383; *id.* 1978a: 252; *id.* 1983a: 183.

Estrato II.- Fechada originariamente entre los siglos IV y VI d.C. y, posteriormente, limitada a los siglos V-VI d.C., encontramos una necrópolis de inhumación de época tardorromana que rompe y penetra los estratos inferiores.

Estrato III.- Dentro de este estrato también se encuentran ligeras diferencias según consultemos una u otra publicación. Siguiendo el orden cronológico de éstas, tenemos en primer lugar que este estrato contenía una rica y típica necrópolis tumular ibérica de incineración del Sureste Peninsular, la cual, en su primera fase ofrece grandes túmulos cuadrados de más de cinco metros de lado junto a otras sepulturas de urna dentro de un hoyo cubiertas por un túmulo cuadrado de menos de dos metros de lado hecho preferentemente de adobe sin cocer. Esta fase aparece en las zonas libres de bloques caídos del monumento y tendría su inicio hacia el 450-425 a.C.

La segunda fase de esta necrópolis de cremación se iniciaría sin interrupción con respecto a la anterior ya mencionada, a la que se fue sobreponiendo al subir el nivel del terreno por la acumulación de tumbas. Esta segunda fase ya se extiende por encima de los restos del monumento que tratamos. Almagro-Gorbea fechó el inicio de esta fase, por las importaciones áticas encontradas, a partir de inicios del siglo IV a.C., hacia el 375 a.C.

En esta segunda fase predominan las tumbas tumulares cuadradas de piedra, cubiertas de adobe y con una cista rectangular interior. La parte más superficial se encontraba muy destruida, pero por la aparición de cerámicas campanienses y de cerámicas ibéricas de estilos avanzados se



pudo fechar su duración hasta inicios de la época imperial romana.

Posteriormente se realizó una subdivisión estratigráfica más completa de esa segunda fase, que incluimos a continuación:

a) Un primer momento más antiguo, fechable de mediados del siglo V a inicios del siglo IV a.C., contiene grandes sepulturas de forma tumular cuadrada de más de cinco metros de lado, así como otras de menor tamaño, generalmente de adobes o de piedra recubierta con adobes, que cubren el hoyo donde se depositó la urna cineraria con el ajuar y las cenizas, realizado sobre el lugar donde se procedió a la cremación del cadáver.

b) Superpuesto al anterior, el segundo momento se extiende desde mediados del siglo IV a.C. hasta el siglo I d.C. Aquí vemos cómo el excavador ya sitúa un vacío cronológico entre las distintas fases de este estrato<sup>121</sup>. La norma general de las sepulturas de esta segunda fase es la construcción con piedras y rara vez con adobes. Ésto también es una diferencia con respecto a la información ofrecida anteriormente<sup>122</sup>. De las tumbas conservadas, todas ellas tenían forma tumular cuadrada, y ahora, en lugar de cubrir el hoyo que contenía la urna cineraria, ésta, junto con el ajuar y las cenizas, se deposita en una cista rec-

---

<sup>121</sup> De inicios del s. IV a.C. a mediados de ese mismo siglo.

<sup>122</sup> *Vide supra*.

tangular hecha de adobes y situada en el interior del túmulo.

La parte más superficial de esta fase está muy arrasada, por lo que apenas se conservan sepulturas posteriores al s. III a.C.<sup>123</sup>. Ciertas urnas conteniendo restos de animales y asociadas a estas sepulturas son consideradas por Almagro-Gorbea ofrendas rituales.

Estrato IV.- En este estrato es donde encontramos el motivo último de este capítulo, pues corresponde a la construcción, utilización y destrucción del monumento turriforme. En las publicaciones se señalan dos fases:

a) La primera incluiría la construcción y uso del monumento, que, a partir del ajuar encontrado en el *bustum* de su base, el excavador fecha en torno al 500 a.C.<sup>124</sup> Los restos del ajuar se hallaron muy fragmentados y casi totalmente destruidos a causa de la acción del fuego, ya que fueron quemados en la pira funeraria junto con el difunto. Junto a restos de objetos de oro, plata, bronce, hierro, hueso y marfil se hallaron fragmentos de una cónica ática del tipo C, en la clasifica-

---

<sup>123</sup> *Vide supra*.

<sup>124</sup> 1983a: 183. En una publicación anterior, la fecha propuesta para esta fase es ligeramente más tardía, ya que el ajuar sí se fecha en torno al 500 a.C., pero la fecha del monumento se retrasa hasta el 490±10 años a.C. (Almagro-Gorbea 1978a: 255).

ción de Bloesch, atribuída al Círculo del Pintor de Pithos, de un lécito de figuras negras de la clase Atenas 581 y de un enócoe de bronce con un *despòtes therôn* en el asa<sup>125</sup>.

- b) A continuación, los elementos procedentes de la destrucción del monumento, principalmente los sillares caídos, formarían parte de la segunda fase. Originariamente, Almagro-Gorbea consideró la posibilidad de que la primera fase de la necrópolis de incineración posterior comenzase antes de la destrucción del monumento<sup>126</sup>, y posteriormente, en publicaciones más modernas y, ante un estudio más profundo y la reutilización ya desde pleno siglo V a.C. de sillares del monumento, fechará esta fase antes de mediados de ese siglo.

Así pues, una vez ya caído el monumento, aunque se desconoce con cuánto lapso de tiempo entre medias, se iniciaría la primera fase de la necrópolis ibérica de incineración del estrato III. Aparte del hecho de la reutilización de materiales para fechar la contemporaneidad del monumento aún en pie y el inicio de la necrópolis posterior, se debe tener en cuenta que las sepulturas posteriores se localizan en las zonas libres de bloques caídos del monumento, y además se extienden principalmente, así como

el terreno ocupado por la necrópolis en sí, hacia el Sur y el Oeste<sup>127</sup>.

Esto quizás podría argumentarse como una prueba de que hasta que el edificio turriforme no se derrumbó no hubo intención de enterrar en aquella localización a ninguna otra persona.

Estrato V.- Ocupado por el suelo natural del terreno; se trata de margas calcáreas de color blanquecino. La capa más superficial ofrece un color más grisáceo, lo que se pone en relación con los restos del suelo vegetal en el momento de construir sobre él el monumento.

Más recientemente es necesario mencionar el trabajo de Alcalá-Berrio<sup>128</sup>, que ya hemos analizado en el capítulo anterior junto con nuestras aportaciones personales, por lo que no creemos necesario volver sobre ello.

---

<sup>125</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 184; *id.* 1996: 62.

<sup>126</sup> Almagro-Gorbea 1975: s.p.

---

<sup>127</sup> Es decir, los lados contrarios a la dirección de desplome del monumento, y por tanto donde, supuestamente, menos restos encontrarían.

<sup>128</sup> 2003.

## EL CONJUNTO FUNERARIO MONUMENTAL

Como ya se explicó anteriormente, el yacimiento puede decirse que venía señalado por un majano de piedras, por debajo del cual se extendía la necrópolis. Como en otras tantas ocasiones, una ligera elevación del terreno en una suave ladera mostraba la probable localización de restos arqueológicos. En primer lugar se procedió a acotar el área de posibles hallazgos<sup>129</sup>.

Con motivo de averiguar la potencia y las posibilidades estratigráficas se realizaron 8 catas de 1,5 m. de lado en los cuatro ángulos y las cuatro partes centrales en la periferia de la zona reservada. Estas catas mostraron que el yacimiento proseguía hacia el Sur y el Oeste frente a una disminución hacia el Norte y el Este.

En relación con ello debe considerarse el hecho de que inmediatamente al Norte del yacimiento se encuentra la carretera de Pozo-Cañada a Horna, que posiblemente ya existía con anterioridad a los primeros momentos de utilización de la necrópolis.

De hecho, como ya vimos, ese camino podía tratarse de un ramal de la ancestral *Vía Heraklea* o incluso el trazado antiguo de esa vía<sup>130</sup>.

---

<sup>129</sup> Almagro-Gorbea 1976b: 379; *Vide supra*.

<sup>130</sup> *Vide supra*. También paralelizable con este hecho podemos recurrir al caso de la cercana necrópolis ibérica de "Hoya de Santa Ana" (Chinchilla de Montearagón, Albacete)[Sánchez Jiménez 1943 y 1947; Blázquez Pérez

El siguiente paso de la excavación fue localizar el "centro" del yacimiento<sup>131</sup>, aunque esta expresión no se antoja la más correcta, ya que como el mismo excavador afirma en una publicación posterior, la parte conocida del yacimiento no es más que 1/3 ó 1/4 parte del total<sup>132</sup>.

Ésto será importante a la hora de afrontar el debate en torno a si el conjunto funerario monumental habría sido el origen de la necrópolis ibérica posterior. Empleando una denominación más exacta, lo que se hizo fue localizar el centro de la zona acotada, trazando una trinchera de 1,5 m. de ancho de Este-Oeste desde el punto 1D del lado Este.

Esta trinchera permitió fijar el centro en las cuadrículas 3D, 3E y 4E<sup>133</sup>. Esta zona es la que principalmente interesa aquí, ya que bajo los distintos niveles estratigráficos se encontraron los restos de la base del monumento que nos ocupa, directamente asentada sobre el suelo natural,

---

1987 y 1990a], con una cronología de uso coincidente con la de "Pozo Moro". Blázquez Pérez señala cómo hacia el Norte, este yacimiento se interrumpía bruscamente, y él lo relaciona con una delimitación física del espacio sacralizado para el enterramiento, que con el tiempo se habría perpetuado en un camino, la *Vereda Real de Cuenca a Cartagena*. Nosotros consideramos, por el contrario, que resultaría más probable que ese camino ya existiría con anterioridad y que sería, de hecho, uno de los límites físicos que condicionó la expansión de la necrópolis. La antigüedad de la *Vereda Real de Cuenca a Cartagena* podría ser la que ocasionó la imposibilidad de ampliar en esa dirección el espacio funerario, y no al contrario, perpetuando su límite con el trazado de esa propia vía de existencia previa.

<sup>131</sup> Almagro-Gorbea 1976b: 379.

<sup>132</sup> Almagro-Gorbea 1983b: 732.

<sup>133</sup> Almagro-Gorbea 1976b: 379; *Vide supra*.

dando muestra de que correspondía al momento inicial de utilización de ese espacio<sup>134</sup>.

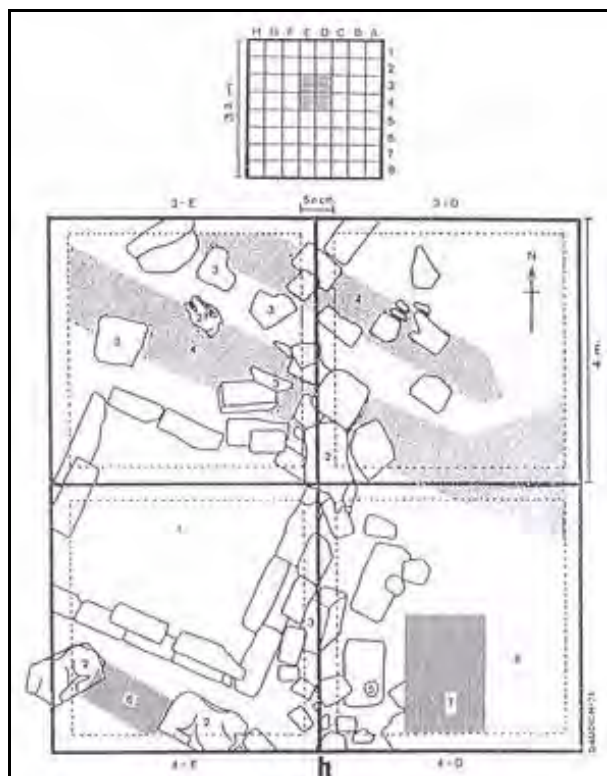


FIGURA 10.8: Plano de la posición de la base del monumento con respecto a las cuadrículas de excavación

(Daudén Sala 1994)

La excavación se realizó por cuadrículas y en ellas por estratos, respetando siempre los testigos hasta que no se terminó la excavación de las cuadrículas colindantes<sup>135</sup>.

<sup>134</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 183

<sup>135</sup> Almagro-Gorbea 1976b: 382.

Como resumen se podría considerar, por tanto, que dentro de la zona acotada para realizar las excavaciones (de unos 32 m. de lado) apareció la base del monumento turriforme en una situación claramente centrada<sup>136</sup>. A su alrededor, principalmente hacia el Sur y el Oeste se extendían los enterramientos posteriores, aunque no se debe olvidar que el área en el que se realizaron las prospecciones y campañas de excavación no fue más que un terreno delimitado arbitrariamente, no el de la extensión del yacimiento en su totalidad<sup>137</sup>.

En relación con este hecho y con la documentación procedente de las excavaciones, el director de éstas, Almagro-Gorbea, lanzó la hipótesis de que ese monumento de sillares hallado bajo el majano de piedras y los estratos superiores, habría sido el punto de origen de la necrópolis posterior, y, por tanto, del yacimiento arqueológico en sí, es decir, que ese edificio fue el que señaló el primer uso de ese terreno como espacio funerario<sup>138</sup>.

Esta posición ha sido asumida por otros investigadores, que consideran que el origen de muchas necrópolis ibéricas habría estado en la construcción de un único monumento funerario aislado, alrededor del cual se fueron sucediendo los enterramientos, tal vez “buscando, más allá de la muerte, la protección que el per-

<sup>136</sup> *Vide supra*.

<sup>137</sup> Almagro-Gorbea 1983b: 732; *Vide supra*.

<sup>138</sup> Almagro-Gorbea 1975: s.p.; *id.* 1976a: 673; *id.* 1976b: 383; *id.* 1978a: 252; *id.* 1983a: 184; *id.* 1993-1994: 112.

sonaje allí enterrado les había dispensado en vida”<sup>139</sup>.

Sería interesante realizar una prospección y excavación más amplia del yacimiento con los medios actuales, con el fin de situar cronológicamente el momento de inicio de utilización y ampliación del espacio destinado a sepulturas en cada uno de los sectores de la necrópolis, ya que únicamente contamos con la información de la parte más septentrional de ésta.

Por ésto mismo no debe descartarse el hecho de que aún pueden aparecer nuevos elementos que ayuden a corroborar o rechazar la hipótesis del excavador. De este modo, la documentación arqueológica resultante de esas nuevas intervenciones serviría para zanjar la discusión sobre si el monumento fue realmente origen, o no, de la necrópolis posterior, al tener datos cronológicos de cada uno de los extremos del terreno considerado adecuado para sepultar a los miembros de esa comunidad.

Si, junto con el monumento turriforme, es cierto que las sepulturas inmediatamente posteriores a éste se encuentran concentradas a su alrededor y en la misma zona y, a partir de ésta se extienden otras posteriores hacia la periferia de la necrópolis, así como en niveles estratigráficos superiores, quedaría demostrado ese origen de la utilización de la necrópolis en la zona de erección de la sepultura turriforme.

Pese a los argumentos en contra esgrimidos por algunos autores, para quienes es difícilmente demostrable el hecho

<sup>139</sup> Abad Casal 1995: 10; Valenciano Prieto 1999: 165.

de que la presencia de la tumba turriforme y su pervivencia social fuese el elemento aglutinador de las sepulturas posteriores<sup>140</sup>, no se puede negar que, pese al lapso de tiempo aparentemente transcurrido entre el primer momento de utilización de ese terreno<sup>141</sup> y la posterior generalización de la necrópolis<sup>142</sup>, el espacio colindante a aquel en que fue asentada la primera sepultura, aunque ya en ruinas, fue retomado como emplazamiento privilegiado donde enterrar a las personas destacadas de la comunidad<sup>143</sup>.

Tomando este dato, es necesario considerar que, en caso de haberse producido una situación de *damnatio memoriae* del monumento o el difunto para quien fue destinado, bien se habría elegido otro emplazamiento, rechazando el enterrarse en las inmediaciones de esa construcción, o bien no se habría respetado el terreno aún ocupado por la base derruida<sup>144</sup>, pues, aunque sí se reutilizan materiales<sup>145</sup>, parece evidente que los enterramientos posteriores respetan las zonas donde habrían caído la mayor parte de sillares de la anti-

<sup>140</sup> Blánquez Pérez 1990a: 355.

<sup>141</sup> A través del enterramiento bajo el monumento turriforme y la construcción de éste.

<sup>142</sup> Aproximadamente unos cincuenta años después de la erección del monumento (Almagro-Gorbea 1983a: 181 y ss.; Blánquez Pérez 1990a: 355) y ya derrumbado éste.

<sup>143</sup> No se puede olvidar el importante componente sagrado y el restringido uso de los recintos funerarios ibéricos (Blánquez Pérez 1992c: 217).

<sup>144</sup> En un intento de sobreponerse a esos restos, vestigio de algo que se rechaza, y por tanto no se respeta.

<sup>145</sup> Ya desde el propio s. V a.C. (Almagro-Gorbea 1983a: 183).

gua torre<sup>146</sup>, incluso pasando a extenderse con posterioridad hacia los puntos cardinales donde apenas habría restos<sup>147</sup>.

Pese a que se observa claramente que la esgrimida posición central del monumento dentro de la necrópolis no es tal, ésto no invalida la teoría de que fuese el origen de la necrópolis posterior, porque lo cierto es que las sepulturas posteriores respetan las zonas de caída de los bloques del monumento, extendiéndose, y con ellas la necrópolis, en la dirección marcada por las zonas más libres de restos del derruido monumento y aquellas en que no había límites físicos que lo dificultasen<sup>148</sup>.

Aunque el edificio y el Complejo Monumental en el que se incluye no se encuentran en una posición centrada dentro del yacimiento, sí supone un punto desde el que se realiza una extensión de los enterramientos posteriores.

El monumento podría, efectivamente y por tanto, haber sido el origen de la necrópolis ibérica posterior pese al tiempo transcurrido entre los distintos momentos de utilización funeraria del terreno.

<sup>146</sup> Es decir, al Norte y al Este, siguiendo la argumentación del excavador en relación con los motivos de su derrumbe (Almagro-Gorbea 1983a: 190).

<sup>147</sup> No en vano, gracias a las excavaciones se pudo documentar que la necrópolis siguió un proceso expansivo hacia el Sur y el Oeste, disminuyendo hacia el Este y el Norte, direcciones de caída del monumento (*vide supra*). Una vez más consideramos necesario recordar que el propio trazado de la carretera entre Pozo-Cañada y Horna fue muy posiblemente el factor fundamental en el hecho de que la necrópolis no se extendiese hacia el Norte.

<sup>148</sup> Caso de la carretera entre Pozo-Cañada y Horna.

El momento de inicio de la fase posterior, con encachados tumulares de gran tamaño, no ha podido aún ser concretado fehacientemente, situándose *grosso modo* a mediados del s. V a.C.

Uno de los argumentos principales esgrimidos por Blánquez Pérez para negar a la sepultura turriiforme su condición de “origen” de la necrópolis ibérica posterior, es el hecho de que no se aprecian actividades destinadas a su consolidación para evitar su derrumbe, algo que sí está documentado en otros monumentos de la cercana necrópolis de “Los Villares” de Hoya Gonzalo<sup>149</sup>.

De este modo, este investigador supone que la vigencia social del edificio turriiforme era ya nula, por lo que no se abordó su consolidación, unido además al lapso de tiempo entre la erección del monumento y el momento de uso inicial de la necrópolis posterior, lo cual vendría a significar que el monumento no tuvo ninguna función como elemento aglutinador de las sepulturas posteriores.

Esos argumentos no tienen en cuenta el hecho de que se desconoce si la destrucción de la torre fue causada por un abandono y un deterioro continuado, o si por el contrario, su derrumbe fue repentino e inesperado.

Esta segunda posibilidad explicaría la razón por la que nunca se tuvo en cuenta el hecho de apuntalarlo, unido a las dificultades técnicas que implicaría asimismo esa primera opción, ya que no se trata de re-

<sup>149</sup> Concretamente el túmulo nº 13 (Blánquez Pérez 1990a: 255, n. 53; *id.* 1995e: 257)



componer la esquina de un recinto tumular con piedras de menor tamaño, como en el caso de “Los Villares”, sino de un monumento de sillares de gran tamaño encajados “a hueso” con una altura aproximada de más de siete metros y medio y un peso exagerado, que probablemente tuvo como causa de su derrumbe una grieta de gran tamaño desde su base hasta su parte superior<sup>150</sup>.

Por ello se debe tener siempre en cuenta la posibilidad de una destrucción repentina, de modo que su decadencia no hubiese resultado tan evidente como para considerarlo en peligro y por tanto no se emprendieron acciones para rehabilitarlo, con lo cual el argumento de Blánquez Pérez para negar así también el carácter del monumento como inicio de la necrópolis podría ser, hasta cierto punto, rebatido.

### ***Restos hallados “in situ”***

Como ya hemos visto con anterioridad, en el estrato IV del yacimiento de “Pozo Moro” se encontraron los restos de una construcción monumental totalmente destruída hasta su base.

Lo que el equipo de excavación documentó *in situ* fue una hilada de sillares de arenisca calcárea local que conformaban la

base de la construcción, de planta cuadrada de 3,65 m. de lado<sup>151</sup>.

En su lado Norte hay un importante desplazamiento de los sillares del primer escalón, con lo que la base apareció claramente basculada unos 10 cm. del Suroeste hacia el Noreste<sup>152</sup>.

La explicación a ese desplazamiento se fundamentaría en el hecho de que la construcción se asentó sobre el terreno sin emplear ningún tipo de cimentación y, por ello, la posible acción basculante hacia el Norte y el Este de las arcillas, que conforman la capa superficial del suelo en ese terreno, sobre las aguas endorreicas subterráneas causó un deslizamiento de los sillares de la base del lado Norte del monumento<sup>153</sup>.

Sobre esta base se encontraron, a su vez, varios sillares retranqueados 20 cm. por cada lado, con lo que la anchura de la segunda hilada era de 3, 25 m.<sup>154</sup>

---

<sup>150</sup> Ésta es la opinión de su excavador, apoyada en un importante desplazamiento de la base del monumento (Almagro-Gorbea 1983a: 190).

---

<sup>151</sup> A excepción de su lado Norte, en el cual se observaba un desplazamiento de sus sillares, que ocasionaba que la medición alcanzase los 3,75 metros (Almagro-Gorbea 1983a: 191).

<sup>152</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 255.

<sup>153</sup> Almagro-Gorbea 1982a: 242. Con posterioridad volveremos sobre ello.

<sup>154</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 255.



FIGURA 10.9: Fotografía del monumento durante la fase de excavación (según Almagro-Gorbea)

De hecho, en la cara superior de los sillares de la primera hilada se observaban las marcas de trazado para la colocación sobre ellos de otra hilada a modo de segundo escalón<sup>155</sup>.



FIGURA 10.10: En esta fotografía se observan las incisiones realizadas como marcas de trazado para emplazar las hiladas superiores

<sup>155</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 191.

Según la documentación que se consulte, los sillares conservados de ese segundo escalón fueron cuatro o bien cinco<sup>156</sup>. También en las distintas ilustraciones de las que se acompañan los distintos textos se observan diferencias a ese respecto, en algunas aparecen cinco sillares y en otras, cuatro<sup>157</sup>.

¿Cuál sería la razón de ello?

Por lo que pudimos deducir, realmente sólo cuatro sillares se podían adscribir al segundo escalón por causa de sus medidas<sup>158</sup>, pero en las excavaciones, sobre los sillares que conformaban la base del lado Este del monumento se encontró también el sillar registrado catalogado con el número 14 directamente asentado sobre éstos.

Este sillar no es nombrado en las publicaciones como uno de los que formaban el segundo escalón por el hecho de que sus medidas<sup>159</sup> no se correspondían con los que originariamente habrían ocupado ese puesto<sup>160</sup>, sino que este problemático sillar número 14 debía ser adscrito al tercer escalón, tal y como se podía observar en la primera propuesta reestructiva del mo-

<sup>156</sup> Cuatro escalones se afirma en Almagro-Gorbea 1975: s.p.; *id*, 1976a: 673; *id*, 1976b: 383; *id*, 1982a: 242; *id*. 1983a: 191. Cinco escalones se afirma en Almagro-Gorbea 1978a: 255

<sup>157</sup> Almagro-Gorbea 1983a: Figs. 6, 7 y 8.

<sup>158</sup> En este caso concreto por la altura de su alzado, ya que el monumento presentaba una clara pseudoisodómia en sus sillares, por lo que los sillares que ofrecen la misma altura corresponden teóricamente a la misma hilada (Almagro-Gorbea 1983a: 191).

<sup>159</sup> 32 cms.

<sup>160</sup> 34 cms.

numento realizada en el M.A.N. y que nosotros hemos mantenido en el actual montaje, siendo responsables del estudio que ha permitido llevarla a cabo.

Resumiendo, sobre los sillares del primer escalón de la base cuadrada del monumento se hallaron otros cuatro sillares pertenecientes a un segundo escalón que iría retranqueado y un sillar asignable a un tercer escalón, retranqueado a su vez otros 20 cm. por lado<sup>161</sup>.

El resto de los sillares que conformaban originalmente el monumento se encontraron dispersos en un área de 12 x 12 m. o bien reutilizados en tumbas ibéricas posteriores ya desde pleno siglo V a.C.<sup>162</sup>.

Pese a la ausencia de cimentación del edificio, que el excavador justifica con una posible falta de experiencia de los constructores sobre este tipo de terreno plástico<sup>163</sup>, la superficie del suelo sobre el que se asentaron los sillares sí recibió una preparación especial.

Esta preparación consistió en cubrir el suelo natural de arcilla y humus con una capa de adobe sobre la cual se extendió, a continuación, otra capa de arcilla roja refractaria.

Este piso preparado de forma tan especial, fue interpretado por Almagro-Gorbea como aquel destinado a acoger la crema-

ción ritual del cadáver, cuya presencia venía atestiguada por “un círculo de tierra negra formada por arcilla quemada con pequeños huesecillos y restos sumamente calcinados de ajuar aparecidos entre cenizas y el suelo quemado”<sup>164</sup>.

El excavador consideró que “...en el centro [de ese piso preparado]<sup>165</sup> se dispuso el *bustum* o lugar de cremación del personaje destinatario del monumento...”<sup>166</sup>, aunque a partir de los dibujos publicados y alguna fotografía parece más correcto considerar que el lugar de cremación se situó un tanto excéntrico, cercano a los sillares de la base del lado Este, antes que en el centro de ese pavimento<sup>167</sup>.

Es importante resaltar la afirmación de Almagro-Gorbea de que ese suelo preparado corría por debajo de los sillares del edificio, que fueron directamente asentados sobre él, con lo cual es inmediatamente anterior a la edificación del monumento<sup>168</sup>.

Así, las dimensiones de este piso cuidadosamente realizado eran similares, aunque ligeramente más reducidas, a las del basamento<sup>169</sup>.

<sup>161</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 191 y ss.

<sup>162</sup> Almagro-Gorbea 1998: 132; *Vide supra*.

<sup>163</sup> Al estar acostumbrados a construir sobre terrenos de base rocosa firme, al estilo de lo que se observa en las tumbas de cámara de Trayamar (Almagro-Gorbea 1982a: 242 -nota 65bis-; *id.* 1983a: 190).

<sup>164</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 255; *id.* 1983a: 184.

<sup>165</sup> Esta aclaración es nuestra.

<sup>166</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 184.

<sup>167</sup> Almagro-Gorbea 1983a: Fig. 6.

<sup>168</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 184.

<sup>169</sup> Por tanto respetaría la forma cuadrada delimitada por los sillares del primer escalón (Almagro-Gorbea 1983a: Fig. 6).

Esa información aportada por el excavador se puede completar a partir de la observación de los restos de ese suelo preparado conservados en los fondos del M.A.N.<sup>170</sup>

Gracias a la gran labor realizada durante las excavaciones del yacimiento se recogió una muestra del *bustum* del monumento, que puede servir para abordar nuevas interpretaciones.

Esa muestra presenta actualmente unas medidas de  $\pm 9$  cms. de longitud,  $\pm 7$  cms. de ancho y  $\pm 7$  cms. de grosor. Aún hoy, entre los restos que se han separado del trozo principal con el paso del tiempo, ha sido posible encontrar pequeños fragmentos óseos<sup>171</sup> y un pequeño trozo de metal, muy alterado por la acción del fuego<sup>172</sup>, lo cual impide su identificación<sup>173</sup>.

Son fácilmente observables tres coloraciones distintas, equivalentes a tres pisos distintos, en el suelo preparado del *bustum*. La coloración más superficial es de un color rojo intenso, identificable con la arcilla roja, cuya parte superior muestra las huellas de haber estado expuesta a la acción del fuego, a juzgar por su color negruzco. El grosor de esta capa de arcilla

rojiza no es uniforme, ya que varía entre los  $\pm 1,5$  cms. y los  $\pm 3$  cms.

Inmediatamente por debajo de esta arcilla se aprecia otra coloración de color mucho más blanquecino y cuyo grosor es muy inferior, rondando unas medidas entre apenas unos milímetros y los  $\pm 1/1,5$  cms. Esta capa debe ser identificada con la capa de adobe extendida directamente sobre el suelo natural de arcilla que menciona el excavador<sup>174</sup>.

Por último, se encuentra una última capa de color marrón rojizo, que correspondería al suelo natural de la zona.

Entre la arcilla roja es posible observar fragmentos vegetales, tales como semillas, cuyo estudio podría resultar interesante a la hora de realizar una aproximación a la vegetación para este momento histórico en las inmediaciones del yacimiento.

Queremos destacar el hecho de que los grosores de las capas no son uniformes. De hecho, la única capa que podría haber nivelado el nivel del suelo a la misma altura es aquella más superficial. A partir de esta apreciación se puede formular una interesantísima pregunta en relación con la construcción del monumento: ¿este edificio fue construido sobre un nivel de suelo igualado, que posteriormente basculó causando el derrumbe del edificio, o bien se construyó desde un principio sobre un suelo con un pequeño desnivel descendente<sup>175</sup>, cuya corrección se aprecia en la capa

<sup>170</sup> Agradezco enormemente a Alicia Rodero y a todo el personal del Dpto. de Protohistoria y Colonizaciones de esta institución el haberme permitido consultar los fondos.

<sup>171</sup> El mayor de ellos presenta unas medidas de 0,5 cms. de largo, 0,3 cms. de ancho y 0,3 cms. de grosor.

<sup>172</sup> Con unas medidas de 0,8 cms. de largo, 0,5 cms. de ancho y 0,3 cms. de grosor.

<sup>173</sup> Aunque por la coloración y alteración a causa de haber estado expuesto al fuego, podemos considerar su pertenencia a algún objeto de bronce.

<sup>174</sup> *Vide supra*.

<sup>175</sup> No hay que olvidar que el yacimiento se asienta sobre la ladera descendente de un pequeño altozano.

más superficial del piso preparado para la cremación?

Ciertamente, la diferencia de grosores de la capa de arcilla roja podría interpretarse como consecuencia de un cierto desigualamiento de la superficie sobre la cual se extendió.

También conviene tener en cuenta la preparación del terreno circundante a la base del monumento con un pavimento de guijarros de cuarcita<sup>176</sup>, a modo de fino empedrado<sup>177</sup>. Estos guijarros medían hasta cinco centímetros de largo. La forma dada a ese pavimento era “aproximadamente cuadrada con los bordes paralelos a los muros, si bien los ángulos se incurvan y estiran tomando la forma de una piel de animal”<sup>178</sup>. Esa forma ya fue puesta en relación, por el excavador, con algunas joyas orientalizantes de la Península Ibérica, que imitarían “seguramente lingotes de metal orientales”<sup>179</sup>.

---

<sup>176</sup> En una de sus publicaciones el excavador los identifica como guijarros de río (Almagro-Gorbea 1975: s.p.), mención que no volverá a aparecer en publicaciones posteriores.

<sup>177</sup> El Dr. Daudén afirma en uno de sus artículos que esos guijarros de cuarcita eran negros y blancos (Daudén Sala, 1994: 28). Almagro-Gorbea ya indicó que se trataba de guijarros de cuarcita de color blanco (1983a: 189-190).

<sup>178</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 189.

<sup>179</sup> *id.* 1983a: 189.



FIGURA 10.11: Fotografía tomada durante la excavación del monumento. Se puede apreciar el pavimento de guijarros que rodeaba la base de sillares del edificio (Cortesía de D. Carlos Daudén Sala)

Con posterioridad, se han documentado otros muchos ejemplos para el Mundo Ibérico con representación de esa forma<sup>180</sup>.

También se conocen otros casos peninsulares en los que se utilizó un pavimento de guijarros como elemento decorativo,

---

<sup>180</sup> Dentro de ambientes de hábitat destaca el caso del poblado de El Oral (San Fulgencio, Alicante), donde en el centro de la pavimentación de un ambiente rectangular, junto a una supuesta “residencia señorial”, se dibujó con arcillas y cal en tonos diferentes “un amplio motivo en forma de piel de bóvido abierta o de lingote de cobre” (Bendala Galán, 2000 : 192-193). Dentro de ambientes funerarios destaca, a su vez, el caso de la necrópolis de Los Villares de Hoya Gonzalo (Albacete), en cuya tumba nº 31 se documentó una construcción con forma de lingote chipriota cubierto con la estructura tumular. Cerrando el interior de la tumba se moldeó un segundo lingote sobre un nivel de greda verdosa, y por último, los restos óseos se encontraban en el interior de un tercer lingote (Blánquez Pérez 1992a: 255); Prieto Vilas 2002; Maier Allende 2003; Gómez Peña 2010 y 2011.



tanto en ambientes de hábitat como funerarios<sup>181</sup>.



FIGURA 10.12: Fotografía tomada una vez retirados los sillares de la base del monumento. En la parte superior se puede observar un pequeño trozo del pavimento de guijarros, que parece nacer a partir del límite de los sillares

Rodeando ese pavimento de guijarros, Almagro-Gorbea documentó una zona de adobe de unos 40 cms. de ancho, que interpretó como los posibles restos de un

<sup>181</sup> Aquí cabe mencionar el pavimento de guijarros del espacio conocido como “Santuario de La Muela, Cástulo”, así como en la necrópolis de “Estacar de Robarinas”, también de este importante centro andaluz (Blázquez, García Gelabert y López Pardo 1985), junto a otros muchos ejemplos, algunos referidos a ambientes claramente tartésicos (“El Acebuchal”, “Carmona”, “Colina de los Quemados”,...) [Almagro-Gorbea 1983a: 189 -nota 64-]. En nuestra zona de estudio es obligatorio mencionar el caso de la necrópolis del “Pozo de la Nieve” (Torreuechea, Hellín-Albacete) [López Precioso 1995: 269 y 273], o el de la necrópolis de “El Salobral” (Albacete) [Blázquez Pérez 1995d: 264], con pavimentos de guijarros asociados a tumbas. En una zona cercana, como es la zona meridional de la provincia de Cuenca es necesario mencionar el interesantísimo mosaico de guijarros de la necrópolis ibérica de “Cerro Gil” (Iniesta)[Valero Tévar 2005].

muro de altura incierta realizado en ese material.

Ese muro seguiría la forma de rectángulo de ángulos incurvados delimitada por los guijarros de cuarcita, con lo cual cerraría un espacio interior alrededor del monumento a modo de *témenos* o *períbolos*<sup>182</sup>.

Alrededor de esa zona de adobes existían otras franjas de empedrado de guijarros, a veces algo menores, rectas y paralelas a los lados del monumento. En el lado Norte del monumento la franja exterior se comunicaba con el pavimento que rodeaba el edificio por un pequeño pasillo de 50 cms. de ancho, lo cual se puso en relación con la existencia en ese lugar de una puerta o abertura en el muro que posibilitaría el acceso al *témenos*<sup>183</sup>.

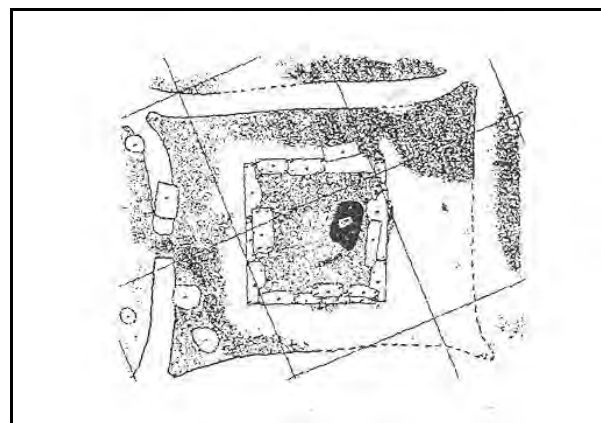


FIGURA 10.13: Planta del conjunto funerario monumental (según Almagro-Gorbea). Bustum, pavimento de guijarros, trazado del muro de adobes y las franjas exteriores de guijarros

<sup>182</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 190.

<sup>183</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 190. Este hecho será importante tenerlo en cuenta a la hora de abordar el tema del friso de bajorrelieves presente en el monumento y su posible orden de lectura (*vide infra*).



### ***LAS PROPUESTAS DE RECONSTRUCCIÓN DEL EDIFICIO TURRIFORME Y DEL COMPLEJO FU- NERARIO MONUMENTAL***

Almagro-Gorbea propuso a lo largo de sus publicaciones una serie de reconstrucciones del hipotético aspecto externo del monumento.

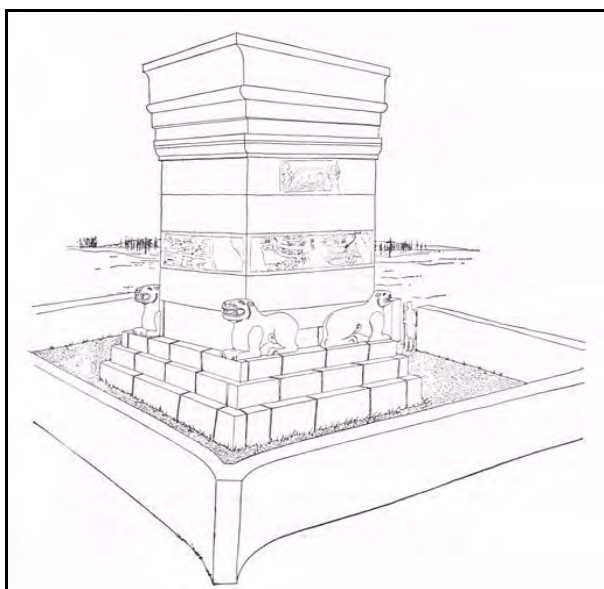


FIGURA 10.14: Dibujo que refleja la primera propuesta de reconstrucción aportada por Almagro-Gorbea

Aquí trataremos en profundidad únicamente aquellas propuestas realizadas desde la reconstrucción física del edificio en la sala XIX del Museo Arqueológico Nacional de Madrid, pues realizada ésta fue posible asegurar la adscripción de determinados elementos de la construcción que, con anterioridad, únicamente podía ser supuesta.

Aquella magnífica propuesta ha posibilitado en gran medida el reestudio actualizado del monumento y nuevas hipótesis reconstructivas e interpretativas que incluiremos a continuación.

*El primer montaje en el M.A.N.*

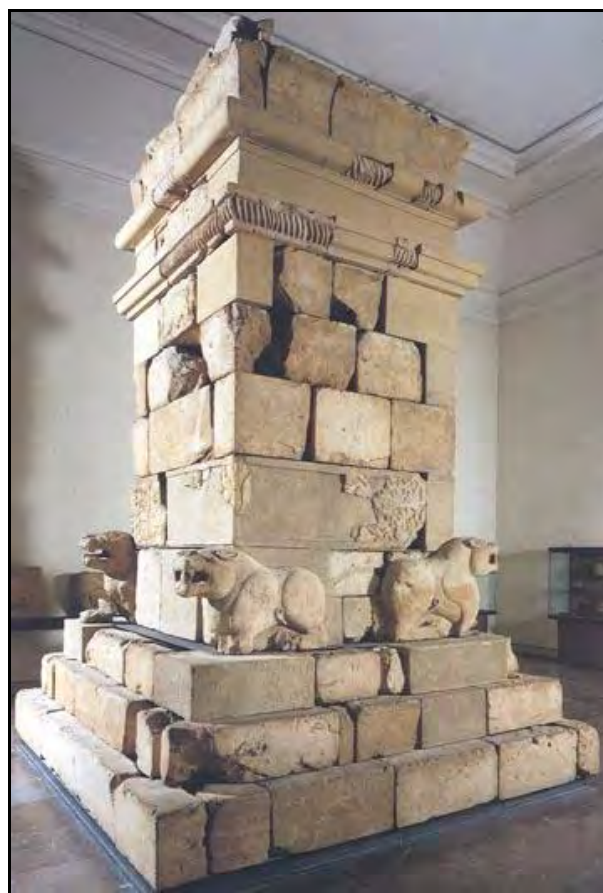


FIGURA 10.15: Fotografía del monumento turriforme en la antigua sala XIX del M.A.N.

En 1975 se procedió a retirar los sillares que conformaban la base del monu-

mento y se trasladaron al M.A.N., en Madrid.

Allí se reconstruyó el monumento de la siguiente manera<sup>184</sup>: se emplazaron los sillares de la base y aquellos que se encontraron *in situ* pertenecientes al segundo escalón junto a los dispersos por la excavación que pudieron ser identificados como pertenecientes a éste<sup>185</sup>.

Con respecto al tercer escalón, la certeza sobre la existencia de éste no aparece en las publicaciones hasta el año 1976<sup>186</sup>. Anteriormente, el excavador sólo había identificado la base del monumento y un segundo escalón, sobre el cual, él supuso que se habrían emplazado unos sillares zoomorfos con forma de leones encontrados en las inmediaciones, junto a las esquinas del monumento<sup>187</sup>; es de imaginar que ésto se debió al estado en el que apareció el monumento durante su excavación tal y como ya hemos comentado, pues no se había documentado mas que un único escalón sobre la base, aunque uno de los sillares que formaban ese segundo escalón, con el tiempo se comprobaría que pertenecía a un tercer escalón superior<sup>188</sup>.

En esa publicación ya mencionada del año 1976 se procedió a identificar con seguridad la existencia de ese tercer escalón, sobre el cual, Almagro-Gorbea consideró

acertado, en función de la documentación arqueológica, situar las esculturas de los leones, reconociéndoles implícitamente por primera vez una función arquitectónica.

En una de sus publicaciones posteriores, fijada ya la opinión sobre la existencia de un tercer escalón retranqueado al modo del segundo, Almagro-Gorbea sin embargo no les atribuye en esta ocasión ningún emplazamiento a los sillares zoomorfos<sup>189</sup>.

Finalizada la reconstrucción visible en el M.A.N., la disposición de los elementos del basamento quedó fijada definitivamente en tres escalones retranqueados<sup>190</sup> sobre los que se emplazaron los sillares zoomorfos como esquinas de la cuarta hilada<sup>191</sup>. En esta reconstrucción se podía ya observar la posición del anteriormente mencionado sillar nº 14 en su emplazamiento en el tercer escalón de la base.

<sup>184</sup> Tal y como informa el excavador, esta reconstrucción se finalizó en el año 1980 (Almagro-Gorbea 1982a: 234).

<sup>185</sup> Identificables a partir de la medida de su altura.

<sup>186</sup> Almagro-Gorbea 1976a: 674.

<sup>187</sup> Almagro-Gorbea 1975: s.p.

<sup>188</sup> *Vide supra*.

<sup>189</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 256.

<sup>190</sup> Todos con un retranqueo común aproximado de 20 cms., tal y como venía indicado por las marcas de trazado realizadas sobre sus caras superiores.

<sup>191</sup> Almagro-Gorbea 1982a: 242; Siguiendo las marcas de trazado, el primer escalón habría medido  $\pm 3,65$  metros de lado, el segundo  $\pm 3,25$  metros de lado y el tercero  $\pm 2,85$  metros de lado. Sobre este último escalón, la hilada de los sillares zoomorfos, y primera del cuerpo principal del monumento, debería medir  $\pm 2,45$  metros de lado si respetara el retranqueo señalado en el lecho superior de uno de los sillares pertenecientes al tercer escalón; sin embargo, en la reconstrucción no se respetaron las medidas, conformando de ese modo una hilada de mucho menor tamaño que el que habría tenido originalmente. Esta problemática reconstructiva aún no hemos conseguido resolverla a día de hoy. Volveremos más adelante sobre ello.

La altura de los sillares de la primera hilada era de 39 cm.<sup>192</sup>.

A su vez, la altura de los sillares que conformaban el segundo escalón era de 34 cm.

Al no haberse conservado *in situ* ningún sillar perteneciente al tercer escalón, pues el único encontrado sobre la base del edificio no se encontraba en su posición original<sup>193</sup>, para conformar la tercera hilada en la reconstrucción se emplearon sillares que habían sido reutilizados en sepulturas posteriores y que pudieron ser identificados como pertenecientes al monumento y a ese tercer escalón en particular.

Para esta labor se tomó como referencia la altura de los sillares<sup>194</sup>, que en este caso era de 32 cm., “a juzgar por algunos de sus elementos reutilizados en sepulturas ibéricas”<sup>195</sup>.

Se iba configurando así una forma turriforme, que de quedar definitivamente confirmada, era totalmente desconocida por la investigación relacionada con el Mundo Ibérico hasta el momento del estudio del monumento de “Pozo Moro”, aun-

que existían en el resto del Mediterráneo numerosos paralelos, tanto en ambientes de influencia fenicia como en ambientes de influencia griega, aunque en éstos últimos probablemente por influencias de los primeros<sup>196</sup>.

Posteriormente se han documentado bastantes más monumentos de estas características para el Mundo Ibérico<sup>197</sup>.



FIGURA 10.16: El monumento turriforme de Parque Infantil de Tráfico (Elche)

<sup>192</sup> Almagro-Gorbea 1982a: 242; *id.* 1983a: 191; Aunque en una publicación anterior se les atribuye una altura algo menor, de 33 cm. (Almagro-Gorbea 1975: s.p.).

<sup>193</sup> Nos referimos al sillar señalado con el nº 14, que en lugar de encontrarse en el tercer escalón reposaba sobre los sillares de la primera hilada, con lo cual motivó una cierta problemática con respecto a su posición original, que fue solucionada gracias a la pseudoisodomía de las hiladas del monumento, que analizaremos posteriormente.

<sup>194</sup> Fundamentando esta actuación, una vez más, en la pseudoisodomía ya mencionada.

<sup>195</sup> *id.* 1983a: 192.

<sup>196</sup> A este respecto conviene consultar los interesantes estudios realizados por Cid Priego (1949) y Almagro-Gorbea sobre el tema (1982a; *id.* 1982b; *id.* 1983a). Mucho más recientemente es obligado mencionar el magnífico trabajo de Prados Martínez (2008).

<sup>197</sup> Almagro-Gorbea 1996: 89.

Parece definitivo que sobre la base escalonada de tres hiladas se emplazaron unos sillares zoomorfos con función arquitectónica, a modo de esquinas de la cuarta hilada. El argumento principal para hacer esta suposición fue el hecho de encontrar cuatro sillares de esquina tallados en su cara externa en forma de león junto a los cuatro ángulos de la construcción<sup>198</sup>. Por comparación con otros paralelos ya conocidos desde antiguo<sup>199</sup> parecía muy posible afirmar sin mucho margen para la duda la colocación que se propuso en ese primer montaje.

La altura de la cuarta hilada del monumento era de 68 cm.<sup>200</sup>, coincidente con la altura de esos sillares de esquina; sin embargo, sobre la adscripción de uno de esos sillares zoomorfos será necesario presentar un conjunto de dudas razonables, no sobre el hecho de que fuese encontrado junto a las esquinas del monumento, hecho éste innegable, sino sobre el hecho de que esa fuese su colocación original en el momento de la erección de la construcción<sup>201</sup>.

<sup>198</sup> Almagro-Gorbea 1976a: 675; *id.* 1976b: 383; *id.* 1983a: 193.

<sup>199</sup> Entre los que cabe mencionar principalmente los monumentos turriformes de Amrit, tal y como afirma Almagro-Gorbea: "sus más próximos paralelos conservados" (Almagro-Gorbea 1983a: 189). Pese a tratarse de un ejemplo paralelizable sólo en parte, también se puede hacer mención al sarcófago de Ahiram de Tiro, dado que presenta una colocación en sus cuatro esquinas de sendas figuras de leones y la presencia de un friso corrido (Almagro-Gorbea 1983a: 194 y nota 76).

<sup>200</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 193.

<sup>201</sup> *Vide infra.*

Siguiendo con la estructura y reconstrucción del monumento, la propuesta contemplaba situar dos hiladas de sillares entre los leones, con una altura de 34 cms. cada una de esas hiladas, "según se deduce de la forma dada a los mismos en su parte posterior, para facilitar el ajuste al monumento"<sup>202</sup>.

En unas ocasiones Almagro-Gorbea identificará esas dos hiladas como una sola, que por tanto sería la cuarta<sup>203</sup>, mientras que en otras publicaciones las considera independientes<sup>204</sup>, contándolas, por tanto, como las hiladas cuarta y quinta.



FIGURA 10.17: Fotografía de la parte interna del león Noroccidental, donde se observa la forma dada a su parte posterior que justificaría la colocación de dos filas de sillares superpuestas

Ésto explica por qué Almagro-Gorbea, pese a su argumentación inicial basada en la forma dada a la parte posterior de los

<sup>202</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 194.

<sup>203</sup> 1983a: 193.

<sup>204</sup> *Id.* 1978a: 257.

sillares zoomorfos<sup>205</sup>, rellenó el espacio entre los frontales de los leones Suroriental y Nororiental con sillares de la misma altura que la cuarta hilada, en lugar de dos filas superpuestas de sillares independientes de 34 cms. de altura.

En una de sus publicaciones se menciona el hallazgo de un único sillar de 68 cms. de altura, en lugar de los dos observables en el edificio, unido a su problemática y dudosa colocación original<sup>206</sup>.

En los lados Este y Oeste del monumento, que ofrecen la visión frontal de los leones, se habría colocado una única hilada de sillares de 68 cms. de altura mientras que en los lados Norte y Sur, que presentaban la visión lateral de las figuras zoomorfas, se habrían empleado dos de 34 cms.<sup>207</sup>.

La presencia de esos sillares de altura equivalente a la cuarta hilada fue relacionada por el excavador con la posible existencia de una cámara interior en el monumento, que vendría demostrada por “un sillar liso de igual altura que el cuerpo de los leones, de lo que se podría deducir que tal vez pudo servir para cubrir en la cámara la tosca cara interior de los ortostatos”<sup>208</sup>.

<sup>205</sup> Y que de esta forma parecía demostrar que el espacio intermedio entre los sillares zoomorfos se había ocupado con dos filas de sillares de menor tamaño, exactamente la mitad de la altura total de la hilada.

<sup>206</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 257.

<sup>207</sup> De este modo siempre sería más impactante la visión del frente de los leones, en el cual ningún elemento desvía la atención de sus gestos apotropaicos.

<sup>208</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 257; Frente a esta opinión destaca la del Profesor Cuadrado, quien considera que el

En publicaciones posteriores se dará por definitivo que el espacio entre los leones fue ocupado por dos hileras de piedras de 34 cms. de altura<sup>209</sup>, no mencionándose en adelante la existencia de esos sillares de 68 cms. de altura presentes en la reconstrucción.

Por la descontextualización de estos sillares, la problemática queda pendiente, y sólo parece poder ser solucionada, como ya fue anteriormente comentado, por el estudio detallado de las marcas de trazado presente en los sillares de los leones.

Respecto a esa cuarta hilada, en sus primeras publicaciones, anteriores a la reconstrucción del monumento, Almagro-Gorbea abogaba por situar una hilada de sillares de caras lisas, “...pues de otra forma no sería posible su encaje en la parte recortada en el cuello de los leones.”<sup>210</sup>.

Más adelante, y ante la tarea desempeñada en el montaje del monumento en el M.A.N., se optó por colocar directamente asentada sobre la hilada de los sillares zoomorfos una hilada de sillares, la quinta del monumento, que presentaban una decoración en bajorrelieve completando un friso corrido, con lo que fueron rechazadas las afirmaciones anteriores sobre la situación de los sillares lisos en la hilada superior al lomo de los leones<sup>211</sup>.

interior del monumento se habría rellenado totalmente, sería macizo por dentro (Cuadrado 1987: 195).

<sup>209</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 194.

<sup>210</sup> Almagro-Gorbea 1975: s.p.; *id.* 1976a: 676; *id.* 1978a: 257.

<sup>211</sup> Almagro-Gorbea 1982a: 243; *id.* 1983a: 194.



Con respecto a toda esta problemática de la colocación de las hiladas destaca el caso comentado por el excavador para la sexta hilada del monumento, la inmediatamente superior a la ocupada por el friso corrido de bajorrelieves.

La altura de esta sexta hilada era de 54 cms., y ofrecía como particularidad la presencia de marcas de gran tamaño hechas en la cara externa de determinados sillares, que en opinión del excavador servirían para marcar su posición.

Una de esas marcas, similar a la *ti* del semisilabario ibérico en posición tumbada<sup>212</sup>, señalaría la posición central, dentro de esta sexta hilada, de aquellos sillares en los que se trazó, frente a otra marca, similar a la *ta* del semisilabario ibérico<sup>213</sup>, que señalaría una posición de esquina, en esa misma hilada, para los sillares en los que se representó<sup>214</sup>. Según este investigador, podrían tratarse de marcas de cantero o también marcas de ensamblaje como las que encontramos en el Mundo griego a partir del s. VI a.C.<sup>215</sup>

Esas marcas serán analizadas en mayor profundidad con posterioridad.

---

<sup>212</sup> Con una forma de tridente.

<sup>213</sup> En forma de X.

<sup>214</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 210, n. 165; Como se analizará más adelante, esa adscripción es errónea, ya que una marca, la que representa una cruz, se trazó sobre los sillares de la sexta hilada y la otra, similar a un tridente, se hizo, a su vez, sobre los sillares de la séptima.

<sup>215</sup> *id.* 1983a: 210, n. 165.

La séptima hilada de sillares del monumento ofrecía una altura de 48 cms.<sup>216</sup>

Hasta aquí conviene realizar un repaso a las alturas de las hiladas documentadas en la construcción turriforme:

- El primer escalón tendría una altura de 39 cms.
- El segundo escalón, a su vez, tendría una altura de 34 cms.
- El tercer escalón, siguiendo esa tónica decreciente, tendría una altura de 32 cms.
- Los sillares de esquina de la cuarta hilada, a partir de los que surgían las figuras de los leones, tenían una altura de 68 cm.
- El espacio que queda entre esos sillares de esquina, estaría ocupado por dos hileras superpuestas de sillares de 34 cms. de altura cada una, igualando en su conjunto la altura total de la hilada en la que se encuadran.
- La altura del friso, en la quinta hilada, era de 61 cm.
- La altura de los sillares de la 6ª hilada era de 54 cm.
- La altura de los sillares de la 7ª hilada era de 48 cm.

Sobre esta 7ª hilada se situaría otra de 44 cms. de altura en la que destaca la posi-

---

<sup>216</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 205.



ble pertenencia de un sillar con un relieve de tipo simétrico en el lado oriental del edificio. Según Almagro-Gorbea, esta octava hilada sería la última del cuerpo central del monumento turriforme<sup>217</sup>.

Sobre la hilada 8 se colocaría un remate formado por unos sillares de 23 cm. de altura con moldura sogueada, “cuya inclinación creciente del centro hacia los extremos permite precisar su disposición y su anchura coincidente con la del cuerpo del edificio al que hacía de remate.”.<sup>218</sup>



FIGURA 10.18: Moldura arquitectónica con decoración sogueada

Sobre esa moldura sogueada se emplazó un sillar de 40 cms. de altura con un grueso entrante rectangular. En las publicaciones se menciona la aparición de dos sillares con esa forma, uno reutilizado y otro a gran distancia de la base del monu-

<sup>217</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 205.

<sup>218</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 205

mento, pero en el montaje sólo se colocó uno de ellos<sup>219</sup>.

A continuación iría un baquetón sogueado de 15 cm. de altura, decorado en relieve en su parte inferior con manos abiertas hacia abajo, unas veces hacia la derecha y otras hacia la izquierda<sup>220</sup>.



FIGURA 10.19: Detalle de la moldura sogueada con representación de manos

Terminando ya con la primera propuesta de montaje sólo quedarían por mencionar dos elementos: El primero de ellos es una gola egiptizante de mucha altura.

<sup>219</sup> *id.* 1983a: 206; El segundo sillar se guarda en los fondos del M.A.N., y se encuentra muy fragmentado, conservando únicamente el entrante central (*vide infra*).

<sup>220</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 257.



FIGURA 10.20: Fragmentos de gola egiptizante en la parte superior del edificio

Sobre esta gola se situaron tres sillares con forma escalonada, que primero fueron explicados como la posible moldura de una puerta, prueba ésta de la existencia de una cámara interior en el monumento<sup>221</sup>, y que posteriormente han servido para argumentar una posible coronación piramidal del edificio<sup>222</sup>.



FIGURA 10.21: Sillares escalonados de la coronación del edificio

<sup>221</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 257.

<sup>222</sup> *id.* 1983a: 207.

## La destrucción y ruina del monumento

Una vez analizada la primera propuesta reconstructiva del edificio turriforme de sillares, es conveniente introducir también la discusión en torno a la posible/s causa/s que ocasionaron su destrucción.

Como ya se comentó con anterioridad, durante el proceso de excavación se documentó un importante desplazamiento de los sillares del primer escalón de esa construcción, con lo que la base apareció claramente basculada unos 10 cms. del Suroeste hacia el Noreste<sup>223</sup>.

De este hecho, el excavador interpretó que la destrucción del monumento se habría producido por desplome ocasionado por ese deslizamiento de los sillares de su base. La falta o ausencia de cimentación de una construcción de peso tan elevado, erigida en un terreno elástico<sup>224</sup>, habría propiciado ese desplome.

La basculación del terreno hacia el Norte y el Este, al deslizarse las arcillas sobre las aguas endorreicas subterráneas<sup>225</sup>, originó que se abriera una grieta de unos 10 cms. de grosor en el lado Norte,

<sup>223</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 255.

<sup>224</sup> Un "terreno de margas calizas poco firmes" (Almagro-Gorbea 1975: s.p.)

<sup>225</sup> En otra de las publicaciones se prefiere mencionar como causa principal del derrumbe el propio peso del monumento, que al no tener bien calculada la presión de su relleno provocó esa basculación del terreno (Almagro-Gorbea 1983a: 190).

y el edificio acabó desplomándose en esa dirección<sup>226</sup>.

Una vez conocida la teoría del excavador, quien considera que la destrucción habría estado causada por causas naturales, un derrumbe motivado por una ausencia de cimentación, ¿qué otras opiniones se pueden encontrar dentro de la investigación?

Una de las hipótesis más destacadas es la de Emeterio Cuadrado. Él se mostró en contra de un derrumbe por causas naturales, y optaba por introducir el “factor humano” como causa principal; en su opinión el monumento habría sido destruido intencionalmente, coincidiendo así “con la de los demás monumentos funerarios de las necrópolis ibéricas de la zona”, y que él sitúa en el siglo V a.C.<sup>227</sup>

Para este investigador, la base escalonada del monumento y el uso de grapas uniendo los sillares y otros elementos con peligro de deterioro<sup>228</sup>, tenían ya en cuenta la repartición del peso de la construcción y además, siempre según su opinión personal, el terreno parece lo bastante consistente como para considerarlo la causa de la destrucción del edificio, al contrario que la opinión de Almagro-Gorbea. De todas maneras abogaba por una valoración de la resistencia del terreno con medios más fiables<sup>229</sup>.

---

<sup>226</sup> Almagro-Gorbea 1982a: 242.

<sup>227</sup> Cuadrado 1987: 195.

<sup>228</sup> Tales como el león de la esquina Noroccidental.

<sup>229</sup> Cuadrado 1987: 195-196.

Blánquez Pérez, por su parte también considera interesante un estudio más en profundidad del terreno sobre el que se construyó el monumento turriforme<sup>230</sup>. Sin embargo, a partir de sus conclusiones, también podría hablarse de una posible destrucción intencionada de “carácter pasivo”, al no haberse abordado ninguna tarea destinada a la restauración del monumento o a evitar su desmoronamiento, dejando que este se derrumbase<sup>231</sup>.

Esta hipótesis presenta una serie de problemas que ya han sido tratados con anterioridad<sup>232</sup>.

Este mismo investigador, en otra publicación posterior conjunta con D. Emeterio Cuadrado y Raquel Castelo Ruano, sí habla claramente de destrucción deliberada de la escultura de “Pozo Moro” y, por tanto, es de suponer que esa hipótesis se generaliza al monumento en su conjunto<sup>233</sup>.

Esa destrucción deliberada habría venido propiciada por el fracaso del esquema social, “frustrado en la consecución de una estructura Estado”, y en el cual la escultura jugaba un papel al servicio del grupo social aristocrático dominante<sup>234</sup>.

Entre aquellos otros investigadores que abogan por una destrucción intencionada del monumento turriforme de “Pozo

---

<sup>230</sup> Blánquez Pérez 1990a: 355 y nota 51.

<sup>231</sup> *id*, 1990a: 355.

<sup>232</sup> *Vide supra*.

<sup>233</sup> Castelo Ruano, Blánquez Pérez y Cuadrado 1991: 155.

<sup>234</sup> 1991: 156.

Moro” también se debe nombrar a D. José María Blázquez, para quien este hecho se habría producido como consecuencia de las continuas luchas intestinas entre distintas tribus, o más bien de unos reyezuelos contra otros<sup>235</sup>.

Frente a estas opiniones, y al tratar el tan controvertido tema de la destrucción de la escultura ibérica, una investigadora tan destacada en este tema como es Chapa Brunet, sin embargo, no aprecia indicios de destrucción activa en “Pozo Moro”, con lo que corrobora las apreciaciones de Almagro-Gorbea<sup>236</sup>.

A modo de introducir nuevos elementos en la discusión, se deben tener en cuenta multitud de condicionantes que pudieron influir en una destrucción por causas naturales.

En primer lugar se debe considerar que, al estar la construcción asentada en la ladera descendente de un altozano<sup>237</sup>, parece bastante creíble que el desnivel del terreno empleado como base ya existiría antes de la colocación de los sillares, y por tanto pudo, efectivamente, ser el peso del relleno del monumento el que ocasionó que éste se derrumbase.

La misma pendiente de esa ladera, descendente hacia el Norte<sup>238</sup>, habría ocasionado

que la fuerza de la gravedad, al actuar sobre un edificio de la altura propuesta<sup>239</sup> y de gran peso, hiciese caer los sillares del monumento exactamente en la dirección en la que cayeron, hacia el Norte y el Este.

Esta explicación es, en nuestra opinión, más simple e igualmente convincente que la de un deslizamiento del suelo de arcillas sobre las aguas subterráneas.

De todas maneras, parece ciertamente extraño el que se procediese a la construcción de un edificio de las características ya vistas en un terreno desnivelado<sup>240</sup>, pero también es cierto que parece más probable considerar que el nivel de descenso del terreno ya era el existente en época ibérica, antes que considerar que el peso del monumento o un desplazamiento de las arcillas del suelo ocasionaron ese desnivel.

A modo de ejemplo aclaratorio se puede acudir a la cercana necrópolis de “Los Villares” de Hoya Gonzalo (Albacete). Esta necrópolis se asienta en un terreno con un desnivel natural en pendiente hacia el SW. Para facilitar la construcción de tumbas con cubrición tumular se procedió a igualar el desnivel del terreno con una capa de tierra verdosa<sup>241</sup>.

Sin embargo, no se logró una buena nivelación del terreno en el sector que ocuparía el túmulo nº 18, por lo cual, ya

<sup>235</sup> Blázquez y Castillo 1991: 146.

<sup>236</sup> Chapa Brunet 1993: 189.

<sup>237</sup> Con una pendiente aproximada inferior al 2% (Almagro-Gorbea 1983a: 180; *vide supra*).

<sup>238</sup> Y también hacia el Este, pues en esa dirección las líneas de nivel están más juntas que hacia cualquier otra (Almagro-Gorbea 1976b: 377 y ss.).

<sup>239</sup> *Vide supra*.

<sup>240</sup> Y además sin intentar compensar ese desnivel con la talla de los sillares, pues todos tienen las mismas medidas aproximadas en cada una de sus esquinas y de sus lados.

<sup>241</sup> Esta capa, de greda, tiene un grosor de unos 8 cms. de potencia (Blázquez Pérez 1992a: 251-252).

iniciada su construcción, no hubo más remedio que disponer, entre la segunda y la tercera hilada de adobes, a modo de cuña, una hilada de piedras, para evitar el desmoronamiento de la construcción<sup>242</sup>.

Al estar ésta recubierta con un revoco de barro no se apreciaría exteriormente esa “intervención de urgencia”<sup>243</sup>. En el caso de “Pozo Moro”, también es más que posible la construcción del monumento turriforme directamente sobre un terreno con pendiente descendente<sup>244</sup>, algo que, visto el ejemplo del túmulo nº 18 de Los Villares, no resultaría tan extraño, a pesar de tratarse de monumentos tan diferentes.

El terreno bajo el monumento de “Pozo Moro” también es, en cierta medida, “nivelado” con unas capas de adobe y arcilla, con finalidades rituales<sup>245</sup>, que evidentemente nunca podrían soportar el peso del edificio de sillares, así como lo que ocurre con el monumento de adobes de la necrópolis de “Los Villares”. Sin embargo, en el caso de “Pozo Moro” resultaría imposible corregir la deficiencia de horizontalidad,

---

<sup>242</sup> De todas maneras parece un tanto “absurdo” tratar de soportar el ingente peso de una construcción tumular cuadrangular de 3,50 x 2,50 metros de lado (Blánquez Pérez 1992b: 124), realizada con adobes y rematada con una escultura en piedra de 1,90 metros de altura, con una capa de tierra de 8 cms. de potencia. Algo similar es lo que se habría abordado en la construcción del monumento turriforme de “Pozo Moro”, asentándolo sobre unas capas de adobe y arcilla de unos pocos centímetros de espesor. Se habría tratado de emplear en ambos casos, cronológicamente muy cercanos (Blánquez Pérez 1992b: 124-125; Almagro-Gorbea 1983a: 188), una técnica de nivelación del terreno parecida.

<sup>243</sup> Blánquez Pérez 1992b: 124.

<sup>244</sup> En este caso hacia el Norte (*vide supra*).

<sup>245</sup> Para acoger la cremación del cadáver (*vide supra*).

de la misma forma que la apreciada por Blánquez para la cubrición tumular nº 18.

De este modo, no resultaría tan extraño considerar que, iniciada la construcción del edificio turriforme, ya no hubiese posibilidad de corregir el error original de no tener en cuenta el desnivel de la ladera<sup>246</sup>.

No obstante, conviene destacar un hecho importante, relacionado con el proceso de construcción del monumento: el sillar zoomorfo emplazado en la esquina Noroccidental del monumento fue reforzado con una grapa arquitectónica, probablemente de plomo, tal y como se deduce de la mortaja tallada en su parte interior<sup>247</sup>. Ese reforzamiento implica la certeza por parte de los constructores de que ese punto era susceptible de fractura, justamente en el lado hacia el que cayó principalmente el edificio y hacia donde existe un buzamiento natural del terreno. En nuestra opinión, y a juzgar por todos los argumentos expuestos, la destrucción del monumento se debió a causas naturales y vino propiciada por la construcción del edificio en un terreno con pendiente descendente sin la cimentación necesaria para contrarrestar el enorme peso de su relleno y sus materiales. Aquí consideramos más probable esta posibilidad que la de un buzamiento del terreno con posterioridad a la construcción del monumento.

---

<sup>246</sup> Quizás alguna premisa de tipo ideológico obligaba a realizar la construcción únicamente en el lugar que se levantó, y no en ningún otro. Entre otros condicionantes se debe tener en cuenta la posibilidad de que ese terreno ya hubiese sido “consagrado” para el enterramiento e imperiosamente la sepultura debía ocupar ese emplazamiento.

<sup>247</sup> Esta mortaja es fácilmente visible en la fotografía de la parte interior del león Noroccidental (*vide supra*).



Las grapas empleadas como elemento de refuerzo en el edificio de sillares de "Pozo Moro" son las conocidas como "grapas de cola de milano"<sup>248</sup>. La composición de esas grapas era de plomo, con un mínimo nivel de impurezas<sup>249</sup>, aunque también se documentó la presencia de grapas de yeso, que fueron interpretadas por el excavador como lecho de ajuste de grapas de otro material, probablemente madera<sup>250</sup>. Junto a ello se documenta el hallazgo junto a los sillares del monumento de "pequeños bloques" de yeso, probablemente relacionados con la fabricación de las grapas de ese mismo material, y que se conservan en los fondos del M.A.N.



Fig. 10.22: Grapas de plomo y yeso junto a "bloques" de este mismo material

<sup>248</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 209.

<sup>249</sup> Castelo Ruano 1995a: 64.

<sup>250</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 209, n. 160.

La presencia de esas grapas de yeso podría estar en relación con otra posibilidad. Es conocido en la investigación de las técnicas arquitectónicas antiguas el hecho de que el ajuste de las grapas metálicas se podía realizar de dos maneras: bien se vertía ese metal fundido directamente en la mortaja tallada sobre el sillar, o bien se vertía ese metal en un molde de dimensiones parecidas a la mortaja que se quisiese rellenar. En el segundo caso, una vez enfriado el metal se colocaba en su lugar y se martilleaba para ajustar esa grapa<sup>251</sup>.

La posibilidad que aquí se podría introducir está en relación con el segundo caso. Se rellenaría con yeso la mortaja, y cuando este material se hubiese endurecido, habría sido empleado para fabricar el molde de la grapa definitiva, que de este modo tendría las medidas adecuadas para la mortaja.

Junto a los condicionantes ya mencionados que pudieron influir en el derrumbe del edificio de sillares, no se debe olvidar tampoco que la zona en la que se incluye el terreno donde se erigió esta construcción tiene pocas precipitaciones, pero cuando éstas hacen acto de presencia lo hacen de una manera torrencial, con las consecuencias que esto tiene para el terreno y su denudación<sup>252</sup>. En la ladera descendente de un altozano, las lluvias torrenciales pueden originar un desplazamiento de las capas superficiales del suelo cuando éste no está suficientemente protegido por un manto vegetal, y así se va produciendo un

<sup>251</sup> Castelo Ruano 1995b: 135.

<sup>252</sup> *Vide supra*.



“minado” progresivo de la base de sustentación de cualquier edificación.

Unido a ésto los bruscos cambios de temperatura, muy comunes en la zona<sup>253</sup>, y sus efectos sobre la piedra<sup>254</sup> pueden ser causas más que probables de una paulatina ruina que desembocaría en un derrumbe.

De esta forma trato de contribuir a una visión más general de las posibles causas de la destrucción del monumento turri-forme de “Pozo Moro”, que probablemente no puede reducirse a una sola.

### **Segunda propuesta de reconstrucción**

La reconstrucción que defiende Almagro-Gorbea desde el año 1983 hasta la actualidad es exactamente igual a la que ya se ha analizado en la primera propuesta de reconstrucción hasta la novena hilada, incluida ésta, que fue ocupada por una moldura sogueada de 23 cms. A partir de esa moldura se emplazaría una primera gola de 52 cm. de altura (“...siempre a juzgar por la situación de los sillares derrumbados.”<sup>255</sup>) sobre la cual se iniciaría un segundo cuerpo del edificio, en el que se encuadrarían varios elementos que el excavador encontró difíciles de acoplar en el cuerpo inferior.

---

<sup>253</sup> *Vide supra*.

<sup>254</sup> El conocido como “efecto cuña”.

<sup>255</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 206.

Todos esos elementos se encontraron descontextualizados formando parte del majano de piedras presente en el terreno, de reutilizaciones en tumbas posteriores o en zonas alejadas de la base del monumento<sup>256</sup>.

En primer lugar, considerando que la estructura de este cuerpo superior fuese similar a la del inferior, pudo ser colocada una hilada de sillares con un grueso entrante rectangular, y una altura total de 40 cms.<sup>257</sup>

A continuación, y a imitación del arranque del primer cuerpo, Almagro-Gorbea optó por la posibilidad de emplazar otros cuatro sillares de esquina con representaciones zoomorfas de leones similares a los de la cuarta hilada del monumento, aunque de tamaño algo menor<sup>258</sup>. Esta suposición surge a partir del descubrimiento de otros restos de sillares zoomorfos con función arquitectónica de esquina: en 1975 se menciona el hallazgo de cuatro sillares con representación de leones junto a los ángulos de las esquinas de la base del monumento<sup>259</sup>.

En una publicación de un año después, además de ese dato, se mencionan los res-

---

<sup>256</sup> *id.* 1983a: 206-207.

<sup>257</sup> Estos sillares ya han sido comentados con motivo de la primera propuesta de reconstrucción (*vide supra*).

<sup>258</sup> ¿Tal vez como el sillar zoomorfo que fue hallado sobre los sillares del lado Noreste de la base del monumento?. Este sillar presenta importantes diferencias metrológicas con los otros tres de las restantes esquinas del cuerpo inferior, por lo cual será necesario entrar en un análisis más profundo con motivo del estudio escultórico del monumento (*vide infra*).

<sup>259</sup> Almagro-Gorbea 1975: s.p.

tos de otros dos leones de menor tamaño que se encontraron más apartados hacia los lados Norte y Este<sup>260</sup>.

Sin embargo en una de las publicaciones del año 1983, al hablar de la posible existencia de un segundo cuerpo superior en el monumento se mencionan "...también tres fragmentos de leones, uno de algo menor tamaño hallado cerca de dicho sillar<sup>261</sup>, y otros dos aparecidos en el yacimiento hace 25 años<sup>262</sup> y con paradero hoy desconocido..."<sup>263</sup>. En esta ocasión no son mencionados aquellos fragmentos encontrados hacia los lados Norte y Este. En esta misma publicación, en su página 232 se comenta sobre los hallazgos de sillares zoomorfos de esquina en "Pozo Moro" :

"Conjunto de 5 leones con la mitad del cuerpo en forma de sillar, más otro inacabado y noticias de otros dos".

Es curiosa esa mención a un sillar zoomorfo inacabado, como elemento singular y único, pues posteriormente deberá ser puesto en relación con otro sillar zoomorfo inacabado que se conserva en los fondos del M.A.N.<sup>264</sup>. Anteriormente a esta publicación del excavador, sólo se encuen-

tra mención al sillar zoomorfo inacabado en una de sus publicaciones de 1982, en la que se dice que aparecieron restos de talla entre el relleno de la base, "e incluso alguna pieza inacabada y desechada."<sup>265</sup>.

Otros restos de difícil ubicación son una serie de altorrelieves que podrían haberse colocado a continuación de los sillares de esquina zoomorfos, a modo de friso corrido como el documentado friso de bajorrelieves para el cuerpo inferior<sup>266</sup>. Es posible que este friso de altorrelieves, o al menos algunos de sus fragmentos, ocupasen dos hiladas contiguas, al ofrecer algunos de esos sillares su parte superior alisada para encajar otro sillar con la continuación de la escena<sup>267</sup>.

Culminando el segundo cuerpo del edificio encontraríamos un baquetón sogueado con representaciones de manos tendidas hacia abajo<sup>268</sup>, y sobre él una segunda gola de 53 cm. de altura, a juzgar por un único sillar de esquina que no puede ser identificado ni por altura ni por el voladizo de la gola con los que forman parte de aquella que separaba el cuerpo inferior del monumento del cuerpo superior<sup>269</sup>.

<sup>260</sup> *id*, 1976a: 675; Exactamente los lados de derrumbe del monumento, por lo que habrían quedado cubiertos por los sillares de los lados Sur y Oeste.

<sup>261</sup> Se refiere al sillar con un grueso entrante rectangular (*vide supra*).

<sup>262</sup> ¿1958?.

<sup>263</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 206.

<sup>264</sup> Localicé este segundo sillar inacabado en los fondos del M.A.N. mientras me encontraba realizando el estudio de los fragmentos de piedra del monumento que allí se conservan (*vide infra*).

<sup>265</sup> Almagro-Gorbea 1982a: 240.

<sup>266</sup> Estos altorrelieves serán analizados más adelante con motivo de estudiar los aspectos escultóricos del monumento (*vide infra*).

<sup>267</sup> Sólo se documentó esa posibilidad en un único fragmento, por lo cual, y dada la diferente estructura con respecto a las otras piezas del friso, Almagro-Gorbea apuntó la hipótesis de que esa escena que ocupaba dos hiladas podía pertenecer al centro de uno de los lados del friso (Almagro-Gorbea 1983a: 207).

<sup>268</sup> *Vide supra*.

<sup>269</sup> *Vide supra*.

El problema de la coronación final del edificio es otro aspecto a destacar. En su publicación de 1975 dedicada al monumento de “Pozo Moro”, Almagro-Gorbea situaba “...algunas piezas de perfil escalonado y suponemos que, como remate, una típica gola de desarrollo muy vertical y con escasa curvatura en la parte superior.”. Es decir, una cubrición plana. Posteriormente seguirá defendiendo esa posición de una cubrición plana en varias publicaciones posteriores<sup>270</sup>.

A partir de una publicación de 1982 su concepción de la techumbre del edificio cambiará; es entonces cuando introduce la idea de una cubierta apiramidada y, tal vez rematada por alguna figura, en este caso la escultura de un centauro<sup>271</sup>. Ésta idea de coronación apiramidada con un posible remate escultórico es la que aún hoy en día mantiene<sup>272</sup>.

La presencia de unos sillares escalonados fue puesto en relación por el excavador con esa posibilidad de un remate de tipo apiramidado. Todo lo expuesto hasta ahora nos resulta útil para aproximarnos a cuál habría sido la altura total del monumento en pie.

A lo largo de sus primeras publicaciones sobre el tema, el excavador le atribuyó

una altura aproximada de unos cinco metros, que correspondería a unas diez o doce hiladas de sillares<sup>273</sup>. En 1983 se apunta la posibilidad de que la altura original del monumento fuese el doble de la que nos muestra su reconstrucción actual, que sobrepasa los mencionados cinco metros de altura. Esta opinión es la que aún hoy en día defiende Almagro-Gorbea<sup>274</sup>.

De este modo, podría concluirse con las propias palabras de este investigador: ““Pozo Moro” fue el lugar elegido [...] para levantar un monumento de sillares de arenisca de más de 10 metros de altura”<sup>275</sup>.

### *La tercera propuesta de reconstrucción*

<sup>270</sup> Almagro-Gorbea 1976a: 680 ; *id.* 1978a: 257, incluyendo en esta última la posibilidad de que algunos restos escultóricos estuviesen emplazados sobre ese techo a modo de acróteras, aunque no descarta la existencia de otros elementos arquitectónicos.

<sup>271</sup> Almagro-Gorbea 1982a: 244. *Vide infra*.

<sup>272</sup> *id.* 1983a: 207; *id.* 1996: 62, donde se dice que el edificio “...acababa en un remate piramidal, quizás coronado por un jinete.”.

<sup>273</sup> Almagro-Gorbea 1975: s.p.; *id.* 1976a: 674; *id.* 1976b: 383; *id.* 1978a: 255; *id.* 1982a: 243.

<sup>274</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 208; *id.* 1996: 62; *id.* 1998: 132.

<sup>275</sup> Almagro-Gorbea 1993-1994: 112.

La diferencia de esta propuesta con respecto a la anterior es mínima. Esta tercera propuesta de reconstrucción se basa en un dibujo publicado por Almagro-Gorbea con posterioridad a las propuestas recogidas anteriormente.

<sup>276</sup> *Vide supra.*

Este dibujo de la tercera propuesta es el que ilustra todas las publicaciones recientes en las que se trata o menciona de alguna manera el monumento turriforme de “Pozo Moro”.

***Nueva propuesta de montaje en el  
M.A.N. (Ver Anexo 1)***<sup>277</sup>

277 El documento incluido en este Anexo es el resultado del encargo recibido desde la Subdelegación General de Museos Estatales del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte para elaborar un informe para el “Estudio y montaje del monumento funerario ibérico de *Pozo Moro* en el Museo Arqueológico Nacional” (Expediente 2010/0302C0155EF). Nuestro más sincero agradecimiento a Dña. Rubí Sanz Gamo, directora del M.A.N. en esos momentos, quien confió en nosotros y nos propuso para esa tarea. Los resultados incluidos contaron con destacadísimas aportaciones de los miembros que formaron parte del comité científico que aprobaría el informe y que variaron ligeramente el informe aquí presentado para lograr el nuevo montaje que se puede admirar actualmente en uno de los patios del M.A.N. Entre estas personas debemos y queremos destacar a D. Martín Almagro-Gorbea, Dña. Rubí Sanz Gamo, D. Manuel Bendala Galán, D. Juan Blázquez Pérez, Dña. Teresa Chapa Brunet y D. Fernando López Pardo.

## ASPECTOS ESCULTÓRICOS :

A continuación se pasará a analizar, probablemente uno de los temas más estudiados y mencionados en relación con el conjunto funerario monumental, y especialmente con el edificio de sillares emplazado dentro de éste. En primer lugar me centraré en las destacadas esculturas zoomorfas que ocupaban las cuatro esquinas del alzado principal de la construcción. Gracias a los estudios de Almagro-Gorbea sobre estos “sillares de esquina”, fue posible identificar la gran abundancia en el Arte Ibérico de estos elementos arquitectónicos, que hasta entonces no habían podido ser explicados de una forma coherente.

### Las figuras de leones :

En la primera publicación sobre las excavaciones en el yacimiento de “Pozo Moro”, a cargo del Dr. Daudén Sala, se mencionaba el hallazgo de fragmentos de figuras de “bichas” y esfinges realizadas en piedra<sup>278</sup>. Al año siguiente, este mismo autor ya clarificó que las figuras antes mencionadas pertenecían a las representaciones de cuatro leones que ocuparían las esquinas del monumento junto a las que fueron encontrados<sup>279</sup>. Almagro-Gorbea, director de las excavaciones, daba a conocer que la parte delantera de esas esculturas estaba labrada en bulto redondo, sobresaliendo de

esta manera de las líneas del edificio, mientras que los lados se habían tallado en un “vigoroso” altorrelieve. El tamaño correspondía al de un león en pie pero se les había representado tumbados, y su fuerza expresiva no se encontraba tanto en su posición tumbada, tensando una fuerte musculatura, como en la expresión fiera de las cabezas<sup>280</sup>.

Las cabezas, cúbicas, presentaban las fauces abiertas mostrando unos potentes colmillos y una lengua colgante ; las líneas de la representación estaban muy estilizadas : las melenas, orejas y otros detalles anatómicos se habían realizado de forma muy esquemática, y respetando siempre una labra de planos suaves con contornos redondeados<sup>281</sup>.

Los leones se habían emplazado por parejas; una de ellas orientaba las cabezas de éstos hacia el lado Oeste y la otra hacia el lado Este, ofreciendo, por tanto, sus perfiles a los lados Norte y Sur. Por las marcas de trazado presentes en los sillares, el excavador, Profesor Almagro-Gorbea, optó por colocar esos sillares zoomorfos en la cuarta hilada del monumento, la inmediatamente superior a los tres escalones de la base<sup>282</sup>, aunque fueron numerosas las dudas que se presentaban con motivo de abordar su localización correcta en una posible reconstrucción.

Para realizar un análisis más exhaustivo será necesario valorar el lugar de hallazgo de cada pieza y describirlas por separado;

---

<sup>278</sup> Daudén Sala 1971: 9-11.

<sup>279</sup> Daudén Sala 1972: 7-8.

<sup>280</sup> Almagro-Gorbea 1973: 12-13; *id.* 1975: s.p.

<sup>281</sup> Almagro-Gorbea 1975: s.p..

<sup>282</sup> *id.* 1983a: 193.

las medidas y emplazamientos se basan en cálculos realizados en relación al estudio de los dibujos publicados por Almagro-Gorbea correspondientes a los resultados de la excavación del monumento<sup>283</sup>.

En primer lugar se procederá al estudio del león correspondiente a la esquina Noroccidental del monumento, y desde éste, se continuará un orden secuencial siguiendo el sentido de las agujas del reloj. Este sentido direccional no ha sido escogido arbitrariamente, sino que responde a una hipótesis de recorrido visual en torno al edificio, íntimamente relacionada con una propuesta de lectura del llamativo friso corrido de bajorrelieves visible sobre estos sillares zoomorfos<sup>284</sup>.

### *El león Noroccidental*

Los fragmentos que podrían ser identificados como pertenecientes al sillar zoomorfo emplazado originariamente en esa esquina fueron encontrados muy dispersos. La pieza más cercana al monumento, correspondiente a la cabeza del animal, se halló aproximadamente a una distancia de 1,20 m. al Norte de la base, y se le adjudicó el número 54. Un poco más alejado, pero en ese mismo lado, se encontró un fragmento correspondiente a una garra delantera, con número 59. El cuerpo también presentaba una fragmentación en varios trozos, tal y como se puede observar en la reconstrucción. A partir de los dibujos, sin ninguna

otra matización, es muy difícil reconocer dónde se hallaron los demás fragmentos del cuerpo, ya que ninguno de los demás restos encontrados al lado Norte parecen corresponderse, por su forma y tamaño, con éstos. En la exposición realizada el día 2 de Marzo de 1972 en el Parque del Retiro de Madrid se presentó la cabeza aislada.

Posiblemente, los fragmentos relacionados con el cuerpo de la escultura fueron encontrados reutilizados o desplazados de su estratigrafía original de caída, ya que de lo contrario habrían aparecido junto a la cabeza. De momento, será necesario esperar a una publicación más completa del lugar de hallazgo de cada pieza. En la reconstrucción realizada en la sala XIX del M.A.N. se unió la cabeza con el cuerpo dando como resultado una escultura de león, representado por su lado derecho, de las siguientes medidas: Longitud: 128 cms.; altura: 78,5 cms.; grosor: 34 cms<sup>285</sup>.

La garra hallada junto a la cabeza de esta pieza, en lugar de “incluirse” en esta figura, fue definitivamente colocada como perteneciente a la escultura de león de la esquina diametralmente opuesta, la esquina Suroriental.

<sup>283</sup> Almagro-Gorbea 1983a: Figs. 6, 7 y 8.

<sup>284</sup> *Vide infra*.

<sup>285</sup> Según Chapa Brunet 1985: 72.





FIGURA 10.24: El león de la esquina Noroccidental del monumento

Este sillar Noroccidental es el mejor conservado de todos los sillares de esquina con forma de león del monumento. Únicamente se aprecia detalle en la delimitación de la pata trasera con respecto al cuerpo y en la extremidad terminada en una garra de dedos curvos y en la cola, que aparece por debajo del muslo y se enrrosca en el costado.

Pasando a la pata delantera, se puede observar que todo su contorno fue señalado con un ligero resalte, y con respecto a la cabeza, ésta es la parte anatómica más cuidada de la representación, pese a su gran esquematismo.



FIGURA 10.25: Vista frontal desde la parte interior

Una melena, representada a base de pequeños resalte sobre una estrecha franja, rodea todo el rostro, quedando únicamente fuera de ella las orejas, de forma acorazonada pegada a la cabeza. El espacio de la melena comprendido entre el nacimiento de ambas orejas no presenta esa decoración a base de pequeños resalte, sino que es totalmente lisa. La boca queda abierta, mostrando unos potentes colmillos que destacan sobre el resto de la dentadura, representada ésta por pequeños dientes rectangulares unidos entre sí. La lengua cuelga sobre la mandíbula inferior pasando entre los cuatro colmillos. También se representan los labios del animal, por medio de una fina franja que rodea los dientes, y a partir del labio superior, unas arrugas en ángulo

tratan de mostrar al espectador la actitud fiera del animal al tener arrugado el morro.

Sobre estas arrugas aparecen las fosas nasales del animal, representadas como dos agujeros circulares en el frente del tabique nasal, que se prolonga hacia atrás por medio de otras arrugas, opuestas a las del morro, hasta llegar a la melena, conformando así una unión entre el tabique nasal y la frente del león. Los ojos se emplazan a ambos lados del tabique nasal y son de forma ovalada o amigdaloides, rodeados de una finísima línea de contorno. Por la parte inferior de la cabeza, la melena sólo rodea el contorno, quedando toda la parte de la “papada” del animal únicamente desbastada sin ningún tipo de decoración en relieve, a diferencia de lo que se verá al tratar las demás esculturas leoninas.



FIGURA 10.26: Detalle de la parte inferior de la cabeza. Obsérvese la representación de la melena

En la parte interior de la figura que sobresale del edificio, su lado izquierdo, se ha representado una parte del resalte que delimita su extremidad delantera. Allí donde debían estar las garras se aprecia una fractura en la pieza. Como detalle destacado, sus cuartos traseros fueron tallados en alto-relieve surgiendo directamente de la piedra con un contorno redondeado, a diferencia de otras piezas similares<sup>286</sup>.

Es curioso y necesario resaltar que esta pieza presentaba la huella del lugar ocupado por una grapa constructiva<sup>287</sup>, preferentemente de plomo, exactamente en el lugar donde se produjo una fractura que separaría la cabeza del lomo y del resto del cuerpo, por lo que es evidente que los maestros artesanos que edificaron el monumento ya tuvieron en cuenta qué zonas o sillares tenían mayor peligro de agrietamiento por tener que soportar un peso excesivo<sup>288</sup>.

### *El león Nororiental*

En esta ocasión, la figura se encontró directamente emplazada sobre la esquina Noreste del monumento. El número que se le indicó en la excavación fue el 50. A la representación zoomorfa sólo le faltaban las patas delanteras y buena parte del rostro del animal. Prácticamente toda la parte del sillar que sobresalía sobre el lomo del animal había desaparecido, dando el aspecto

---

<sup>286</sup> *Vide infra*.

<sup>287</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 210.

<sup>288</sup> *Vide supra*.

de ser una escultura exenta si se observaba desde su lado izquierdo, a no ser por un pequeño resalte.



FIGURA 10.27: Detalle del león Nororiental donde se observan los restos del sillar sobre su lomo  
(Cortesía de D. Carlos Daudén Sala)

Una pequeña parte del lado izquierdo del rostro pudo ser completada con otros pequeños fragmentos. Este león fue representado mostrando su lado izquierdo, y posteriormente, en la reconstrucción del M.A.N. el rostro le fue reconstruido totalmente imitando en lo posible los de las demás esculturas que lo conservaban. Las medidas completas de la reconstrucción de esta escultura son las siguientes: Longitud: 106 cms.; altura 67 cms.; grosor 31 cms<sup>289</sup>.

<sup>289</sup> Según Chapa Brunet 1985: 72.

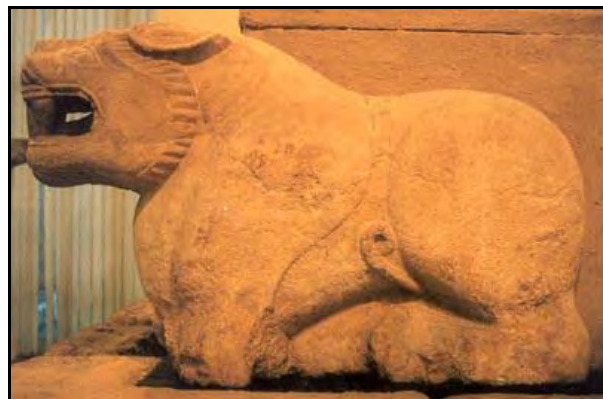


FIGURA 10.28: El león de la esquina Nororiental del monumento

Lo más apreciable, incluso a simple vista, es la gran diferencia de altura entre las dos piezas que hasta ahora se han propuesto. También destaca la diferencia con respecto a su longitud.



FIGURA 10.29: Fotografía en la que se observa esa gran diferencia de tamaño

Los rasgos generales son idénticos a los de la escultura de león adscribible a la esquina Noroccidental, aunque muchos de los detalles relacionados con el rostro no pueden ser abordados por el hecho de que la parte derecha de éste estaba muy destruí-

da. Como diferencia visible a primera vista, llama la atención la presencia de un agujero en el nacimiento de la oreja conservada<sup>290</sup>, que fue puesto, por el excavador, en relación con la posible inserción de un cuerno<sup>291</sup>, y que es de suponer que tendría una equivalencia simétrica en el nacimiento de la oreja contraria<sup>292</sup>.

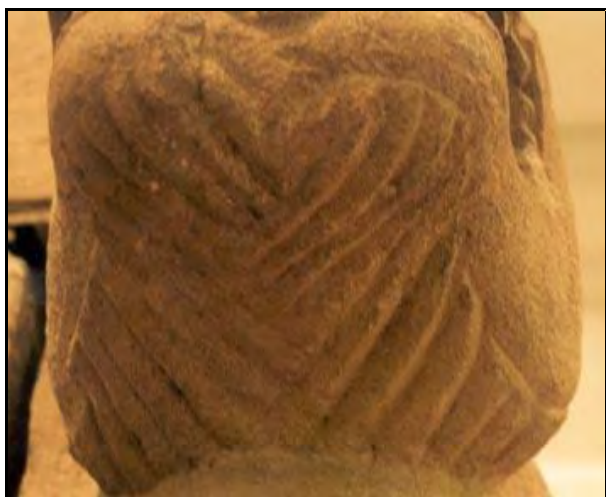


FIGURA 10.30: Detalle de la parte inferior de la cabeza. Se puede observar la gran belleza de la decoración alterna del relieve

Conviene destacar un detalle de gran belleza: la parte inferior de la cabeza presenta una decoración a base de incisiones longitudinales que dan como resultado la apariencia del pelo de la melena del león, pero ocupando la totalidad del espacio, no

<sup>290</sup> La oreja izquierda.

<sup>291</sup> Almagro-Gorbea 1976a: 676.

<sup>292</sup> Tomando como paralelo otra de las esculturas zoomorfas del monumento, así como un pequeño fragmento de cabeza de león similar a las aquí analizadas (*vide infra*).

como en el caso del león anteriormente comentado en el que esas incisiones sólo ocupaban el reborde y dejaban desbastada la parte central.

Se aprecia fácilmente cómo las incisiones se realizaron alternadas, sin seguir una división longitudinal a partir del centro; las incisiones de un lado van cerrando las de su opuesto de manera alterna<sup>293</sup>. En relación también con la franja de la melena, pero por su parte superior en esta ocasión, encontramos la diferencia de que esta figura presenta decoración todo a lo largo de esa franja<sup>294</sup>, frente a la ausencia de decoración de toda la parte superior, apreciable desde el nacimiento de las orejas, en el león comentado en el punto anterior. En aquella escultura, la melena de la parte superior de la cabeza del felino era lisa, con total ausencia de decoración. Además, no se respeta la misma disposición de las incisiones, que tienden a ir horizontalmente, frente al ángulo creciente que adquieren en el caso del león Noroccidental.

Las diferencias entre las piezas parecen ir indicándonos claramente una elaboración por manos distintas de cada una de ellas, dándoles una importante personalidad propia; a través de la observación de las figuras restantes veremos hasta qué punto esta apreciación parece acertada y congruente.

<sup>293</sup> Le da a la pieza una bella factura de cuidadoso detallismo, muy en relación con el gusto por el *horror vacui* presente en otros elementos del edificio.

<sup>294</sup> A juzgar por los fragmentos originales conservados.



La escultura que podría ponerse en relación con esta esquina del monumento fue hallada junto a los sillares de la base de ese mismo lado, más hacia el lado Sur que hacia el lado Este. En los dibujos esta pieza viene señalada con el número 52. En los dibujos se aprecia que a la escultura le faltaba la cabeza, aunque ésta pudo ser reconstruída al encontrarse a lo largo de la excavación los distintos fragmentos que la completaban. Al menos uno de estos fragmentos (5D-8)<sup>295</sup> fue reutilizado en una tumba de cremación posterior (5D inc. 6), sirviendo como cubrición de la urna, a una distancia de algo más de 4 metros hacia el Sureste del sillar zoomorfo al que en origen pertenecía<sup>296</sup>.

Las medidas totales de esta escultura son las siguientes: Longitud: 120 cms.; altura: 83 cms.; grosor: 28,5 cm<sup>297</sup>.

El lado derecho está muy erosionado, probablemente como consecuencia de que ese fue el lado que quedó a la intemperie al derrumbarse el monumento. Ésto mismo es la causa de que la cola del animal se aprecie muy mal, “pero parece estar en la misma posición que en los demás ejemplares”<sup>298</sup>.

---

<sup>295</sup> Parte de la mandíbula superior del animal.

<sup>296</sup> Almagro-Gorbea 1983a: Fig. 7.

<sup>297</sup> Según Chapa Brunet 1985: 72-73.

<sup>298</sup> Chapa Brunet 1985: 73. En todas estas figuras la cola surge por debajo de los cuartos traseros y se enrosca sobre sí misma a la altura del lomo del animal (*vide supra*).



FIGURA 10.31: El león de la esquina Suroriental del monumento

Una vez más los detalles generales coinciden con las otras esculturas comentadas, aunque algunos se paralelizan mejor con el león Noroccidental y otros con el león Nororiental. Así, la altura se aproxima mucho más a la del león Noroccidental, superando en 16 cms. la altura del león Nororiental, supuestamente su pareja en este lado del monumento.

Con respecto a su longitud, también las similitudes le aproximan más a la escultura Noroccidental que a su propia pareja.



FIGURA 10.32: En esta fotografía se observa la importante diferencia de altura entre las esculturas zoomorfas del lado Este

Sin embargo, la decoración de la melena es similar a la que presenta el león Nororiental, tanto en su parte superior como en la parte de la “papada” del animal, aunque con menos detalle, y también este ejemplar cuenta con la presencia de sendos agujeros en el nacimiento de ambas orejas.

A la vez que encontramos elementos similares con las otras piezas, también hay otros aspectos claramente individuales y únicos en esta pieza: el ojo no es tan estrecho como en los otros dos casos, presentando una forma mucho más ovalada, lo que lo acerca mucho más al labio superior.

La mandíbula inferior presenta una tendencia ascendente, en contraposición a la horizontalidad apreciable en esa misma mandíbula inferior de las otras dos piezas.

Además, la franja con resaltes que representa la melena en la parte de la mandíbula inferior no respeta tampoco el esquema de las otras dos piezas, en las que es observable hasta prácticamente su unión con la lengua que cuelga desde la boca.

En este león de la esquina Suroriental, esa franja de melena inferior se oculta a la vista prácticamente desde el mismo momento en que la cabeza del animal surge del cuello.



FIGURA 10.33: Detalle de la parte inferior de la cabeza y de la franja de melena

Por último, y como diferencia también muy evidente y notable, la boca es mucho más grande que en los demás ejemplos, superando con mucho la línea de los ojos y aproximándose a la melena representada bajo las orejas<sup>299</sup>.

<sup>299</sup> En esta pieza la longitud de la boca, medida desde el inicio de la lengua hasta el final del hueco que representa la boca, es de 21,5 cms., frente a los 16 cms. y 18,5 cms. de longitud de la boca en los leones ya analizados. Donde mejor se aprecia esa diferencia es en la distancia existente entre el final del hueco de la boca y el inicio de la melena: en esta pieza esa distancia es únicamente de 9,5 cms., frente a los 14,5 cms. y 18 cms. de las dos piezas anteriores, con lo que la línea de la boca se aproxima mucho más a la franja de la melena.



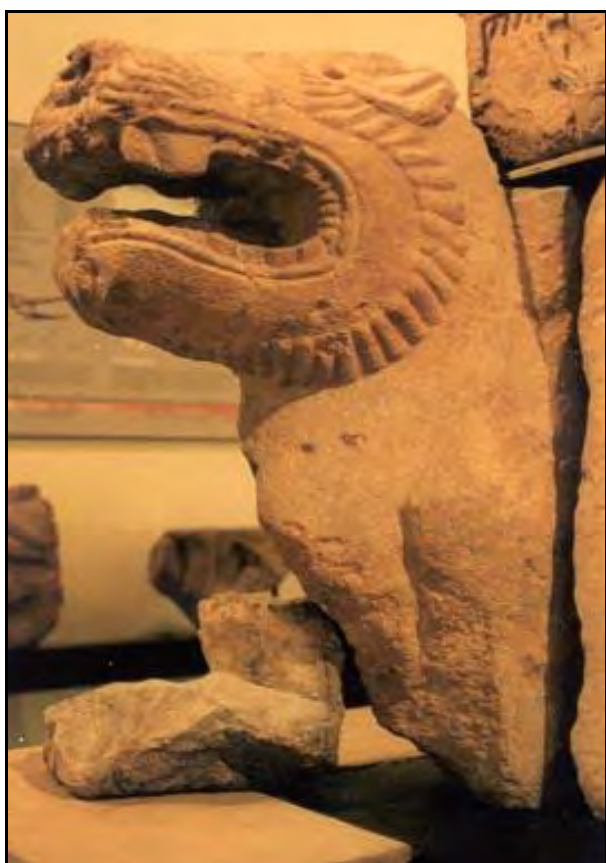


FIGURA 10.34: El lado interior del frente de la escultura

De momento, se puede observar la importante personalidad de cada uno de los leones, cada uno con elementos similares a los demás pero con otros totalmente únicos.

A esta figura se le añadió un fragmento identificable como la garra de una de las patas delanteras de estos leones. Lo curioso es que ese fragmento, señalado con el número 59, fue hallado en la esquina opuesta,

la Noroccidental, junto a la cabeza del león de ese lado<sup>300</sup>.



FIGURA 10.35: Garra delantera de la escultura de león señalada con el nº 59

Las medidas de este fragmento de garra son: Longitud: 26 cms.; altura: 21,5 cms.; grosor: 24 cms<sup>301</sup>. Por medio de la observación directa, sí parece más posible atribuirle a este fragmento una colocación en la reconstrucción de la escultura Suroriental, que presenta una destrucción en la parte frontal inferior en la que puede incluirse mejor ese fragmento que en la zona frontal inferior del león Noroccidental. Ésto planteaba un problema arqueológico, pues resulta imposible que en la destrucción del monumento este fragmento de garra fuese a parar al lado contrario, aproximadamente a unos 7 metros de distancia del lugar donde debería haber caído, y atravesando de parte a parte el monumento. La única explicación posible, en el caso de que ciertamen-

<sup>300</sup> *Vide supra*.

<sup>301</sup> Chapa Brunet 1985: 73.

te esa garra perteneciera al león Suroriental, es tener en cuenta el desplazamiento de sillares y fragmentos del monumento en una época posterior a su destrucción con motivo de reutilizar esos elementos<sup>302</sup>.

La parte posterior de la figura fue tallada de forma distinta a las demás, al separarse los cuartos traseros del animal de la superficie del sillar por medio del desbastado de la zona intermedia, dando una ligera impresión de que la escultura está más exenta en esa zona<sup>303</sup>.

### *El león Suroccidental*

El sillar zoomorfo correspondiente a esta esquina del monumento también se halló muy cerca de la base, caído en el lado Sur sobre su lado interior<sup>304</sup>. Esta posición causó, al igual que en el ejemplo del león Suroriental, que el lado trabajado del sillar, donde se observaba el cuerpo del animal al haberse presentado a éste desde su lado izquierdo, esté muy erosionado; por esta causa los detalles anatómicos casi han desaparecido.

---

<sup>302</sup> La reutilización de sillares del monumento se documenta ya para el propio s. V a.C., a partir de los hallazgos de estos materiales realizados en tumbas de esa cronología (Almagro-Gorbea 1983a: 183).

<sup>303</sup> Esta es la única pieza en que se observa ese detalle, mientras que en las demás la línea del cuerpo del animal surge directamente del sillar. *Vide infra*.

<sup>304</sup> El lado derecho.



FIGURA 10.36: El león de la esquina suroccidental

Lo único fácilmente visible es la forma general del cuerpo, en donde se han perdido todos los resaltes anatómicos, y donde sólo se destacan las extremidades, pudiéndose adivinar la presencia de la cola similar a los demás ejemplares. Las medidas de la pieza son: Longitud: 109 cms.; altura: 70 cms.; grosor: 29 cms<sup>305</sup>.

De la cabeza únicamente se conserva el arranque de ésta en su lado derecho o interior. El final de la oreja derecha, el inicio de la boca y la lengua, y la parte derecha e inferior de la melena son los pocos detalles conservados. De todas formas, esos detalles ayudarán a realizar una pequeña reconstrucción de la pieza.

---

<sup>305</sup> Chapa Brunet 1985: 72.



FIGURA 10.37: Vista desde el lado interior

El final de la oreja parece ser perfectamente paralelizable con las orejas de los demás ejemplares; el inicio de la boca y los restos de melena son similares a los del león Suroriental, boca de mayor tamaño que en los otros dos leones, y la parte inferior de la melena desaparece de la vista antes de llegar a la parte frontal del rostro.



FIGURA 10.38: Detalle de la parte inferior de la cabeza y la melena

En cuanto a su altura, ésta es mucho más similar al león de la esquina Nororiental que a cualquiera de los demás.

Por otro lado, la parte inferior de la melena puede considerarse que sigue la misma línea que la melena del león Suroriental, sin llegar a tener tanto detalle como la del león Nororiental, y muy diferente de la del león Noroccidental.

La parte posterior del animal surge directamente del sillar, al igual que en el caso del león Noroccidental, y al contrario que el león Suroriental. Éste último presentaba su parte posterior un tanto exenta, al haber profundizado la talla entre la superficie lisa del sillar y el contorno redondeado de los cuartos traseros del animal, frente a lo que se observa en esta figura.



FIGURA 10.39: Detalle del nacimiento posterior de las figuras. Se observa la diferencia de los leones Suroccidental y Noroccidental (a la izquierda) frente al nacimiento de los cuartos traseros del león Suroriental

### *Otros fragmentos de leones*

Junto a las piezas encontradas cerca de las esquinas, también se hallaron restos de otros dos leones de menor tamaño hacia los lados Norte y Este<sup>306</sup>.

Uno de ellos es el señalado con el número 77 en los dibujos de la excavación, hallado hacia el Este a algo más de 1,5 m. de la base del monumento. Sus dimensiones: Longitud: 44 cms.; altura: 41 cms.; grosor: 21 cms<sup>307</sup>.

<sup>306</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 256.

<sup>307</sup> Chapa Brunet 1985: 73.



FIGURA 10.40: Cuartos traseros de una escultura, supuestamente un león

Esta pieza conserva únicamente los cuartos traseros del animal y una pequeña porción del cuerpo, representados por su lado izquierdo. La garra posterior es curva y con una ligera indicación de los dedos. En este caso no hay indicación alguna sobre la presencia de la cola<sup>308</sup>.

Almagro-Gorbea califica este ejemplar como “escultura inacabada de león”<sup>309</sup>, tal vez por su aspecto tosco, que da la impresión de que apenas se ha desbastado la piedra, y por la falta de detalles presentes en las esculturas de los demás leones<sup>310</sup>.

Aunque no han sido relacionadas en sus publicaciones, es interesante considerar que probablemente esta pieza es la misma calificada como “pieza inacabada y

<sup>308</sup> Chapa Brunet 1985: 73.

<sup>309</sup> Almagro-Gorbea 1983a: Taf. 30d.

<sup>310</sup> Por ejemplo, la cola y los resaltes de la garra trasera.



desechada”<sup>311</sup>, y que sirvió al excavador como argumento para defender la labra *in situ* de los sillares del monumento<sup>312</sup>.

Por último, señalar que esta pieza muestra una ausencia de salientes del sillar por detrás de su lomo, casi como si hubiese sido tallada en bulto redondo, tal vez razón ésta por la que fue desecheda apenas desbastada la piedra, unido al posible “error” de no tallar la cola, y su tamaño muy inferior al de las demás piezas<sup>313</sup>.

Pasando al otro resto mencionado, perteneciente a un sillar zoomorfo de esquina, se observan los cuartos traseros del animal, con la garra, en la que se señalan claramente los dedos, la cola enroscada bajo el cuerpo y el arranque de la pata delantera, visto todo ello desde la derecha.

Las medidas en esta ocasión son las siguientes: Longitud: 82 cms.; altura: 68 cms.; grosor: 19 cms<sup>314</sup>.



FIGURA 10.41: Fragmento de sillar de esquina con forma posterior de león

La pieza está bastante erosionada, a causa de que la parte tallada quedó hacia arriba, a la intemperie. Esta pieza fue señalada en los dibujos con la definición 2E3, y fue hallada a algo más de 3 m. de los sillares de la base del monumento, en su lado Norte.

Destaca en su talla un aspecto singular y distinto a las demás esculturas de leones de esquina del monumento, lo cual viene a resaltar una vez más la importante personalidad de cada pieza: mientras que los demás ejemplares muestran una cierta distancia ( $\pm 15$  cms.) de separación entre la garra trasera y la pata anterior, causado por el descenso paulatino y suave del cuerpo del león, en este caso esa distancia aludida es mucho menor ( $\pm 5$  cms.), quedando muy próxima la garra posterior a la pata delantera.

Ésto es así porque el cuerpo del león desciende más bruscamente desde la posición de la cola hacia la pata anterior, for-

<sup>311</sup> Almagro-Gorbea 1982a: 240.

<sup>312</sup> *id.* 1982a: 240; *id.* 1983a: 184

<sup>313</sup> Esta pieza será posteriormente puesta en relación con otro sillar que muestra otra figura zoomorfa inacabada, cuya existencia nunca, hasta hoy, había sido mencionada.

<sup>314</sup> Chapa Brunet 1985: 73.

mando casi un semicírculo, en lugar de la forma más suave de los demás ejemplares. Este hecho le da un aspecto menos estilizado que las demás piezas. Sus medidas generales deben ponerse en relación con el sillar zoomorfo hallado en la esquina Nororiental del edificio.

Entre otros fragmentos de mucho menor tamaño y que deben relacionarse con figuras de leones similares a las ya tratadas, contamos con otros tres ejemplos.

El primero de ellos es un fragmento de cabeza, que únicamente conserva el final de la frente y las orejas. Las medidas: Longitud: 32 cms.; altura: 19 cms.; grosor: 10 cms<sup>315</sup>.



FIGURA 10.42: Fragmento de cabeza de león

La unión de la frente con el tabique nasal, no conservado, presenta una decoración a base de “arrugas” en ángulo, o como Chapa Brunet describe: “arrugas en espi-ga”<sup>316</sup>.

<sup>315</sup> Chapa Brunet 1985: 73.

<sup>316</sup> Chapa Brunet 1985: 73.

En este fragmento también se aprecian unos orificios en el arranque de las orejas, similares a los que se pueden observar en los leones de las esquinas Nororiental y Suroriental. Podría considerarse que, dado que sólo en esos leones del lado oriental y en un sillar con escena tallada en bajorrelieve<sup>317</sup> se encuentran esos orificios, este fragmento también podría ponerse en relación con algún ejemplo de león no conservado de ese lado Este; tal vez uno de los leones de esquina del lado oriental en el cuerpo superior del edificio<sup>318</sup>. Sin embargo, el lugar del hallazgo de esta pieza, en el lado opuesto<sup>319</sup>, el lado Oeste, parece dar al traste con esa hipótesis de que los orificios en los sillares zoomorfos y en algún otro sillar son automáticamente adscribibles al lado Este del monumento, aunque, como se verá un poco más adelante, la descontextualización de este fragmento, reutilizado, no invalida totalmente esa hipótesis.

En la excavación, este pequeño resto de león fue designado 4F3, y se encontró aproximadamente a 1,6 m. de los sillares de la base del monumento en su lado Oeste. No parece tampoco posible que formase parte del león hallado junto a esa esquina Suroccidental, pues los restos de la oreja derecha no parecen corresponderse unos con otros.

Es muy importante resaltar que este fragmento se halló sobre otro<sup>320</sup> que cubría parcialmente una tumba de cremación<sup>321</sup>,

<sup>317</sup> Emplazado en el lado Oriental del monumento, a la altura de la octava hilada (*vide infra*).

<sup>318</sup> *Vide supra*.

<sup>319</sup> Almagro-Gorbea 1983a: Figs. 7 y 8.

<sup>320</sup> Señalado como 4F1.

<sup>321</sup> La señalada en los dibujos como 4F inc.5.



por lo que es evidente que esa no habría sido su posición original de caída, sino que habría sido colocado allí algún tiempo después, como cubrición de esa tumba, y con su consiguiente descontextualización<sup>322</sup>.

Es fácilmente observable cómo muchos fragmentos de pequeños tamaños se emplearon en la necrópolis ibérica posterior para cubrir sepulturas como parte del relleno<sup>323</sup>.

Otro fragmento identificable como parte del rostro de una figura de león ya fue publicado por el Dr. Daudén Sala en el primer artículo relativo al descubrimiento del yacimiento de “Pozo Moro”. En él lo calificaba como “fragmento de una cabeza de bicha”<sup>324</sup>, y, posteriormente, fue reconocido como una “cabeza de león”<sup>325</sup>. Las dimensiones varían ligeramente según quién las publique; así, el Dr. Daudén dio como medidas 20 x 19 x 12 cms.<sup>326</sup>, mientras que Chapa Brunet le atribuye al fragmento una longitud de 19 cms., una altura de 18 cms. y un grosor de 11,5 cms., ligeramente inferiores, por tanto<sup>327</sup>.

---

<sup>322</sup> En relación con la reutilización de sillares y fragmentos de éstos en época posterior al derrumbe del edificio (*vide supra*).

<sup>323</sup> Ver: 4F inc.6, 4D inc.5, 5D inc.6. (Almagro-Gorbea 1983a: Figs. 7 y 8)

<sup>324</sup> Daudén Sala 1971: 9.

<sup>325</sup> *id.* 1978: 34-35.

<sup>326</sup> Daudén Sala 1978: 34.

<sup>327</sup> Chapa Brunet 1985: 73.



FIGURA 10.43: Fragmento frontal de una cabeza de león

Lo que se puede observar es únicamente el tabique nasal en su unión con la frente, la nariz y los ojos amigdaloides del animal. Las diferencias en esos detalles con las demás figuras de leones son fácilmente reconocibles. Los ojos muestran una ausencia total de reborde, algo que sí está destacado en las demás figuras; la nariz es mucho más recta en este caso que en los demás, y la decoración a base de arrugas del tabique nasal también se diferencia de los demás ejemplares.

Por último conviene mencionar un fragmento de pequeño tamaño que fue identificado por Chapa Brunet como una garra de león. Según esta investigadora, “en altorrelieve sobre un bloque se conserva un fragmento de garra en el que se observan tres dedos finos y curvos, de falanges diferenciadas por vértices. Longitud: 11 cms.;

altura: 10,5 cms.; grosor: 11 cms.”<sup>328</sup>. Actualmente, esta pieza se encuentra en los fondos del M.A.N.

### *Análisis de los leones*

Una vez que ya se ha realizado la descripción de las piezas, es necesario realizar un análisis. A lo largo de lo ya expuesto se puede deducir que cada escultura poseía una personalidad propia, pese a imitar todas ellas un mismo estilo y unas mismas características. Los numerosos fragmentos encontrados demuestran que el número total de leones presentes en el monumento era de, al menos, cinco, a juzgar por los cuerpos conservados. Hasta el momento de realizar un estudio más riguroso sobre la posible adscripción de los demás fragmentos de garras, rostros y cabezas de león, la posición más prudente es admitir que además de los cuatro leones que ocuparían las esquinas inferiores del monumento, alguna otra escultura de león con función de sillar de esquina fue emplazado en otra parte del edificio, probablemente como defiende su excavador, en un cuerpo superior<sup>329</sup>.

Siguiendo su opinión, se puede resumir que en “Pozo Moro” se encontraron cinco leones con la mitad del cuerpo en forma de sillar, más otro inacabado y se tienen noticias de otros dos fragmentos aparecidos en el yacimiento hacia 1958 y en paradero desconocido<sup>330</sup>. Estas cifras no incluyen los

pequeños fragmentos anteriormente analizados, al estar basadas en aquellas piezas fácilmente identificables como sillares de esquina.

Chapa Brunet situó estilística y cronológicamente estas esculturas dentro de un “Grupo Antiguo”, de claras raíces e influencias puramente orientales, sin ningún tipo de matizaciones o influjo griego. Este “Grupo Antiguo” cuenta con una cronología de finales del s. VI a.C. e inicios del s. V a.C.<sup>331</sup>

Almagro-Gorbea consideró en un primer momento que estas esculturas de leones eran tan puramente hititas, libres de influjos asirios y arameos, que deberían ser encuadradas dentro del estilo neohitita más antiguo, de una cronología que no podría ser llevada más tarde del s. VIII a.C., lo cual creaba importantes problemas cronológicos en torno a la fecha de construcción del conjunto funerario monumental<sup>332</sup>.

Posteriormente, ha optado por atribuirles unos rasgos sirio-fenicios e incluso fenicio-occidentales, lo que debería ser puesto en relación con la existencia en las colonias fenicio-occidentales de modelos intermedios entre el estilo puramente sirio-hitita y aquel que se observa en estas piezas, con lo cual se podría aproximar la cronología del estilo presente en el edificio turriforme y la del ajuar amortizado bajo él<sup>333</sup>.

La interpretación de estas figuras puede considerarse clara, ya que cuentan con numerosos paralelos. Chapa Brunet señaló

<sup>328</sup> Chapa Brunet 1985: 73.

<sup>329</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 206.

<sup>330</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 206 y 232.

<sup>331</sup> Chapa Brunet 1986a: 142 y ss.

<sup>332</sup> Almagro-Gorbea 1975: s.p.; *id.* 1976a: 685.

<sup>333</sup> Almagro-Gorbea 1996: 64.

cómo estas figuras transmitían un mensaje que comunicaba a los vivos con el difunto y el mundo del más allá. Poseían un sentido prioritario de defensa de la tumba, destacaban por su función apotropaica e incluso también como símbolo del valor y estirpe del difunto o como idea de un continuo renacimiento y de la previa muerte<sup>334</sup>.

De todos esos símbolos podría considerarse que el Mundo ibérico empleó prioritariamente el más genérico, de origen oriental: el animal salvaje como guardián de la tumba<sup>335</sup>.

Otras muchas posiciones interpretativas han sido recogidas por García Cardiel y remitimos a su trabajo por no extendernos en demasía<sup>336</sup>.

Si que conviene, sin embargo hacer mención a la propia posición de este investigador. Así, él considera que los lados principales del edificio serían el meridional y el septentrional basándose en la disposición del cuerpo de las figuras zoomorfas.

En su opinión, la intencionalidad de esa disposición debe abordarse desde la idea de que se empleó intencionadamente un esquema simbólico, basado en el *Aker* egipcio, relacionado con la epifanía divina, renacimiento/resurrección y con connotaciones solares y astrales<sup>337</sup>.

Lo cierto es que nos parece una hipótesis poco convincente y un tanto “forzada”,

<sup>334</sup> Chapa Brunet 1985: 149; *ead.* 1988: 110.

<sup>335</sup> Chapa Brunet 1985: 149.

<sup>336</sup> 2009.

<sup>337</sup> 2009.

interpretando de esa manera algunas de las escenas del panel relivario presente en el cuerpo inferior del edificio de una manera totalmente errónea, en nuestra opinión. Sobre ello volveremos más tarde.

Volviendo a las piezas zoomorfas en sí, una de las cosas que más llama la atención al comparar todas estas piezas es la importante diferencia de altura y tamaño entre las piezas.

Así, destaca el hecho de que tres de esas esculturas<sup>338</sup>, emplazadas en las esquinas inferiores, sean muy similares en tamaño, frente a un único caso<sup>339</sup>, cuya menor altura se aproxima más a la de otro fragmento no incluido en la reconstrucción..

Los leones de las esquinas Noroccidental, Suroriental y Suroccidental son muy similares en cuanto a su longitud, ya que todos ellos rondarían los 120-128 cms.<sup>340</sup> Frente a ellos, el león Nororiental mide 106 cms. de longitud.

Por otro lado, el fragmento trasero de escultura de león encontrado a unos tres metros del monumento hacia su lado Norte, y no incluido en la reconstrucción, coincidiría en altura<sup>341</sup> mejor con la figura de la esquina Nororiental que con los demás

<sup>338</sup> Me refiero a los leones Noroccidental, Suroriental y Suroccidental.

<sup>339</sup> El león Nororiental

<sup>340</sup> Aumentando prudentemente la longitud del león Suroccidental, al que le falta buena parte de la cabeza, en unos 20 cms., que sería la longitud aproximada que ésta le añadiría, tomando como referencia la cabeza del león Suroriental por ser el caso más parecido en la disposición de la boca.

<sup>341</sup> 67-68 cms. ya en el inicio de la cabeza.

ejemplos, mientras que en longitud<sup>342</sup> presenta mayores similitudes con las piezas Noroccidental, Suroriental y Suroccidental. Otro aspecto metrológico interesante es el hecho de que midiendo la altura en vertical de cada una de las esculturas de león desde la parte inferior de su garra trasera hasta el final superior del lomo, las similitudes y diferencias nos ofrecen un nuevo dato de gran interés: mientras en los leones de mayor tamaño esa altura ronda los 63 cms., en la escultura del león de la esquina Nororiental y en este fragmento descontextualizado esa altura es únicamente de 54-55 cms.

A partir de esta certeza se debe destacar que la altura total de los leones Noroccidental, Suroriental y Suroccidental en función del sillar de esquina sobre el que se tallan es mucho mayor que la altura, en función del sillar de esquina al que pertenecen, del león Nororiental y el fragmento de sillar zoomorfo de esquina descontextualizado.

Dada la personalidad propia de cada escultura, tal y como se ha podido observar, ciertas diferencias pueden ser atribuidas a la mano de cada escultor, al tamaño del sillar a trabajar extraído de la cantera y otros condicionantes pero, aún teniendo esos elementos en cuenta, las acusadas similitudes entre unas piezas y otras, que a su vez las diferencian de las demás, pueden ayudar a avanzar una hipótesis nunca formulada hasta el momento, debiendo aclarar previamente que la información arqueológica

será fundamental para apoyar o rechazar esta formulación.

En un tipo de construcción como este monumento turriforme, en el que se cuidan medidas metrológicas<sup>343</sup> e incluso pseudoisodomía en sus sillares, señalando claramente el emplazamiento de éstos<sup>344</sup>, no parece demasiado arriesgado defender esa misma tónica para otros elementos del edificio, tales como las esculturas de leones, ya que ellas mismos actuaban como sillares de esquina.

Al igual que la misma altura de los sillares señalaría automáticamente la hilada a la que pertenecen, la longitud y altura de los sillares zoomorfos, así como la longitud y altura de las esculturas de los leones nos informaría también de cuál era su emplazamiento originario.

Para todos los casos de las esculturas de los leones, si se toma la altura de los sillares de esquina de los que surgen estas figuras, se observa que la altura de la hilada en la que se incluían era de aproximadamente 68 cms.<sup>345</sup> A partir de esta coincidencia general, se podría diferenciar entre las esculturas de mayor tamaño y aquellas un poco más pequeñas. Las de mayor tamaño prác-

<sup>343</sup> *Vide infra.*

<sup>344</sup> Incluso con marcas de trazado sobre el lecho de las hiladas inferiores, lo cual señala el detallado cálculo de cada una de las hiladas del edificio, con medición de cada uno de los sillares que formaba parte de ellas (*vide supra*).

<sup>345</sup> Bien perteneciesen al cuerpo inferior del monumento o bien al superior, puesto que esa altura es la que presentan los cuatro sillares zoomorfos de las esquinas inferiores del monumento y el fragmento de sillar zoomorfo que habría que identificar como perteneciente a las esquinas del segundo cuerpo, al estar las esquinas inferiores ya ocupadas.

<sup>342</sup> 82 cms. más otros 34-38 cms. que deberían añadirse por la longitud total de la cabeza, a juzgar por el tamaño de las cabezas de las demás esculturas, y que podría tomarse como paralelo

ticamente ocultaban el sillar sobre el que se tallan, con altura similar en su alzado vertical, mientras que otras piezas de menor tamaño muestran mucho más porción de sillar sobre su lomo.

Las más grandes, es indudable, pertenecerían a las esquinas inferiores del monumento, mientras que las que presentan menor longitud y altura de figura, quizás, habrían estado emplazadas en las esquinas de un segundo cuerpo superior del monumento. ¿Es posible apoyar esta afirmación?. Nosotros creemos firmemente que sí.

Las tres piezas de mayor tamaño fueron halladas cerca de las esquinas del monumento, junto a otra que claramente no coincide con ellas. Sin embargo, esa escultura sí coincide con otra distinta que no habría estado colocada en las esquinas inferiores del monumento, pero que, no obstante, sí actuaba como sillar de esquina, probablemente en un cuerpo superior de la construcción. A partir de este hecho, es tentador considerar que las esculturas zoomorfas del cuerpo inferior del monumento mostraban un mayor alzado, casi ocultando el sillar del que surgen, frente a las esculturas zoomorfas de las esquinas del cuerpo superior del monumento, que presentarían un menor alzado. De este modo, pese a que la altura de ambas hiladas de sillares zoomorfos de esquina era de 68 cms., la diferencia venía señalada por el alzado de las esculturas talladas en cada una de esas hiladas.

El hecho de que en la excavación se documentase el hallazgo de una pieza, tal vez, perteneciente a un cuerpo superior del edificio colocada en una de las esquinas de la

base podría ponerse en relación con una reutilización en pleno s. IV a.C. del espacio interior del monumento<sup>346</sup>, reutilización que habría reaprovechado las piezas zoomorfas mejor conservadas para situarlas nuevamente “protegiendo” el enterramiento intrusivo, sirviéndose de nuevo de su simbología apotropaica.

Por supuesto, esta hipótesis no es más que un planteamiento en función de los detalles escultóricos de los sillares zoomorfos, a la espera de un estudio más profundo de la documentación arqueológica, que permita confirmar la posibilidad de que uno de esos sillares zoomorfos de esquina hubiese sido reutilizado en un emplazamiento que no era el que le correspondía.

Dadas las diferencias y similitudes, siempre teniendo en cuenta el lugar de hallazgo, podrían servir como argumento para lanzar esta hipótesis, ciertamente arriesgada.

La hipótesis mencionada tiene en cuenta el hecho de la reutilización y traslado de fragmentos de sillares y esculturas en momentos posteriores a la destrucción del monumento, tal y como parece poder demostrarse por el hallazgo de la pieza nº 59 en el lugar opuesto al que debería ocupar<sup>347</sup>, por la recuperación del fragmento 5D-8 desplazada varios metros para reutilizarla como cierre de una tumba de cremación en hoyo<sup>348</sup>, así como de otros fragmen-

<sup>346</sup> Tumba 4E inc.2.

<sup>347</sup> Garra de león (*vide supra*).

<sup>348</sup> Almagro-Gorbea 1983a: Fig. 7 y 8. En este caso se trataba de la mandíbula superior de una de las esculturas de leones, la de la esquina Suroriental.

tos escultóricos y de relieves<sup>349</sup>. Un estudio más exhaustivo de las tumbas de la necrópolis ibérica posterior permitirá situar los fragmentos del monumento hallados en cada una de ellas, y el desplazamiento espacial que experimentaron hasta formar parte de esas sepulturas, con lo cual se podrá tener en cuenta si los restos del monumento fueron transportados a zonas que no les corresponderían por su posición de caída; es decir, si en el lado Norte no han aparecido sepulturas posteriores, pero sin embargo, apenas hay restos del monumento, ésto significa que esos restos fueron desplazados a zonas que no les correspondían, al Sur y al Este del monumento, dando lugar a posiciones arqueológicas contrarias a las de su caída. Por esta razón, dada la masiva reutilización de piezas, será necesario tener mucho cuidado a la hora de considerar que por el hecho de haber hallado en un lugar un resto<sup>350</sup>, ese es, automáticamente, el lugar en el que cayó cuando el derrumbe del edificio turriforme.

### Los bajorrelieves del monumento:

Comenzamos a tratar en este apartado el aspecto más conocido en la investigación sobre la construcción turriforme. Nos referimos al “friso corrido de bajorrelieves que verosímilmente decoraba las cuatro caras del edificio”, y que ocupaba la hilada 6 del monumento, de  $\pm 61$  cms. de altura<sup>351</sup>.

<sup>349</sup> Vide infra.

<sup>350</sup> Tales como el fragmento nº 59 o el 5D-8.

<sup>351</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 194.

Como veremos a continuación, las teorías sobre reconstrucción de los episodios relivarios, su interpretación, su influencia o no en momentos posteriores de la Cultura Ibérica,... son innumerables. Trataremos, una vez más, de no reflejar sólo las opiniones ya conocidas, sino de aportar, por medio de nuestras investigaciones y conclusiones, nuestras propias impresiones, sugerencias e hipótesis, apoyándonos siempre en pruebas y argumentos que posibiliten un análisis científico riguroso.

Las interpretaciones personales que aquí se abordarán buscan únicamente ofrecer nuevas lecturas y soluciones, siempre desde un profundo respeto hacia las opiniones de los investigadores que han tratado este tema con anterioridad.

En aquellos casos en los que alguna propuesta de lectura no nos resulta totalmente convincente hemos tratado de ilustrar las razones por las que se rechazan los argumentos expuestos por los demás investigadores, pero sin olvidar que todas esas aproximaciones son las que han posibilitado unas, cada día, más enriquecedoras propuestas de interpretación.

### *Propuestas de reconstrucción e identificación de las escenas*

En este apartado se recogerán, lo más exhaustivamente posible, las distintas propuestas realizadas por los investigadores desde el descubrimiento del edificio; en ocasiones se incluirán matizaciones propias con el fin de “ir dándole cuerpo” a las conclusiones que surgen del análisis de todas esas opiniones, y que serán recogidas en un apartado posterior.



## La escena del lado Oeste

En la esquina Noroeste del monumento se halló un fragmento de sillar de considerable tamaño con la representación de una figura sedente de aspecto antropomorfo, a juzgar por lo que se conservaba de su cuerpo<sup>352</sup>.

La figura está sentada sobre un *diphros* o silla plegable, asentando uno de sus pies sobre lo que parece el tallo de una inmensa flor de loto estilizada. Con su mano derecha agarra otra pequeña flor de loto y, por detrás de su brazo, se aprecia un ala triple sobre la que se encuentra posada un ave de larga cola. En la parte inferior izquierda se observa una moldura serpentiforme<sup>353</sup>.



FIGURA 10.44: Escena occidental del friso de bajorrelieves

<sup>352</sup> Longitud: 78 cm.; altura: 60 cm.; grosor: 35 cm. (según Chapa Brunet 1985 74).

<sup>353</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 261; *id.*, 1983a: 202-203.

Lo fragmentario de la imagen ha supuesto un obstáculo a la hora de reconocer la posición exacta de la figura y qué función desempeña dentro de las representaciones del friso corrido.

Esa misma fragmentación ocasiona y permite el que cada investigador interprete a su manera ciertos elementos, como es el caso del ave, en cuya pata Teresa Chapa cree apreciar un espolón, opinión que no ha sido recogida por ningún otro investigador hasta muy recientemente<sup>354</sup>.

Al ser hallado este fragmento en la esquina Noroeste del monumento, Almagro-Gorbea lo consideró adscribible al lado Norte, posiblemente complementario de los fragmentos localizados allí<sup>355</sup>; en el primer montaje en el M.A.N. se optó por situarlo en el lado Oeste, pues la colocación de ambos fragmentos en un mismo lado del friso, su lado Norte, implicaba una mayor complicación<sup>356</sup>.

Pese a la medida tomada con motivo de la reconstrucción del edificio, Almagro-Gorbea, en una publicación del año 1988, presenta una reconstrucción del friso del lado Norte del monumento en el que engloba ambos fragmentos<sup>357</sup>, lo que viene a demostrar lo difícil de afirmar la adscripción hipotética del sillar con la figura sedente a un lado u otro, y en la cual se aprecia que el excavador no quedó totalmente convencido

<sup>354</sup> Chapa Brunet, 1985: 74; López Pardo 2006.

<sup>355</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 261.

<sup>356</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 202, n. 132.

<sup>357</sup> Desechando, de esta manera, la colocación del fragmento que aquí se analiza en el lado Oeste del edificio.

del emplazamiento que se le dio en la reconstrucción<sup>358</sup>.



FIGURA 10.45: Reconstrucción de la metopa Norte del friso. Según Almagro-Gorbea (1988)

En el análisis que se aborda a continuación se propondrán argumentos a favor y en contra de la posible colocación en un lado u otro.

Contando con los elementos apreciables tallados en el sillar, Almagro-Gorbea identificó esta figura sedente con una divinidad, dada la presencia de las alas y al estar sosteniendo una flor de loto. A modo de hipótesis creyó reconocer en la representación al dios benéfico *El* ante el Árbol de la Vida, aunque sin negar la posibilidad de que se trate de alguna otra divinidad<sup>359</sup>.

Antonio Blanco Freijeiro abordó una reconstrucción de este fragmento poniéndolo en relación con otros pequeños trozos de sillar hallados junto al edificio. Blanco unió a la figura varios fragmentos de pequeño tamaño encontrados en el lado Este del edificio<sup>360</sup>, que representaban un rostro

frontal de peinado hathórico y varios elementos vegetales.



FIGURA 10.46: Fragmento de cabeza y elementos vegetales

De este modo, dotaba de rostro a esa representación antropomorfa incompleta. El elemento vegetal parecía poder ser identificado con la parte superior de una flor de loto, prácticamente simétrica a la que sostiene en su mano esa figura sedente. Blanco Freijeiro, unidos estos elementos, consideró más viable identificar la figura sedente con una divinidad femenina que estaría representada frontalmente ante el espectador<sup>361</sup>. Por tanto, no habría más que realizar una reconstrucción simétrica a partir del eje del cuerpo de la figura y se obtendría como resultado la figura completa.

<sup>358</sup> Almagro-Gorbea 1988a: 63.

<sup>359</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 265-266; *id.* 1983a: 203; *id.* 1988a: 63; *id.* 1993-1994: 114.

<sup>360</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 200, n. 124.

<sup>361</sup> Blanco Freijeiro 1981.



FIGURA 10.47: Reconstrucción de la escena del lado Oeste del friso. Según Blanco Freijeiro

Recientemente, y dentro del gran trabajo relacionado con la escultura ibérica que se está llevando a cabo en la Universidad Autónoma de Madrid, se realizó una reconstrucción por ordenador del friso del lado Oeste del monumento siguiendo la argumentación de Blanco Freijeiro. El resultado ha sido muy satisfactorio, ocupando la figura prácticamente todo el espacio disponible en ese lado del friso<sup>362</sup>.



FIGURA 10.48: Reconstrucción informática del lado Oeste del friso siguiendo la propuesta de Blanco Freijeiro. Proyecto de Escultura Ibérica de la U.A.M.

Otros investigadores han respaldado una reconstrucción similar<sup>363</sup>, tal vez com-

<sup>362</sup> Blázquez Pérez 1999c: 268-269.

<sup>363</sup> Madrigal Belinchón 1999: 6; Fernández Rodríguez 1996: 306-307; Prieto Vilas 2000; López Pardo 2006.

pletándose con la presencia de cabezas de leones flanqueando la escena vomitando lenguas de fuego hacia izquierda y derecha<sup>364</sup>.

De este modo quedaban abiertas numerosas nuevas interpretaciones; entre ellas las de identificación de esa divinidad. Para algunos investigadores, nos encontraríamos ante una “diosa de la fecundidad, de la naturaleza y, por derivación, de la muerte”<sup>365</sup>, otros creen reconocer a una diosa de la fecundidad, “una *pótnia* [...] en su inmensa espontaneidad germinativa”<sup>366</sup>, cuya desnudez ha de ponerse en relación con un espacio y tiempo anterior a la modestia o pudor social de la mujer, privilegio únicamente de la diosa primigenia de la fecundidad. Grandes tallos de loto brotan de sus pies y sus manos, representando el brotar sagrado de la vida, propiciada por la divinidad, y expresando de este modo la imagen de la muerte mediante su opuesto<sup>367</sup>. Esta diosa se nos presenta en un espacio exterior, un jardín mágico que puede surgir repentinamente, y para el que sería más adecuada la movable silla plegadiza antes que un trono solemne<sup>368</sup>.

Para Antonio Madrigal, al tratarse de la representación de una figura divina, de una diosa, las aves y el perfume de las flores que sostiene y la rodean le pertenecen, y es símbolo de la fecundidad. Además como

<sup>364</sup> Olmos Romera 1996a: 113.

<sup>365</sup> Abad Casal y Bendala Galán 1989: 70.

<sup>366</sup> Olmos Romera 1996a: 112-113.

<sup>367</sup> Olmos 1999: IV-91, IV-91.2.3.

<sup>368</sup> Olmos Romera 1996a: 112; 1998: 132 y ss..

divinidad engendradora sostiene esas flores de loto abiertas<sup>369</sup>.



FIGURA 10.49: Detalle del brazo derecho de la figura sosteniendo el tallo de la flor de loto. A la izquierda, otra gran flor de loto

La opinión de Bendala Galán también es interesante, al identificar al personaje con “una diosa celestial especialmente relacionada con la fecundidad y la vida, la más capaz por ello de garantizarla en el mundo de la muerte”, y cuya posición sentada con las piernas abiertas pudo ser una referencia a la maternidad y al parto<sup>370</sup>.

Tampoco faltan denominaciones que relacionan esa figura con la diosa *Astarté*<sup>371</sup>, y también Fernández Rodríguez y José María Blázquez ven en esa escena la representación de esta diosa fenicia o su adaptación cartaginesa -en forma de Tanit-<sup>372</sup>. Con an-

terioridad a la reconstrucción propuesta por Blanco Freijeiro, Blázquez Martínez abogaba por identificar a la figura sedente como un serafín junto al árbol de la vida, tomando como referencia ciertos textos bíblicos<sup>373</sup>.

Blázquez Pérez, a la hora de interpretar lo conservado, aporta una interesante hipótesis: la lectura de la escena debe hacerse desde una doble vertiente; por un lado, la presencia de los tallos vegetales, flores de loto y un pájaro parece encuadrarla en un ambiente naturalista, vegetal; por otro lado, y, en su opinión, sin ser contradictorio con ésto, los tallos vegetales rematados con una flor de loto abierta a modo de capitel, nos introduciría también en un ambiente arquitectónico (columna=tallo, capitel=flor). Ambos ambientes enmarcarían simbólicamente, a modo de entrada, un templo de origen oriental<sup>374</sup>.

Frente a todas estas opiniones destacan posiciones más prudentes, como la del investigador Michael Blech, para quien “el nombre y dedicación de estas diosas ibéricas está más allá de nuestros conocimientos, siempre que no nos conformemos con ideas tan generales como fecundidad o representaciones astrales”<sup>375</sup>. Esta idea puede ponerse en relación con la mantenida también por Herman Parzinger, quien considera que no hay ninguna prueba que permita identificar a las figuras de los relieves del

<sup>369</sup> Madrigal Belinchón 1999: 6

<sup>370</sup> Bendala Galán, 2000: 220-221.

<sup>371</sup> Blázquez Pérez 1999c: 268.

<sup>372</sup> Fernández Rodríguez 1996: 306; Blázquez y Castillo 1991: 147; Blázquez 1993: 132.

<sup>373</sup> Blázquez 1979: 164.

<sup>374</sup> Blázquez Pérez 1999c: 268.

<sup>375</sup> Blech 1997: 200.



monumento turriforme de “Pozo Moro” con divinidades<sup>376</sup>.

Más recientemente, López Pardo abunda en la idea de que la figura es una representación de “una *Astarté*” con una “halo de exuberante fertilidad” que “parece aludir preferentemente a fecundidad humana/divina”. Es una divinidad garante de una “Nueva Vida”<sup>377</sup>.

En relación con el pájaro que se observa posada sobre el ala de esa figura, tal y como ya avanzamos, Chapa Brunet creyó observar la presencia de un espolón en la pata del ave<sup>378</sup>.

López Pardo, a partir de esa identificación realizó una propuesta interpretativa muy interesante. Así, este investigador identificó ese ave con un gallo a partir de ese supuesto espolón y la envergadura y curvatura del plumaje de su cola<sup>379</sup>.

Ese gallo sería la representación del alma del difunto, dispuesto a volar con la Diosa hacia el “Más Allá”<sup>380</sup>.

Una interpretación que nos parece de todo punto desafortunada ha sido propuesta por Matesanz<sup>381</sup>. Este investigador identifica esa figura con la divinidad *Bona Dea* en su templo del Aventino, a donde llegaría Hércules durante su retorno a Grecia tras

robar el rebaño de Gerión. Lo cierto es que toda la secuencia, reconstrucción e identificación de las escenas nos parece absolutamente descabellada y carente de toda verosimilitud, empezando por el propio sentido secuencial del relato iconográfico, que él propone siguiendo los lados Este, Norte, Oeste y Sur<sup>382</sup>.

Vistas algunas de las propuestas de identificación volvemos a la propuesta reconstructiva de ese panel relivario.

Como se ha podido observar, la reconstrucción propuesta por Blanco Freijeiro ha sido la más aceptada por la investigación posterior, a excepción hecha en un primer momento de Almagro-Gorbea, que consideraba inviable la relación entre los fragmentos unidos por Blanco. Los argumentos del excavador se basan en las evidencias arqueológicas de esos hallazgos, en que el sillar donde se representa el rostro frontal cuenta con un gran saliente interno que imposibilita que formase parte del sillar de la figura alada, y en que las flores de loto que sostiene la divinidad no serían todo lo simétricas que cabría desear si se relacionasen todos los fragmentos<sup>383</sup>.

Por ésto mismo, las opiniones de Almagro-Gorbea sobre la interpretación de esos pequeños fragmentos donde se representa el rostro frontal y la flor de loto serán recogidas más adelante, al tratar el friso del lado oriental, pues es en éste donde él los sitúa, y

<sup>376</sup> Parzinger 1991 : 29.

<sup>377</sup> 2006: 113 y ss.

<sup>378</sup> Chapa Brunet 1985: 74.

<sup>379</sup> 2006: 127.

<sup>380</sup> *Id.* 2006: 130.

<sup>381</sup> 2013 y 2015.

<sup>382</sup> Como veremos más adelante, nosotros ya propusimos hace tiempo una secuencia narrativa que no tiene nada que ver con la que él defiende (Prieto Vilas 2000b). Aparte de que creemos que la base interpretativa en la que se ha basado es indefendible (*vide infra*).

<sup>383</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 200, n. 124.

en función de ello, hace su interpretación. Actualmente, este mismo investigador opta por no ser tajante en esas críticas y realizar un nuevo estudio sobre los sillares, para confirmar o no la posibilidad de reunir los fragmentos de uno y otro lado<sup>384</sup>.

También Ricardo Olmos considera interesante la reunión de los relieves del rostro frontal y la divinidad sedente, aunque siendo prudente y respetando las argumentaciones del excavador: “fuera o no estrictamente así esta correspondencia [...] hubo de ser un rostro muy similar, frontal y con peinado hatórico, el que originariamente culminara nuestra figura de diosa”<sup>385</sup>.

Dado el hecho de que el rostro frontal y los elementos vegetales a él asociados no parecen encajar en la escena del friso del lado oriental<sup>386</sup>, lado en el que fueron encontrados, y sí podrían ponerse en relación con la figura femenina sentada sobre el *diphros*<sup>387</sup>, no parece tan arriesgada la propuesta de Blanco Freijeiro.

Por ello, y respetando siempre la opinión contraria del excavador, parece acertado seguir la opinión del Profesor Blanco, aunque no en su totalidad<sup>388</sup>.

Así, cuando por primera vez leímos los argumentos de Blanco Freijeiro en favor de la conexión entre la figura sedente del friso Oeste y los fragmentos de peinado hathóri-

co y flores de loto del friso oriental, éstos nos parecieron de lo más acertado, siempre teniendo en cuenta los argumentos contrarios del excavador. Pese a este hecho, siempre había un elemento que no terminaba de encajar, y éste era la representación totalmente frontal y simétrica del cuerpo de la divinidad, con sus piernas abiertas. No resultaba fácil encontrar paralelos suficientes en los que apoyar esa escena en la que una divinidad se presentase sentada con las piernas abiertas mostrando su absoluta desnudez; lo más cercano, dentro de la propia Península Ibérica eran los conocidos relieves de *despothes hippon* de Villaricos (Almería), del “Llano de la Consolación” (Montealegre del Castillo, Albacete), el bocado de caballo de Cancho Roano (Zalamea de La Serena, Badajoz), etc..., pero en todos ellos lo representado era una figura con una única cabeza janiforme, y con sus piernas vistas de perfil surgiendo de un único cuerpo: las dos figuras humanas están representadas de perfil a partir de un cuerpo común, según nuestro parecer no se representa en ningún momento a ninguna figura con las piernas abiertas.

Por ello, parecía más acertada una representación de tipo próximo-oriental en la que la figura se mostrase frontalmente en su parte superior, pero sus piernas se hubiesen representado de perfil. Por otro lado, un detalle destacable en el personaje de “Pozo Moro” es el hecho de que se observa claramente que la única mano conservada es la mano diestra<sup>389</sup>, por tanto es

<sup>384</sup> *Com.pers.*

<sup>385</sup> Olmos Romera 1996a: 112.

<sup>386</sup> *Vide infra.*

<sup>387</sup> Por sus medidas y paralelos iconográficos (*vide infra*).

<sup>388</sup> *Vide infra.*

<sup>389</sup> Como se demuestra por la posición de los dedos que sujetan el tallo de la flor de loto.



el brazo derecho el que se conserva, y, por tanto, en algún lugar hubo de estar representada la mano izquierda, por lo que a este respecto, la posición más acertada, a juzgar por la escena, es la que defiende una colocación de la mano izquierda a ese mismo lado del cuerpo, simétricamente a la que se observa en este fragmento del lado Oeste.

Éste es uno de los detalles que no cuadra en la reconstrucción realizada por Almagro-Gorbea al unir este fragmento con los hallados en el lado Norte: él colocaba a la divinidad de perfil, con su brazo más cercano al espectador sosteniendo la flor de loto, pero la mano que obligatoriamente debe representar es la opuesta a ese mismo brazo<sup>390</sup>.

Así pues, la búsqueda se centraba en un elemento figurativo donde el personaje se hubiese representado simétricamente en su parte superior, y su parte inferior, sin embargo, se observase de perfil.

Pese a la afirmación de Parzinger de que no es posible ver ningún elemento que haga referencia a la presencia de divinidad alguna en los relieves del edificio turriforme de “Pozo Moro”<sup>391</sup>, nosotros consideramos que la típica representación de un personaje con peinado hathórico y alas, tan conocido en el Mundo Orientalizante, está en función de la representación de una divinidad femenina.

Creemos poder hacer una identificación acertada tanto de las figuras como de

la escena, considerando que no cabe duda, gracias a la representación de sus elementos asociados, de que se trataría de una divinidad propiciadora de la fecundidad y, probablemente, con características que la ponen en relación con el mundo funerario<sup>392</sup>.

El problema principal se basaba en hallar un paralelo en el que se diesen todos esos elementos y no fuese muy distante de las corrientes que se aprecian en el conjunto funerario de “Pozo Moro”. De aquí que en primer lugar resultase interesante buscar paralelos de tipo egipcizante, pues el mundo fenicio fue muy amante de copiar o reelaborar elementos artísticos egipcios, como en el caso arquitectónico de las golias<sup>393</sup> o representaciones escultóricas y de las artes menores<sup>394</sup>.

El resultado de esta búsqueda no pareció dar sus frutos, por lo que fue necesario pasar a otros ámbitos no directamente fenicios pero sí muy íntimamente relacionados con éstos. La solución llegó del Mundo Egeo, de las Islas Cícladas concretamente, y del “Período Orientalizante”.

El “Período Orientalizante” del arte griego suele ser incluido entre el s. VII e inicios del s.VI a.C.<sup>395</sup> En las Islas Cícladas se documentan numerosos hallazgos de grandes pitos<sup>396</sup> (*Pithoi*) decorados con

<sup>390</sup> Almagro-Gorbea 1988a: 63

<sup>391</sup> *Vide supra*.

<sup>392</sup> *Vide infra*.

<sup>393</sup> Presente, por otro lado, en el monumento.

<sup>394</sup> Figuras de bronce, páteras, placas de marfil, etc...

<sup>395</sup> Osborne 1998: 201; Blanco Freijeiro 1984: 43.

<sup>396</sup> En este trabajo he optado por seguir la propuesta de normalización referida a la nomenclatura en castellano de

escenas en relieve adscribibles a ese Período. Este tipo de escenas ya se realizaban en el Período Geométrico sobre pitos en numerosos puntos de Grecia, pero basándose en escenas no figurativas, mientras que a partir del 700 a.C., con las influencias orientalizantes plenamente en boga, aparecerán representaciones figurativas en este tipo de recipientes principalmente en el ámbito geográfico de Las Cícladas y Beocia<sup>397</sup>.

Entre uno de los numerosos hallazgos realizados en el yacimiento de Xobourgo, perteneciente a la isla de Tenos, se destaca un pito, conocido como el “Pitos del Nacimiento de una divinidad”, con representación figurada que aún hoy en día plantea problemas entre los estudiosos del Mundo griego.

Lo interesante de la representación, y relacionable con el estudio de los relieves del monumento de “Pozo Moro” es la escena presente en el cuello de la vasija.

Siguiendo la descripción de Osborne: “el cuello de la vasija lleva una escena con una figura alada en posición sedente situada en el centro, con la cara de frente, el cuerpo de perfil, y los brazos levantados”<sup>398</sup>.

El resto de la escena incluye otros personajes alados, uno de ellos naciendo de la cabeza de la figura sedente.

Lo más destacado y que conviene resaltar aquí es el modelo empleado para representar a la figura principal, y que puede ser aplicado también a la escena del friso occidental de “Pozo Moro”.



FIGURA 10.50: Divinidad alada representada en el Pitos de Xobourgo



FIGURA 10.51: Divinidad alada del friso del monumento de “Pozo Moro”

la cerámica griega, realizada por Bádenas y Olmos (Bádenas y Olmos 1988: 61-79).

<sup>397</sup> Osborne 1998: 198.

<sup>398</sup> Osborne 1998: 198.



FIGURA 10.52: Reconstrucción informática de la divinidad alada de “Pozo Moro” (Proyecto Escultura Ibérica U.A.M.)

Pese a las diferencias estilísticas<sup>399</sup> las coincidencias son múltiples; entre otras, la posición del rostro de peinado hathórico mirando frontalmente al espectador, la disposición de las alas una hacia cada lado de la divinidad, que en el caso de “Pozo Moro” también es la más probable; también es destacable la posición de los brazos y el gesto, alzados también hacia cada lado de la figura del mismo modo que si se emplea una representación simétrica en “Pozo Moro”, aunque en el caso albacetense cada mano sostiene una flor de loto; la divinidad se sienta sobre un trono y en “Pozo Moro” sobre una silla plegable; los pies se apoyan sobre un escabel, y en “Pozo Moro” el pie se apoya sobre el tallo de la flor de loto también a modo de escabel. No parece tampoco desencaminado comparar el trono de la divinidad de Xobourgo con el trono visible en el lado Oriental del monumento de “Pozo Moro”, con colgantes bajo el asiento. Una de las figuras aladas tras la divinidad femenina porta un cuchillo curviforme (u hoz) en su mano derecha, etc.

<sup>399</sup> Evidentes en la forma de las figuras, su vestimenta, etc...

Evidentemente no es posible poner en relación el episodio, pero sí parece adecuado relacionar las influencias e incluso el modelo. En ambas piezas se dan otras coincidencias: representación de leones, de figuras humanas con cascos y escudos redondos, etc...<sup>400</sup>

Basando la argumentación en este modelo de representación de la divinidad documentado en el Pitos de Xobourgo, parece muy posible mantener la hipótesis de que la diosa de “Pozo Moro” estaría sentada frontalmente pero no con ambas piernas abiertas, sino que la parte inferior del cuerpo se habría representado de perfil, con las piernas hacia la izquierda. Por tanto, la reconstrucción de Blanco sería acertada sólo a medias, pues la simetría sólo sería aceptable en el caso de las alas, los brazos y las flores de loto, como a continuación se verá.

Una posible crítica a lo que aquí se propone es el hecho de que la divinidad de Xobourgo tiene representadas ambas piernas en un ejercicio bastante tosco de perspectiva, pues una se coloca sobre la otra buscando una sensación de profundidad, mientras que la divinidad de “Pozo Moro” sólo presenta una pierna, aquella más cercana al espectador. Es cierto, esta argumentación dejaría la puerta abierta para defender que la otra pierna se podría haber representado simétricamente a la que se observa en el fragmento, a modo de lo defendido por Blanco Freijeiro; sin embargo, basándonos en otras escenas del propio friso del edificio de “Pozo Moro”, contamos con una prueba de que la hipótesis de la

<sup>400</sup> *vide supra*; Osborne 1998: 198.

posición de perfil defendida anteriormente puede ser perfectamente plausible.

Si nos trasladamos al friso oriental, en él se observa otra figura sedente. Esta figura sentada está representada de perfil, pero sin embargo sólo nos permite apreciar una pierna, la más cercana a quien observa el relieve, quedando la otra oculta tras ésta. Lo mismo debe ser considerado para el bajorrelieve de la divinidad femenina.

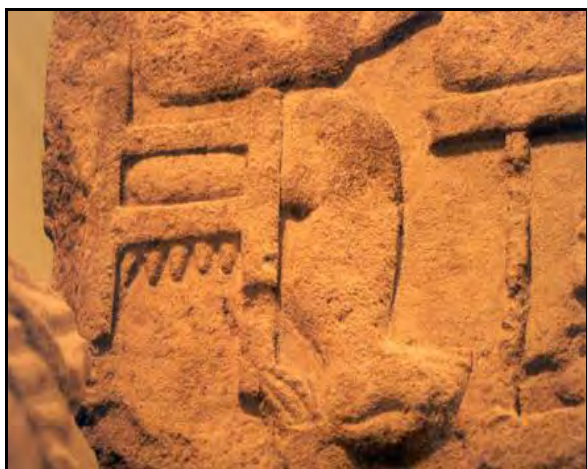


FIGURA 10.53: Representación de las piernas de las figuras sedentes del lado Este del edificio

En el caso de haberse querido representar la otra pierna, buscando una perspectiva de profundidad, los artesanos que tallaron los sillares no habrían tenido ningún problema a la hora de adelantar la pierna que quedaba oculta, o tallarla sobre la que se observa, igual que tallan superpuesta la doble cabeza del personaje del friso oriental o la triple cabeza del monstruo que escupe lenguas de fuego emplazada en el friso Sur del Monumento, dando a entender que las que están más arriba están más alejadas. De hecho, en el Mundo neohitita o sirio-hitita, de donde procede

en última instancia el estilo visible en el edificio turriforme, la norma exclusiva es representar ambas piernas de las figuras sedentes adelantando una frente a la otra, tal y como se observa en los relieves de yacimientos tan destacados como Karakemish, Kara Tepe, Marash, etc...<sup>401</sup>, por lo que la separación entre el estilo estrictamente neohitita o siriohitita y el que encontramos en “Pozo Moro” también debe ser tenido en cuenta. Resumiendo, los artesanos que elaboraron los relieves de “Pozo Moro” emplearon la perspectiva caballera únicamente en los casos que consideraron más necesarios, dejando en otras ocasiones que el espectador imaginase lo que permanecía oculto.

Hecha la anterior aclaración, queda claro que la representación de una sola pierna no es argumento suficiente para negar que la divinidad femenina sedente del friso occidental de “Pozo Moro” tuviese su parte inferior representada de perfil que, en nuestra opinión, es la posición más acertada.



FIGURA 10.54: Nuestra propuesta reconstructiva<sup>402</sup>

<sup>401</sup> Akurgal 1961 y 1962.

<sup>402</sup> A partir de la propuesta de Blanco (*Vide supra*).



El hecho de que el caso del Pitos de Xobourgo sea único, así como la escena de “Pozo Moro”, nos plantea una problemática que aún hoy en día no se puede resolver: la existencia en el Mundo Orientalizante de un modelo especial de representación de las divinidades femeninas sedentes, común y extendido por el Mediterráneo. Este modelo presentaría esas figuras con el rostro y el tronco de frente, con ambos brazos abiertos flanqueando al personaje y, tal vez, sosteniendo flores de loto; la parte inferior se representaría de perfil, con lo cual daría un aspecto que recuerda a las figuras egipcias, pero con una cierta reelaboración. Lo cierto es que la coincidencias entre ambos casos, “Pozo Moro” y Xobourgo, son demasiadas como para no tenerlas en cuenta.

La cronología también es interesante, el Pitos de Xobourgo se data en el primer cuarto del siglo VII a.C.<sup>403</sup>, con poca distancia cronológica y geográfica con respecto al estilo sirio-hitita, del que tal vez procedía ese modelo de representación, y que también es el estilo que encontramos en el monumento de “Pozo Moro”. Muchos investigadores han querido atribuirle al monumento albacetense también una cronología similar, hacia el 700 a.C., justamente por el estilo sirio-hitita apreciable en sus relieves<sup>404</sup>.

---

<sup>403</sup> Osborne 1998: 198.

<sup>404</sup> Blázquez 1979: 153; *id.* 1983: 36; Bendala Galán 1998: 109, en donde ofrece una cronología algo más tardía pero claramente anterior a la propuesta por el excavador.

Las dificultades de interpretación que están presentes en el estudio de las escenas del friso de “Pozo Moro” también están presentes en el análisis de la representación figurativa del Pitos de Xobourgo; así, los principales especialistas no saben a qué atenerse a la hora de identificar la escenas y las figuras representadas en ellas. Para el Mundo griego, el Pitos de Xobourgo es un misterio y es el único ejemplo existente con esas características.

Uno de los aspectos más comentados es el hecho de que de la cabeza femenina sale otra figura alada, llevando un yelmo con cimera, y armas en ambas manos<sup>405</sup>. En la mitología griega y en la iconografía clásica, el nacimiento de Atenea es parecido, surgiendo con sus armas de la cabeza de su padre, el dios Zeus; sin embargo, tal y como Osborne remarca, las figuras del Pitos de Xobourgo, con sus alas y siendo femenina la figura principal, pese a esa coincidencia en el modo de nacimiento, pertenecen a una iconografía desconocida para el Mundo griego<sup>406</sup>. Es conveniente resaltar una de sus afirmaciones: “Los especialistas han hablado de la influencia de Oriente, pero, aunque en numerosos artículos orientales pueden encontrarse figuras aladas análogas, la composición general parece tan singular dentro como fuera de Grecia.”<sup>407</sup>.

Lo cierto es que fuera de Grecia, y en un ámbito tan alejado como es la Provincia de Albacete, en el interior de España, po-

---

<sup>405</sup> Osborne 1998: 198.

<sup>406</sup> Osborne 1998: 198.

<sup>407</sup> *id.* 1998: 198.

demos encontrarnos ante un ejemplo iconográfico de una divinidad alada similar y que tendría un origen similar al del ejemplo figurativo del Pitos de Xobourgo, y ese origen habría que buscarlo en las representaciones sirio-hititas y las reelaboraciones del mundo fenicio.

Muy recientemente se documentó en la necrópolis conquense de “Cerro Gil” (Iniesta) un mosaico de guijarros en el que se representó una figura con múltiples similitudes con la divinidad alada del friso de “Pozo Moro”<sup>408</sup>.

En este caso, esa figura de peinado hathórico sosteniendo flores de loto, con ala y aves sobre las mismas, se representaba sentada de frente sobre un *diphros* pero con las piernas una hacia cada lado. El sexo de la figura no se ve al representarse en su zona púbica un astro alado.



FIGURA 10.55: Divinidad del mosaico de “Cerro Gil” (Iniesta, Cuenca)<sup>409</sup>

<sup>408</sup> Valero Tévar 2005.

<sup>409</sup> <http://iberiamagica.blogspot.com.es/2014/07/mosaico-con-diosa-sedente-de-la.html>

Resulta tentador identificar ambas representaciones pero nosotros no nos mostramos de acuerdo con ello. A pesar de las similitudes evidentes no creemos que se deban paralelizar. Nosotros opinamos que son representaciones similares pero con variantes basadas en prototipos representativos ya fijados en las tradiciones artísticas de las que beben.

Esas variantes tendrían su razón de ser en el tipo de soporte, materiales y, sobre todo, el mensaje ideológico o religioso que se quería transmitir.

Una vez que parece muy posible, a partir de representaciones similares, la asociación entre el cuerpo del lado Oeste del monumento albacetense y el rostro frontal, aún se puede añadir un argumento más para demostrarlo. Realizando mediciones comparativas entre esos fragmentos, se observa que el tallo de las pequeñas flores de loto que flanquearían la cabeza del personaje mide exactamente lo mismo, con respecto a su anchura, en ambos casos: 1,5 cms. Por el tamaño de los tallos la coincidencia es absoluta, pero surge otro problema: la diferencia entre las flores que sostienen esos tallos, que rompen totalmente la simetría propuesta por el Profesor Blanco y quienes siguen esta idea. La flor que sostiene el brazo de la diosa mide 6,5 cms. de alto, mientras que la flor del fragmento Occidental mide 7, 8 cms. ¿Significa ésto que es imposible considerarlas

[con-diosa-sedente-de-la.html](http://iberiamagica.blogspot.com.es/2014/07/mosaico-con-diosa-sedente-de-la.html); última consulta el 30-09-2015.



pertenecientes a la misma escena?, en nuestra opinión no es así.

Si nos fijamos bien en la representación de ambas flores se aprecia fácilmente que una, la sostenida por el brazo derecho del personaje, está totalmente abierta, mientras que la otra es aún apenas un capullo que comienza a florecer. Es normal que una flor, cuando aún no se ha abierto, presente una mayor altura que la que tendrá una vez que florezca. Dentro de la simbología de la representación esta característica es plenamente complementaria de la figura: la diosa de la fecundidad propicia la floración de las plantas, por ello en una mano aún presenta un capullo mientras en la otra sostiene una flor en su plenitud. En la mano izquierda, en relación con el inicio de la escena, la divinidad sostiene un capullo de loto, en un estado anterior al que se aprecia en el lado contrario, hacia donde avanza la narración, y que por tanto ya presenta una flor perfectamente abierta, demostrando la capacidad propiciatoria de la fecundidad de esta diosa. Es por ello que la simetría no se respeta, pues de hecho no se representa la flor en el mismo estado, sino que en un caso aún no ha florecido y en el otro, por medio de la intervención divina, este hecho ya se ha producido.

La correspondencia de tamaños entre los tallos de las flores, las similitudes en las grandes flores de loto detrás de la divinidad, etc... parecen demostrar que es necesario unir los fragmentos del rostro hathórico y los de la figura hexáptera sedente.

En el caso de aceptar la reconstrucción propuesta, la imagen de la divinidad femenina ocuparía buena parte del friso del lado occidental; justamente por ese tamaño tan destacado parece imposible incluir

este fragmento de relieve en el lado Norte completando la escena del personaje con el árbol. Entre lo que ocuparía la figura femenina con las alas desplegadas, el personaje con el árbol y el animal frente a ese personaje<sup>410</sup>.

La narración iconográfica y el recorrido del espectador continuarían hacia la izquierda, hacia el lado Norte, que es hacia donde la posición de perfil de la figura hexáptera obliga a dirigir la mirada. Esa divinidad frontal en un ambiente simétrico, por tanto negando el movimiento, proporciona el único elemento que rompe con esa tónica de inmovilidad: la posición de sus piernas, que parecen querer dirigir la vista del espectador hacia el lado izquierdo. Como se verá a continuación, ésta composición de la escena se repetirá en cada uno de los lados del friso.

#### La escena del lado Norte



FIGURA 10.56: Fotografía de la metopa del lado Norte del friso

Siguiendo la opinión de que la figura hexáptera no estaría incluida en este lado

---

<sup>410</sup> De tamaño también muy destacado, a juzgar por la parte posterior de su cuerpo, presente en la esquina izquierda de ese lado.

Norte del friso corrido de bajorrelieves, sino en el lado Oeste del mismo, el siguiente episodio a tratar es la escena del personaje que avanza portando un árbol, también denominado personaje *dendróforo*<sup>411</sup>.

En palabras del excavador: “la escena [...] ofrece un personaje, del que sólo se conservan la cabeza y piernas, que avanza con largos y decididos pasos hacia [...] el Este. Delante de su cabeza y frente a él aparece una cabeza animal, de león o lobo [...] que ruge o lanza fuego por la boca hacia este personaje [...]. Debajo se aprecian restos de un ala incompleta, tal vez de otro animal [...]. Del casco o de la cabeza de este personaje, o tal vez por detrás del mismo por llevarlo a hombros, sale un ramaje que se bifurca sucesivamente y acaba en sus extremos en capullos de loto muy estilizados [...]”. “El extremo derecho corresponde al final del sillar” en el cual “se aprecia en la parte superior dos grupos de cinco molduras divergentes, que parecen corresponder al rugido o fuego de monstruos [...] y que, por los restos de lo que debió ser su cuerpo que se aprecian en la parte inferior, su forma pudo ser serpentiforme, como la Hydra o Humbaba”<sup>412</sup>.



FIGURA 10.57: Fragmento occidental de la metopa del lado Norte

La escena se completa con otra serie de personajes que se verán un poco más adelante. Los fragmentos que conforman esta escena completan las siguientes dimensiones según Teresa Chapa<sup>413</sup>: Longitud: 82 cm.; altura: 80 cm.; grosor: 18 cm. La altura está evidentemente equivocada, debido probablemente a un error editorial involuntario, pues ese relieve presenta la misma altura aproximada que todos los que conforman el friso corrido<sup>414</sup>. Al encontrar este mismo error reflejado, con posterioridad, en otras publicaciones de investigadores que toman los datos aportados por Chapa<sup>415</sup>, es deseable corregir aquí esa información para que en el futuro no lleve a más equívocos.

Dentro del fragmento definido por Almagro-Gorbea destaca por su tamaño la

<sup>411</sup> Blech 1997: 203.

<sup>412</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 201.

<sup>413</sup> 1985: 74.

<sup>414</sup> Entre 59 y 61 cms.

<sup>415</sup> Castelo Ruano 1995a: 63.

figura de ese personaje que avanza portando un ramaje. De la vestimenta de esa figura sólo se conserva lo que parece un casco o gorro semicircular y unas gnémides en las pantorrillas<sup>416</sup>, lo que le da un aspecto de portar una vestimenta guerrera, lo cual no es de extrañar teniendo en cuenta el conjunto la escena, ya que parece estar siendo atacado por, al menos, tres animales que escupen lenguas de fuego, uno ante él y otros dos detrás, a juzgar por las molduras que se conservan. En una publicación, Almagro-Gorbea asociaba la nariz picuda de este personaje a la presencia de las aves situadas sobre las ramas, tal vez por cierta relación entre esas figuras, aunque, posteriormente abogaba por una más que probable causa en el propio tratamiento estilístico<sup>417</sup>.

Por su tamaño, claramente superior al de los demás personajes y animales de la escena, Martín Almagro-Gorbea le reconoce un carácter suprahumano, e interpreta la escena como “un ser suprahumano que lleva, tal vez roba, un árbol de la vida, al parecer protegido por seres monstruosos”. La identificación con un dios de la vegetación o de la fecundidad es la primera hipótesis apuntada<sup>418</sup>.

Otros elementos de la escena son:

Ocho pájaros muy esquemáticos sobre el ramaje del árbol y tres pequeños personajes, tras la figura principal y en la parte inferior de la escena, de nariz picuda y pies

apuntados que sostienen cada uno una forca de cinco pinchos paralelos y largo mango.

Para Almagro-Gorbea, a través de esas forcas parecen tratar de alcanzar alguna propiedad de las ramificaciones del árbol, tal vez la vida<sup>419</sup>.

En el extremo más oriental, a la izquierda del espectador, se puede reconocer un pequeño fragmento que representa el final del cuerpo de un animal con dorso curvo y una cola con mechones diferenciados<sup>420</sup>, aunque Almagro-Gorbea prefirió no abordar ninguna interpretación de esta figura al estar muy incompleta<sup>421</sup>.

Este fragmento (Longitud: 11,5 cm.; altura: 40 cm.; anchura: 22cm.<sup>422</sup>) se corresponde con el que completa el friso del lado Este, ya que la esquina fue utilizada para representar, en su parte Norte, este cuerpo animal, mientras su parte Este sirvió para continuar la escena oriental del friso.

<sup>416</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 201.

<sup>417</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 265.

<sup>418</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 202.

<sup>419</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 202.

<sup>420</sup> Chapa Brunet 1985: 74.

<sup>421</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 201.

<sup>422</sup> Según Chapa Brunet 1985: 74.



FIGURA 10.58: Fragmento de la esquina oriental del lado Norte del friso

Pasando a los tres pequeños personajes con forcas en sus manos, Almagro-Gorbea los interpreta como figuras humanas, por ello de menor tamaño que el personaje suprahumano que porta el árbol de la vida, tratando de alcanzar las virtudes benéficas del árbol de entre su ramaje<sup>423</sup>.

<sup>423</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 201-202; *id.* 1993-1994: 114.



FIGURA 10.59: Detalle de las tres figuras antropomorfas de menor tamaño

Ricardo Olmos, destacado estudioso de los relieves, ve en estos personajes a unos gnomos asociados a la vegetación, que por el contacto con el árbol quedan asociados al héroe que lo porta sobre sus hombros; de este modo pasan a formar parte de su cortejo<sup>424</sup>. Más recientemente, este mismo investigador prefiere identificar esos personajes como démones, o seres con un carácter demoníaco, sobrenatural<sup>425</sup>.

Almagro-Gorbea identifica la escena como un héroe o dios, rodeado de monstruos que rugen o echan fuego por la boca, llevando un árbol de tipo benéfico, pues en sus ramas hay pájaros que picotean los lotos que surgen de éstas, mientras que por debajo unos pequeños seres humanos tratan de alcanzar con forcas las virtudes benéficas de ese árbol; por ello, esta escena haría alusión a un mito benéfico, como el de Gilgamesh y la planta de la vida, el robo del cedro del Líbano en la mitología oriental o

<sup>424</sup> Olmos Romera 1996a: 109.

<sup>425</sup> *id.* 1999: IV-76.3.

el robo de las manzanas de las Hespérides por Herakles<sup>426</sup>.

Para Ricardo Olmos, el personaje es un héroe cultural, benefactor, que lleva a los hombres la fecundidad. Podría tratarse de un *rex sacrorum* que recupera para los hombres el árbol fecundador de su linaje y el resto de su comunidad, a modo de rito de iniciación.

Este héroe se adentra en un Mundo paradisíaco protegido por monstruos a ambos lados, a modo de jardín con vegetación exuberante y nutricia poblado de aves y demonios, al que sólo puede acceder el monarca o el héroe fundador de la dinastía<sup>427</sup>. Son numerosos los paralelos mitológicos que aporta<sup>428</sup>; el hecho de encuadrar la escena en un ambiente paradisíaco, tal vez una tierra en los confines del Mundo, y no muy lejos de las fronteras de la muerte, se basa en el estudio realizado por el Profesor B.B. Shefton de la derivación del loto como “árbol del paraíso” en los marfiles de Oriente y su transmisión a Occidente a través del elemento colonial fenicio<sup>429</sup>, ya que la flor de loto es sobreabundante en las ramas del árbol representado en la escena aquí analizada.

Ese paisaje mágico pertenecería a una divinidad infernal de la fecundidad, y aquí, a través del robo, ya mencionado, de esa rama fecunda o ese árbol inmenso de fecundidad, el héroe está asumiendo la vieja y

extendida función del rey-sacerdote, lo cual está en relación con la idea anterior<sup>430</sup>.

En otra de sus publicaciones, Olmos Romera supone que la divinidad escondida tras la eclosión de tan abundante elemento vegetal sería de carácter femenino, no muy lejana de la Astarté y Afrodita del próximo Oriente y Grecia<sup>431</sup>.

Una opinión parecida la encontramos en la breve descripción de Bendala Galán, quien aprecia en ese personaje a un héroe fundador<sup>432</sup>.

Éstas pueden ser consideradas las dos posiciones principales con respecto a la interpretación actual del tema, que serán seguidas por otros investigadores<sup>433</sup>.

En otro apartado distinto encontramos la opinión de Blázquez Martínez, para quien lo representado es un episodio del mito de Gilgamesh dadas las coincidencias en los detalles entre la escena relivaria de “Pozo Moro” y las tablillas que contienen el poema. Estas coincidencias serían “Gilgamesh con el árbol, sus ayudantes sosteniendo el árbol con palas, los pájaros en el árbol y los monstruos que defienden el árbol”<sup>434</sup>. Cifñéndonos a la propia traducción empleada por Blázquez Martínez<sup>435</sup>:

<sup>426</sup> Almagro-Gorbea 1993-1994: 114.

<sup>427</sup> Olmos Romera 1996a: 109; *id.* 1998: 132.

<sup>428</sup> *id.* 1996a: 109-110.

<sup>429</sup> Olmos Romera 1996a: 114, n. 5.

<sup>430</sup> *id.* 1999: IV-92; IV-92.2.

<sup>431</sup> Olmos Romera 1998: 132.

<sup>432</sup> Bendala Galán 2000: 231.

<sup>433</sup> Fernández Rodríguez 1996: 308-309; Madrigal Belinchón 1999: 8.

<sup>434</sup> Blázquez 1993: 132.

<sup>435</sup> *id.* 1975: 127.



*“La serpiente -que no descansa nunca- había anidado entre las raíces ; / el pájaro de la tempestad había colocado a su cría en la copa ; / en el medio Lillas construyó su casa... / Gilgamesh empuñó su hacha / y golpeó con ella a la serpiente -que no descansa nunca- ; / el ave de la tempestad que anidaba en la copa del árbol / huyó a la montaña con su pequeñuelo. / Gilgamesh destruyó la casa de Lilla / y disparó los escombros. / Taló el árbol por las raíces, / golpeó su copa / y luego la gente de la ciudad vino a cortarla. / Dio el tronco a la brillante Inanna, / para que con la madera se hiciese un lecho y una silla, / y con las raíces se construyó un pukku / y con la copa un mikku.” (Tablilla XII del “Poema de Gilgamesh”).*

No obstante, años después este investigador considera de que las escenas del monumento albacetense podrían encubrir mitos indígenas parecidos a mitos de origen griego u oriental bajo un “ropaje” oriental<sup>436</sup>.

Sin embargo, en nuestra opinión, tal y como veremos más adelante, Blázquez Martínez dio con la clave para la interpretación de la escena representada pero por desgracia no supo ponerla en relación con las restantes escenas del friso y por ese mismo hecho no llegó a las conclusiones correctas.

También mencionaremos otras opiniones, como la de O'Bryhim, que considera que lo representado es una escena oracular. Se representaría a Apolo enfrentándose con un monstruo para apoderarse del oráculo

de Delfos, algo con lo que no estamos en absoluto de acuerdo<sup>437</sup>.

Para López Pardo nos encontraríamos ante un episodio que narra visualmente la búsqueda del “árbol de la Vida”, con un evidente sentido fertilístico muy marcado<sup>438</sup>.

García Cardiel opina que la escena muestra al “héroe” atravesando el Inframundo, poblado de monstruos infernales<sup>439</sup>

Por último, Matesanz interpreta que lo representado es el robo del ganado de Gerión por parte de Hércules y su lucha con Caco<sup>440</sup>

Como es evidente, aquí se ha optado por considerar separadas la escena de la divinidad hexáptera y el episodio del personaje que porta el árbol. Almagro-Gorbea prefirió unir ambas escenas y, respetando siempre sus argumentos, a continuación se procurará hacer una reconstrucción alternativa en la que sea posible completar todos sus detalles.

El nexo de unión empleado por Almagro-Gorbea fue un pequeño elemento serpentiforme emplazado detrás del personaje que avanza hacia la izquierda.

Él lo consideró continuación del cuerpo de un animal monstruoso de esa misma forma que se iniciaba en el fragmento de la diosa hexáptera, en el lado occidental del edificio.

---

<sup>437</sup> O'Bryhim 1991: 67-71.

<sup>438</sup> 2006: 81 y ss.

<sup>439</sup> 2013: 66.

<sup>440</sup> 2015: 8.

---

<sup>436</sup> Blázquez y Castillo 1991 : 148; Blázquez, 1993: 132.



En este análisis es necesario destacar que no se conoce exactamente qué acción está realizando el personaje de mayor tamaño, aunque es comúnmente aceptado el hecho de que carga con un árbol que ha cortado o arrancado previamente, y por ello esta figura muestra una posición un tanto encorvada<sup>441</sup>.

La parte central de la escena nos ofrece al personaje que avanza con el árbol y los personajes de menor tamaño que le siguen.

Ciertamente, estos personajes siempre han desconcertado a los investigadores, ya que aunque son conocidos muchos paralelos a lo largo del Mediterráneo para el episodio del personaje que porta o roba un árbol de la fecundidad o de la Vida, la presencia de las figuras relacionadas con el árbol nunca había sido documentada.

Lo más cercano podría considerarse el pasaje del mito de Gilgamesh en el que se menciona que, tras talar el héroe el árbol y golpear su copa, cierta gente de la ciudad se acercó a cortarla<sup>442</sup>.

En nuestra opinión, efectivamente esos personajes humanoides de pequeño tamaño representados parecen cortar las ramas, lo cual nos pone sobre la pista de identificar sin margen para la duda el episodio mitológico representado.

Otro elemento que nos ayudará a ello es un pequeño fragmento del relieve, justo

delante del rostro del personaje humano de mayor tamaño, y que Almagro-Gorbea identificó como los restos de un ala incompleta, de un ave<sup>443</sup>, mientras que Ricardo Olmos prefiere trabajar con la hipótesis de que tal vez se trate de la hoz (*harpe*) con la que el personaje de gran tamaño ha cortado el árbol<sup>444</sup>.

Un detenido análisis de ese fragmento nos sirve para dar por más correcta la opinión de Almagro-Gorbea, lo que nos pone tras la pista de identificar la escena mitológica representada.



FIGURA 10.60: Fragmento de ala frente al dendróforo

Por tanto debemos destacar la presencia en esta escena de un pájaro del que únicamente se habría conservado el ala de

<sup>441</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 201-202; Olmos Romera 1996a: 109.

<sup>442</sup> Tablilla XII del Poema de Gilgamesh, en Blázquez 1975: 127.

<sup>443</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 260; *id.* 1983a: 201.

<sup>444</sup> Olmos Romera 1996a: 109.

su lado izquierdo en posición de vuelo a juzgar por la posición de las plumas.

Quedan todavía por mencionar esos monstruos presentes en la escena o los indicios que indicarían su presencia.

Frente al *dendróforo*, aunque algo más hacia el margen superior, se aprecia la cabeza de un animal de cuya boca brotan unas estrías difícilmente interpretables, unas veces identificadas como “rugidos” y otras como llamas<sup>445</sup>. En nuestra opinión, están probablemente más cerca de rugidos que de relación con fuego.

De la esquina Nororiental sólo se conservó un pequeño fragmento con representación de la parte posterior de un animal claramente cuadrúpedo de gran tamaño con una cola, tal y como afirma Chapa Brunet de mechones diferenciados<sup>446</sup>, que se dirige hacia la derecha del espectador, allí donde se encuentra el personaje con el árbol.



FIGURA 10.61: Parte posterior de cuadrúpedo

En cuanto al gran tamaño de este animal, demostrado por su posición dentro de los márgenes de la metopa, traería implicados una serie de problemas que, en nuestra opinión, fueron solucionados de una manera muy imaginativa.

El principal problema sería la representación de la cabeza del animal, pues ésta habría superado con mucho el límite superior del friso, tomando como referencia la altura de los cuartos traseros. A este respecto es necesario relacionar uno de los fragmentos procedentes del majano de piedras, descontextualizado por tanto, e incluido durante la reconstrucción del monumento en el lado Sur del mismo, y que habría pertenecido al cuerpo animal de esta esquina Nororiental.

En el fragmento aludido se observan tres cabezas monstruosas con abundantes melenas, de gran tamaño y con sus respectivos rugidos dirigidos hacia la derecha del espectador, coincidente en ambos aspectos

<sup>445</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 202; Olmos Romera 1996a: 109.

<sup>446</sup> Chapa Brunet 1985: 74.

con los cuartos traseros que se han tratado previamente.



FIGURA 10.62: Representación de tres cabezas monstruosas que nacen de un único cuello

Varios investigadores han creído observar los límites derecho e inferior del sillar de este fragmento con las tres cabezas<sup>447</sup>, aunque consideramos necesario hacer una serie de puntualizaciones.

Con respecto al límite derecho, observado tanto por Almagro-Gorbea como por Raquel Castelo Ruano<sup>448</sup> y López Pardo<sup>449</sup>, es difícil apreciarlo dado su mal estado de conservación<sup>450</sup>.

---

<sup>447</sup> *Vide supra*.

<sup>448</sup> 1995.

<sup>449</sup> 2006: 75.

<sup>450</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 262, 277 lámina VII.1.

En lo concerniente al límite inferior, observado por la investigadora Raquel Castelo Ruano, en nuestra opinión no es tal, sino que lo que parece estar limitando el fragmento por ese lado es un golpe alargado, probablemente de arado, que no respeta, por tanto, una mínima horizontalidad ni puede asemejarse a ningún otro límite inferior de las demás metopas.

López Pardo atribuyó este fragmento de tres cabezas monstruosas al lado Sur, en lucha contra el personaje allí representado<sup>451</sup>.

Nosotros mostramos nuestras dudas al respecto para todos esos argumentos.

Esas tres cabezas parecen surgir de un único cuello, del cual nace la cabeza inferior, y sobre ésta se superponen las demás. Sigue así por tanto el mismo esquema que en el que se observa en el caso de la divinidad sedente del sillar con la escena de banquete o sacrificio<sup>452</sup>.

De esta manera se habría solucionado el problema antes comentado de la colocación de la cabeza de ese animal de gran tamaño, pues del cuerpo partiría un cuello alargado hacia la parte inferior de la metopa, del cual surgirían las distintas cabezas del animal, con lo cual se posibilitaba que las cabezas no sobrepasasen el límite superior.

---

<sup>451</sup> 2006: 72-73. Esa propuesta de emplazarlo en el lado Sur del edificio fue aceptada para el nuevo montaje en el M.A.N. (Ver Anexo 1 de nuestro trabajo), aunque nosotros siempre mostramos nuestras reservas al respecto y, de hecho, defendemos su pertenencia a este lado Norte (*vide infra*).

<sup>452</sup> *Vide infra*.

Frente a estas cabezas podría haberse encontrado el pájaro que separaba a los diferentes monstruos del personaje que porta el árbol, y sobre ellas y ese mismo pájaro, se encontraría la cabeza de otro ser cuya fragmentación impide apreciar si presentaría la misma melena que las demás cabezas, y podría por tanto ser adscribible al mismo animal, aunque nosotros pensamos que eso efectivamente es así.

El *horror vacui* tan característico de las escenas del friso bien podría haber justificado la inclusión de esa cabeza superior, pero perteneciente al mismo monstruo, un tanto adelantada con respecto a las demás, en un intento de rellenar el espacio superior dejado por la representación del ave.



FIGURA 10.63: Nuestra propuesta preliminar de reconstrucción de la escena

A modo de paralelo que justificase la argumentación ya expuesta del animal con un largo cuello del que surgen numerosas cabezas, se puede acudir al extremo opuesto de la escena, pues tras el árbol se aprecian dos conjuntos de cinco molduras y un elemento serpentiforme bajo ellas que trataré de explicar siguiendo el mismo esquema.

Los dos conjuntos de cinco molduras son perfectamente paralelizables a los rugidos de los demás seres monstruosos conservados, por lo que es evidente que nos encontraríamos ante dos nuevas cabe-

zas de algún monstruo similar, algo ya defendido por numerosos investigadores<sup>453</sup>. Almagro-Gorbea optó por unir las al elemento serpentiforme observable bajo ellas<sup>454</sup>, uniendo esta escena con la del lado Oeste.

En lo esencial nosotros estamos de acuerdo con su posición, ciertamente esas dos cabezas irían unidas al elemento bajo ellas, pero no como cabezas de un animal serpentiforme, sino de la misma manera que hemos visto anteriormente para el animal de la esquina contraria.

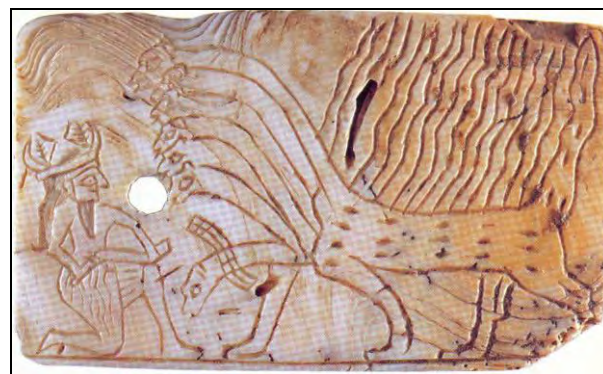


FIGURA 10.64: Cilindro-sello del período acadio con posibles paralelos para la figura monstruosa<sup>455</sup>

Esas dos cabezas nacerían de un cuello común, alargado y retorcido, que quizás partiría de un cuerpo de cuadrúpedo muy

<sup>453</sup> Vide supra.

<sup>454</sup> Almagro-Gorbea 1988a: 63.

<sup>455</sup> Referencia tomada de López Pardo 2006: 75 (con la información referente a la colección a la que pertenece esta pieza).



similar al ya analizado, de esta forma la escena quedaría encuadrada entre dos animales monstruosos de características similares que se opondrían a la acción de la figura *dendrófora*.

Un último punto que queremos tratar aquí, para introducirlo en la discusión en torno a las interpretaciones del friso, es la presencia de grebas en las piernas del personaje *dendróforo*, y su posible relación con el hecho de que éste portase algún tipo de arma. Desde luego, la protección de las piernas con *cnémides* es asimilable a una indumentaria militar.

No parece excesivamente arriesgado suponer que, por ello mismo, el personaje central acarrease un arma, algo que defenderemos al aportar nuestra propia propuesta de secuencia, reconstrucción e identificación del programa iconográfico presente en el cuerpo inferior del edificio<sup>456</sup>.

### La escena del lado Este

En el lado Este del monumento se encontraron una serie de fragmentos de sillares con bajorrelieves similares a los demás del friso corrido. La escena representada en el mayor de esos fragmentos (Longitud: 87 cm.; altura: 59 cm.; grosor: 33 cm.<sup>457</sup>) ha sido, probablemente, la más tratada y comentada a lo largo de la investigación.

<sup>456</sup> Vide *infra* capítulo 11.

<sup>457</sup> Según Chapa Brunet 1985: 73-74.

Por sus características tan especiales, que a continuación veremos, siempre ha concentrado la atención y suele ser el primero en ser abordado en las publicaciones; “la más extraña y compleja de las escenas” es como la ha llegado a definir Ricardo Olmos<sup>458</sup>.

De este mismo hecho se desprende la cantidad de distintas denominaciones que se le han dado: “escena de banquete”, “banquete infernal”, “ritual de cocimiento”, “escena monstruosa”<sup>459</sup>, “escena de sacrificio”, etc...



FIGURA 10.65: Fragmento de la esquina Sur de la metopa relivaria del lado Este

Este fragmento presenta, de izquierda a derecha, a un personaje monstruoso de cuerpo humano, con dos cabezas superpuestas, sentado sobre un trono con respaldo y patas de león y cinco colgantes triangulares bajo el asiento. Sus anchas

<sup>458</sup> Olmos Romera 1996: 106.

<sup>459</sup> Madrigal Belinchón 1995: 14; Blázquez Pérez 1999c: 266; Castelo Ruano 1995: 63.

piernas acaban en un pie con punta hacia arriba que se apoya en el suelo.

En su mano derecha sostiene un cuenco del que sobresalen la cabeza y los pies de un pequeño personaje contenido en él, mientras que con su mano izquierda agarra la pata posterior de un jabalí, depositado “panza arriba” sobre una mesa situada ante el trono. Frente al personaje de dos cabezas y por detrás de la mesa se encuentra otro personaje monstruoso de pie que se dirige hacia el anterior sosteniendo un cuenco similar.

A la derecha aparece una tercera figura monstruosa de cabeza ¿equina? y de tamaño similar con un cuchillo afalcado en su mano derecha. Este último personaje alarga su otra mano hacia un cuenco depositado sobre un fuego, cuenco del que sobresale otro pequeño personaje que parece alzar los brazos en actitud de súplica<sup>460</sup>.

Los dos personajes monstruosos situados más a la izquierda de la escena presentan grandes fauces y lenguas salientes, bífida en el caso del personaje que está de pie.

La interpretación de la escena es de gran dificultad, lo que no impide a Almagro-Gorbea proponer la idea de una procesión de figuras monstruosas hacia una divinidad infernal entronizada ante una mesa de ofrendas. Esa divinidad podría ser “asociable a Moloch, Kumarbi-Kronos o Tártaro, señores terroríficos de los infiernos en la mitología oriental”, por lo que, de todo ello, se desprendería la idea de que esa escena representa el terrorífico Mundo del Más Allá en la mitología ibérica, con ritos de sa-

<sup>460</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 197-198.

crificios humanos<sup>461</sup>. Blázquez también aportó su opinión, relacionando esos personajes monstruosos con demonios guardianes de la muerte y viendo un banquete de genios, daimones o dioses, presentes en las creencias semitas de ultratumba y asimiladas por los iberos<sup>462</sup>; Blanco hizo mención a la posible relación con las procesiones de animales músicos conocidas en Oriente<sup>463</sup>.

Ricardo Olmos divide esa escena en dos momentos sucesivos para poder interpretarla: uno, a la derecha, el de sacrificio y cocimiento de un hombrecillo; otro, a la izquierda, el de un banquete singular en el que se ofrece ese sacrificio a un personaje del ámbito divino. El cuenco que contiene al hombrecillo sacrificado sería el nexo de unión narrativa de esa secuencia. Olmos considera que el hombrecillo no está definitivamente muerto, pues le parece que nada en la escena indica que haya fallecido, y que el resultado del banquete, por tanto, no será el de la deglución por parte del dios de ese personaje humano, sino que preferirá sustituirlo por la ofrenda del jabalí ya muerto, víctima sustitutoria, por tanto<sup>464</sup>.

De esta manera, el hombre se salvará, y al identificarlo con un antepasado primordial, con el héroe fundador del linaje real, se posibilitará el origen dinástico<sup>465</sup>.

<sup>461</sup> Almagro-Gorbea 1993-1994: 114.

<sup>462</sup> Blázquez 1979: 165; *id.* 1975: 127-128; Blázquez y Castillo 1991: 148.

<sup>463</sup> García Bellido 1980: 64-65.

<sup>464</sup> Olmos Romera 1996a: 107; *id.* 1999: IV-92.1.

<sup>465</sup> Olmos Romera 1996a: 106-107.



Según este investigador, no quedaría ahí la cosa, pues la representación del cocimiento también podría estar en relación con un mito muy extendido por el Mediterráneo, el “mito del niño en el caldero”.

El hecho de la cocción poseería una doble dirección: de la vida a la muerte o de la muerte a la vida; en el caso de “Pozo Moro”, esa cocción con fin sacrificial revierte finalmente en una cocción de inmortalidad: transforma y produce el retorno a la vida<sup>466</sup>.

Nos encontraríamos ante la historia “prototipo” del origen del héroe fundador del linaje real, al cual pertenece el difunto enterrado en “Pozo Moro”. Lo que se habría representado en ese relieve es un rito de tránsito<sup>467</sup>.

Para Michael Blech, una escena común a la iconografía oriental, el banquete real o aristocrático, ha degenerado en una escena de canibalismo. Se ha pasado de lo que es una escena habitual a la representación de un relato único, cuyo contenido concreto se nos escapa<sup>468</sup>.

A continuación conviene hacer mención a la interpretación hecha por Jesús M. Fernández Rodríguez. En sus líneas generales sigue la argumentación de Ricardo Olmos, aunque hay ciertas discrepancias. Fernández Rodríguez toma de Olmos la idea de que la escena representa dos momentos de una secuencia cuya finalidad última es la idea de la inmortalidad, de un medio de

tránsito vinculado a la muerte como nacimiento. El sacrificio es la vía seguida por los héroes y los reyes para asociarse íntimamente a la divinidad, mientras que el cocimiento en el caldero es un elemento de purificación e inmortalidad. El último acto de la escena, el ser devorado por la divinidad, ocasionaría que el hombre se entañara con ésta, “produciéndose una comunión mística cuya meta es alcanzar un modo de existencia [...] equiparable al de los dioses”; como resultado de esa iniciación la persona alcanzará la condición de héroe, omnisciente o inmortal<sup>469</sup>; de este modo Fernández Rodríguez sí interpreta que el personaje será devorado por la divinidad, entañándose de ese modo con ésta.

Blánquez Pérez se muestra de acuerdo con el excavador en que probablemente la escena se trate de una visión de los infiernos con presencia de un sacrificio funerario<sup>470</sup>, opinión parecida a la que aporta Antonio Madrigal, para quien, siguiendo a Ricardo Olmos, el significado escatológico de este episodio “apunta a un rito de iniciación en un lugar infernal, la ultratumba”, con presencia de una divinidad infernal bicéfala, y mediante el cual el difunto se vincula a la divinidad<sup>471</sup>.

Almagro-Gorbea incluyó en la reconstrucción de este lado los fragmentos relativos al rostro frontal de peinado hathórico y sus elementos vegetales asociados que ya se han puesto en relación con el lado occidental del friso. En un primer momento no

<sup>466</sup> Olmos Romera 1996a: 107; *id.* 1999: IV-92.1.

<sup>467</sup> Olmos Romera 1996a: 107.

<sup>468</sup> Blech 1997: 202.

<sup>469</sup> Fernández Rodríguez 1996: 300-304.

<sup>470</sup> Blánquez Pérez 1995f: 221.

<sup>471</sup> Madrigal Belinchón 1995: 14-15; *id.* 1999: 6.

incluye estos fragmentos en el friso del lado Este, sino que los analiza independientemente, dejando en la reconstrucción de ese lado únicamente el sillar del banquete y la esquina con los personajes similares a los de esa escena<sup>472</sup>.

La causa de su inclusión, posteriormente, en este panel oriental es el hecho de que fueron hallados junto a ese sillar con escena de banquete<sup>473</sup>. Es en este momento, por tanto, cuando parece oportuno incluir las impresiones del excavador sobre la posible identificación de ese rostro, ya que él no lo considera parte de la figura hexáptera sedente del lado oeste<sup>474</sup>, por lo que sus argumentaciones estarán influidas por este hecho. En un primer momento identificó la cabeza femenina como perteneciente a la diosa *Anat*<sup>475</sup>, para posteriormente adoptar la medida más prudente de asociarla a una “divinidad femenina de la fecundidad” dada la dificultad de asegurar una interpretación frente a otra a causa del desconocimiento sobre la propia religión ibérica<sup>476</sup>. Con anterioridad a la propuesta de Blanco Freijeiro de unir los fragmentos también Blázquez Martínez aportó posibles identificaciones de ese rostro aislado, tales como *Hator* o *Shepesh*<sup>477</sup>.

Nosotros ya hemos mostrado nuestra propuesta de unir ese rostro de peinado

---

<sup>472</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 260 y 262.

<sup>473</sup> Almagro-Gorbea 1982: 256; *id.* 1983a: 200.

<sup>474</sup> *Vide supra.*

<sup>475</sup> Almagro-Gorbea, 1978a: 266, 276 lámina VI.2.

<sup>476</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 200.

<sup>477</sup> Blázquez 1979: 153 y ss.

hathórico con la figura sedente del lado occidental del edificio<sup>478</sup>.

Con respecto a las demás opiniones recogidas de la investigación ya han sido recopiladas en otro apartado anterior<sup>479</sup>.

Por último queda por mencionar otro pequeño fragmento (Longitud: 22 cm.; altura: 40 cm.; anchura: 11,5 cm.<sup>480</sup>) adscribible a la esquina Norte de este lado (a la derecha del espectador).



FIGURA 10.66: Fragmento de la esquina Noreste

La imagen apreciable desde este lado presenta “la parte posterior de una figura indeterminada y detrás la cabeza y tronco de un ser monstruoso que aparece pegado al borde plano rectangular que rodea el friso”<sup>481</sup>.

---

<sup>478</sup> *Vide supra.*

<sup>479</sup> *Vide supra.*

<sup>480</sup> Según Chapa Brunet 1985: 74.

<sup>481</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 201.

Las características del ser monstruoso son similares a la de otras dos figuras ya conocidas y comentadas, aquellas junto a la mesa de ofrendas del banquete; en su cabeza de animal<sup>482</sup> presenta unas grandes fauces de donde surge una larga lengua colgante.

Como ya ha apuntado Blázquez Pérez, la relación entre este pequeño fragmento y el sillar con la escena del banquete se apoya en el tipo de moldura que enmarca a ambos y por ser ésta la única escena en la que aparecen este tipo de figuras monstruosas<sup>483</sup>. Junto a esta argumentación también está la prueba arqueológica, ya que ese fragmento se halló al pie del ángulo Noreste del monumento<sup>484</sup>.

Conviene aquí incluir otra aportación realizada por Blázquez Pérez en relación a este pequeño fragmento. Este investigador cree apreciar que de la parte posterior de la figura indeterminada mencionada por Almagro-Gorbea “parece colgar lo que podríamos identificar como una pequeña cantimplora, en piel, semejante a las conocidas en el Mediterráneo desde finales del II<sup>o</sup> milenio”. Esta observación le permite introducir una mención al uso del vino y su presencia en actos de prestigio en la Península Ibérica con anterioridad a la configuración de la Cultura Ibérica<sup>485</sup>.

Teniendo presentes los argumentos ya expuestos al tratar el sillar aislado del sacri-

ficio/ofrenda y reuniéndolo con las figuras monstruosas de la esquina opuesta de este lado nos quedaremos con la propuesta de interpretar la escena completa como el banquete del dios de los infiernos al que se aproximan otras figuras monstruosas en procesión<sup>486</sup>.

A modo de finalización resulta indispensable incluir la reconstrucción realizada en el proyecto de escultura ibérica llevada a cabo en la Universidad Autónoma de Madrid, y que ha servido para promover nuevas interpretaciones.



FIGURA 10.67: Reconstrucción informática de la escena del lado Este del friso relivario del monumento. Proyecto de Escultura Ibérica de la U.A.M.

Al igual que con el fragmento de la divinidad hexáptera del lado occidental, se emplearon las más novedosas tecnologías para intentar una reconstrucción y “restauración” de la escena del banquete, y, de este modo, se puede desterrar definitivamente la idea sostenida por algunos autores de que el pie de la figura monstruosa sedente se apoya sobre un escabel<sup>487</sup>, confusión causada por el hecho de que la zona donde

<sup>482</sup> Felino en opinión de Almagro-Gorbea 1982: 254.

<sup>483</sup> Blázquez Pérez 1995f: 222.

<sup>484</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 201.

<sup>485</sup> Blázquez Pérez 1995f: 222.

<sup>486</sup> Almagro-Gorbea 1993-1994: 114.

<sup>487</sup> Olmos Romera 1996a: 106; Fernández Rodríguez 1996: 300.

se apoya ese pie muestra una pequeña sombra producida por un roto en la moldura inferior<sup>488</sup>.

También se ve claramente que una pequeña forma de la esquina inferior derecha, interpretada por el investigador Fernández Rodríguez como la cola del ser monstruoso de forma equina que sostiene el cuchillo afalcado<sup>489</sup>, puede, mejor, ser interpretada como un fragmento de la pierna de otro ser monstruoso que se situaría detrás.

Ésta nos parece la idea más acertada, ya que se correspondería con la escena de procesión de personajes y ofrendas que presentaría originalmente este lado del friso. Posteriormente defenderemos que la escena del banquete incluye siete personajes de pie frente a las figuras sentadas en el trono<sup>490</sup>.

Blánquez Pérez también avanza la hipótesis de que la doble cabeza superpuesta de ese personaje no estaría representando a una divinidad de dos cabezas sino que estaría en relación con la presencia de dos personajes divinos distintos, quedando el de atrás oculto por el cuerpo del otro, con lo que la representación de la cabeza superior se debe interpretar como un modo de poner en conocimiento del espectador la presencia de esa segunda divinidad detrás de la que muestra su cuerpo entero<sup>491</sup>.

Su idea viene propiciada por el hecho de que la divinidad sentada ya sostiene un

cuenco en su mano izquierda y la pata del jabalí en su mano derecha, por lo que “no parece lógico que el sirviente que porta nuevas viandas<sup>492</sup> y que aparece representado por detrás de la mesa atendiera las necesidades de este personaje. Podría ser, más bien, que atendiera a un segundo personaje tan sólo representado por la cabeza dispuesta por el artesano encima del otro ser divino.”<sup>493</sup>.

López Pardo mostró en un principio su acuerdo con esa opinión de Blánquez Pérez y ello le permitió ofrecer su propia interpretación de este panel relivario<sup>494</sup>.

Él propuso identificar esos personajes con los dioses Nergal y Erra en el inframundo.

Posteriormente defendió que se trataba del dios El/Baal Hammón (Kronos), quien procuraría la inmortalidad al difunto<sup>495</sup>

### La escena del lado Sur

Aprovechando el ancho del sillar con la escena del banquete en su vertiente Este, se representó el inicio del friso correspondiente a este lado Sur, del mismo modo que había ocurrido con la esquina coincidente a los lados Norte y Este<sup>496</sup>.

<sup>488</sup> Blánquez Pérez 1999c: 266.

<sup>489</sup> Olmos Romera 1996a: 300.

<sup>490</sup> *Vide infra*.

<sup>491</sup> Blánquez Pérez 1999c: 266.

<sup>492</sup> Otro cuenco con víctima humana.

<sup>493</sup> *id.* 1999c: 266.

<sup>494</sup> 2009.

<sup>495</sup> 2006: 165.

<sup>496</sup> *Vide supra*.

Pese a que sus medidas, o bien no se han publicado o bien han sido consideradas “desconocidas”<sup>497</sup>, teniendo en cuenta que la escena se representó en el sillar antes analizado, y dada la regularidad de talla en todos sus lados<sup>498</sup>, sus dimensiones serán, por tanto, las mismas que las de la escena del banquete pero en distinto orden: longitud: 33cm.; altura: 59cm.; grosor: 87 cm.

Una vez más recurrimos en primer lugar a la descripción del fragmento hecha por el excavador: “dicho sillar [...] ofrecía al Sur un personaje con casco redondo y casi semiesférico con cimera de penachos tremolantes que avanza hacia el Oeste llevando un pequeño escudo circular y una lanza. Lleva las piernas desnudas y viste una túnica corta, de terminación cóncava sobre las piernas y un cinturón alto y estrecho que da al personaje un talle de avispa.”<sup>499</sup>.

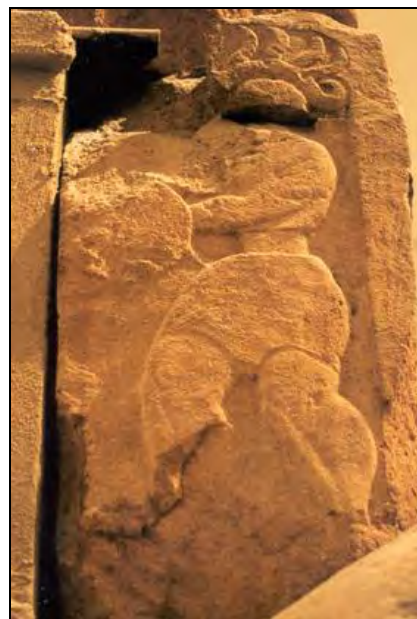


FIGURA 10.68: Relieve del guerrero. Esquina Sureste del friso del monumento

Las características iconográficas presentes llevaron a Almagro-Gorbea a identificar al personaje como una divinidad de carácter guerrero y protector, del tipo *smitting god* característico del arte oriental y orientalizante<sup>500</sup>. En caso de no poder ser interpretado como el dios fenicio-cananeo Reshef<sup>501</sup>, parece adecuado ver en él a una divinidad guerrera tutelar del rey enterrado relacionada con el culto a los antepasados<sup>502</sup>.

Numerosas otras opiniones han aparecido a lo largo de los años; así, Blázquez Martínez lo consideró un “dios de la tor-

<sup>497</sup> Castelo Ruano 1995: 367.

<sup>498</sup> A juzgar por las fotografías de este sillar *in situ* tomadas durante las campañas de excavación.

<sup>499</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 196.

<sup>500</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 196; *id*, 1993-1994:114.

<sup>501</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 197.

<sup>502</sup> *id*, 1993-1994: 114.



menta<sup>503</sup>, conocida divinidad de la religión hitita<sup>504</sup>; del mismo modo, este investigador también avanzó la idea de que ese personaje estaría representando al propio difunto<sup>505</sup>, ambas ideas rechazadas por Almagro-Gorbea, por falta de elementos de juicio en el primer caso y por el contexto mitológico de todas las escenas en el segundo<sup>506</sup>. Años después, Blázquez retomó esa idea de la representación del reyezuelo difunto heroizado, pues la idea de Reshef debe ser descartada “al no ser éste un dios especialmente vinculado con la Ultratumba”<sup>507</sup>.

Ricardo Olmos, siempre con sus interesantes aproximaciones a la iconografía del monumento, descarta la idea de que la figura represente al dios Reshef, e introduce la duda sobre si este personaje se presentaría aislado, con un carácter principalmente simbólico, o si más bien, estaría enfrentándose a un oponente, introduciendo así el motivo iconográfico de lucha heroica, de monomaquia, como las conocidas en el conjunto escultórico de Porcuna o en un sillar de esquina del monumento de Osuna. De este modo, “una monomaquia en “Pozo Mo-

ro” reforzaría el programa iconográfico de exaltación del héroe”<sup>508</sup>.

Recientemente, se ha despertado la discusión sobre si esta figura lleva grebas o *cnémides*; Ricardo Olmos hace una enumeración de la panoplia del guerrero un tanto distinta a la proporcionada por el excavador: casco con penacho o crestón flameante, que al apenas dejar sitio para la moldura ensalza el tamaño y la impresión de poder; túnica ceñida por cinturón ; *caetra* o escudo redondo, tal vez un puñal y *cnémides* o grebas -apenas visibles-<sup>509</sup>. Será interesante volver posteriormente sobre el tema de la panoplia de este personaje<sup>510</sup>.

Para Michael Blech, la actitud del personaje se enmarca, al igual que sostiene Almagro-Gorbea, dentro de la amplia tradición del *smittig god*, pero teniendo en cuenta que esa iconografía conforma una amplia antología, desde el mismo dios Reshef a un dios local. Coincidiendo con Ricardo Olmos, pese al contexto desconocido en que se encuadraría la figura, considera que lo más probable es el hecho de que este personaje estaría enfrentándose a un contrincante, bien un hombre o un monstruo, antes que tratarse de una representación singular<sup>511</sup>.

Como se puede ver, la posición defendida por Olmos ha sido la que más repercusión ha tenido en los últimos años, añadiéndose a la lista de sus seguidores Anto-

<sup>503</sup> Blázquez 1979: 148, n. 44.

<sup>504</sup> “¡Pero el gran rey, el Tabarna, después de haber aniquilado al rey de Khashshum y [al rey] de Khakhhum, arrasó [la ciudad], haciendo ver [su] humo al dios del sol de los cielos y al dios de la tormenta, y unció al rey de Khakhhum delante de su carro!”, extracto de los “anales” de Khattushili I [h. 1650 a.C.] en Liverani 1995: 344; el subrayado es nuestro.

<sup>505</sup> Blázquez 1979: nota 5.

<sup>506</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 196 -nota 90-.

<sup>507</sup> Blázquez Y Castillo 1991: 148; Blázquez 1993: 132-133.

<sup>508</sup> Olmos Romera, 1996a : 109.

<sup>509</sup> Olmos Romera, 1999 : IV-92.3.

<sup>510</sup> *Vide infra*.

<sup>511</sup> Blech 1997: 201.



nio Madrigal, para quien esta figura de varón representa a un guerrero heroico, símbolo de la monarquía heroificadora. Del mismo modo, a esta escena le falta su otra mitad, completando un combate o una lucha<sup>512</sup>.

Así mismo, Fernández Rodríguez opina que, dados los elementos de su representación, no hay duda de que nos encontramos ante una divinidad. Héroe o dios, en este caso guerrero, tras la comunión mística con la divinidad a través del banquete del friso anterior, está capacitado para entrar en las regiones sagradas, los territorios de la Muerte; cumplido este objetivo, el final de su periplo será el acceso definitivo al poder, la sacralidad y la inmortalidad<sup>513</sup>.

Con respecto a la panoplia que porta este guerrero surgen las primeras contradicciones. Almagro-Gorbea fue el primero en señalar un equipamiento que constaría de casco con cimera, un pequeño escudo circular y una lanza<sup>514</sup>. Por supuesto, una de las primeras cuestiones que llamó la atención fue el hecho de que este guerrero no llevase grebas o *cnémides* protegiendo sus espinillas en un contexto tan claro de lucha, y sin embargo éstas sí estuviesen presentes en el personaje de otra metopa del mismo friso<sup>515</sup>.

Dentro de la investigación, son varias las posiciones adoptadas; desde aquellos

que optan por considerar una presencia cierta, aunque apenas visible, de esas grebas<sup>516</sup>, a aquellos que no reparan en ellas, posiblemente por considerarlas inexistentes<sup>517</sup>.

Lo cierto es que en las piernas del personaje se aprecia una finísima línea en las espinillas que podría parecer un intento de representar esa indumentaria protectora, pero sin embargo, a la hora de comparar este relieve con el ya mencionado del lado Norte se observa que las coincidencias son nulas. Si se consideran grebas la protección de las piernas del personaje del lado Norte, carecen de peso los argumentos que también quieren ver su presencia en la figura del guerrero. Evidentemente, esto extraña a primera vista, ya que no se explica que un guerrero totalmente pertrechado carezca de grebas, más aún cuando sí se documenta su representación en bajorrelieves del mismo friso.

La explicación no es fácil, e intentaré abordarla un poco más adelante, cuando proponga una posible interpretación de esta escena.

Otro punto a destacar es la discusión en torno a la cimera del casco que protege la cabeza de este personaje. Almagro-Gorbea la interpretó, en primer lugar, como formada por rayos tremolantes o cuernos<sup>518</sup>, y posteriormente, consideró más acertado ver en ella una cimera de pena-

<sup>512</sup> Madrigal Belinchón 1999: 7-8.

<sup>513</sup> Fernández Rodríguez 1996: 305.

<sup>514</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 260; *id.* 1983a: 196.

<sup>515</sup> El personaje que porta el árbol del episodio del lado Norte nosotros consideramos que portaría un hacha (*vide supra*).

<sup>516</sup> Olmos Romera 1999: IV-92.3.

<sup>517</sup> Blech 1997: 200-201.

<sup>518</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 260.

chos ondeantes, con paralelos en el mismo Mundo Ibérico<sup>519</sup>.

Blázquez Martínez adoptó la primera posición de Almagro-Gorbea, identificando los detalles superiores con cuernos<sup>520</sup>, y otros investigadores han optado por considerar ese mismo elemento decorativo como un “penacho o crestón flameante”<sup>521</sup>.

Con respecto a otro aspecto de la panoplia, también nos gustaría entrar en un profundo análisis. Almagro-Gorbea ya señaló que este personaje portaba una lanza en su mano derecha<sup>522</sup>, pero, sin embargo, recientemente, Olmos considera que, tal vez, el arma que sostiene sea un puñal, desechando la idea de la lanza<sup>523</sup>.

A juzgar por lo conservado del bajo-relieve, se debe desechar por completo la hipótesis de Olmos, ya que se observa claramente cómo entre el escudo y el cuerpo del personaje surge el asta de la lanza, que

---

<sup>519</sup> Almagro-Gorbea (*id.* 1983a: 196, n. 90.) lo pone en relación con un casco procedente de la necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia), publicado por Emeterio Cuadrado (1968, 148 y ss.). Recientemente, Blech resalta la equivalencia de la cresta del casco con la de ese ejemplo de El Cigarralejo, aunque haciendo notar que en este último ejemplo el carácter es mucho menos llamativo, además de ser cronológicamente posterior en un siglo. Pese a ello, relaciona ambos casos por considerar que “evidentemente se utilizaba un casco de origen tipológico oriental” (Blech 1997: 201-202).

<sup>520</sup> Blázquez 1979: 148 fig. 5.

<sup>521</sup> Olmos Romera 1996a: 108-109; *id.* 1999: IV-92.3.

<sup>522</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 196. Es interesante recoger aquí el testimonio de Estrabón en el que menciona que “los iberos eran, por decirlo así, todos peltastas”, que en los ejércitos griegos venía a significar que portaban un armamento ligero, basado en un pequeño escudo y una jabalina (*Geografía*, III, 4, 14).

<sup>523</sup> Olmos Romera 1999: IV-92.3.

sostendría con la mano derecha al tener ocupada la izquierda con el escudo.

Con respecto a la colocación y posición de los brazos también conviene hacer una matización no señalada nunca hasta ahora en la investigación de los relieves: Almagro-Gorbea hizo mención a que por la “actitud con las piernas abiertas y el brazo izquierdo sosteniendo el escudo a media altura y el derecho alzado sosteniendo la lanza en una actitud como de ataque muy característica” este personaje podía ser interpretado con cierta seguridad como un *smiting god*<sup>524</sup>.

La figura presente en la esquina Suroriental del friso formaría parte de un conjunto en el cual atacaría o se defendería de algún ser o persona frente a él.

Los dos fragmentos restantes fueron encontrados totalmente descontextualizados, al haber sido recuperados del majano de piedras asentado sobre el yacimiento. Almagro-Gorbea les supuso una atribución a los lados Sur u Oeste<sup>525</sup>. Se ve aquí, pues, que el emplazamiento de estos dos fragmentos siempre ha sido considerado dudoso<sup>526</sup>.

La primera escena a comentar es de carácter sexual. “en la que un personaje mas-

---

<sup>524</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 196-197.

<sup>525</sup> Ambos lados fueron los más afectados por la reutilización posterior del espacio en torno al monumento. La dirección de caída del edificio hacia el Norte y Este habría producido una desaparición de los restos caídos de los lados Sur y Oeste, que se encontrarían cubriendo los sillares de los lados Norte y Este, por ello conservados en mayor número.

<sup>526</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 203.

culino desnudo, a la izquierda, abraza, cogiendo por el hombro, a una figura, seguramente femenina, situada frente a él. La figura femenina parece tener la espalda cubierta por una túnica y dirige su mano izquierda al vientre del personaje masculino, justo sobre el testículo y el pene, que parece introducirse en el personaje femenino”<sup>527</sup>.

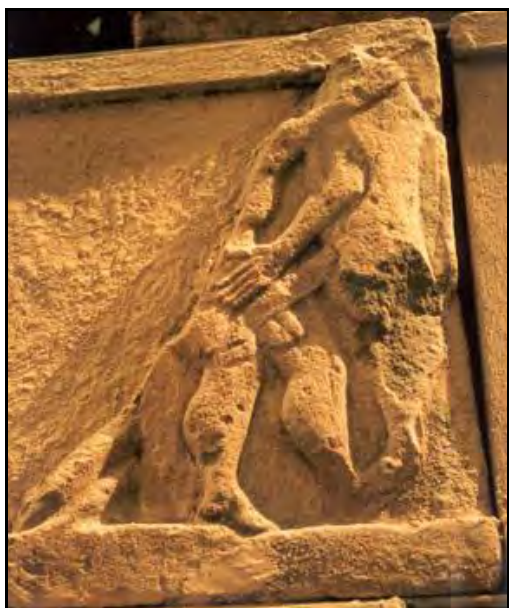


FIGURA 10.69: Escena de acto sexual. Lado Sur del friso del monumento

Lo conservado del relieve presenta las siguientes medidas: Longitud: 69 cm.; altura: 69 cm.; grosor: 23 cm.<sup>528</sup>. La medida de la altura es errónea por la misma razón que ya se vio anteriormente al tratar el frag-

<sup>527</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 203-204.

<sup>528</sup> Según Daudén Sala 1978: 34.

mento del lado Oeste<sup>529</sup>: al pertenecer esta escena al friso corrido, su altura debe estar comprendida entre los 59 y los 61 cm. por lo que probablemente nos encontremos, una vez más, ante un error de impresión. En publicaciones posteriores también se recogerá este error<sup>530</sup>, por lo que, de nuevo, es conveniente realizar la corrección para que ese error original no pueda llevar a nuevas equivocaciones en el estudio de los relieves del monumento : la altura de ese fragmento, medida en función de su inclusión en la reconstrucción presente en el M.A.N., es de 54,5/55 cms.

Las roturas impiden apreciar las cabezas de ambos personajes, desaparecidas, y los límites de la escena, aunque detrás de la figura masculina se aprecian unas molduras oblicuas que pudieron ser las que delimitasen la escena<sup>531</sup>.

La interpretación avanzada por Almagro-Gorbea se relaciona con una *hierogamia* en la que se uniría una pareja divina de funciones creadoras y de fecundidad, dando lugar así a la perpetuación de la estirpe del dinasta<sup>532</sup>.

Una vez más, el número de interpretaciones por parte de los investigadores es muy abundante. Empezaremos por José María Blázquez, quien ve en esta escena una representación del matrimonio sagrado entre Innana-Istar y Dumuzi-Tammuz, in-

<sup>529</sup> *Vide supra*.

<sup>530</sup> Castelo Ruano 1995: 62.

<sup>531</sup> Almagro-Gorbea 1983a : 204.

<sup>532</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 204 ; *id.* 1993-1994: 114.

cluyendo nuevamente la mitología y creencias orientales en el friso de “Pozo Moro”<sup>533</sup>.

Blázquez también ha defendido, siguiendo a Blanco Freijeiro, que tal vez el espectador se encontrase observando la relación entre Enkidu y la ramera del Poema de Gilgamesh<sup>534</sup>. Ambas posiciones ya fueron ampliamente rechazadas por Almagro-Gorbea<sup>535</sup>.

En nuestra opinión, la primera identificación realizada por Blázquez Martínez que hemos expuesto no estaría muy desencaminada<sup>536</sup>.

Tomemos ahora la posición, siempre inspirada e interesante, de Ricardo Olmos, que ha servido de referente para la investigación más actual. En primer lugar conviene resaltar un aspecto de su argumentación que le servirá para apoyar toda su interpretación: la figura femenina, a la derecha de la escena, es de mayor tamaño, hasta el punto de que su cabeza probablemente estaba inclinada sobre la del hombre, pues de lo contrario superaría el margen superior de la metopa.

Esta diferencia de tamaño estaría aludiendo al carácter divino de la figura femenina frente a la condición mortal del varón. Sin embargo, la inclinación del rostro de la diosa debe ser interpretado como un gesto de aceptación, así como extender sus manos hacia el varón; de ese modo el acto sexual

quedaría legitimado ante los hombres<sup>537</sup>. La presencia de las molduras oblicuas a la izquierda de las figuras estaría representando el fuste acanalado de una columna, con lo cual la escena debería ser incluida en un espacio arquitectónico, en el espacio sagrado de un templo. Las piernas de la figura masculina reflejan movimiento, con lo cual harían referencia a su entrada en ese recinto sagrado. Sólo el rey o héroe puede acceder al interior del templo, es el único elegido que tiene derecho a compartir el amor de los dioses y, de esa misma manera, acceder definitivamente al poder monárquico<sup>538</sup>.

El misterio de lo ocurrido en el interior del templo, vedado para los demás hombres, queda reflejado por mediación de esta representación a la vista de todos, que, por ello, tendrán conocimiento de que el monarca ha sido legitimado por la divinidad. Ese monarca mítico será el engendrador, junto con la diosa, de un linaje y su fecundidad será también la del reino<sup>539</sup>. A partir de aquí se puede optar por dos lecturas distintas: las hazañas ya reflejadas en otras metopas de los relieves le permiten al héroe acceder al amor de la diosa. La otra lectura considera que cada escena tiene unidad narrativa en sí misma, y por ello no habría una secuencia narrativa en el friso, sino que las hazañas simplemente se yuxtaponen<sup>540</sup>.

En esta ocasión, investigadores como Blech o Madrigal no llegan a aportar ningún

<sup>533</sup> Blázquez Martínez, 1979: 164 y ss..

<sup>534</sup> Blázquez 1979: 150; Blázquez y Castillo 1991: 148.

<sup>535</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 204, n. 139.

<sup>536</sup> *Vide infra*.

<sup>537</sup> Olmos Romera 1996a: 111-112.

<sup>538</sup> Olmos Romera 1996a: 111; *id.* 1999: IV-71.1.

<sup>539</sup> Olmos Romera 1996a: 112.

<sup>540</sup> Olmos Romera 1999: IV-71.1.

nuevo elemento a la discusión, limitándose a seguir al pie de la letra las teorías de Olmos<sup>541</sup>.

Fernández Rodríguez, también siguiendo a Olmos, supone que el matrimonio sagrado habilitaría al monarca para cumplir sus funciones divinas o mágicas y representaría la consumación del proceso de deificación del héroe regio de “Pozo Moro”. En relación con todo ello podría estar la simbología de que el valor generativo de la cópula haría alusión en este caso a la regeneración y perpetuación de la vida en ultratumba, también realzado por el léxico de figuras negras incluido en el ajuar con escena de sátiros persiguiendo a una ménade, de claras connotaciones sexuales<sup>542</sup>.

Por último se llega al último bajorrelieve incluido en el primer montaje en este lado Sur. Ya hemos hablado de este fragmento. Se trata de una escena que presenta tres cabezas de felino<sup>543</sup> monstruosas que escupen lenguas de fuego o rugidos por la boca (Longitud: 39 cm.; altura: 38 cm.; grosor: 18 cm.)<sup>544</sup>



FIGURA 10.70: Relieve que representa las tres cabezas de un ser monstruoso

Esas tres cabezas, de largas melenas, se han tallado superpuestas una encima de la otra, y sus “rugidos” se representan por medio de unas molduras similares a las de los monstruos presentes en la escena del personaje dendróforo<sup>545</sup>. Entre las distintas identificaciones, varios investigadores hicieron propuestas basadas en paralelos conocidos para el mundo griego y la cosmogonía oriental. Almagro-Gorbea relaciona esas cabezas con la Hydra y sus precedentes orientales, mientras que Blázquez se inclina más por una interpretación como la Quimera de tres cabezas mencionada por Hesíodo (*Theogonia* 320-324)<sup>546</sup>

<sup>541</sup> Blech 1997: 204; Madrigal Belinchón 1999: 8.

<sup>542</sup> Fernández Rodríguez 1996: 312.

<sup>543</sup> ¿Tal vez de león?

<sup>544</sup> Según Chapa Brunet 1980: 377.

<sup>545</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 204 y nota 141. *Vide supra*.

<sup>546</sup> Blázquez 1979: 165; Almagro-Gorbea 1983a: 204 nota 141.



### El sillar con bajo relieve simétrico

Correspondiendo probablemente a la octava hilada del monumento<sup>547</sup> se halló, entre los bloques derrumbados del lado Este, un sillar con relieves enmarcados por una pequeña moldura en todo su contorno con una curiosa escena heráldica o simétrica<sup>548</sup>. Justamente fue la gran distancia entre el lugar donde fue encontrado y la base del monumento la que llevó al excavador a situarlo en una hilada tan elevada.

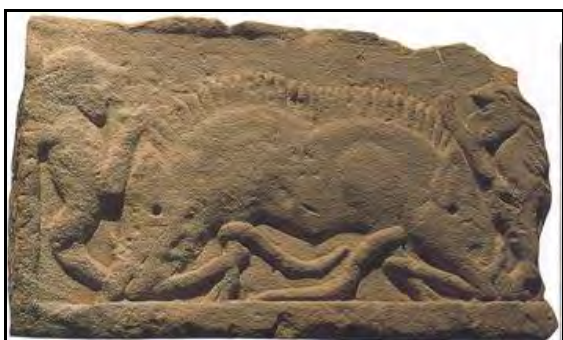


FIGURA 10.71: Sillar con bajo relieve simétrico. A la izquierda, fotografía del estado en que fue hallado.

Esta representación (Longitud: 79 cm.; altura: 43 cm.; grosor: 29 cm.<sup>549</sup>) incluía un jabalí central bifronte luchando con dos seres, situados uno ante cada cabeza del animal. Estos seres son mitad humanos en su parte superior, mitad serpentiformes,

---

<sup>547</sup> Vide supra.

<sup>548</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 262; id. 1983a: 205.

<sup>549</sup> Según Chapa Brunet 1985: 74.

enroscando sus terminaciones en las patas del jabalí. La parte humana de esos seres mixtos luce una larga melena, nariz picuda, ojo amigdaloides oblicuo y un brazo estirado terminado en una mano bien representada. El jabalí presenta una larga crin erizada, una gran cabeza con largos colmillos y grandes orejas triangulares que en el arranque ofrecen un agujero, así como unas extremidades señaladas con contornos redondeados<sup>550</sup>.

Ricardo Olmos interpretó esos agujeros en el arranque de las orejas como los ojos del animal, que habrían estado incrustados, supuestamente, de pasta vítrea<sup>551</sup>.

El excavador interpreta la escena como un episodio mitológico de enfrentamiento entre fuerzas ctónicas, dado el carácter funerario del jabalí y el ctónico de la serpiente<sup>552</sup>, evidenciando la semejanza de los seres serpentiformes con Tifón en la mitología e iconografía griega.

En relación con este sillar también abundan las opiniones de los investigadores. Así, es interesante introducir en primer lugar la argumentación de Mónica Ruiz Bremón, para quien la representación del animal no corresponde a un jabalí, sino a un cerdo de un tipo muy determinado (*sus scrofa feras*) que habría sido interpretado, como otras muchas veces ocurre con el arte antiguo, como un jabalí, mientras que en

---

<sup>550</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 205.

<sup>551</sup> Olmos Romera 1996a: 106.

<sup>552</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 205.



razón de sus significado y funcionalidad, la imagen es de cerdo<sup>553</sup>.

Se apoya en el carácter funerario atribuido a este último animal por numerosas culturas de la Antigüedad, para quienes su vertiente benéfica vendría dada por el hecho de hozar la tierra y comer las larvas, gusanos y lombrices que acosarían al espíritu de los muertos: “animal de carácter apotropaico, el cerdo, en lucha contra un espíritu adverso de la ultratumba, el gusano”<sup>554</sup>. El gusto por la representación del doble prótomo, así como conceptual y formalmente nos encontraríamos ante una influencia italo-etrusca, frente al estilo y temas de tipo neohitita presentes en los relieves<sup>555</sup>.

Pasando ahora a la opinión de Ricardo Olmos, este investigador no ve en la escena la representación de una lucha sino de un surgimiento sagrado, ctónico. El jabalí actuaría como engendrador, al hozar la tierra, de un ser híbrido, serpentiforme en su origen y que va tomando forma humana mientras se enrosca en las patas del animal que lo engendra.

Esa plasmación de dos seres dobles y metamórficos haría referencia a un espacio y tiempo míticos, a un origen cósmico y mítico de la vida frente a la imagen de la muerte, simbolizada en el monumento funerario<sup>556</sup>. Esta simbología sería adecuada para un mito de autoctonía: el primer varón

nace como una serpiente, sin necesidad de mujer. Este surgimiento sagrado iniciaría así el programa iconográfico del monumento<sup>557</sup>. De acuerdo con esta opinión, el punto inicial de toda la secuencia narrativa del monumento ha de situarse en este bajorrelevé.

José María Blázquez aportó varias opiniones. En una de ellas abogaba por identificar al ser híbrido serpentiforme con Escila<sup>558</sup>, argumentación rebatida por Almagro-Gorbea en base a las diferentes representaciones iconográficas de ambos seres<sup>559</sup>; en otra opinión ponía en relación a ese ser anguipede con representaciones etruscas semejantes, de las estelas de Felsina, adjudicándole, como a éstas, un claro carácter funerario<sup>560</sup>.

Es muy interesante la aproximación a la problemática de este sillar que realiza Fernández Rodríguez, ya que él opina que la duplicidad empleada en esta representación podría estar aludiendo a un “intento de intensificación visual de la posible metáfora que se pretende expresar”<sup>561</sup>. A continuación, y siguiendo a Olmos, considera el relieve una representación de un mito de surgimiento o de tránsito funerario, en el que la oposición entre el mundo de la muerte (jabalí) y el mundo de la vida (ser híbrido) se emplea para expresar una metáfora de regeneración funeraria, de la “vida en la

<sup>553</sup> Ruiz Bremón 1984: 157-158.

<sup>554</sup> *id.* 1984: 156-157.

<sup>555</sup> *id.* 1984: 159.

<sup>556</sup> Olmos Romera 1996a: 105-106.

<sup>557</sup> *id.* 1999: IV-68.2.7.

<sup>558</sup> Blázquez 1979: 165.

<sup>559</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 205, n. 142.

<sup>560</sup> Blázquez y Castillo 1991: 148.

<sup>561</sup> Fernández Rodríguez 1996: 312.

muerte”<sup>562</sup>. Aquí vemos una contradicción con lo expresado por Olmos, ya que éste veía al jabalí como un animal engendrador, creador de vida, frente a la posición aquí recogida de Fernández Rodríguez del jabalí como símbolo de la muerte<sup>563</sup>; sin embargo, pese a esta contradicción en el planteamiento, finalmente llega a las mismas conclusiones que las defendidas por Olmos Romera. Como finalización se ayuda de la coincidencia de opuestos para relacionar el episodio con el posible final de un ciclo, representado por una regresión a la unidad primordial<sup>564</sup> y la instauración de una nueva era regenerada, un nuevo momento histórico, una nueva dinastía<sup>565</sup>.

Otras opiniones se decantan por una posición u otra, normalmente la defendida por Almagro-Gorbea o la defendida por Ricardo Olmos, como en el caso de Teresa Chapa<sup>566</sup>, Antonio Madrigal<sup>567</sup>, etc...

Mencionaremos, no obstante, la de López Pardo, quien ve en esta escena el deceso de *Melqart*, a quien da muerte Tifón<sup>568</sup>.

## Los altorrelieves y otras figuras escultóricas :

Procedentes del majano de piedras o de zonas muy apartadas de la base del monumento contamos con una serie de altorrelieves con figuras de mucho mayor tamaño que las que se han visto con anterioridad al tratar el friso corrido. Por sus lugares de hallazgo, el excavador optó por atribuirles un emplazamiento en un segundo cuerpo superior del monumento<sup>569</sup>.

No se puede dejar de mencionar la representación de manos abiertas bajo una moldura o baquetón sogueado del monumento<sup>570</sup>. Por los dos ejemplos incluidos en la reconstrucción se observa que siempre se representa la mano derecha. Almagro-Gorbea ya señaló la posible función apotropaica de la presencia de esas manos, cuyo simbolismo está documentado en la Península Ibérica ya desde el Período Orientalizante<sup>571</sup>.

El investigador Ricardo Olmos también las relaciona con la protección del monumento, así como con la idea de recuerdo o pervivencia y signo del poder. Los leones y la mano estarían relacionando el monumento con el espacio que lo rodea<sup>572</sup>. No es necesario resaltar la importancia que tiene la “imposición de manos” como elemento religioso en numerosas religiones, con motivo de poner bajo la protección de la divi-

<sup>562</sup> *id.* 1996: 313.

<sup>563</sup> *Vide supra.*

<sup>564</sup> Simbolismo de “la salida de las tinieblas”.

<sup>565</sup> *id.* 1996: 313.

<sup>566</sup> Chapa Brunet 1985: 202.

<sup>567</sup> Madrigal Belinchón 1999: 6.

<sup>568</sup> 2006: 183 y ss.

<sup>569</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 206. *Vide supra.*

<sup>570</sup> *Vide supra.*

<sup>571</sup> Almagro-Gorbea 1982: 243; *id.* 1983a: 207, n. 151.

<sup>572</sup> Olmos Romera 1996a: 104; *id.* 1999: IV-71.1.

nidad a aquella persona u objeto sobre las que éstas se imponen.

Su presencia en el monumento, inmediatamente por debajo de la coronación, debe interpretarse con la representación de la mano de la propia divinidad, y de este modo se pondría en conocimiento de quienes lo observaran que cualquier daño que se le infligiese al edificio sería a su vez infligido a la divinidad, con el importante factor de temor al castigo divino que esas acciones traerían consigo.

Hecho este discurso, otro altorrelieve que aquí se tratará “ofrece la panza y parte trasera de un équido, del cual, en la parte inferior, sale una serpiente que hace una rosca completa y acaba en una cabeza de animal al parecer felina, con ojo amigdaloi-de y fauces abiertas”.

Sus medidas son: Longitud: 60 cm.; altura: 61 cm.; grosor: 13 cm.<sup>573</sup> Sobre el costado de la figura del équido se aprecia una mano empuñando una espada de hoja recta. Por el alisamiento de la parte superior del sillar y lo incompleto de la escena en esa zona, se le supuso una continuación en el sillar que ocupase el piso inmediatamente superior<sup>574</sup>.

---

<sup>573</sup> según Chapa Brunet 1985: 74.

<sup>574</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 207.



FIGURA 10.72: Fragmento de altorrelieve figura-do

Originariamente, Almagro-Gorbea interpretó la escena como una lucha, probablemente entre un jinete y un infante, a juzgar por la presencia de una espada<sup>575</sup>. En otras publicaciones encontramos también recogida esa idea de la representación de un jinete<sup>576</sup>.

Reconociendo una rectificación apuntada por José María Blázquez, Almagro-Gorbea cambió su primera interpretación al advertir que la escena no parecía la representación de un jinete, y, por tanto, no parecía tener relación con la heroización ecuestre<sup>577</sup>, aunque investigadores actuales mantienen esa idea de jinete y heroización ecuestre aún hoy día<sup>578</sup>. Esa rectificación

---

<sup>575</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 266. En términos parecidos respecto a ver en esta escena una lucha, más bien entre un humano y un monstruo tenemos un trabajo reciente de García Cardiel (2014).

<sup>576</sup> Chapa Brunet 1985: 74, 171; Castelo Ruano 1994: 63; Fernández Rodríguez 1996: 305; Daudén Sala 1994: 29.

<sup>577</sup> Almagro-Gorbea 1982a: 260, n. 172; *id.* 1983a: 207, n. 149.

<sup>578</sup> Fernández Rodríguez 1996: 305.

llevó a Almagro-Gorbea a interpretarlo como la lucha de una divinidad o héroe con un monstruo de tipo equino, tal vez un centauro<sup>579</sup>.

Por su parte, José María Blázquez vio en ese altorrelieve la representación de una lucha entre un personaje y la Quimera, posición que aún hoy mantiene y es reflejada por algunos otros investigadores en sus publicaciones<sup>580</sup>.

Muy recientemente, con motivo del Proyecto sobre escultura ibérica llevado a cabo por la U.A.M. se puso de manifiesto un destacado descubrimiento en relación con este fragmento.

Gracias a fotografías tomadas con luz rasante se ha podido observar que la empuñadura de la espada presente en la escena es una cabeza de león con las fauces abiertas y la lengua fuera, en la que también se puede apreciar el ojo amigdaloides del animal. En las propias palabras de Blázquez Pérez: "tipológicamente hablando, y de ahí su interés, esta empuñadura de espada reproduce prototipos del Mundo hitita, cuestión ésta ya apreciada en otros elementos formales, lo que viene a plantear que estos relieves no responden a una iconografía inventada, sino, más bien, a un programa iconográfico de un tiempo cultural concreto"<sup>581</sup>.

Esto debería ser tomado como otra prueba más de que el monumento de "Pozo

Moro" aún puede depararnos muchas sorpresas inesperadas.

Dejemos aquí de momento esta discusión sobre la identificación de esa escena para centrarnos en otro fragmento escultórico tallado en altorrelieve (Longitud: 61 cm.; altura: 40 cm.; grosor: 19 cm.<sup>582</sup>); este otro fragmento ofrece restos de una cola de pez o posible figura de monstruo pisciforme<sup>583</sup>. Fue denominado nº 58, encontrándose en el lado Norte del monumento, aproximadamente a unos 2,20 metros de su base. En un primer momento, el excavador lo identificó con un tritón o monstruo mitológico similar pero sin desechar la posibilidad de que se tratase de la representación del dios fenicio *Yam*<sup>584</sup>.

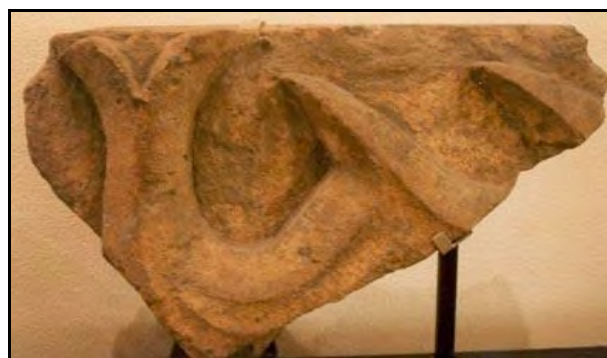


FIGURA 10.73: Fragmento de altorrelieve con representación de un ser pisciforme

Dado lo fragmentario de la figura, pocos investigadores se han aventurado a dar otra

<sup>579</sup> Almagro-Gorbea, 1982a : 26, n. 172.

<sup>580</sup> Blázquez 1979: 154; *id.* 1993: 133; Fernández Rodríguez 1996: 305.

<sup>581</sup> Blázquez Pérez 1999d.

<sup>582</sup> Según Chapa Brunet 1980: 375.

<sup>583</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 262, 266; *id.* 1983a : 206.

<sup>584</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 266; *id.* 1982: 259; *id.* 1983a: 206.

interpretación diferente, conformándose muy prudentemente con mencionar la presencia de un ser o monstruo pisciforme tipo Tritón<sup>585</sup>, un ser acuático tal vez tipo tritón<sup>586</sup>, un *kétos* o monstruo marino<sup>587</sup>, etc... El propio Ricardo Olmos le atribuye una simbología relacionada con una posible función psicopompa, y destaca que el tratamiento escultórico es diferente a las demás piezas, por lo que tal vez deba considerarse el hecho de que no perteneciese al monumento turriforme, pese a lo que “tampoco podría ir cronológicamente muy lejos” de éste<sup>588</sup>.

Fernández Rodríguez, tras mostrar serias dudas ante la identificación del fragmento con el dios *Yam*, destaca que la verdadera importancia de esa imagen reside en la introducción del factor agua en la mitología y la escatología ibérica. Ese monstruo marino podría ponerse en relación con “la concepción de un tránsito ultraterreno combinado, en el que el agua constituiría un puente de paso obligado”, ya que no sólo representaría la “vida” que está concentrada en el agua, sino también la idea de un viaje *postmortem* por el mar<sup>589</sup> y el símbolo de los obstáculos que todo itinerario iniciático presenta<sup>590</sup>, es decir, la misma función psicopompa que le atribuye Ricardo Olmos.

---

<sup>585</sup> Madrigal Belinchón 1999: 8.

<sup>586</sup> Castelo Ruano 1995a: 63.

<sup>587</sup> Olmos Romera 1986: 13.

<sup>588</sup> Olmos Romera 1989: 46.

<sup>589</sup> Como en muchas religiones orientales y mediterráneas antiguas (Fernández Rodríguez 1996: 310-311).

<sup>590</sup> Fernández Rodríguez 1996: 310-311.

## Otros fragmentos escultóricos

No se han conservado otros fragmentos apreciables de altorrelieves, pero sí se conocen otras figuras escultóricas que, posiblemente, habrían pertenecido al monumento. Entre ellas destaca la representación de un animal que ha sido calificado de varias maneras a lo largo de los años : “bicha tumbada”<sup>591</sup>, “posible cáprido”<sup>592</sup>, etc...

422



FIGURA 10.74: Figura zoomorfa conocida como “bicha”

Para su descripción es conveniente acudir a la realizada por Chapa Brunet en

---

<sup>591</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 207.

<sup>592</sup> Chapa Brunet 1985: 73.



su magnífico trabajo sobre la escultura zoomorfa ibérica: “los ojos son ovalados, y los párpados se señalan por incisión. Las orejas son alargadas y apuntadas, pegadas a la cabeza y con el lóbulo interno cóncavo. Dos cuernos corren pegados a la línea del dorso. La escápula y el dorso conservan el inicio, y seguramente las patas estarían plegadas bajo el vientre”. Sus medidas: Longitud: 82 cm.; altura: 37 cm.; grosor: 10,5 cm.<sup>593</sup>

Este fragmento, realmente consistente en dos reunidos posteriormente, fue hallado en el lado Norte del monumento<sup>594</sup>. Su parte superior<sup>595</sup> se halló muy cerca de la base, junto a los restos del bajo relieve de ese lado, mientras que la parte inferior del cuerpo<sup>596</sup> apareció, sin embargo, a una gran distancia, aproximadamente a algo más de 7 metros de la base en dirección Noreste.

Esta figura escultórica debe ponerse en relación con otros dos fragmentos de animales no asociables a ningún tipo de relieve conocido del monumento. El primero es la cabeza de un animal indeterminado, posiblemente un herbívoro<sup>597</sup>, que fue identificado como la cabeza de un caballo por Almagro-Gorbea<sup>598</sup>.

---

<sup>593</sup> según Chapa Brunet 1985: 73.

<sup>594</sup> Almagro-Gorbea 1983a: Fig. 8.

<sup>595</sup> Señalada en los dibujos con el nº 61.

<sup>596</sup> Señalada en los dibujos como 2D1.

<sup>597</sup> Chapa Brunet 1985: 73.

<sup>598</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 207.



FIGURA 10.75: Fragmento de cabeza de caballo. A la derecha fotografía tomada el mismo día de su descubrimiento

Para su descripción nos basaremos, una vez más en la realizada por Teresa Chapa: “La boca está indicada por una incisión horizontal profunda. El morro es plano, y el tabique nasal liso. Los ojos son pequeños y ovalados, distinguiéndose sobre ellos la frente mediante un resalte. Dos orejas pequeñas y triangulares se pegan al arranque de un grueso cuello. Sobre la frente se sitúa un adorno en forma de fleco, con su superficie estriada”<sup>599</sup>. Probablemente, basándose en este fragmento se apoya la hipótesis de Almagro-Gorbea de que el monumento podría haber estado rematado por la figura de un jinete<sup>600</sup>. En los dibujos de la excavación a esta pieza se la designó como 2F1 y fue hallada aproximadamente a unos 5,6 m. de los sillares de la base del monumento hacia el Noroeste.

También conviene hacer referencia a otra opinión de este mismo investigador, en

---

<sup>599</sup> Chapa Brunet 1985: 73.

<sup>600</sup> Almagro-Gorbea 1996: 62.



la cual apunta la posibilidad de que estas piezas hubiesen correspondido a acróteras que decorasen la coronación del edificio<sup>601</sup>.

El otro fragmento al que se ha hecho mención es la representación de una pata doblada de herbívoro, “quedando el antebrazo bajo el brazo”. Sus medidas son: Longitud: 18,5 cm.; altura: 13,5 cm.; grosor: 8 cm.<sup>602</sup>

Por su fragmentación y descontextualización, no parece posible por el momento entrar en valoraciones más profundas, salvo el poner este fragmento en relación con los dos últimos comentados.

Estos tres fragmentos comentados son claramente relacionables, aparte de por aspectos estilísticos<sup>603</sup> y de tamaño, por pertenecer a animales exentos<sup>604</sup> y no tallados en relieve en un sillar.

Por último, queda por mencionar otra pieza que comúnmente ha sido denominada como “figura de centauro”. Se pueden observar las piernas y cintura humanas, con un calzón, y una parte posterior equina añadida a ese cuerpo<sup>605</sup>. Por su muy alto relieve el excavador considera que pudo corresponder a un sillar de esquina, tal vez como jamba de la puerta de una posible cámara interior en el segundo cuerpo del

edificio<sup>606</sup>. Sus medidas son: Longitud: 46 cms.; altura: 54 cms.; grosor: 16,5 cms.



FIGURA 10.76: Fragmento de una figura de centauro

Su pertenencia al programa iconográfico del monumento también ha sido cuestionada<sup>607</sup>. Su interpretación es también muy compleja. Su relación más con los gustos griegos que orientales hace que pueda ser considerado como difícilmente adscribible al monumento turriforme, pero a la vez plantea muchas incógnitas en el caso

---

<sup>601</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 207.

<sup>602</sup> Chapa Brunet 1985: 73.

<sup>603</sup> Los ojos ovalados, entre otros.

<sup>604</sup> A juzgar por lo conservado de ellos.

<sup>605</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 207.

---

<sup>606</sup> *id.* 1983a: 207.

<sup>607</sup> Castelo Ruano 1990: 41.

de que sí sea incluido dentro de las representaciones escultóricas de éste.

La representación que se hace de este ser responde a la concepción griega arcaica y a las próximas orientales precedentes de la misma: un cuerpo humano al que se le añaden unos cuartos traseros de equino. Esta concepción del centauro, que posteriormente cambiará, se documenta en la Península, en determinados ejemplos, también con una cronología bastante baja, del s. VI a.C.<sup>608</sup>

Con respecto a la interpretación de esa figura destaca principalmente la opinión de Ricardo Olmos, quien tras poner en relación esa forma de representación con la forma más arcaica de iconografía de los centauros, lo interpreta, al igual que el monstruo marino, como una figura de función psicopompa, aunque llega a considerar que perteneció, probablemente, a otro conjunto de la misma necrópolis y no al monumento turri-forme en sí<sup>609</sup>.

Siguiendo la opinión de este investigador, Fernández Rodríguez también identifica a este ser de naturaleza mixta con una clara función funeraria, como un mediador semidivino entre el ámbito de los hombres y el de los dioses infernales<sup>610</sup>.

Otra posibilidad que no excluye la anterior se puede deducir de un detalle presente en esta figura de centauro y que ya

---

<sup>608</sup> Sin ir más lejos el centauro de Royos, proveniente también del Sudeste de la Península (Olmos Romera 1998: 122).

<sup>609</sup> Olmos Romera 1983: 381; *id.* 1986: 11; *id.* 1989: 46; *id.* 1999: 23.1.3.

<sup>610</sup> Fernández Rodríguez 1996: 302.

hemos mencionado: La parte humana de este ser se representa vestida con un calzón corto.

El hecho de que el centauro esté vestido ha sido puesto en relación con la concepción de que se trata de un “ser civilizado”, pues dentro de la mitología griega se produjo un cambio en la identificación de estos seres. Cuando en el arte se les representa vestidos se hace referencia a su carácter civilizado, como es el caso del centauro Quirón, maestro de Herakles, o del centauro Folo.

Sin embargo, posteriormente, la figura del centauro se consideró sinónimo de salvajismo, con pasión desmesurada por el vino y las mujeres<sup>611</sup>, tal y como fueron representados estos seres en los frisos del Partenón de Atenas, en plena lucha con los lapitas. Otros ejemplos de la representación de los centauros presentes en nuestra Península, sin embargo, reflejan el caso de esos centauros “salvajes”<sup>612</sup>.

Una vez más observamos que el caso de “Pozo Moro” prácticamente se erige en un *unicum*, y tal vez nos encontremos dentro del programa iconográfico del monumento con una alusión a la dicotomía civilizado/salvaje o civilización/salvajismo.

En resumen: la función de esta figura de centauro es difícil de determinar. Tal vez actuase como un animal terrorífico<sup>613</sup> o

---

<sup>611</sup> Olmos Romera 1998: 122.

<sup>612</sup> El centauro representado en un pequeño trozo de marfil del túmulo de El Turuñuelo (Mérida) y el ya mencionado bronce del centauro de Royos (Murcia) [Olmos Romera 1998: 122].

<sup>613</sup> Y por ello, con un carácter apotropaico.

como un intermediario de tipo psicopompo<sup>614</sup>. Por sus características, probablemente se trataba de un elemento decorativo con función apotropaica similar a las esculturas de los leones, sirviéndose de esa misma cualidad de ser fantástico. Resulta muy interesante la argumentación de Olmos Romera sobre la extrañeza que pudo suponer este tipo de ser -medio humano/medio equino- para la sensibilidad indígena<sup>615</sup>, lo que posiblemente explicaría el poco arraigo que tienen las representaciones de centauros en el Mundo Ibérico.

### ***Otros pequeños fragmentos con decoración en relieve***

Será necesario hacer referencia a varias piezas que, dado su estado de conservación, apenas o nunca han sido tratadas en la investigación, estando también algunas sin publicar<sup>616</sup>.

Entre las que sí se encuentran publicadas, empezaremos por fijarnos en las que podrían ser incluidas dentro de un grupo denominado como “elementos decorativos” :

<sup>614</sup> Olmos Romera 1986: 12.

<sup>615</sup> Olmos Romera 1986: 12. Muy relacionada con el caballo como elemento de prestigio, tal y como se ve en las diferentes representaciones artísticas (p.ej. las esculturas de caballeros de “Los Villares” -vide supra-).

<sup>616</sup> Aquí presentaremos únicamente una selección.

- Fragmento de moldura con roseta<sup>617</sup>. Lo fragmentario de su estado apenas permite entrar en su análisis (Longitud: 25 cms.; altura: 24,5 cms.; grosor: 6,5 cms.). Las incisiones observables le dan cierto aspecto simétrico, y como elemento destacable se observa que el relieve decorativo se encuadró dentro de un marco liso, parecido al contorno rectangular de las escenas del friso. Su excavador propuso una identificación con acróteras o figuras decorativas de la coronación del edificio (Almagro-Gorbea 1983a: 207). Personalmente prefiero relacionar este fragmento con la decoración relacionada con las hiladas inmediatamente inferiores o superiores a las piezas arquitectónicas que separarían visualmente el primer cuerpo del segundo, los sillares lisos de las golas sobre ellos, etc...



FIGURA 10.77: Fragmento decorado con rosetas

<sup>617</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 207, Taf. 30b.

- Fragmento de moldura con lotos<sup>618</sup>. Se trata de dos fragmentos hallados en cuadrículas distintas, a juzgar por las marcas hechas a tinta durante su hallazgo<sup>619</sup>, y reunidos en uno solo. Sus medidas son: Longitud: 46,5 cms.; altura: 15 cms.; grosor: 13 cms. Se pueden apreciar, al menos, tres grupos de cuatro molduras contiguas, cercanas al límite del sillar donde fueron talladas. Un cuarto grupo parece poder adivinarse en la esquina más apuntada del fragmento, en donde quedarían restos de tres de las cuatro molduras. Debemos mostrar nuestro desacuerdo con la opinión del excavador, ya que su identificación debe ponerse, en nuestra opinión, en relación con las molduras que representan los “rugidos” de los distintos monstruos observables en los lados Sur y Norte del friso del monumento. De este modo se deduciría la presencia de, al menos, otras cuatro cabezas de monstruos en alguna de las escenas talladas en bajo relieve, pues estos rugidos no pueden identificarse con ninguno de los conservados en las metopas presentes en la reconstrucción del M.A.N. Por el hecho de haberse tallado en el límite de un sillar, contiguo por tanto a otro que continuaría la escena, tal vez podría corresponder al oponente enfrentado al guerrero del lado Sur del friso, ya que esta figura también tiene su límite marcado por la interrupción del sillar en el que fue representado<sup>620</sup>.

<sup>618</sup> Almagro-Gorbea 1983a: Taf 30a.

<sup>619</sup> 5E y 5D-6.

<sup>620</sup> *Vide infra*.



FIGURA 10.78: Fragmento con “rugidos” similares a los de los monstruos del friso de bajo relieve

- Fragmento con representación de palmetas. Visible en la vitrina del M.A.N. que también incluye la clica, lécito y asa de enócoe encontrados como parte del ajuar de la tumba. De muy pequeño tamaño (Longitud: 12 cms.; altura: 7,5 cms.; grosor: 3,5 cms.), apenas se puede abordar su estudio. Tallado en muy bajo relieve, la identificación realizada por el excavador parece la más conveniente. Su adscripción también podría estar relacionada con la función ya dada al fragmento con roseta (*vide supra*).



FIGURA 10.79: Pequeño fragmento con bajo relieve de palmetas

- Fragmentos con cenefa geométrica. Guardados en los fondos del M.A.N. Se trata de dos fragmentos, el mayor de los cuales mide 14 cms. de longitud y 13,5

cms. de altura. Su grosor aproximado es de 4 cms. Se pueden apreciar varias molduras en bajorrelieve; una en la parte inferior, sobre la que se observan otras tres perpendiculares a ella en su extremo izquierdo que, posteriormente forman un ángulo de 90º, siguiendo una dirección paralela a la primera. Su función decorativa probablemente estuviese en relación con la ya vista para el fragmento con roseta, como elemento decorativo bajo alguna moldura de las que separan las distintas partes del alzado del monumento.

- Otro fragmento destacado, no publicado hasta el momento, es un sillar zoomorfo inacabado, en el que se aprecia el contorno desbastado de los cuartos traseros y el cuello del animal. Los detalles anatómicos del resto del cuerpo se señalaron con unas finas líneas incisas en las que se aprecian incluso correcciones en su trazado. Las medidas de este fragmento son: Longitud: 54,5 cms.; altura 38 cms.; grosor: 24 cms. Un saliente en la figura adopta forma de ala, por lo que tal vez se trataba de la representación de un grifo o una esfinge, pero será necesario realizar un estudio más profundo para comprobar si la incisión que le da esa apariencia fue realizada intencionadamente o como consecuencia del golpe de un arado o instrumento similar. Este fragmento es de gran importancia, pues contribuye a demostrar cuál era el proceso seguido en la talla de los ejemplos escultóricos del monumento. En primer lugar se señalaría el contorno de los principales detalles del cuerpo del animal, posteriormente se desbastarían sus cuartos traseros y la zona del cuello; una

vez perfectamente delimitada la parte exterior de la figura se procedería a desbastar su interior respetando los contornos señalados por las finas líneas incisas en el sillar. Por último se procedería al alisamiento de la superficie por medio de métodos abrasivos, dando un aspecto regular a sus contornos. Por el desbastado que interrumpe la parte frontal de su cuerpo, es posible que finalmente se desechase como pieza útil.



FIGURA 10.80: Sillar zoomorfo inacabado. Se aprecia la línea incisa que señalaba el contorno inferior del animal



## ***El taller arquitectónico y escultórico de “Pozo Moro”***

Un aspecto interesante al tratar los relieves, así como también los aspectos arquitectónicos presentes en el edificio turri-forme de “Pozo Moro” es el de quién y cómo realizó esas obras. El aspecto de los artesanos en el Mundo Ibérico es totalmente desconocido para la investigación y por eso no contamos mas que con aproximaciones puramente hipotéticas. ¿Cuál sería su situación social?, el conocer su status dentro de la sociedad nos aportaría importantes datos sobre todo el espectro de las relaciones sociales, los niveles de dependencia, y también importante información sobre otros muchos aspectos socioeconómicos de las comunidades ibéricas. ¿Se trataba de talleres especializados itinerantes con trabajos puntuales o de talleres propios a una comunidad?<sup>621</sup>, no hay que olvidar que en el temprano Mundo Ibérico las obras que se nos han conservado de ese período son de carácter único: Los relieves de “Pozo Moro” no tienen ningún otro paralelo conocido, así como las esculturas ecuestres de Los Villares, que pueden ser paralelizadas con otras pero que no pueden ser identificadas con los mismos autores que realizaron aquellas, al igual que las esculturas del *Heroon* de Porcuna, etc...

<sup>621</sup> Del mismo modo, ¿eran miembros de esa comunidad o dependientes únicamente de la persona que detentase el poder dentro de ella?

Es decir, el ambiente que encontramos es el de una independencia teórica entre las obras escultóricas, que parecen estar hechas todas ellas por talleres diferentes aunque algunas sigan unas características estéticas similares, como puedan ser las más acordes a un influjo griego<sup>622</sup>.

Es común en la investigación considerar que las mejores obras escultóricas del Mundo Ibérico

## ***Procedencia de los artesanos***

Para el caso que nos ocupa, Almagro-Gorbea expuso en sus publicaciones cuál podría ser el origen de los artesanos que esculpieron y erigieron el conjunto funerario monumental de “Pozo Moro”.

Las primeras informaciones que nos ofrece “...obligan a pensar en un desarrollo local al margen del influjo asirio y arameo...”, con lo cual “...hacen pensar en un taller local formado tal vez hacia la zona de Siria”<sup>623</sup>. En sus primeros comentarios siempre hace mención a un origen claramente oriental, aunque pasa de considerar la formación del taller en un contexto extrapeninsular a atribuirle un origen en nuestro territorio, dentro de un foco pro-

<sup>622</sup> A este respecto hay destacadas excepciones, como el taller de Elche-Alicante y el de Verdolay-Murcia-Mula, cuyas similitudes han llevado a suponer una relación directa entre ambos, tal vez por derivación del primero hacia la zona del segundo o por la existencia en ésta de un taller filial del primero (León 1998: 158 y ss.).

<sup>623</sup> Almagro-Gorbea 1975: s.p.



vincial arcaizante con influencias de la zona de Siria más que de la propia Fenicia<sup>624</sup>. En relación con ésto encontramos el argumento más aclaratorio cuando afirma que “...también se pueden considerar como producto peninsular” y “...debe ser valorado como un centro neohitita del Mediterráneo Occidental cuyo origen podría ser antiguo.”<sup>625</sup>.

Posteriormente retoma esa idea aunque aún con ciertas dudas; no se atreve a afirmar si los artífices de las obras de “Pozo Moro” no tendrían su procedencia directamente en Siria, lugar de donde habrían llegado también los prototipos de ese monumento<sup>626</sup>. Sus dudas son más claras aún cuando apenas una página después dice que “...la posibilidad de que los artistas de “Pozo Moro” se formaran en el Occidente puede ser perfectamente aceptada.”. En esta publicación aparece por primera vez un argumento que aún hoy en día es el que defiende este investigador y no es otro que el de considerar a los constructores del conjunto de “Pozo Moro” venidos de algún ámbito del Mediodía Peninsular<sup>627</sup>.

Desde este momento nunca abandonará ya la idea de un origen peninsular para los artesanos de “Pozo Moro”, y así considerará suficientemente demostrada la existencia de un desconocido taller neohitita en el Extremo occidente del Mediterráneo<sup>628</sup>. Ya en el año 1988 se atreve a

formular un origen más exacto del taller que no sería otro que un claro ámbito colonial fenicio del Suroeste de la Península, la ciudad de Cádiz<sup>629</sup>. Desde esta publicación, en todas las posteriores recogerá esta misma idea<sup>630</sup> y la teoría en la que basa su argumentación es aquella que defiende la existencia de un ejemplo, atestiguado en las fuentes clásicas, de relieves que podrían paralelizarse con los de “Pozo Moro”: aquellos relieves que representaban los trabajos de *Melqart-Herakles* en las puertas del Santuario de *Gadir*, donde debieron perdurar estilos y mitos orientales<sup>631</sup>.

Por tanto, la procedencia de los artesanos que crearon el conjunto funerario monumental de “Pozo Moro” fue, posiblemente, la ciudad de *Gadir*.

Entre otras opiniones también con viene mencionar la de Pilar León, quien, al tratar de la escultura ibérica, intenta una aproximación al posible taller de “Pozo Moro”; al mencionar el origen de los artesanos considera interesante la argumentación dada por Almagro-Gorbea, ya que la relación con *Gadir* permitiría refrendar “la importancia del influjo orientalizante difundido por vía púnica” y la constatación de que el procedimiento técnico tiene reminiscencias de técnicas propias de la toréutica y la glíptica alusivas al contacto con Oriente. Al ser el conjunto funerario monumental su única obra conocida, la actividad de este taller habrís estado concentra-

<sup>624</sup> *id.* 1976a: 683, 685.

<sup>625</sup> *id.* 1976a: 685.

<sup>626</sup> *id.* 1978a: 269.

<sup>627</sup> *id.* 1978a: 259.

<sup>628</sup> *id.* 1982a: 261.

<sup>629</sup> *id.* 1988a: 65.

<sup>630</sup> *id.* 1996: 92.

<sup>631</sup> Almagro-Gorbea 1996: 64. Interesantísimo el reciente trabajo de Mederos Ruiz sobre el tema (2011).

da entre finales del s. VI y principios del s. V a.C.<sup>632</sup> La problemática es interesante.

Es generalmente aceptada en la investigación la presencia en territorio ibérico de artesanos de origen extrapeninsular realizando ciertas obras escultóricas, al igual que ésta está atestiguada para el Mundo etrusco<sup>633</sup>. Así, algunos investigadores no dudan en atribuir a manos de un artesano griego la paternidad de importantes obras, como en el caso de los argumentos de Iván Negueruela, quien pone en relación las esculturas del Cerrillo Blanco de Porcuna con la obra de unos artesanos o grupos de escultores, procedentes del entorno de la diáspora jonia de fines del s. VI a.C. e inicios del s.V a.C., y asentados en la Península contratados por un poderoso rey. A este mismo fenómeno podrían responder también los casos de “Pozo Moro” y los pilares-estela ibéricos<sup>634</sup>.

Así pues, según esta posición “Pozo Moro” sería obra de artistas foráneos asentados en esa zona de Albacete al ser contratados por el Jefe local para erigirse una imponente muestra de prestigio.

También otros investigadores relacionan el origen de la escultura ibérica e incluso la tartésica con la llegada directa de artesanos de Oriente ante la demanda de unos cada vez más enriquecidos jefes o reyes locales. Por ésto mismo bastantes talleres semitas debieron de instalarse en

los núcleos más prósperos de *Tartessos*<sup>635</sup>, y es de suponer que posteriormente en núcleos ibéricos. No por ello se niega la existencia de una producción local indígena, pero sí muy influida y en origen formada por estos artistas foráneos. De este modo, Manuel Bendala trata de explicar el “lenguaje artístico tan puramente neohitita-o luvioarameo-” del monumento turri-forme de “Pozo Moro” como obra de talleres o artistas sirios emigrados a lo largo del s. VII a.C. hacia Occidente para ponerse al servicio de dirigentes de ciudades de Grecia o Italia, tal y como es posible comprobar en las ciudades etruscas de Felsina y Cerveteri. Estos artesanos bien pudieron llegar a la Península, bien ellos mismos o bien sólo su arte, con la mediación que fuera<sup>636</sup>.

Otra posición es aquella que mantiene que “en coincidencia con una primera fase en la que predominan los animales de carácter fantástico y de acuerdo a esquemas iconográficos que, sin excepción, remiten al mundo próximo oriental, de componente artístico básicamente neohitita, [...] desde primera hora no cabe dudar de su manufactura a cargo de talleres locales que [...] reinterpretan fórmulas llegadas de fuera”<sup>637</sup>. De este modo, las obras que se pueden aglutinar dentro del “Grupo Antiguo” de la clasificación elaborada por Chapa Brunet, tendrían unas claras raíces orientales, matizadas por influencias griegas más tardías, que llegan a la Península des-

---

<sup>632</sup> León 1998: 161.

<sup>633</sup> Abad Casal 1995: 12; León 1998: 164; Blázquez Pérez 1992b: 127 y nota 3; *id.* 1993: 121.

<sup>634</sup> Negueruela 1998: 171.

---

<sup>635</sup> Abad Casal y Bendala Galán 1989: 26; Bendala Galán 1998: 109.

<sup>636</sup> Bendala Galán 1998: 109.

<sup>637</sup> Vaquerizo Gil 1997: 20-21.

de fines del s. VI a.C. a fines del s. IV a.C.<sup>638</sup>, pero que siguiendo esa opinión anteriormente recogida habrían sido realizadas por talleres locales.

Por otro lado, Blázquez Pérez Pérez, considerando que las características de las obras escultóricas más antiguas del Mundo Ibérico no responden de ninguna manera a un “momento de tanteo o inicio de una técnica, como es el caso de la escultura monumental en piedra, de tan escasa, por no decir casi nula, tradición peninsular”, es innegable una importación de esas técnicas e incluso de artesanos de fuera de nuestra Península<sup>639</sup>. Aún defendiendo estas afirmaciones siempre se debe tener en cuenta el propio gusto de las élites locales, que tenían su propia personalidad y preferencias<sup>640</sup>. A juzgar por esta opinión, los artesanos que realizaron el trabajo escultórico del monumento de “Pozo Moro” tendrían un origen foráneo.

Con respecto a este caso concreto de “Pozo Moro”, Blázquez Martínez considera que los artesanos que elaboraron los relieves del edificio, “muy posiblemente eran indígenas, aunque no se puede descartar que fueran fenicios”<sup>641</sup>.

Olmos Romera afirma que únicamente “una relación muy directa entre artesano y demandante conduce a la creación meditada de un monumento funerario con un programa iconográfico tan complejo e

irrepetible como el que desarrolla “Pozo Moro””, aunque “ignoramos el origen y la situación social” de esos artesanos, asumiendo pese a ello “una relación de dependencia estrecha entre el artesano y su patrono”<sup>642</sup>.

A partir de esta argumentación, parece más posible que los artesanos respondiesen a un origen indígena, e incluso cercano, antes que a una condición de origen foráneo e itinerante.

Las posiciones son muy variadas y abundantes, pero aquellas pocas reunidas en las líneas previas se pueden considerar la muestra más significativa de ellas.

Como se ha podido observar, Almagro-Gorbea es el único investigador que trata de aportar un origen puntual. Con respecto a todos esos argumentos, consideramos necesario, en primer lugar, mostrar mi acuerdo con la más que posible llegada de artistas foráneos a los principales focos comerciales de nuestra Península en un origen. Este hecho es, tal vez, uno de los argumentos más convincentes para explicar la aparición de unos estilos artísticos tan peculiares como los que apreciamos en “Pozo Moro” y unos conocimientos arquitectónicos tan especializados como los que refleja. Esos conocimientos y técnica, como muy bien afirma Blázquez Pérez Pérez, no surgen de la nada, sino que necesitan un largo aprendizaje y, por su clara filiación con el mundo semita oriental, no podemos negar que tuvo que existir un primer núcleo desde el que se extendieron esos conocimientos. Con esto no se trata, ni mu-

<sup>638</sup> Vaquerizo Gil 1997: 21; Chapa Brunet 1986a: 142 y ss..

<sup>639</sup> Blázquez Pérez 1993: 121; *id.* 1999a: 394.

<sup>640</sup> Blázquez Pérez 1993: 121.

<sup>641</sup> Blázquez 1993: 133

<sup>642</sup> Olmos Romera 1996a: 103.

cho menos, de afirmar vehementemente que los artistas que realizaron “Pozo Moro” fuesen ellos mismos orientales. No, puede considerarse la posibilidad de que los autores de tan magnífico trabajo fueran peninsulares, e incluso nunca se debe rechazar la posibilidad de una presencia mixta en cuanto al origen de los artesanos<sup>643</sup>.

No se debe olvidar que la presencia fenicia en la Península Ibérica contaba ya con varios siglos de antigüedad, así como sus conocimientos arquitectónicos y artísticos, unidos a la propia presencia de artesanos. Esas tradiciones se habrían ido transmitiendo, por lo que en el caso de aceptar una cronología de inicios del s. V a.C. para el conjunto funerario monumental de “Pozo Moro”, no resultaría extraño que esos conocimientos hubiesen sido transmitidos a los propios artesanos peninsulares o a los artesanos, descendientes peninsulares, de los elementos coloniales fenicios. El principal problema de la cuestión radica en la casi nula producción escultórica de esos siglos transcurridos que se ha conservado.

La documentación más actual nos refleja un panorama cada vez más aclaratorio. Los vestigios arquitectónicos que han ido apareciendo durante los últimos 25 años van apoyando la existencia de una arquitectura monumental en el mundo fenicio occidental muy relacionable con el edificio de sillares de “Pozo Moro”, y anterior a éste. Así, el “Santuario de La Muela” en Cástulo<sup>644</sup>, las tumbas fenicias de Tra-

yamar<sup>645</sup>, o los recientes descubrimientos de golases egiptizantes en el yacimiento fenicio de La Fonteta<sup>646</sup>.

Todo este panorama parece dar la imagen de que las construcciones monumentales realizadas mayoritariamente con sillares de piedra estuvieron durante mucho tiempo únicamente restringidas a los usos culturales o funerarios, como también se observa en el caso de “Pozo Moro”. Además, también contribuye a extender el conocimiento de las técnicas y recursos necesarios para el trabajo en piedra por una amplia zona del Sur y el Levante Peninsular.

Por ello ha de partirse del planteamiento de que la presencia de los artesanos estaría bastante extendida por el Sur y Levante Peninsular. Del mismo modo debe considerarse con respecto a la escultura. Ésto habría posibilitado el que se produzca una “explosión” del fenómeno escultórico hacia finales del s. VI a.C. en lugares tan dispares y distantes, dentro del territorio ibérico, como Porcuna<sup>647</sup> (Jaén), toda la Provincia de Córdoba<sup>648</sup>, “Pozo Moro” (Albacete) y Elche<sup>649</sup>, aunque todos ellos muy relacionados con los gustos orientalizantes.

---

<sup>645</sup> Schubart y Niemeyer 1976.

<sup>646</sup> González Prats 2000b. Uno de esas golases egiptizantes fue reutilizada en la muralla perimetral de esta colonia, lo cual permite fecharla con seguridad hacia el último cuarto del s. VII a.C. (González Prats: *com.pers.*).

<sup>647</sup> Como se puede observar en el ejemplo del “Toro de Porcuna”.

<sup>648</sup> Con los ejemplos de Baena o Nueva Carteya.

<sup>649</sup> Con la existencia de la escultura de esfinge de Parque de Elche y el monumento funerario al que pertenecería.

<sup>643</sup> Tal vez un maestro artesano de origen foráneo con unos hábiles “aprendices” peninsulares.

<sup>644</sup> Blázquez, García Gelabert y López Pardo 1985.

Esa misma “explosión” no puede ser, a su vez, totalmente atribuida a artesanos extrapeninsulares, ya que la multitud de ejemplos implicaría una llegada masiva tanto de artesanos orientales como griegos en un espacio muy reducido de tiempo.

El origen de los artesanos que trabajaron en “Pozo Moro”, por tanto puede ser muy variado, al encontrarse este lugar en un punto central de esa explosión escultórica, que no hace sino reflejar su carácter de elemento cotidiano en el ámbito funerario meseteño<sup>650</sup>.

La necesidad de atribuirles un origen gaditano ya no parece tan apremiante como hace unos años, cuando se consideraba que esta metrópolis sería la única en la que se concentraba toda la esencia del mundo fenicio occidental.

Actualmente, la procedencia puede ponerse, del mismo modo, en relación con otro importante centro orientalizador, tal y como es Cástulo, lugar en donde además se observan conocimientos arquitectónicos similares a los apreciables en “Pozo Moro” y similitudes en otros aspectos<sup>651</sup>. La comunicación entre ambos centros es directa a través de la *Vía Heraklea*, y su cercanía es mucho mayor que entre “Pozo Moro” y *Gadir*.

Otro posible punto de procedencia es el Levante Peninsular, donde como se ha visto también había importantes núcleos poblacionales con edificios de sillares que incluían elementos arquitectónicos simila-

res a los documentados en el monumento de “Pozo Moro”<sup>652</sup>, y muy relacionados con los gustos orientalizantes.

Unido a esto, la existencia de esculturas de leones muy anteriores al ejemplo de “Pozo Moro” en ámbitos claramente fenicios del Sureste Peninsular, como es el caso de Puente de Noy<sup>653</sup>, puede estar mostrándonos otra localización de los conocimientos e influencias que pudieron encontrar reflejo en la explosión del fenómeno escultórico ibérico posterior, fenómeno al que parece responder el ejemplo de “Pozo Moro”. Por tanto, tampoco las colonias fenicias del Sur peninsular deben ser descartadas.

El argumento más contundente esgrimido por Almagro-Gorbea en favor de la ciudad de *Gadir* como centro de procedencia de los artesanos de “Pozo Moro” es la existencia en el *Herakleion*, principal templo de esta ciudad, de unas puertas decoradas con escenas relativas a los trabajos de *Herakles-Melqart*. La principal mención es la de Silio Itálico (*Silio Itálico* III, 32-44), de época ya tardía<sup>654</sup>, en la que se citan las distintas escenas.

Esa existencia de escenas de carácter mitológico similares a las presentes en el programa iconográfico de “Pozo Moro” parecen poner en directa relación ambos

<sup>650</sup> Blázquez Pérez 1993: 120.

<sup>651</sup> Como en los pavimentos de guijarros.

<sup>652</sup> El yacimiento de “La Fonteta”, que desaparece a mediados del s. VI a.C. Tal vez, el abandono de este centro trajo consigo el desplazamiento hacia el interior de artesanos que trabajaron para los jefes locales o transmitieron sus conocimientos por la zona.

<sup>653</sup> Almagro-Gorbea opta por fecharlos hacia el s. VII a.C. (Almagro-Gorbea 1983a: 230-231).

<sup>654</sup> En pleno s. I a.C.

ejemplos. El problema con el que cuenta esta argumentación es el carácter tardío de la fuente en la que se menciona ese ejemplo artístico, muy posterior a la fecha de los relieves del edificio turriforme. Sin embargo no faltan opiniones que defienden una mayor antigüedad para las puertas decoradas del *Herakleion* gaditano; así, la representación de sólo diez trabajos de *Herakles-Melqart* en lugar de los doce normalizados en todas las representaciones de los mitos de *Herakles* después del s. III a.C. parece atribuirles una cronología anterior a esa fecha.

Además, la falta de los trabajos de *Herakles* tradicionalmente establecidos (antes del 600 a.C.) por los griegos en el Mediterráneo occidental parece ofrecernos también una fecha muy alta para la realización de esas puertas, que además reflejarían unos trabajos más referidos al dios fenicio *Melqart* que al *Herakles* griego<sup>655</sup>. Aceptando esas altas cronologías propuestas, también el caso de *Gadir* puede ser considerado un válido punto de origen, si no de los artesanos que trabajaron en “Pozo Moro”, sí de las influencias orientalizantes que se observan en el estilo de este monumento.

Como se puede observar, la problemática cuenta cada día con más complicaciones, pero justamente por ello, consideramos que también se está más cerca de su resolución, pues ésta no puede ser limitada arbitrariamente sino que se debe abordar desde una visión mucho más amplia.

---

<sup>655</sup> Harrison 1989: 179.

La relación con Levante no debe ser menospreciada, y para ello nos gustaría aportar un interesante ejemplo, basado en la gran similitud entre dos piezas escultóricas, una procedente del yacimiento de “Los Villares” de Hoya Gonzalo (Albacete), en las cercanías de “Pozo Moro”, y otra del yacimiento de “Parque Infantil de Tráfico” de Elche.

Ambas esculturas son zoomorfas, aunque han sido interpretadas como pertenecientes a animales diferentes. Lo importante no es esa diferencia, sino las profundas semejanzas en cuanto a la realización de las obras.

La escultura procedente de la necrópolis de “Los Villares”, aparecida junto a una tumba principesca de cámara interna con un acceso lateral e identificada como un león<sup>656</sup>, presenta una representación de las garras y un descenso del muslo posterior hacia el punto de flexión de esa pata idénticos a los de la esfinge de Parque de Elche. Asimismo, es similar el hecho de que la cola se mete por sus cuartos traseros y asoma lateralmente del mismo modo que la redondez de los cuartos traseros separa éstos del resto del cuerpo, coincidente en ambas esculturas.

La diferencia más apreciable está en la separación de la garra con respecto a la pata, que en la pieza ilicitana se hace por medio de una especie de “anillas”, pero es de destacar, que en ambos ejemplos sí se hace una incisión que diferencia la garra del resto de la extremidad. Las similitudes son tan acusadas que no parece demasiado

---

<sup>656</sup> Blázquez y Roldán 1995: 102 -fig. 91-



arriesgado imaginar la existencia de un modelo común, que ha de imaginarse procedente de la zona levantina.

### ***Aproximación a la condición social de los artesanos***

Sobre este aspecto la investigación está muy dividida.

Para el Temprano Mundo Ibérico las dudas son muchas. Antes ya se ha hecho mención a algunas posiciones sobre la posible llegada de artistas foráneos a la Península que serían contratados por los jefes locales. Estos artistas formarían talleres, por lo menos en algunos campos como puede ser la arquitectura, pues un conjunto funerario monumental como el de “Pozo Moro”, y sobre todo su edificio de sillares, exige el trabajo de muchas personas<sup>657</sup>, así como la erección de santuarios monumentales, etc.

Como primera hipótesis puede formularse la posibilidad de un carácter de independencia de los artesanos con respecto a los jefes locales, teniendo únicamente una relación con éstos en cuanto a asalariados hasta el momento de finalizar su trabajo: por tanto su condición social sería de hombres libres. Tal vez podríamos considerarlos demiurgos itinerantes<sup>658</sup>, contra-

---

<sup>657</sup> En el análisis de las figuras de los leones de esquina del monumento se han resaltado muchos detalles diferentes entre las distintas piezas que pueden estar apoyando la hipótesis del trabajo de un variado número de escultores distintos.

<sup>658</sup> Olmos Romera 1996a: 103.

tados por el jefe local para un trabajo puntual. En este caso, probablemente su condición social habría de considerarse muy favorable.

Por otro lado también existe la posibilidad de que esos artistas fuesen dependientes directamente de la autoridad del jefe de la comunidad. En este caso parece necesaria la premisa de que los artesanos perteneciesen a esa misma comunidad, lo que le atribuiría automáticamente una autoridad preeminente sobre ellos a su dirigente. Una variante que vendría a complicar esta última posibilidad es aquella en que esos artistas, bien fuesen de *Gadir*, Cástulo, de alguna población levantina, etc... habrían sido enviados a “Pozo Moro” para realizar esa obra monumental por el jefe de su propia comunidad a modo de regalo, don, o favor para el jefe de la comunidad de destino. Es decir, los artistas serían personas dependientes de un jefe, que los aprovecharía para devolver favores o hacer regalos a otros personajes de importante status en otras comunidades con los que le convendría tener buenas relaciones.

Esta problemática ya fue afrontada por Almagro-Gorbea, quien considera a estos artistas y sus talleres como uno de los más preciados “bienes de lujo” o de “prestigio” de las relaciones comerciales entre la sociedad indígena y los centros coloniales, con un importante papel dentro del marco de las relaciones económicas entre el Mundo colonial y el indígena<sup>659</sup>. El control de estos talleres por parte de una ciudad o un monarca permitiría poner a estos talle-

---

<sup>659</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 283.

res al servicio de importantes personajes indígenas y afianzar las relaciones políticas y económicas entre ambos<sup>660</sup>.

Esa idea es extremadamente interesante, y podría explicar el carácter puntual de las obras antiguas que han podido ser documentadas. Las zonas donde las coincidencias entre las obras escultóricas parecen más claras<sup>661</sup> son más reducidas que aquellas en las que se encuentran obras claramente fuera de contexto con respecto a los ejemplos próximos a ellas<sup>662</sup>, incluso cronológicamente hablando<sup>663</sup>, en relación con el posible envío de artesanos que realizan una única obra en la zona de destino y vuelven a su comunidad, con lo que esa obra se convierte en un *unicum* dentro de la zona en la que ha sido realizada. Por otro lado, también es cierto que en función de este argumento debería ser más fácil encontrar parecidos entre obras realizadas en distintas localizaciones, ya que varias de ellas habrían sido hechas por los mismos artesanos.

Lo que sí que parece evidente dentro de esta problemática con respecto a la condición de los artesanos de “Pozo Moro” es que poseían unos conocimientos muy especializados, que sólo se podían adquirir con un prolongado aprendizaje, es decir,

---

<sup>660</sup> *id.* 1983a: 284.

<sup>661</sup> Caso de la zona de Córdoba (Vaquerizo Gil 1997: 21)

<sup>662</sup> Como en el caso de “Pozo Moro” y la escultura ecuestre del túmulo nº 18 de la necrópolis de “Los Villares” de Hoya Gonzalo (Blánquez Pérez 1992b: 124 y ss.).

<sup>663</sup> Con la evidente discusión cronológica en torno al conjunto monumental funerario de “Pozo Moro”.

que no se encontrarían en unos “momentos de tanteo”<sup>664</sup>.

No se debe ignorar que cada día aumentan las posibilidades de encontrar antecedentes del monumento, así como tenemos atestiguados ejemplos de monumentos turriformes posteriores, ya de una raigambre supuestamente más helénica<sup>665</sup>. Es difícil considerar que un taller tan especializado en este tipo de construcciones viese limitada su producción a un único ejemplo, además una *opera prima* de tan avanzados conocimientos; no, antes tiene que haber forzosamente un aprendizaje y un período de pruebas, así como parece poco práctico y funcional “echar a perder” los años de estudio y trabajo que implica una obra así para realizar un *unicum*. Con el descubrimiento hace pocos años de un monumento turriforme con decoración escultórica, ambos de tradición orientalizante, en el yacimiento de “Parque Infantil de Tráfico” de Elche<sup>666</sup>, se ha podido apoyar, junto a una cronología coincidente con la explosión del fenómeno escultórico ibérico, la existencia de otros monumentos turriformes de raigambre orientalizante en un ámbito peninsular.

En caso de que los artesanos sean dependientes del dirigente de su comunidad, ¿cuándo comienzan su dependencia?, ¿una vez que ya tienen los conocimientos, o bien son seleccionados por determinadas cualidades y se les prepara?. Con respecto a

---

<sup>664</sup> Tal y como los define Blánquez Pérez (*vide supra*).

<sup>665</sup> Como en los casos del monumento de Alcoy o el del “Llano de la Consolación” (*vide supra*).

<sup>666</sup> Con una cronología de finales del s. VI a.C., es decir, anterior al ejemplo de “Pozo Moro”.

“Pozo Moro”, si son dependientes del jefe, ¿dónde pudieron adquirir los profundos conocimientos técnicos y metrológicos que muestran?, ¿acaso se les envió durante varios años a algún centro colonial donde aprenderlos?.

Todas estas argumentaciones, unidas al carácter tan singular y sin paralelos cercanos conocidos del conjunto funerario monumental de “Pozo Moro”, parecen estar en contra de una identificación de los artesanos que trabajaron en “Pozo Moro” con artistas locales y menos aún dependientes del jefe de esa comunidad. Sin lugar a dudas, los artesanos de “Pozo Moro” provenían de otro núcleo, donde tal vez sí eran dependientes del dirigente. Pese a ésto, una vez más debe resaltarse la profunda relación que debió existir entre artesanos y quien encargase el conjunto funerario monumental de “Pozo Moro”, ya que de lo contrario es imposible concebir un caso igual. De este modo, también es inevitable considerar que quien encargase la obra debió de contar con una importante base ideológica orientalizante que le permitiese, tanto exigir el estilo que se observaba en los relieves como exigir unos elementos simbólicos tan claramente orientalizantes como los que componen el conjunto<sup>667</sup>.

En nuestra opinión, los artesanos que trabajaron en “Pozo Moro” responden a unas características puntuales, tal vez identificables con un carácter itinerante, pero no necesariamente de condición social libre, sino que pudieron ser unos “ele-

mentos de prestigio” de intercambio entre las diferentes élites, a modo de lo que defiende Almagro-Gorbea.

### *Restos del ajuar conservado*

Desde sus primeras publicaciones, el excavador nos hace una breve enumeración de las piezas encontradas entre las cenizas y el suelo quemado que fueron interpretados por él como el *bustum* o lugar de cremación del difunto. Éstas piezas serían los restos no recogidos, en opinión de Almagro-Gorbea por su escasa entidad<sup>668</sup>, de los objetos de ajuar depositados en la pira junto al cadáver del personaje cremado. Entre estas piezas se han destacado siempre aquellas que son fácilmente reconocibles como elementos de importación y, de hecho, son las únicas que han contado con una publicación, hasta cierto punto, detallada. Frente a ellas encontramos referencias muy vagas a los demás fragmentos pertenecientes al ajuar.

Todos esos objetos, que se destinaron para acompañamiento del difunto en su ritual funerario, fueron arrojados, o colocados, en la pira junto con él. Se empleó, así, lo que se conoce como “rito destructivo” del ajuar, para algunos investigadores relacionable con una fase antigua del Mundo Ibérico, pues posteriormente se observa un cambio en el rito funerario, aproximadamente hacia el s. III a.C.<sup>669</sup>; ya no se

<sup>667</sup> El *témenos* con forma de lingote, los leones apotropáicos en las esquinas del edificio, etc...

<sup>668</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 184.

<sup>669</sup> Abad Casal 1987: 212; Cuadrado Gorbea 1983: 28; Ruiz y Molinos 1995: 232.

quema en la pira el ajuar, sino que se deposita posteriormente en la tumba junto a la urna cineraria, e incluso se han documentado casos en los que el ajuar se quema en el hoyo de la tumba antes de introducir en ésta la urna con los huesos del difunto, ya cremados anteriormente en otro *ustrinum*<sup>670</sup>. Tampoco escasean las opiniones que defienden que no existió una norma fija con respecto a la introducción o no del ajuar en la pira<sup>671</sup>, con lo que no es posible una diferenciación en función de la cronología.

El fuego afectó intensamente a todos esos objetos, por lo que alguno de ellos presenta un estado de conservación muy precario. Según el grado de cremación, sobre el que aún no se ha realizado ningún estudio, y a partir de la información detallada del lugar exacto de cada hallazgo, sería posible hacer una reconstrucción de cuál habría sido la hipotética disposición de los elementos del ajuar junto al cadáver, cuya colocación, a su vez, podría ser conocida según la disposición de los restos de huesos cremados, y ver así si podemos extrapolar una lectura jerárquica de la importancia simbólica de cada objeto<sup>672</sup>. Soy consciente de la dificultad que esta tarea implica y la cantidad de condicionantes que presenta, entre los cuales destaco :

- Posibilidad de un expolio de la tumba, que con toda seguridad habría acarrea-

<sup>670</sup> Blázquez Pérez 1999b: 78.

<sup>671</sup> García Huerta 1995: 73.

<sup>672</sup> En función de su cercanía al cuerpo o a determinadas partes de éste, tales como cabeza, pecho, manos, pies, etc...

do una alteración en la disposición original de los restos de la pira.

- Necesidad de realizar una estructuración jerárquica “artificial” de cuáles habrían sido posiblemente las partes del cuerpo más “valiosas” simbólicamente a los ojos de los individuos ibéricos ; esta estructuración jerárquica no sería más que un constructo de la investigación, sin posible demostración práctica.
- Posibilidad de que la colocación del ajuar no siguiese ninguna norma, sino que ésta fuese arbitraria.
- El hecho de que no tengamos la urna cineraria también nos impide conocer qué piezas fueron introducidas junto a los huesos cremados, y si éstas fueron recogidas dado su estado de conservación y tamaño, o por su valoración simbólica, económica, etc.

Antes de entrar en profundidad a tratar las piezas más conocidas, es necesario hacer referencia a aquellas apenas mencionadas en la bibliografía.

Almagro-Gorbea destaca la gran riqueza del ajuar que acompañaba al difunto, a juzgar por los restos de objetos de oro, plata, bronce, hierro y hueso, casi destruídos en su totalidad, recuperados de entre las cenizas del *bustum*<sup>673</sup>. En publicaciones

<sup>673</sup> Almagro-Gorbea 1973: 13; *id.* 1975: s.p.; *id.* 1976a: 674; *id.* 1978a: 255; *id.* 1982a: 235; *id.* 1983a: 184.

posteriores resalta la presencia de “objetos de marfil”<sup>674</sup>.

Las menciones acaban aquí, por lo que será necesario esperar a una nueva publicación del excavador en la que ofrezca datos más específicos y detallados sobre todos estos restos. De momento podemos avanzar que entre los objetos de oro mencionados se adivina la presencia de unos pequeños clavos, que Almagro-Gorbea pone en relación con que, posiblemente, formasen parte de un cinturón de cuero, que a causa de la acción del fuego no se hubiese conservado<sup>675</sup>.

Por su parte, los objetos de marfil y hueso no son extraños en las necrópolis ibéricas cercanas a “Pozo Moro”, como en los casos de “Hoya de Sta. Ana” y “Los Villares” de Hoya Gonzalo<sup>676</sup>. En el caso de la necrópolis de “Los Villares” de Hoya Gonzalo parece que esos restos de hueso correspondían a pequeñas cajas, de las cuales se han conservado las placas decoradas que conformaban sus lados; el excavador de esa necrópolis pone de relieve la “no coincidencia” cronológica entre esas manufacturas etruscas orientalizantes y la sepultura en que fueron amortizadas, cien años después de la introducción de ese tipo de piezas en la Península<sup>677</sup>.

En el caso de “Pozo Moro”, y dado el desconocimiento del tamaño y caracterís-

ticas de los restos de marfil encontrados, sería muy aventurado atribuirles la correspondencia a algún objeto determinado. La importación de objetos de marfil a la Península Ibérica es de sobra conocida ya desde fechas muy tempranas y en muy distintas localizaciones; la procedencia de estos objetos es, a su vez, problemática, pues tenemos manufacturas importadas tanto fenicias como etruscas, así como muy posiblemente manufacturas realizadas ya en la propia Península Ibérica.

La interpretación de los demás restos es también problemática dada la escasa información de la que se dispone. A modo de hipótesis se puede intentar atribuir, según el material, la posible procedencia de cada resto.

En otra de sus publicaciones, Almagro-Gorbea menciona “restos de joyas y otros objetos de oro, plata, bronce y hierro”. El término “joyas” no queda explicado a continuación, y esa definición no volverá a ser mencionada en las publicaciones posteriores.

Lo más posible es que el excavador, más que una certeza, lo que hace es reflejar por escrito una suposición, evidente en su base: la presencia de oro y plata suele estar relacionada con objetos de adorno personal, tales como anillos, pendientes, collares, etc..., muy presentes, por lo demás, en el mundo funerario ibérico; aunque puede ser que la forma de esos restos fuera la que le recordara al excavador la forma de determinadas joyas. A mi parecer, es exactamente ésta la justificación de esos restos en la tumba. Parece interesante incluir aquí un extracto del diario personal del descubridor del yacimiento, Dr. Daudén Sala, en el que se dice bajo la fecha del día 16 de Octubre de 1971: “se excavan 4-E y

<sup>674</sup> Almagro-Gorbea 1993-1994: 112; *id.* 1996: 62; *id.* 1998: 133.

<sup>675</sup> Almagro-Gorbea : *com.pers.*

<sup>676</sup> Blánquez Pérez 1995e: 88-89.

<sup>677</sup> *id.* 1999a: 390.

4-D y se delimita la planta del monumento, de unos 3,70 metros de lado. Trabajo muy científico, detenido y lento. Dicen salieron dos leones más, un asa de bronce, unos pendientes de oro, etc.”.

No se menciona si la procedencia del asa de bronce y de los pendientes áureos es la misma, o si fueron hallados en estratos o enterramientos distintos, pero tal vez a estos pendientes sea a los que se refiere el excavador al emplear el término “joyas”.

Resulta tentador relacionar esos pendientes áureos con el ajuar del personaje enterrado en el monumento turriforme, ya que, contando con la información del Dr. Reverte relativa a un varón de unos 50-55 años, podría ser interesante introducir una afirmación de Santos Velasco en la que se dice que “los pendientes amorcillados de oro están asociados a tumbas de guerrero”<sup>678</sup>. Las características de esos pendientes, si son amorcillados o no, nos son actualmente desconocidas. Hasta el momento de la publicación completa de las piezas del ajuar del *bustum* no será posible considerar la posible existencia de fragmentos de armas incluídos en él, por lo que no es tampoco posible saber si el enterrado bajo el edificio turriforme presentaba unas características de guerrero o no, y si se cumplía entonces en este caso esa asociación de tumba de guerrero<sup>679</sup> y pendientes amorcillados.

La investigación actual sobre el Mundo funerario ibérico considera que el

difunto era colocado en la pira con su vestimenta y sus objetos de adorno personal<sup>680</sup>, por lo que no sería extraño que los restos de metales preciosos documentados en el *bustum* del monumento fuesen, efectivamente, lo que quedó de las joyas con las que fue cremado el difunto.

La presencia del bronce puede ponerse en relación también con joyas o con algún tipo de elemento de adorno y/o sujeción de la vestimenta, a modo de fíbula o, tal vez, un broche de cinturón ; La variedad de objetos de bronce que se encuentran en los ajuares es tan grande que también resulta muy aventurado hacer una conjetura, aunque cabe destacar que se trata del mismo material que otro de los restos que veremos a continuación, un posible enócoe, con lo que no podemos obviar que posiblemente fuesen otros fragmentos no recogidos de ese recipiente.

Por último quedaría hablar de la presencia del hierro entre los elementos del ajuar. El uso del hierro parece ser que fue introducido en el Mundo Ibérico por la colonización fenicia y que su uso no fue habitual hasta momentos ya avanzados. La mayor parte de los objetos de hierro suelen corresponder a elementos de la panoplia guerrera.

A continuación se pasará al análisis de los tres objetos mejor y más conocidos del ajuar<sup>681</sup>.

<sup>678</sup> Santos Velasco 1996: 120.

<sup>679</sup> O con presencia de elementos de ajuar relacionados con un carácter guerrero.

<sup>680</sup> Abad Casal 1987: 212; Belén Deamos y Chapa Brunet 1997: 184; Chapa Brunet 1998: 111.

<sup>681</sup> Debemos aclarar que hemos empleado la terminología propuesta por Bádenas y Olmos para la denominación y nomenclatura de los vasos griegos en castellano (Bádenas y Olmos 1988: 61 y ss.), aunque junto a ella hemos mante-



## La Cílica<sup>682</sup> ática de figuras rojas

En el proceso de excavación del *bus-tum* del monumento aparecieron varios fragmentos de un vaso de bebida importado y muy incompleto. Se trataría de una cílica ática de figuras rojas cuya forma corresponde al tipo C de la clasificación elaborada por Bloesch en función de su perfil<sup>683</sup>.



FIGURA 10.81: Vista frontal y de perfil de la cílica ática de figuras rojas

En un primer momento, el excavador atribuyó la autoría de la escena representada en el interior de la copa al “Pintor de

nido entre paréntesis la denominación más generalizada para evitar equívocos o malentendidos.

<sup>682</sup>

<sup>683</sup> Bloesch 1940: 111 y ss.

Pithos”<sup>684</sup> y, posteriormente, gracias a la contribución de B.B. Shefton, se inclinó por identificarla como una obra perteneciente a algún pintor perteneciente al “Círculo del Pintor de Pithos”<sup>685</sup>, aunque aún recientemente se puede leer en publicaciones la atribución única al “Pintor de Pithos”<sup>686</sup>. En su publicación de 1968, Beazley nos adelanta que “muchas otras toscas copas, decoradas únicamente en su interior, son más o menos cercanamente relacionables a las del Pintor de Pithos, y algunas de ellas fueron probablemente hechas en el mismo taller de trabajo que aquellas”<sup>687</sup>.

Entre esas copas relacionables con las del “Pintor de Pithos” incluye las pertenecientes al Grupo de Adria B 300 y las del Pintor del Ágora P 2578, el Pintor del Heraion (junto a copas cercanas a su estilo) y el “Pintor de Chaire”<sup>688</sup>.

La cronología atribuible a la obra del “Pintor de Pithos” se incluye en la última década del siglo VI y la primera década del s. V a.C.<sup>689</sup>, teniendo siempre en cuenta una posible variabilidad de años, pues, en su caso, no se cuenta con una cronología fia-

<sup>684</sup> Almagro-Gorbea 1975: s.p.; *id.* 1976a: 674; *id.* 1982a: 235.

<sup>685</sup> *id.* 1978a: 255; *id.* 1983a: 184. La definición de “Círculo” fue introducida en la investigación sobre cerámica griega por Beazley y para él tenía un significado concreto que no podía ser empleado como sinónimo de otras definiciones tales como “grupo”, “escuela”, “influencia” o “imitación”(Boardman 1996: 9).

<sup>686</sup> Ruiz y Molinos 1995: 211; Olmos Romera 1999: III.30.3.1.

<sup>687</sup> Beazley 1968: 142 ; la traducción es mía.

<sup>688</sup> *id.* 1968: 142-145.

<sup>689</sup> Boardman 1996: 62 ; Chiaro 1964: 110.

ble y exacta. En cuanto a las obras que pueden ser incluídas dentro del “Círculo del Pintor de Pithos” la cronología es también bastante amplia. Beazley, con respecto a estas piezas, pese a reconocerles que probablemente podían ser más tardías de lo que parecían<sup>690</sup>, allá por el año 1939 consideraba que su producción habría cesado antes de finales del s. VI a.C.<sup>691</sup>. Posteriormente, como hemos podido ver antes, alguna pieza del Pintor de Pithos ha sido fechada hacia el 490 a.C.<sup>692</sup>, por lo que parece evidente extender también la cronología de los vasos elaborados por los autores cercanos a él.

Por los escasos restos que se pudieron recuperar de la cónica. De pequeño tamaño (aprox. unos 17 cms. de diámetro en su boca), aunque similar a los de otras cónicas de pequeño tamaño de este tipo<sup>693</sup>, sólo presentaba decoración en su parte interior, dentro de un círculo o “medallón” de pintura roja<sup>694</sup>, mientras que el resto de la pieza presentaba un recubrimiento en barniz negro a excepción de la parte interna de las asas, donde se puede apreciar el color de la arcilla empleada en la fabricación de la cerámica.



FIGURA 10.82: Decoración del tondo interior de la cónica

Dentro de ese “tondo” interior se observa una única figura masculina<sup>695</sup>, cuya cabeza y piernas están representadas de perfil mientras que el cuerpo y el ojo derecho se representan en una vista frontal. Frente a la figura se dibujó lo que parece un bastón.

Por la posición del personaje y del bastón<sup>696</sup>, Almagro-Gorbea interpretó que la escena representaba a un danzante realizando una pirueta<sup>697</sup>. Esta misma disposición de un personaje en posición similar<sup>698</sup>, y que posteriormente resultará interesante al hablar de la disposición interna del tondo de la cónica, decoraba una de

<sup>690</sup> A causa de su estilo “arcaizante”.

<sup>691</sup> Beazley 1939: 3.

<sup>692</sup> Chiaro 1964: 110.

<sup>693</sup> Chiaro 1964: 110.

<sup>694</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 184.

<sup>695</sup> A juzgar por los fragmentos recuperados.

<sup>696</sup> Caído horizontalmente.

<sup>697</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 186.

<sup>698</sup> Salvando ciertas diferencias en la disposición de la pierna adelantada y el brazo atrasado.

las caras de una moneda acuñada en Tarento a finales del s. VI. a.C. y fue interpretada por Webster como un joven corriendo<sup>699</sup>, aunque en éste caso portaba una lira y no había ningún elemento acuñado frente a él. La mayor parte de los investigadores han optado por seguir principalmente las apreciaciones del excavador de “Pozo Moro”, identificando la imagen con un joven saltando o danzando ante un báculo<sup>700</sup>. Una opinión similar pero con una curiosidad añadida, por el detalle, es la de Harrison, para quien se trataría de “la figura de un bailarín que giraba sobre un pie”<sup>701</sup>.

El lenguaje artístico empleado en esos momentos en la decoración cerámica y numismática del Mundo Griego tenía mucho de simbólico, pues en un pequeño espacio debían dibujar o acuñar la escena, y la posición de las manos, piernas y demás partes del cuerpo dejaba claro a sus contemporáneos cuál era la acción que se trataba de representar, lo cual no impide que nuestras interpretaciones puedan ser muy variadas e incluso contradictorias.

La disposición de la escena puede ser incluida dentro del esquema definido como “pentagonal” por Webster<sup>702</sup>. Este esquema en la pintura de los tondos centrales de los vasos griegos, y en la numismática, aparece a finales del s. VI a.C. como un intento de los pintores por llevar un paso más allá sus posibilidades decorativas, no contentándose con mantener modelos an-

teriores, principalmente basados en esquemas triangulares dentro de la circunferencia<sup>703</sup>.

Como se puede observar, las escenas incluidas dentro del círculo que las delimita siguen una colocación basada en un pentágono. En el caso de la clica de “Pozo Moro” podemos trazar unas líneas rectas dentro del tondo que incluirían a la figura representada y formarían un polígono de cinco lados equilibrado, más adecuado a la representación que un triángulo, otra de las técnicas empleadas a la hora de decorar el interior de los vasos.

Lo cierto es que me inclino por considerar la escena, al igual que el excavador, como algún tipo de pirueta, pues no da la impresión de que la figura esté corriendo dada la exagerada posición de la pierna izquierda y las manos. Lo que ya no me resulta tan claro es el hecho de que se trate de un danzante, pues esa misma posición antes comentada se aproxima más a la de un ejercicio gimnástico<sup>704</sup> que a la de algún movimiento de una danza, más aún teniendo en cuenta representaciones de danza de pinturas griegas y etruscas, muy influenciadas por las primeras. Además la presencia del bastón, en nuestra opinión, no sirve únicamente para señalar la horizontalidad de la escena, sino que está, asimismo, indicándonos el propio carácter de lo que allí vemos, pues es similar a otros bastones que se observan en vasos con escena de palestra.

<sup>699</sup> Webster 1939: 112.

<sup>700</sup> Olmos Romera 1999: III-30.3.1.

<sup>701</sup> Harrison 1989: 162.

<sup>702</sup> Webster 1939: 112.

<sup>703</sup> *id.*: 112.

<sup>704</sup> El movimiento denominado “voltereta”.

En cuanto a la atribución de la obra, creo necesario profundizar algo más. El término tan general de “Círculo del Pintor de Pithos” nos parece bastante más matizable, y más aún a la hora de entrar en aspectos cronológicos, como ya hemos visto antes.

Hasta el momento ha quedado únicamente expuesta la posición inicial de Almagro-Gorbea, que consideraba la cílica obra de un pintor perteneciente al ámbito de ese “Círculo”, y como se vio anteriormente, éste congrega a un número abundante de autores. En este momento es cuando resulta interesante introducir la opinión de B.B. Shefton<sup>705</sup>.

Shefton optó por profundizar un poco más suponiendo la decoración obra de un autor cercano al “Pintor del Heraion”<sup>706</sup>, cuya pertenencia al “Círculo del Pintor de Pithos” es indiscutible<sup>707</sup>.

Para aclarar un poco más el tema, consideramos indispensable poner en relación la escena de la pieza de “Pozo Moro” con las decoraciones más comunes a cada pintor. El “Pintor de Pithos” se especializó en pintar sátiros o jóvenes con jarros, guerreros y escenas de *symposion* con figuras reclinadas, muchas de ellas en un estilo muy abstracto, temas y estilo bastante característicos también de su “Círculo”<sup>708</sup>; de la

misma manera, es característico de estos autores mantenerse dentro de la tradición de los vasos más antiguos, buscando un cierto arcaísmo frente a otros autores contemporáneos suyos cuyos vasos mostraban aspectos más novedosos<sup>709</sup>. Beazley llega a emplear el término “pasado de moda” (*old-fashioned*)<sup>710</sup>.



FIGURA 10.83: Ejemplo de una cílica atribuida al “Pintor de Pithos”

A modo de nota aclaratoria sobre las obras pertenecientes a este “Círculo” basta con remitirnos, de nuevo, a la obra de este investigador inglés, en donde las engloba dentro de aquellas menos elaboradas, las más “bastas” en su opinión<sup>711</sup>; para Boardman serán de tercera categoría<sup>712</sup>.

<sup>705</sup> Fue gracias a sus apreciaciones que Almagro-Gorbea pasó de considerar la cílica obra del Pintor de Pithos a ampliar su autoría al “Círculo” cercano a ese pintor, probablemente con trabajo en el mismo taller.

<sup>706</sup> Shefton 1982: 358, n. 60.

<sup>707</sup> Beazley 1939: 2; *id.* 1968: 142-145.

<sup>708</sup> Boardman, 1996: 62.

<sup>709</sup> *id.* 1996: 62.

<sup>710</sup> Beazley 1939: 2.

<sup>711</sup> Beazley 1968: 139-145.

<sup>712</sup> Boardman 1996: 62.

Por comparación con la figura del joven de la clica que nos ocupa sólo podríamos indicar o destacar cuatro obras atribuidas al Pintor de Pithos, aquellas con representación de un joven arrodillado, aunque en una de ellas lo representado parece ser un cazador con capa<sup>713</sup>.

Otra clica se puede poner en relación por el hecho de haberse representado un atleta arrodillado, aunque en este caso portando un disco. En “Pozo Moro” no parece en absoluto que el personaje esté arrodillado. Lo cierto es que ni por el estilo ni por la temática parece posible la atribución a este autor.

El único de entre todos los autores del “Círculo” que parece representar masivamente figuras de jóvenes es el “Pintor del Heraion”, a quien se le atribuyen gran cantidad de obras. La mayor parte de esas figuras se dibujan arrodilladas, y como se puede ver por la posición de las piernas, éstas no se corresponden con el joven de “Pozo Moro”, aunque muestran numerosas similitudes.



FIGURA 10.84: Algunos ejemplos de obras atribuidas al Pintor del Heraion

<sup>713</sup> Beazley 1968: 139-141.

A modo de conclusión queremos hacer hincapié en que el estudio de esta clica aún puede aportar mucha información, y por tanto sería interesante profundizar en él buscando sus paralelos más cercanos, pues de este modo se puede llegar a tener una visión más aproximada de las posibles relaciones comerciales que la llevaron a ser amortizada en un enterramiento ibérico del interior peninsular en unas fechas en las que las piezas áticas de importación son muy extrañas incluso en la costa levantina. Con respecto a ésto se puede poner un ejemplo: la clica ática de Medellín<sup>714</sup> llegó, según la opinión del excavador que la halló, no directamente desde el Ática o Sur de Italia, sino que habría sido exportada a Chipre y desde allí la habrían traído al Occidente los mercaderes fenicios<sup>715</sup>.

Al Occidente llegaría como un elemento de lujo y prestigio, aunque no sabemos bien si fue adquirida únicamente por su exotismo o también influyó su estética. En el caso de la clica de “Pozo Moro” encontramos la misma disyuntiva; no sabemos quién la trajo ni desde dónde.

Si observamos bien la clica de “Pozo Moro” se aprecia la ausencia de un rasgo anatómico destacado y que suele estar siempre presente en las decoraciones de las figuras humanas en los vasos griegos: falta la ceja sobre el ojo. Ésto no sería raro en otras piezas con un estilo algo más abs-

<sup>714</sup> Conservada en una de las vitrinas de la misma sala en donde se encuentra la reconstrucción del monumento de “Pozo Moro”.

<sup>715</sup> Shefton 1982: 358.



tracto, donde ese tipo de detalles pierden importancia<sup>716</sup>, pero justamente en el caso que nos ocupa vemos que sí se cuidan esos detalles, dándose la representación de un ojo de gran tamaño, detalles de la oreja y los labios, etc...

Tal vez por ello nos encontremos ante una de las causas de la presencia de esta pieza en el Occidente ; ese “descuido”, típico en una producción principalmente destinada a una exportación masiva, así como otros de los que no tenemos mención, pudo ocasionar que en los ambientes más acostumbrados a la circulación de cerámica ática se rechazasen determinadas piezas, cuya única salida en el mercado era llevarlas a otros ámbitos donde su escasez les otorgaría un valor añadido donde la estética pasaría a un segundo plano. Es el estudio de los detalles el que aún nos puede deparar muchas sorpresas en la investigación ; así sería interesante hacer un estudio exhaustivo de aspectos como el ojo (también representado de una forma no convencional), el bastón, las líneas representativas de los músculos, etc... Entre la información con la que actualmente contamos sobre el “Círculo del Pintor de Pit-hos” conviene traer a un primer plano la distribución de sus hallazgos.

El mayor número de fragmentos o piezas proviene, como es de suponer, de la propia Atenas ; aunque no son raros los hallazgos en Siria/Palestina<sup>717</sup> y en la Pe-

---

<sup>716</sup> Por ejemplo en algunas de las cílicas anteriormente reproducidas (*vide supra*).

<sup>717</sup> Principalmente en *Al-Mina*, donde ya destacó su presencia Beazley 1939: 2.

nínsula itálica o sus islas<sup>718</sup>. Un número menor se encuentra repartido entre las Cícladas y algunas otras *póleis* griega.

Muy recientemente Almagro-Gorbea ha vuelto a estudiar esta pieza y ha propuesto que debe ser atribuida Evergides o Epeleios, incluidos por Beazley en el tipo *Coarser Wing 1*”, con unas cronologías de finales del s. VI a.C.<sup>719</sup>

A continuación se verá cómo la procedencia comercial del lécito encontrado entre las cenizas del *bustum* junto a esta cílica ha sido situada recientemente en el ámbito de los intercambios ampuritanos<sup>720</sup>, por lo que tal vez podría resultar interesante buscar también una procedencia similar para este vaso de figuras rojas, en lugar de suponerlo resultado del comercio púnico.

Por último quedaría por hacer una aproximación al posible valor simbólico de la imagen representada en el interior del tondo de esta cílica. Ricardo Olmos señala en primer lugar cómo esa imagen del joven desnudo nos situaría en un ámbito distinto al cotidiano, “el ámbito lúdico del hombre libre que desborda movimiento y vida”<sup>721</sup>, y en el que el desnudo y el juego han de tomarse como imágenes del hombre libre - representación del ocio y la vitalidad-, cuyo prestigio se trasladaría al espacio de la muerte, y así relaciona al enterrado con los

---

<sup>718</sup> Beazley 1968: 139-145.

<sup>719</sup> Almagro-Gorbea 2009a.

<sup>720</sup> *Vide infra*.

<sup>721</sup> Olmos Romera 1996a: 102.



dioses a través de la identificación de las imágenes de prestigio con su poseedor<sup>722</sup>.

### **El lécito<sup>723</sup> ático de figuras negras**

Otros fragmentos procedentes del *bustum* son los restos de un lécito ático de figuras negras atribuido por Almagro-Gorbea a la clase “Atenas 581”<sup>724</sup>. El lécito, una vez reconstruido tomando como medidas los pequeños fragmentos originales, es de buen tamaño (27 cms. de altura y 7,5 cms. de diámetro de boca) y presenta como decoración una escena de sátiros y ménades que ocuparía prácticamente todo el cuerpo de la pieza, a excepción de la parte inferior más próxima a su base; el fondo de la escena se rellena con ramas llenas de hojas, mientras que la unión del cuello con el cuerpo estaría decorada con hojas de hiedra.



FIGURA 10.85: Lécito ático de figuras negras del *bustum* de “Pozo Moro”

La investigación, en general, ha aceptado la identificación de la imagen femenina como una ménade<sup>725</sup>, aunque más recientemente Olmos Romera cree identificar en la figura femenina de la escena conservada antes una ninfa que una ménade<sup>726</sup>, al tratarse de un tema recurrente en este tipo de lébitos.

Así, se destaca el trabajo de Villanueva Puig, quien incluyó el lébito de “Pozo Moro” dentro de los lébitos áticos de tema dionisiaco hallados en la Península dentro de un tipo que presentaría como decoración escenas de persecuciones eróticas<sup>727</sup>.

La presencia de lébitos es de carácter exótico en las cremaciones ibéricas, frente a su aparición habitual en las inhumaciones de Ampurias e Ibiza. Es interesante

<sup>722</sup> *id.* 1996a: 102; *id.* 1999: III-30.3.1.

<sup>723</sup> *Lékythos*.

<sup>724</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 184.

<sup>725</sup> Olmos Romera 1987: 688; Madrigal Belinchón 1995: 14; *id.*: 1999: 4.

<sup>726</sup> Olmos Romera 1998: 124; *id.* 1999: III-30.3.1.

<sup>727</sup> Olmos Romera 1998: 124.

remarcar el hecho de que la presencia de este tipo de vaso griego en “Pozo Moro” pudo responder, en opinión de Olmos Romera, al comercio ampuritano con el Sudeste peninsular, tal vez como estímulo directo de la moda funeraria ampuritana, en “un afán emulador del indígena de la nueva moda mediterránea”<sup>728</sup>.

Ese comercio ampuritano parece poder demostrarse para el Sudeste de la Meseta, entre otros muchos yacimientos, a partir de las necrópolis de “Hoya de Santa Ana” y “Los Villares” de Hoya Gonzalo (Albacete), ambas apenas a 20 kms. de la necrópolis de “Pozo Moro”. En “Hoya de Santa Ana” se documentan vasos griegos decorados con guirnaldas vegetales, mediante pintura blanca, específicos del comercio ampuritano, así como también se documentan en la necrópolis de “Los Villares” de Hoya Gonzalo numerosos vasos de tipo *Saint-Valentin*, monopolizados por el comercio procedente de la colonia de Ampurias<sup>729</sup>.

A partir de los vestigios arqueológicos, da la impresión de que el Sudeste de la Meseta tuvo en Ampurias una de sus prin-

cipales fuentes de abastecimiento de cerámicas griegas frente a las ya tradicionales teorías en torno al importante papel del comercio púnico para esta zona, sin rechazar la intervención directa de intermediarios o “agentes” ibéricos<sup>730</sup>. El problema principal de esta afirmación radica en el hecho de que, así como pudieron actuar intermediarios ibéricos, ¿acaso se puede negar tajantemente la intervención de intermediarios púnicos?

Ciertamente, para las fechas que se manejan con respecto a la cerámica de *Saint-Valentin*<sup>731</sup>, la factoría fenicia de La Fonteta (Guardamar de Segura) ya había dejado de existir<sup>732</sup>, lo cual no parece apoyar una idea de cierto “control” fenicio-púnico de esa zona, que probablemente ya había basculado más hacia la órbita comercial griega.

Las características de los léцитos del tipo “Atenas 581”, como el amortizado entre otros elementos de ajuar en el *bustum* del monumento turriforme de “Pozo Moro”, son resumidas por Boardman como “[...] formas generalmente pasadas de moda con un decrecimiento constante hacia su base [...] y las figuras son descuidadas en su ejecución”<sup>733</sup>. Vemos en este caso también un gusto por las características arcaizantes, que ya observamos con motivo del análisis de la cística.

<sup>728</sup> Olmos Romera 1998: 124.

<sup>729</sup> Blázquez Pérez 1999a: 390; *id.* 1999b: 74. De hecho, este tipo de vasos no estaban documentados dentro del ambiente de los yacimientos del Sureste de la Meseta hasta la década de los años 80, en que E. Cuadrado publicó varios fragmentos recogidos en superficie en la necrópolis del Llano de la Consolación, La Torrecica (Montealegre, Albacete). En este mismo trabajo, se diferencian dos posibles orígenes de distribución: Ampurias para la zona de Cataluña y el Languedoc, y la costa de Guardamar, siguiendo el río Segura, para la zona del Sureste e Ibiza (Cuadrado Gorbea 1988). Lo que no se aborda es quién se encargaría de esa distribución desde la costa de Guardamar, si el propio mercado ampuritano, intermediarios púnicos, o los propios intermediarios ibéricos.

<sup>730</sup> Blázquez Pérez 1999b: 74.

<sup>731</sup> Medios-finales del s. V a.C. (Cuadrado 1988: 122; Blázquez Pérez 1997: 222).

<sup>732</sup> Sus fechas finales han de situarse a mediados del s. VI a.C., en opinión de su excavador (González Prats 2000b).

<sup>733</sup> Boardman 1997: 148.

El grupo de artistas que se puede englobar dentro de la denominación “Atenas 581” es muy amplio, aunque cabría destacar el trabajo del “Pintor de Maratón”, que reúne todas las características presentes en las obras de este grupo<sup>734</sup>.

Originariamente, Haspels, en su estudio dedicado a los léцитos áticos de figuras negras, atribuyó a las piezas incluidas dentro de este grupo una cronología “alrededor del año 500”<sup>735</sup>.

Actualmente, la cronología más aceptada es aquella que sitúa el inicio de su producción en los primeros años del s. V a.C., con posterioridad al año 500, y con una larga perduración de, al menos, dos décadas<sup>736</sup>.

Un aspecto que puede ayudarnos a fechar con algo más de exactitud los fragmentos de “Pozo Moro” es el color del fondo de la pieza. Es de todos conocida la tendencia a barnizar en blanco los léцитos áticos destinados a un uso funerario. Los léцитos de la clase “Atenas 581” no fueron una excepción, pero parece ser que esa tendencia no se generalizó entre ellos hasta algo después del 490 a.C., ya que el Pintor de Maratón fue uno de los que más número de piezas fabricó para las sepulturas de los guerreros fallecidos en la batalla de Maratón (490 a.C.), y hasta esa fecha la inmensa mayoría de sus léцитos tenían sus fondos de color de la arcilla empleada<sup>737</sup>.

---

<sup>734</sup> Boardman, 1997: 148.

<sup>735</sup> Haspels 1936: 93.

<sup>736</sup> Boardman 1997: 148 y 234.

<sup>737</sup> Boardman 1997: 148.

En el caso de los fragmentos de “Pozo Moro” se puede apreciar que el fondo también presenta el color de la arcilla.

La exportación de léцитos y otras cerámicas de pinturas negras mantuvo un buen ritmo hasta unos cincuenta años después de la aparición de la técnica de figuras rojas en el 530 a.C., incluso por encima de los vasos de figuras rojas, de difusión mucho más restringida.

De hecho, su fabricación se continuó en Atenas hasta la mitad del s. V a.C., aunque ya desde el primer cuarto de ese siglo su calidad era mas bien baja<sup>738</sup>.

Lo cierto es que la calidad del lécito de “Pozo Moro” está muy por encima de la de otras piezas del mismo grupo, tal y como se puede observar.



FIGURA 10.86: Algunos ejemplos de léцитos de la clase “Atenas 581”<sup>739</sup>

---

<sup>738</sup> Boardman 1997: 146.

<sup>739</sup> Boardman 1997.

En cuanto al análisis de la representación figurada, Ricardo Olmos destaca su relación con el impulso sexual, con un ambiente dionisiaco. Esa escena de persecución sexual de una ninfa por parte de dos sátiros reviste en sí misma un significado funerario, en el cual la generación y el poder sexual, manifestado en ocasiones a través de un lenguaje violento “son motivos apropiados en el código aristocrático de la muerte”. La imagen griega contendría un mensaje de inmortalidad, de pervivencia de la vida en la fecundidad de ultratumba; el rapto y transporte al Más Allá por parte de personajes de naturaleza híbrida, suprahumana, así como la posterior unión sexual, es el sentido funerario que adquieren estas escenas entre los iberos, al reflejar la fecundidad de la muerte con su capacidad engendradora como un opuesto a la vida<sup>740</sup>. También destaca este investigador cómo dentro del propio programa iconográfico de los bajorrelieves del monumento encontramos otra escena de un explícito carácter sexual, la conocida como *hierogamia* (*vide supra*), con lo cual, el pequeño programa iconográfico del ajuar vendría a reforzar el propio programa escultórico<sup>741</sup>.

Muy recientemente, Almagro-Gorbea ha vuelto a reestudiar esta pieza cambiando su opinión inicial. Actualmente, este investigador aboga por identificar este *lékythos* como perteneciente al “Grupo de

Leagros”, con una cronología en torno al 505-500 a.C.<sup>742</sup>

### *El enócoe*<sup>743</sup> *de bronce*

Los restos de la cremación también incluían un fragmento de bronce representando una figura humana<sup>744</sup>.

De ésta sólo se conserva la cabeza, los brazos y el tronco, aunque muy afectados por la acción del fuego (Longitud: 7 cms.; altura: 6 cms.; grosor: 4 cms.).

Almagro-Gorbea lo define como “la parte superior de una figura de bronce representando un joven desnudo, que debió corresponder al asa de un vaso de bronce verosímilmente un *oinochoe* griego”<sup>745</sup>.



FIGURA 10.87: Fragmento de asa de enócoe de bronce procedente del *bustum* del monumento

<sup>740</sup> Olmos Romera 1987: 688; *id.* 1998: 124-125; *id.* 1999: III-30.3.1

<sup>741</sup> *id.* 1996: 100; *id.* 1999: III-30.3.1.

<sup>742</sup> 2009b.

<sup>743</sup> *Oinóchoe*.

<sup>744</sup> Encontrado aproximadamente el día 16 de Octubre de 1971, según las anotaciones del Diario del Dr. Daudén Sala.

<sup>745</sup> Almagro-Gorbea 1978a: 255; *id.* 1983a: 185.

Efectivamente, dentro de la artesanía del bronce en el Mundo griego no fue raro aplicar figuras de bronce a recipientes de este mismo material, que eran más valiosos que los realizados en arcilla<sup>746</sup>.

El tipo de representaciones podía ser variado: cabezas humanas y animales, palmetas, e incluso, como en el caso que nos ocupa, el cuerpo completo de un animal o de un joven sirviendo como asa del recipiente<sup>747</sup>.

En relación con este último ejemplo, es necesario resaltar que la difusión de esas piezas a modo de asas antropomorfas fue amplia, pudiendo ser encontradas por todo el Mediterráneo, y siendo una temática muy común en recipientes de bronce fabricados en Grecia e Italia durante la época arcaica y momentos inmediatamente posteriores<sup>748</sup>.

Según la opinión de Boardman, los mejores exponentes se encuentran en las exportaciones<sup>749</sup>, aunque no son nada raros los hallazgos en la propia Grecia<sup>750</sup>.

La figura recuperada de la pira en “Pozo Moro” estaría agarrando a dos leones por la cola, con una evidente representación y significación de *despotes theron* o “señor de los animales”<sup>751</sup>, lo cual coincide

con el esquema aportado por Hill para la mayoría de estas asas :

*“el joven con las puntas de los pies extendidas y flanqueadas por dos carneros, agarrando las colas de dos leones tumbados”<sup>752</sup>.*



FIGURA 10.88: Ejemplos de asas antropomorfas similar a la pieza de “Pozo Moro”

De todas formas, y dada la fragmentación de la pieza, tampoco se puede descartar el hecho de que esta figura estuviese sujetando por la cola a otros animales diferentes de leones, tal y como ocurre con el ejemplo, paralelizable por haber sido encontrado en el Sudeste de la propia Península Ibérica, del asa de la Alcazaba de Málaga, en el cual el personaje sostiene por la cola a dos *Aqueloo*s, y en el cual los carneros junto a sus pies son en este caso dos

<sup>746</sup> Boardman 1996b: 129

<sup>747</sup> *id.*: 130.

<sup>748</sup> Hill 1958: 193.

<sup>749</sup> Boardman 1996b: 139.

<sup>750</sup> Hill 1958: 193-201.

<sup>751</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 185.

<sup>752</sup> Hill 1958: 193.



arpías o sirenas<sup>753</sup>. Por ésto mismo, la posición más prudente es considerar que el joven del asa conservada del ajuar de “Pozo Moro” estaría agarrando, a ambos lados, a algún tipo de animal, no conservado, por la cola, sin poder confirmar el hecho de que se trate exactamente de dos leones, aunque esa es la identificación por la cual nos inclinamos.

En opinión de Olmos Romera, esta representación del joven desnudo que dominaría a dos leones está mostrando una hazaña que sólo está al alcance de los héroes, es un esfuerzo sobrehumano que reconoce la supremacía de ese personaje elegido sobre las fieras en su conjunto, privilegio de tan sólo de unos pocos. Así, una vez más considera que en los elementos del ajuar se prefigura y sintetiza la simbología del monumento<sup>754</sup>.

El tipo de recipientes que contaban con asas antropomorfas no es muy amplio: hidrias, enócoes, ánforas y *schnabelkanne*<sup>755</sup>, teniendo en cuenta, además, que un gran número de los enócoes tenían boca trilobulada<sup>756</sup>.

A continuación convendría acercarse al marco cronológico y ámbitos de fabricación de esas obras bronceas.

Las asas antropomorfas aparecieron en *hydriai* y enócoes de boca trilobulada en Grecia, principalmente en el Peloponeso, con anterioridad al año 550 a .C. y durante

una generación se mantuvieron en vigor, pasando de moda antes del final del s. VI a.C.

Dentro del mismo Mundo griego, parece que algunas escasas manufacturas de este tipo fueron hechas en ambientes jónicos o bajo “influencias jónicas”.

Este modelo se extendió a Etruria, aunque bastante tardíamente, y allí se fabricaron de nuevo enócoes, y se adoptó para los *schnabelkanne* y para ánforas. El principal foco de producción fue *Vulci*, y su fabricación continuó hasta después del año 460 a.C.

Con respecto a las posibles manufacturas suritálicas, éstas no parecen poder ser demostradas con seguridad<sup>757</sup>. Más recientemente, otros investigadores siguen defendiendo un inicio de la producción de este tipo de piezas en la primera mitad del siglo VI a.C. en la zona del Peloponeso<sup>758</sup>, aunque su extensión hacia Occidente ha sido ampliada, señalando la posibilidad de que determinados tipos de estas manufacturas, en su fase más antigua, hubiesen sido realizadas en algún lugar de Umbria, e incluso las regiones del Piceno y la costa Adriática italiana<sup>759</sup>.

Volviendo al bronce de “Pozo Moro”, es necesario señalar, como ya lo hizo el excavador, que dado el alto grado de destrucción y fragmentación de la pieza, es

<sup>753</sup> Hill 1958: 195; Olmos Romera 1999: III-30.3.1.

<sup>754</sup> Olmos Romera 1996a: 102; *id.* 1999: III-30.3.1.

<sup>755</sup> Típicas jarras etruscas.

<sup>756</sup> Hill 1958: 193 y ss..

<sup>757</sup> Hill 1958: 200-201.

<sup>758</sup> Shefton 1992: 146 y ss.

<sup>759</sup> Shefton 1992: 149.



muy difícil determinar su taller de fabricación<sup>760</sup>.

Esto evidentemente repercutirá también en la asignación de su cronología, pues al no conocer los detalles de su producción, difícilmente podremos otorgarle una cronología fiable, sobre todo teniendo en cuenta el amplio marco cronológico de fabricación de este tipo de asas (aproximadamente un siglo).

Almagro-Gorbea se inclina en ocasiones por considerarlo una manufactura griega<sup>761</sup> (siendo esta posición la más aceptada por la mayor parte de los investigadores)<sup>762</sup>, aunque más recientemente se muestra más de acuerdo con la posición que defiende una manufactura etrusca procedente de *Vulci*<sup>763</sup>, que fue algo que nosotros ya defendimos también en nuestra Memoria de Licenciatura<sup>764</sup>, de acuerdo con opiniones presentes en la investigación<sup>765</sup>.

---

<sup>760</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 185.

<sup>761</sup> Almagro-Gorbea, 1978a: 255; *id.*, 1983a: 184.

<sup>762</sup> Ruiz y Molinos, 1995: 211; Madrigal Belinchón 1995: 14 ; Abad Casal y Bendala Galán 1989: 72.

<sup>763</sup> Weber 1983: fig. 5; Graells i Fabregat 2008: 207.

<sup>764</sup> Prieto Vilas 2000a: 218.

<sup>765</sup> Madrigal Belinchón 1999: 4; Olmos Romera 1996a: 100; *id.* 1999: III-30.3.1.

11. NUEVAS PROPUESTAS DE IDENTIFICACIÓN, RECONSTRUCCIÓN Y  
LECTURA DEL PROGRAMA ICONOGRÁFICO DEL MONUMENTO



## 11. NUEVAS PROPUESTAS DE IDENTIFICACIÓN, RECONSTRUCCIÓN Y LECTURA DEL PROGRAMA ICONOGRÁFICO DEL MONUMENTO

La propuesta que vamos a exponer a continuación está en un momento aún muy embrionario. No ha sido hasta muy recientemente que hemos conseguido “apuntalar” las hipótesis en las que nos hemos basado, por lo que necesariamente está aún falta de profundo estudio. Nuestro trabajo futuro va a ir en buena medida enfocado a desarrollarla ampliamente pero no queríamos dejar pasar la oportunidad de incluirla en este trabajo.

Primeramente consideramos que es necesario partir de una certeza que venimos defendiendo desde hace muchos años y que nos ha permitido llegar a las conclusiones que vamos a recoger aquí: la existencia de una secuencia correlativa entre todos los episodios bajorrelivarios presentes en el cuerpo inferior del edificio turriforme de Pozo Moro. Esa secuencia tendría necesariamente su relación con los altorrelieves y demás elementos artísticos presentes en la construcción.

Por el momento, nosotros creemos haber conseguido “cerrar el círculo” del programa iconográfico del cuerpo inferior pero no dudamos que, en el futuro, lograremos hacer lo mismo con todo el programa iconográfico presente en tan señalado y único monumento.

En el “Conjunto Funerario Monumental” de “Pozo Moro”, como ya se ha podido observar en otros apartados, todos los recursos empleados buscaban el

mismo resultado: transmitir un mensaje cargado de simbolismo a todas las personas que transitasen por las inmediaciones de la construcción turriforme y sus elementos asociados. Entre todos esos recursos, aquí va a destacar por encima de los demás el escultórico, que proporciona un medio comunicativo único frente al resto. Este medio comunicativo sobrepasa los limitados lenguajes de lo arquitectónico y lo monumental, pues éstos únicamente ponen de relieve la importancia del personaje allí enterrado a través del esfuerzo social que conlleva su construcción, el tamaño de los recursos empleados, etc..., pero sin poder profundizar en aspectos más subjetivos.

Sin embargo, el medio comunicativo escultórico adentra a quien lo observa en el mundo de la narración iconográfica, en el mundo en el cual es posible transmitir con detalle, y gracias a imágenes y signos reconocibles para el espectador, el mensaje que se quiere poner en conocimiento de las demás personas; se puede contar una historia, se puede apelar en mayor medida al subconsciente y la subjetividad de la persona.

No obstante, tal y como afirma Ricardo Olmos, “los signos no sólo son narrativa [...], poseen otras funciones múltiples, desbordan en significaciones

diversas”<sup>1</sup>: ésta es su ventaja frente a los demás aspectos del monumento.

Ciertamente, las opiniones relacionadas con la interpretación y el análisis iconológico del friso están muy divididas, entre aquellos que consideran que todas las escenas estarían íntimamente relacionadas formando una secuencia temporal narrativa, y entre aquellos que piensan que cada imagen se lee por sí misma, cada una tiene unidad narrativa en sí misma pero que al ser leídas en conjunto se complementan y adquieren coherencia.

Resumiendo, una opción defiende una secuencia ordenada de los episodios y la otra es partidaria de una simple yuxtaposición de esas escenas individuales<sup>2</sup>.

Los distintos investigadores que se han aproximado a la problemática de los relieves del monumento han optado por alguna de esas dos opciones a la hora de realizar su análisis.

Así, algunos comienzan su estudio sin seguir un orden establecido, simplemente tomando arbitrariamente las escenas y realizando un comentario y análisis de cada una<sup>3</sup>.

Otros, por el contrario, intentan una aproximación a las representaciones del friso asignándoles una “secuencia narrativa”, como, por ejemplo, Fernández Rodríguez, partidario de que en cada panel se desarrollaba un hecho o episodio diferente pero perfectamente relacionado

con los demás; en función de ese planteamiento, este investigador sitúa el inicio del friso corrido en el lado Este y sigue un recorrido por los lados Sur, Oeste y Norte buscando la secuencia temporal de los bajorrelieves<sup>4</sup>.

En otros casos, pese a que se reconoce un carácter secuencial del friso, se realiza un análisis desordenado de las escenas, incluso saltando de un lado a otro del monumento según se analice cada fragmento relivario<sup>5</sup>.

La mayoría de estos investigadores defienden que nos encontramos ante una secuencia narrativa, y que, por tanto, se debe buscar un orden en las escenas representadas, pero las secuencias que proponen únicamente se apoyan en interpretaciones hipotéticas de lo representado, sin buscar dentro de las escenas un nexo común más “tangible”.

Desde nuestro punto de vista, y de acuerdo con la idea apuntada por Fernández Rodríguez, cada lado del friso contiene una escena narrativa individual, con un significado propio y fácilmente inteligible para aquel observador de época contemporánea a su realización. Sin embargo, ésto no imposibilitaba la existencia de una secuencia en todos esos episodios, ya que alrededor del monumento se debía seguir un recorrido, claramente marcado, que iría dirigiendo al espectador de un lado al otro, de forma que lo narrado en cada escena fuese complementando el mensaje presente en las anteriores.

<sup>1</sup> Olmos Romera 1996a: 113.

<sup>2</sup> Olmos Romera 1999: IV-71.1, IV-91.2.1.

<sup>3</sup> Blech 1997: 198-205.

<sup>4</sup> Fernández Rodríguez 1996: 300. Matesanz defiende un orden Este-Norte-Oeste-Sur (2015).

<sup>5</sup> Olmos Romera 1996a: 106-113; Almagro-Gorbea 1983a: 196-204; Madrigal Belinchón 1999: 6-8; López Pardo 2006.

Por ello, y antes de abordar el análisis iconológico que nosotros proponemos con respecto a las escenas del friso en bajo relieve del monumento y las demás piezas escultóricas que habrían pertenecido a éste, es indispensable resolver la problemática relacionada con esa secuencia seguida por los distintos episodios.

¿Cómo poder aproximarnos al orden de la narración iconográfica?: la presencia de destacados elementos arquitectónicos, de la disposición de los personajes dentro de cada escena, así como de objetos incluídos en éstas irán señalando la dirección a seguir, así como el orden de la secuencia del friso. Éstos son los elementos que actuarán como nexo “visible” entre los episodios individuales, y no únicamente la interpretación subjetiva de lo representado en ellos. Por esta misma razón, y desde el más profundo respeto, nos resulta difícil mostrarnos de acuerdo con la posición de Ricardo Olmos, quien propone una secuencia desordenada de esos episodios; así, sitúa el inicio del programa iconográfico del monumento en el sillar con representación del jabalí bifronte, en el lado Este<sup>6</sup>.

Posteriormente, trata el episodio del friso de bajo relieves de ese mismo lado oriental, para, a continuación, seguir con la escena del lado Sur. De ésta pasa al lado Norte; luego trata el episodio descontextualizado conocido como *hierós gámos*, y finaliza su secuencia en el lado Oeste<sup>7</sup>. Este desorden en la secuencia de las escenas es difícilmente comprensible, pues aquel que visitase el monumento se

encontraría perdido, no tendría modo de saber cuál de ellas va antes o después hasta haber visto el programa escultórico en su totalidad, y sólo entonces podría realizar su propio ordenamiento de las escenas. En contra de esta opinión, y como posteriormente se tratará de demostrar, el orden estaba claramente establecido a través de un recorrido “visualmente señalizado” que rodeaba el monumento y que no producía ninguna ruptura en la secuencia de observación de los distintos episodios del friso<sup>8</sup>.

Otra secuencia “desordenada” la vemos en el trabajo de López Pardo. Este investigador situaba el inicio de la secuencia interpretativa en la escena del “guerrero” del lado Sur del edificio<sup>9</sup>.

A continuación va saltando de una escena a otra y de lado a lado sin ninguna justificación más que la interpretación de cada escena individual.

Para poder seguir una secuencia ordenada, antes de nada debemos preguntarnos qué elementos arquitectónicos del conjunto monumental funerario nos pueden dar alguna pista a este respecto, pues absolutamente todo en el conjunto está profundamente relacionado e imbricado, con el fin de resaltar el mensaje que se quiere transmitir al espectador, y entre ellos el primero que llama la atención ya desde la lejanía es el arquitectónico.

Dentro de la teoría arquitectónica dedicada al estudio de la circulación por espacios arquitectónicos se considera que

<sup>6</sup> Olmos Romera 1999: IV-68.2.7.

<sup>7</sup> Olmos Romera 1996a: 104-113.

<sup>8</sup> *Vide infra*.

<sup>9</sup> López Pardo 2006: 59.



“los recorridos son, por naturaleza, lineales y tienen un punto de partida que conduce, a través de una serie de secuencias espaciales, hasta el lugar de destino”<sup>10</sup>. A lo largo de ese recorrido “pueden existir elementos, tales como bancos, nichos, repisas, peldaños, etc..., que provoquen un cambio de dirección, o una parada en la circulación, debido a la tendencia natural del movimiento humano hacia lugares que significan cambios, [...] por lo que esos elementos [...] podrán modificar el valor del espacio que los contiene”<sup>11</sup>.

A este respecto, es indispensable identificar el punto de partida del recorrido dentro del espacio arquitectónico del conjunto funerario monumental de “Pozo Moro”. En relación con la existencia del *témenos* en el que incluía el edificio turriforme, ¿cuál era el lugar de acceso o de aproximación al monumento?; ¿podía realizarse un acercamiento al edificio y su programa escultórico desde cualquiera de sus lados?, ¿no había ningún elemento delimitador alrededor de la construcción turriforme?

Almagro-Gorbea documentó un pavimento de guijarros de cuarcita alrededor de la construcción, que, a su vez, quedaba rodeado por una zona de adobe que él interpretó, muy acertadamente en nuestra opinión, como los posibles restos de un muro de adobe de altura incierta<sup>12</sup>.

El muro cerraría el espacio comprendido dentro de su recorrido, constituyendo un *témenos* relacionado con

el edificio<sup>13</sup>. Al exterior de la zona de adobe había otras pequeñas franjas de empedrado rectas y paralelas a los lados del monumento, que únicamente en su lado Oeste parecían quedar unidas al mosaico del *témenos*. Esa unión, de unos cincuenta centímetros de ancho fue interpretada como un pasillo o puerta del recinto<sup>14</sup>.

De este modo parece poder deducirse que la aproximación al monumento y su programa escultórico únicamente podía hacerse desde su lado Oeste.

La presencia de una puerta o acceso en el lado Oeste de ese muro de adobes, no documentada en los demás lados del conjunto, estaría indicando el único punto de entrada al *témenos*, por ese lado Oeste, y por ello mismo, el lado del friso que sería observado por el espectador en primer lugar en su aproximación al edificio de sillares. El pequeño tamaño del acceso, rondando los 50 cms., podría estar en relación con un deseo de que el espectador accediese individualmente al *témenos* (sólo una persona de cada vez), donde se vería sobrecogido por el tamaño y la significación del monumento; de esta manera se magnificaría aún más la construcción, mientras que el espectador se sentiría insignificante frente a ésta al observarla individualmente, únicamente la persona frente a ese monumento descomunal.

Éste sería, en nuestra opinión, el punto de partida de la narración iconográfica. No es necesario destacar aquí la relación, en las religiones y creencias antiguas, entre el Oeste y el Mundo de los

<sup>10</sup> Ching 1995: 270.

<sup>11</sup> Sánchez 1998: 93.

<sup>12</sup> *Vide supra*.

<sup>13</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 190.

<sup>14</sup> Almagro-Gorbea 1983a: 190.

muertos, el Más Allá; probablemente esa relación sea la que provocó que el acceso al *témenos* fuese orientada hacia ese punto cardinal, teniendo en cuenta el carácter funerario del monumento. A este respecto también conviene destacar la presencia en un túmulo funerario “principesco”<sup>15</sup> de la cercana necrópolis de “Los Villares” de Hoya Gonzalo de una pequeña cámara rectangular en su interior, con una puerta de acceso orientada hacia el Oeste, y con una cronología muy similar a la propuesta para el monumento turriforme de “Pozo Moro”<sup>16</sup>. También en esa misma necrópolis albacetense se encontró *in situ* el pedestal de la estatua ecuestre que coronaba la tumba tumular nº 18; ese pedestal se emplazó mirando hacia el Oeste, lo cual parece demostrar una clara relación con las creencias funerarias ibéricas<sup>17</sup>.

Otro detalle que puede ponerse en relación con la puerta o acceso al *témenos* es el de la presencia y disposición de las esculturas de los leones protectores de la construcción. Tal y como ya apuntó Almagro-Gorbea, la fuerza expresiva de éstos se concentraba en sus cabezas<sup>18</sup>, cuya parte frontal únicamente era observable en su totalidad desde los lados Oeste y Este. La visión frontal sería la más atemorizante, por lo que es de suponer que ésta estaría destinada a ser observada en primer término. De este modo, los lugares más adecuados en los que colocar el acceso al *témenos* serían bien el lado Oeste o bien el lado Este, allí donde la primera visión de los leones de las esquinas del edificio fuese la

más impactante y atemorizante. Éste es otro posible argumento a favor de situar definitivamente la puerta de entrada al *témenos* en el lado Oeste del muro de adobes que lo delimitaba.

Resumiendo, el acceso por ese lado occidental parece estar apoyado no únicamente por la información arqueológica, sino también por la propia función apotropaica y la simbología de los sillares zoomorfos del monumento.

Contando ya con el punto inicial de la narración, queda por descubrir la secuencia de desarrollo.

Considerando que la escena del lado Occidental sería, definitivamente, la primera que se veía en el recorrido alrededor del monumento, ¿en qué dirección debería continuarse la visita?. A partir de lo que puede observarse en los paneles relivarios del friso, o a través de su hipotética reconstrucción, destaca una tónica que es mayoritariamente respetada: las figuras situadas preferentemente en el lado derecho de cada escena se dirigen, invariablemente, hacia el extremo izquierdo, en el cual siempre se encuentra otra figura u objeto que se contraponen a la marcha del resto. De este modo, lo representado en las escenas iría dirigiendo visualmente al espectador desde el inicio de las mismas hacia el extremo izquierdo, donde ese movimiento encontraría una oposición que obligaría a detenerse y contemplar un poco más detenidamente el episodio.

Fácilmente, este recurso de contraponer imágenes en actitudes contrarias, ocasionando así que el espectador se detenga ante ese obstáculo que corta el recorrido visual puede ser

<sup>15</sup> El túmulo denominado nº 22.

<sup>16</sup> Inicios del s. V a.C.

<sup>17</sup> Blázquez Pérez 1992a: 252; *id.* 1992b: 124.

<sup>18</sup> *Vide supra*.

puesto en relación con la teoría arquitectónica anteriormente mencionada relativa a la circulación por espacios arquitectónicos<sup>19</sup>.

Según la hipótesis que aquí defendemos, cada metopa del friso contendría una escena completa en sí misma, con inicio en su lado derecho y finalización en su lado izquierdo. Esa misma tendencia llevaría al espectador a continuar su recorrido hacia las metopas inmediatamente siguientes, hacia su izquierda<sup>20</sup>, una vez que ya hubiese asimilado el episodio anterior, descubriendo así un nuevo episodio individual pero relacionado con el mensaje global que completaría la lectura unitaria de todas las metopas en conjunto<sup>21</sup>.

Como muy bien expresa Julia Sánchez: “el recorrido es considerado como el hilo preceptivo que vincula los espacios de un edificio”<sup>22</sup>, por lo que el edificio de “Pozo Moro” cumple con esta premisa, al vincularse cada uno de sus lados con los demás a través de un recorrido fijado en las escenas del friso, como un elemento más que se vincula, a su vez, con todos los restantes presentes en la construcción.

Por ello, aquí será defendido que la secuencia narrativa de las escenas del friso comenzaría en su lado Oeste, lugar de entrada al recinto, continuando por sus lados Norte y Este, para finalizar en la

esquina izquierda del lado Sur, siguiendo así la dirección marcada en las escenas.

Pasemos, a continuación, a nuevas propuestas de reconstrucción e interpretación del friso labrado en bajorrelieve del primer cuerpo del monumento.

La primera escena que debe ser abordada es la del lado Oeste, por ser ella la que iniciaría el recorrido y la secuencia narrativa del programa iconográfico.

Haremos a continuación un estudio secuencial de todas las escenas en el orden narrativo que nosotros defendemos.

En primer lugar señalaremos que la escena presente en el lado occidental, desde donde se accedía al *témenos* del “Conjunto Funerario Monumental”, tiene una clara relación con la que ocupaba el lado Norte del edificio, como expondremos en breve.

Tal y como ya hemos visto con anterioridad, nosotros defendemos que la figura sedente que ocupaba el centro de este lado Oeste del friso mostraba una posición frontal de cintura hacia arriba pero de perfil hacia la izquierda en el caso de sus piernas. Marcaba de este modo el sentido visual narrativo del friso.

Por sus atributos visibles, nosotros somos partidarios de identificarla con una divinidad femenina de la fertilidad y la Naturaleza. Por su forma de representación consideramos que hay que buscar su origen en Próximo Oriente, en donde las divinidades principales que cumplieran con características parecidas eran la sumeria *Inanna*, la babilónica *Ishtar* o la fenicia *Astarté*.

<sup>19</sup> *Vide supra*.

<sup>20</sup> Pues esta es la dirección hacia la que nos dirige cada escena.

<sup>21</sup> Prieto Vilas 2000b.

<sup>22</sup> Sánchez 1998: 101.

Siguiendo la posición de Olmos Romera que ya hemos recogido en el capítulo correspondiente, creemos que al representarla sentada sobre un *diphros* o silla portátil, el artista ha querido transmitir la imagen de que la acción se localiza al aire libre, entre vegetación.

Esa divinidad femenina se encontraría en un jardín primordial, a la manera de la diosa *Inanna* en el mito del árbol *Huluppu*.

Si acudimos al texto del mito de Gilgamesh y el árbol *Huluppu*<sup>23</sup> es posible observar que se trata de un mito cosmogónico, lo que ponemos en relación con el hecho de que lo narrado en él se sitúe iconográficamente en el punto de inicio de la secuencia del friso del edificio de Pozo Moro.

Incluimos a continuación texto el de este mito para poder seguirlo en nuestra interpretación:

### **The Huluppu Tree<sup>24</sup>**

In the first days, in the very first days,  
In the first nights, in the very first nights,  
In the first years, in the very first years,  
In the first days when everything needed was  
brought into being,  
In the first days when everything needed was  
properly nourished,  
When bread was baked in the shrines of the  
land,  
And bread was tasted in the homes of the land,

<sup>23</sup> Noah Kramer 1938: "Gilgamesh and the Huluppu tree. A reconstructed sumerian text", Chicago; Noah Kramer 1999: "El matrimonio sagrado en la Antigua Sumer", ed. AUSA, Sabadell; Wolkstein y Kramer "Inanna. Queen of Heaven and Earth. Her stories and Hymns from Sumer", 1983. Bottéro y Noah Kramer 2004: "Cuando los dioses hacían de hombres. Mitología mesopotámica", Ed. Akal.

<sup>24</sup> Wolkstein y Kramer 1983.

When heaven had moved away from earth,  
And the earth had separated from heaven,  
And the name of man was fixed;

When the Sky God, An, had carried off the  
heavens,  
And the Air God, Enlil, had carried off the earth,  
When the Queen of the Great Below, Ereshkigal,  
was given the underworld for her domain,

He set sail; the Father set sail,  
Enki, the God of Wisdom, set sail for the  
underworld.  
Small windstones were tossed up against him;  
Large hailstones were hurled up against him;  
Like onrushing turtles,  
They charged the keel of Enki's boat.  
The waters of the sea devoured the bow of his  
boat like wolves;  
The waters of the sea struck the stern of his  
boat like lions.

At that time, a tree, a single tree, a huluppu-  
tree  
Was planted by the banks of the Euphrates.  
The tree was nurtured by the waters of the  
Euphrates.  
The whirling South Wind arose, pulling at its  
roots  
And ripping at its branches  
Until the waters of the Euphrates carried it  
away.  
A woman who walked in fear of the word of the  
Sky God, An,  
Who walked in fear of the Air God, Enlil,  
Plucked the tree from the river and spoke:

"I shall bring this tree to Uruk.  
I shall plant this tree in my holy garden."

Inanna cared for the tree with her hand  
She settled the earth around the tree with her  
foot  
She wondered:

"How long will it be until I have a shining  
throne to sit upon?  
How long will it be until I have a shining bed to  
lie upon?"

The years passed; five years, and then ten  
years.

The tree grew thick,  
But its bark did not split.  
Then the serpent who could not be charmed  
Made it's nest in the roots of the huluppu-tree.

The Anzu-bird set its young in the branches of  
the tree.  
And the dark maid Lilith built her home in the  
trunk.

The young woman who loved to laugh wept.  
How Inanna wept!

(Yet they would not leave her tree.)As the birds  
began to sing at the coming of the dawn,  
The sun God, Utu, left his royal bedchamber.  
Inanna called to her brother Utu, saying:

“O Utu, in the days when the fates were  
decreed,

When abundance overflowed in the land,  
When the Sky God took the heavens and the Air  
God the earth,  
When Ereshkigal was given the Great Below for  
her domain,  
The God of Wisdom, Father Enki, set sail for the  
underworld,

And the underworld rose up and attacked  
him.... “At that time, a tree, a single tree, the  
huluppa-tree

Was planted by the banks of the Euphrates.  
The South Wind pulled at its roots and ripped  
its branches

Until the water of the Euphrates carried it  
away.

I plucked the tree from the river;

I brought it to my holy garden. I tended the tree,  
waiting for my shining throne and bed.

Then a serpent who could not be charmed  
Made its nest in the roots of the tree,  
The Anzu-bird set his young in the branches of  
the tree,

And the dark maid Lilith built her home in the  
trunk.

I wept.

How I wept!

(Yet they would not leave my tree.)”

Utu, the valiant warrior, Utu,  
Would not help his sister, Inanna.As the birds  
began to sing at the coming of the second dawn,  
Inanna called to her brother Gilgamesh, saying:

“O Gilgamesh, in the days when the fates were  
decreed,

When abundance overflowed in Sumer,  
When the Sky God had taken the heavens and  
the Air God the earth,  
When Ereshkigal was given the Great Below for

her domain,

The God of Wisdom, Father Enki, set sail for the  
underworld, “And the underworld rose up and  
attacked him.

At that time, a tree, a single tree, a huluppu-tree  
Was planted by the banks of the Euphrates.  
The South Wind pulled at its roots and ripped  
at its branches

“Until the waters of the Euphrates carried it  
away.

I plucked the tree from the river;

I brought it to my holy garden.

I tended the tree, waiting for my shining throne  
and bed.

“Then a serpent who could not be charmed  
Made its nest in the roots of the tree,  
The Anzu-bird set his young in the branches of  
the tree,

And the dark maid Lilith built her home in the  
trunk.

“I wept.

How I wept!

(Yet they would not leave my tree.)”

Gilgamesh, the valiant warrior Gilgamesh,  
The hero of Uruk, stood by Inanna.Gilgamesh  
fastened his armor of fifty minas around his  
chest.

The fifty minas weighed as little to him as fifty  
feathers.

He lifted his bronze ax, the ax of the road,  
Weighing seven talents and seven minas, to his  
shoulder.

He entered Inanna's holy garden.  
Gilgamesh struck the serpent who could not be  
charmed.

The Anzu-bird flew with his young to the  
mountains;

And Lilith smashed her home and fled to the  
wild, uninhabited places.

Gilgamesh then loosened the roots of the  
huluppa-tree;

And the sons of the city, who accompanied him,  
cut off the branches.

From the trunk of the tree he carved a throne  
for his holy sister.

From the trunk of the tree Gilgamesh carved a  
bed for Inanna.

From the roots of the tree she fashioned a  
pukku for her brother.

From the crown of the tree Inanna fashioned a  
mikku for Gilgamesh  
the hero of Uruk



En el texto se menciona que la diosa *Inanna* planta en su jardín un árbol *huluppu* que previamente se encontraba junto al Éufrates pero que fue arrancado por el “Viento del Sur” y el Éufrates lo arrastró hasta Uruk.

Cuando *Inanna* encuentra el árbol tan maltratado decide plantarlo en su jardín, pensando en hacerse algún día un trono y una cama con él<sup>25</sup>.

Con este hecho queremos relacionar lo mencionado antes respecto a la divinidad sentada sobre un *diphros* y no sobre un trono; en la escena occidental del friso se la ha representado en su jardín primordial, donde ella ha plantado ese árbol *huluppu*, en ese momento que nos narra el texto y donde se nos muestra en todo su esplendor como divinidad de la fertilidad.

Esto nos pone en relación con la escena siguiente, que es la del lado Norte, en la cual se representa otro fragmento de ese mito.

Así, pasados unos años de haber plantado el árbol en su jardín y antes de poder emplearlo para sus fines, tres seres monstruosos hacen de él su casa: una serpiente que anida en sus raíces, el pájaro Anzu o Imdugud que anida en sus ramas junto con sus crías y el demonio Lilith que construye su casa en el tronco<sup>26</sup>.

Desesperada, *Inanna* solicita ayuda para expulsar a esos monstruos a Gilgamesh, rey de Uruk. Gilgamesh es un mortal, aspecto que convendrá tener en

cuenta cuando abordemos la interpretación del programa iconográfico.

Gilgamesh se pertrecha con una pesada armadura y un hacha y logra expulsar a esos monstruos. Gilgamesh mata a la serpiente, el pájaro Anzu huye volando seguido de sus crías y el demonio femenino *Lilith* huye al desierto. Gilgamesh arranca el árbol y se lo lleva de vuelta a *Inanna*.

Creemos que, efectivamente, lo representado en el panel del lado Norte del edificio turriforme de Pozo Moro es el episodio mitológico que acabamos de mencionar.

El texto nos indica en primer lugar que Gilgamesh se pertrecha de armadura y hacha. Como es posible ver en el fragmento relivario, la figura humana que porta el árbol sobre sus hombros lleva grebas en las piernas y un casco. Por desgracia, la parte central de su cuerpo está fragmentada y no nos permite asegurar que el personaje portase un hacha y el resto de la armadura pero nosotros creemos que así sería.

Otro aspecto quen creemos favorable a nuestra interpretación es la existencia de tres monstruos a los que se enfrenta la figura principal, que es lo que vemos en el panel. Frente a él se ha representado un ser monstruoso de varias cabezas, que nosotros identificamos con la denominada “serpiente” que anida en las raíces del árbol *huluppu*.

Entre ese monstruo y el rostro del dendrófo ya señalamos que se observa un elemento que nosotros identificamos como el ala de un ave en vuelo. No nos resistimos a poner esto en relación con el pájaro *Anzu*

<sup>25</sup> Noah Kramer 1938: 7 y 8.

<sup>26</sup> Noah Kramer 1938: 8.



en su huida con sus crías aún en las ramas donde anidaban.

Por último, el tercer monstruo es el que aparece a la espalda del dendróforo y que identificaríamos como el demonio femenino *Lilith*.

Pasamos a continuación a identificar las otras figuras humanoides que andan detrás del dendróforo.

El texto aclara que con *Gilgamesh*, héroe y rey de Uruk, fueron los denominados “hijos de la ciudad” para cortar las ramas del árbol *huluppu*. Creemos que los tres personajes humanoides que se representan en la escena son esos “hijos de la ciudad” en el momento de cortar las ramas con las herramientas que portan.

Resulta muy interesante señalar la diferencia de tamaño entre la figura principal y esas otras tres pequeñas figuras. Nosotros pensamos que se hace de una manera consciente para señalar la preeminencia del personaje principal de la ciudad, el rey, frente a esas otras personas. Es un claro uso del recurso artístico de la “perspectiva jerárquica”.

Rápidamente pasamos al lado oriental del edificio, donde continuaría la narración.

En esta ocasión se observa que las escenas se encuentran en dos hiladas distintas. Una es el friso que continúa por este lado y otra es un único sillar con representación simétrica en relieve situado dos hiladas más arriba.

Ambas escenas están claramente relacionadas, como algunos investigadores ya sospechaban<sup>27</sup>.

Nosotros proponemos que la primera escena que debe ser tenida en cuenta en la narración es la que ocupa una hilada superior y, a continuación, adquiere sentido la que ocupa el panel del friso.

Nuestra justificación vendrá avalada por otros episodios mitológicos que, en parte, muestran relación con lo ya expuesto para los dos lados anteriores.

En este caso, el punto de unión sigue siendo la figura de *Inanna* y su ciclo mitológico.

Veamos pues, a continuación, lo narrado en los distintos poemas e himnos sobre la relación entre *Inanna* y *Dumuzi*.

*Dumuzi* fue rey de la primera dinastía de Uruk según consta en las listas reales sumerias y consorte de la diosa *Inanna*. Era un mortal, aspecto que como ya comentamos en el caso de *Gilgamesh*, convendrá tener en cuenta más adelante.

Pero también era un “Dios sufriente”, que moría y resucitaba y que contaba con rituales anuales para llorar su muerte y celebrar su resurrección<sup>28</sup>.

Se ha conservado el poema del cortejo de *Inanna* y *Dumuzi*, en el que se produce un matrimonio sagrado entre ambos, que, en nuestra opinión habrá que poner más adelante en relación con la última escena representada en el friso de

<sup>27</sup> López Pardo 2006: 184; aunque no compartimos su argumentación.

<sup>28</sup> Noah Kramer 1966.

bajorrelieves del monumento de Pozo Moro<sup>29</sup>.

Sin embargo, y sin adelantar acontecimientos, ahora queremos hacer mención a otro de los poemas más señalados relacionados con la diosa *Inanna*; se trata del *Descenso de Inanna*<sup>30</sup>.

En esta ocasión, *Inanna* desciende al Inframundo; tras unos azarosos avatares consigue salir de él a cambio de que los demonios (*Galla*) que sirven a la diosa del Inframundo, *Ereshkigal*, lleven a alguien en su lugar. *Inanna*, enojada con su consorte *Dumuzi/Tammuz* porque no había ido a buscarla al Inframundo, permite a los demonios que se lo lleven a él. *Dumuzi/Tammuz* logra huir en un principio solicitando al dios *Utu* que le convierta en una sigilosa serpiente. Finalmente, dependiendo del texto que se consulte, *Dumuzi/Tammuz* muere por el ataque de un jabalí salvaje. En otra versión, los *Galla* son quienes le dan muerte y lo llevan al Inframundo<sup>31</sup>.

Analizando ese relato y lo que vemos en el relieve simétrico del lado oriental del monumento de Pozo Moro, realmente vemos muchos puntos en común que nos llevan a considerar que visualmente es ese mito el que se representó.

Del mismo modo, ese relato nos pone en relación con los demonios (*Galla*) que persiguen a *Dumuzi* y que nosotros proponemos que sean las figuras monstruosas que vemos de pie frente a la

figura sedente en un trono del panel relivario situado bajo el bajorrelieve simétrico.

El proponer que la escena de la muerte de *Dumuzi* sería la primera escena en el orden de este lado, viene avalada por varios aspectos. En primer lugar porque si identificamos lo representado con una escena simbólica y sintética de muerte, ésta antecedería a lo que observamos en el relieve del Inframundo, que es a donde se llegaría a continuación. La relación visual entre ambas escenas vendría señalada por el jabalí y por el personaje dentro de los cuencos que va a devorar el personaje sentado en el trono del Inframundo.

Así también, debemos tener en cuenta que la visión cosmogónica de muchas de las religiones antiguas próximo-orientales tienen la idea de verticalidad entre el Mundo de los vivos y el Inframundo<sup>32</sup>.

Esos *Galla* podían variar en número según los relatos conservados pero era común que se les considerase siete demonios<sup>33</sup>.



<sup>29</sup> Wolkstein y Kramer 1983: 30-49; Lapinkivi 2004: 29-60.

<sup>30</sup> Wolkstein y Kramer 1983: 52-84.

<sup>31</sup> Wolkstein y Kramer 52-84.

<sup>32</sup> Fernández Hoya 2006.

<sup>33</sup> Tal y como se puede leer en el poema "El sueño de Dumuzi" (Wolkstein y Kramer 1983: 52-84).

FIGURA 11.1: Representación de los siete demonios *Galla*

Por ello, creemos que podemos reconstruir la escena del “banquete en el Inframundo” si consideramos que se habrían representado siete figuras monstruosas de pie frente a la figura sedente.

Esta figura, siguiendo la idea de Blánquez que comentamos en el capítulo anterior, serían en realidad dos personajes distintos, dos divinidades, que nosotros identificamos preliminarmente con la diosa *Ereshkigal* y su consorte *Nergal*, aunque también es interesante el estudio realizado por López Pardo al respecto identificando esa figura con El/Baal Hammón que propicia la vida eterna al difunto<sup>34</sup>

Por último pasamos al lado sur para continuar con nuestra propuesta.

La primera escena muestra a un guerrero armado con escudo y lanza que avanza hacia la izquierda.

Las interpretaciones que se le han dado a esta figura han sido numerosas<sup>35</sup>.

Para reconstruir esta escena nosotros emplearemos un fragmento de sillar que se conserva en los fondos del M.A.N. y que muestra una serie de molduras similares a los rugidos de los distintos monstruos que vemos representados en el panel del lado Norte.

<sup>34</sup> 2006: 165.

<sup>35</sup> Y hemos recogido la mayor parte en el capítulo anterior; a él remitimos.



FIGURA 11.2: Fragmento con molduras que representarían los “rugidos” de un monstruo de varias cabezas

Es muy interesante señalar que esos rugidos se dirigen hacia el límite del sillar y ese límite se ajustaría perfectamente al borde izquierdo del sillar en el que se representó el guerrero al que hemos aludido previamente.

Es por ello que nosotros proponemos unir ambos fragmentos y, como resultado, la escena reconstruida mostraría parcialmente una lucha entre el guerrero y ese monstruo de varias cabezas.



FIGURA 11.3: Reconstrucción propuesta

No nos resistimos a explicar esta porción de panel relivario como una lucha similar a la llevada a cabo por una divinidad como Ba'al Hadad de Ugarit o una divinidad asimilable, tras haber vuelto del inframundo, que sería lo representado en el panel relivario del lado precedente.

De esa lucha sale vencedora la divinidad guerrera y llegamos al final del programa iconográfico del cuerpo inferior del monumento con una escena sexual con la divinidad femenina que iniciaba la secuencia.

Lo representado sería el acto sexual en el lecho sagrado, tal y como se observa en múltiples representaciones de ello en el mundo próximo oriental.

## Conclusiones

Presentamos aquí una visión sintética de nuestra propuesta de interpretación integral del programa iconográfico presente en el cuerpo inferior del edificio turriforme de Pozo Moro.

Aún estamos en fase de desarrollo de la misma pero queríamos aprovechar para incluirla en nuestro trabajo como broche al mismo.

En nuestra opinión, lo importante de lo representado no es tanto la identificación de las escenas concretas, aunque creemos que nos hemos aproximado mucho, sino la simbología del mensaje que se quiere transmitir con ellas.

Como hemos podido ver, la raigambre tanto de los elementos arquitectónicos, constructivos como artísticos e iconográficos tienen su arraigo profundo en el Próximo Oriente Antiguo.

En ese contexto, el mensaje transmitido empleaba un lenguaje plenamente comprensible para quien observara lo representado, ya que estaba basado en mitos transmitidos durante generaciones con sus posibles variantes regionales y distintas advocaciones.

Todavía consideramos que nos queda un camino muy largo por andar para justificar su llegada a la Península Ibérica sin tener que recurrir al argumento simplista de la emigración de artesanos desde Oriente hacia Occidente.

Sin embargo, en Occidente también tienen su importante funcionalidad al servicio de las comunidades autóctonas.

Así, ese aspecto sería lo que permite entender la presencia de un monumento de raigambre tan puramente oriental en el yacimiento de "Pozo Moro".

Tal y como nosotros pensamos, el mensaje que se transmite a través de lo representado es un mensaje genérico de heroización/divinización del difunto y una divinización/legitimación de su linaje.

Es un mensaje ideológico y religioso que toma como

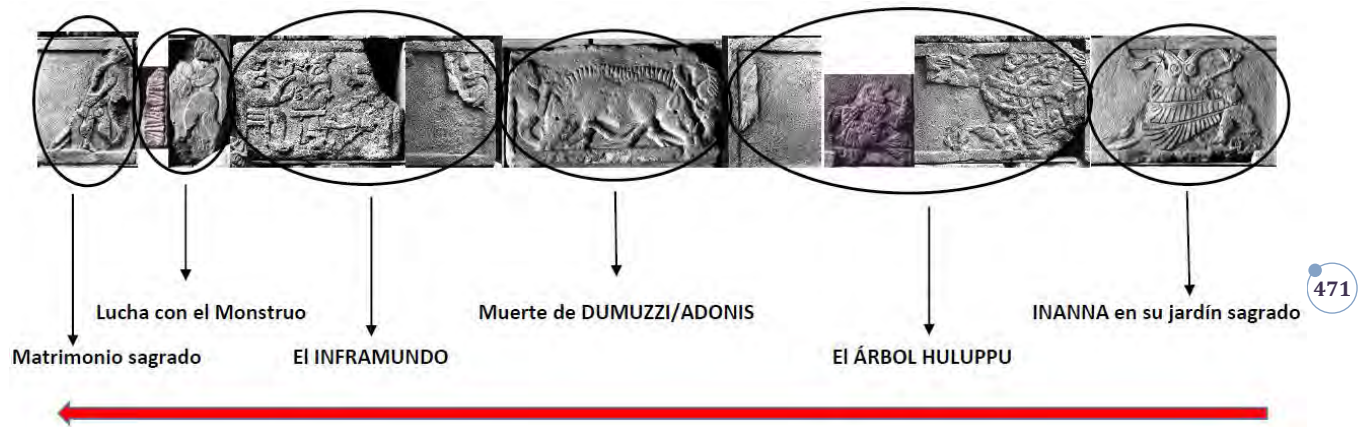
Sin embargo, eso no significa que no deba tener un orden determinado y que las

escenas no tengan que ser las que son. Al contrario; justamente esas escenas deben ser consideradas como prototipos asentados en el Arte que se emplean porque van acompañadas del mensaje simbólico que se quiere transmitir.

Desde esta perspectiva creemos que es como debemos entender su utilidad para el personaje ibérico, en honor de quien se erige y sus descendientes, que serán los verdaderos beneficiados.

Es mucho lo que aún nos queda por descubrir, pero de lo que no tenemos duda es de que el largo tiempo que llevamos dedicados a su estudio nos ha recompensado largamente.





### SENTIDO SECUENCIAL DE LECTURA DEL PROGRAMA ICONOGRÁFICO DEL CUERPO INFERIOR DEL MONUMENTO DE POZO MORO

El orden secuencial, una vez nos centramos en lo simbólico, creemos que es:

- a) La divinidad de la fecundidad y del renacimiento
- b) La proeza o hazaña. Heroización
- c) La Muerte
- d) El trance del Inframundo. Posibilita la Egersis del héroe
- e) Lucha contra el monstruo, victoria sobre la Muerte
- f) El acto sagrado con la divinidad de la fecundidad y el renacimiento. Divinización





## 12. CONCLUSIONES



## 12. CONCLUSIONES

475

La primera conclusión que nos surge es que nos encontramos no ante un final, sino ante un esclarecedor inicio.

Hasta que no ha estado todo donde debía estar y de la manera que debía ser no nos hemos dado cuenta de que el proceso de “digerir” los datos recopilados y analizados y las hipótesis propuestas a las que hemos procurado dar respuesta es, ante todo, un primer paso.

Las etapas del Bronce Final y la I Edad del Hierro engloban unos momentos históricos apasionantes para estudiar el proceso de formación de la Cultura Ibérica.

De cara a abordar la investigación nos ha resultado necesario hacer, en primer lugar, una toma de conciencia de cómo abarcar toda la documentación a la que tendríamos acceso.

Dado que en nuestra Memoria de Licenciatura ya hicimos una primera aproximación a la zona de estudio, aunque en ámbito más reducido,

decidimos como primer paso establecer una división regional funcional y coherente que permitiese contextualizar, analizar e interpretar la información.

De ese modo, hemos propuesto y empleado una división comarcal, en base a comarcas naturales, siguiendo los pasos de otros investigadores que tuvieron la ardua tarea de abrir camino.

¿Ha sido un acierto?. Creemos que sí, aunque por la desigual calidad y cantidad de la documentación de que hemos dispuesto es lógico que se ha notado un cierto desequilibrio.

No obstante, lo tomamos como una tarea a futuro. Según vayan mejorando esa calidad y cantidad, las ventajas de aplicar una comarcalización al estudio aumentarán exponencialmente.

Lo tomamos, por tanto, como otro pequeño paso que nos permitirá correr cuando llegue el momento.

Respecto al marco cronológico teníamos claro que, como mínimo, debíamos aproximarnos a él de manera acorde a los avances en dataciones RADIOCARBÓNICAS.

En la zona del sureste de la Meseta Sur se ha avanzado poco en las dataciones radiocarbónicas estos últimos años. El equipo formado por el malogrado D. Manuel Fernández-Miranda trató de abrir camino, buscando dar respuesta a muchas dudas planteadas.

Con más o menos fortuna, no hay que olvidar que somos hijos de nuestro tiempo, pero el intento aportó nuevas perspectivas.

Con ésto en nuestro ánimo, comenzamos a poner en duda certezas. Es así que cambió nuestra forma de ver las sistematizaciones cronológicas. Donde creíamos haber visto un corte temporal no lo apreciábamos ya tan nítidamente y, sin embargo, nos surgían nuevas ideas que daban respuesta a muchas dudas que previamente se nos habían planteado.

Por otro lado íbamos recopilando información, datos, documentación, etc. que ponían ante nosotros una amplia batería de posibilidades investigadoras.

Una tarea que nos propusimos desde el principio fue denunciar los excesos en que caemos la mayor parte de los investigadores a la hora de determinar tipologías, clasificaciones, denominaciones.

Es algo que también habían propuesto ya otros que nos precedieron, como en el caso de abordar la “Edad del Bronce” empleando terminologías que son válidas para una zona geográfica pero se intenta generalizarlas a las demás.

Hemos procurado aportar herramientas para establecer nuevas propuestas tipológicas de los asentamientos de la “Edad del Bronce”, mostrando en primer lugar, las complicaciones y equívocos a los que se puede llegar por no ser suficientemente rigurosos. Creemos que hay términos que convendría dejar caer en desuso, porque hay otros que cumplen mejor con esa función, así como intentar fijar unas convenciones básicas en la investigación que eviten nuevos excesos en el futuro.

La realización del trabajo que nos ocupa nos ha permitido abrir líneas de investigación que han desembocado en fructíferos resultados, como creemos que reflejan las aportaciones relativas a la metrología y la modulación del monumento de Pozo Moro.

Las ideas básicas sobre ello surgieron durante la realización de nuestra Memoria de Licenciatura, pero tal y como creemos que ocurrirá a partir de ahora con lo que incluimos aquí en el presente estudio, hasta que no maduraron no fuimos conscientes de las enormes posibilidades que se abrían ante nosotros.

Como Anexo (I) hemos aportado el informe que muestra los enormes avances logrados desde ese momento. Y esos avances se han producido gracias a que hemos seguido trabajando en el tema que actúa de colofón a nuestro trabajo con motivo de la realización del presente estudio.

Previamente teníamos la necesidad de abordar un cambio en las dataciones del “Bronce Final” en la zona. Así, hemos propuesto individualizar una etapa previa, “Bronce Tardío”, que equilibra, en nuestra opinión, la documentación de la que se dispone en nuestra zona de estudio con la que conocemos de las zonas anejas.

Siguiendo en esa línea hemos optado en nuestro trabajo por no subdividir el “Bronce Clásico”, puesto que no hemos encontrado argumentos que respalden esa división.

De esta manera hemos trabajado en esa línea y los resultados estimamos que han sido buenos.

Lo mismo pensamos para la I Edad del Hierro y hemos procedido a ofrecer nuestra periodización. Creemos que los datos y la documentación disponibles se adaptan muy bien a la propuesta.

También hemos podido constatar, en cuanto a aspectos culturales de las comunidades asentadas en nuestra zona de estudio, que cuando comenzamos a documentar el tratamiento de los difuntos por medio del rito de la cremación, éste parece asentarse muy rápidamente y de una forma que podríamos denominar excluyente. Al menos, eso es lo que parece con la documentación con la que contamos a día de hoy.

Esos cambios implican transformaciones en los sistemas ideológicos

Incluso podríamos estar constatando en ese momento cambios sensibles en la estructura social de las comunidades protohistóricas de inicios de la I Edad del Hierro; cambios que desembocarán en los característicos patrones comportamentales que observamos en la posterior Cultura Ibérica.



Esas comunidades ibéricas, estructuradas internamente en función de evidentes diferencias sociales muy visibles, en determinados ámbitos y ante necesidades creadas, "maquillarán" esas diferencias. Y decimos "maquillarán" porque, en el fondo, el resultado es agudizarlas aún más.

Los miembros de las elites, de las capas favorecidas de la sociedad, encontrarán medios para mantener y aumentar sus prerrogativas.

Lo observamos claramente en el mundo funerario. La I Edad del Hierro, junto con la generalización aparentemente muy rápida del rito de la cremación de los cadáveres, será un momento de adopción de muchos elementos que contribuirán a señalar cada vez de manera más flagrante las diferencias sociales.

Será un momento de recepción no únicamente de una cantidad cada vez mayor de objetos suntuarios sino de ideas, de creencias, de cambios, de novedades.

Por tanto es un momento de oportunidades, pero únicamente para un número reducido de miembros de la comunidad.

Y las ideas, esas ideas que comentábamos antes, se van a

convertir en una punta de lanza en el desarrollo de las diferencias sociales.

Las ideas llegan acompañadas de unas herramientas de enorme poder: la escultura y la arquitectura monumental.

Se trata de unas novedades que ofrecen unas posibilidades inimaginables.

Las elites ibéricas tendrán a su servicio los mejores medios propagandísticos.

La monumentalidad es la primera seña de identidad del edificio turriforme de Pozo Moro (Chinchilla de Montearagón). Pero no es una monumentalidad únicamente referida a su propio tamaño.

Es una monumentalidad referida al conjunto de elementos que se interrelacionan.

En primer lugar un *témenos* que puede ser un elemento de exclusión o de inclusión según se tenga acceso o no a él.

Ese propio *témenos*, sagrado ya sólo por el hecho de su delimitación, atesora además la carga simbólica de

la forma que representa, la forma de “piel de bóvido extendida”.

Las características de la construcción, la delimitación física del espacio en el que descansa y la presencia de un único acceso de poca anchura incrementan aún más su

El programa iconográfico visible es abrumador y dota a la narración de las escenas representadas en bajorrelieve y en altorrelieve de una relevancia especial.

Entre las conclusiones principales queremos mencionar una novedosa propuesta de secuencia, reconstrucción, interpretación y lectura del programa iconográfico de bajorrelieves presentes en el cuerpo inferior del edificio turriforme de Pozo Moro.

No obstante es posible suponer que estaría relacionado con las escenas en altorrelieve del cuerpo superior pero eso es algo que aún se nos escapa.

Como se podrá leer, es una propuesta que apenas ha “empezado a andar” pero no queríamos desaprovechar la ocasión de plasmarla aquí, ya que las aportaciones recibidas con motivo de la defensa de la misma nos ayudarán a desarrollarla y mejorarla.

Creemos haber comenzado a recorrer el camino de las respuestas. La nueva aproximación a las escenas está resultando muy fértil en cuanto a las interpretaciones y propuestas reconstructivas.

Confiamos en poder transmitir la pasión que nos mueve.



## BIBLIOGRAFÍA



**AA.VV.** (1997) Les Ibères, *Dossiers d'Archaeologie*, 228.

**AA.VV.** (1998): Actas del Congreso Internacional: Los Íberos, príncipes de Occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica, *Saguntum Extra-1*.

**Abad Casal, L.** (1979) Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la Cultura Ibérica, *Archivo Español de Arqueología*, vol. 52, Madrid, pp. 175-194.

(1987) La Cultura Ibérica, en *Hª General de España y América. Vol. I-2: De la Protohistoria a la conquista romana*, pp. 171-223, Edit. Rialp. Madrid.

(1995) Los Íberos, *Cuadernos Historia* 16 nº 31, Madrid.

(1997) El Campo de Hellín en época romana, *Revista Macanaz Divulgación*, 2. Historia de la Comarca de Hellín, Hellín; pp. 39-56.

(1999) Intervención en la mesa redonda "Necrópolis Ibéricas", *1as. Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha. Iniesta (Cuenca) 2-4 Mayo 1997*, pp. 261-285. *Patrimonio Histórico-Arqueología* 14, Toledo.

**Abad Casal, L. y Bendala Galán, M.** (1985) Los sepulcros turriformes de Daimuz y Villajoyosa: dos monumentos romanos olvidados, *Lucentum IV*, Alicante; pp. 147-184.

(1989) El Arte ibérico, *Historia del Arte*, 10. Historia 16. Madrid.

**Abad Casal, L. y Sala Sellés, F.** (1992) Las Necrópolis ibéricas del área de Levante, en *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis*. J. Blánquez y V. Antona (Eds.), *Serie Varia* 1. pp. 145-167. Madrid.

**Abad, L. y Sala, F.** (1993) *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, Diputación de Valencia

(1997) Sobre el posible uso cúlrico de algunos edificios de la Contestania Ibérica, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18, Castellón de la Plana; pp. 90 y ss.

(2001) *Poblamiento Ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuera*, *Bibliotheca Archaeologica Hispana* 12/ *Anejos de Lucentum* 5, Madrid.

**Abad Casal, L. y Sanz Gamo, R.** (1995) El Tolmo de Minateda en Época Ibérica. *El Mundo Ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000*, J. Blánquez (Ed.), pp. 223-230. Toledo.

**Abad Casal, L. ; Gutiérrez Lloret, S. y Sanz Gamo, R.** (1993) El Proyecto de Investigación Arqueológica "Tolmo de Minateda" (Hellín): Nuevas perspectivas en el panorama arqueológico del Sureste Peninsular. *Jornadas de Arqueología Albacetense*, J. Blánquez Pérez, R. Sanz Gamo y Mª T. Musat Hervás (Coords), pp. 147- 178. *Patrimonio Histórico. Arqueología* 6, Albacete.

(1998) *El Tolmo de Minateda: una historia de 3.500 años*, *Patrimonio Histórico. Arqueología*, Toledo.

**Abarquero Moras** (2005) *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Arqueología en Castilla y León 4, Monografías. Junta de Castilla y León. Valladolid.



- Abascal, J.M. y Sanz, R.** (1993) *Bronces Antiguos del Museo de Albacete*, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.
- Abascal Palazón, J. M.** (1990) *Inscripciones romanas de la provincia de Albacete*, Diputación de Albacete.
- Adánez Pavón** (1985) Determinación del patrón del asentamiento regional, *Revista española de Antropología Americana*, nº 15, Madrid; pp. 81 y ss.
- Aguilar, C.** (1987) Análisis arquitectónico de los monumentos funerarios ibéricos. Universidad Politécnica, Madrid.
- Agustí, B.** (1995) Los depósitos infantiles en la época ibérica. ¿Un modelo sepulcral distinto?. *Funeralia*, 15. pp. 17-19.
- Agustí, B. y Toledo, A.** (1993) El uso funerario de la cremación en el Occidente Mediterráneo. *Funeralia*, 9. pp. 23-25.
- Alcalá-Zamora, L.** (2004) *La necrópolis ibérica de Pozo Moro, B.A.H.*, 23, Madrid.
- Alcaraz y Sanchez Gómez** (1988): El paisaje vegetal de la provincia de Albacete, *Al-Basit: Revista de estudios albacetenses*, Nº. 24, Albacete; pp. 9-44.
- Alfaro Arregui, M.** (1995) El poblado ibérico de El Amarejo (Bonete, Albacete). *El Mundo Ibérico: una nueva visión en los albores del año 2000*, J. Blánquez (Ed.), pp. 231-237. Toledo.
- Alfaro Arregui, M. y Broncano Rodríguez, S.** (1993): Estado actual de las excavaciones arqueológicas en El Amarejo, en J. Blánquez Pérez, R. Sanz Gamio y M<sup>a</sup>.T. Musat Hervás (coords.) *Jornadas de Arqueología Albacetense en la U.A.M.*, Madrid; pp. 131-146. *Patrimonio Histórico. Arqueología* 6. Madrid.
- Alföldy, G.** (1984) La Historia Antigua y la investigación del fenómeno histórico, *Gerión*, 1, pp. 39-61.
- Almagro Basch, M.**  
 (1966) "Sobre el origen posible de las más antiguas fíbulas anulares hispánicas", *Ampurias*, 28; pp. 215-236. Barcelona.  
 Publicación electrónica:  
<http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01361642055682208192802/030266.pdf>  
 (1975) "Las raíces del Arte Ibérico", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11; pp. 251-280.
- Almagro-Gorbea, M.** (1965): La necrópolis celtibérica de "Las Madrigueras". Carrascosa del Campo (Cuenca). *Excavaciones Arqueológicas en España*, 41. Madrid.  
 (1969) La necrópolis de "Las Madrigueras", Carrascosa del Campo (Cuenca). *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, X. Madrid.  
 (1973a) Pozo Moro: Una nueva joya del Arte Ibérico, *Bellas Artes* 73 nº 28, pp. 11 y ss.

- (1973b) *El Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro en la Meseta Sur*. Edit. Maribel Artes Gráficas. Madrid. (Extracto autorizado de la Tesis Doctoral)
- (1974a) Los Campos de túmulos de Pajaroncillo (Cuenca). Aportación al estudio de los túmulos de la Península Ibérica. *Excavaciones Arqueológicas en España*, 83. pp. 131 y ss. Madrid.
- (1974b) Los asadores de bronce del Suroeste Peninsular, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 77, pp. 351-395.
- (1975) El Monumento de Pozo Moro y el problema de las raíces orientalizantes del Arte Ibérico, *Las Ciencias* 40, 2.
- (1976a). Pozo Moro y el origen del Arte Ibérico, en: *XIII Congr. Nal. Arq. Huelva 1975*; Zaragoza, 1976, pp. 671 y ss.
- (1976b) Informe sobre las excavaciones de Pozo Moro, Chinchilla (Albacete), *NAH Prehistoria* 5, pp. 377 y ss.
- (1977a) La iberización en las zonas orientales de la Meseta, *Ampurias*, 38-40. pp. 93-156. Barcelona.
- (1977b) Las excavaciones de Pozo Moro (Albacete) y su trascendencia para el conocimiento de la Cultura Ibérica, *Información Arqueológica* 23, pp. 19-20.
- (1977c) *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, Vol. XIV, Madrid 1977.
- (1978a) Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro, *Trab. Preh.* 35, pp. 251-271.
- (1978b) Pozo Moro y la formación de la Cultura Ibérica, *Saguntum* 13, pp. 227-246.
- (1982a) Pozo Moro y el influjo fenicio en el Período Orientalizante de la Península Ibérica, *Riv. St. Fen.* 10, 2, pp. 231-272.
- (1982b) El monumento de Alcoy y la arquitectura monumental funeraria ibérica, *Trabajos de Prehistoria* 39, pp. 161-210. Madrid.
- (1983a) Pozo Moro, el monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica, *Madrid. Mitteilungen* 24, pp. 177-293.
- (1983b) El "Paisaje" de las necrópolis ibéricas y su interpretación socio-cultural, *Riv. St. Lig.*, XLIV, 1-4, pp. 199-218.
- (1983c) Los leones de Puente de Noy. Un monumento torriforme funerario fenicio en la Península Ibérica. F. Molina (ed.) *Almuñécar en la Antigüedad, Arqueología e Historia II*, Almuñécar, pp. 89-106.
- (1986) Aportación inicial a la paleodemografía ibérica, *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza; pp. 477-493.
- (1986-1987) Los Campos de Urnas en la Meseta, *Zephyrus* XXXIX-XL, Salamanca; pp. 31-47
- (1988a) Origen y significado de la Escultura Ibérica, *Revista de Arqueología*, nº especial *Escultura Ibérica*, pp. 48-67, Madrid.
- (1988b) El área superficial de las poblaciones ibéricas. *Los asentamientos ibéricos ante la romanización (Madrid, 1986)*, pp. 21-34, Madrid.
- (1988c) El pilar-estela ibérico de Coy (Murcia), en *Homenaje a Samuel de los Santos*, pp. 125-131. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.
- (1988d) Las Culturas de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro en Castilla-La Mancha, *1er. Congreso de Historia de Castilla-La Mancha Vol. 2*. pp. 163 y ss. Ciudad Real
- (1992a) Las necrópolis ibéricas en su contexto Mediterráneo. *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis*. J. Blánquez y V. Antona (Eds.), pp. 37-75. Madrid.
- (1992b) Intervención en la mesa redonda "Martes 5. Tarde". *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis*. J. Blánquez y V. Antona (Eds.), pp. 661-673. Madrid

- (1993) Tarteso desde sus áreas de influencia: la sociedad palacial en la Península Ibérica. *Los enigmas de Tarteso*, J. Alvar y J.M. Blázquez (Eds.), pp. 139-161. Madrid.
- (1993-1994) Ritos y cultos funerarios en el Mundo Ibérico, *Anales de Prehistoria y Arqueología Vols. 9-10*, pp. 107-133. Murcia.
- (1996) *Ideología y Poder en Tartessos y el Mundo Ibérico*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- (1997) "La Edad del Bronce en la Península Ibérica", *Saguntum*, 30, (Homenaje a Milagros Gil Mascarell, Vol. II), Valencia; pp. 217-229.
- (1998) Pozo Moro. *Los Iberos, Príncipes de Occidente*, Barcelona, pp. 132-133.
- (1999a) Los Íberos en Castilla-La Mancha, *1as. Jornadas de Arqueología ibérica en Castilla-La Mancha, Iniesta (Cuenca) 2-4 Mayo 1997*, pp. 25-48, *Patrimonio Histórico-Arqueología 14*, Toledo.
- (1999b) Intervención en la mesa redonda "Las Necrópolis". *1as. Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha, Iniesta (Cuenca) 2-4 Mayo 1997*, pp. 261-285. *Patrimonio Histórico. Arqueología 14*, Toledo.
- (2005b) "El pasado en el futuro de España", *Cuenta y Razón del pensamiento actual*, 138; sin paginar.
- Publicación electrónica:  
[http://www.cuentayrazon.org/revista/pdf/138/Num138\\_003.pdf](http://www.cuentayrazon.org/revista/pdf/138/Num138_003.pdf)

**Almagro-Gorbea, M. y Domínguez de la Concha, A.** (1988-1989) El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales, *Zephyrus XLI-XLII*, Salamanca; pp. 339-382.

**Almagro-Gorbea, M. y Jiménez, J.L.** (1982) Metrología, modulación, trazado y reconstrucción del templo, en M. Almagro-Gorbea (Ed.) *El santuario de Juno en Gabii. Excavaciones 1956-1969, Bibliotheca Italica*, 17, Roma; pp. 87-124.

**Almagro-Gorbea, M. y Moneo, T.** (2000): Santuarios urbanos en el Mundo Ibérico. *Bibliotheca Archaeologica Hispana*, 4.

**Almagro-Gorbea, M. y Ramos Fernández, R.** (1986) El monumento ibérico de Monforte del Cid, *Lucentum V*, Alicante; pp. 45-64.

**Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G.** (Eds.) (1992): Paleoetnología de la Península Ibérica, *Complutum*, 2-3. Madrid.

**Almendros Toledo, J.M.** (1985) Algunas notas sobre las salinas de Fuentealbilla, *Al-Basit*, 17, Albacete; pp. 19-62.

**Alvar Ezquerro, J.** (1990) El contacto cultural en los procesos de cambio, *Gerión*, 8, pp. 11-27.

**Alvar, J. y Blázquez, J.M<sup>a</sup> (Eds.)** (1993) *Los enigmas de Tarteso*, Ed. Cátedra, Madrid.

**Antón Amiano** (2011) Naturaleza e historia en Rousseau: los escos del origen, *Eikasía: revista de filosofía*, n<sup>o</sup> 41, Oviedo; pp. 29-52.

**Aranegui Gascó, C.** (1985) Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas, *Anejo de la Revista Lucentum*, Alcoy.

(1991) La cerámica ibérica. *Cuadernos de Arte Español Historia* 16 nº 34. Madrid.

**Arenas Esteban, J.A.** (2001-2002) "La influencia del mundo paleopúnico en la Meseta oriental", *II Congreso Internacional del Mundo Púnico, Cartagena 2000, Estudios Orientales*, 5-6, pp. 157-171

**Aron, R.** (1989) *Estudios sociológicos*, Edit. Espasa Calpe, Madrid.

**Aronson, E.** (1992) *El animal social. Introducción a la psicología social*. Edit. Alianza Universidad. Madrid.

**Arribas, A.** (1976) Las bases actuales para el estudio del Eneolítico y la Edad del Bronce en el Sudeste de la Península Ibérica, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, nº 1, Granada, pp. 139-155.

**Arribas, P., et alii.** (1974) *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro de la Encina" Monachil (Granada): el corte estratigráfico nº3*, Madrid.

**Arteaga, O.** (1976-78): La iberización en Andalucía Oriental y en el Sudeste de la Península Ibérica, *Ampurias*, 38-40. pp. . Barcelona

**Ávila, R.A.J.** (1981) *Bronzene Lanzen – und Pfeilspitzen der Griechischen Spätbronzezeit*. Präistorische Bronzefunde. V, 1. C. H. Beck'sche Verlag. München.

**Azuar, R. ; Rouillard, P. ; Gailledrat, E. ; Moret, P. ; Sala Sellés, F. y Badie, A.** (1998) El asentamiento orientalizante e ibérico antiguo de "La Rábita", Guardamar del Segura (Alicante). Avance de las excavaciones 1996-1998. *Trabajos de Prehistoria*, 55 nº 2, pp. 111-126. Madrid.

#### **-B-**

**Bádenas, P. y Olmos, R.** (1988) La nomenclatura de los vasos griegos en castellano. Propuestas de uso y normalización. *Archivo Español de Arqueología*, 61, pp. 61-79.

**Barciela González, V.** (2002): Intercambio y trabajo del marfil en un poblado de la Edad del Bronce en el cerro del Cuchillo (Almansa, Albacete), *Bolskan: Revista de arqueología del Instituto de Estudios Altoaragoneses*, nº 19, (Ejemplar dedicado a: XXVII Congreso Nacional de Arqueología. II Protohistoria), Diputación de Huesca, pp. 75-84.

**Barciela González, V.** (2006) *Los elementos de adorno de "El Cerro de El Cuchillo"*, IEA., Albacete.

**Barrachina** (2009) Nuevos datos para el estudio del final de la Edad del Bronce en las comarcas septentrionales valencianas: fase III del Pic dels Corbs de Sagunt, *Quaderns de prehistòria i arqueologia de Castelló*, 29; pp. 41-62.

**Barroso Bermejo, R.M<sup>a</sup>.** (2002) *El Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el Tajo superior*, Alcalá de Henares.

**Barturen Barroso, I.** (1993-1994) Problemática sobre la introducción de la incineración en los ritos funerarios del Sureste de la Península Ibérica. *Florentia Iliberritana* n<sup>o</sup> 4-5, pp. 77-88.

**Bastiat** (2005) *La Ley*, Alianza Editorial, Madrid.

**Beazley, J.D.** (1939) The excavations at Al-Mina, Sueidia, III. The red figure vases. *Journal of Hellenic Studies* nr. 59, pp.

(1968) *Attic Red-figure Vase painters*. Oxford.

(1971) *Attic Red-figure Vase painters*. Oxford.

**Belda, A.** (1963): Un nuevo campo de urnas al Sur del Tajo, *Ampurias*, 25. pp. 198 y ss. Barcelona.

**Belén, M<sup>a</sup>.** (2000) Santuarios y comercio fenicio en Tartessos, en P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo (eds.) *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I Coloquio del CEFYP, Madrid, 9-12 de Noviembre, 1998*, Madrid; pp. 293-312.

**Belén, M.; Anglada, R.; Escacena, J.L.; Jiménez, A.; Lineros, R. y Rodríguez, I.** (1997) *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*, Sevilla.

**Beltrán Lloris, M.** (1996) *Los Íberos en Aragón*, Colección "Mariano de Dano y Ruata" n<sup>o</sup> 11. Edit. Caja de ahorros de la Inmaculada de Aragón, Zaragoza.

**Bendala Galán, M.** (1987) Arte Ibérico, *H<sup>a</sup> General de España y América. Vol. I-2: De la Protohistoria a la conquista romana*, pp. 223-250.

(1992a) Introducción al Arte ibérico, *Cuadernos de Arte español*, 76. *Historia* 16. Madrid.

(1992b) La problemática de las necrópolis tartésicas. *Congreso de Arqueología Ibérica: las Necrópolis*. J. Blánquez y V. Antona (Eds.), *Serie Varia* 1, pp. 27-36, Madrid.

(1998) Los Íberos conquistan Europa, *Historia* 16 n<sup>o</sup> 263, pp. 100-111, Madrid.

(2000) *Tartessos, Íberos y Celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania Antigua*, Edit. Temas de Hoy, Madrid.

**Bendala Galán, M. y Blánquez Pérez, J.** (1987) El origen de la Cultura Ibérica y un par de notas sobre su arte. *Íberos: Actas de las 1as. Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén 1985)*, pp. 9-18. Jaén.

(1993) En torno a la cronología de la escultura ibérica: El monumento turriforme de Pozo Moro, *Estudios de Escultura Ibérica*, Madrid.

(1997) El legado bélico Mediterráneo. Tartessos y el Mundo Ibérico. *La Guerra en la Antigüedad: una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Ministerio de Defensa, pp. 135-155. Madrid.

- Benítez de Lugo, L. y Menchén, G.** (2009) La Noria Olaya: asentamiento de la Edad del Bronce y Qanat, *Actas de las II Jornadas de Arqueología de Castilla-La Mancha (Toledo 2007)*, Toledo;
- Benítez de Lugo, L. et alii** (2014) Castillejo del Bonete (Terrinches, Ciudad Real). Un complejo tumular prehistórico de la Cultura de las Motillas en el Alto Guadalquivir, *Menga, Revista de Arqueología de Andalucía*, 5; pp. 151-173.
- Bermejo Barrera, J.C.** (1991) *Fundamentación lógica de la Historia*, Edit. Akal Universitaria, Madrid.
- Bernabéu, J.** (1979): Los elementos de adorno en el Eneolítico Valenciano, *Saguntum: Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, nº 15, Universitat de Valencia, pp. 109-126.
- Bernabéu, J. et alii** (1994): Niuet (l'Alqueria d'asnar) poblado del III milenio a C., *Recerques del Museu d'Alcoi*, nº 3, pp. 9-74.
- Bernal Pascual, F.; Gallego Gallardo, Juana y Llinares Beneyto, J.** (1984) Instrumentos de trabajo ibéricos, *I Congreso de Historia de Albacete*, Albacete; pp. 177-184.
- Bianchi Bandinelli, R. y Paribeni, E.** (1998) *El Arte de la Antigüedad Clásica: Grecia*, Edit. Akal. Madrid.
- Blanco Freijeiro, A.** (1960) Notas de Arqueología andaluza, *Zephyrus XI*, Salamanca; pp. 151-163.  
 (1981) *El Arte de la España Antigua*. Madrid.  
 (1984a) *Arte griego*. Madrid.  
 (1984b) Mineros y metalúrgicos antiguos en Huelva, *Investigación y Ciencia*, 90, pp. 100-109.  
 (1988) Los primeros españoles. *Historias del Viejo Mundo nº 1*, Edit. Historia 16. Madrid.
- Blanco González** (2014) Sitios en altura y vasijas rotas. Reconsiderando la etapa de 'plenitud' de "Cogotas I" (1450-1150 cal AC) en la Meseta, *Trabajos de Prehistoria*, Vol. 71, nº2, Madrid; pp. 305-329.
- Blánquez Pérez, J.J.** (1984a) La necrópolis ibérica de Hoya Gonzalo, *Al-Basit 15*, Instituto de Estudios Albacetenses, C.S.I.C. Albacete, pp. 93-108.  
 (1984b) Las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete, *I Congreso de Historia de Albacete*, Vol. I, *Arqueología y Prehistoria*, Albacete, pp. 185-209.  
 (1985) Los túmulos ibéricos de la necrópolis de Los Villares. *Revista de Arqueología nº 36*, pp. 36-45. Madrid.  
 (1986-87) Notas acerca de una revisión de la necrópolis ibérica de La Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 13-14 Vol. II. pp. 9-27. Madrid.  
 (1988a) La estratigrafía de la necrópolis ibérica de El Camino de la Cruz, *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, Tomo III, *Pueblos y Culturas Prehistóricas y Protohistóricas (2)*, Ciudad Real, pp. 371-384.



- (1988b) Los enterramientos de estructura tumular en el mundo ibérico, *Congreso Peninsular den Historia Antigua*, Vol. II, Santiago de Compostela, pp. 5-38.
- (1990a) *La formación del Mundo Ibérico en el Sureste de la Meseta (Estudio Arqueológico de las necrópolis ibéricas de la Provincia de Albacete)*. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.
- (1990b) La Vía Heraklea y el Camino de Aníbal, Nuevas interpretaciones en su trazado en las tierras del interior, *Simposio "La Red Viaria en la Hispania Romana"*, pp. 65-76, Zaragoza.
- (1991) El impacto del mundo griego en los pueblos ibéricos de la Meseta, *Simposio Internacional Íberos y Griegos: lecturas desde la diversidad*. Ampurias. P. Cabrera, R. Olmos y E. Sanmartí (coords), *Huelva Arqueológica XIII*, 1. pp. 319-354.
- (1992a) Las necrópolis ibéricas en el Sureste de la Meseta, *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis*. J. Blánquez y V. Antona (Eds), pp. 235-278. Madrid.
- (1992b) Nuevas consideraciones en torno a la escultura ibérica, *Cuadernos de Prehistoria* 19, pp. 121-143. Madrid.
- (1992c) La lectura iconográfica de las necrópolis ibéricas, en R. Olmos, T. Tortosa y P. Iguacel (Eds.), pp. 216-223.
- (1993a) El Mundo funerario albacetense y el problema de la escultura ibérica: la necrópolis de Los Villares, *Arqueología en Albacete*. J. Blánquez Pérez, R. Sanz Gamio, M<sup>a</sup> T. Musat Hervás (Eds.), pp. 111-128. Albacete.
- (1993b) El poblado ibérico de La Quéjola, *Homenaje a Raúl Amitrano. Pátina* 6. pp. 99-107.
- (1994a) El mundo funerario ibérico en la fachada oriental de la Península y Andalucía. Los componentes indígena y foráneo, *Encuentro Internacional: Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y Península Ibérica, Córdoba 1993*, D. Vaquerizo Gil (coord). pp. 321-370. Córdoba.
- (1994b) Mundo funerario en la Alta Andalucía, *Jornadas sobre la Andalucía ibero-turdetana (S. VI-IV a.C.)*, Huelva 1994. *Huelva Arqueológica*, XIV. pp. 205-244.
- (1995a) El espacio natural, el Territorio Ibérico. Vías de Comunicación. *El Mundo Ibérico: Una nueva imagen en los albores del año 2000*, pp. 9-13. Toledo.
- (1995b) El poblado ibérico de La Quéjola (San Pedro, Albacete). *El Mundo Ibérico: Una nueva imagen en los albores del año 2000*, pp. 192-200. Toledo.
- (1995c) La necrópolis tumular ibérica de Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete). *El Mundo Ibérico: Una nueva imagen en los albores del año 2000*, pp. 238-245. Toledo.
- (1995d) La necrópolis ibérica del Salobral (Albacete). *El Mundo Ibérico: Una nueva imagen en los albores del año 2000*, pp. 258-266. Toledo.
- (1995e) La necrópolis ibérica de El Salobral (Albacete). Nuevos trabajos arqueológicos, *Homenaje a la Dra. A. M<sup>a</sup>. Muñoz Amilibia. Verdolay*, 7. pp. 199-208.
- (1995f) El Mundo funerario en la Cultura Ibérica. *Arqueoloxía da Morte na Península Ibérica desde as orixes ata o medievo*, R. Fábregas Valcarce, F. Pérez Losada e C. Fernández Ibáñez (Eds.), pp. 249-276. Xinz da Limia.
- (1995g) El vino en los rituales funerarios ibéricos. *Arqueología del vino: los orígenes del vino en Occidente*, S. Celestino (Ed.), pp. 213-240. Jerez de la Frontera.
- (1997) Caballeros y aristócratas del s. V a.C. en el Mundo Ibérico. *Iconografía Ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura (Roma 11-13 Nov. 1993)*, R. Olmos y J.A. Santos (Eds. científicos), pp. 211-234. Madrid.
- (1999a) Hacia una definición cultural del Sureste Meseteño en Época Ibérica. *La Cultura Ibérica a través de las fotografías de principios de siglo. Un Homenaje a la memoria*, J. Blánquez y L. Roldán (Eds. científicos), pp. 385-397. Madrid.

- (1999b) Las necrópolis ibéricas en Castilla-La Mancha. *1as. Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha. Iniesta (Cuenca) 2-4 Mayo 1997, Patrimonio Histórico-Arqueología 14*, pp. 49-87. Toledo.
- (1999c) El tratamiento informático y los vestigios ibéricos. Algunos ejemplos, en J. Blánquez y L. Roldán (Eds. científicos), pp. 265-270.
- (1999d) Paneles de la exposición *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo*.
- (1999e) La necrópolis ibérica de la Hoya de Sta. Ana. Nuevos documentos, en J. Blánquez y L. Roldán (Eds. científicos), pp. 153-160.
- (2001) "El paisaje funerario ibérico", en R. García Huerta y J. Morales Hervás (coords.) *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*, Cuenca; 91-140.

**Blánquez Pérez, J. y Amitrano Bruno, R. F.** (1988) El Túmulo A de la necrópolis ibérica de Los Villares en Hoya Gonzalo (Albacete). *Homenaje a Samuel de los Santos*, pp. 159-178. Murcia.

**Blánquez, J. y Antona, V.** (Eds.) (1992): *Congreso de Arqueología Ibérica: Las necrópolis, Serie Varia 1*. Madrid.

**Blánquez Pérez, J. y Olmos Romera, R.** (1993) El poblamiento ibérico antiguo en la Provincia de Albacete. El timiaterio de La Quéjola (San Pedro) y su contexto arqueológico. *Jornadas de Arqueología albacetense*, J. Blánquez Pérez, R. Sanz Gamio y M<sup>a</sup>.T. Musat Hervás (Eds.), pp. 85-110. Madrid.

**Blánquez Pérez, J. y Roldán, L.** (1995) Catálogo de piezas. *El Mundo Ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000*, pp. 9-14, 37-64 y 79-103. Toledo.

**Blasco Bosqued, M.C.** (1986): *Panorama general del bronce final y primera edad del hierro en el área nororiental de la submeseta sur* (Estudios en homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez), Universidad de Zaragoza, Facultad de Filosofía y Letras, pp. 360-366

(1992) Etnogénesis de la Meseta Sur, en Martín Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero *Paleoetnología de la Península Ibérica, Complutum Vol.2/3*, Madrid; pp. 281-297.

(1993) *El Bronce final*, Ed. Síntesis, Madrid.

**Blasco Bosqued, Carrión Santafé y Planas Garrido** (1988) Datos para la definición de la Edad del Hierro en el ámbito carpetano: el yacimiento de Arroyo Culebro, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 25, 1, Madrid; pp. 245-282.

**Blasco, Lucas y Alonso** (1991) Excavaciones en el poblado de la Primera Edad del Hierro del Cerro de San Antonio, *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, nº2, Madrid; pp. 7-159.

**Blázquez, J.M<sup>a</sup>.** (1975) *Diccionario de las Religiones Prerromanas de Hispania*. ed. Istmo, Madrid.

(1979) Las raíces clásicas de la Cultura Ibérica, *AEA* 52. pp. 141-171.

(1983) *Primitivas religiones ibéricas. Religiones prerromanas*. T.II. Ed. Cristiandad, Madrid.

(1993) El enigma de la religión tartésica, en Alvar, J. y Blázquez, J.M<sup>a</sup>. (eds). pp. 117-138.

- Blázquez, J.M<sup>a</sup>. y Castillo, A. del** (1991) *Manual de Historia de España 1: Prehistoria y Edad Antigua*. Edit. Espasa Calpe. Madrid.
- Blázquez, J.M<sup>a</sup>. et alii** (1980) *Historia de España Antigua. Tomo I: Protohistoria*. Edit. Cátedra, Madrid.
- Blázquez, J.M<sup>a</sup>.; García-Gelabert Pérez, M<sup>a</sup>.P. y López Pardo, F.** (1985) Cástulo V, *Excavaciones Arqueológicas en España*, 140.
- Blech, M.** (1997) Los inicios de la iconografía de la escultura ibérica en piedra: Pozo Moro. *Iconografía Ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura (Roma 11-13 Nov. 1993). Serie Varia 3*, pp. 193-210. Madrid.
- Blech, M. y Sanz Gamo, R.** (2000) Die Skulpturen der iberischen Nekropole "Los Capuchinos" (Caudete, Albacete), *Madrid der Mitteilungen*, 41, pp. 148-161 Taffel 5-9.
- Bloch, R.** (1973) *Los Etruscos*. Edit. Juventud. Barcelona.
- Bloch, M.** (1992) [1949] *Introducción a la Historia*, Edit. Fondo de Cultura Económica, México.
- Bloch** (1982) *Death and the regeneration of life*, Cambridge.
- Bloesch, H.** (1940) *Die Formen der Attischen Schalen von Exekias bis zum Ende des strengen Stils*. Bonn.
- Boardman, J.** (1996a) *Athenian Red Figure Vases. The archaic Period*. ed. Thames & Hudson, Londres.  
(1996b) *Greek Art*. ed. Thames & Hudson, Londres.  
(1997) *Athenian Black Figure Vases*. de. Thames & Hudson, Londres.
- Bravo Castañeda, G.** (1984) Acta Bagaudica (I): sobre quiénes eran "bagaudas" y su posible identificación en textos tardíos, *Gerión*, 2, pp. 251-264.  
(1985) Hechos y teoría en Historia (Antigua): cuestiones teóricas en torno a un modelo-patrón de investigación, *Gerión*, 3, pp. 19 y ss.
- Broncano, S** (1988) El Amarejo (Bonete, Albacete). Estudio de una estructura de piedra aparecida en el Departamento 3 y de otra aneja a él, *Homenaje a Samuel de los Santos*, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete; pp. 145-158.  
(1989) "El depósito votivo ibérico de El Amarejo, Bonete (Albacete)", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 156, Madrid.
- Broncano Rodríguez, S. y Blázquez Pérez, J.J.** (1985) "El Amarejo (Bonete, Albacete), *Excavaciones Arqueológicas en España*, 139, Madrid.
- Broncano, S. et alii** (1985) La necrópolis ibérica de El Tesorico (Agramón-Hellín, Albacete). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 20, pp. 43-182.
- Burke, P. [ed.]** (2003) *Formas de hacer Historia. Segunda edición*, Edit. Alianza, Madrid.

**Cabanilles** (2006) La Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia), en H. Bonet Rosado (coord..) *Arqueología en Blanco y Negro: la labor del S.I.P. 1927-1950*, Valencia; pp. 189-195.

**Cámara Serrano, J.A.** (2000) Bases teóricas para el estudio del ritual funerario utilizado durante la Prehistoria reciente en el Sur de la Península Ibérica, *Saguntum*, 32, Valencia; pp. 97 y ss.

**Carrasco, J.; Pachón, A.; Pastor, M. y Lara, I.** (1980) Hallazgos del Bronce Final en la Provincia de Jaén. La necrópolis de Cerro Alcalá, Torres (Jaén), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, nº 5, Granada, pp. 221-236.

**Carrasco, J.; Pastor, M. y Pachón, J.A.** (1981) Cerro de la Mora, Moraleda de Zafayona. Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981). El corte 4, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, nº 6, pp. 307-354.

**Carrasco, J.; Pastor, M. y Pachón, J.A.** (1982), Cerro de la Mora I (Moraleda de Zafayona, Granada). Campaña 1979, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 13, pp. 7 y ss.

**Carrasco Valor (1994)** Actividad metalúrgica en yacimientos de la Edad del Bronce en Alcazar, *Al-Basit*, 34; pp. 151-159.

**Carrobbles Santos, J.** (1995) La necrópolis ibérica de Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo). *El Mundo Ibérico: una nueva visión en los albores del año 2000*, J. Blánquez (Ed.), pp. 251-257. Toledo.

**Cascajero** (2000) Tiempo y tiempos para la Historia, *Gerión*, 18, Madrid; pp. 17-41.

**Castelo Ruano, R.** (1990) *De Arquitectura ibérica. Los elementos arquitectónicos y escultóricos de El Cigarralejo*. Mula, Murcia. Madrid.

(1994) Documentación y hemerografía del Monumento de Pozo Moro, Chinchilla (Albacete), *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología* nº 34, pp. 86-103. Madrid.

(1995a) *Monumentos funerarios del Sureste Peninsular: Elementos y técnicas constructivas*. Monografías de Arquitectura ibérica, U.A.M.. Madrid.

(1995b) Técnicas y materiales constructivos en el Mundo Ibérico, *El Mundo Ibérico: Una nueva imagen en los albores del año 2000*, pp.132-143. Toledo.

(1995c) Los monumentos arquitectónicos y escultóricos de la necrópolis ibérica de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura): Ensayo de interpretación, *BEspA* 35, pp.

**Castellano Castillo, J.I.** (2001) "Una espada de frontón procedente del yacimiento ibérico de "El Gatillo" (Enguera, Valencia)", *Saguntum*, 33, Valencia; pp. 141 y ss.

**Castelo Ruano, R., Blánquez Pérez, J. y Cuadrado, E.** (1991) "Ibérico I. Organización territorial y urbana: I. Poblados. II. Necrópolis", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, nº 30-31, *Homenaje a D. Emeterio Cuadrado Díaz*; pp. 135-167.

**Castro Martínez et alii** (1996) Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE), *BAR International Series* 652.

- Celestino, S.** (1994) "Los altares en forma de "lingote chipriota" de los santuarios de Cancho Roano", *Revista de Estudios Ibéricos*, 1, Madrid; pp. 291-309.
- (1997) "Santuarios, centros comerciales y paisajes sacros", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18, Castellón de la Plana; pp. 359-390.
- (2000) "Intercambio y estructuras comerciales en el interior de la Península Ibérica", en P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo (eds.) *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I Coloquio del CEFYP, Madrid, 9-12 de Noviembre, 1998*, Madrid; pp. 137-152.
- (2001) *Cancho Roano*, Madrid.
- (2008) *Tartessos*, en Francisco Gracia Alonso (coord.) *De Iberia a Hispania*, edit. Ariel, Barcelona; pp. 93-345.
- Celestino, S.** (Edit) (1995) *Arqueología del vino: los orígenes del vino en Occidente*, Jerez de la Frontera.
- Cerdeño, M<sup>a</sup>.L. y García Huerta, R.** (2001) "Las necrópolis celtibéricas: nuevas perspectivas de estudio", en R. García Huerta y J. Morales Hervás (coords.) *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*, Cuenca; pp. 141-190.
- Cerdeño, M<sup>a</sup>.L., Marcos y Sagardoy** (2002): "Campos de Urnas en la Meseta Oriental: nuevos datos sobre un viejo tema". *Trabajos de Prehistoria* 59, 2: 135-147.
- Cialdini, R.B.** (2001) "Psicología de la persuasión", *Investigación y Ciencia*, 295; pp. 66-71.
- Cirujano, S.; Montes, C. y García, Ll.** (1988) "Los humedales de la provincia de Albacete", *Al-Basit*, 24; 77-95.
- Collado Villalba, O.** (1990) *Introducción al poblamiento de época ibérica en el Noroeste de la Sierra de Albarracín*. Monografías arqueológicas del Seminario de Arqueología y Etnología Turolesense, 4. Teruel.
- Costa, B. y Fernández, J.H. [eds.]** (2002) *La colonización fenicia de Occidente. Estado de la cuestión en los inicios del s. XXI. XVI Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2001)*, Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera 50, Ibiza.
- Cristofani, M.** (1999) *Dizionario illustrato della civiltà etrusca*. Edit. Giunti.
- Cruz Berrocal, M<sup>a</sup>** (1998) "Introducción a la Arqueología Cognitiva", *ArqueoWeb*, 0 (<http://www.ucm.es/info/arqueoweb>)
- Cuadrado, E.** (1987) "Las necrópolis ibéricas del Levante español", *Íberos: Actas de las 1as. Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén 1985)*, Jaén; pp. 185-204.



**Cuadrado Gorbea, E.** (1988) "Nuevos ejemplares españoles de cerámica de Saint-Valentin", *Homenaje a Samuel de los Santos*, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete; pp. 121-123.

**-CH-**

**Chapa Brunet, T.** (1980) *Escultura zoomorfa ibérica en piedra*. Madrid.

(1985) *La escultura ibérica zoomorfa*, Madrid.

(1986a) *Influjos griegos en la escultura zoomorfa ibérica*. Iberia Graeca. Serie Arqueología, 2. Madrid.

(1986b) "Escultura ibérica: una revisión de sus interpretaciones", *Trabajos de Prehistoria*, 43, Madrid; pp. 43-60.

(1993) "La destrucción de la escultura funeraria ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 50, Madrid; pp. 185-195.

(1994) "Algunas reflexiones acerca del origen de la escultura ibérica", *Revista de Estudios Ibéricos*, 1, Madrid; pp. 43-59.

(1995) "Escultura ibérica: algunas reflexiones", *BAEAA*, nº 35. *Homenaje a Hermanfrid Schubart*; pp. 189-192.

(1998) "Los Iberos y su espacio funerario", *Los Iberos, Príncipes de Occidente*, Barcelona; pp. 109-120.

(1999a) "La Muerte y el mundo funerario", *Los Íberos y sus imágenes* (CD-Rom), Olmos, R. (Coord.), Madrid; 66-81.

(1999b) "El comercio", *Los Íberos y sus imágenes* (CD-Rom), Olmos, R. (Coord.), Madrid; 36-53.

**Chapa Brunet, t. y Belén Deamos, M.** (1997) *La Edad del Hierro*, Ed. Síntesis, Madrid.

**Chapa Brunet, T. et alii** (1998) *La necrópolis ibérica de Los Castellones de Céal (Hinojares, Jaén)*, editado por la Junta de Andalucía.

**Chiaro, M. del** (1964) "Classical vases in the Santa Bárbara Museum of Art", *American Journal of Archaeology*, 68; pp. 107-218.

**Ching, F.D.K.** (1995) *Arquitectura: forma, espacio y orden*. Edit. Gustavo Gili. México.

(1996) *Architecture. Form, Space, and Order*. John Wiley & Sons, INC., N.Y.

**-D-**

**Daudén Sala, C.** (1971) "Recientes hallazgos ibéricos en Pozo Moro", *Minutos Menarini*, 40; pp. 3-12.

(1972) "Excavaciones arqueológicas en Pozo Moro", *Minutos Menarini*, 50; pp. 3-9.

(1978) "El descubrimiento de la necrópolis ibérica de Pozo Moro", *BespA*, 10; pp. 31-36.

(1994) "24 años después del descubrimiento de Pozo Moro", *Asemeya Vol. II*, nº 7; pp. 26-30.

Publicación electrónica:

[http://www.medicosescritoresyartistas.com/publicaciones/pozo\\_moro.htm](http://www.medicosescritoresyartistas.com/publicaciones/pozo_moro.htm)

(mismo artículo bajo el título "Recordando el descubrimiento de Pozo Moro")



**De Miguel Ibáñez, M<sup>a</sup>.P.** (2002): El Cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete): estudio antropológico, *II Congreso de Historia de Albacete, del 22 al 25 de Noviembre de 2000*, Vol. 1, Albacete; pp. 129-135.

**De Pedro Michó** (2004) La cultura del Bronce Valenciano. Consideraciones sobre su cronología y periodización, en Hernández, L. y Hernández M.S. (eds.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Ayuntamiento de Villena, Alicante, pp. 41-57.

**Delgado Linacero, C.** (1996) *El toro en el Mediterráneo*. Madrid.

**Díaz-Andreu, M.** (1994a) "La Edad del Bronce en el Noroeste de la Meseta Sur", *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha. Actas del simposio; 1990*, Toledo; pp. 145-172.

(1994b) *La Edad del Bronce en la provincia de Cuenca*, Cuenca.

(1995) "Late Prehistoric Social Change in the Southern Meseta of the Iberian Peninsula", en Katina T. Lillios (ed.) *The origins of complex societies in late prehistoric Iberia*; pp. 97-120.

**Díaz-Andreu, M. y Keay, S. (Eds.)** (1997) *The Archaeology of Iberia: the dynamics change*, Edit. Routledge, Londres.

**Díaz del Río, P.** (2003) Recintos de fosos del III Milenio AC en la Meseta peninsular, *Trabajos de Prehistoria*, Vol.60, nº2; pp. 61-78.

**Domínguez Monedero, A.I. y Sánchez, C.** (2001) *Greek Pottery from the Iberian Peninsula. Archaic and Classical Periods*, Edit. Brill, Leiden.

**-E-**

**Eiroa García, J.I.** (1995) El Cerro de las Víboras de Bagil, *Revista de Arqueología*, nº 165; pp. 22-31.

(2004) *La Edad del Bronce en Murcia*, Alicante.

**Eiroa, J.I.; Bachiller Gil, J.A.; Castro Pérez, L. y Lomba Maurandi, I.** (1999) *Nociones de tecnología y tipología en Prehistoria*, Edit. Ariel Historia, Barcelona.

**El-Baz, F.** (1997) "Arqueología de la era espacial", *Investigación y Ciencia*, 253; pp. 54-59.

**Enríquez Navascués, J.I. y Celestino Pérez, S.** (1984) "Nuevas estelas decoradas en la cuenca del Guadiana", *Trabajos de Prehistoria*, 41, Madrid; pp. 237-250.

[http://www.tornera.com/cgl/estelas\\_ext/textos/estelas\\_esparrvaldetbelalcaz.pdf](http://www.tornera.com/cgl/estelas_ext/textos/estelas_esparrvaldetbelalcaz.pdf)

**-F-**

- Fábregas Valcarce, R., Pérez Losada F. y Fernández Ibáñez C. (Eds.)** (1995) *Arqueoloxía da Morte na Península Ibérica desde as orixes ata o medievo*, Xinzo da Limia.
- Farnell, L. R.** (1970) *Greek hero cults and ideas of immortality*, Oxford University Press. Londres.
- Fernández Galiano, D. y García-Gelabert, M<sup>a</sup>.P.** (1989) "Capítulo IV. Celtíberos e Íberos", en Dimas Fernández Galiano, M<sup>a</sup>. Paz García-Gelabert e Inmaculada Rus *Arqueología de Castilla-La Mancha*, Madrid; pp. 93-114.
- Fernández Galiano, D.; García-Gelabert, M<sup>a</sup>.P. y Rus, I.** (1989) *Arqueología de Castilla-La Mancha*, Madrid.
- Fernández Martínez, V.M.** (1992) *Teoría y método de la Arqueología*, Edit, Síntesis. Madrid.  
(2006) *Una Arqueología crítica*, Edit. Crítica, Barcelona.
- Fernández Miranda, M. y Olmos Romera, R.** (1986) "Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica", *Catálogos y monografías del M.A.N.*, nº 9. Madrid.
- Fernández Miranda, M.; Fernández-Posse, M<sup>a</sup>.D.; Gilman, A. y Martín, C.** (1994) "La Edad del Bronce en La Mancha oriental", *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha. Actas del simposio; 1990*, Toledo; pp. 243-287.
- Fernández Miranda, M; Fernández-Posse, M<sup>a</sup>.D. y Martín, C.** (1988) Caracterización de la Edad del Bronce en La Mancha: Algunas proposiciones para su estudio". *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, Prehistoria y Arqueología 1: 293-310.
- Fernández Ochoa, C. y Zarzalejos Prieto, M.** (1992) "Excavaciones en la antigua Sisapo", *Revista de Arqueología*, nº 132, Madrid; pp. 20-31.
- Fernández-Posse, M<sup>a</sup>.D.; Gilman, A. y Martín, C.** (2001) Arqueología territorial. El ejemplo del poblamiento de la Mancha oriental, en Marisa Ruiz Gálvez Priego (coord.) *La Edad del Bronce, ¿Primera edad de oro en España?*, Barcelona; pp. 121-138.
- Fernández-Posse, M<sup>a</sup>. D.; Gilman, A.; Martín, C. y Brodsky, M.** (2008) *Las Comunidades agrarias de la Edad del Bronce en La Mancha Oriental*, Madrid.
- Fernández Rodríguez, J.M.** (1996) "Mitos y ritos de paso en la iconografía ibérica del poder: los relieves de Pozo Moro (Albacete)", *Tabona*, nº IX, Universidad de La Laguna; pp. 297-316.
- Fernández Uriel, P.; González Wagner, C. y López Pardo, F. (eds.)** (2000) *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I Coloquio del CEFYP, Madrid, 9-12 de Noviembre, 1998*, Madrid.
- Feyerabend, P.** (1981) (1984) *Tratado contra el método*, Ed. Tecnos, Madrid.

**Finke, R.A.** (1986) "Imágenes mentales y sistema visual", *Investigación y Ciencia*, 116; pp. 66-73.

**Finley, M.I.** (1986) *Historia Antigua. Problemas metodológicos*. Edit. Crítica, Barcelona.

**Fontana, J.** (1999) *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Edit. Crítica, Barcelona.

**Foxhall, L.** (2000) "The running sands of time: Archaeology and the short-term", *World Archaeology*, 31(3); pp. 484-498.

**Friberg, J.** (1984) "Números y medidas en los primeros documentos escritos", *Investigación y Ciencia*, 91; pp. 68-76.

**-G-**

**Gabaldón Martínez, M<sup>a</sup>.M. y Quesada Sanz, F.** (1998) "¿Jinetes y caballos en el Más Allá ibérico?", *Revista de Arqueología*, nº 201, Madrid; pp. 16-23.

**Galán Saulnier, C.** (1994) "La cerámica del Bronce de La Mancha", *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha. Actas del Simposio; 1990*, Toledo; pp. 5-35.

**Galán Saulnier, C. y Hernando Grande** (1997) La Edad del Bronce en la Meseta, hoy, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, Prehistoria y Arqueología, T. 10; pp. 317-323.

**Galera, V.** (1987) "Aportaciones a la antropología de las poblaciones de la Meseta española en el Bronce Final-Edad del Hierro", *V Congreso Español de Antropología Biológica (León, 1987)*, Universidad de León;

**Gamkrelidze, T.V. e Ivanov, V.V.** (1990) "La protohistoria de las lenguas indoeuropeas", *Investigación y Ciencia*, 164, pp. 80-87.

**Gamo Parras, B.** (1998) *La Antigüedad tardía en la Provincia de Albacete*, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.

**García Atiénzar, G.** (2007) *La neolitización del territorio. El poblamiento neolítico en el área central del Mediterráneo español*, Alicante.

(2010) *El yacimiento de la Fuente de Isso (Hellín) y el Neolítico en la provincia de Albacete*, Albacete.

**García Atiénzar, G. y De Miguel Ibáñez** (2009) Mundo funerario y poblamiento Eneolítico en el área sudoriental manchega (Albacete), *Veleia*, 26; pp. 217-233.

**García Atiénzar, G. y López Precioso, F.J.** (2008) El yacimiento de Fuente de Isso y el poblamiento neolítico en el Campo de Hellín, en Mauro Severo Hernández Pérez (coord.) *IV Congreso de Neolítico Peninsular*, Vol. I; pp. 117-125.

**García Bellido, A.** (1945) *La arquitectura entre los iberos*, Madrid.  
(1980) *Arte Ibérico en España*, Madrid.

**García Cano, J.M.** (1995) "El territorio oriental de la Meseta y el sureste peninsular", en Juan Blázquez Pérez (Editor Científico) *El Mundo Ibérico: una nueva visión en los albores del año 2000*, Toledo; pp. 126-131.

**García Gandía, J.R. y Moratalla Jávega, J.** (1998-1999) "Nuevos datos sobre arquitectura de prestigio ibérica. La Regia de "Las Tres Hermanas" (Aspe, Alicante)", *Lucentum*, XVII-XVIII, Alicante; pp. 163-182.

**García Gelabert, M<sup>a</sup>.P.** (1989) *Arqueología de Catilla-La Mancha, Catálogo de la exposición*, Toledo.

**García Huerta, R.** (1995) "Ritos funerarios y muerte en la Cultura Ibérica", en J. Blázquez Pérez (Editor Científico) *El Mundo Ibérico: una nueva visión en los albores del año 2000*, Toledo; pp. 65-78.

**García Huerta, R. y Morales Hervás, J. (eds.)** (2001) *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*, Colección Humanidades, Cuenca.

**Gil-Mascarell, M.** (1985) El Final de la Edad del Bronce. Estado actual de la investigación, *Arqueología del País Valenciano. Panorama y perspectivas*, Alicante.

**Giménez Ortuño, Ll.** (1988) "Noticias sobre una nueva escultura ibérica: el thoracato ibérico de 'La Losa' (Casas de Juan Núñez, Albacete)", *Homenaje a Samuel de los Santos*, Murcia; pp. 131-135.

**Gómez Urdáñez, J.L. y Lorenzo, P.L.** (2001) *En el seno de la historia*, Edit. Milenio, Llérida.

**Gómez Toscano, F.** (2013) Contactos del Mediterráneo Oriental en el Suroeste de la Península Ibérica durante los ss. XIV-VIII a.C. ¿Marinos Orientales o enclaves atemporales?, *Onoba. Revista de Arqueología y Antigüedad*, nº1; pp. 79-98.

(2014) El Bronce Final en Huelva. Una visión preliminar del poblamiento en su rudo agrícola a partir del registro arqueológico de La Orden-Seminario, *Complutum*, 25, nº1, pp. 139-158.

**González Martín, J.A. y Vázquez González, A.** [coords.] (1991) *Guía de Castilla-La Mancha. Espacios naturales*, Toledo.

**González Prats, A.** (1982) "El componente tipológico griego en el ambiente cerámico de Peña Negra II (675-650 A.C.)", *Lucentum*, I, Alicante; pp. 93-116.

(1983) "Ensayo de un método de análisis de variabilidad formal aplicado al tipo B7 del horizonte del Bronce Final de Peña Negra (850-675 AC)", *Lucentum*, II, Alicante; pp. 91-114.

- (1985a) "Sobre unos elementos materiales del comercio fenicio en tierras del sudeste peninsular", *Lucentum*, IV, Alicante; pp. 97-106.
- (1985b) "Los nuevos asentamientos del final de la Edad del Bronce: Problemática cultural y arqueológica", *Arqueología del País Valenciano: Panorama y perspectivas, Anejo de la Revista Lucentum*, Espagrac.
- (1992) El proceso de formación de los pueblos ibéricos en el Sureste y Levante de la Península Ibérica, en Martín Almagro-Gorbea y Gonzalo Ruiz Zapatero (coords.), *Complutum*, 2-3, Madrid; pp. 137-150.
- (2000a) Ponencia del curso "La Fonteta: nuevas perspectivas sobre la presencia fenicia en el Sudeste y Levante de la Península Ibérica", Madrid 27-31 Marzo.
- (2000b) "Acerca del 'campo de urnas' de Huerta del Pato (Munera, Albacete). Una nueva hipótesis sobre el ritual de la cremación en el Sudeste de la Península Ibérica", *Scripta in Honorem Enrique A. Llobregat Conesa, Vol. I*, Alicante; pp. 237-248.
- (2002) *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España)(s. IX-VII a.C.)*, Alicante.

**González Prats, A. y Pina Gosálbez, J.A.** (1983) "Análisis de las pastas cerámicas de vasos hechos a torno de la fase orientalizante de Peña Negra (675-550/35 AC)", *Lucentum*, II, Alicante; pp.115-146.

**González Prats, A. y Ruiz Segura, E.** (1990-1991) "Nuevos datos sobre urbanística y cultura material en el Hierro Antiguo del Sudeste (Peña Negra, 1986)", *Lucentum*, IX-X, Alicante; pp. 51-76.

**González Wagner, E.D.** (1991) La Historia Antigua y la Antropología en el caso de Tartessos, en *I Jornadas de aproximación interdisciplinar para el estudio de la antigüedad*. Kolaos, 1, Sevilla; pp. 1- 37.

**Gordon Childe, V.** (1985) *Qué sucedió en la Historia*, Edit. Planeta-Agostini, Barcelona.

## -H-

**Harris, M.** (1984) *Introducción a la Antropología General*, Edit. Alianza Universidad Textos, Madrid.

**(2004) *Antropología cultural*, Edit. Alianza Editorial, Madrid.**

**(1986) *Caníbales y reyes*, Edit. Salvat, Barcelona.**

**Harrison, R.J.** (1989) *España en los albores de la historia*. Edit. Nerea. Madrid.

**Haselberger, L.** (1986) "Planos del templo de Apolo en Dídyma", *Investigación y Ciencia*, 113; pp. 94-103.

(1995) "Descifrando un plano romano", *Investigación y Ciencia*, 227; pp. 50-55.

**Haspels, E.A.E.** (1936) *Attic Black-figured Lekythoi*, París.

**Hernández, L. y Sala, F.** (1996) *El Puntal de Salinas. Un hábitat ibérico del s. IV a.C. en el Alto Vinalopó*, Fundación "José María Soler", Villena.

**Hernández Carrión, E. y Gil González, F.** (2001-2002): Encachados tumulares del Bronce Final/Hierro Antiguo en la necrópolis del Collado y Pinar de Santa Ana (Jumilla, Murcia), *Anales de prehistoria y arqueología*, Murcia, pp. 73-94.

**Hernández Pérez, M.S.** (2009-2010) La Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas. Panorama y perspectivas, *Anales de prehistoria y arqueología*, nº 25-26, Murcia, pp. 9-34.

(2002) El poblamiento prehistórico de Albacete: estado actual y perspectivas de futuro, II Congreso de Historia de Albacete : del 22 al 25 de noviembre de 2000, Vol. 1, coord. por Rubí Sanz Gamio, pp. 11-18, Albacete.

**Hernández Pérez, M.S. y Simón García, J.L.** (1985) "Pinturas rupestres en el Barranco del Cabezo del Moro (Almansa, Albacete)", *Lucentum*, 4, Alicante; pp. 89 y ss.

(1993) "El II Milenio a.C. en el Corredor de Almansa (Albacete). Panorama y perspectivas", en J. Blázquez Pérez, R. Sanz Gamio y M<sup>a</sup>.T. Musat Hervás (coords.) *Jornadas de Arqueología Albacetense en la Universidad Autónoma de Madrid. Patrimonio Histórico. Arqueología*, 6, Madrid; pp. 35-54.

(1994) "La Edad del Bronce en el Corredor de Almansa (Albacete). Bases para su estudio", *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha. Actas del Simposio; 1990*, Toledo; pp. 201-242.

**Hernández Pérez, M.S.; Simón García, J.L. y López Mira, J.A.** (1994) *Agua y poder. El Cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete)*, Patrimonio Histórico-Arqueología, 9. Toledo.

**Hernández Pérez et alii** (2014) Cabezo Redondo (Villena, Alicante). Caracterización de "espacios domésticos" en un poblado del Bronce Tardío. Campañas de 2010 a 2012, en Manuel H. Olcina y Jorge A. Soler Díaz (eds.) *II Jornadas de Arqueología y Patrimonio alicantino*, Alicante.

**Hernando Gonzalo, A.** (1992) "Enfoques teóricos en Arqueología", *Spal*, 1, Sevilla; pp. 11-35.

**Hervás y Buendía** (1899) *La Motilla de Torralba de Calatrava*, Mondoñedo.

**Hill, D.K.** (1958) "A class of Bronze Handles of the archaic and Classical Periods", *American Journal of Archaeology*, nº 62; pp. 193-201 & pl. 50-53.

**Hodder, I.** (1988) *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Edit. Crítica, Barcelona.

**Hoz, J. de** (1993) "Las sociedades paleohispánicas del área no indoeuropea y la escritura", *Archivo Español de Arqueología*, 66, Madrid; pp. 3-29.

(1994) "Una probable inscripción latina en una casco de Pozo Moro", *Archivo Español de Arqueología*, 67, Madrid; pp. 223-227.

(1998) "La escritura ibérica", *Los Íberos, Príncipes de Occidente*, Barcelona; pp. 191-204.

**H. I. Marrou** (1999) *El conocimiento histórico*, Idea books, España.



**Iggers, G.** (1998): *La ciencia histórica en el siglo XX: las tendencias actuales*, Idea books.

**Izquierdo Peraile, I.** (2000) *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela*, S.I.P. nº 98. Valencia.  
[http://www.museuprehistoriavalencia.es/resources/files/TV/TV098\\_Izquierdo.pdf](http://www.museuprehistoriavalencia.es/resources/files/TV/TV098_Izquierdo.pdf)

**Izquierdo, I. y Arasa, F.** (1999) "La imagen de la memoria. Antecedentes, tipología e iconografía de las estelas de época ibérica", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXIII, Valencia; pp. 259-300.

-I-

**Jiménez Flores, A.M<sup>a</sup>.** (2002) *Pueblos y tumbas. El impacto oriental en los rituales funerarios del Sur de la península Ibérica*, 2 tomos, Edit. Gráficas Sol, Écija.  
 Capítulo IV: "El mundo funerario de la Etapa Orientalizante. (s. VIII-mediados s. VI a.C.)", publicado electrónicamente:  
<http://www.editorialgraficasol.com/pdf/PyTt1.pdf>

**Jiménez Ramírez, S. y Chaparro Sabina, A.** (1983): *Lagunas de Ruidera, Cuadernos manchegos*, nº 14, (Ed.) Instituto de estudios manchegos, Ciudad Real, pp. 231-259.

**Johnson, M.** (2000) *Teoría arqueológica. Una introducción*, Edit. Ariel Historia, Barcelona.

**Jordán Montes, J.F.** (1992) "Prospección arqueológica en la comarca de Hellín-Tobarra (Metodología, resultados y bibliografía)", *Al-Basit*, 31, Albacete; pp. 183-227.  
 (1997) "Las salinas de Madax en Cancarix (Hellín, Albacete). Apuntes de campo y aspectos históricos, etnográficos, arqueológicos y geográficos", *Al-Basit* 41, Albacete; pp. 7-32.  
 (1981) *El poblamiento prehistórico en la comarca de Hellín-Tobarra, Memoria de licenciatura*, inédita, Universidad de Murcia.  
 (2004): *El arte rupestre en la provincia de Albacete. Desde los descubrimiento hasta las interpretaciones: bibliografía e historia de la investigación, Cuadernos de arte rupestre*, nº 1, Murcia, pp. 89-129.

**Jordán Montes, J.F. y López Precioso, F.I.** (1993) "El entorno arqueológico de 'La Camareta' (Hellín, Albacete)", en A. González Blanco, R. González Fernández y M. Amante Sánchez (Eds.) *La cueva de La Camareta (Agramón, Hellín-Albacete), Antigüedad y cristianismo*, X, Murcia; pp. 69-84.  
[http://interclassica.um.es/investigacion/hemeroteca/antigüedad\\_y\\_cristianismo/numero\\_10\\_1993/el\\_entorno\\_arqueologico\\_de\\_la\\_camareta\\_hellin\\_albacete](http://interclassica.um.es/investigacion/hemeroteca/antigüedad_y_cristianismo/numero_10_1993/el_entorno_arqueologico_de_la_camareta_hellin_albacete)

**Jordán Montes, J.F. y Conesa García, C.** (1992) "Aguas termales y mineromedicinales en el valle bajo del río Mundo (Hellín, Tobarra, Prov. De Albacete). Aspectos geográficos, hidrogeológicos, arqueológicos, históricos y etnográficos", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, tomo V, Madrid; pp. 483-514.

**Jordán Montes, J.F. y García Cano, J.M.** (2002) Una probable cueva santuario ibérica en el Talave (Liétor), *II Congreso de Historia de Albacete : del 22 al 25 de noviembre de 2000*, Vol. 1, 2002. Arqueología y prehistoria / coord. por Rubí Sanz Gamo. pp. 171-182.

**Jordán Montes, J.F., García Cano, J.M. y Page del Pozo, V.** (2006) Desde Heliké hasta Ilunum el poblamiento ibérico en Elche de la Sierra (Albacete), *Al-Basit: Revista de estudios albacetenses*, nº 50, Albacete, pp. 5-80.

**Jordán Montes, J.F. y Noval Clemente, R.** (2002) El poblamiento arqueológico (prehistórico e histórico) de Riópar (Albacete): prospecciones arqueológicas, *II Congreso de Historia de Albacete: del 22 al 25 de noviembre de 2000*, Vol. 1, 2002. Arqueología y prehistoria/coord. por Rubí Sanz Gamo, pp. 349- 374.

**Iover Maestre, F.J.** (1999) *Una nueva lectura del "Bronce Valenciano"*, Universidad de Alicante.

**Iover Maestre, F.J. y López Padilla, J.A.** (2011): La observación en el estudio de la edad del bronce en tierras valencianas. Del ensalzamiento del "objeto" y la revolución radiocarbónica al necesario reencuentro con la estratigrafía, *Quaderns de prehistòria i arqueologia de Castelló*, nº 29, Castelló, pp. 209-230.

#### **-K-**

**Kahler, E.** (1989) *El significado de la Historia*, Edit. Círculo/Universidad, Barcelona.

**Karageorghis, V.** (1971) *Chipre*. Edit. Juventud. Barcelona.

**Kayser Aguilar** (2000): *Puntas de flecha de la Edad del Bronce en la Península Ibérica. Producción, circulación y cronología*, Tesina inédita, Madrid.

**Kempinski, A.** (1995) "From Death to Resurrection: The Early Evidence", *Biblical Archaeology Review Archives September/October 1995*  
([http://www.biblicalarchaeology.org/bswb\\_AO/bswba0603kprdg1.html](http://www.biblicalarchaeology.org/bswb_AO/bswba0603kprdg1.html))

**Korsch, K.** (2004) *Karl Marx*, Edit. Folio, Madrid.

**Krauss, R.M. y Glucksberg, S.** (1977) "Lenguaje social y no social", *Investigación y Ciencia*, 7, pp. 82-87.

**Kuhn, T.S.** (1994) *La estructura de las revoluciones científicas*. Edit. Fondo de Cultura Económica. México.

#### **-L-**

**Lakatos, I.** (1993) *La metodología de los programas de investigación científica*, (Ed.) Alianza, Madrid.

**Lechuga Chica, M.A., Soto Civantos, M. y Rodríguez-Ariza, M.** (2014) El poblado calcolítico "Venta del Rapa" (finales III milenio Cal. BC.), Mancha Real, Jaén, *Trabajos de Prehistoria*, Vol 71, nº 2, Madrid.

- León, P.** (1998a) "La escultura", *Los Iberos, Príncipes de Occidente*, Barcelona; pp. 153-169.  
(1998b) *Le sculpture des Ibères*. Edit. L'Harmattan. París.
- Lillios, K.T. (Ed.)** (1995) *The origins of complex societies in late prehistoric Iberia*, Ann Arbor: International Monographs in Prehistory. Archaeological Series, 8.
- Lillo Carpio, P.** (1988) "El poblado ibérico de Los Molinicos (Moratalla). Últimas campañas", *Excavaciones y prospecciones en la Región de Murcia*, 1, Murcia; pp. 256 y ss.
- Linarejos Cruz Pérez, M.** (1990) "La necrópolis ibérica de Los Nietos (Cartagena, Murcia). Metodología aplicada y estudio del yacimiento", *EAE* 158, Madrid.
- Lipinski, E.** (1995) "Dieux et deesses de l'univers phénicien et punique", *Orientalia Lovanien-sia Analecta*, 64. Leven.
- Liverani, M.** (1995) *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*. Edit. Crítica, Barcelona.
- Lomba Maurandi, J. Y Cano Gomariz, M<sup>a</sup>.** (1999): "El Murtal. Un sistema fortificado de finales del s. VII a.C. (Alhama, Murcia)", *XXIV Congreso Nacional de Arqueología. Cartagena, 1997*. Vol. 3, Cartagena; pp. 21-30.
- López Bermúdez, F.** (1978) "El sector pantanoso al W. de Albacete y su desecación", *Al-Basit*, 5; pp. 69-90.
- López Cachero, F.J. y Pons i Brun, E.** (2008) La periodització del bronze final al ferro inicial a Catalunya, *Cypsel: revista de prehistòria i protohistòria*, nº 17, Barcelona.
- López Campuzano, Jordán Montes y Marín de Espinosa Sánchez** (2003) El yacimiento paleolítico de la Fuente del Halcón (Ayna, Albacete) y su entorno arqueológico: la Cueva del Niño y otros yacimientos prehistóricos. Pleita. *Revista del Museo Municipal "Jerónimo Molina"* 6, pp. 19-39.
- López Carretero, J.J.** (2011): *Plan de Ordenación Municipal El Bonillo: catálogo de bienes y espacios*.
- López Domech, R.** (2000) "Los fenicios en el interior", en P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo (eds.) *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I Coloquio del CEFYP, Madrid, 9-12 de Noviembre, 1998*, Madrid; pp. 189-196.
- López Megías, F. y Ortíz López, M.J.** (1990) *Nuestros antepasados. 237 puntos arqueológicos*, López Megías, F. y Ortíz López, M.J. (Eds.), Almansa (Albacete).
- López Padilla, J.A.** (2006) Consideraciones en torno al "Horizonte Campaniforme de Transición", *Archivo de Prehistoria Levantina*, vol. 26, Valencia, pp. 193-244.

**López Pérez** (1999) “Las carriladas de la Mora del Patojo”, *Ikalesken*, 3, Iniesta; pp. 109-113.

**López Precioso, F.J.** (1990) “El conjunto arqueológico de la Edad del Bronce de Los Morrones (Albatana, Albacete)”, *Al-Basit*, 26, Albacete; pp. 151-170.

<http://biblioteca2.uclm.es/biblioteca/CECLM/ARTREVISTAS/ALBASIT/Alb26Lopez.pdf>

(1993a) “El poblado de El Castellón (Hellín y Albatana) y el inicio del Bronce Final en Albacete”, en J. Blánquez Pérez, R. Sanz Gamo y M<sup>a</sup>.T. Musat Hervás (coords.) *Jornadas de Arqueología Albacetense en la U.A.M.*, Madrid; pp. 57-84.

(1993b) “Vías romanas y visigodas en el campo de Hellín (Albacete)”, en A. González Blanco, R. González Fernández y M. Amante Sánchez (Eds.) *La cueva de La Camareta (Agramón, Hellín-Albacete), Antigüedad y cristianismo, X*, Murcia; pp. 99-132.

[http://interclassica.um.es/investigacion/hemeroteca/antigüedad\\_y\\_cristianismo/numero\\_10\\_1993/vias\\_romanas\\_y\\_visigodas\\_en\\_el\\_campo\\_de\\_hellin\\_albacete](http://interclassica.um.es/investigacion/hemeroteca/antigüedad_y_cristianismo/numero_10_1993/vias_romanas_y_visigodas_en_el_campo_de_hellin_albacete)

(1994a) “El Castellón (Hellín y Albatana) y el final de la Edad del Bronce en la provincia de Albacete. Avance de su estudio”, *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha. Actas del simposio; 1990*. Toledo; pp. 291-305.

(1994b) *Bibliografía arqueológica de la Provincia de Albacete. Catálogo comentado*, Instituto de Estudios Albacetenses.

(1994c) “El enterramiento orientalizador de La Casa del Monte (La Recueja, Albacete)”, *Al-Basit*, 34, Albacete; pp. 51-62.

<http://biblioteca2.uclm.es/biblioteca/CECLM/ARTREVISTAS/ALBASIT/Alb35Precioso.pdf>

(1995) “La necrópolis ibérica del Pozo de la Nieve (Torreucha-Hellín, Albacete)”, en J. Blánquez Pérez (Ed.) *El Mundo Ibérico: Una nueva visión en los albores del año 2000*, Toledo; pp. 267-273.

(1997) “La Primera Edad del Hierro y la Cultura Ibérica”, *Revista Macanaz Divulgación*, 2, *Historia de la Comarca de Hellín*, Hellín; pp. 7-24.

**López Precioso, F.J.; Jordán Montes, J.F. y Soria Combadierna, L.** (1992): “Asentamientos ibéricos en el Campo de Hellín. Su relación con el trazado viario y la red comercial”, *Verdolay*, nº 4, Murcia; pp. 51-62.

**López Precioso, F.J. y Sala Sellés, F.** (1988-1989) “La necrópolis del Bancal del Estanco Viejo (Minateda-Hellín, Albacete)”, *Lucentum VII-VIII*, Alicante; pp. 133-160.

(1994) *Los Almadenes (Hellín, Albacete). Un asentamiento orientalizador en la desembocadura del río Mundo. Resultados de la campaña de 1993. Excavaciones en el edificio 1*, Informe original inédito, Albacete.

**López Precioso, Francisco Javier; Sala Sellés, Feliciano; Noval Clemente, R. y Serna López, J.L.** (1996) *Proyecto Almadenes. El origen de la Cultura Ibérica en el valle del río Mundo (Hellín, Albacete). Excavaciones en el yacimiento orientalizador de Los Almadenes, 2ª campaña (1ª ordinaria)*, Informe original inédito, Albacete.

**López Precioso, F.J. y Jordán Montes, J.F.** (1996) “La Edad del Bronce”, *Revista Macanaz Divulgación*, 1, *Historia de la Comarca de Hellín*, Hellín; pp. 75-92.

**López Precioso, F.J. y Noval Clemente, R.** (2004) “El poblamiento arqueológico en Ontur y Albatana (Albacete)”, *Homenaje a Miguel Rodríguez Llopis*, I.E.A., Albacete; pp. 201-210.

**López Precioso, F.J. y Serna López, J.L.** (1996): Neolítico, *Revista Macanaz. Historia de la Comarca de Hellín*, nº1, Hellín, pp. 43 y ss.

**Lorrio Alvarado, A.I.** (1997) “Los Celtíberos”, *Complutum*, Extra 7, U.C.M., Madrid/Alicante.

Publicación electrónica:

<http://publicaciones.ua.es/publica/fichael.aspx?Cod=LD9788479083359> (Obra completa por capítulos)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833528567147.pdf> (Índice)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833523259015.pdf> (Presentación)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833521411617.pdf> (Prólogo)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833522115408.pdf> (Introducción)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833524650026.pdf> (Historia de la investigación)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833524861347.pdf> (Geografía de la Celtiberia)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833529787293.pdf> (El hábitat)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833528372849.pdf> (Las necrópolis)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833522665549.pdf> (El armamento)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833522429370.pdf> (Artesanado y arte)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833529257074.pdf> (La articulación interna)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833523606161.pdf> (La economía)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833521303990.pdf> (Organización sociopolítica)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833524873996.pdf> (Religión)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833523623786.pdf> (Epigrafía y Lengua)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833524047441.pdf> (Conclusiones)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD8479083352629651.pdf> (Summary)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833522844087.pdf> (Apéndices)

<http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/LD84790833523114924.pdf> (Bibliografía)

(2004) “Reutilización de sepulcros colectivos en el Sureste de la Península Ibérica: La colección Siret”, *Trabajos de Prehistoria*, 61, 1, Madrid; pp. 99-116.

<http://tp.revistas.csic.es/index.php/tp/article/view/31/31>

(2008) *Qurénima. El Bronce Final del Sureste de la Península*, Madrid.

**Lucas Pellicer, R.** (1992) “Religión y sociedad en la Cultura Ibérica a través de las necrópolis”, en J. Blánquez y V. Antona (Eds.) *Congreso de Arqueología Ibérica: las Necrópolis*, Madrid; pp. 189-206.

**Lull, V., Micó R., Rihuete Herrada C. y Risch, R.** (2014) The La Bastida fortification: new light and new questions on Early Bronze Age societies in the western Mediterranean, *Antiquity*, Vol. 88, nº 340, Reino Unido, pp. 395-410

**Lyotard, J.L.** (1987) *La Condición Postmoderna*, Ediciones Cátedra, Madrid.

**-LL-**

**Llobregat Conesa, E.** (1972): *Contestania Ibérica*. Instituto de Estudios Alicantinos. Alicante.

**Llorach, R.; Rivera, D.; Obón, C.; Martín Morales, C. y Fernández-Posse, M<sup>a</sup>.D.** (2000) *Estudio de los restos vegetales arqueológicos del yacimiento "El Acequión", Albacete (Edad del Bronce)*, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.

**-M-**

**Maddin, R., Muhly, J.D. y Wheeler, T.S.** (1977) "Cómo empezó la Edad del Hierro", *Investigación y Ciencia*, 15; pp. 92-99.

**Madrigal Belinchón, A.** (1995) "El monumento funerario ibérico de Pozo Moro", *Creencias y ritos funerarios. Serie Guías didácticas del M.A.N. 1*, A. García y C. Padilla (Coords.), pp. 14-15. Madrid.

(1999) *Los relieves del monumento ibérico de Pozo Moro (Albacete)*, M.A.N.

**Maier Allende, J.** (2007) "Las necrópolis protohistóricas de Los Alcores: relectura de la tradición arqueológica", en Manuel Bendala Galán y María Belén Deamos (dir.), *El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Sevilla: Universidad de Sevilla, Carmona: Ayuntamiento de Carmona, 2007, pp. 331-363.

**Mangas, J. y Hernando, M<sup>a</sup>.R.** (1990-1991) "La sal y las relaciones intercomunitarias en la Península Ibérica durante la Antigüedad", *Memorias de Historia Antigua*, 11-12, Oviedo; pp. 219-229.

**Marrou, H.-I.** (1999) *El conocimiento histórico*, Edit. Idea Universitaria, Barcelona.

**Martínez Díez, G.** (1981) *Libro Becerro de las Behetrías. Estudio y texto crítico. Tomo II*, Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, León.

**Martínez Navarrete, M<sup>a</sup>.I.** (1988) "Morras, motillas y castillejos. ¿Unidad o pluralidad cultural durante la Edad del Bronce en La Mancha", *Homenaje a Samuel de los Santos*, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete; pp. 81-92.

(1989) *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*, Edit. Siglo XXI de España Editores, Madrid.



**Martínez Navarrete, M<sup>a</sup>. I. y Vicent García, J.** (1983) La periodización: un análisis histórico-crítico, Homenaje al Profesor Martín Almagro-Basch, vol. 4, 343-352.

**Martínez Peñarroya, J.** (1999) Notas sobre el estado de la cuestión de los asentamientos fortificados de planta circular en la Península Ibérica durante la Prehistoria Reciente, *Revista de Guimaraes, Vol. Especial*, 1; 389-401.

**Martínez-Pinna, J.** (1995) "L'onochoe de Tragliatella: considerations sur la société étrusque archaïque", *Studi Etruschi*, Vol. LX, Serie III; pp. 79-92.

**Martínez-Santa Olalla, J.** (1951): *El Crannog de la Laguna de El Acequión en la provincia de Albacete*, Imprenta provincial, Albacete.

**Marx, K.** (2002) *El capital*, I, Edit. Folio, Barcelona.

**Más, J.** (1983): "El impacto orientalizante en la formación de la cultura ibérica del Sureste", *Cuadernos de Historia. Anexos a la revista Hispania*, nº 10, Madrid; pp. 19 y ss.

**Mata, C., Martí, M.A. e Iborra, M.P.** (1994-1996) El País Valencià del Bronze recent a l'Ibèric antic: El procés de formació de la societat urbana ibèrica, *Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 A.N.E. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre*, coord. por Jordi Rovira i Port, pp. 183-217.

**Mata Parreño, C. y Soria Combadiera, L.** (2001-2002) Cerámicas a mano con decoración incisa del Bronce Final/Hierro I al norte del Júcar (La Manchuela, Albacete), *Anales de Prehistoria y Arqueología*, nº 17 y 18, Murcia, pp. 95-108

(2006) La Covalta y Casa del Monte: dos pájaros de un tiro, *Arqueología en blanco y negro : la labor del SIP : 1927-1950*, coord. por Helena Bonet Rosado, (Ed.) Diputación de Valencia, pp. 119-124.

**Mataró i Pladesala, M. y Pauteau, J.P.** (1988) Cercados funerarios y culturales. Antran y Cubord. *Revista de arqueología*, nº 85, Madrid; pp. 15-24.

(1993) "Los cementerios protohistóricos de las regiones atlánticas de Europa Occidental vistos desde el cielo. Un último vestigio: los cercados funerarios", *Funeralia*, 9; pp. 27-29.

**Mederos Martín, A.** (2008) "El Bronce Final", en Francisco Gracia Alonso (coord.) *De Iberia a Hispania*, edit. Ariel, Barcelona; pp. 19-91.

(1997) Nueva cronología del Bronce Final en el occidente de Europa, *Complutun*, vol. 8, Universidad Complutense de Madrid, pp. 73-96.

**Mellink, Machteld J.** (1976) "Excavations in the Elmali Area, Lycia, 1975", *American Journal of Archaeology*, 80; pp. 377-384.

**Mesado Oliver, N.** (1999) *Los movimientos culturales de la Edad del Bronce y el Mediterráneo como vía de llegada*, S.I.P., 96, Valencia.

[http://www.museuprehistoriavalencia.es/resources/files/TV/TV096\\_Mesado.pdf](http://www.museuprehistoriavalencia.es/resources/files/TV/TV096_Mesado.pdf)

**Millán Martínez, J.** (1995) "La necrópolis ibérica del Cerro de la Virgen de la Cuesta (Alconchel de la Estrella, Cuenca)", en J. Blánquez Pérez (Ed.) *El Mundo Ibérico: una nueva visión en los albores del año 2000*, Toledo; pp. 246-250.

**Molina González, F.** (1978) "Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, nº 3, Granada; pp. 159-232.

**Molina Grande, M<sup>a</sup>.C. y Molina García, J.** (1991) *Carta arqueológica de Jumilla. Addenda 1973-1990*, Murcia, 1991.

**Molina, F. y Arteaga, O.** (1976) "Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, nº 1, Granada; pp. 175-214.

**Molinos, M. ; Rísquez, C. ; Serrano, J.L. y Montilla, S.** (1994) *Un problema de fronteras en la periferia de Tartessos: Las Calañas de Marmolejo (Jaén)*, Universidad de Jaén.

**Molinos Molinos, M. et alii** (1998): *El santuario heroico de "El Pajarillo", Huelma (Jaén)*, Universidad de Jaén.

**Moneo, T.** (1995) "Santuarios urbanos en el Mundo Ibérico", *Complutum*, 6, Madrid; pp. 245-255.

**Monraval Sapiña, M.** (1992) *La necrópolis ibérica de El Molar*, Alicante.

**Montes Cala 1995:** *Un problema de intertextualidad en poesía helenística, Habis, 26, Sevilla; pp. 97-111.*

**Morcillo Rosillo, M.** (2003) "Cuerpos de seguridad municipal en Albacete durante el s. XIX: los guardas del Canal de María Cristina", *Ensayos. Revista de la Escuela Universitaria de Magisterio de Albacete*, 18; 175-184.

**Moreno Arrastio, F.J.** (2000) "Tartessos, estelas, modelos pesimistas", en P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo (eds.) *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I Coloquio del CEFYP, Madrid, 9-12 de Noviembre, 1998*, Madrid; pp. 153-174.

**Montero Ruíz, .** (2001) "Estudios sobre metalurgia antigua en la provincia de Toledo: el Proyecto Arqueometalurgia de la Península Ibérica", *II Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo. Volumen I. La Mancha Occidental y la Mesa de Ocaña*. Toledo, 2001; pp. 275-301.

**Morère, N.** (1994) "La sal en la Península Ibérica. Los testimonios literarios antiguos", *Hispania Antiqua*, XVIII, Valladolid; pp. 235-250.

**Moret, P. y Badie, A.** (1998) "Metrología y arquitectura modular en el puerto de La Picola (Santa Pola, Alicante) al final del s. V a.C.", *Archivo Español de Arqueología*, 71, Madrid; pp. 53-61.

**Move Romanillo, A. y Santos Yanguas, J.** (1999) "Prehistoria y Primeras civilizaciones. Del Paleolítico a las colonizaciones mediterráneas", *Historia de España*, Tomo I, Edit. Espasa Calpe. Madrid.

**Murguía** (1858)

**-N-**

**Nájera, T. y Molina, F.** (1977) "La Edad del Bronce en La Mancha. Excavaciones en las motillas del Azuer y Los Palacios (campana de 1974)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, nº 2, Granada; pp. 251-300.

**Navarro Mederos, J.F.** (1982) "Materiales para el estudio de la Edad del Bronce en el valle medio del Vinalopó (Alicante)", *Lucentum I*, Alicante; pp. 19-70.

(1983) "La explotación del territorio en la Península Ibérica durante el Bronce Pleno", *Ta-bona*, 4, La Laguna; pp. 29-94.

**Negueruela, I.** (1992) "La escultura ibérica", *Cuadernos de Arte Español*, 57, *Historia* 16, Madrid.

(1998) "Las esculturas del Cerrillo Blanco de Porcuna", *Los Iberos, Príncipes de Occidente*, Barcelona; pp. 170-171.

**Ngoc Vu, N.** (1978) *Ideología y religión según Marx y Engels*, Edit. Sal Terrae, Santander.

**Nieto Gallo, G. y Sánchez Meseguer, J.** (1980) "El Cerro de la Encantada. Granátula de Calatrava. Ciudad Real", *E.A.E.*, 113.

**Nolte, E.** (1995) *Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX*, Edit. Ariel, Barcelona.

**-O-**

**O'Bryhim, S.** (2001) "An oracular scene from the Pozo Moro funerary monument (Spain)", *Near Eastern Archaeology*, 64; pp. 67-70.

**Ocáriz Braña, F.** (1975) *El marxismo. Teoría y práctica de una revolución*, Edit. Palabra, Madrid.

- Olmos Romera, R.** (1983) El centauro de Royos y el centauro en el Mundo Ibérico. *Homenaje al Profesor M. Almagro Basch vol. II*, pp. 377-388. Madrid.
- (1986) *Anotaciones preliminares al libro de Teresa Chapa: animalística ibérica e iconografía*. Prólogo en T. Chapa, 1986a. pp. 7-60.
- (1987) Comastas en Tartesos. *In honorem Francisci R. Adrados vol. II*, pp. 683-697. Madrid.
- (1989) Míticos pobladores del mar. *Lecturas de Historia del Arte*.
- (1992) El Arte griego en España. *Cuadernos de Arte Español Historia 16 n.º 62*. Madrid.
- (1993) Los conceptos de arcaísmo en el Mundo Ibérico: ¿una cuestión cronológica o ideológica?. *Tempus n.º 3*, pp. 89-111. Madrid.
- (1996a) Pozo Moro: ensayos de lectura de un programa escultórico en el Temprano Mundo Ibérico. *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, R. Olmos (Ed.), pp. 99-114. Edit. Lynx. Madrid.
- (1996b) Signos y lenguajes en la escultura ibérica. Lecturas conjeturales. *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, R. Olmos (Ed.), pp. 85-98. Edit. Lynx. Madrid.
- (1998) Beatitud dionisiaca y transformación vegetal en el mundo ibérico. *En los límites de Dionisos*, C. Sánchez y P. Bonet (Eds.), pp. 119-137. Murcia.

**Olmos Romera, R. (Coord.)** (1999) *Los Íberos y sus imágenes*. CD-Rom del C.S.I.C. Madrid.

**Olmos, R. Y Rouillard, P.** (Eds.) (1996): *Formes archaïques et arts ibériques* (Interesantes artículos de Ricardo Olmos y de Teresa Chapa), Edit. Collection de La Casa de Velázquez 59. Madrid

**Olmos, R. ; Tortosa, T e Iguácel, P. (Eds.)** (1992) *La Sociedad ibérica a través de la imagen*. Centro Nacional de Exposiciones, Ministerio de Cultura. Madrid.

**Oró Fernández, E.** (1999) Noticias históricas sobre las aguas mineromedicinales de Albacete, *Al-Basit*, 42, Albacete; pp. 7 y ss.

**Oroz Aizcuren, F.J.** (1979) El sistema metrológico de la inscripción ibérica del cuenco de La Granjuela. *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica. Tübingen, 17-19 Junio 1976*, pp. 283-370. Univ. de Salamanca.

**Osborne, R.** (1998) *La formación de Grecia:1200-479 a.C.* Edit. Crítica, Barcelona.

**-P-**

**Pachón Romero, J.A.; Carrasco Rus, J. y Pastor Muñoz, M.** (1979) Protohistoria de la cuenca alta del Genil, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, n.º 4, Granada, pp. 295-339.

**Panadero Moya 1984** Notas para la interpretación de la historia contemporánea de Albacete (1833-1939), *Al-Basit*, 13; pp. 37-51.

**Paris, P.** (1903-1904) *Essai sur l'Art et l'industrie del'Espagne Primitive*, Paris.

**Parzinger, H.** (1991) Inandiktepe-Este-Pozo Moro. *BerRGK*, 72, pp. 26-37.

**Pearson, P. Y Richards, C.** (Eds.) (1994): *Architecture and Order*, Routledge. Londres.

**Pellicer Catalán** (1989) Observaciones sobre la problemática tartésica, *Habis*, 20, Sevilla; pp. 205-216.

(2000) El poblado de El Macalón de Nerpio (Albacete), *Sautuola* VI; pp. 281-288.

**Pellón, J.I.** (1979) Hallazgos de materiales arqueológicos en la Provincia de Albacete. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* nº 11-12, pp. 56-60. Madrid.

**Penedo, E., Sánchez, M., Martín, D. y Gómez, E.** (2001) "La necrópolis de incineración de la Primera Edad del Hierro en el Arroyo Culebro (Leganés)". *Vida y Muerte en Arroyo Culebro (Leganés)*. Museo Arqueológico Regional, Madrid; pp. 45-70.

**Penedo, E., Caballero, C., Sánchez, M., Gómez, E., Martín, D., Oñate, P. y Sanguino, J.** (2007) "Los yacimientos de Arroyo Culebro (Leganés, Madrid). Nuevos aportes para el estudio de la protohistoria madrileña", *Caesaraugusta*, 78, Zaragoza; pp. 279-290.

**Pereira Sieso, J.** (1994) La transición del Bronce Final al hierro en la Meseta Sur. *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha. Actas del simposio; 1990*. Toledo.

(2007) El Bronce Final y los incicios de la Edad de Hierro, en Juan Pereira Sieso (coordinador) *Prehistoria y Protohistoria de la Meseta Sur (Castilla-La Mancha)*, Edit. Almud, Ciudad Real, pp. 127-158.

**Pereira Sieso, J. y De Álvaro Reguera, E.** (1988) Una tumba de la transición Bronce-Hierro en la Meseta Sur: El Carpio (Belvís de la Jara, Toledo), *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, T. III. Pueblos y Culturas Prehistóricas y Protohistóricas*, Ciudad Real; pp. 279-289.

**Pereira Sieso, J., Ruiz Taboada, A. y Carroble Santos, J.** (2003) "Aportaciones del C-14 al mundo funerario carpetano: la necrópolis de Palomar de Pintado", *Trabajos de Prehistoria*, 60, nº 2, Madrid; pp. 153-168.

**Pérez Amorós** (1990) La Edad del Bronce en Caudete, Memoria de Licenciatura.

**Pérez Rojas, M.** (1993) Las inscripciones con escritura tartésica de la cueva de La Camareta y su contexto onomástico. (Aportaciones a la "celtización" del mundo ibero-tartésico), en A. González Blanco, R. González Fernández y M. Amante Sánchez (Eds.) *La cueva de La Camareta (Agramón, Hellín-Albacete)*, *Antigüedad y cristianismo*, X, Murcia; pp. 139-265.

**Picazo, M.** (198 ) La Arqueología de la muerte y los estudios clásicos,

**Plácido, D.** (1999) Ponencia en el II Curso de Arte Ibérico, "Santuarios y lugares de culto en la Cultura Ibérica". Andújar (Jaén) 18-20 Nov. de 1999.

**Prados Martínez, F.** (2003) *Introducción al estudio de la Arquitectura Púnica*, Colección de estudios UAM, 88, Madrid.

**Prieto Arciniega, A.** (1985) Los cuatro fantasmas de la Historia Antigua, *In Memoriam A. Díaz Toledo*, Granada-Almería.

**Prieto Vilas, M.** (1994) Los obispos hispanos a fines del Imperio Romano (s. IV-VI a.C.), Tesis Doctoral.

**Prieto Vilas, I.M.** (2000) El recorrido en torno a la sepultura turriforme de Pozo Moro y secuencia narrativa de su programa iconográfico: algunas propuestas, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua, Tomo 13*, Madrid; pp. 325-356.

**Primo Yúfera, E.** (1994) *Introducción a la investigación científica y tecnológica*, Edit. Alianza Universidad, Madrid.

**Prost, A.** (2001) *Doce lecciones sobre la Historia*, Edit. Cátedra, Madrid.

**-Q-**

**Quesada Sanz, F.** (1994) Vino, aristócratas, tumbas y guerreros en la Cultura Ibérica (ss. V-II a.C.), *Verdolay*, 6, pp. 99-124. Murcia.

**-R-**

**Ramallo Asensio, S.F.; Noguera Celdrán, J.M. y Brotóns Yagüe, F.** (1998) El Cerro de los Santos y la monumentalización de los santuarios ibéricos tardíos, *Revista de Estudios Ibéricos*, 3, Madrid; pp. 11-70.

**Ramos Fernández, R. y Ramos Molina, A.** (1992) *El monumento y el témenos ibéricos del Parque de Elche*. Elche.

**REIb 1** (1994): *La Escultura Ibérica*

**Remesal, J. y Musso, O. (coords.)** (1991) *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Univ. de Barcelona, Barcelona.

**Renfrew, C.** (1984) Arqueología Social de los monumentos megalíticos, *Investigación y Ciencia*, 88, pp. 70-79.

(1989) Orígenes de las lenguas indoeuropeas, *Investigación y Ciencia*, 159, pp. 82-91.

(1994) Diversidad lingüística del Mundo, *Investigación y Ciencia*, 210, pp. 14-20.

**Reverte Coma, J.M.** (1985) La necrópolis ibérica de Pozo Moro. Estudio anatómico, antropológico y paleopatológico. *Trabajos de Prehistoria* nº 42, pp. 195-282. Madrid.

**Richter, G.** (1958) *Attic red-figure vases: a survey*. Yale University Press.

(1983) *A handbook of Greek Art*, Edit. Phaidon. Londres.

**Rodero Ríaza, A.** (1991) *Protohistoria y Colonizaciones*. M.A.N. Madrid.



**Rodríguez Adrados, F.** (1981) La Fábula, *Investigación y Ciencia*, 53, pp. 6-20.

**Rodríguez de la Esperanza** (2005) *Metalurgia y metalúrgicos en el Valle Medio del Ebro (2900-1500 Cal AC)*, Madrid.

**Rodríguez de Yurre, G.** (1978) *Marxismo y marxistas*, Edit. BAC Popular, Madrid.

**Rodríguez Díaz, A. y Enríquez Navascués, J.I.** (2001) *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*, Edit. Crítica, Barcelona.

**Roldán Hervás, J.M.** (1975): *Itineraria Hispana. Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica*.

**Ros Sala, M.M.** (1986-87): El poblado de Santa Catalina del Monte. Una aproximación a la urbanística del s. VI a.C. en el ámbito territorial del eje Segura-Guadalentín, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid (CuPAUAM)*, 13-14, Vol. II, pp. 77-87. Madrid.

**Roskams, S.** (2003) *Teoría y práctica de la excavación*, Edit. Crítica, Barcelona.

**Ruano Ruiz, E.** (1979) ¿Fue único el monumento de Pozo Moro?. *Boletín de la Asociación Española de la Arqueología* nº 11-12, pp. 42-48. Madrid.

**Ruiz Bremón, M.** (1984) Simbolismo funerario de uno de los relieves de Pozo Moro. *Congreso de Historia de Albacete (Albacete, 1983)*, pp. 157-166. Albacete.

(1987) Hidrología en el Mundo Ibérico, *Boletín de la Sociedad Española de Hidrología Médica*, vol. II, nº 2, pp. 65-69.

(1989) *Los exvotos del santuario ibérico del Cerro de los Santos*, Instituto de Estudios Albacetenses.

(1992) Una cabeza romana en mármol atribuible al Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete), *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Tomo V*, Madrid; pp. 401-412.

(1994) José Manuel Reverte Coma. *Revista de Arqueología* nº 153, pp. 10-11. Madrid.

**Ruiz Gálvez, M.** (1993)

(2000) La precolonización revisada: De los modelos del s. XIX al concepto de interacción, en P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo (eds.) *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I Coloquio del CEFYP, Madrid, 9-12 de Noviembre, 1998*, Madrid; pp. 9-26.

**Ruiz Gálvez, M. [coord.]** (2001) *La Edad del Bronce, ¿primera edad de oro de España?. Sociedad, economía e ideología*, Edit. Crítica, Barcelona.

**Ruiz Mata, D.** (1979) El Bronce Final -fase inicial- en Andalucía Occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas, *Archivo Español de Arqueología*, vol. 52, Madrid, pp. 3-20.

**Ruiz Rodríguez, A.** (1999) Las ciudades ibéricas y su territorio. *Los Íberos y sus imágenes*, Olmos, R. (Coord.), 1-21. Madrid.

**Ruiz, A. y Molinos, M.** (1995) [1993] *Los Íberos, análisis arqueológico de un proceso histórico*, Edit. Crítica. Barcelona.

(1999) Los pueblos ibéricos en la Alta Andalucía. *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo: un homenaje a la memoria*, J. Blánquez y L. Roldán (Eds.), pp. 363-374. Madrid.

**Ruiz Rodríguez, A.; Rísquez Cuenca, C. y Hornos Mata, F.** (1992) "Las necrópolis ibéricas en la Alta Andalucía", en J.J. Blánquez Pérez y V. Antona del Val *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis; Serie Varia 1*, Madrid; 397-430.

**Ruiz Taboada, A.** (1996) ¿Qué ha pasado con la Edad del Bronce de La Mancha?, *Zephyrus*, 4; pp. 211-224.

**Ruiz Zapatero** (1985) *Los Campos de Urnas del NE. De la Península Ibérica*, 2 vols.; Tesis Doctoral.

**Rundin, J.S.** (2004) Pozo Moro, Child Sacrifice, And the Greek Legendary Tradition, *Journal of Biblical Literature* 123/3; 425-447.

**-S-**

**Sala Sellés, F.** (1995) *La Cultura Ibérica de las comarcas meridionales de la Contestania entre los siglos VI y III a.C. Una propuesta de evolución*, Institut de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante

**Sala Sellés, F. y López Precioso, F.J.** (1995a) El poblado ibérico de los Almadenes (Hellín, Albacete). *El Mundo Ibérico: Una nueva visión en los albores del año 2000*, pp. 186-191. Toledo.

(1996) El poblado orientalizador de Los Almadenes (Hellín, Albacete) y la arquitectura protohistórica de las tierras del Sureste, *II Congreso de Arqueología Peninsular, Zamora 1996*.

(2000) Los Almadenes (Hellín, Albacete). Un poblado orientalizador en la desembocadura del Río Mundo, *IV Congreso de Estudios Fenicios y Púnicos. Tomo IV, Cádiz, Octubre de 1995*, Cádiz; pp. 1885-1894.

**Sánchez, I.** (1998) La arqueología de la arquitectura. Aplicación de nuevos modelos de análisis a estructuras de la Alta Andalucía en época ibérica. *Trabajos de Prehistoria vol. 55, nº 1*, pp. 89-109. Madrid.

**Sánchez Fernández, C.** (1992): *El comercio de productos griegos en Andalucía Oriental en los siglos V y IV a.C.: Estudio tipológico e iconografía de la cerámica*, U.C.M.. Madrid

**Sánchez García, A.** (1999): Elementos arquitectónicos de barro de un poblado protohistórico: Los Almadenes (Hellín, Albacete), *XXIV Congreso Nacional de Arqueología vol. 3, Cartagena 1997*. pp. 221-232. Cartagena

**Sánchez Gómez, M<sup>a</sup>.L.** (1999) El Cerro de los Santos en el siglo XIX. las excavaciones de Saviron (1871) y las adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional (1871-1885), en Juan Blázquez Pérez y Lourdes Roldán Gómez (coords.), *La Cultura Ibérica a través de la fotografía a principios de siglo, Vol. 2 (Las colecciones madrileñas)*, Madrid.

(2002) *El santuario del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). Nuevas aportaciones arqueológicas*, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.

**Sánchez Gómez, J.L.** (1984) Panorama arqueológico de Socovos, *I Congreso de Arqueología de Albacete*

**Sánchez Jiménez, J.** (1943) Memoria de los trabajos realizados por la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas de Albacete en 1941, *Ministerio de Educación Nacional- Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas- Informes y Memorias nº 3*. Madrid.

(1947) "Excavaciones y trabajos arqueológicos en la Provincia de Albacete, de 1942 a 1946", *Ministerio de Educación Nacional- Comisaría general de Excavaciones Arqueológicas- Informes y Memorias nº 15*. Madrid.

(1948) "La Cultura del Algar en la Provincia de Albacete", *III Congreso de Arqueología del Sureste, 1947*, Cartagena; 73-79.

**Sánchez Meseguer, J.; Fernández Vega, A.; Galán Saulnier, C. y Poyato Holgado, C.** (1985) El altar de cuernos de La Encantada y sus paralelos orientales, *Oretum, 1*, pp. 125-163. Ciudad Real.

**Sánchez Moreno, E.** (1998) De ganaderos, movimientos y contactos. Revisando la cuestión trashumante en la protohistoria hispana: la meseta occidental, *Studia Historica Historia Antigua, vol. 16*, Salamanca, pp. 53-84.

(2001) Crosscultural links in Ancient Iberia: socio-economic anatomy of hospitality, *Oxford Journal of Archaeology 20(4)*, pp. 391-414. Oxford.

**Sánchez Ortega, D.** (1995) *Los Llanos de Albacete: la tierra y el hombre*. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.

**Sánchez Sánchez, J.** (1982) *Geografía de Albacete. Factores del desarrollo económico de la provincia y su evolución reciente*, I.E.A., Albacete.

**Santos Velasco, J.A.** (1989) Análisis sobre la transición a una sociedad estatal en la cuenca media del Segura en época ibérica (s. VI-III a.C.). *Trabajos de Prehistoria, 46*, pp. 129-147. Madrid.

(1994) *Cambios sociales y culturales en época ibérica: el caso del Sureste*, CRAN.

(1996) Sociedad ibérica y cultura aristocrática a través de la imagen. *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, R. Olmos (Ed.), pp.115-130. Edit. Lynx, Madrid.

**Santos Yanguas, J.** (1999) *Los pueblos de la España Antigua*. Edit. Historia 16, Madrid.

- Sanz Gamo, R.** (1993): Sobre la cronología de la sepultura del cerro de La Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete), *Homenaje a Raúl Amitrano. Pátina*, 6, pp. 20-28.
- (1997a) *Cultura Ibérica y Romanización en tierras de Albacete: los siglos de transición*, Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.
- (1997b) "El proceso de romanización", *Revista Macanaz Divulgación*, 2. *Historia de la Comarca de Hellín*, Hellín; pp. 25-38.
- Sanz Gamo, R.; López Precioso, F.J. Y Soria Combadierna, L.** (1992): *Las fíbulas de la Provincia de Albacete*, Instituto de Estudios Albacetenses.
- Sanz Gamo, R. y López Precioso, F.J.** (1994) "Las necrópolis ibéricas de Albacete. Nuevas aportaciones al catálogo de escultura funeraria", *REIb*, 1, pp. 203-246. Madrid.
- Schubart, H. y Niemeyer, H.G.** (1976) *Trayamar*, EAE 90.
- Schubart, H. y Arteaga, O.** (1983a) Excavaciones en Fuente Álamo y La Cultura de 'El Argar', *Revista de Arqueología*, 24, Madrid; 16-27.
- (1983b) Excavaciones en Fuente Álamo y La Cultura de 'El Argar' (II)", *Revista de Arqueología*, 25, Madrid; 54-63.
- (1983c) "Excavaciones en Fuente Álamo y la Cultura de 'El Argar' (y III)", *Revista de Arqueología*, 26, Madrid; 56-63.
- Segall, B.** (1956) "Problems of copy and adaptation in the second quarter of the First Millennium B.C.", *American Journal of Archaeology*, 60, pp. 165-170 & pl. 62-65.
- Segovia Fernández, A.; Claros Bastante, C.; Blanco de la Rubia, M.A. y Blanco de la Rubia, L.** (2001) "Una necrópolis de carácter tumular en Ciudad Real", en R. García Huerta y J. Morales Hervás (coords.) *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*, Cuenca; 294-309.
- Senent Alonso, M.** (1975) "Contribución a la historia de las aguas subterráneas de Albacete", *Al-Basit*, 1; 4-14.
- Shefton, B.B.** (1982) "Greeks and Greek imports in the South of the Iberian Peninsula", *Madrid Beitrage Band 8*, pp. 337-371.
- (1992) "The Recanati Group. A study of some Archaic Bronze Vessels in Central Italy and their Greek Antecedents", *Mitteilungen des Deutschen Archaeologischen Instituts-Roemische Abteilung*. 99, pp. 139-170.
- Sillières, P.** (1990): *Les voies de communication de L'Hispanie Méridionale*. Edit. Publications du Centre Pierre Paris.
- (1999) "Le Camino de Aníbal", *Archivo Español de Arqueología Anejos*, 20, pp. 239-250.
- Simón García, J.L.** (1984) "Contribución al estudio de la Edad del Bronce en Almansa", *I Congreso de Historia de Albacete*, Volumen I. Arqueología y Prehistoria, Albacete; pp. 77-85.

(1986) “El Cerrico Redondo (Montealegre del Castillo), Las Peñuelas (Pozo Cañada-Chinchilla) y la Mina de D. Ricardo (Tiriez-Lezuza): tres yacimientos de la Edad del Bronce en Albacete”, *Lucentum V*, Alicante; pp. 17-44.

(1987), *La Edad del Bronce en Almansa*, Instituto de Estudios Albacetenses, Serie I, núm. 34, Albacete.

(2002) “Elementos arqueológicos de la cultura ibérica en Almansa”, *II Congreso de Historia de Albacete*, Volumen I. Arqueología y Prehistoria, Albacete; pp. 145-154.

**Snodgrass, A.M. y Bintliff, J.L.** (1991) “Arqueología sin excavación”, *Investigación y Ciencia*, 176, pp. 67-73.

**Soler García, J.M.** (1987) *Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Redondo (Villena, Alicante)*, Alicante.

**Soria Combadiera, L.** (1997): *El horizonte ibérico de El Castellón (Hellín y Albatana, Albacete)*, Instituto de Estudios Albacetenses.

(2001) *La Cultura Ibérica en la Provincia de Albacete: Génesis y evolución a través del estudio del poblamiento*, Tesis Doctoral.

**Soria Combadiera, L. y Córdoba Estepa, M<sup>a</sup>.A.** (199 ) “Análisis mineralógicos de piezas cerámicas ibéricas procedentes de ‘El Castellón’ (Hellín-Albatana, Albacete)”, *Al-Basit*

**Soria Combadiera, L. y García Martínez, H.** (1995): “Un conjunto funerario orientalizante en la Provincia de Albacete”, *Saguntum*, 28. pp. 247-250

(1996) *Broches y placas de cinturón de la Edad del Hierro en la Provincia de Albacete. Una aproximación a la metalurgia prehistórica*, Instituto de Estudios Albacetenses.

**Steadman, S.** (1996): “Recent research in the Archaeology of Architecture: beyond the foundations”, *Journal of Archaeological Research*, 4(1); pp. 51-93.

**Storch De Gracia, J.I.** (1989): *La fíbula en la Hispania Antigua: las fíbulas protohistóricas del Suroeste peninsular*, Colección Tesis Doctorales nº 39/89. Editorial Complutense, Madrid.

**Stylow, A.** (1995) [Sobre la Vía Augusta], *Madriider Mitteilungen*, 36, pp. 29 y ss.

# **-T-**

**Tarradell, M.** (1977) “El Arte de los Iberos: escultura y pintura”, *Investigación y Ciencia*, 5, pp. 78-88.

**Taylor, T.** (1992) “El caldero de Gundestrup”, *Investigación y Ciencia*, 188, pp. 68-74.

**Torelli, M.** (1996) *Historia de los Etruscos*, Edit. Crítica. Barcelona.

**Torres Ortiz, M.** (1996) “La cronología de los túmulos A y B de Setefilla. El origen del rito de la cremación en la Cultura Tartésica”, *Complutum*, 7. pp. 147-162. Madrid.

(1999) *Sociedad y Mundo funerario en Tartessos*. Real Academia de la Historia. Madrid.

**Tortosa, T.** (1996) "Imagen y símbolo en la cerámica ibérica del Sureste", *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, R. Olmos (Ed.), pp. 145-162. Edit. Lynx, Madrid.

**Trillmich, W.** (1976) "Das Problem der Grabanlage von Pozo Moro: Orientalische Wurzeln der iberischen Plastik?", *Mitteilungen des Deutschen Archaeologen Verbandes*, 7, pp. 56-61.

**Tsirkin, J.B.** (1981): "The Labours, Death and Resurrection of Melkart as Depicted on the Gates of the Gades 'Herakleion'", *Rivista di Studi Fenici* 9-1, pp. 21-27.

**Topolsky, J.** (1982) *Metodología de la Historia*, Ed. Cátedra. Madrid.

**-U-**

**Untermann, J.** (1963) "Estudio sobre las áreas lingüísticas pre-romanas de la Península Ibérica", *Archivo de Prehistoria Levantina*, X, Valencia; pp. 165-192.

<http://www.museuprehistoriavalencia.es/resources/files/APL/APL10/APL10.pdf>

**Uriarte González, A.** (2001) *La conciencia evadida. La conciencia recuperada: diálogos en torno a la Arqueología de la Mente y su aplicación al registro funerario ibérico. La necrópolis de Baza*, Colección Lynx. La Arqueología de la mirada vol. 3, Madrid.

**Uroz Rodríguez, H.** (2006) *El programa iconográfico religioso de la 'Tumba del orfebre' de Cabezo Lucero (Guardamar de Segura, Alicante)*, Murcia.

<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284.pdf>

[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0001.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0001.pdf)

[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0002.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0002.pdf)

[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0003.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0003.pdf)

[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0004.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0004.pdf)

[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0005.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0005.pdf)

[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0006.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0006.pdf)

[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0007.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0007.pdf)

[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0008.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0008.pdf)

[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0009.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0009.pdf)

[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0010.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0010.pdf)

[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0011.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0011.pdf)



[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0012.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0012.pdf)  
[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0013.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0013.pdf)  
[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0014.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0014.pdf)  
[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0015.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0015.pdf)  
[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0016.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0016.pdf)  
[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0017.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0017.pdf)  
[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0018.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0018.pdf)  
[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0019.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0019.pdf)  
[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0020.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0020.pdf)  
[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284\\_0021.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46838374656150276754491/024284_0021.pdf)

**-V-**

- Valenciano Prieto, M<sup>a</sup>.C.** (1998) "El Llano de la Consolación. El renacer de una necrópolis olvidada", *Revista de Arqueología*, nº 212, pp. 18-28. Madrid.  
 (1999) "La necrópolis ibérica del Llano de la Consolación. Nuevas perspectivas en su estudio", *La Cultura Ibérica a través de las fotografías de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*, J. Blánquez y Roldán, L. (Eds.), pp. 161-168. Madrid.  
 (2000) *El Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete). Revisión crítica de una necrópolis ibérica del Sureste de la Meseta*, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.
- Valero Tévar, M.A.** (1999a) "Aportación a los estudios sobre Mundo Celtibérico en su frontera meridional: Estado de la cuestión", *Ikalesken*, 3, pp. 9-39. Iniesta.  
 (1999b) "La necrópolis tumular de la 'Punta del Barrionuevo'. Iniesta-Cuenca", *1as. Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha. Iniesta (Cuenca), 2-4 Mayo 1997*, Iniesta; pp. 181-208.
- Vanderpool, E.** (1968) "Rectangular rock-cut shaft", *Hesperia*, 15, pp. 265 y ss.
- Vaquerizo Gil, D.** (1988-1989) "Ensayo de sistematización de la cerámica ibérica procedente de las necrópolis de Almedinilla, Córdoba", *Lucentum VII-VIII*, Alicante; pp. 103-132.  
 (1997) "El león, símbolo del poder", *Revista de Arqueología*, nº 197, pp. 18-27. Madrid.

**Valverde Mucientes, C.** (1979) *El materialismo dialéctico. El pensamiento de Marx y Engels*, Edit. Espasa-Calpe, Madrid.

**Vázquez Hoys, Ana M<sup>a</sup>** (2006) "Una hipótesis sobre la posible relación entre las operadoras culturales femeninas en la Península Ibérica en época prerromana. Los altares en forma de lingote/piel de toro y las serpientes", *Rivista di Studi Fenici*, XXXIV, 1; pp. 97-114.  
[www.uned.es/geo-1-historia-antigua-universal/PDF/RSTFEN%20XXXIV%201%202006,97-114.pdf](http://www.uned.es/geo-1-historia-antigua-universal/PDF/RSTFEN%20XXXIV%201%202006,97-114.pdf)

521

**Vicent García, J.M.** (1995a) "Problemas teóricos de la Arqueología de la Muerte. Una introducción". En *Arqueoloxía da Morte na Península Ibérica desde as orixes ata o medievo*, R. Fábregas Valcarce ; F. Pérez Losada e C. Fernández Ibañez (Eds.), Xinzo da Limia; pp. 249-276.

(1995b) "Early Social Complexity in Iberia: Some theoretical Remarks", en Katina T. Lillios *The origins of social complexity in late prehistoric Iberia*; 177 y ss.

**Vilas Minondo, L.** (1991) "Algunos aspectos de la geología de la Provincia de Albacete", *Jornadas sobre el Medio Natural albacetense. Albacete 20, 21, 22 y 23 Septiembre 1990*. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.

**-W-**

**Wagner, C.G., Plácido, D y Alvar J.** (1996) "Consideraciones sobre los procesos de estatalización en la Península Ibérica", *Complutum Extra*, 6 (II), pp. 139-150.

**Walker, M.** (2000) *Cómo escribir trabajos de investigación*, Edit. Gedisa, Barcelona.

**Waltz, P.** (1900) "Trois Villes primitives nouvellement explorees (Los Castillares, Los Altos, Las Grajas)", *Revue des etudes anciennes*, II; pp. 346-353.

**Webster, T.B.L.** (1939) "Tondo composition in archaic and classical Greek Art", *Journal of Hellenic Studies*, nº 59, pp. 103-123.

**Wells, P.S.** (1984) "Una comunidad agrícola de la Edad del Hierro en Europa Central", *Investigación y Ciencia*, 89, pp. 30-37.

**Werner Ellering, S.** (1990) *La cerámica pintada geométrica del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro*, Edit. La Muralla, Madrid.

**Wilson, E.O.** (1991) *Sobre la Naturaleza Humana*. Edit. Fondo de Cultura Económica. México.

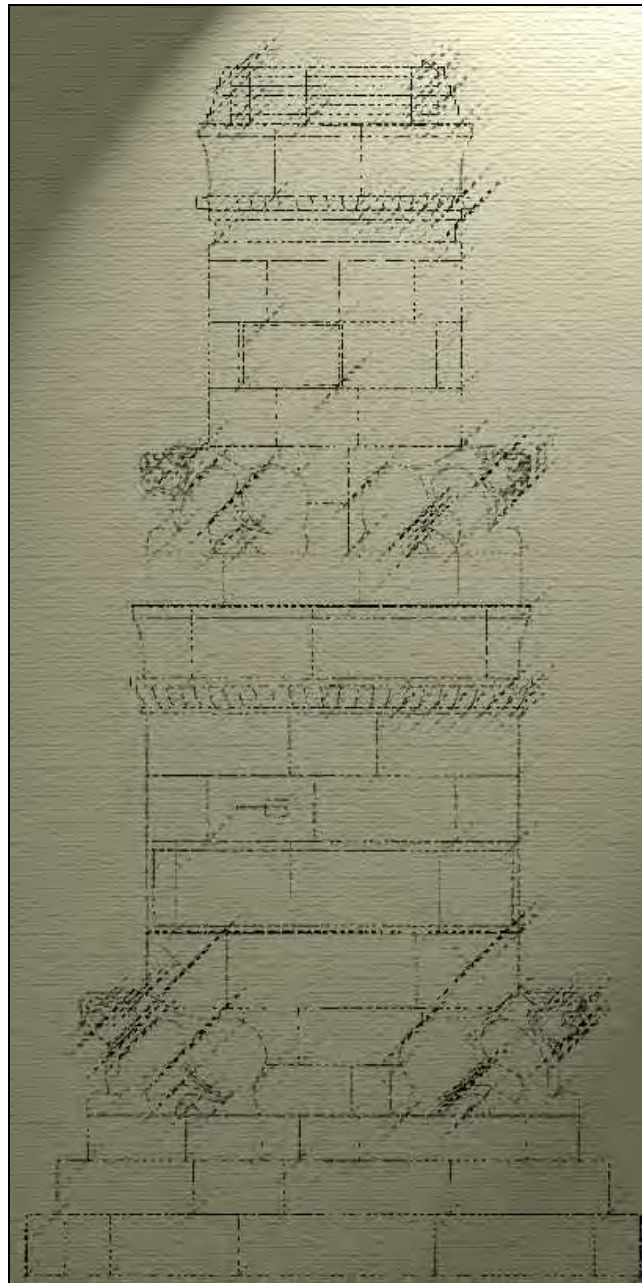
**-Z-**

**Zarzalejos Prieto, M. y López Precioso, F.J.** (2005) Apuntes para una caracterización de los procesos orientalizantes en la Meseta Sur, en Sebastián Celestino Pérez y Javier Jiménez Ávila, *El Período Orientalizante*; 809 y ss.

## ANEXO I



# PAUTAS DE MONTAJE DEL EDIFICIO DE POZO MORO



M.A.N. -2010-

Ignacio M. Prieto Vilas



## **ÍNDICE**

<b>1.- FINALIDAD Y OBJETIVOS.....</b>	<b>(1)</b>
<b>2.- PUNTOS-CLAVE DEL NUEVO MONTAJE.....</b>	<b>(2-63)</b>
3.I    EL “ <i>TÉMENOS</i> ” O RECINTO	
3.II   ASPECTOS ARQUITECTÓNICOS Y CONSTRUCTIVOS	
3.III  LA BASE ESCALONADA DEL EDIFICIO	
3.IV   EL PRIMER CUERPO DEL EDIFICIO	
3.V    EL SEGUNDO CUERPO DEL EDIFICIO	
3.VI   LA CORONACIÓN DEL EDIFICIO	
<b>3.- CONCLUSIONES.....</b>	<b>(64)</b>
<b>4.- PROPUESTA DE MONTAJE. ILUSTRACIÓN.....</b>	<b>(65)</b>
<b>5.- BREVE ANEXO BIBLIOGRÁFICO SELECCIONADO.....</b>	<b>(66-68)</b>

## **1. FINALIDAD Y OBJETIVOS**

Este documento tiene como finalidad aportar las pautas principales para el futuro montaje del edificio de Pozo Moro en el remodelado Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

No obstante, llamamos la atención respecto a que el presente documento es un trabajo preliminar que será finalizado una vez analizadas todas las piezas del edificio tras su limpieza y consolidación, así como con el estudio de la memoria de trabajos que aportará la empresa “Artelán”, responsable del desmontaje del monumento, y la memoria de las analíticas que realice el I.P.C.E.

Tal y como se explicitará en los puntos siguientes, las pautas que aquí presentamos recogen cambios significativos en el emplazamiento de algunos de los sillares incluidos en el primer montaje realizado en el año 1980.

Del mismo modo incluye novedades respecto al aspecto y tamaño definitivo del monumento, así como la colocación de otros fragmentos arquitectónicos y escultóricos no incluidos originalmente en la misma.

Tales fragmentos fueron estudiados por nosotros en el año 2000 en los Depósitos del M.A.N. gracias a la amabilidad de Dña. Alicia Roderó, Directora del Dpto. de Protohistoria y Colonizaciones, y Dña. Esperanza Manso, Conservadora del mismo Dpto.

El objetivo principal de nuestro estudio es, por tanto, aportar una propuesta de montaje futuro que sea lo más ajustada posible a los actuales conocimientos que poseemos y que incluya la información resultante del análisis de todos y cada uno de los sillares.

Esta propuesta aunará, lógicamente, todos aquellos aspectos acertados del primer montaje del monumento, que a día de hoy estamos capacitados para reconocer, y todos los avances dentro de la investigación que se han ido sucediendo a lo largo de los años y que han modificado, mejorándolo, en unos u otros aspectos a aquel.

Los avances más recientes serán los resultantes del análisis que estamos llevando a cabo actualmente y que nos permitirán afinar aún más en los detalles.

Como se irá viendo, las novedades son muchas y de enorme interés, ya que aportan nuevos conocimientos y documentación respecto a un monumento único y de incalculable valor tanto arqueológico como histórico, cultural y patrimonial.

## 2. PUNTOS-CLAVE DEL NUEVO MONTAJE

### I. EL 'TÉMENOS' O RECINTO

Dentro de la propuesta reconstructiva debemos señalar en primer lugar la existencia de un *témenos*, o recinto delimitado físicamente por medio de un muro de 0,40 m. de anchura, dentro del cual se erigía el edificio en posición central.

La importancia de este recinto es fundamental para entender la construcción tanto en sus aspectos arquitectónicos, como escultóricos e ideológicos.

La realización de una reconstrucción, siquiera parcial, de este *témenos* es, por tanto, primordial para la contemplación por parte de los espectadores del programa escultórico del edificio y del propio monumento en su conjunto, ya que sin su presencia no se entendería la íntima e inalienable relación existente entre todos los elementos que conforman el conjunto funerario monumental de Pozo Moro.

Esto es así porque el edificio fue concebido para ser observado realizando un recorrido perimetral en torno a él comenzando por su lado occidental y siguiendo por los lados septentrional, oriental y meridional .

Si se acude a la documentación ofrecida por el excavador del yacimiento de la finca de Pozo Moro se observa que en el estrato IVa, inmediatamente por encima del suelo natural, se hallaron los restos del basamento de sillares de un edificio de planta cuadrada y alzado turriforme<sup>1</sup> (Almagro-Gorbea, 1983: 183-184).



Fig. 1: El edificio durante su excavación

También se destacaba la existencia en torno a esta construcción de un fino empedrado realizado a base de pequeños guijarros blancos de cuarcita de hasta 5 cm. de largo, y que presentaba una forma conocida convencionalmente como “forma de lingote chipriota” o “piel de toro extendida”, paralelo a los lados de la base excepto en sus ángulos, donde el empedrado se curvaba para adoptar esa característica forma.

---

<sup>1</sup> En función de la dispersión y posición de caída de los sillares que rodeaban el basamento (Almagro-Gorbea, 1983: 191 y nota 72).

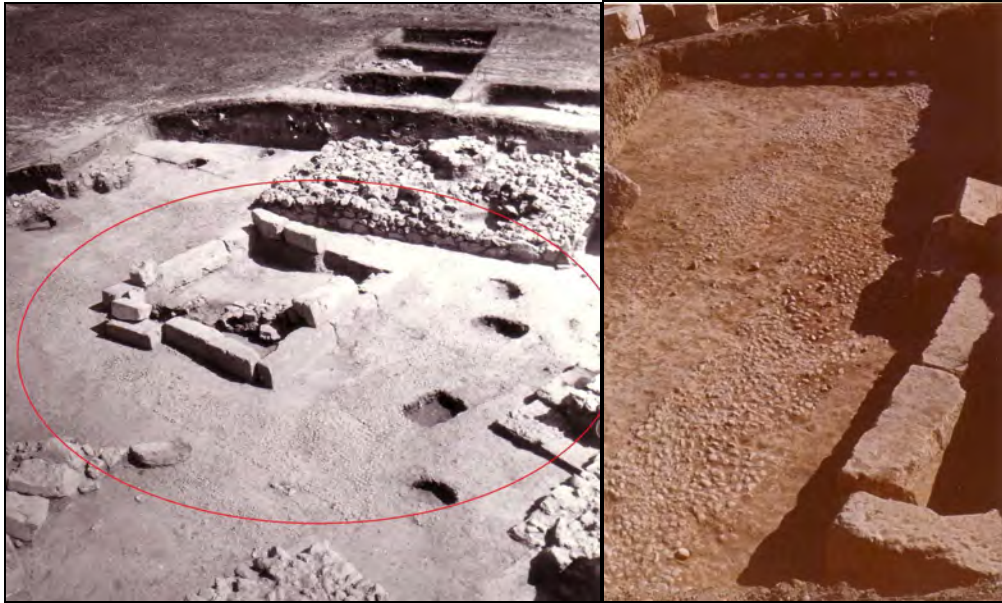


Fig. 2: El empedrado de guijarros en torno al edificio

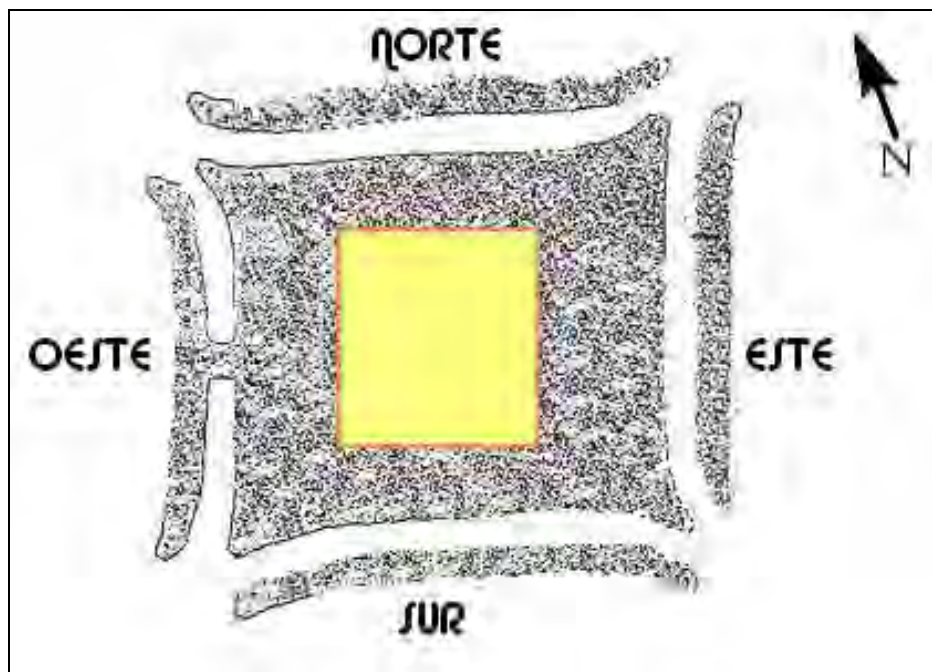


Fig. 3: Vista en planta de las zonas de empedrado en torno al edificio, situado en el centro.

A su vez, el mencionado empedrado quedaba rodeado por una franja de adobe de unos cuarenta centímetros de ancho, “probablemente interpretable como restos de un muro de altura incierta que seguiría la forma del borde del mosaico, constituyendo un espacio cerrado en torno al monumento a modo de *períbolos* o *témenos*” (Almagro-Gorbea, 1983: 190).

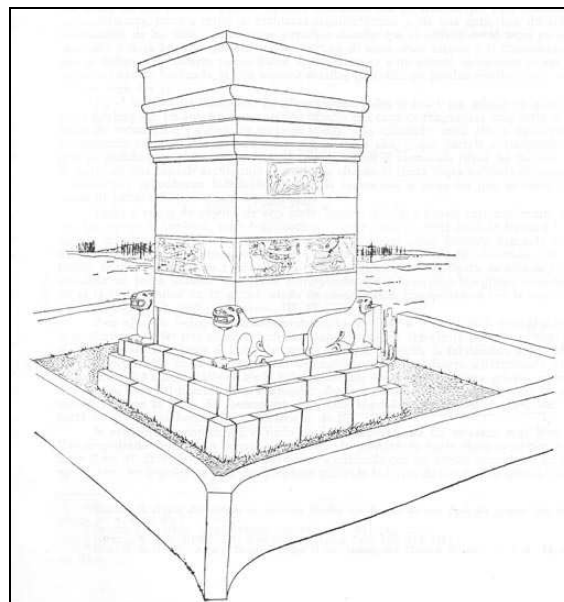
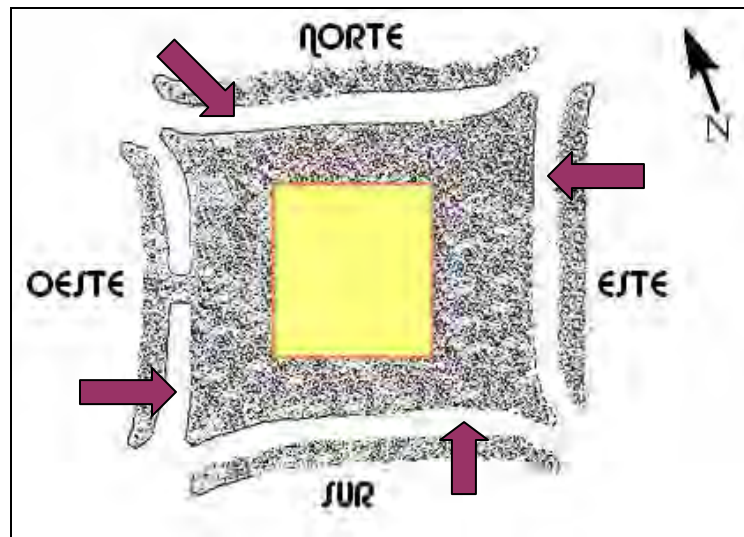


Fig. 5: Reconstrucción del *témenos* del conjunto funerario monumental  
(según propuesta original de Almagro-Gorbea)

Exteriormente a esa franja de adobe aún eran observables otras pequeñas franjas de empedrado rectas y paralelas a los lados del basamento.

En la excavación se pudo documentar cómo la franja exterior occidental de empedrado quedaba unida en su parte central al empedrado que rodeaba el edificio a través de un estrecho pasillo de unos cincuenta centímetros de ancho.



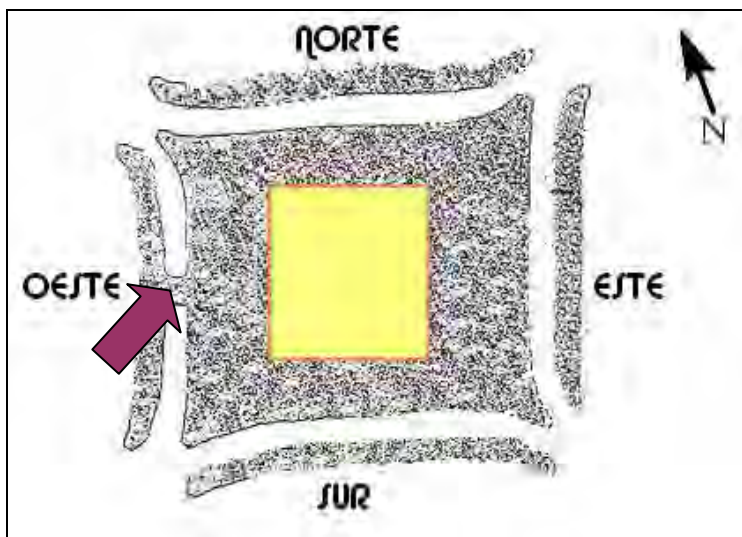


Fig. 6: Reconstrucción del *témenos* del conjunto funerario monumental (según Prieto Vilas).  
Se señala el punto de acceso o vano en el muro perimetral.

De este modo, en caso de aceptar la existencia del muro de adobe, parecía claro que en su lado Oeste se habría emplazado una abertura o puerta de acceso al *témenos* que rodeaba el edificio (Almagro-Gorbea, 1983: 190).

### **Propuesta de montaje 2010**

#### **-Características**

Consideramos necesario realizar una reconstrucción de un perímetro en torno al edificio de aproximadamente 10,5 m. de largo por 8,5 m. de ancho (89,25 m<sup>2</sup>) que respetase la forma original de ese empedrado y el muro que lo delimitaba.

Lo ideal sería orientar ese perímetro en sentido Este-Oeste, con una ligera desviación Noroeste-Sureste, dentro del patio elegido para la reconstrucción museográfica de modo que se respetara al máximo la orientación original del conjunto arqueológico.

No obstante, será el lugar definitivo del emplazamiento dentro del museo el que marque la colocación del recinto para que su acceso se localice frontalmente al punto de aproximación de los visitantes en su recorrido por las salas.

Será necesario realizar algún tipo de montaje visual del empedrado de guijarros blancos que rodeaba el edificio tanto al interior del muro como al exterior del mismo.

Por otro lado, es conveniente plantear una reconstrucción del muro que delimitaba el recinto levantando ese muro, de 40 cm. de anchura, en alzado con algún material resistente hasta una altura suficiente que permitiese a los visitantes entrar en el recinto únicamente a través de un único acceso de 0,50 m. de ancho en el lado menor por donde se aproximase el público y, del mismo modo, permitirles ver todas las hiladas del edificio desde fuera del recinto sin acceder al interior dando una vuelta alrededor del mismo.

#### **-Justificación**

La importancia de este recinto es fundamental para entender la construcción tanto en sus aspectos arquitectónicos, como escultóricos e ideológicos.



Esto es así porque el edificio fue concebido para ser observado realizando un recorrido perimetral en torno a él comenzando por su lado occidental y siguiendo por los lados septentrional, oriental y meridional.

Del mismo modo, la existencia de una única entrada y las características de la misma nos informa de que el acceso debía realizarse de forma individual. Reconstruyendo el recinto favoreceríamos que el visitante entendiese algunos de los conceptos originales de su existencia.

El acceso por el lado occidental señalaría el punto de inicio de la secuencia narrativa de los relieves. Observada la primera escena, el espectador se sentiría en la necesidad de pasar al lado contiguo para contemplar el siguiente episodio continuador de la narración, lo que se repetiría con los dos siguientes lados.

Así, desde el punto de inicio, en el lado Oeste, la propia narración dirigiría al espectador por los dos siguientes lados contiguos hasta el punto culminante del friso, en el lado restante, en la esquina colindante con ese lado occidental donde arrancó la narración. Una vez llegado aquí el espectador abandonaría el recinto por el mismo sitio por el que entró.

La norma general en la investigación ha sido la de buscar un desarrollo o una secuencia de las escenas del friso de bajorrelieves pertenecientes a la 6ª hilada del edificio en función de las escenas más completas e interesantes (Almagro-Gorbea, 1983: 196; Olmos Romera, 1996a: 106) o *a posteriori*, una vez realizado un análisis iconológico (Fernández Rodríguez, 1996: 300), mientras que estos relieves constituirían, “con toda probabilidad, una narración estructurada en función del monumento” (Almagro-Gorbea, 1983: 195), y ésto es justamente lo que debe primar a la hora de proponer un desarrollo del friso.

Nosotros mismos ya propusimos un recorrido en torno a la construcción que comenzaría en su lado occidental y continuaría por los lados septentrional, oriental y meridional (Prieto Vilas 2000).

Planteamos también la opción de señalar a los visitantes ese recorrido de forma visual en el suelo.

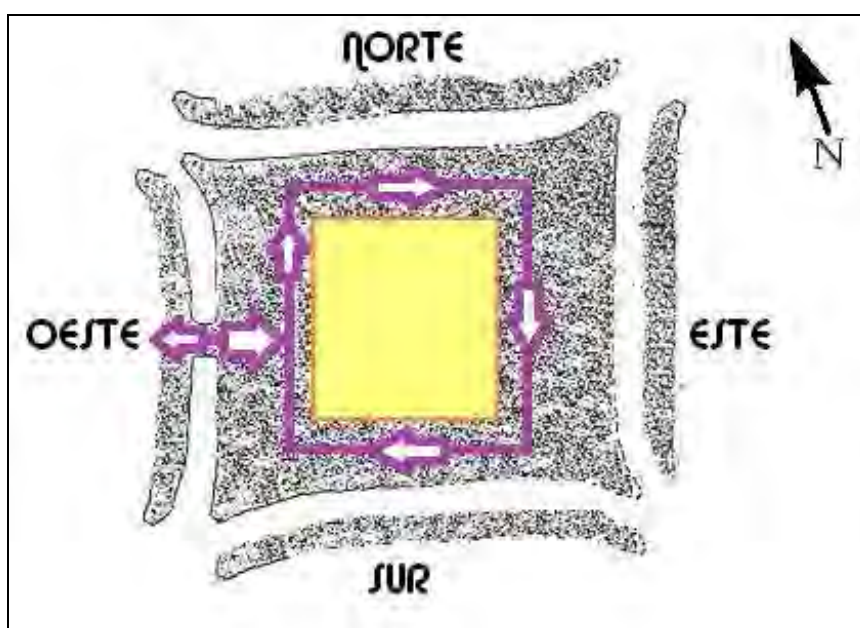


Fig. 7: Propuesta de recorrido en torno a la sepultura turriforme (vista en planta)

El hilo conductor de esta secuencia estaría en relación con la distribución y gestos de los distintos personajes representados en cada una de las escenas. De este modo, si se observan detenidamente los episodios, se aprecia que éstos tienen un desarrollo de derecha a izquierda; en la esquina derecha de los paneles se sitúa algún personaje avanzando hacia la izquierda, en el mismo sentido que la propia acción, culminando la escena en la esquina izquierda de ese mismo lado con otro personaje o animal opuesto al desarrollo de esa acción<sup>2</sup>.

La construcción “física” de este *témenos* es, por tanto, primordial para la contemplación por parte de los visitantes del programa escultórico del edificio y del propio monumento en su conjunto, ya que sin su presencia no se entendería la íntima e inalienable relación existente entre todos los elementos que conforman el conjunto funerario monumental de Pozo Moro.

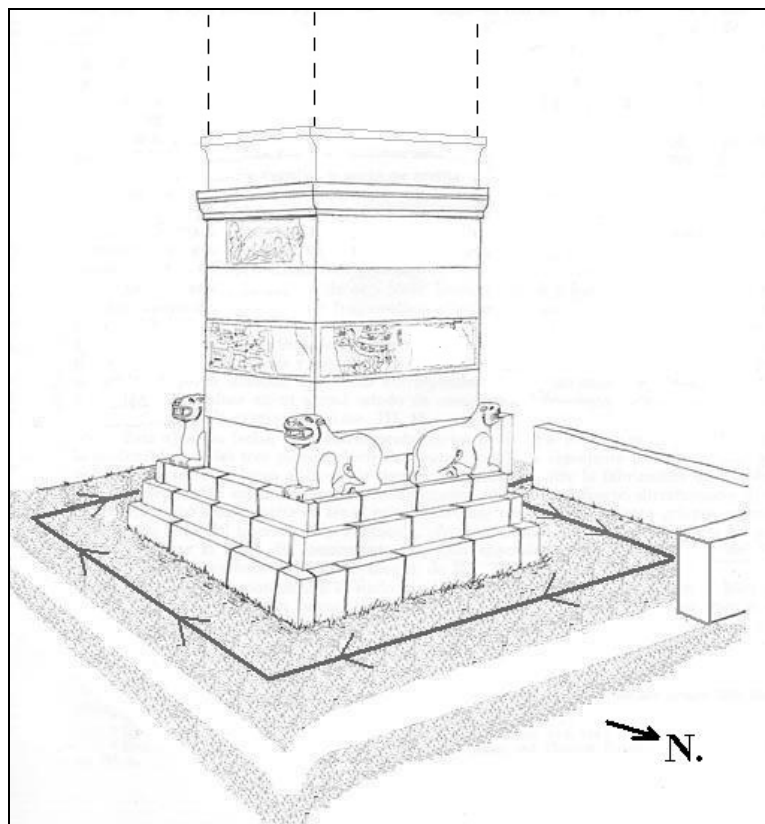


Fig. 8: Propuesta de recorrido en torno a la sepultura turriforme (vista tridimensional)

<sup>2</sup> Conviene resaltar que cada escena muestra esa tónica, demostrando que cada panel narraría un episodio singular que se complementaría con cada uno de los episodios siguientes, formando de esa manera una narración compleja integrada por cuatro pequeños episodios narrativos individuales pero complementarios.

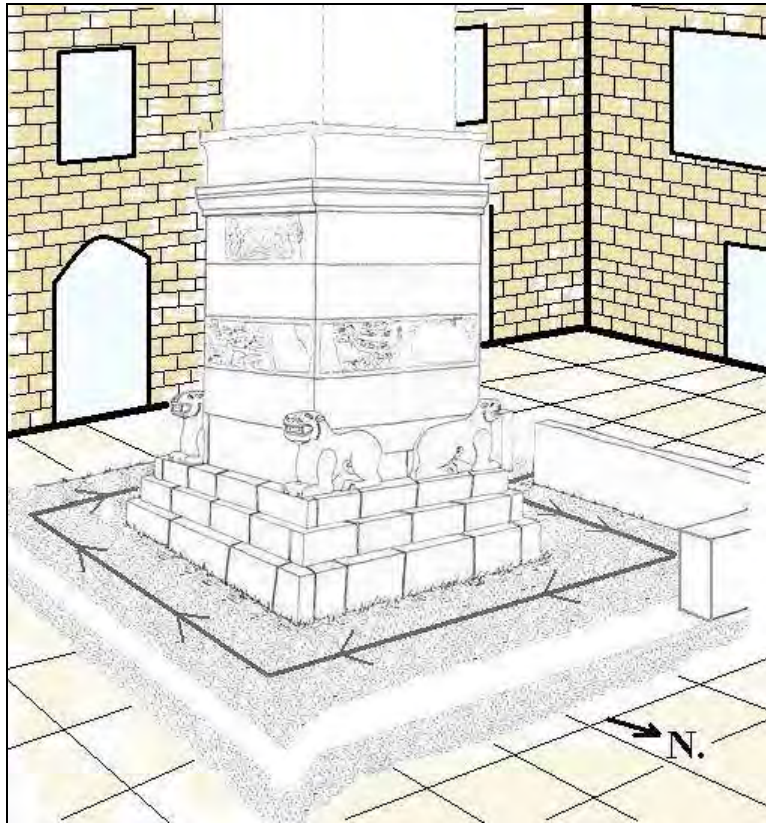


Fig. 9: Idealización de la futura reconstrucción en su emplazamiento definitivo

### II. ASPECTOS ARQUITECTÓNICOS Y CONSTRUCTIVOS

Como podremos ver a lo largo del informe, gracias al estudio individual de los sillares, aspectos arquitectónicos y técnicas constructivas empleados en la erección del edificio turriforme de Pozo Moro, prácticamente se nos han presentado más dudas y problemas que soluciones.

Plantearemos en este documento todas las opciones, decantándonos por aquellas que consideramos más plausibles o verosímiles, pero siempre exponiendo los argumentos a favor y en contra de cada una para facilitar y agilizar la discusión.

La propuesta reconstructiva que incluimos en este documento se basa en la asunción de la existencia de una unidad básica y única de medida de longitud en función de la cual se proyectó la construcción.

#### Unidad de medida

La unidad de medida que nosotros consideramos que fue empleada en la erección del edificio turriforme de Pozo Moro, y que ha podido ser deducida a partir del estudio de las alturas de las hiladas de sillares recuperados en la excavación del yacimiento, es un “pie teórico” de 30,4 cm. correspondiente a un codo “vulgar” de 45,6 cm.

Esta unidad de medida, de clara filiación próximo-oriental, habría sido empleada en construcciones arquitectónicas protohistóricas de la Península Ibérica por influencia fenicia.

Por desgracia, el conocimiento que dentro de la investigación se tiene de la arquitectura fenicia es a día de hoy muy rudimentario y necesitado de nuevos impulsos, tanto a nivel peninsular como dentro del ámbito mediterráneo en general.

Conocemos muchos ejemplos concretos pero faltan estudios de conjunto basados en toda esa documentación dispersa y centrados en los aspectos arquitectónicos y constructivos generales.

A partir de esta unidad de medida que nosotros proponemos, hemos podido deducir el sistema modular y el sistema de trazado del edificio, realizado con medidas enteras o con divisores lógicos de las mismas.

Las medidas de las distintas anchuras y alturas de las hiladas del edificio, así nos permiten afirmarlo:

- La anchura del primer escalón de la base,  $\pm 366$  cm., equivale a 12 pies. Su altura equivale a  $1 + \frac{1}{4}$  pies.

- La anchura del segundo escalón de la base,  $\pm 330$  cm., equivale a  $10 + \frac{3}{4}$  pies.

- La altura del friso de bajorrelieves, 61 cm., equivale a 2 pies.

Y podríamos continuar poniendo más ejemplos pero creemos que no es necesario extendernos más al respecto.

Del mismo modo podemos defender que nos encontramos ante un sistema metrológico de base sextantal o duodecimal de indudable origen oriental. Esta afirmación se basa en las correlaciones de medidas que observamos entre las distintas hiladas. Así, la anchura de la primera hilada del edificio equivale a seis veces la altura del friso de bajorrelieves; la anchura de la segunda hilada equivale a seis veces la altura de la hilada colocada sobre el friso en la reconstrucción original; la anchura de la tercera hilada equivale a seis veces la altura de la séptima hilada de la reconstrucción original, etc.

### Técnicas constructivas

Otros aspectos interesantes son las técnicas constructivas:

El estudio de los sillares que hemos podido realizar durante las labores de desmontaje nos han permitido llegar a una serie de conclusiones muy interesantes.

El tipo de piedra empleado es una caliza que muestra restos de impurezas de color rojizo, probablemente ferruginosas.



Fig. 10: Detalle de las impurezas rojizas propias de la roca

Del mismo modo, en algunos de los sillares se observa cierta abundancia de alvéolos naturales y pequeñas cavidades alargadas.



Fig. 11: Detalle de los alvéolos y cavidades alargadas naturales

En ocasiones, algunos de esos alvéolos fueron resaltados y agrandados de manera antrópica, creando verdaderos huecos cuya finalidad se nos escapa, aunque algunos de ellos se unieron por medio de “canalillos” que pudieron tener relación con rituales en los que se libaban líquidos.





Fig. 12: Detalle de alvéolos “agrandados” y “canalillos”

La extracción de la piedra se realizó siguiendo las vetas naturales de la roca, lo cual demuestra un buen conocimiento por parte del personal de cantería de su labor.

Sin embargo, la labra final fue, en ocasiones, bastante negligente; esta afirmación se basa en la evidencia de que bastantes de los sillares fueron labrados de tal manera que su colocación final se realizó “a contraleý” de la estratificación natural de la roca. Tal colocación provocó resquebrajamiento y deplacaciones de esos sillares, que pondrían en riesgo la estabilidad y resistencia de la construcción.

En muchos de los sillares se han podido documentar marcas incisas que podemos poner en relación con distintas funcionalidades. En primer lugar mencionaremos las marcas de cantería. Éstas se encuentran en las caras frontales visibles de los sillares. Frente a las ya conocidas previamente a las labores de desmontaje y estudio de los sillares, hemos encontrado bastantes más gracias a la observación con luz rasante<sup>3</sup>.



Fig. 13: Detalle de marcas de cantería

<sup>3</sup> Las marcas de cantería serán tratadas más adelante, en el punto VIII.



Otro tipo de marcas incisas son aquellas denominadas “trazadoras” o “de trazado”. Estas marcas aparecen en la cara superior de los sillares y marcan la colocación de los sillares de la hilada inmediatamente superior. Unas marcan el retranqueo o escalonamiento de esos sillares superiores y otras el tamaño y posición o límite.

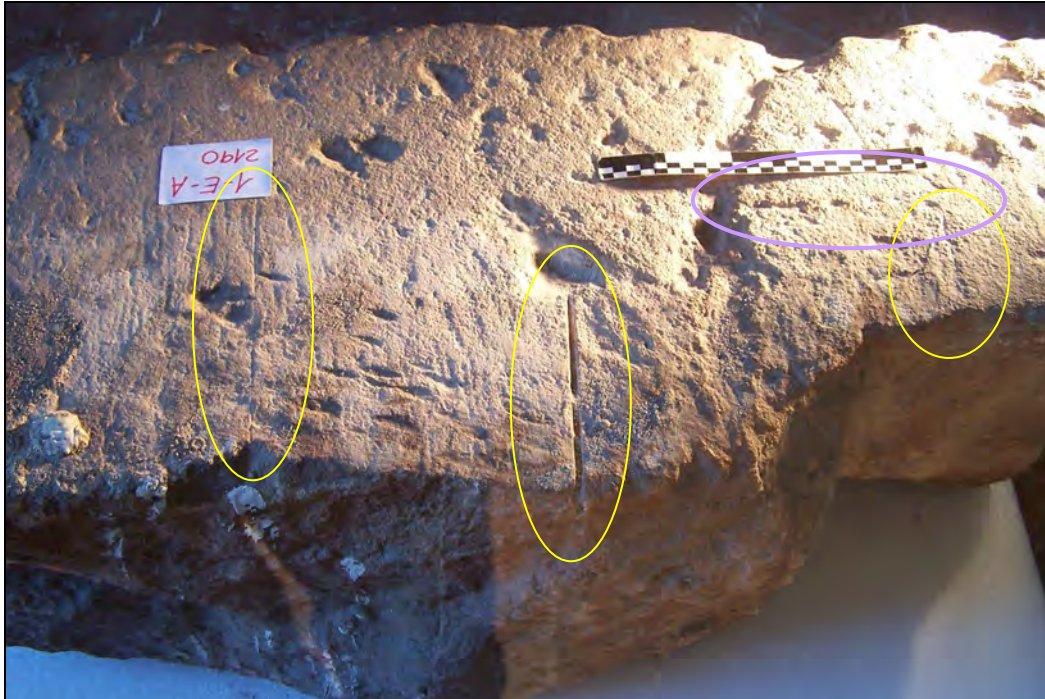


Fig. 14: En amarillo, marcas de posición; en magenta, marca de retranqueo

Por último, otro tipo de marcas son las marcas “de talla”. Éstas se conservan en algunos sillares con algún tipo de decoración, bien arquitectónica o escultórica.



Fig. 15: Detalle de incisiones/marcas “de talla” en una de las molduras sogueadas

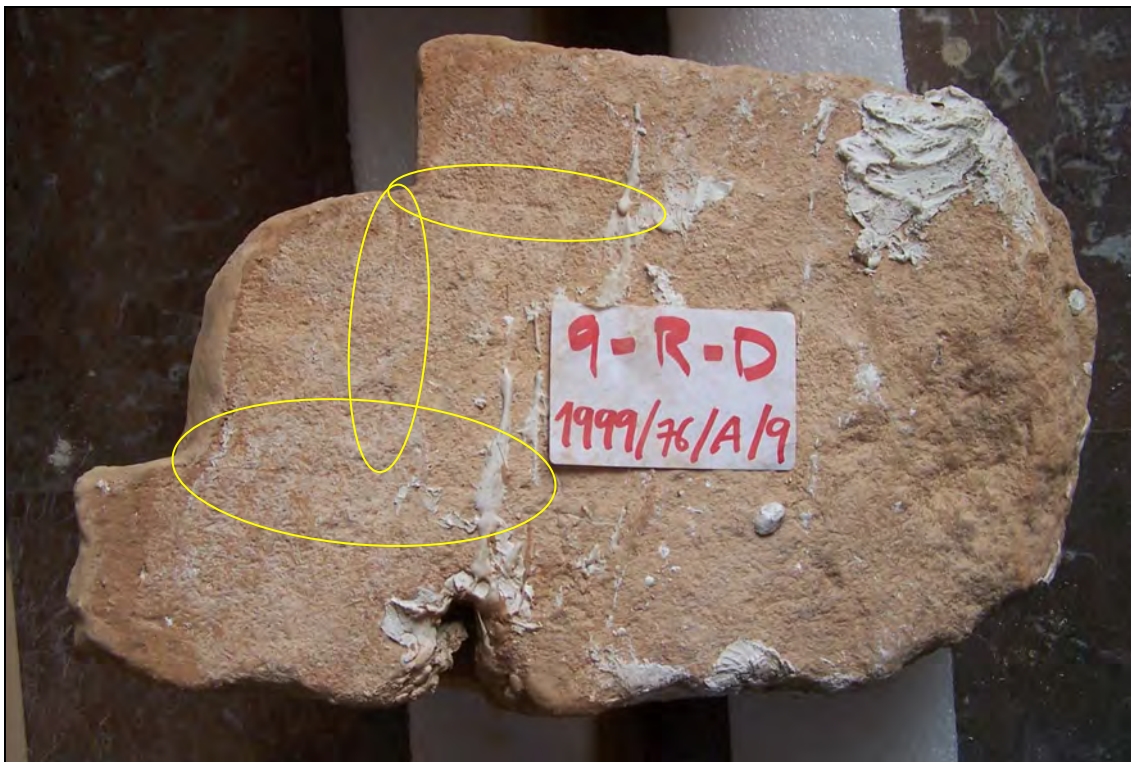


Fig. 16: Detalle de marcas “de tallado” de otra de las molduras sogueadas

En relación con la resistencia y estabilidad del edificio, señalaremos que las hiladas contiguas tienen disposición alterna “a sogá y tizón” de los sillares que conforman las esquinas del monumento.

Esta norma se respetó, como ya veremos, en todas las hiladas a excepción de las nº 5 y nº 13, en donde la disposición y forma de los sillares de las hiladas inferiores hacían más conveniente romper esa norma para dotar de mayor estabilidad y resistencia al edificio.

Respecto a las hiladas, éstas muestran una clara pseudoisodomía, lo que facilita la identificación de qué sillares corresponderían a las mismas: a misma altura, misma hilada.

También es necesario mencionar la utilización de “grapas” constructivas de refuerzo.

Encontramos una doble funcionalidad de esas grapas, cuyo uso estuvo muy extendido en la antigüedad. En el caso del edificio de Pozo Moro todas las grapas documentadas responden a la forma de doble “cola de milano”, empleadas desde la arquitectura del Antiguo Egipto hasta momentos medievales e incluso actuales.

Esas grapas fueron empleadas tanto para trabar sillares contiguos para reforzar las hiladas como para reforzar zonas de los sillares que mostraban riesgo de rotura a causa de grietas.

Por tanto, tenían una función constructiva o arquitectónica en el conjunto de la construcción, para dotarla de mayor resistencia, o una función preventiva de rotura de sillares agrietados.





Fig. 17: Huellas o “mortajas” de grapa para unión de sillares contiguos



Fig. 18: “Mortajas” de grapa para unión de sillares contiguos y para refuerzo de grietas

Proponemos la posibilidad de incluir en el nuevo montaje algunas imitaciones de esas grapas dentro de las mortajas visibles en el lecho superior de varios sillares de la hilada nº 3 de la base escalonada del edificio para que los visitantes puedan hacerse una idea de su funcionalidad.

Otro detalle constructivo que nos gustaría señalar es el pragmatismo de la labra y disposición de los sillares del edificio.

## PAUTAS DEL FUTURO MONTAJE DEL MONUMENTO DE POZO MORO\_2010

Muchos de los sillares muestran un acabado esmerado únicamente en aquellas caras o zonas que quedarían a la vista del espectador, mientras que el resto de sus caras o zonas no visibles únicamente reciben un tratamiento claramente grosero o poco cuidado.



Fig. 19: Detalle del sillar 1979/104/1973/2181 donde se observa sus diferentes acabados

Asimismo, las caras de los sillares que quedarían en el interior del edificio, por norma general, sólo reciben un desbastado tosco que nos indica que el edificio no fue concebido para ser construido totalmente con sillares, sino que su interior estaría hueco y probablemente macizado con cascotes y tierra, tal y como se pudo documentar en la excavación del mismo.





Fig. 20: Detalle del acabado grosero de la zona interior del monumento en su base

Algunos de esos sillares en su cara interna sí presentaban rebajes más regularizados en sus esquinas para engarzar el sillar contiguo.



Fig. 21: Detalle de la zona de unión de los sillares de la base



Fig. 22: Detalle de la zona de rebaje para unión de esquina

Como podemos observar, todos ellos son detalles de claro carácter pragmático y uso racionalizado de las diversas técnicas empleadas.



### III. LA BASE ESCALONADA

El edificio habría estado asentado originalmente sobre una base cuadrada escalonada formada por tres hiladas pseudoisódomas de sillares. Esta base se emplazará en el centro del recinto delimitado por el muro descrito en el apartado anterior.



Fig. 23: Base escalonada del edificio

#### A. Primera hilada

El primer escalón tendrá una anchura de  $\pm 366$  cm. de anchura. Esta primera hilada está formada por sillares de  $\pm 39$  cm. de altura<sup>4</sup>.

La zona interior delimitada por esta hilada se encontraba macizada por fragmentos muy rotos de sillares del monumento que fueron interpretados como “restos de talla utilizados en el relleno del basamento” (Almagro-Gorbea 1983: 184).

---

<sup>4</sup> A excepción del sillar 1979/104/1973/2191, que tiene una altura total de 41,5 cm.

## PAUTAS DEL FUTURO MONTAJE DEL MONUMENTO DE POZO MORO\_2010

Por la técnica de labra empleada en la realización de los sillares es posible afirmar que el edificio hubo de estar necesariamente macizado por ese tipo de relleno al no tener regularizadas sus caras internas para un macizado regular con ortostatos.



Fig. 24: 1ª hilada durante el proceso de excavación

Procederemos a enumerarlos siguiendo un orden de colocación de derecha a izquierda dentro de su hilada. Su colocación es la misma que en el montaje original de 1980.

Listado de sillares<sup>5</sup>:

- 1979/104/1973/2181 (cierre de la esquina derecha del lado Oeste<sup>6</sup>)
- 1979/104/1973/2182 (centro del lado Oeste)
- 1979/104/1973/2183 (cierre de la esquina izquierda del lado Oeste)
- 1979/104/1973/2184 (esquina derecha del lado Norte)
- 1979/104/1973/2185 (centro-derecha del lado Norte)
- 1979/104/1973/2186 (centro-izquierda del lado Norte)
- 1979/104/1973/2187 (esquina izquierda del lado Norte)

<sup>5</sup> En las vistas en planta de las hiladas, los sillares están inventariados sólo con las últimas cuatro cifras del número general de inventario.

<sup>6</sup> De ahora en adelante emplearemos los puntos cardinales para referirnos a los lados o caras del edificio, respetando la orientación del mismo en su emplazamiento original. No obstante, incluimos aquí la identificación con letras del abecedario secuenciales correlativas que a cada uno de esos lados se les dio en el M.A.N. y se mantuvo en las labores de desmontaje: Norte-Cara A; Sur-Cara B; Oeste-Cara C y Norte-Cara D.

## PAUTAS DEL FUTURO MONTAJE DEL MONUMENTO DE POZO MORO\_2010

- 1979/104/1973/2188 (cierre de la esquina derecha del lado Este)
- 1979/104/1973/2189 (centro del lado Este)
- 1979/104/1973/2190 (cierre de la esquina izquierda del lado Este)
- 1979/104/1973/2191 (esquina derecha del lado Sur)
- 1979/104/1973/2192 (centro-derecha del lado Sur)
- 1979/104/1973/2193 (centro-derecha del lado Sur)
- 1979/104/1973/2194 (centro-izquierda del lado Sur)
- 1979/104/1973/2195 (esquina izquierda del lado Sur)

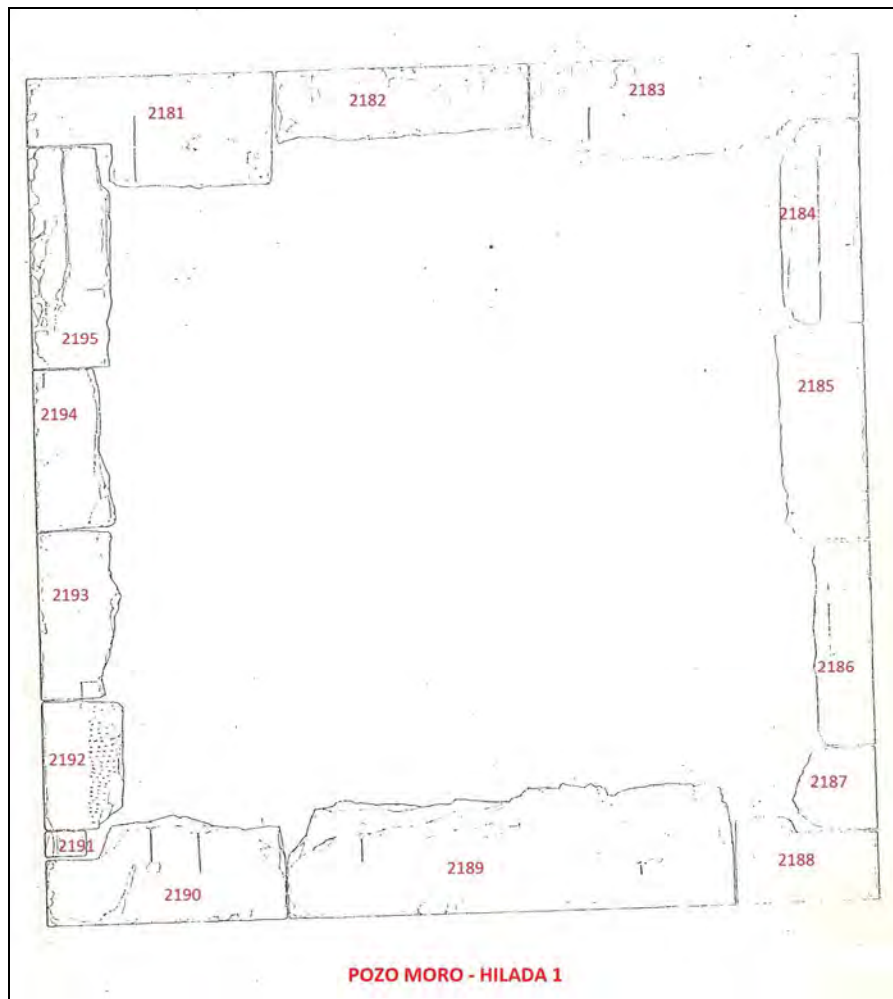


Fig. 25: Hilada 1

### B. Segunda hilada

Por las marcas de trazado presentes en la cara superior de algunos de estos sillares (p.ej. 1979/104/1973/2184; 1979/104/1973/2186 y 1979/104/1973/2193) y por la propia disposición de algunos de los sillares conservados *in situ* en el momento de su descubrimiento y excavación (1979/104/1973/2196; 1979/104/1973/2207 y 1979/104/1973/2208) podemos afirmar que la segunda hilada del edificio estaba retranqueada  $\pm 18,5/19$  cm. con respecto a la primera.



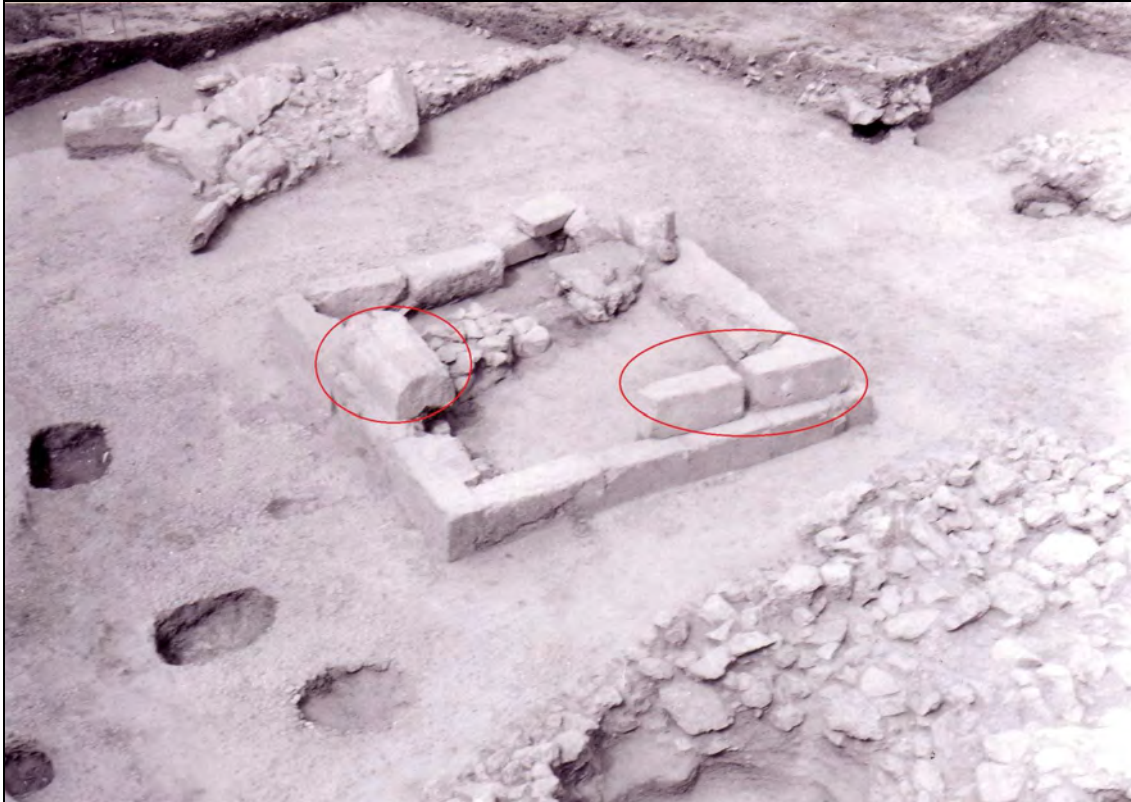


Fig. 26: Sillares pertenecientes a la 2ª hilada *in situ*

Teniendo en cuenta este hecho, podemos calcular que la segunda hilada tenía una anchura total de  $\pm 328$  cm. y una altura de  $\pm 34$  cm..

Listado de sillares:

- 1979/104/1973/2196 (centro del lado Oeste)
- 1979/104/1973/2197 (esquina izquierda del lado Oeste)
- 1979/104/1973/2198 (cierre de la esquina derecha del lado Norte)
- 1979/104/1973/2199 (centro del lado Norte)
- 1979/104/1973/2200 (centro-izquierda del lado Norte)
- 1979/104/1973/2201 (cierre de la esquina izquierda del lado Norte)
- 1979/104/1973/2202 (esquina derecha del lado Este)
- 1979/104/1973/2203 (centro-derecha del lado Este)
- 1979/104/1973/2204 (centro del lado Este)<sup>7</sup>
- 1979/104/1973/2205 (centro-izquierda del lado Este)
- 1979/104/1973/2206 (esquina izquierda del lado Este)
- 1979/104/1973/2207 (cierre de la esquina derecha del lado Sur)
- 1979/104/1973/2208 (centro-derecha del lado Sur)
- 1979/104/1973/2209 (centro-izquierda del lado Sur)

<sup>7</sup> Debería intercambiarse su lugar con el sillar 1979/104/1973/2205 a juzgar por las marcas de trazado presentes en el lecho superior de los sillares 1979/104/1973/2189 y 1979/104/1973/2190 de la primera hilada.

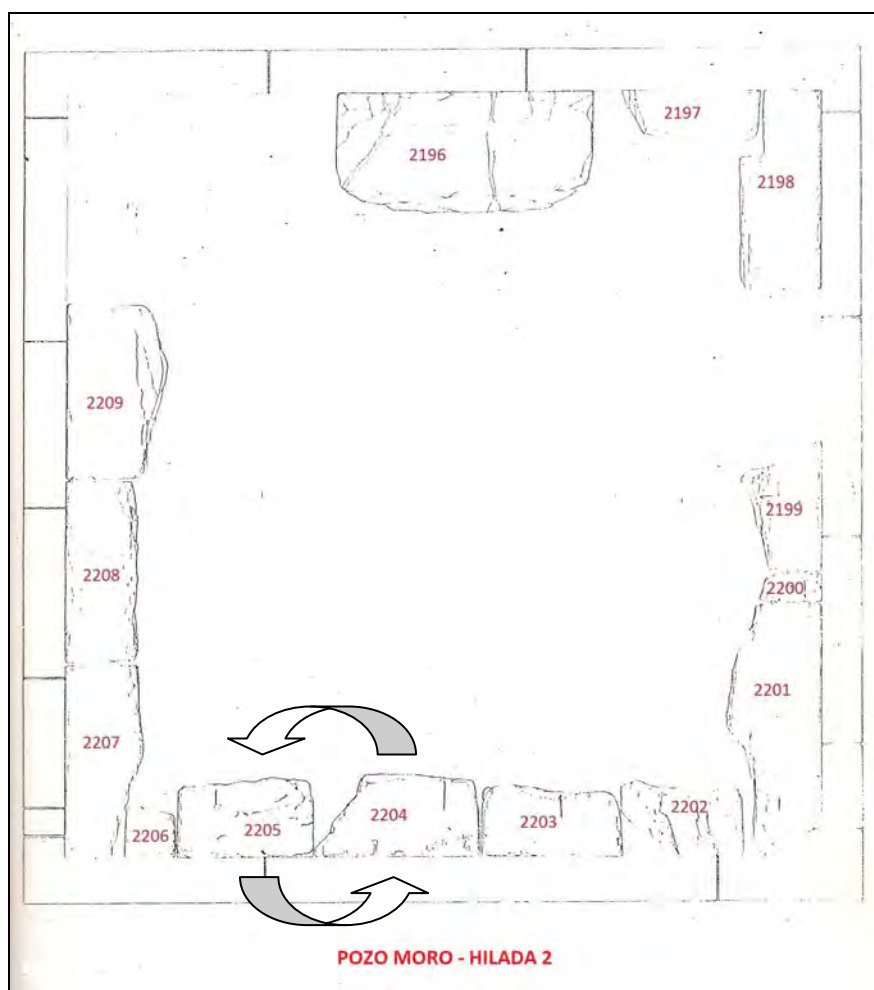


Fig. 27: Hilada 2

### C. Tercera hilada

De la tercera hilada no se conservó ningún sillar *in situ*. No obstante, gracias a las marcas de trazado existentes en la cara superior de alguno de los sillares pertenecientes a la segunda hilada (p.ej. 1979/104/1973/2199), podemos determinar que el tercer escalón habría presentado un retranqueo con respecto al segundo escalón de  $\pm 18,5/19$  cm., similar al retranqueo de la segunda hilada con respecto a la primera.

Teniendo en cuenta este hecho, podemos calcular que la tercera hilada tenía una anchura total de  $\pm 290$  cm.

La altura de esta hilada sería de 32 cm. La pertenencia al tercer escalón de los sillares que enumeraremos a continuación fue determinada por la posición en excavación del sillar 1979/104/1973/2214.

Otro argumento a favor de la existencia de ese tercer escalón es la presencia de marcas de trazado en la cara superior de ese sillar 1979/104/1973/2214 con un retranqueo de  $\pm 18,5/21$  cm. respecto al borde del sillar, que deberían marcar la colocación de la hilada superior.

A este respecto contamos con el problema de que no ha sido posible determinar por el momento la relación directa entre el cuerpo central del edificio y ese tercer escalón. Por ello, el cuerpo central quedará más retranqueado por sus cuatro lados, de manera similar a como se encontraba en el montaje original de 1980.

## PAUTAS DEL FUTURO MONTAJE DEL MONUMENTO DE POZO MORO\_2010

Por último, otro argumento sería la reconstrucción geométrica teórica del edificio, en base a las medidas conocidas, que viene a señalar la existencia de ese tercer escalón con esa altura y anchura mencionadas.

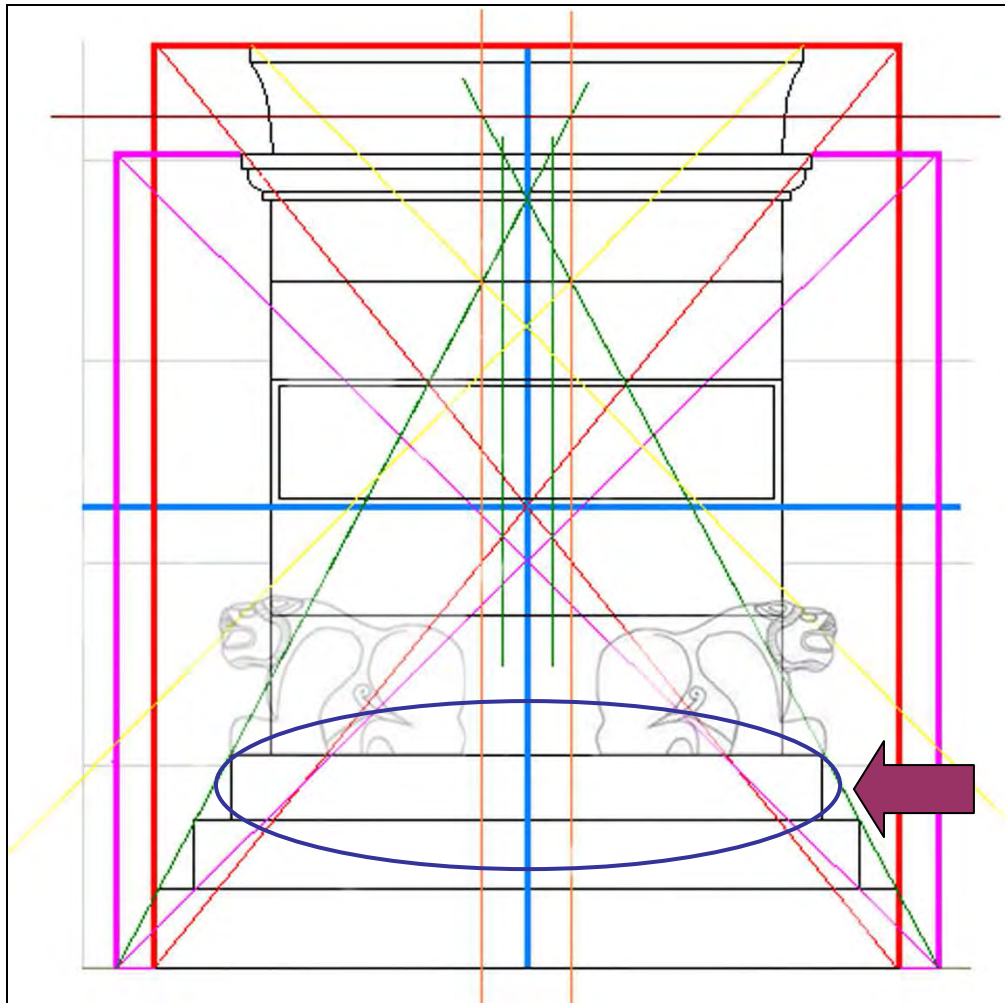


Fig. 28: Propuesta de reconstrucción geométrica de las diez primeras hiladas (según Almagro-Gorbea y Prieto Vilas). Se resalta el tercer escalón.

Listado de sillares:

- 1979/104/1973/2210 (cierre de la esquina izquierda del lado Oeste)
- 1979/104/1973/2211 (centro-derecha del lado Norte)
- 1979/104/1973/2212 (centro-izquierda del lado Norte)
- 1979/104/1973/2213 (centro-derecha del lado Este)
- 1979/104/1973/2214 (centro-izquierda del lado Este)
- 1979/104/1973/2199 (centro del lado Sur)



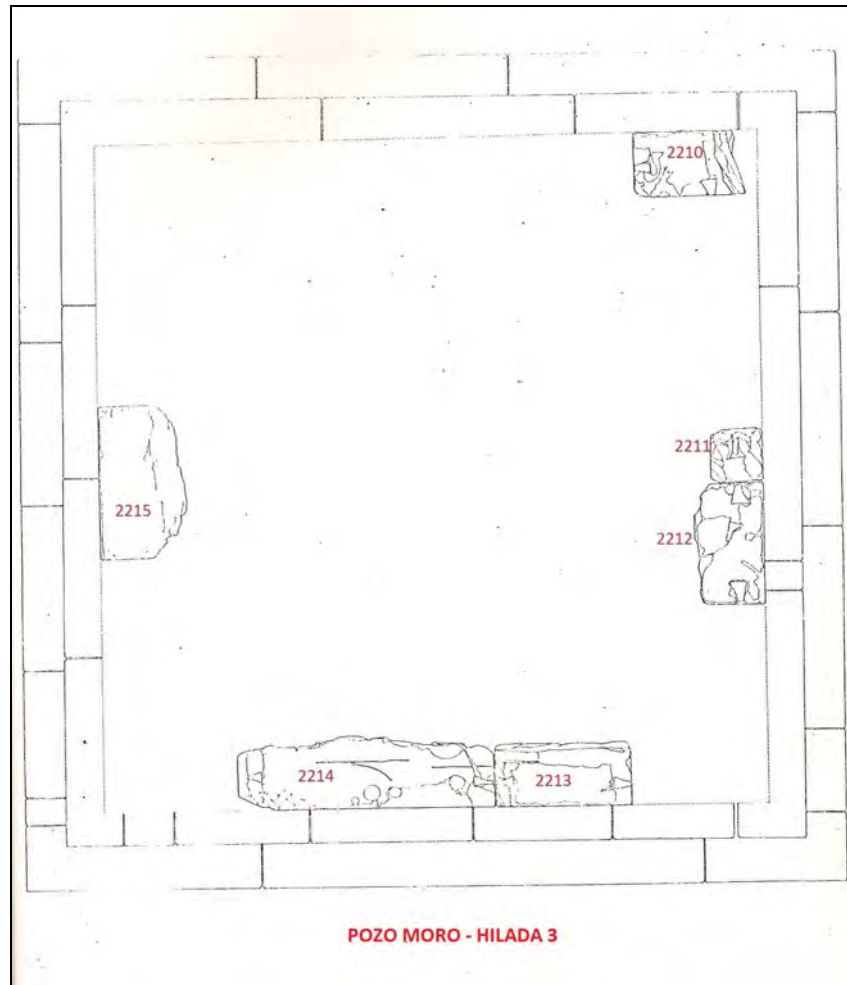


Fig. 29: Hilada 3

### **Propuesta reconstructiva 2010**

#### **-Características**

Consideramos muy correcta la propuesta de restitución de la base escalonada de tres alturas realizada en el montaje original de 1980 por los argumentos que hemos expuesto con anterioridad.

Se trata de una base cuadrada que aporta estabilidad y reparte la carga del edificio, dotando a éste de mayor resistencia y durabilidad. Este escalonamiento no está concebido para ser pisado o subirse en él.

Reiteramos la problemática de no haber podido determinar fehacientemente la relación espacial exacta entre el tercer escalón y la hilada situada sobre él, primera de los cuerpos centrales del edificio, por lo cual, y a falta de una solución mejor, mantenemos la misma postura que la que se siguió en el montaje del año 1980.

Queremos destacar la ausencia de mortajas para grapas tanto en la primera como en la segunda hilada, frente a la existencia de esas mortajas en la tercera hilada.

Este hecho es muy revelador para determinar qué hiladas soportaron mayor carga que las demás y nos ayudará a justificar el emplazamiento de las mismas en sus alturas correspondientes.

### -Justificación

Son muy abundantes los paralelos conocidos en el Mundo Antiguo de edificios que cuentan con una base escalonada de varias alturas que no tiene funcionalidad de “escalera” para acceder a alturas superiores, o bien, esa no es su funcionalidad principal.

Del mismo modo, los ámbitos culturales en los que encontramos este tipo de monumentos son muy variados, desde la arquitectura persa hasta la arquitectura romana pasando por las arquitecturas fenicia, griega y púnica.

Podríamos mencionar ejemplos de diferentes épocas, estilos y culturas: la “Tumba de Ciro El Grande” (s. VI a.C.), en Pasagarda (Irán); el “Meghazil B” (s. V a.C.), en Marathos (Líbano); el Mausoleo de Halicarnaso (s. IV a.C.), en Bodrum (Turquía); el monumento de Dougga (s. II a.C.), en Túnez o el monumento romano de Villajoyosa (s. II d.C.), en Alicante.

El número de escalones no respeta unas normas canónicas, pudiendo encontrar casos de un único escalón hasta casos de seis o más.

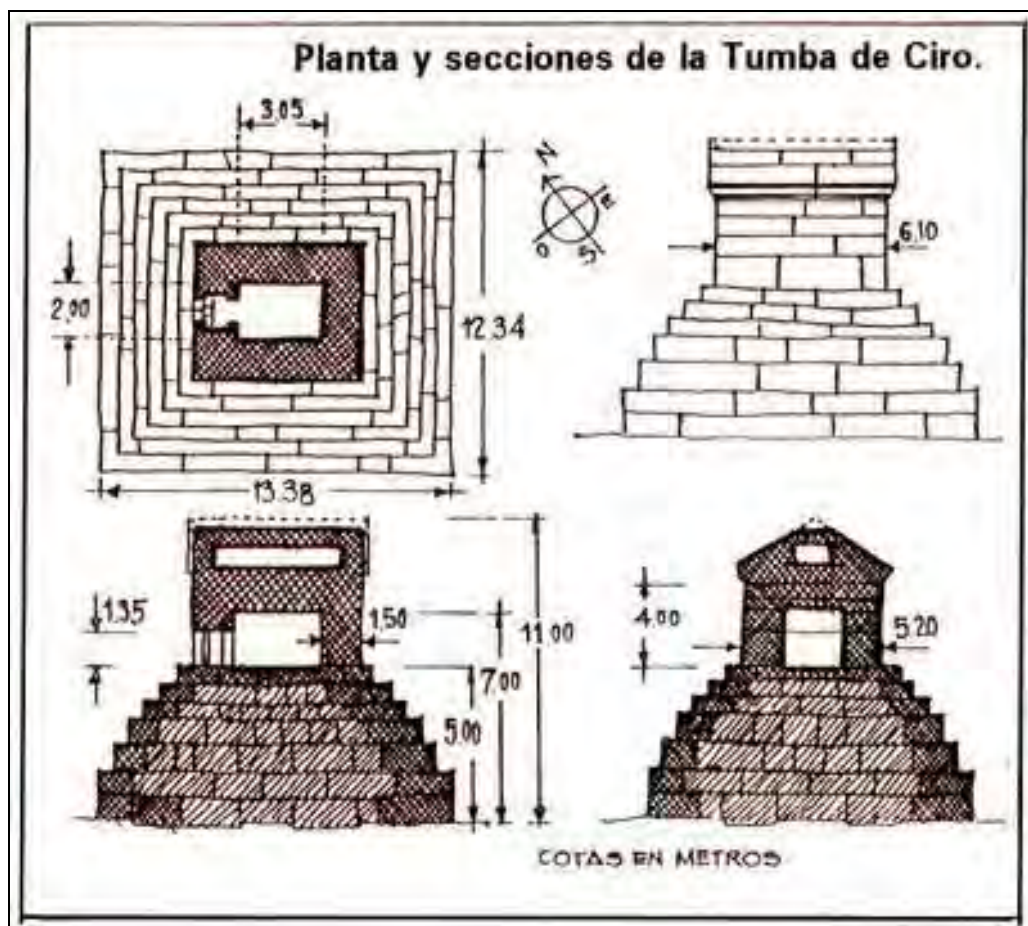


Fig. 30: Tumba persa aqueménida de Ciro “El Grande”, en Pasagarda (Irán)



Fig. 31: Monumento fenicio: Meghazil “B” de Marathos (Líbano)



Fig. 32: Mausoleo helenístico de Halicarnaso (Turquía)

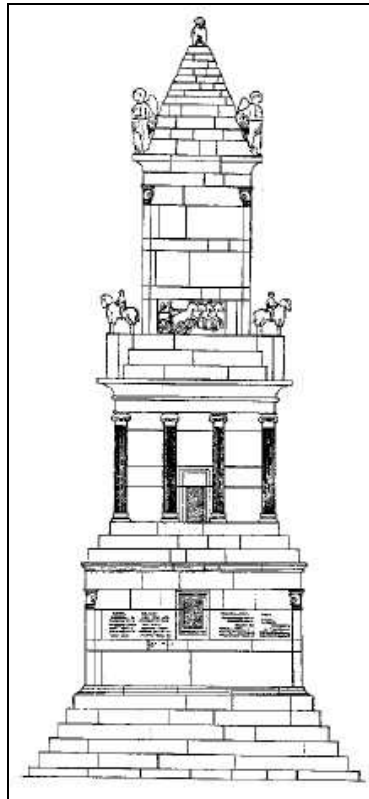


Fig. 33: Monumento púnico-helenístico de Dougga (Túnez)

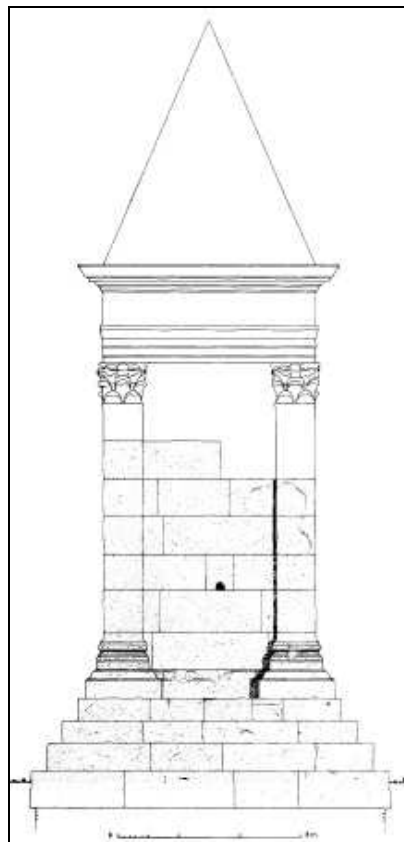


Fig. 34: Monumento romano de Villajoyosa (Alicante)



## PAUTAS DEL FUTURO MONTAJE DEL MONUMENTO DE POZO MORO\_2010

La existencia de esos tres escalones como base del monumento turriforme de Pozo Moro vendría, en primer lugar, apoyada por las marcas de retranqueo presentes en el lecho superior de los sillares ya mencionados anteriormente al analizar detenidamente cada una de las tres primeras hiladas.

Del mismo modo, Almagro-Gorbea y nosotros mismos hemos realizado una restitución geométrica del edificio basándonos en las medidas conocidas de los sillares conservados, que vendría a apoyar la existencia de esos tres escalones, cuyo retranqueo vendría marcado por dos líneas oblicuas que, en su punto de unión, señalarían en alzado el arranque y final de la primera moldura decorada del edificio, en la hilada nº 9.

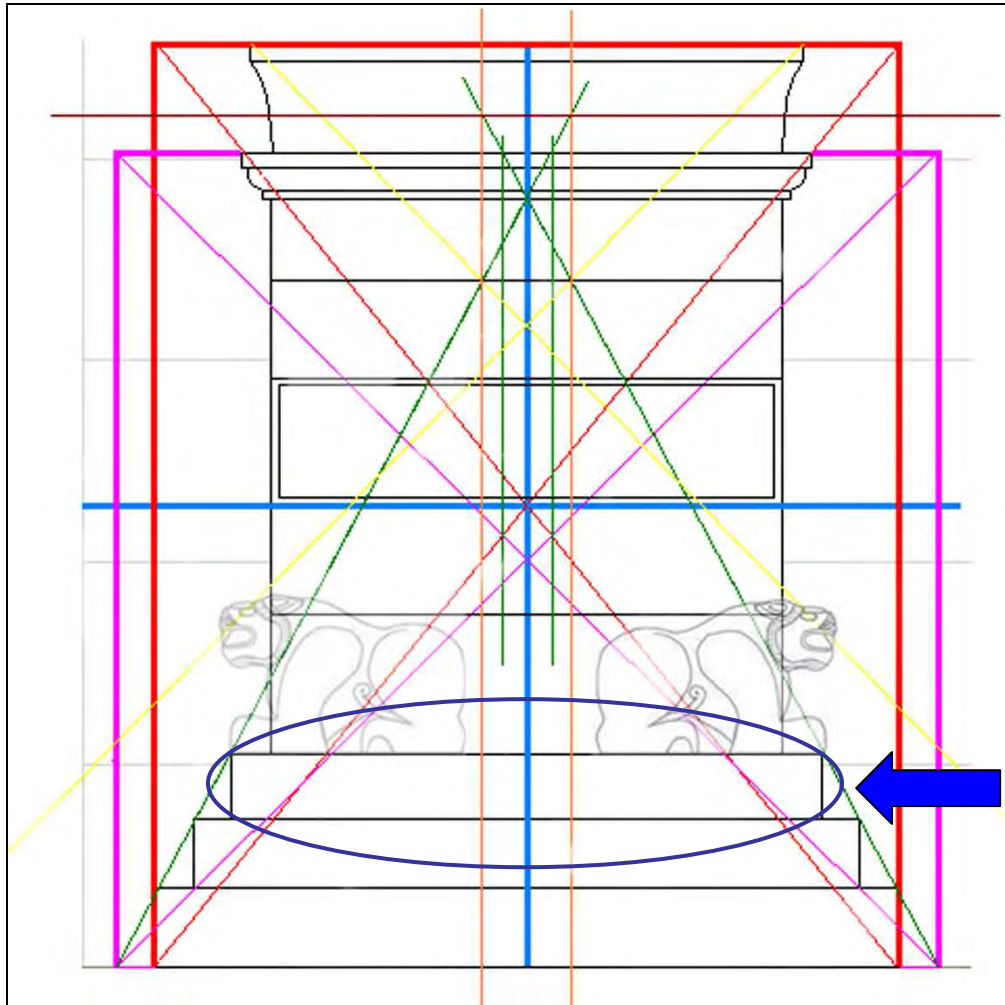


Fig. 34: Propuesta de reconstrucción geométrica de las diez primeras hiladas (según Almagro-Gorbea y Prieto Vilas). Se resalta el tercer escalón.

### IV. EL PRIMER CUERPO DEL EDIFICIO

Uno de los aspectos principales que debe ser mencionado al abordar la reconstrucción del alzado del edificio es el de la anchura de los cuerpos principales de la construcción.

Tal y como ya hemos mencionado, no ha sido posible determinar la relación directa entre el tercer escalón de la base y el cuerpo central del edificio. Sí sabemos con certeza que el cuerpo central del edificio tenía una anchura máxima de  $\pm 200$  cm.

Este hecho obliga a emplear la misma solución arquitectónica empleada en el montaje original de 1980, que es retranquear el cuerpo central del edificio sobre algún tipo de estructura en la que apoye, ya que su anchura total no permite apoyarlo sobre el tercer escalón de la base.

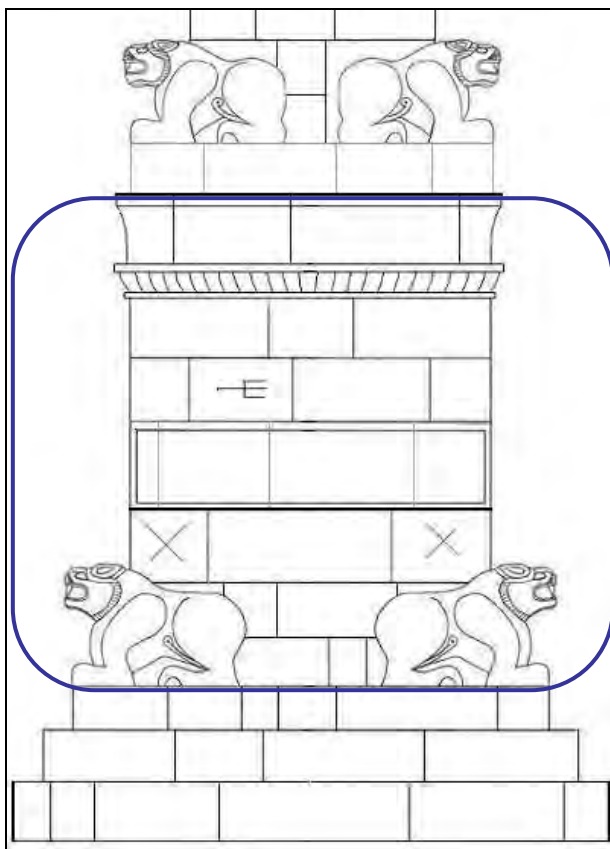


Fig. 35: Primer cuerpo central del edificio

#### D. Cuarta hilada

En esta hilada, primera del cuerpo central, también se produce un cambio importante respecto al montaje de 1980.

La anchura de esta hilada será de  $\pm 200$  m., aunque los prótomos de los sillares zoomorfos sobresaldrán del cuerpo central en la medida que se conserve de ellos.

Frente a los cuatro leones de esquinas emplazados en el montaje de 1980, el sillar zoomorfo con la sigla 1999/76/A/13, de menor tamaño que los restantes, será retirado de esta hilada y emplazado en la hilada 12, como veremos más adelante.

En su lugar debería ser colocada una réplica del mismo tamaño que los otros tres.



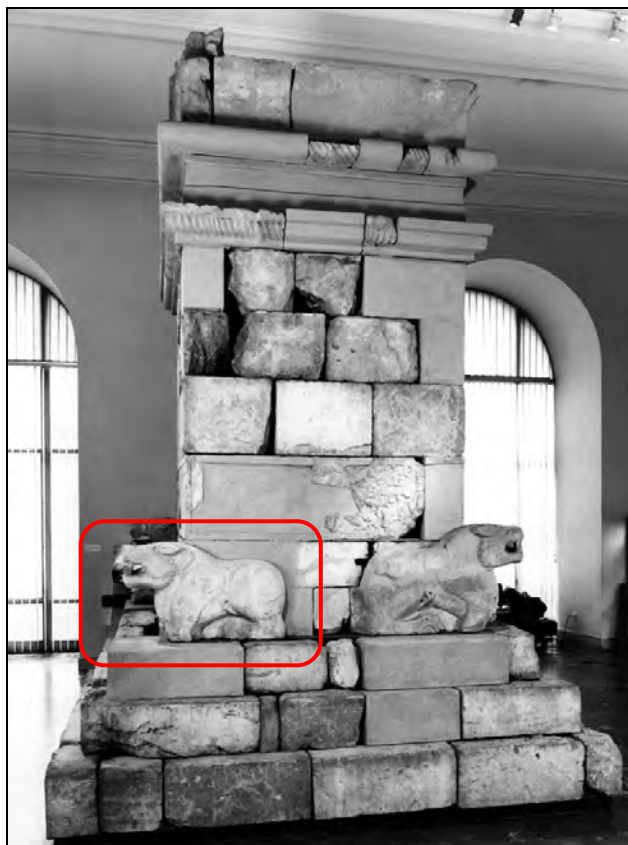


Fig. 36: Sillar zoomorfo 1999/76/A/13

El fragmento escultórico con sigla 1979/104/1973/2216, una garra de león se mantendrá en la ubicación que se le adjudicó en el montaje de 1980, junto al sillar zoomorfo 1999/76/A/14.



Fig. 37: Fragmento 1979/104/1973/2216. Pata de león.

Todos los demás sillares del montaje original de 1980 serán colocados en la misma ubicación que entonces.

## PAUTAS DEL FUTURO MONTAJE DEL MONUMENTO DE POZO MORO\_2010

Listado de los sillares<sup>1</sup>:

- 1999/76/A/16 (sillar zoomorfo de cierre de la esquina derecha del lado Norte)
- 1979/104/1973/2244 (zona central-inferior del lado Norte)
- 1979/104/1973/2245 (sobre el sillar anterior y parcialmente sobre 1999/76/A/16)
- 1979/104/1973/2246 (centro-derecha del lado Este)
- 1979/104/1973/2247 (centro izquierda del lado Este)
- 1999/76/A/14 (sillar zoomorfo de cierre de la esquina derecha del lado Este)
- 1999/76/A/15 (sillar zoomorfo de cierre de la esquina izquierda del lado Sur)

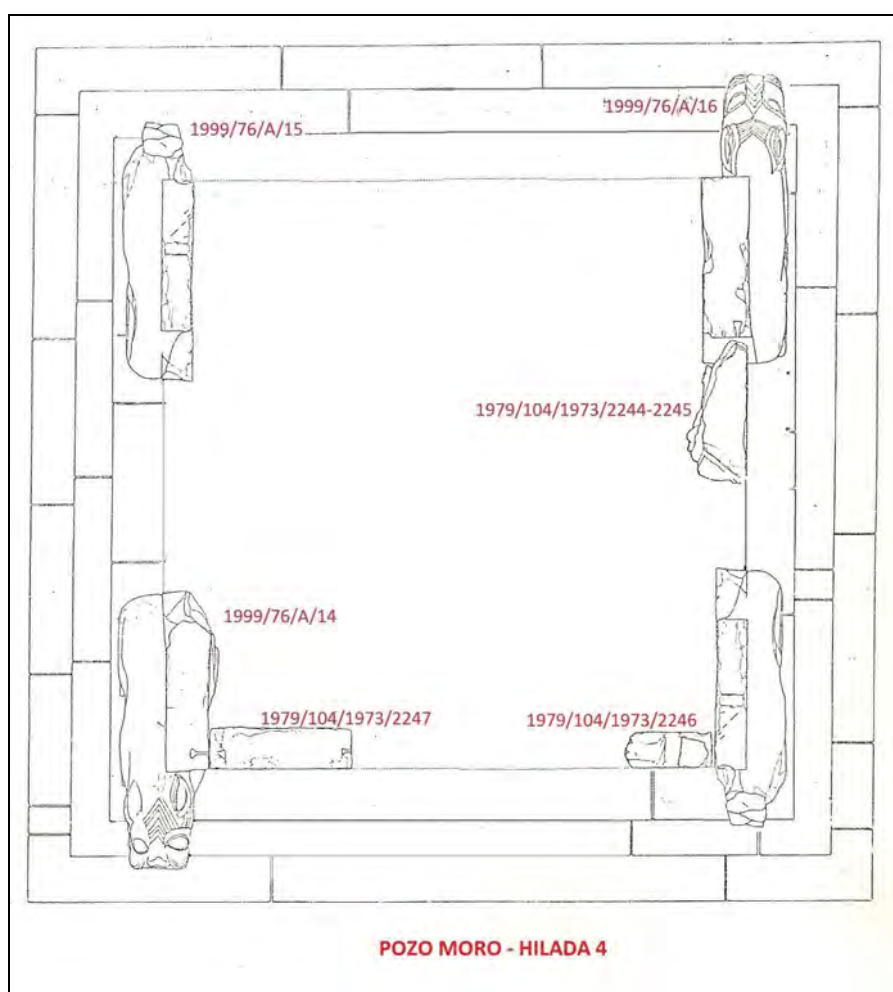


Fig. 38: Hilada 4

### E. Quinta hilada

Nuevamente proponemos un cambio muy importante respecto al montaje original de 1980. Frente a la colocación a esta altura del friso corrido de bajorrelieves,

<sup>1</sup> En la ilustración se incluye el número total de inventario, al tratarse de otro sistema de numeración propio de sillares con trabajo de talla escultórica y/o decorativa.

en el nuevo montaje intercambiaremos su posición con la hilada superior, elevando el friso a la sexta hilada y bajando la sexta hilada del montaje original de 1980 a esta altura.

Junto al argumento de que ese cambio permitiría una mejor observación del friso y le daría una posición más destacada dentro del cuerpo principal nosotros presentamos aquí dos argumentos más que consideramos definitivos.

En primer lugar, las marcas de trazado visibles en la cara superior de los sillares de la sexta hilada de la reconstrucción original se corresponden con las medidas de los sillares del friso de bajorrelieves, lo que indica que éstos se encontraban sobre aquellos.

Del mismo modo, la reconstrucción geométrica teórica del edificio propuesta por Almagro-Gorbea y nosotros mismos, en base a las medidas conocidas, aboga por este cambio en la colocación de las hiladas. En tal reconstrucción se observa cómo el límite superior de la quinta hilada coincidiría exactamente con la bisectriz de las diez primeras hiladas del edificio.

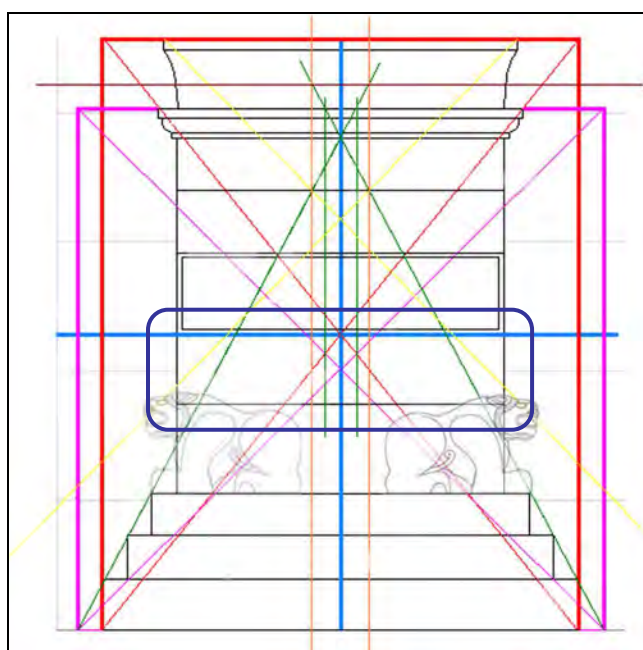


Fig. 39: Propuesta de reconstrucción geométrica de las diez primeras hiladas (según Almagro-Gorbea y Prieto Vilas). Se resalta la hilada 5.

La quinta hilada, por tanto, estaría formada por sillares de 54 cm. de altura y tendría una anchura total de  $\pm 200$  cm.

Esta hilada rompe la tónica de fábrica “a soga y tizón” del edificio, al colocarse sus sillares cerrando los mismos lados que la hilada 4. No obstante, la propia estabilidad y resistencia del edificio aconsejan que se haga así aprovechando la forma alargada de los sillares zoomorfos de la ya mencionada hilada 4.

Listado de sillares:

- 1979/104/1973/2217 (cierre de la esquina derecha del lado Norte)
- 1979/104/1973/2218 (centro del lado Norte)
- 1979/104/1973/2219 (cierre de la esquina izquierda del lado Norte)
- 1979/104/1973/2220 (centro del lado Este)
- 1979/104/1973/2221 (cierre de la esquina derecha del lado Sur)

- 1979/104/1973/2222 (cierre de la esquina izquierda del lado Sur)

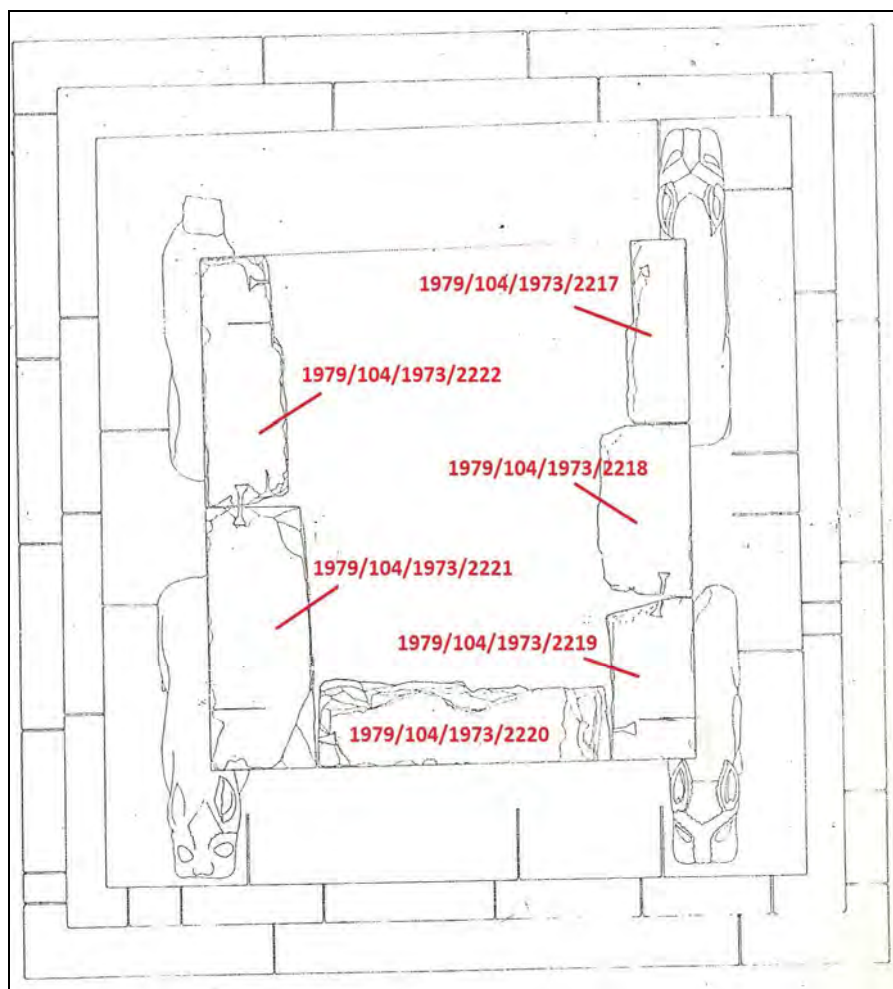


Fig. 40: Hilada 5

### F. Sexta hilada

La sexta hilada estaría formada por sillares de 61 cm. de altura y tendría una anchura total de  $\pm 200$  cm.

En esta hilada se emplazarían los sillares correspondientes al friso corrido de bajorrelieves.

Varios fragmentos deberán variar su posición respecto a la que presentaban en la reconstrucción previa.

Comenzaremos por el lado Oeste del edificio, que, como ya vimos, consideramos el punto de inicio de la secuencia narrativa del friso.

#### Descripción:

Centrándonos en la reconstrucción original:

Encontramos un panel relivario que únicamente contaba con un sillar (1999/76/A/6) formado por varios fragmentos unidos.



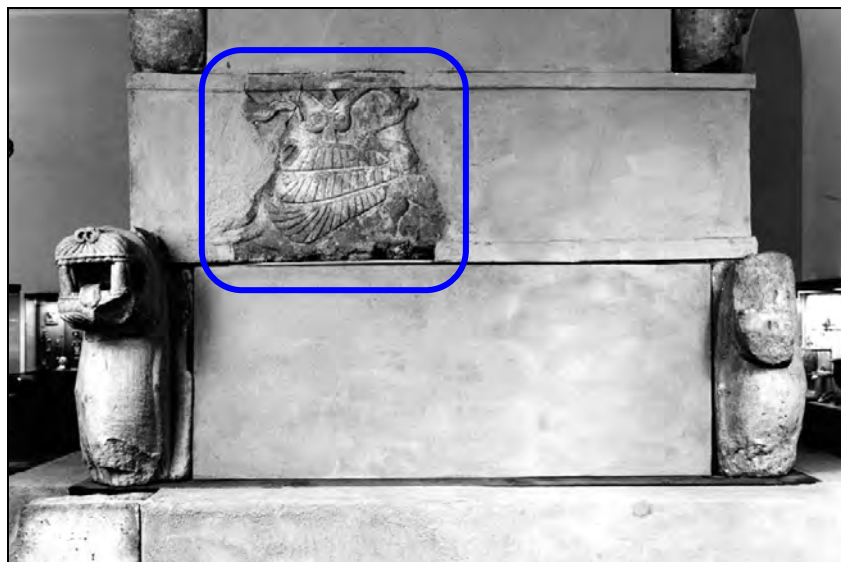


Fig. 41: Lado Oeste del edificio. Montaje original de 1980

Ese sillar 1999/76/A/6 muestra a una figura alada antropomorfa incompleta sentada sobre una silla “de tijeras” o *diphros*, sujetando una flor de loto con su mano derecha. Su pie reposa sobre el tallo de otra gran flor de loto y en el extremo superior izquierdo del sillar se puede ver un pájaro de larga cola mientras que en el extremo inferior izquierdo se conserva parte de un arranque serpentiforme.



Fig. 42: Fragmento 1999/76/A/6

Nueva propuesta:

Aceptamos la propuesta de A. Blanco (1980) de que el fragmento 1999/76/A/2, ubicado en la zona central superior del lado Este del edificio en la reconstrucción original, debería unirse a este fragmento 1999/76/A/6 al presentar algunos elementos semejantes y dotar de mayor sentido a la escena representada.

Por ello, ese fragmento 1999/76/A/2, pasará a ocupar la zona superior central de esta hilada en su lado Oeste.



Fig. 43: Fragmento 1999/76/A/2

Respecto a la disposición postural de la figura resultante no existe consenso absoluto. La más aceptada y que proponemos aquí es la defendida por A. Blanco (1980), en función de la similitud existente entre los elementos vegetales visibles en ambos fragmentos, quien optó por una disposición simétrica para la escena.



Fig. 44: Propuesta de restitución de la escena según A. Blanco (1980)

Esta propuesta ha sido recientemente ilustrada por medio del empleo del tratamiento informático de imágenes fotografiadas:



Fig. 45: Restitución por ordenador del panel relivario. ©Proyecto de Escultura Ibérica U.A.M.

Nos ocuparemos, a continuación, del lado Norte del edificio.

Descripción:



Centrándonos en el montaje original de 1980 observamos que en este lado se colocaron los sillares 1999/76/A/8, en el centro, y 1999/76/6, que actuaba de cierre izquierdo de la cara Norte y de cierre derecho de la cara contigua, la cara Este.

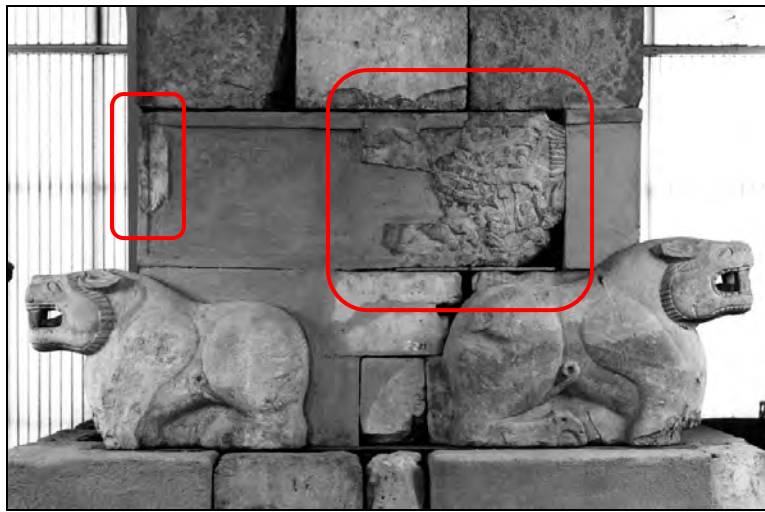


Fig. 46: Fragmentos 1999/76/6 (izada.) y 1999/76/A/8 (drcha.)

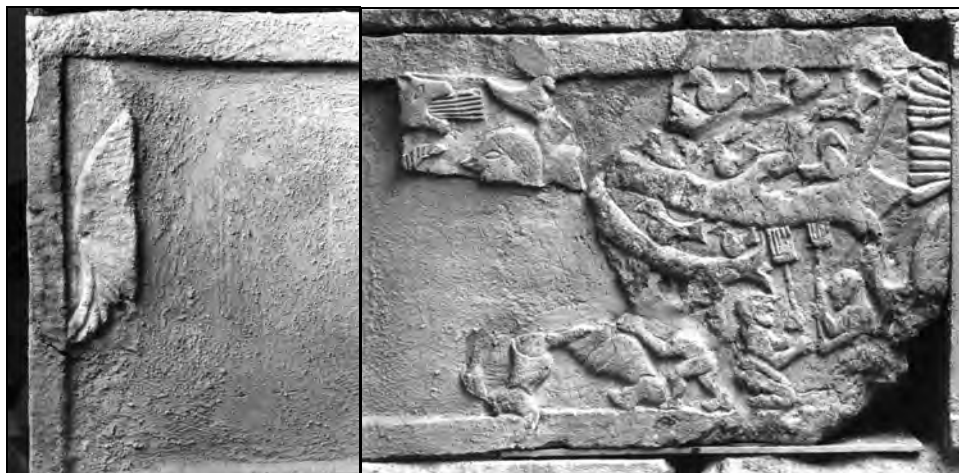


Fig. 47: Fragmentos 1999/76/6 (izada.) y 1999/76/A/8 (drcha.). Detalle

No creemos que haya que realizar ningún cambio en este panel relivario. Proponemos la misma ubicación de los fragmentos que en el montaje original de 1980.

El siguiente lado a analizar sería el lado Este.

### Descripción:

Centrándonos en la reconstrucción original:

Se emplazaron aquí tres sillares con decoración en bajorrelieve.

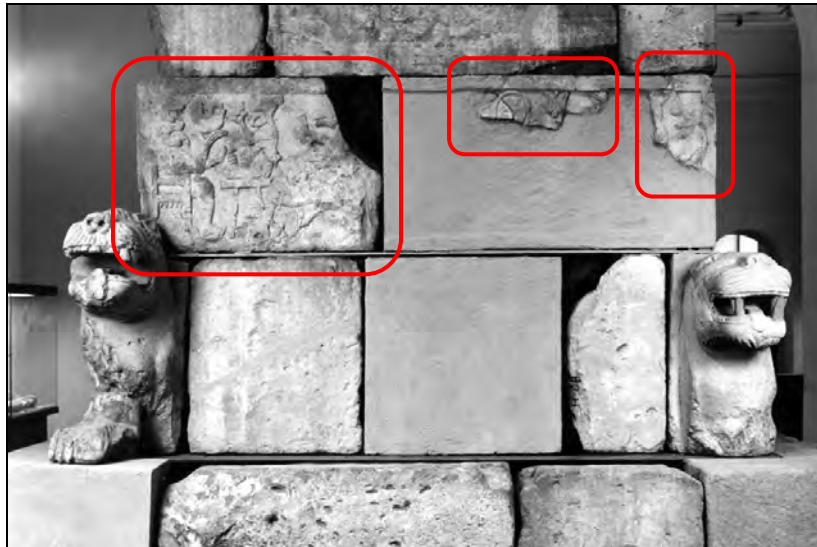


Fig. 48: Lado Este. Panel de bajorrelieves.

En la esquina derecha encontramos un pequeño fragmento con la representación de la parte superior de un ser monstruoso de cabeza animal.



Fig. 49: Cara Este del sillar 1999/76/6

En la parte central se colocó el fragmento 1999/76/A/2, ya comentado al tratar el lado Oeste del edificio y que deberá ser reubicado en el lado Oeste.

Finalmente, la esquina izquierda de esta hilada en este lado Este del edificio estaba ocupada por el sillar 1999/76/A/1, con representación de varios personajes monstruosos de pie frente a una mesa de ofrendas junto a la que se encuentra otro personaje monstruoso, éste sentado en un trono, que parece presidir toda la escena.



Fig. 50: Sillar 1999/76/A/1

Nuevas propuestas:

Nuestra propuesta se relaciona con lo ya mencionado para el panel del lado Oeste. El fragmento 1999/76/A/2 sería retirado de este lado Este del edificio y pasaría al lado Oeste. De este modo, en este lado Este del edificio únicamente quedarían los sillares 1999/76/6, como esquina superior derecha, y 1999/76/A/1, como esquina izquierda de esta hilada.

Esta propuesta cuenta, incluso, con algún ejemplo de restitución informática del resultado final.



Fig. 51: ©Proyecto de Escultura Ibérica U.A.M.

Por último pasaríamos al lado Sur del edificio, en donde también es necesario plantear varios cambios en la disposición de los fragmentos escultóricos allí emplazados en la reconstrucción original.

Descripción:

Centrándonos en la reconstrucción original:

En este lado encontramos tres fragmentos.





Fig. 52: Lado Sur del edificio

En primer lugar encontraríamos la representación de un guerrero en el lateral derecho. Esta figura está tallada en la cara izquierda del sillar 1999/76/A/1. El guerrero, que porta la panoplia propia del infante ligero, se encuentra en actitud ofensiva dirigiéndose hacia la izquierda.

En el centro de esta lado Sur del edificio se colocó un bajorrelieve con representación de una escena sexual; este sillar, el 1999/76/3 se recuperó en las labores previas a la excavación del yacimiento entre las piedras de un majano, por lo cual se desconoce cuál habría sido su emplazamiento original. Por sus características estilísticas y talla se le consideró perteneciente al friso de bajorrelieves y fue tentativamente colocado en esa parte central de este panel meridional.

El último fragmento visible en este lado se colocó en el tercio izquierdo del mismo. Se trata del fragmento 1999/76/2 y ya lo hemos mencionado anteriormente al hablar de la cara Norte del edificio. En este sillar se representaron tres cabezas monstruosas superpuestas que “rugen” o “escupen” fuego.

### Nuevas propuestas:

Lógicamente, el sillar 1999/76/A/1 mantendría su ubicación en el montaje de 1980.

La propuesta más clara es la de intercambiar posiciones entre los fragmentos 1999/76/2 y 1999/76/3.

El fragmento 1999/76/3 lo situaríamos en la esquina izquierda de este lado, ya que muestra en su extremo izquierdo una moldura sogueada vertical que podría estar indicando el punto final del friso de bajorrelieves. Creemos verosímil esta posibilidad ante el hecho de que todas las demás molduras sogueadas presentes en el edificio están marcando un final o un límite.

Así, la moldura que ubicamos en la novena hilada es la primera hilada de remate del primer cuerpo principal del edificio, es su límite.

Por otro lado, el otro tipo de moldura sogueada que está presente en el monumento, y que ubicamos en la decimoctava hilada, es la que marca el final del segundo cuerpo central del edificio, su límite.

Como otros argumentos a favor podríamos señalar que dentro de la escultura fenicia, y próximo oriental antigua en general, la representación de sogueados se emplea para enmarcar escenas, para señalar sus límites.



Fig. 53: Sarcófago de Ahiram de Byblos (Ġubayl, Líbano). Sogueado como límite superior de las escenas

Por último, la propia simbología de la escena representada, que ha sido interpretada como una hierogamia, la unión sexual del héroe con la Diosa, sería un claro y evidente punto final de la narración del friso. La recompensa máxima para el héroe.

Respecto al fragmento 1999/76/2, recientemente López Pardo ha propuesto que haya que relacionarlo directamente con la figura de guerrero presente en la esquina derecha de este lado del edificio.

Este guerrero estaría dando muerte al monstruo de múltiples cabezas, y este fragmento debería ser colocado con las cabezas “rugientes” mirando hacia abajo, ya que es una representación común en la iconografía próximo oriental antigua para indicar la muerte del monstruo.

Así mismo, López Pardo apoya su argumentación en que frente a esas cabezas parece adivinarse el listel rectangular que señalaría el límite inferior del panel.



Fig. 54: Propuesta de colocación de los fragmentos relivados del lado Sur del monumento

Listado de sillares:

- 1999/76/A/2 (centro superior del lado Oeste)
- 1999/76/A/6 (centro-izquierda del lado Oeste)
- 1999/76/A/8 (centro-derecha del lado Norte)
- 1999/76/6 (cierre de la esquina izquierda del lado Norte)
- 1999/76/A/1 (cierre de la esquina izquierda del lado Este)
- 1999/76/2 (centro-derecha del lado Sur)
- 1999/76/3 (izquierda del lado Sur)

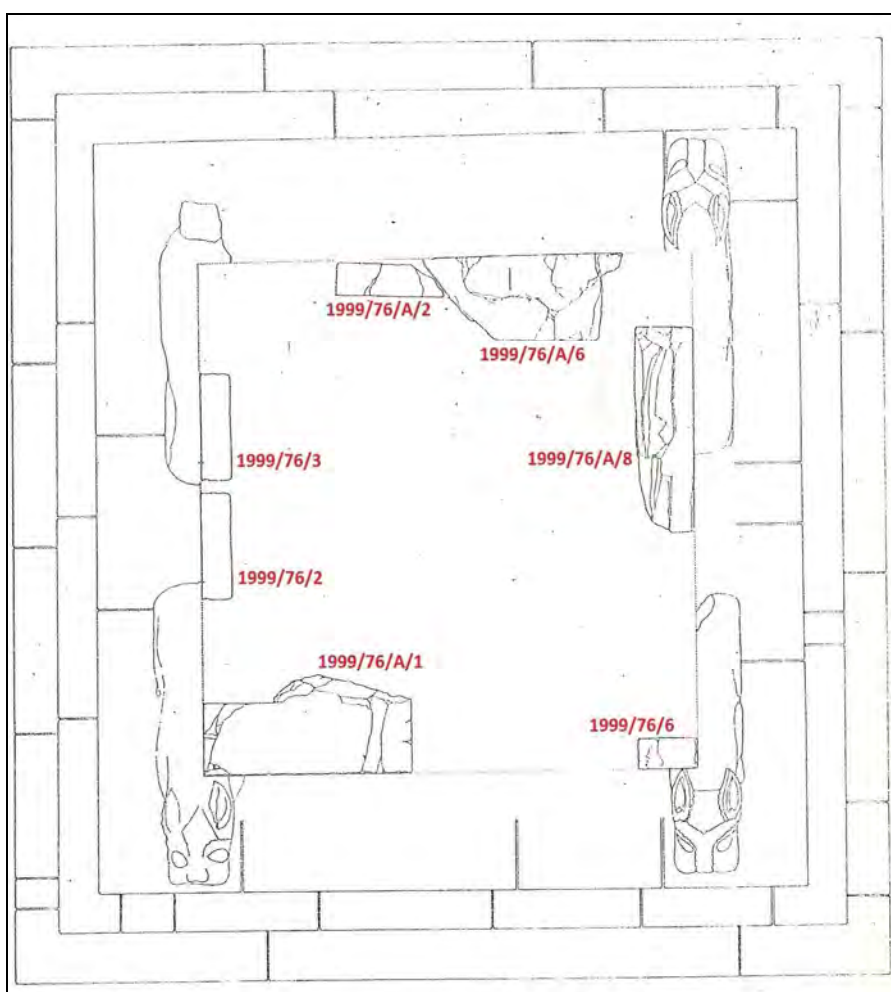


Fig. 55: Hilada 6

### G. Séptima hilada

La séptima hilada estaría formada por sillares de 48 cm. de altura y tendría una anchura total de  $\pm 200$  cm. Se trata de la misma hilada que en el montaje original de 1980 pero la ubicación de sus sillares debería ser rotada 90° para respetar la norma de fábrica “a sogá y tizón”.

Listado de sillares:



- 1979/104/1973/2223 (centro del lado Oeste)
- 1979/104/1973/2224 (centro-derecha del lado Norte)
- 1979/104/1973/2225 (centro-izquierda del lado Norte)
- 1979/104/1973/2226 (cierre de la esquina derecha del lado Este)
- 1979/104/1973/2227 (centro del lado Este)
- 1979/104/1973/2228 (cierre de la esquina izquierda del lado Este)
- 1979/104/1973/2229 (centro-izquierda del lado Sur)

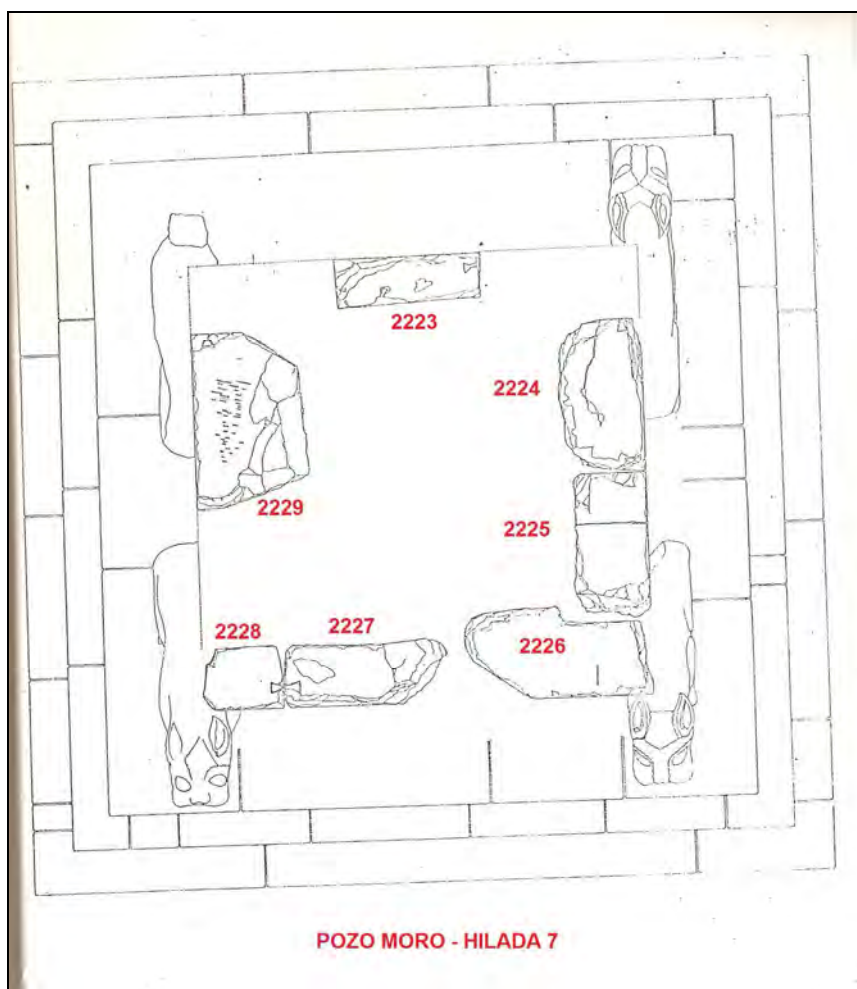


Fig. 56: Hilada 7

### H. Octava hilada

La octava hilada estaría formada por sillares de 44 cm. de altura y tendría una anchura total de  $\pm 200$  cm. Se trata de la misma hilada que en el montaje original de 1980 y con la misma ubicación de sus sillares.

Listado de sillares:

- 1979/104/1973/2230 (centro del lado Oeste)
- 1979/104/1973/2231 (centro del lado Norte)
- 1979/104/1973/2232 (centro-izquierda del lado Norte)

## PAUTAS DEL FUTURO MONTAJE DEL MONUMENTO DE POZO MORO\_2010

- 1999/76/A/3 (centro del lado Este)
- 1979/104/1973/2227 (centro-derecha del lado Sur)
- 1979/104/1973/2228 (centro-izquierda del lado Sur)

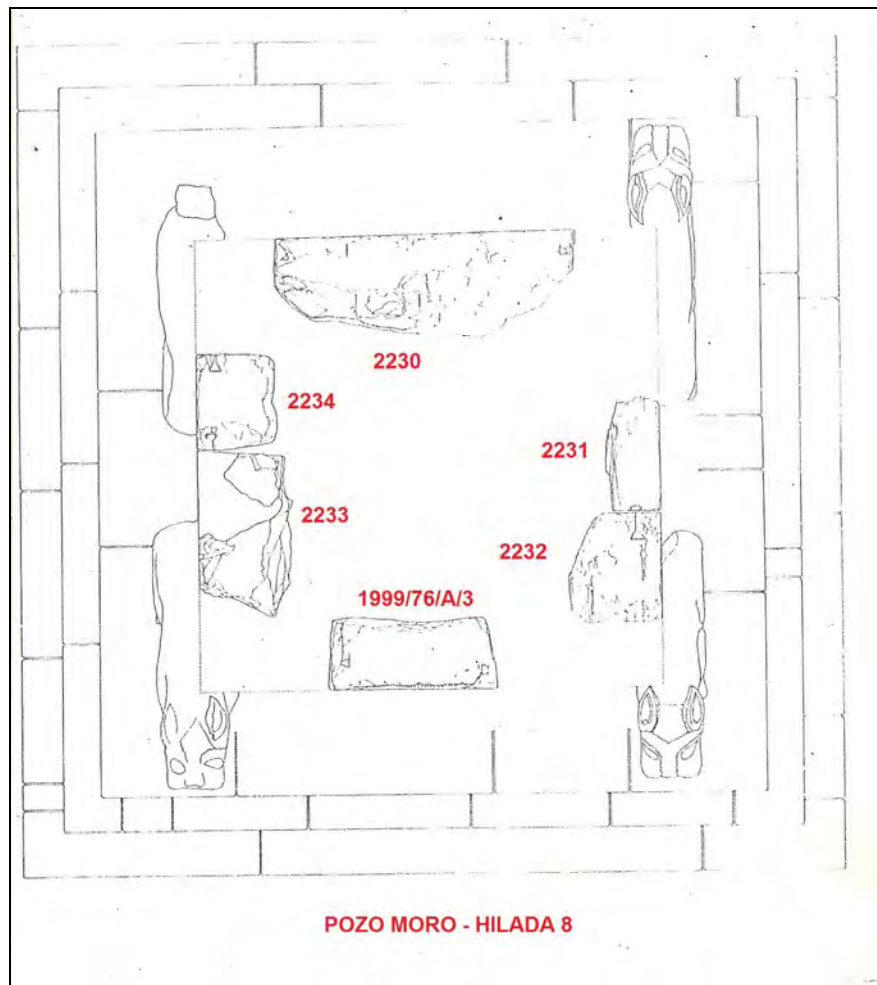


Fig. 57: Hilada 8

### I. Novena hilada

La novena hilada estaría formada por sillares moldurados de 23 cm. de altura y tendría una anchura total de  $\pm 230$  cm. Se trata de la misma hilada que en el montaje original de 1980. Su forma es la de un cuarto aproximado de bocel o “toro” sogueado entre dos filetes o listeles.

Listado de sillares:

- 1999/76/A/9 (centro-derecha del lado Norte)
- 1999/76/A/10 (cierre de la esquina izquierda del lado Norte)
- 1999/76/A/4 (cierre de la esquina derecha del lado Este)

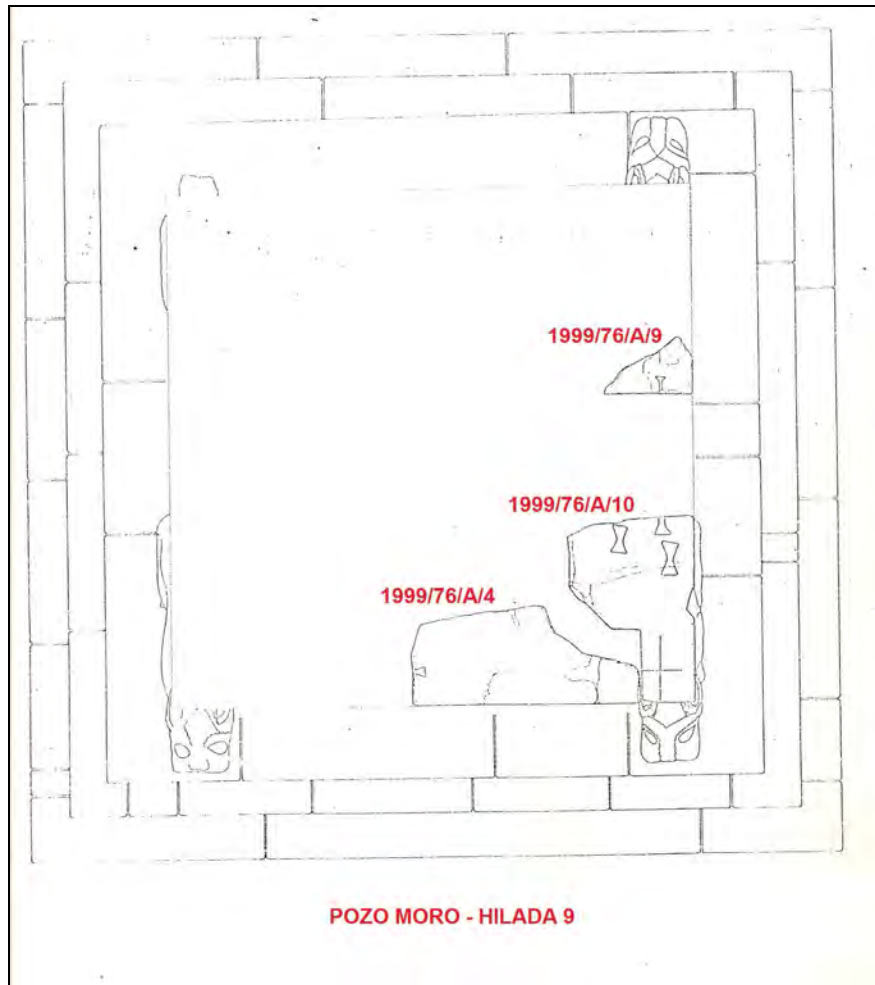


Fig. 58: Hilada 9

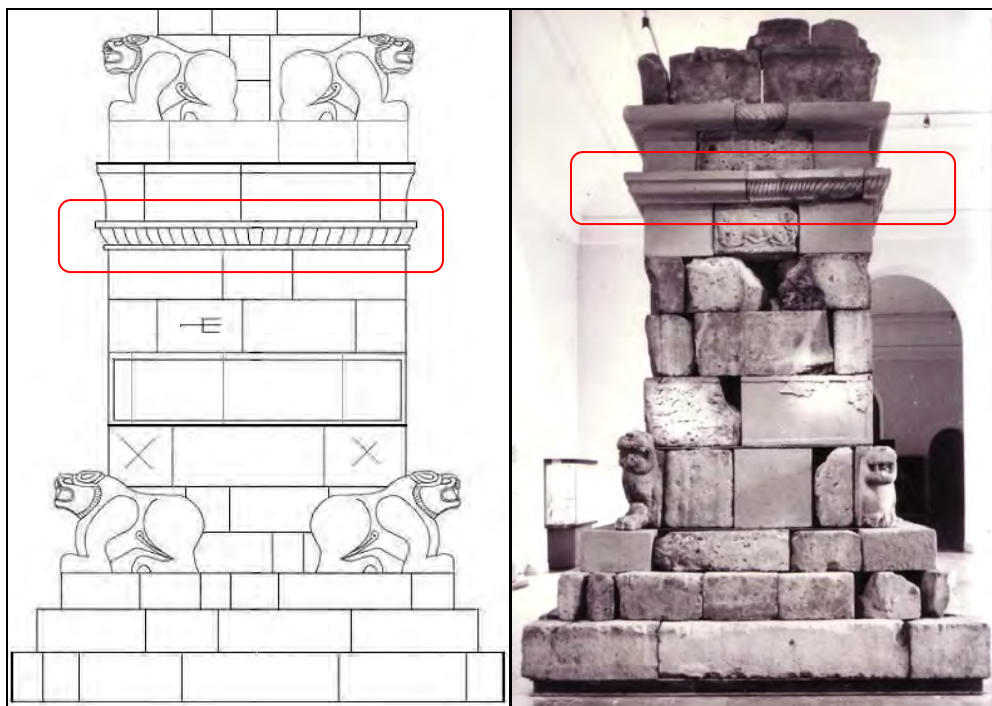


Fig. 59: Novena hilada. Nuestra propuesta (izada.); montaje original de 1980 (drcha.)

### J. Décima hilada

Esta décima hilada sería la de coronación del primer cuerpo del edificio. Estaría formada por una cornisa de caveto egiptizante. Los sillares tendrían una altura de  $\pm 52/53$  cm. y, de ellos, 8 pertenecerían al cimacio. La anchura total de esta hilada sería de  $\pm 222$  cm. Se trata de la misma hilada que en el montaje original de 1980 y con la misma ubicación de sus sillares.

De todos los sillares con forma de cornisa de caveto recuperados en los trabajos de excavación, únicamente uno es diferente a los demás, presentando un caveto distinto y una mayor altura de cimacio.

Por ello es posible afirmar que el edificio contaría con dos cornisas de caveto egiptizantes distintas y lo más lógico es que la cornisa con mayor altura de cimacio estuviese en una hilada algo superior. Esto sería así por el hecho de que, al dar mayor altura al cimacio, se logra que visualmente no pierda relevancia para el espectador que se encuentra junto a la base del edificio o a corta distancia de él.

#### Nueva propuesta:

De este modo, el sillar 1979/104/1973/2241, incluido en la esquina derecha del lado Sur en esta altura, por sus características formales, será retirado de esta hilada y pasará a formar parte, como veremos más adelante, de la hilada 18.



Fig. 60: Sillar 1979/104/1973/2241

El resto de los sillares mantendrán la ubicación del montaje de 1980.

## PAUTAS DEL FUTURO MONTAJE DEL MONUMENTO DE POZO MORO\_2010

Listado de sillares:

- 1979/104/1973/2248 (cierre de la esquina derecha del lado Norte)
- 1979/104/1973/2237 (centro del lado Norte)
- 1979/104/1973/2238 (centro-izquierda del lado Norte)
- 1979/104/1973/2239 (cierre de la esquina derecha del lado Este)
- 1979/104/1973/2240 (centro-izquierda del lado Este)

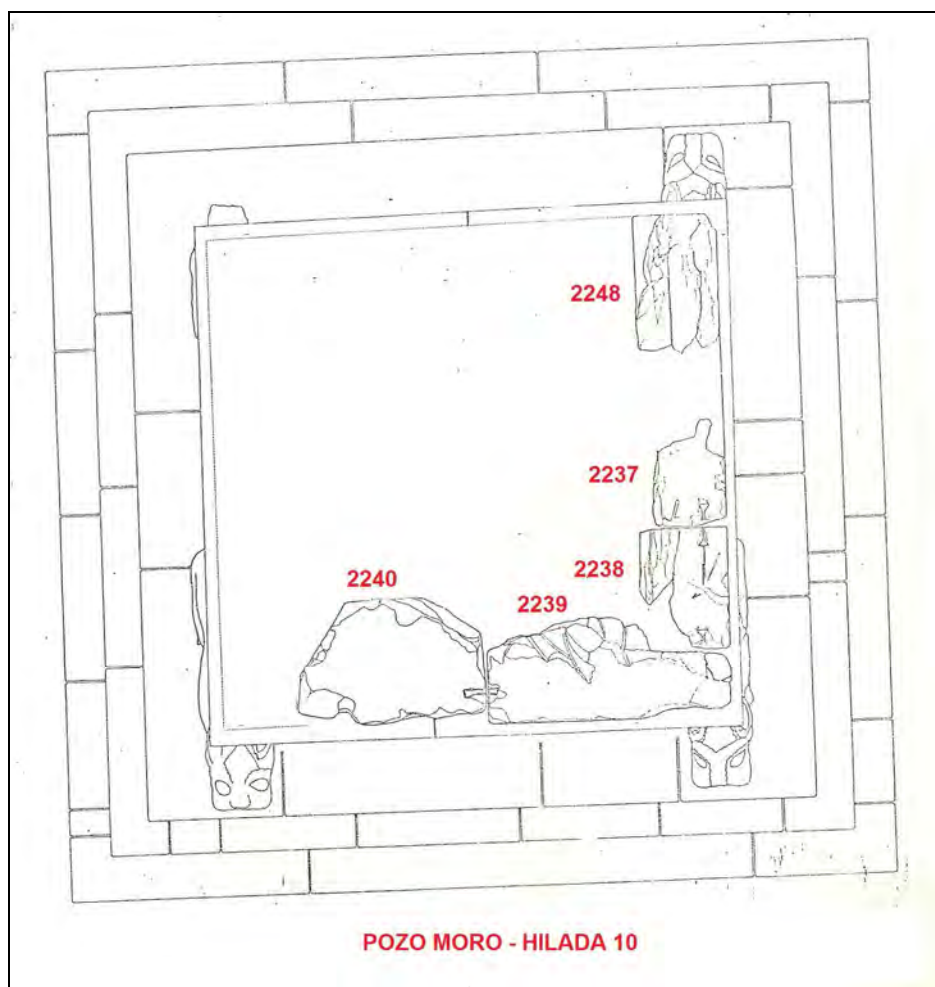


Fig. 61: Hilada 10

### V. EL SEGUNDO CUERPO DEL EDIFICIO

#### -Características y justificación

A partir de la décima hilada no tenemos más remedio que recurrir a hipótesis reconstructivas del alzado del edificio basadas tanto en paralelos arquitectónicos conocidos como en deducciones propias partiendo de la lógica constructiva de las primeras hiladas del edificio y de elementos visibles en los fragmentos conservados.

Debemos señalar, por tanto, que la propuesta reconstructiva que sigue a continuación tiene un altísimo grado de incertidumbre, pese a lo cual, estará plenamente apoyada y justificada con argumentos razonados para ser sometida a debate.

La existencia de un segundo cuerpo se apoya en la existencia de gran número de fragmentos arquitectónicos y escultóricos que difícilmente pueden ser incluidos en el cuerpo inferior. Entre ellos podemos señalar, en primer lugar, la presencia de varios y variados elementos moldurados que comúnmente son empleados en arquitectura asociados a la coronación de las construcciones.

Dos elementos similares ya han sido mencionados al analizar la novena y décima hiladas. Existen otros tres más que, claramente, nos indicarían la existencia de una segunda coronación: un toro o bocel sogueado decorado con manos en su cara inferior en la zona central de cada lado del edificio y otra cornisa de caveto egiptizante diferente a la de la décima hilada, a la que se asocian otros fragmentos moldurados escalonados de remate del edificio.

Iremos analizando todos estos elementos en la correspondiente propuesta de alzado o hilada donde podrían emplazarse.

Por otro lado, aparte de las noticias orales que hacen referencia al hallazgo de “dos leones de piedra”, cuyo paradero actual es desconocido, en el yacimiento de Pozo Moro (Almagro-Gorbea 1996: 37), junto a la reconstrucción original del edificio se exponía un sillar zoomorfo de esquina similar en elementos formales y medidas a los leones del cuerpo inferior (1999/76/4).

Este sillar de esquina, de estilo y talla similar a los demás, pertenecería a ese segundo cuerpo superior del edificio.

Sin embargo, a pesar de tener su parte delantera fragmentada llamaba la atención su diferencia de tamaño y altura, mensurable en su parte trasera, con respecto a tres de aquellos. El sillar de esquina tiene una altura exactamente igual a los sillares de esquina de la cuarta hilada, 68 cm., pero las representaciones de leones son de menor alzado.

Realizadas las mediciones oportunas de este fragmento, observamos que su tamaño y altura sí coincidían con las del león emplazado en la esquina nororiental del edificio. Sin entrar en profundidad en el tema, nosotros pensamos que este último león mencionado fue reaprovechado y colocado junto a esa esquina probablemente en el s. IV a.C., pero en realidad pertenecería al cuerpo superior del edificio, en coincidencia con el sillar de esquina con el que comparte medidas.

#### Montaje original de 1980:

En la reconstrucción original, el segundo cuerpo quedó apuntado por la restitución de las hiladas 10 a 13.

La hilada 10 de esa reconstrucción original estaba formada por un único sillar, 1999/104/1973/2236, que nosotros tratamos a continuación al analizar la decimosexta hilada de nuestra propuesta. Esta hilada tenía la misma anchura que el cuerpo inferior, es decir,  $\pm 200$  cm.



La hilada 11 la constituía una moldura sogueada, que nosotros analizaremos al tratar la decimoséptima hilada de nuestra propuesta

La hilada 12 estaba formada por una cornisa de caveto que englobaba fragmentos de dos cornisas de caveto de medidas y tipología distintas. Una de ellas ya ha sido mencionada al analizar la décima hilada de nuestra propuesta y la otra la comentaremos al tratar la decimoctava hilada de nuestra propuesta.

Por último, la hilada 13 la formaban dos sillares escalonados, que nosotros analizaremos al proponer la decimonovena y vigésima hiladas de nuestra reconstrucción.

### Propuesta reconstructiva 2010

#### K. Decimoprimera hilada

Hemos considerado necesario colocar una hilada por encima de la primera cornisa de caveto y por debajo de los sillares zoomorfos de esquina de este segundo cuerpo por un aspecto visual y práctico.

Esta hilada sería de sillares lisos y con una altura de  $\pm 32$  cm., similar a la del tercer escalón de la base del edificio, para mantener las normas metrológicas.

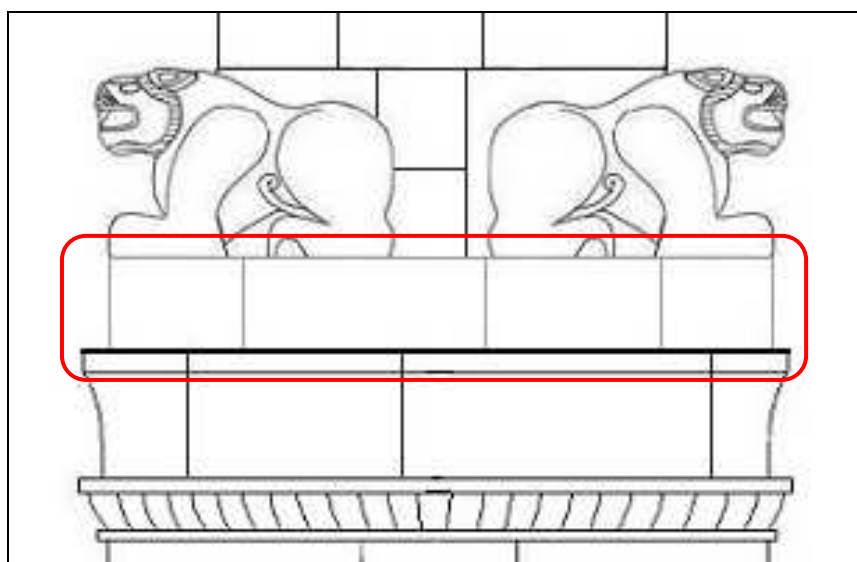


Fig. 62: Propuesta del año 2010 de arranque del segundo cuerpo.

Si se emplazasen directamente los sillares zoomorfos sobre la primera cornisa, el espectador que se encontrase próximo al edificio perdería visibilidad de las figuras de leones, con lo cual, el efecto apotropaico de los mismos y algunos de sus detalles quedarían anulados en buena medida.

Por ello, y al igual que ocurre en la base del edificio donde la escalinata actúa de podio de los sillares zoomorfos, creemos que debería existir una hilada de arranque del segundo cuerpo que ayudase visualmente al programa iconográfico y simbólico del edificio; que facilitase la visión de los leones del segundo cuerpo.

En todo el edificio vemos soluciones ingeniosas para dotar de visibilidad a todos los elementos arquitectónicos y escultóricos.

La anchura de esta decimoprimera hilada sería la misma que las hiladas centrales del cuerpo inferior,  $\pm 200$  cm.

## PAUTAS DEL FUTURO MONTAJE DEL MONUMENTO DE POZO MORO\_2010

Aquí se crea un problema a la hora de respetar la norma de fábrica “a sogá y tizón” que manteníamos desde la hilada 5 a la hilada 10.

En el caso de que esta hilada cerrase sus lados en sentido Este-Oeste, que es lo que le correspondería siguiendo esa norma, nos encontraríamos con que la hilada situada sobre ella, con figuras zoomorfas en sus esquinas, debería cerrar en sentido Norte-Sur, algo que no podemos afirmar con certeza y, de hecho, creemos que esas figuras escultóricas habrían estado orientadas de la misma manera que las del cuerpo inferior del edificio.

Esta es una cuestión que aún debe ser analizada más profundamente.

### L. Decimosegunda hilada

En esta hilada se encontrarían unos sillares zoomorfos de esquina con representación de leones tumbados. Son similares a los del primer cuerpo pero los leones son de menor tamaño. Conservamos dos de ellos, por lo que sería conveniente realizar réplicas para colocarlas en las otras dos esquinas.



Fig. 63: Los dos sillares zoomorfos de la decimosegunda hilada

La altura de esta hilada es de 68 cm., exactamente igual que la hilada 4 del cuerpo inferior, cuyas esquinas son también unas figuras zoomorfas similares a las que aquí comentamos, aunque de mayor tamaño.

La anchura de esta hilada proponemos que fuese de  $\pm 162$  cm., suponiéndole un retranqueo con respecto a la hilada inferior similar al retranqueo existente en los escalones de la base del edificio.

Con esa anchura cabrían perfectamente las figuras de leones, cuyas patas en ningún caso podrían sobrepasar el límite exterior de la cara superior de la hilada inferior.

Listado de sillares:

- 1999/76/A/13 (cierre de la esquina izquierda del lado Norte)
- 1999/76/4 (cierre de la esquina derecha del lado Norte)

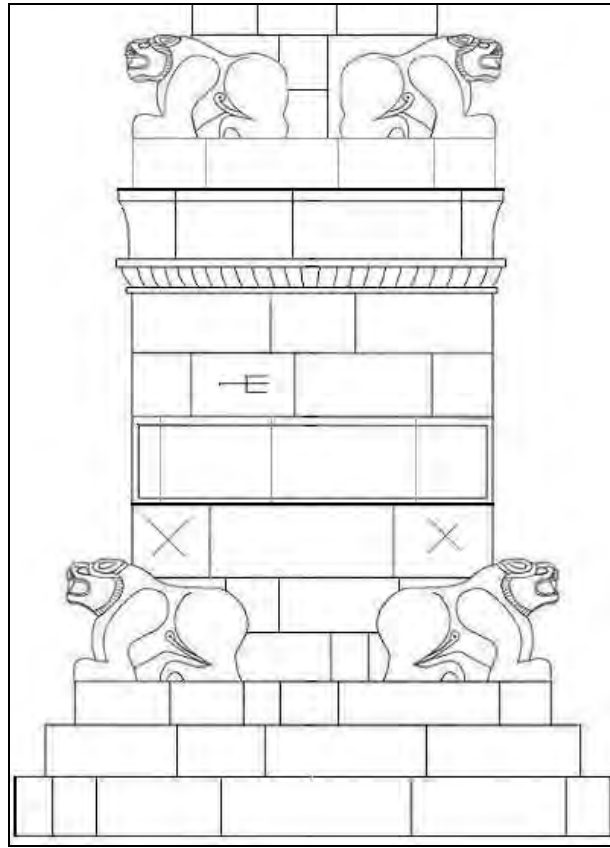


Fig. 64: Idealización de las dos hiladas con leones de esquina

#### M. Decimotercera hilada

Por el conocimiento que tenemos de la existencia de varios paneles relivarios con escenas decoradas con altorrelieves que podemos considerar que pertenecerían a este segundo cuerpo superior del edificio, en este decimotercera hilada optamos por situar unos sillares lisos de transición entre las esculturas zoomorfas y los altorrelieves del mismo modo que lo observado en el cuerpo inferior del edificio entre las esculturas zoomorfas y el friso de bajoalrelieves.

La altura de esta hilada es difícil de determinar, aunque una vez estudiados con detenimiento los sillares o fragmentos conservados entre los materiales de los fondos podríamos avanzar alguna propuesta.

Por el momento, y para continuar con la metrología que conocemos, proponemos que esta hilada tuviese una altura de  $\pm 54$  cm., de manera similar a lo que conocemos para el cuerpo inferior del edificio.

La anchura de esta hilada sería la misma que la de la hilada inferior,  $\pm 162$  cm., y esa anchura será la misma hasta la hilada 16, inclusive.

#### N. Decimocuarta hilada

En esta hilada se emplazarían las escenas en altorrelieve mencionadas con anterioridad. Por sus características podemos considerar que respondían a paneles que no ocuparían todo el ancho de cada lado, sino que podrían tener una disposición central en ellos.

## PAUTAS DEL FUTURO MONTAJE DEL MONUMENTO DE POZO MORO\_2010

Se han conservado únicamente dos sillares con altorrelieves. Principalmente uno de ellos nos indicaría la necesidad de que alguno de estos paneles ocupase dos alturas o hiladas (1999/76/1), lo que también podría ser argumento a favor de que dichos paneles ocupasen una posición central en los lados del edificio en lugar de ocupar todo su ancho.

La altura de esta hilada sería de aproximadamente  $\pm 44$  cm., tal y como se puede medir a partir de la forma arquitectónica del sillar 1999/76/1, de la que sobresale por su parte superior el altorrelieve.

Esta medida sigue respetando la metrología y modulación de la construcción.



Fig. 65: Altorrelieves pertenecientes al 2º cuerpo del edificio (1999/76/1 y 1979/104/1973/2015)

No obstante, dada la inseguridad de su ubicación, proponemos situar en esta hilada únicamente el sillar 1979/104/1973/2015, probablemente en posición central de alguno de sus lados.

El sillar 1999/76/1 podría colocarse en la zona de exposición emplazada junto al edificio, a la altura de los visitantes que se aproximasen a él, de manera similar a como se hizo con ocasión del montaje original de 1980.

Listado de sillares:

- 1979/104/1973/2015 (centro de alguno de los lados)
- 1999/76/1 (zona de exposición aledaña al edificio)

### Ñ. Decimoquinta hilada

Como mencionamos previamente, el sillar decorado en altorrelieve 1999/76/1 nos indica que su lado derecho debería completarse con otra hilada de sillares en otra altura superior en donde se representase la figura humana que empuña la espada.

Por sus características podemos considerar que respondían a paneles que no ocuparían todo el ancho de cada lado, sino que podrían tener una disposición central en ellos.

No obstante, resulta muy arriesgado incluir en el edificio el sillar 1999/76/1 sin saber con certeza cuál podría haber sido su ubicación dentro de su hilada. Proponemos, por ello, situarlo en la zona de exposición circundante del edificio para que los visitantes puedan observar con detenimiento los detalles escultóricos.

## PAUTAS DEL FUTURO MONTAJE DEL MONUMENTO DE POZO MORO\_2010

En esta decimoquinta hilada, por tanto, se podrían emplazar unos sillares lisos que sirviesen de transición entre las hiladas decimocuarta y decimosexta, ambas con trabajos de talla.

La altura de esta hilada es difícil de determinar, aunque una vez estudiados con detenimiento los sillares o fragmentos conservados entre los materiales de los fondos podríamos avanzar alguna propuesta. Podríamos proponer una altura de  $\pm 44$  cm. para mantener la metrología y modulación presentes en el edificio y seguir la tónica presente en el cuerpo inferior del mismo.

### O. Decimosexta hilada

En esta hilada hemos optado por emplazar un sillar (1999/104/1973/2236) que presenta un entrante rectangular horizontal en su cara frontal, dejando un ancho filete en su zona inferior y otro más estrecho en la superior.

Este sillar fue emplazado en el montaje original de 1980 en la hilada nº 10, concretamente en la zona central del lado Este, entre las molduras sogueadas de las hiladas 9 y 11.

La altura de esta hilada será de  $\pm 40$  cm.



Fig. 66: Sillar 1979/104/1973/2236 en el montaje original de 1980



Fig. 67: Sillar 1979/104/1973/2236

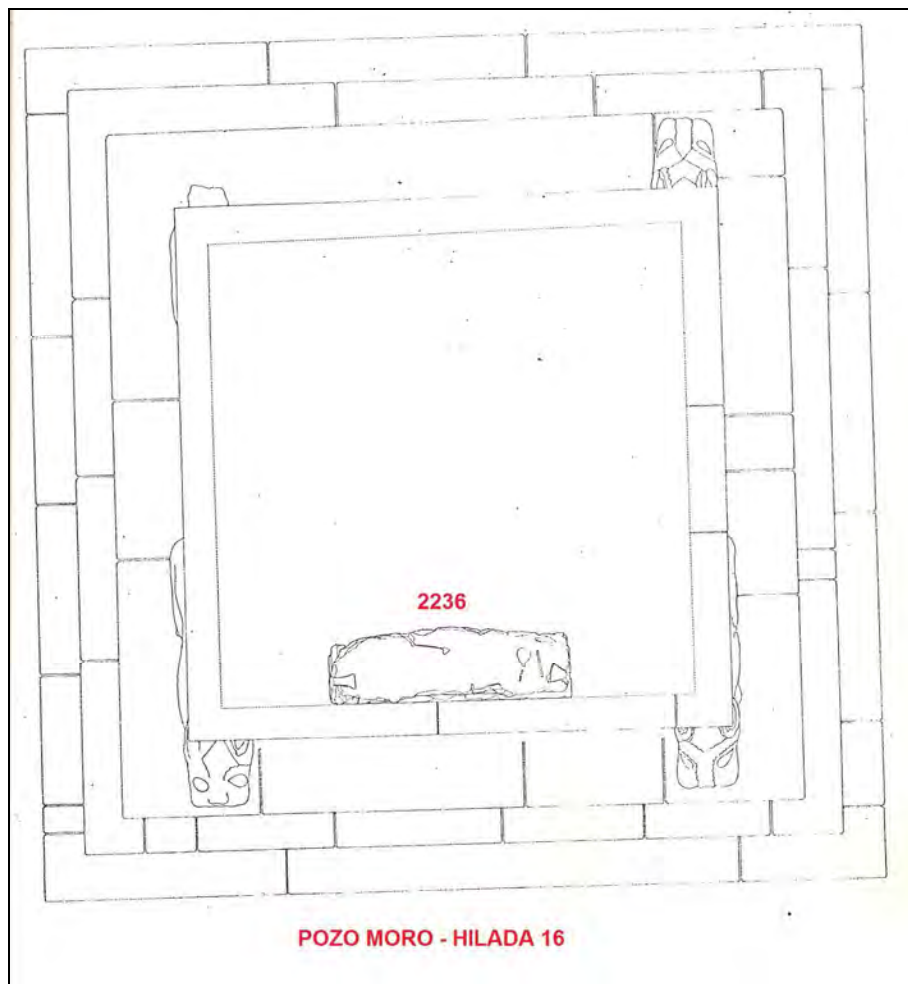


Fig. 68: Hilada 16

Listado de sillares:

- 1979/104/1973/2236 (centro de alguno de los lados)



### P. Decimoséptima hilada

Optamos por colocar aquí una moldura con forma aproximada de cuarto bocel con decoración sogueada que muestra representaciones de mano con la palma vuelta hacia abajo en la parte central de cada lado.



Fig. 69: Moldura sogueada con representación de mano



Fig. 70: Moldura sogueada con representación de mano. Vista frontal

La altura de esta hilada es de  $\pm 15$  cm. y su anchura total es de  $\pm 191$  cm. a causa del vuelo del baquetón.

Listado de sillares:

## PAUTAS DEL FUTURO MONTAJE DEL MONUMENTO DE POZO MORO\_2010

- 1999/76/A/7 (centro del lado Oeste)
- 1979/104/1973/2235 (derecha del lado Norte)
- 1999/76/A/11 (centro-derecha del lado Norte)
- 1999/76/A/12 (centro del lado Norte)
- 1999/76/A/5 (centro del lado Este)

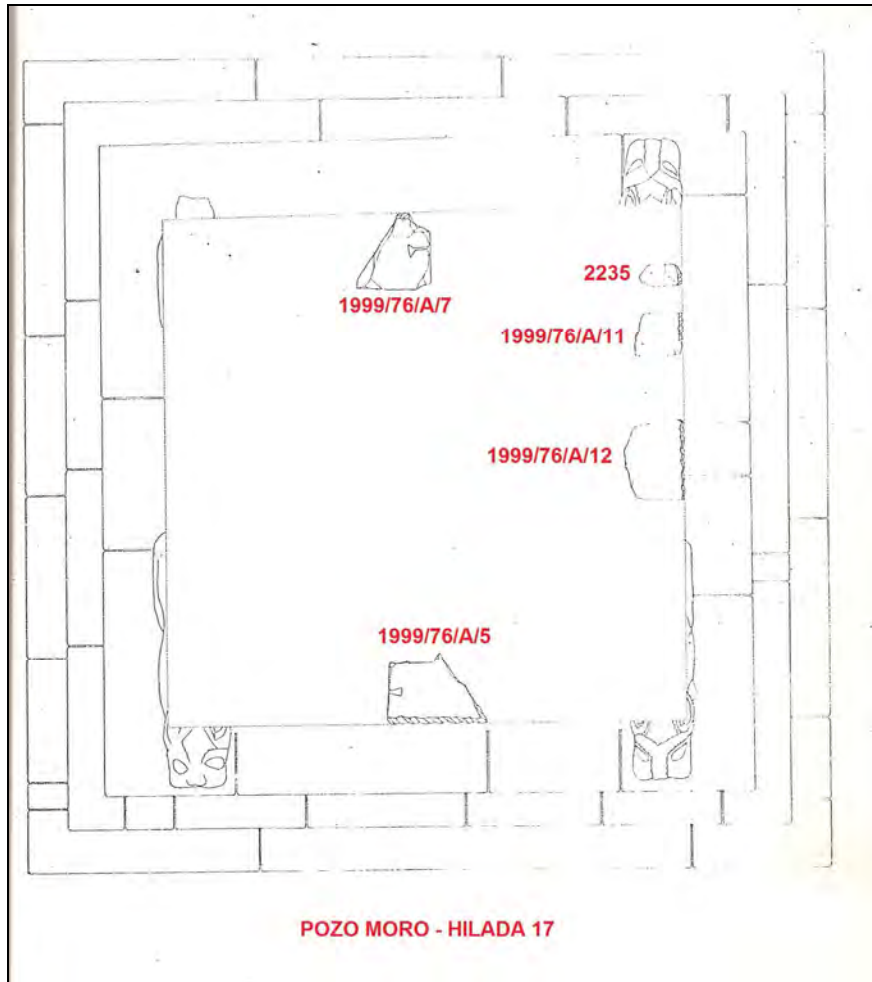


Fig. 71: Hilada 17

### Q. Decimoctava hilada

En esta hilada colocaríamos unos sillares de cornisa de caveto similares a los de la décima hilada pero con cimacio y caveto de distintas medidas. La altura total de esta hilada sería de  $\pm 53$  cm. El cimacio tendría una altura de 11 cm., frente al cimacio de 8 cm. de las cornisas de caveto de la décima hilada.

La anchura total de esta hilada sería de  $\pm 184$  cm.

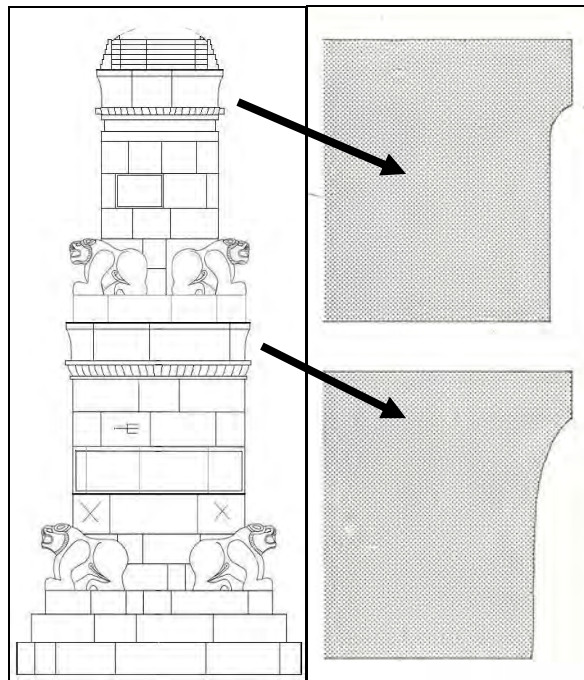


Fig. 72: Los dos tipos de cornisa de caveto del edificio

Listado de sillares:

- 1979/104/1973/2241 (cierre de la esquina derecha del lado Sur)

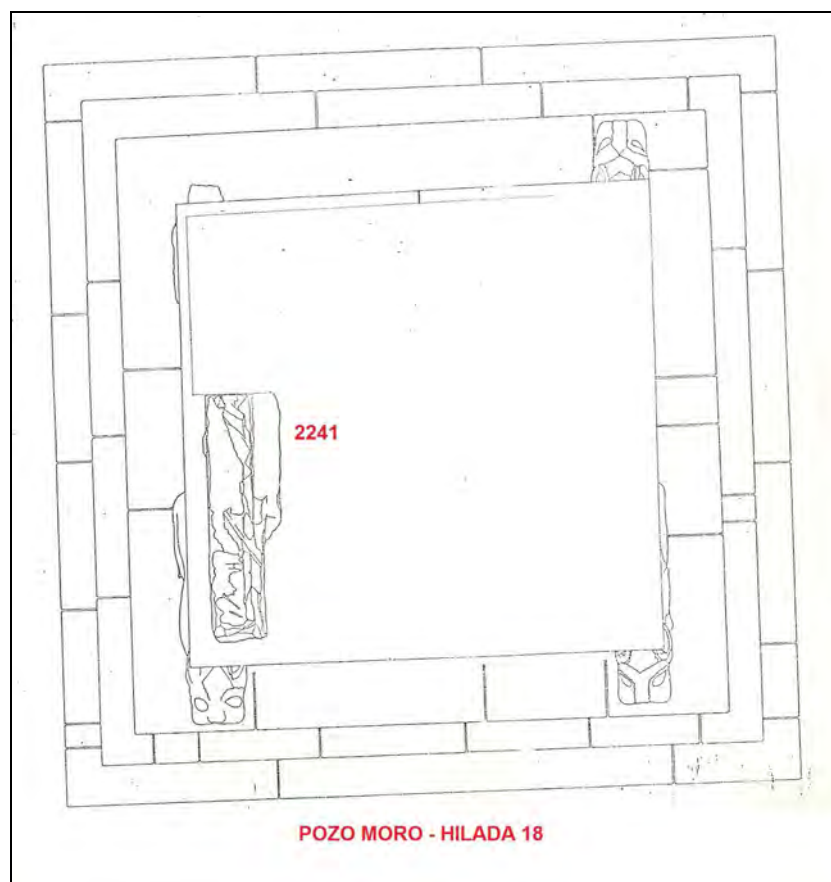


Fig. 73: Hilada 18

### VI. .LA CORONACIÓN DEL EDIFICIO

#### - Descripción

En el montaje original de 1980, la coronación del edificio se realiza inmediatamente por encima de la decimosegunda hilada. Esa coronación, ocupando la decimotercera hilada, consta de dos sillares escalonados que eran difícilmente visibles para los visitantes.

#### **Propuesta reconstructiva 2010**

##### R. Decimonovena hilada

Pertenecerían a esta hilada unos sillares escalonados de tres alturas. Con una altura total de  $\pm 33$  cm. y cada escalón de 11 cm. de altura y 3-4 cm. de retranqueo.

Alguno de ellos presenta un entrante en ángulo recto en sus esquina frontales. Podemos suponer que este hecho se repetiría en las cuatro esquinas de esta hilada, a juzgar por entrantes similares documentados en algún sillar de la hilada superior, que veremos a continuación, y que por su forma habrían respetado ese entrante.

Un sillar escalonado de estas características se emplazó en la decimotercera hilada de la reconstrucción original. El otro del que tenemos conocimiento se conserva entre los materiales de los fondos del museo con el nº de inventario 1979/104/1973/2169.



Fig. 74: Sillar 1979/104/1973/2169





Fig. 75: Marca de retranqueo visible en la cara superior del sillar

Sobre la cara superior de este sillar se observa una marca incisa que marcaría el retranqueo de la hilada colocada sobre él y que es exactamente igual que el retranqueo del escalonado de sus distintas alturas.

El entrante en las esquinas puede estar relacionado con la colocación en éstas de algunas esculturas de bulto redondo o semiexentas, aunque desconocemos de qué manera se habrían sujetado al edificio para que no se desprendieran, ya que no hemos encontrado huellas de grapas de sujeción junto a ninguno de esos entrantes.

Un fragmento de escultura de cáprido que se conserva entre los materiales de los fondos del museo pudo haber tenido esa función de escultura de esquina.



Fig. 76: Figura de cáprido

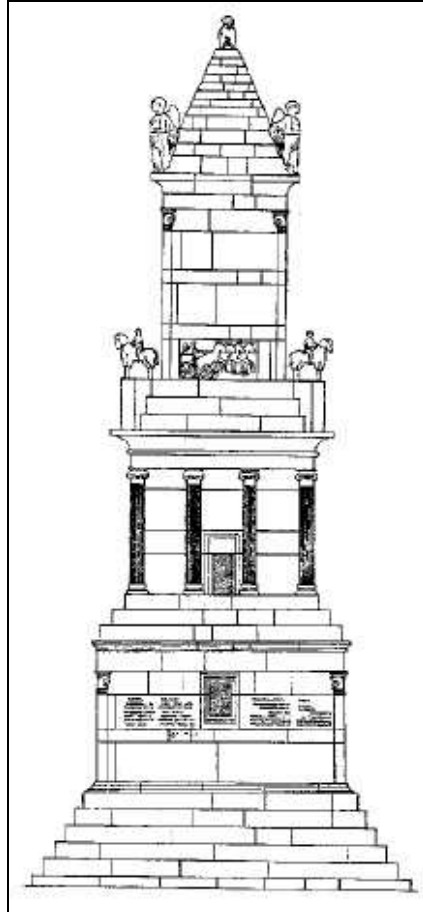


Fig. 77: Monumento de Dougga (Túnez). Ejemplo de decoración en la coronación

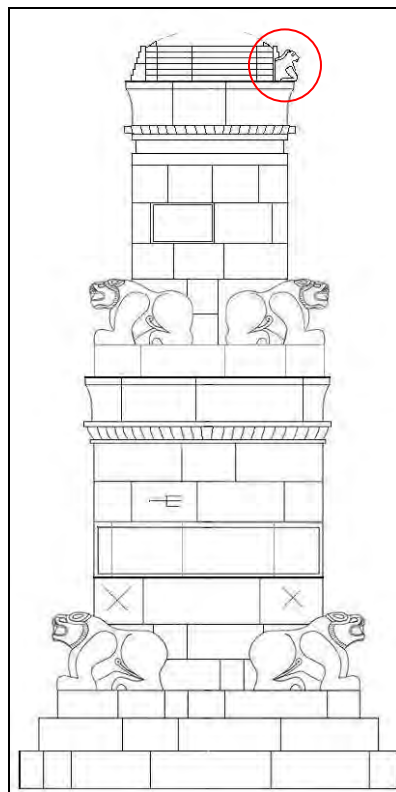


Fig. 78: Propuesta para la decoración en la coronación del monumento de Pozo Moro



Gracias a uno de los sillares de remate del edificio que se nos ha conservado, similar en su escalonamiento al sillar 1979/104/1973/2169 y que analizaremos a continuación, hemos supuesto que la hilada superior estuvo formada por esos sillares escalonados con arranque de la coronación del edificio.

La anchura total de esta hilada sería igual al segundo cuerpo central del edificio,  $\pm 162$  cm.

### S. Vigésima hilada

Tal y como ya hemos comentado, conformarían esta hilada unos sillares escalonados similares a los de la decimonovena hilada pero que presentan el arranque de una curvatura en su mitad posterior que se prolongaría en esa dirección. Su altura es de  $\pm 33$  cm. y en su mitad anterior se observan tres escalones, teniendo los dos inferiores un retranqueo de 3-4 cm.

En su esquina frontal derecha muestra un entrante en ángulo recto similar al ya comentado para el sillar 1979/104/1973/2243 de la decimonovena hilada.

En ese mismo lateral derecho se observa una marca de trazado incisa siguiendo una curva circular que marcaba el arranque apenas apuntado del segundo retranqueo del escalonamiento propio de estos sillares.



Fig. 79: sillar 1979/104/1973/2242



Fig. 80: sillar 1979/104/1973/2242. Vista lateral izquierda



Fig. 81: Detalle de la curvatura de la mitad posterior del sillar

Medido su ángulo de curvatura, podemos determinar que la altura total de un posible remate de cúpula sería muy escasa, llegando a 1,20-1,30 m. respecto de la cornisa de caveto en la zona central del edificio.



Fig. 82: Propuesta de alzado de las hiladas 19 y 20

El único sillar conservado con estas características se emplazó en la decimotercera hilada del montaje original de 1980.

Por sus características formales se trata de un sillar de esquina, al tener perfectamente tallados con forma de escalones sus caras frontal y derecha.

Su forma curvada no es regular en sus dos lados conservados, por lo que no parece que nos encontremos ante un remate convexo del edificio a modo de cúpula. Una opción es que esa forma se emplease para crear una plataforma regularizada a cierta altura en la zona central superior de la construcción para situar una escultura o grupo escultórico.

La anchura total de esta hilada sería de  $\pm 150$  cm.

### T. Otras posibilidades de remate

Tal y como ya comentamos anteriormente, hemos considerado la posibilidad de que el edificio estuviese rematado por una escultura o pequeño conjunto escultórico, vistas las características formales de la vigésima hilada.

Nos apoyaríamos también en la existencia de un elemento escultórico recuperado en las labores de excavación: una pequeña cabeza de caballo tallada en bulto redondo, que podría pertenecer a la figura de un jinete que coronase el edificio. La proponemos aquí únicamente para su debate, ya que esa cabeza en bulto redondo también podría responder a una escultura de esquina colocada en los entrantes en ángulo recto de las hiladas decimonovena y vigésima ya mencionados anteriormente.



Fig. 83: Cabeza de caballo 1979/104/1973/121bis

Tampoco sería descartable que la coronación hubiese constado de una figura antropomorfa tallada en bulto redondo que muestra por uno de sus lados la anatomía de un centauro, mientras que en su lado opuesto la figura parece ser totalmente humana.



Fig. 84: Fragmento 1979/104/1973/2016. Figura antropomorfa en bulto redondo

### **3. CONCLUSIONES**

En las distintas reuniones del comité científico encargado de hacer la propuesta definitiva de montaje del conjunto monumental de Pozo Moro, que incluiría tanto el *témenos* exterior como el edificio turriiforme, se ha llegado al acuerdo de montar el edificio hasta la hilada vigésima, inclusive, de la manera en que ha quedado expuesta en este informe.

Lo mismo es aplicable para el montaje del recinto exterior cuya zona interior acogía al edificio.

Resulta difícil resumir en unas pocas líneas toda la información que hemos intentado condensar a lo largo de las páginas precedentes.

Como conclusiones destacaríamos el gran volumen de información útil y de enorme interés para la investigación que, con un trabajo aún preliminar hasta el momento de completarlo con la memoria de los trabajos de la empresa “ARTELÁN” y los resultados de los trabajos llevados a cabo por el personal del I.P.C.E., hemos podido recoger.

Aún queda pendiente un reestudio de toda la documentación y su comprobación una vez se haya procedido a la limpieza de los sillares.

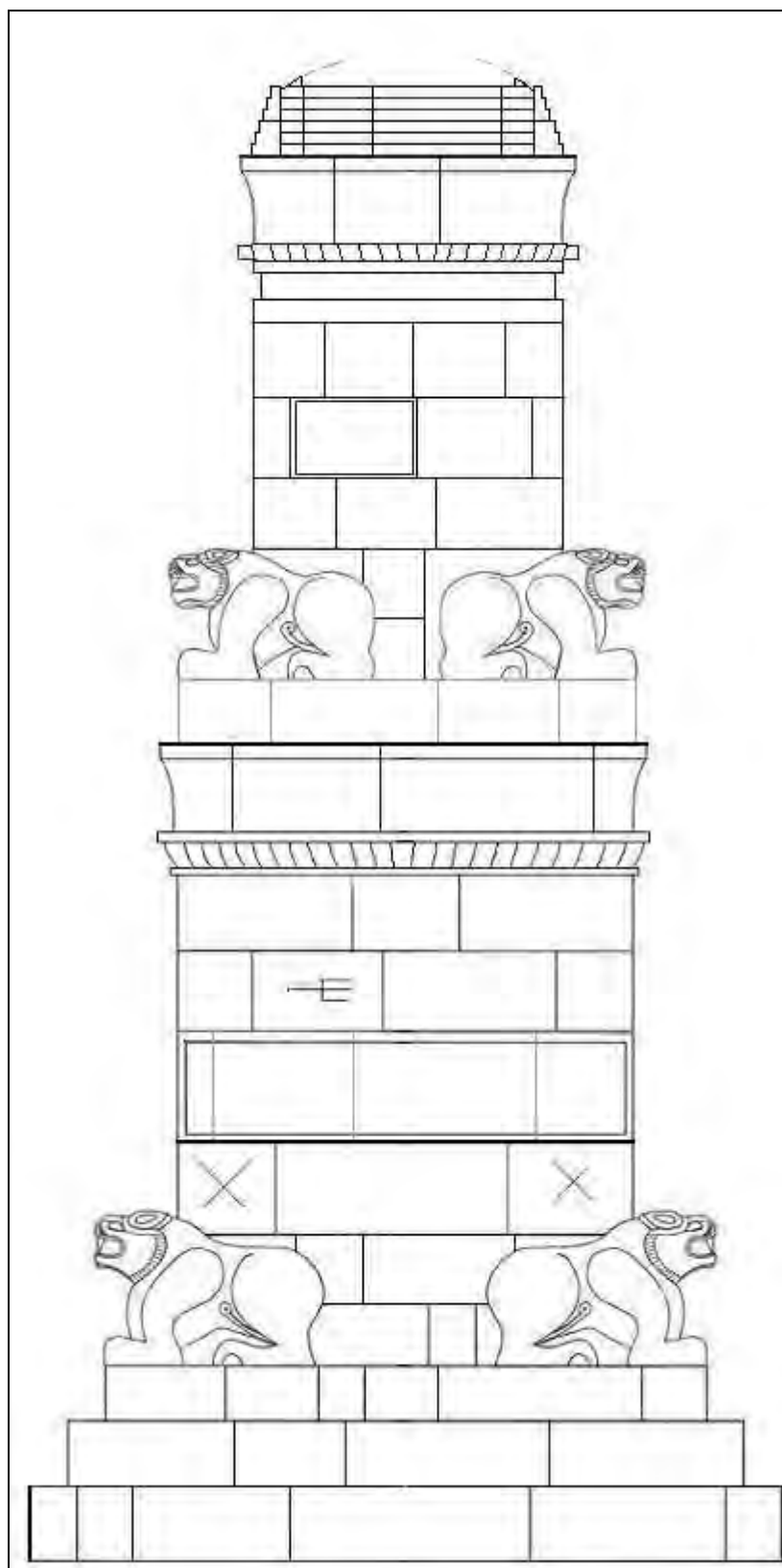
Del mismo modo queda pendiente el estudio pormenorizado de la mayor parte de los materiales pertenecientes a los fondos del M.A.N. que no fueron incluidos en la reconstrucción original del monumento.

No obstante, creemos que las nuevas propuestas para el futuro montaje del edificio y el recinto sacro en el que originalmente se incluía el mismo abren un interesantísimo y enriquecedor debate actualizado, ya no únicamente relacionado de manera concreta con la construcción turriiforme, sino relacionado con aspectos generales de la Cultura Ibérica y sus raíces orientalizantes.

Siguen estando presentes muchas dudas, pero el estudio llevado a cabo con motivo del nuevo montaje del monumento funerario de Pozo Moro también nos ha aclarado algunas incógnitas, nos plantea nuevos interrogantes y nos obliga a mantener despierto nuestro inconformismo en la búsqueda de nuevos retos.



#### 4. PROPUESTA DE MONTAJE. ILUSTRACIÓN





## **5. BREVE ANEXO BIBLIOGRÁFICO SELECCIONADO**

- Abad Casal, L. y Bendala Galán, M.** (1989) El Arte Ibérico, *Historia del Arte nº 10 de Historia 16*, Madrid.
- Alcalá Zamora Díaz-Berrio, L.** (2000) La necrópolis ibérica de Pozo Moro, *II Congreso de Historia de Albacete. Resúmenes de las comunicaciones*. 22-25 Noviembre 2000, pp. 36-37.
- (2003) *La necrópolis ibérica de Pozo Moro, B.A.H.*, 23, Madrid.
- Almagro-Gorbea, M.** (1973) Pozo Moro: una nueva joya del Arte Ibérico, *Bellas Artes* 73, nº 28, pp. 11-14.
- (1975) El monumento de Pozo Moro y el problema de las raíces orientalizantes del Arte Ibérico, *Las Ciencias* 40, 2.
- (1976) Pozo Moro y el origen del Arte Ibérico, *XIII Congreso Nacional de Arqueología, Huelva 1975*, pp. 671 y ss. Zaragoza.
- (1978a) Anatolische Wurzeln Iberischer Kunst: Pozo Moro, *X International Congress of Classical Archaeology, Ankara 1973*, pp. 933-949 lám. 299-303.
- (1978b) Pozo Moro y la formación de la Cultura Ibérica, *Saguntum*, 13, pp. 227-246.
- (1978c) Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro, *Trabajos de Prehistoria*, 35, pp. 251-271.
- (1982) Pozo Moro y el influjo fenicio en el Período Orientalizante de la Península Ibérica, *Rivista di Studi Fenici* 10,2, pp. 231-272.
- (1983) Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica, *Madriider Mitteilungen*, 24, pp. 177-293 taf.
- (1988) Origen y significado de la Escultura Ibérica, *Especial Escultura Ibérica de la Revista de Arqueología*, pp. 48-67. Madrid.
- (1996) Pozo Moro 25 años después, *REIb* 2, pp. 16-31. Madrid.
- (2009) El kílix de figuras rojas arcaicas de Pozo Moro (Albacete), *Quaderns de Prehistoria y Arqueologia Castellonenses*, 27, pp. 63-81.
- Bendala Galán, M.** (1998) Los Iberos conquistan Europa, *Historia 16*, nº 263, pp. 100-111. Madrid.
- (2000) *Tartessos, Iberos y Celtas. Pueblos, Culturas y Colonizadores de la Península Ibérica*, Madrid.
- Bendala Galán, M. y Blázquez Pérez, J.J.** (1987) El origen de la Cultura Ibérica y un par de notas sobre su arte, *Íberos: Actas de las Ias. Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén 1985)*, pp. 9-18. Jaén.
- Blanco Freijeiro, A.** (1981) *El Arte de la España Antigua*, Madrid.
- Blázquez Pérez, J.J.** (1990) *La formación del Mundo Ibérico en el Sureste de la Meseta. (Estudio Arqueológico de las necrópolis ibéricas de la Provincia de Albacete)*, Albacete.
- (1992) Las necrópolis ibéricas en el Sureste de la Meseta; J. Blázquez Pérez y V. Antona (eds.) *Congreso de Arqueología Ibérica: las Necrópolis*, pp. 235-278. Madrid.
- (1993) El Mundo funerario albacetense y el problema de la Escultura Ibérica: la necrópolis de Los Villares; J. Blázquez Pérez, R. Sanz Gamio y M.T. Musat Hervás (eds.) *Arqueología en Albacete*, pp. 111-128. Albacete.
- (1995b) El vino en los rituales funerarios ibéricos; S. Celestino (edit.) *Arqueología del vino: los orígenes del vino en Occidente*, pp. 213-240. Jerez de la Frontera.

- (1999) El tratamiento informático y los vestigios ibéricos. Algunos ejemplos; J. Blázquez Pérez y L. Roldán Gómez (eds. científicos) *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*, pp. 265-270. Madrid.
- Blázquez Martínez, J.M.** (1975) *Diccionario de las Religiones Prerromanas*, Madrid.
- (1979) Las raíces clásicas de la Cultura Ibérica, *Archivo Español de Arqueología*, 52, pp. 141-171.
- (1983) *Primitivas Religiones Ibéricas. Religiones prerromanas. Tomos I y II*, Madrid.
- Blech, M.** (1997) Los inicios de la iconografía de la escultura ibérica en piedra: Pozo Moro; R. Olmos Romera y J.A. Santos Velasco (eds. científicos) *Iconografía ibérica Iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura (Roma 11-13 Nov. 1993)*, pp. 193-210.
- Castelo Ruano, R.** (1994) Documentación y hemerografía del monumento de Pozo Moro, Chinchilla (Albacete), *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 34, pp. 86-103. Madrid.
- (1995) *Monumentos funerarios del Sureste Peninsular: elementos y técnicas constructivas*. Madrid.
- Castelo Ruano, R.; Blázquez Pérez y Cuadrado E.** (1991) Ibérico I. Organización territorial y urbana: I. Poblados. II. Necrópolis, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 30-31. Homenaje a D. Emeterio Cuadrado Díaz, pp. 135-167.
- Chapa Brunet, T.** (1980) *Escultura zoomorfa ibérica en piedra, Vols. I y II*, Madrid.
- (1985) *La escultura ibérica zoomorfa*, Madrid.
- Cuadrado Díaz, E.** (1987) Las necrópolis ibéricas del Levante español, *Íberos: Actas de las Ias. Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén 1985)*, pp. 185-204. Jaén.
- Daudén Sala, C.** (1971) Recientes hallazgos ibéricos en Pozo Moro, *Minutos Menarini*, 40, pp. 3-12.
- (1972) Excavaciones arqueológicas en Pozo Moro, *Minutos Menarini*, 50, pp. 3-9.
- (1978) El descubrimiento de la necrópolis ibérica de Pozo Moro, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 10, pp. 31-36.
- (1994) 24 años después del descubrimiento de Pozo Moro, *Asemeya Vol. II*, 7, pp. 26-30.
- Fernández Rodríguez, J.M.** (1996) Mitos y ritos de paso en la iconografía ibérica del poder: los relieves de Pozo Moro, *Tabona IX*, pp. 297-316.
- Izquierdo Peraile, I.** (2000) *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela*, S.I.P., 98, Valencia.
- López Pardo, F.** (2006) *La torre de las almas. Un recorrido por los mitos y creencias del mundo fenicio y orientalizante a través del monumento de Pozo Moro*, Anejos de la revista *Gerión*, X, Madrid.
- Muñoz Amilibia, A.M.** (1984) La plástica ibérica en Albacete, *I Congreso de Historia de Albacete*, pp. 145-156.
- Olmos Romera, R.** (1996a) Pozo Moro: ensayos de lectura de un programa escultórico en el Temprano Mundo Ibérico; R. Olmos Romera (edit.) *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, pp. 99-114. Madrid.
- (1996b) Signos y lenguajes en la escultura ibérica. Lecturas conjeturales; R. Olmos Romera (edit.) *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, pp. 85-98. Madrid.
- Olmos Romera, R.** [coord.] (1999) *Los Íberos y sus imágenes*, CD-Rom del C.S.I.C, Micronet. Madrid.

- Prieto Vilas, I.M.** (2000a) *El monumento funerario de Pozo Moro: una revisión obligada*, Memoria de Licenciatura inédita.
- (2000b) El recorrido en torno a la sepultura turriforme de Pozo Moro y secuencia narrativa de sus relieves: algunas propuestas, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, Madrid, pp. 325-356.
- (2002a) Nuevos elementos de discusión en torno al mundo funerario ibérico albacetense, *II Congreso de Historia de Albacete, 22-25 Noviembre 2000* Albacete, pp. 185-187.
- (2002b) ¿Apropiación o pervivencia?: el empleo de la simbología orientalizante en el Ibérico Antiguo, *Scripta Antiqua In Honorem A. Montenegro Duque et J.M<sup>a</sup>. Blázquez Martínez Magistris Optimis*, Univ. de Valladolid, pp. 169-182.
- Reverte Coma, J.M.** (1985) La necrópolis ibérica de Pozo Moro. Estudio anatómico, antropológico y paleopatológico, *Trabajos de Prehistoria*, 42, pp. 185-282. Madrid.
- Ruano Ruiz, E.** (1979) ¿Fue único el monumento de Pozo Moro?, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 11-12, pp. 42-48. Madrid.
- Ruiz Bremón, M.** (1984) Simbolismo funerario de uno de los relieves de Pozo Moro, *I Congreso de Historia de Albacete (Albacete, 1983)*, pp. 157-166. Albacete.
- Sanz Gamo, R. y López Precioso, F.J.** (1994) Las necrópolis ibéricas de Albacete. Nuevas aportaciones al catálogo de escultura funeraria, *REIb 1*, pp. 203-246. Madrid.
- Trillmich, W.** (1976) Das Problem der Grabanlage von Pozo Moro: Orientalische Wurzeln der iberischen Plastik?, *Mitteilungen des Deutschen Archaeologen Verbandes*, 7, pp. 56-61.